

Antologías

A decorative flourish consisting of three teardrop-shaped elements arranged in a fan-like pattern, positioned below the word 'Antologías'.

Javier Garciadiego

Ensayos de historia  
sociopolítica  
de la Revolución mexicana

EL COLEGIO DE MÉXICO



ENSAYOS DE HISTORIA SOCIOPOLÍTICA  
DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA



ENSAYOS DE HISTORIA SOCIOPOLÍTICA  
DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

*Javier Garciadiego*



EL COLEGIO DE MÉXICO

972.0816

G2162e

Garciadiego Dantán, Javier, 1951-

Ensayos de historia sociopolítica de la Revolución mexicana / Javier  
Garciadiego -- 1a. ed. -- México, D.F. : El Colegio de México, 2011.

386 p. ; 22 cm -- (Serie Antologías)

Incluye referencias bibliográficas

ISBN 978-607-462-134-1 (obra completa)

ISBN 978-607-462-340-6

1. México -- Historia -- Revolución, 1910- -- Historiografía. 2. México  
-- Política y gobierno -- 1910-1946. I. t. II. Serie.

Primera edición, 2011

DR © EL COLEGIO DE MÉXICO, A.C.

Camino al Ajusco 20

Pedregal de Santa Teresa

10740 México, D.F.

[www.colmex.mx](http://www.colmex.mx)

ISBN 978-607-462-340-6

Impreso en México

## ÍNDICE

Nota previa	9
1. La entrevista Díaz-Creelman	11
2. 1910: del viejo al nuevo Estado mexicano	53
3. Actores y regiones en el proceso bélico de la Revolución mexicana	71
4. La política militar del presidente Carranza	125
5. Las elecciones de 1917, o la búsqueda de la legitimidad	159
6. El declive zapatista	171
7. José Inés Chávez García, ¿rebelde, bandido social, simple bandolero o precursor de los cristeros?	191
8. Una guerra no secreta: similitudes y diferencias de Felipe Ángeles y Venustiano Carranza	235
9. Los exiliados por la Revolución mexicana	253
10. Higinio Aguilar: milicia, rebelión y corrupción como <i>modus vivendi</i>	287
11. Gaudencio de la Llave: de porfirista a ‘contrarrevolucionario’	327
12. Vasconcelos y el mito del fraude en la campaña electoral de 1929	351



## NOTA PREVIA

PARA CONMEMORAR el Bicentenario de la Independencia y el Centenario de la Revolución, El Colegio de México decidió, entre otros proyectos, publicar una colección de antologías de sus historiadores —pasados y presentes— dedicados a esos periodos de nuestra historia. Por lo mismo, aproveché dicha oportunidad para juntar varios artículos sobre la Revolución mexicana que estaban desperdigados en diferentes revistas y libros colectivos. Así, el objetivo de esta antología es simplemente facilitar a los posibles lectores la consulta de todos estos materiales.

En términos temáticos, puede decirse que hay artículos de historia sociopolítica; en términos cronológicos, incluye artículos que se remontan a los inicios de mi vida profesional y otros que son de reciente factura. Queda al lector la decisión de si esta antología se justificaba. Confío en su juicio benévolo, aunque estoy convencido de la utilidad de la serie en su conjunto.

J.G.



I  
LA ENTREVISTA DÍAZ-CREELMAN\*

RESULTA COMPRENSIBLE Y SIGNIFICATIVA la omnipresencia de ‘la entrevista Creelman’ en la historiografía de la Revolución mexicana, la que podría dividirse en tres etapas:<sup>1</sup> la de sus propios actores y protagonistas, políticos e ideólogos memoriosos que plasmaron su versión de los sucesos en los que estuvieron involucrados. Siguió después la etapa dominada por historiadores no profesionales, quienes no estaban vinculados a institución académica alguna y cuya labor como tales no era su actividad prioritaria: los principales ejemplos serían José C. Valadés, Manuel González Ramírez, José Mancisidor y Jesús Silva Herzog. La tercera y última etapa, divisible a su vez en varios momentos y corrientes, es la académica, dominada por historiadores entrenados para ello, dedicados a la investigación y a la enseñanza de la historia en los ámbitos universitarios.<sup>2</sup> Trátese de los acto-

\* Una versión más reducida fue leída como discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Historia, el 2 de septiembre de 2008, y publicada en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia. Correspondiente de la Real de Madrid*, México, 2009, pp. 105-140. Para esta versión se incluyó más información y se suprimieron la ‘entrada’ y la ‘salida’ protocolarias de los discursos de ingreso a dicha corporación.

<sup>1</sup> Desgraciadamente, la más ambiciosa revisión de la historiografía mexicana se debió a finales del siglo XIX. El Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México publicó una serie de cuatro volúmenes dedicados a la historiografía de nuestro país; el cuarto y último cubre historiadores como José María Iglesias, José María Roa Bárcena, Manuel Rivera Cambas, José Fernando Ramírez, Manuel Orozco y Berra, Joaquín García Icazbalceta, Juan Evaristo Hernández y Dávalos, Antonio García Cubas y Niceto de Zamacois. Cfr. Antonia Pi-Suñer Llorens (coord.), *Historiografía mexicana. En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884*, vol. IV, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.

<sup>2</sup> Como útiles opciones puede consultarse a Gloria Villegas, “Panorama actual de la historiografía mexicana”, en *Panorama actual de la historiografía mexicana*, México, Instituto

res memoriosos o de los historiadores *amateurs* o profesionales, de mexicanos o extranjeros, lo cierto es que todos, sin excepción, han prestado atención a la entrevista Creelman.

Más aún, al menos dos colegas le han dedicado sendos estudios especiales. El primero fue Eduardo Blanquel, quien analizó el impacto de la entrevista en el escenario nacional, atendiendo la opinión que les mereció a varios intelectuales. El mayor mérito de Blanquel fue haber descubierto que por primera y única vez don Porfirio no sólo defendió su obra con argumentos empíricos y pragmáticos, sino que también intentó justificar su régimen mediante argumentos doctrinarios, amparándose para ello en Justo Sierra.<sup>3</sup> El segundo fue Claudio Lomnitz, quien ubica a Creelman dentro de un grupo más amplio de intelectuales estadounidenses interesados en México. Lomnitz llama conocimiento “transnacional” al que se desarrolló junto con el crecimiento de las relaciones políticas, económicas y sociales entre ambos países desde finales del siglo XIX, y descubre que la perspectiva con la que Creelman se acercó a Porfirio Díaz y a México estaba permeada por una pseudociencia —la *physiognomy*— muy en boga entonces entre los periodistas que trataban de explicar a los personajes y países de su interés mediante argumentos raciales. De allí el interés de Creelman por los rasgos craneales de Díaz; de allí sus constantes menciones a su carácter mestizo. A partir de un “racismo chovinista”, Creelman concluyó que don Porfirio era un hombre fuerte que gobernaba a un pueblo débil.<sup>4</sup>

Don Daniel Cosío Villegas aseguró, en su estilo sentencioso, que de la entrevista Creelman se había escrito “mucho” pero “con poco acierto”.<sup>5</sup>

---

Dr. José María Luis Mora, 1983, pp. 33-43; Javier Rico, *Pasado y futuro en la historiografía de la Revolución mexicana*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2000, y Luis Barrón, *Historias de la Revolución*, México, Centro de Investigación y Docencia Económicas, Fondo de Cultura Económica, 2004.

<sup>3</sup> En realidad Blanquel publicó dos veces, con algunos cambios, sus conclusiones sobre el tema. Véase “Setenta años de la entrevista Díaz-Creelman”, en *Vuelta*, núm. 17, abril 1978, pp. 28-33, y “La entrevista Díaz-Creelman”, en *Así fue la Revolución mexicana*, México, Senado de la República, Secretaría de Educación Pública, t. 1, 1985, pp. 133-138.

<sup>4</sup> Claudio Lomnitz, “The Transnational Production of a Dystopic Nation: Chronotopes from Late Porfirian Mexico”, en *Land, Politics and Revolution. A Conference in Honor of Friedrich Katz*, The University of Chicago, 28-29 septiembre 2007, p. 40.

<sup>5</sup> Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. El Porfiriato. La vida política interior. Segunda parte*, México, Editorial Hermes, 1972, p. 761.

Si el acercamiento de Blanquel fue abordado desde la perspectiva de la historia ‘de las ideas’, y el de Lomnitz partió de la perspectiva de la nueva historia ‘cultural’, considero que también debe analizarse ‘la entrevista Creelman’ desde los parámetros de la nueva historia política, no en los de la decimonónica, tan vilipendiada a casi todo lo largo del siglo xx.<sup>6</sup> En efecto, deben abordarse temas como el de su naturaleza y carácter; también importa conocer los procedimientos mediante los cuales se acordó la entrevista, así como el contexto sociopolítico —nacional e internacional— en el que ésta se dio. Acaso lo más relevante sea el análisis de los diversos objetivos que tenía Díaz, partiendo del supuesto de que eran varios, pues ningún político acomete una acción con apenas un escenario en mente. Igualmente significativo es el análisis de las recepciones a la entrevista por los diferentes grupos políticos de entonces; esto es, cómo fue leída, lo que obliga a considerar los motivos y las razones de las distintas percepciones. Sobre todo, deben analizarse sus efectos reales, tanto los inmediatos como los de mediano plazo, incluida la estrategia política que asumió Díaz para contrarrestar los efectos de sus declaraciones. Acaso interese a algunos saber quién fue Creelman, antes y después de su decisiva entrevista.

#### NATURALEZA DOBLE

La llamada entrevista Creelman fue en realidad un largo reportaje titulado “El Presidente Díaz. Héroe de las Américas”. Casi alcanzaba las cincuenta páginas, aunque generosamente ilustradas, y apareció a principios de 1908 en el número de marzo de una revista estadounidense que disponía de un enorme número de lectores de clase media y alta con cultura

<sup>6</sup> De ninguna manera pretendo argumentar que la historia política se desarrolló en el siglo XIX, pues sus orígenes se remontan al periodo ‘clásico’, como lo demuestran historiadores de la talla de Tucídides o Suetonio. Por distintas razones, la historia política fue rechazada por el marxismo, pues la veía interesada únicamente en las élites políticas, diplomáticas y militares; por la escuela de ‘*les Annales*’, pues la consideraba dedicada inútilmente a los simples ‘eventos’, sin considerar los profundos y densos procesos históricos, desatenta a otros elementos del pasado humano, como lo económico, lo social y el ámbito de las ideas. Por último, también fue rechazada por la ‘*new economic history*’, que la consideraba irrelevante, poco rigurosa y muy ideologizada. Hoy en día la nueva ‘historia cultural’ también tiene en la historia política a uno de sus principales enemigos; por eso la trata con enorme desprecio, acusándola de anacrónica y poco imaginativa.

general.<sup>7</sup> Su amplia aceptación social obligaba a los políticos a leerla. El reportaje en cuestión tiene dos partes claramente distinguibles. La primera mitad está dedicada a los mensajes políticos de don Porfirio, en los que reconoce las principales características de su gobierno, en cierto sentido “patriarcal”, pues se le necesitaba como guía de una población con escasa cultura política, y en ocasiones duro y severo, pues para construir un país democrático y desarrollado era preciso atravesar una etapa de “paz forzada”. Sencillo en su lenguaje pero orgulloso en cuanto a sus logros, Díaz aprovechó la entrevista para justificar su régimen. Subrayó haber recibido un país empobrecido, aislado internacionalmente y dividido políticamente, y se enorgulleció de haber conseguido largos años de paz y desarrollo económico, imprescindibles para alcanzar la democracia.

Además de justificar su régimen, fueron tres las principales afirmaciones políticas de Díaz: que estaba resuelto a dejar el poder en 1910, sin importar lo que dijeran sus “amigos y partidarios”; que a pesar de la triste condición de la cultura política del mexicano de finales del siglo XIX, gracias a la educación y al trabajo muchos compatriotas se habían convertido en clase media y ya estaban “preparados para escoger a sus gobernantes sin peligro de revoluciones y sin interferir con el progreso del país”; por último, también afirmó que aplaudiría la creación de un partido opositorista que no buscara la destrucción del país.<sup>8</sup>

La segunda parte del reportaje no incluye declaraciones de Díaz, sino que conjuga una breve biografía de éste, abiertamente laudatoria, con una pequeña síntesis de la historia nacional, versión que resulta reveladora de la ideología compartida por Creelman y por los lectores de la revista. Dicho en pocas palabras, Creelman asume los principios que sustentan ‘la leyenda negra’<sup>9</sup> y es un convencido ‘monroeísta’, contrario a cualquier influencia europea en América. Ejemplos: trata con enorme respeto a las

<sup>7</sup> Su ficha técnica podría ser: James Creelman, “President Díaz. Hero of the Americas”, en *Pearson's Magazine*, marzo 1908, vol. XIX, núm. 3, pp. 230-277.

<sup>8</sup> Para un análisis completo de la entrevista, debe consultarse el texto *Entrevista Díaz-Creelman*, José Ma. Luján (pról.), Mario Julio del Campo (trad.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1963. Esta edición incluye un facsimilar de la versión original de la revista.

<sup>9</sup> Véase Philip Powell, *Árbol de odio: la leyenda negra y sus consecuencias en las relaciones entre Estados Unidos y el mundo hispánico*, Madrid, Turanzas, 1972, y Joseph Perez, *La leyenda negra*, Madrid, Gadir, 2009.

civilizaciones antiguas,<sup>10</sup> entre las que destaca a mixtecos y zapotecos, nativos de la región donde Díaz naciera; en cambio, rechaza la civilización española, a la que condena por haber impuesto con “la fuerza de sus armas de fuego una teología dogmática”. En efecto, según Creelman fue el “fiero vandalismo” de los frailes españoles lo que acabó con “todo vestigio de la civilización original”; así, el periodo novohispano consistió en “trescientos años de indescriptible horror”, durante los cuales los nativos fueron “degradados casi hasta el nivel de las bestias”. Además de haber sido una etapa “aterradora”, fue inmensamente corrupta, pues las órdenes religiosas “se apoderaron de las mejores tierras” y gastaron “millones de dólares en la ornamentación de las iglesias”. Congruente con esta visión, las luchas independentistas de Hidalgo y Morelos eran para Creelman “una de las páginas más coloridas” de la historia mexicana, aunque a la primera mitad del siglo XIX la consideraba desastrosa desde que Iturbide se proclamó emperador y por el largo dominio de Santa Anna, “aventurero arrojado, pintoresco y bribón”.<sup>11</sup> Su evaluación final es contundente: “el país iba quedando en bancarrota por las continuas guerras e intrigas políticas”.

En esta dramática situación incorpora Creelman a Porfirio Díaz en la historia del país. Hombre que superó todas las adversidades, es visto como el más importante personaje de la segunda mitad del siglo XIX, incluso superior a Juárez, pues si bien “inició” la Reforma, ésta fue “completada y unificada” por Díaz. Más aún, al analizar la batalla del 5 de mayo de 1862 contra las tropas francesas en Puebla, Creelman minimiza los méritos del general Zaragoza al asegurar que Díaz —segundo en el mando— fue “la más arrojada y heroica figura en la lucha de ese día”. Los elogios mayores, sin embargo, no los dirige al gran soldado —inteligente, valeroso, astuto, de “brillantes métodos”— sino al futuro gobernante. En efecto, afirma que “el soldado se convirtió en estadista”: recibió un país “en bancarrota y dividido”, pero pronto impuso la paz y el orden, reorganizó las finanzas, los impuestos fueron invertidos “inteligentemente” en “vastos proyectos de ingeniería”, como líneas férreas, renovación de puertos y drenaje; sobre todo, logró el crecimiento de la economía nacional y fomentó su educa-

<sup>10</sup> Carlos Pereyra advirtió que “el aztequismo” de Creelman era “romántico” y procedía de Prescott, por lo que resultaba “falso”. Cfr. *El Imparcial*, 22 abril 1910.

<sup>11</sup> Previsiblemente, Creelman le reclama a Santa Anna haber intentado “frustrar la revolución texana” de 1835 y 1836, y haber hecho “carnicerías con sus prisioneros”, en clara alusión a la toma de El Álamo.

ción. En resumen, “cambió a México de la debilidad y la vergüenza a un sitio de honor y fuerza entre las naciones americanas”.<sup>12</sup>

La estructura y el contenido del reportaje expresan claramente uno de sus objetivos: mejorar la imagen de don Porfirio ante la clase política, el sector empresarial y la opinión pública estadounidenses, mensaje que se enriquece y refuerza al mostrar las buenas relaciones existentes entre Díaz y los Estados Unidos. Para probarlo se remonta Creelman a la propia biografía del oaxaqueño, pues en varios de sus éxitos había contado con el apoyo norteamericano, respaldo imprescindible para el triunfo de los liberales contra los conservadores y los franceses. Luego de subrayar que la Doctrina Monroe había convencido a Napoleón III de retirar las fuerzas francesas que apoyaban al “bastardo Imperio” de Maximiliano, el “soñador aventurero coronado”, Creelman dedica el final de su reportaje a mostrar las mutuas ventajas que traían las buenas relaciones existentes entre ambos países. Más aún, concluye su escrito con inteligencia política, al asegurar que fue Díaz quien vinculó a ambos países, incluso en contra de otros miembros de la élite liberal.<sup>13</sup> No solamente habían crecido notablemente las inversiones norteamericanas en México, sino que ambos gobiernos eran partidarios de fomentar el panamericanismo. Esto explica que en el reportaje se recuerde al lector la reciente —“y fructífera”— visita a México del secretario de Estado Elihu Root. Creelman no pudo haber encontrado mejor final para concluir su reportaje que un elogio que a Díaz le había dirigido Root por “el vasto programa de gobierno que ha cumplido”.

El escrito no se limitaba a mejorar la imagen de don Porfirio en Estados Unidos ni a destacar las buenas relaciones entre ambos países. También incluía un velado mensaje que favorecía al Presidente norteamericano Theodore Roosevelt. Habría elecciones a finales de ese 1908 y Roosevelt deseaba un tercer periodo presidencial, poco usual en la historia estadounidense pero todavía no prohibido por su legislación.<sup>14</sup> Seguramente esto explica el

<sup>12</sup> Otro ejemplo de este tipo de afirmaciones: “parece verdaderamente milagroso que un solo hombre pueda haber cambiado el más corrompido, confuso y desvalido país del mundo” en una república “solvente y respetada”.

<sup>13</sup> La alusión parece dirigida a Sebastián Lerdo de Tejada, a quien se atribuye la idea de que era conveniente mantener desunidos a Estados Unidos y México mediante el desierto fronterizo.

<sup>14</sup> En realidad Roosevelt no hubiera tenido una segunda reelección, pues su llegada al poder se debió a que era el Vicepresidente de William McKinley, asesinado en 1901, por

reiterado argumento de Creelman de que el gobierno de Díaz había sido ciertamente prolongado pero también notoriamente provechoso para México. Obviamente, Díaz se confesó partidario del principio reeleccionista, sin más cortapisas que el deseo de la mayoría de los ciudadanos. Incurriendo en una imprudente intromisión, don Porfirio se permitió decir que “sin la menor duda” fortalecería a Estados Unidos una nueva reelección de Roosevelt. No fue ésta su única imprudencia. Hubo más, varias más.

#### EL REVÉS DE LA TRAMA

¿Quién buscó la entrevista? ¿Por qué James Creelman? ¿Cómo se planeó? ¿Cuáles fueron los preparativos? ¿Quiénes fueron los encargados de organizarla? Por la dimensión del reportaje, la influencia de la revista, el prestigio del periodista y el rango del entrevistado, es obvio que fue una entrevista cuidadosamente preparada. Es más, debió de tener elementos organizativos en ambos países. Carece de cualquiera de los aspectos que caracterizan a las entrevistas improvisadas. De allí que sus supuestas imprudencias y faltas tengan que ser analizadas a profundidad.

Para comenzar, eran de tal magnitud los errores en el contenido del texto, que el conocido político e ideólogo Francisco Bulnes llegó a negar la autenticidad de la entrevista. Según él, sólo era un “falso marco” a una “especie de manifiesto político” hecho por Díaz “para impresionar a las dos naciones”, y se atrevió a decir que don Porfirio lo había escrito “con el asentimiento” de Ignacio Mariscal, por entonces secretario de Relaciones Exteriores.<sup>15</sup>

lo que al principio únicamente completó el periodo para el cual había sido electo dicho Presidente; una vez concluido éste, Roosevelt fue electo en 1904. En resumen, de haber sido reelegido en 1908, hubiera sido su tercer periodo pero con una sola reelección. De otra parte, Franklin D. Roosevelt fue Presidente durante cuatro periodos (1933-1945); después de su muerte se legisló sobre el asunto mediante la Enmienda 22, que prohíbe tener más de dos periodos presidenciales en Estados Unidos.

<sup>15</sup> Francisco Bulnes, *El verdadero Díaz y la Revolución*, México, Eusebio Gómez de la Puente, Editor, 1920, p. 385. Aseguró que quien “probablemente” sugirió a Mariscal la invención de la entrevista era Manuel Calero. Hubo otros que también consideraron falsa la entrevista: por ejemplo, el periodista católico Eduardo J. Correa, para quien “ni por su tono ni por su finalidad parecían auténticas” las declaraciones atribuidas a Díaz. Cfr. Correa, *El Partido Católico Nacional y sus directores. Explicación de su fracaso y deslinde de responsabilidades*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991, p. 29.

Bulnes, tan provocador como intuitivo, había acertado parcialmente en su diagnóstico. Contra lo que afirmaba, la entrevista era auténtica, y como lo supuso, en su redacción estuvo inmiscuida la Cancillería mexicana.<sup>16</sup> Sin embargo, el involucrado no fue el secretario Mariscal sino el embajador mexicano en Washington, Enrique Creel. La mecánica puede resumirse así: a principios de octubre de 1907 el director de la Oficina Internacional de las Repúblicas Americanas, con sede en Washington, John Barrett, le escribió a Díaz para decirle que entre él y Creel estaban organizando una entrevista que les hiciera “justicia” a los dos, a él y a México. Para convencerlo, le aseguró que quien lo entrevistaría era un periodista “conocido en todo el mundo como uno de los más eminentes de los Estados Unidos”. Por si su argumento resultara insuficiente, le aseguró que gozaba de “la confianza” del Presidente Roosevelt y de la del secretario de Estado William Howard Taft.<sup>17</sup>

¿Quién era James Creelman y por qué merecía tener alguna cercanía con tales personalidades? Había nacido a finales de 1859 en Montreal, Canadá, pero siendo adolescente su familia se trasladó a Nueva York, donde estudiaría en el Lay Theological College y luego Leyes gracias al patrocinio de un alto miembro del Partido Republicano local. Sin embargo, nunca se dedicó a la abogacía, pues desde su primer empleo se consagró al periodismo: se inició en el periódico de la Iglesia Episcopal, *Church and State* —lo que podría explicar su animadversión al catolicismo—, y luego se incorporó al *New York Herald*, donde comenzó a mezclar reportajes con entrevistas, como lo hizo con el jefe sioux ‘Toro Sentado’. En 1889 fue enviado a Europa como responsable del *Paris Herald*, para el que entrevistó al nacionalista húngaro Louis Kossuth, a Leon Tolstoi y al Papa León XIII. Ya de regreso en Estados Unidos, en 1894 fue contratado por Joseph Pulitzer para ir de corresponsal del *New York World* a la guerra entre Japón

<sup>16</sup> Sorprende que un alto funcionario de la Secretaría de Relaciones Exteriores la considerara una *interview* “inconsulta”. Cfr. Federico Gamboa, *Mi diario*, Segunda Serie, vol. II, México, Ediciones Botas, 1938, p. 110.

<sup>17</sup> Carta de John Barrett a Porfirio Díaz, 31 octubre 1907, en Colección Porfirio Díaz, legajo xxxii, # 7995, documento 014643 (en adelante CPD). Creel, gobernador interino de Chihuahua desde 1904, fue nombrado embajador en Washington el 8 de diciembre de 1906. En octubre del siguiente año asumió la gubernatura constitucional de Chihuahua, alternando, hasta agosto de 1908, las tareas de la embajada con las de gobernador. En abril de 1910 ocupó el cargo de secretario de Relaciones Exteriores. Cosío Villegas confirma esta versión y cita la correspondencia entre Creel y Díaz al respecto. Cfr. p. 767.

y China. Sus reportajes sobre la violencia japonesa hicieron que William Randolph Hearst lo contratara para el *New York Journal*, enviándolo en 1897 a cubrir el conflicto bélico entre griegos y turcos, y un año después la guerra hispano cubana. Luego de trabajar otra vez para la cadena Pulitzer, en 1906 ingresó a la *Pearson's Magazine* como editor asociado. En resumen, destacaba como corresponsal de guerra y por sus entrevistas a políticos notables.<sup>18</sup> Informado de tales antecedentes y capacidades, Díaz aceptó la entrevista que se le proponía. Creelman parecía el periodista más adecuado para entrevistarlo.

A las ventajas del periodista se agregaban las de la revista donde publicaba. La *Pearson's Magazine* comenzó siendo una revista mensual inglesa, dirigida por su fundador Arthur Pearson entre 1896 y 1899 pero cuya ceguera obligó a que lo sustituyera Percy W. Everett hasta 1911. Hacia el cambio de siglo comenzó a editarse una versión neoyorquina, en la que pronto cobraron importancia los temas americanos. Ambas ediciones incluían temas de arte, literatura y política, y algunos de sus colaboradores más célebres fueron George Bernard Shaw, Upton Sinclair, H. G. Wells y Frank Harris.<sup>19</sup> También era una revista de entretenimiento, adjudicándosele la publicación del primer crucigrama. Si Díaz estaba satisfecho del perfil ideológico y profesional del periodista, pocos reparos podía poner a la muy difundida *Pearson's Magazine*.<sup>20</sup> Esto explica que don Porfirio haya

<sup>18</sup> Consúltese la autobiografía del propio Creelman, *On the Great Highway. The Wanderings and Adventures of a special Correspondent*, Boston, Lothrop Publishing Company, 1901. Véase también F. Lauriston Bullar, *Famous war correspondents*, Boston, Little, Brown and Company, 1914, pp. 336-350, y Alice Fleming, *Reporters at war*, New York, Cowles Book, Inc., 1970, pp. 66-78. En México se dijo que había entrevistado a “testas coronadas y a magnates de todos los países”. A esto se atribuyó la confianza con la que le habló Díaz. Cfr. *Diario del Hogar*, 23 mayo 1908.

<sup>19</sup> Frank Harris nació en Irlanda a mediados del siglo XIX, pero pronto se trasladó a Estados Unidos y luego a Inglaterra. Fue editor de la *Saturday Review* y gran amigo de Oscar Wilde y de George Bernard Shaw, a quienes hizo sendas biografías muy apreciadas. Su autobiografía, *My life and loves*, fue prohibida durante muchos años.

<sup>20</sup> La versión inglesa se publicó hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial, y la edición neoyorquina sobrevivió hasta 1925. Sin precisar bien sus ‘fuentes’, en una conocida obra de consulta se asegura que la *Pearson's Magazine* era propiedad del inglés Weetman Pearson —Lord Cowdray—, quien la utilizaba para fomentar sus empresas, una de las cuales era la compañía petrolera que operaba en México, El Águila. Cfr. *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, t. VIII, 1994, p. 306. Acaso se basa en Andrés Molina

aceptado inmediatamente la entrevista y que haya dado un trato preferencial a Creelman: lo atendió con las “consideraciones” que merecían “sus honrosos antecedentes”, o refiriéndose a él como un “caballero ilustrado”. Incluso lo recibió en su domicilio con motivo de su regreso a Nueva York.<sup>21</sup> El carácter gubernamental de la entrevista se confirma con la presencia del embajador norteamericano David Thompson, no solamente testigo de los encuentros entre el Presidente y el periodista, sino factor para convencer a éste de no ser tan crítico de la religión católica.<sup>22</sup>

La redacción y publicación del reportaje no tomaron mucho tiempo. Los primeros reclamos tampoco. La entrevista tuvo lugar en la primera mitad de diciembre de 1907, lo que permitió que Creelman regresara a Nueva York antes de las fiestas navideñas con suficiente material sobre los planteamientos políticos de Díaz y respecto a su labor gubernamental, aunque se quejó de que los principales colaboradores de Díaz eran amables y corteses pero ineficientes, por lo que al reportaje le faltaron algunos datos del progreso recientemente logrado por México.<sup>23</sup> Al regresar a Estados Unidos también le restaba elaborar la sección dedicada a la historia del país, para lo que requería su biblioteca personal,<sup>24</sup> aunque desgraciadamente no consigna sus fuentes historiográficas.

La *Pearson's Magazine* del mes de marzo estaba impresa desde mediados de febrero.<sup>25</sup> Tan pronto comenzó a circular recibió las primeras críti-

---

Enríquez, quien así lo afirma. Cfr. *La revolución agraria de México*, México, Talleres Gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, libro 4, 1934, p. 159. Esta afirmación, además de falsa, resulta inconexa: ¿por qué en Estados Unidos se habría de recomendar que se hiciera una entrevista a Díaz, para publicarse en un medio propiedad de quien era, precisamente, su principal rival en los negocios con México?

<sup>21</sup> Carta de Porfirio Díaz a John Barrett, 6 diciembre 1907, en CPD, leg. xxxii, # 7995, doc. 014644; carta de John Barrett a Porfirio Díaz, 17 diciembre 1907, en *ibid.*, leg. xxxii, # 7996, doc. 014689; carta de Porfirio Díaz al embajador de Estados Unidos, David Thompson, 18 diciembre 1907, en *ibid.*, leg. xxxii, # 7999, doc. 014870.

<sup>22</sup> Carta del embajador Thompson a Porfirio Díaz, 18 diciembre 1907, en *ibid.*, leg. xxxii, # 7999, doc. 014869. El embajador se mostró ufano de haber convencido a Creelman de hacer “dos cambios” sobre asuntos religiosos “que podrían causar alguna sensación”.

<sup>23</sup> Carta de James Creelman a Porfirio Díaz, 14 febrero 1908, en *ibid.*, leg. xxxiii, # 8086, doc. 002625.

<sup>24</sup> Carta del embajador Thompson a Porfirio Díaz, 18 diciembre 1907, en *ibid.*, leg. xxxii, # 7999, doc. 014869.

<sup>25</sup> El día 14 Creelman le envió a Porfirio Díaz tres ejemplares de la revista. Cfr. Carta de James Creelman a Porfirio Díaz, 14 febrero 1908, en *ibid.*, leg. xxxiii, # 8086, doc. 002625.

cas. Para comenzar, el periodista Carlo de Fornaro, responsable de la edición dominical de *El Diario*,<sup>26</sup> aseguró que la entrevista era superficial, pues Creelman apenas había estado “unas cuantas semanas en México”, por lo que sus conocimientos de los aspectos históricos, económicos y políticos del país tenían que ser “incompletos”, y afirmaba también que la entrevista era parcial, pues su única fuente de información eran “los labios” de don Porfirio; agregaba, por último, que era inmoral, pues Creelman era “un agente asalariado de la prensa”.<sup>27</sup> Alguien más lo rebajó a mero escritor sensacionalista.<sup>28</sup> También se le acusó de haber cometido un plagio, pues la parte biográfica del reportaje procedía, “casi al pie de la letra”, de un libro oficialista publicado hacía algunos años con el título de *Moral en Acción* y

<sup>26</sup> Carlo de Fornaro nació en Calcuta, India, en 1871. Estudió arquitectura e ingeniería en Zurich y pintura en Múnich. Posteriormente se trasladó a la ciudad de Chicago y se inició como caricaturista en el *Chicago Times Herald*; de allí pasó a Nueva York y continuó colaborando en publicaciones como *The New York Herald* y *The World*. A mediados de 1906 llegó a México invitado por Ernesto Simondetti, para quien trabajó en *El Diario* y *El Diario Ilustrado*, mismos de los que se separó a finales de 1908 para regresar a Nueva York. A principios de 1909 apareció en Filadelfia el libro *Díaz, Czar of Mexico* (traducido como *México tal cual es*), lo que le mereció una demanda por difamación y con ella el inicio de un proceso legal que culminó en su encarcelamiento. Al ser liberado un año después, retomó sus actividades periodísticas en las revistas *The Masses* y *The Call*. En 1914 se desempeñó como titular del Mexican Bureau of Information, filial de la oficina de propaganda carrancista en Washington. Fue autor de libros como *Carranza and Mexico, A Modern Purgatory* y *The Arabian Doll Stories*. Murió en la ciudad de Nueva York en 1949. El único estudio mexicano que se conoce sobre él es el prólogo de Antonio Saborit a su obra *Díaz, zar de México*, México, Random House Mondadori, 2010, pp. 15-47 y 387-396.

<sup>27</sup> Carlo de Fornaro, *México tal cual es*, Philadelphia, International Publishing Co., 1909, pp. 11, 15. Un intelectual interesado en los asuntos latinoamericanos aseguró años después que la entrevista se escribió “a trasmano, mediante la suma de cincuenta mil pesos”. Cfr. Carleton Beals, *Porfirio Díaz*, México, Editorial Domés, 1982, p. 418. Beals cita a Luis Manuel Rojas, *La culpa de Henry Lane Wilson en el gran desastre de México*, México, Compañía Editora “La Verdad”, 1928, quien a su vez aseguró que Creelman “no se retiró [de México] con las manos vacías”.

<sup>28</sup> Al respecto se dijo que Creelman recurría al “moderno recurso periodístico de la impresión”, olvidando “el análisis” y desinteresándose de la verdad “cuando no produce impresión”. Cfr. Julio Sesto, *El México de Porfirio Díaz. Estudios sobre el desenvolvimiento general de la República mexicana después de diez años de permanencia en ella. Observaciones hechas en el terreno oficial y en el particular*, España, F. Sempere y Compañía, Editores, 1910, p. 257. En México se advirtió claramente que Creelman era un periodista que vivía “del sensacionalismo”. Cfr. *El Tiempo*, 11 noviembre 1909.

cuyo autor se escondía detrás del seudónimo de ‘un soldado de la vieja guardia’. La acusación también circuló en “algunos periódicos norteamericanos”, por lo que la prensa amiga de Díaz y el propio embajador norteamericano en México, elogiado en las últimas páginas del texto, tuvieron que salir en su defensa. Su argumento era astuto: reconocían que efectivamente Creelman había utilizado el folleto *Moral en Acción* para obtener “algunas noticias” sobre Díaz y sobre su gobierno en México, pero alegaban que ello no permitía asegurar que había cometido un plagio, “y mucho menos que las entrevistas no se efectuaron”. El embajador Thompson fue contundente en su alegato: reconoció que él había estado presente en la entrevista y en los encuentros sociales tenidos entre Díaz y Creelman.<sup>29</sup>

Otro reclamo tenía que ver con el nacionalismo de buen número de los políticos e intelectuales de entonces, los que cuestionaron a Díaz por haber dado tan importantes revelaciones a un periodista extranjero. Por ejemplo, Luis Cabrera, ya desde entonces opositor a Díaz y —sobre todo— a los ‘científicos’, reclamó que las reflexiones y las promesas del Presidente nos llegaran “del norte, en forma de eco, traducidas a lengua extraña y desfiguradas por la vana palabrería y la presuntuosa y vulgar literatura del reporterismo yanqui”.<sup>30</sup> Igualmente lastimado quedó el nacionalismo del periodista liberal Filomeno Mata, o el de un joven católico que aspiraba a ser escritor, Ramón López Velarde, quien lamentó que fuera un “primo”, un habitante de “las babilónicas ciudades del tío Sam”,

<sup>29</sup> *La Iberia*, 9 abril 1908, y *El Imparcial*, 11 abril 1908. De hecho, al referirse a determinados aspectos de la biografía militar de Díaz, Creelman consigna que la refiere “tal como fue escrita por uno de sus viejos oficiales”, por lo que si bien no hizo una referencia completa y técnica del folleto *Moral en Acción*, atribuido a “un soldado de la vieja guardia”, queda parcialmente exonerado de la acusación de plagio. Un político e intelectual reyista crecientemente distanciado del gobierno porfirista, además de crítico de la entrevista, pues le parecía lujosa, larga por sus “mil detalles” e inconexa en tanto constituida por dos temas muy diferentes, reconocía sin embargo que era auténtica; su argumento también era contundente: era amigo del que sirvió como traductor, un tal Mr. Dartin, “alto empleado de la legación”. Cfr. José López Portillo y Rojas, *Elevación y caída de Porfirio Díaz*, Méjico, Librería Española, 1921, pp. 360-361 y 370.

<sup>30</sup> [Luis Cabrera], *Obras políticas del Lic. Blas Urrea*, México, Imprenta Nacional, 1921, p. 304. Toribio Esquivel Obregón, igualmente crítico de los ‘científicos’, también reclamó el ‘malinchismo’ de don Porfirio: “¿qué motivos tenía el general Díaz para ser más comunicativo con un periodista extranjero, que lo que ha sido con ningún mexicano?”. Cfr. *El Tiempo*, 26 abril 1908.

quien se hubiera ganado “las confianzas presidenciales”.<sup>31</sup> No obstante, para otros fue “eficaz” otorgar dicha entrevista a un periodista y a una revista extranjeros, pues sólo así se leerían “en todas partes del nuevo y viejo continente” unas declaraciones que interesaban a “propios y extraños”.<sup>32</sup>

### LOS OBJETIVOS DESEADOS

Una vez conocido el contenido doble del reportaje, y sabida la mecánica mediante la que se elaboró, conviene ahora indagar sobre los objetivos de Porfirio Díaz al aceptar la entrevista y al elaborar sus respuestas. Dado que se trata de una entrevista puntualmente organizada y de la que se tenían grandes expectativas, seguramente hubo un cuestionario previo, o cuando menos algunos lineamientos. Recuérdese que Creelman se dedicaba a hacer entrevistas pactadas con grandes personalidades. ¿Dónde quedó dicho cuestionario? ¿Dónde los bocetos de las respuestas? ¿Alguien ayudó a Díaz a elaborarlas?

Si bien no es posible determinar positivamente quiénes aconsejaron a Díaz sobre el tipo y contenido de las respuestas,<sup>33</sup> el tenor de éstas per-

<sup>31</sup> *Diario del Hogar*, 10 marzo 1908. Para Ramón López Velarde véase su artículo “Creelman”, publicado en la sección “Lo que se ve en la vida” del periódico *El Regional* (Guadalajara), 20 noviembre 1909, reproducido en Ramón López Velarde, *Correspondencia con Eduardo J. Correa y otros escritos juveniles (1905-1913)*, Guillermo Sheridan (ed.), México, Fondo de Cultura Económica, 1991, p. 237. Para un acercamiento biográfico a López Velarde, véase Guillermo Sheridan, *Un corazón adicto: la vida de Ramón López Velarde*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989. Para su estancia en Guadalajara, consúltese Emmanuel Carballo, *Ramón López Velarde en Guadalajara*, Guadalajara, Ediciones Et caetera, 1952. Sobre todo, véase Ramón López Velarde, *Prosa política*, México, Imprenta Universitaria, 1953.

<sup>32</sup> *La Iberia*, 30 abril 1908.

<sup>33</sup> Sólo conozco un caso en el que sin titubeos se asigna la responsabilidad de las respuestas a alguien: según el senador Esteban Maqueo Castellanos, su autor había sido el exministro de Justicia Joaquín Baranda, hombre de “talento” y “vasta ilustración”. Véase *El Universal*, 5 agosto 1926. Juan Sánchez Azcona, quien poco después de la entrevista fundara el periódico *México Nuevo*, opinó que Baranda pudo haber sido el “redactor material” de las declaraciones de Díaz, pero aseguró que no fue él ni “el sugeridor ni el promotor” de la entrevista. Cfr. *ibid.*, 16 agosto 1926. Me parece difícil de sostener esta hipótesis, pues las relaciones entre don Porfirio y Baranda se habían deteriorado para entonces. Además, de ser Creel y Limantour los promotores de la entrevista, ¿por qué habría de responderla alguien contrario a su grupo político, el de los ‘científicos’?

mite hacer algunas deducciones. Igual que la estructura doble del reportaje, es claro que don Porfirio tenía dos objetivos, uno nacional y otro internacional.<sup>34</sup> Así lo reconocieron varios colaboradores de su gobierno, y así lo percibieron varios intelectuales y periodistas. Por lo que se refiere a los objetivos internacionales, Francisco Bulnes, diputado e intelectual, creía que el “primer lugar” entre las finalidades lo tenía agrandar al Presidente norteamericano Roosevelt, recomendando su permanencia en el poder, postura riesgosa pues podría molestar a sus contendientes, pero que buscaba que a su vez Roosevelt no cuestionara su ya próxima reelección, que sería la séptima. Por su parte, el también legislador Emilio Rabasa aseguró que parecía que Díaz intentaba justificar ante Washington “su larga permanencia en el poder y la manera de ejercerlo”.<sup>35</sup> Unos consideraban satisfactorias las relaciones entre ambos países y creyeron que sólo se pretendía mejorar la imagen de México, como país ya democrático, pues eso le traería mayores créditos e inversiones foráneas. Otros, en cambio, aceptaban el deterioro de las relaciones y aseguraron que con el reportaje de Creelman se buscaba agrandar a los políticos estadounidenses, quienes comenzaban a ser adversos a Díaz por sus recientes acercamientos a Europa y por los rumores de que permitiría a la marina japonesa el uso de la Bahía Magdalena, en la Baja California. Además de a los políticos, se dijo que también buscaba tranquilizar a los inversionistas norteamericanos, temerosos ya del creciente envejecimiento de don Porfirio.<sup>36</sup>

<sup>34</sup> Entre los contemporáneos, Toribio Esquivel Obregón fue el más explícito al señalar que la entrevista tenía dos objetivos: externos y para “usos domésticos”. Cfr. *El Tiempo*, 26 abril 1908. Entre los colegas, el más enfático al señalar los dos destinos geográficos de la entrevista es Enrique Krauze, *Siglo de caudillos. Biografía política de México (1810-1910)*, México, Tusquets Editores, 1994, p. 324.

<sup>35</sup> Para Bulnes el riesgo era grave: ganarse “la enemistad personal” del nuevo Presidente norteamericano en el caso de que fallara el nuevo intento reeleccionista de Roosevelt. Cfr. Bulnes, pp. 381-382. Véase también Emilio Rabasa, *La evolución histórica de México*, México, Librería de la Viuda de Ch. Bouret, 1920, p. 192.

<sup>36</sup> Ricardo García Granados, *Por qué y cómo cayó Porfirio Díaz*, México, Andrés Botas e Hijo, 1928, p. 50, y Nemesio García Naranjo, *Porfirio Díaz*, San Antonio, Texas, Casa Editorial Lozano, 1930, pp. 271-272. Respecto al asunto de la Bahía Magdalena, véase Cosío Villegas, pp. 298-330. Un destacado colega enlista los principales problemas diplomáticos entre Estados Unidos y Díaz, lo que le permite afirmar que en Washington deseaban “ardientemente” verlo dejar el poder, por lo que “prácticamente” lo “obligaron” a conceder la entrevista, en la que se comprometiera a organizar “unas elecciones libres” que

Algunos opositores mexicanos detectaron también el objetivo internacionalista: uno de los principales periodistas católicos percibió el enojo de los inversionistas norteamericanos por los favores que el gobierno de Díaz otorgaba a los europeos y su inquietud “por la ancianidad” de don Porfirio. Por su parte, Roque Estrada, cercano colaborador de Madero durante la gira electoral de 1910, señaló que don Porfirio buscaba legitimar ante el extranjero su nueva reelección.<sup>37</sup> Una posición extrema alegaba que las declaraciones de Díaz eran producto de “la presión” estadounidense, lo que explicaría la intervención del embajador, para satisfacer “la incertidumbre de los capitalistas”. Otra versión igualmente radical sostiene que “la presión” provenía del gobierno de Washington, ya porque deseaba comprometer a don Porfirio con la aceptación de un cambio ordenado en México y con la llegada al poder de un hombre más joven y democrático; ya porque quería conocer la actitud de don Porfirio respecto al siguiente periodo gubernamental.<sup>38</sup> Todas estas apreciaciones coinciden en que la entrevista había sido formulada “exclusivamente para el extranjero”, que era “un artículo de exportación”. Falso: Díaz nunca hubiera intentado engañar a Estados Unidos, ofreciéndole retirarse para luego permanecer en el puesto, aunque cabe la posibilidad de que primero haya sido convencido por colaboradores como Limantour y Creel de congraciarse con los vecinos del Norte, y que luego se haya alarmado por las movilizaciones provocadas por la aparición de sus declaraciones. A mi modo de ver, el problema fue que don Porfirio no calculó que el doble contenido del reportaje tendría, consecuentemente, dos tipos de lecturas:

aseguraran la llegada a la presidencia de “un hombre nuevo”. Cfr. Jean Meyer, *La Revolución Mejicana, 1910-1940*, España, DOPESA, 1973, pp. 26-27. Por su parte, un reconocido biógrafo de Madero asegura que la entrevista Creelman “fue hecha para apaciguar la opinión en la República del Norte”. Cfr. Stanley Ross, *Francisco I. Madero, apóstol de la democracia mexicana*, México, Grijalbo, 1959, p. 53.

<sup>37</sup> Cfr. Correa, p. 30; Roque Estrada, *La Revolución mexicana y Francisco I. Madero. Primera, segunda y tercera etapas*, Guadalajara, Talleres de la Imprenta Americana, 1912, pp. 36-38, y López Portillo y Rojas, pp. 361-362, 370-371. Era tan obvio el contenido internacional del reportaje, que tanto López Portillo como Bulnes aseguran que ello era prueba de la intervención del “experto” —ironía de Bulnes— Ignacio Mariscal, secretario de Relaciones Exteriores.

<sup>38</sup> Luis Lara Pardo, *De Porfirio Díaz a Madero. La sucesión dictatorial de 1911*, Nueva York, Polyglot Publishing and Comercial Co., 1912, pp. 126-127, y Luis Manuel Rojas, pp. 17-18. Véanse también Cosío Villegas, p. 762, y Meyer, pp. 26-27.

las frases que buscaban apaciguar a la clase política, al empresariado y a la opinión pública norteamericanas tendrían en México el efecto contrario: aquí generarían ansiedades y agitación. ¿Cómo fue que se adoptó esta doble estrategia, que resultó “suicida”?<sup>39</sup>

En efecto, si el objetivo de organizar la entrevista con Creelman era internacional, ¿para qué fomentar su traducción y su edición mexicana, en el más amigable —y más popular— de los periódicos nacionales? La respuesta es simple: también tenía objetivos internos. Lo sorprendente es que Díaz sólo previera resultados benéficos en la difusión de la entrevista en México. Tal parece que nunca se imaginó que pudiera tener efectos negativos. Para comenzar, en 1903 se había diseñado una mecánica sucesoria sustentada en el restablecimiento de la vicepresidencia, para que quien ocupara dicho puesto fuera, en tanto compañero de fórmula electoral escogido por el propio Presidente, su sucesor en caso de fallecimiento.<sup>40</sup> Sin embargo, con las declaraciones hechas por don Porfirio a Creelman parecía que se revertía la estrategia sucesoria: varios lo percibieron así, tanto en el campo de la oposición como en los círculos porfiristas; más aún, todos coincidieron en la causa del cambio: el Vicepresidente Corral había mostrado notables incapacidades. Incluso alguien tan cercano a éste como lo era Limantour, compañero en el gabinete y en el grupo de los ‘científicos’, acepta haber oído del propio Díaz “algunas expresiones

<sup>39</sup> García Naranjo, pp. 272-273, y López Portillo y Rojas, p. 381. Un ejemplo de los dos mensajes y las dos lecturas: “en Washington la entrevista fue leída con un moderado optimismo. En México causó un revuelo inmenso”. Cfr. Krauze, p. 324.

<sup>40</sup> En la Constitución de 1824 se señalaba que la vicepresidencia la ocuparía quien obtuviera el segundo lugar en las elecciones presidenciales; en la Constitución de 1857 desapareció dicho cargo, pero a partir del decreto de 6 de mayo de 1904 se restableció por la preocupación que existía ante la avanzada edad del Presidente Díaz. Como es obvio, la vicepresidencia de la primera mitad del siglo XIX resultó ser un órgano generador de inestabilidad, pues el Vicepresidente tenía que colaborar con quien lo había vencido en los comicios. En cambio, para 1904 se buscó que fueran dos compañeros del mismo grupo político. Es indudable que su restablecimiento buscaba garantizar el orden sociopolítico en caso de que Díaz muriera; también sirvió para legitimar la reelección de don Porfirio en 1904, pues ya contaba con 74 años. Véase Querido Moheno, *¿Hacia dónde vamos? Bosquejo de un cuadro de instituciones políticas adecuadas al pueblo mexicano*, México, Talleres de I. Lara, 1908, pp. 24-25. Si bien era una estrategia para conservar la estabilidad, no era una solución democrática, pues implícitamente se anunciaba que el gobierno de Díaz sería vitalicio. También puede ser vista esta restauración como un intento previo de complacer, y de tranquilizar, al gobierno norteamericano.

de desconsuelo al ver el descontento” causado por Corral, lo que hacía probable que para 1908 “pensara emanciparse de toda liga” con él. Así, cansado “de no encontrar” a su alrededor a quien pudiera ser su sucesor, buscó provocar “un movimiento de la opinión pública con la esperanza de que brotaran nombres prestigiados, apoyados por grupos serios y numerosos”.<sup>41</sup> En este mismo sentido, el perceptivo Bulnes aseguró que Díaz no sólo estaba insatisfecho con Corral sino que estaba muy preocupado por “la impopularidad” del llamado Partido Nacional Porfirista,<sup>42</sup> por lo que deseaba no un simple cambio de compañero en la mancuerna electoral de 1910, sino crear un nuevo partido político que lo respaldara. Contra estas afirmaciones, una lectura atenta del reportaje completo permite afirmar lo contrario: Díaz intentaba presentar y respaldar al grupo de los ‘científicos’ como idóneo para sucederlo, pues resulta revelador que en la edición original aparezcan sendas fotos de Limantour, Corral y Creel, con comentarios elogiosos para los tres. En cambio, a los anti ‘científicos’ Mariscal<sup>43</sup> y Reyes ni se les menciona.

También hubo quienes, conociendo las estrategias y tácticas de Díaz, le atribuyeron objetivos acordes con sus reputados estilos y procedimientos. Por ejemplo, se dijo que lo que se proponía era “poner a prueba a sus partidarios”. Asimismo, se afirmó que lo que realmente buscaba era engañar “a sus rivales”, fomentando sus aspiraciones al puesto, lo que puede entenderse como un señuelo tendido al general Reyes, ferviente aspirante

<sup>41</sup> Véase José Yves Limantour, *Apuntes sobre mi vida pública*, México, Porrúa, 1965, pp. 156-159. Según Eduardo J. Correa, Díaz buscaba otras opciones, pues “la iniciativa de la vicepresidencia no dio el resultado apetecido porque el sucesor designado no tuvo talla para príncipe heredero”. Cfr. p. 30. Según Jorge Vera Estañol, el Vicepresidente Corral era un hombre “sin prestigio, sin historia, desconocido cuando no impopular”. Véase su *Revolución mexicana. Orígenes y resultados*, México, Porrúa, 1957, p. 93. El joven diputado Querido Moheno reconocía que Corral se caracterizaba “por la más absoluta y tozuda pasividad”, p. 25. A su vez, Ramón Prida, quien siempre ha sido visto como un vocero de Rosendo Pineda, uno de los jefes políticos del grupo ‘científico’, aseguró que Díaz “hipócritamente” hablaba de “la impopularidad” de Corral. Cfr. Prida, *De la dictadura a la anarquía!*, México, Ediciones Botas, 1958, p. 172.

<sup>42</sup> Bulnes lo critica por su “lacayería”; según él, su única capacidad era la de “flabelíferos”.

<sup>43</sup> Contrario a que la entrevista Creelman no produjera cambio alguno y permaneciera el ‘científico’ Corral en la vicepresidencia luego de que Díaz desconociera lo ofrecido, Mariscal se mostró partidario de que se organizaran nuevas instituciones y hubiera elecciones libres en 1910. Cfr. *Diario del Hogar*, 31 octubre 1908.

a la vicepresidencia desde 1904.<sup>44</sup> Peor aún, se insinuó que las declaraciones eran “una trampa” para “descubrir a sus enemigos”: quienes se movilizaran confiados en sus “perversas” declaraciones, encontrarían sólo persecuciones y violencia.<sup>45</sup> En un artículo aparecido a finales de 1909 en un periódico de provincia, el joven periodista y poeta en ciernes Ramón López Velarde acusó a Creelman de ser el responsable de la expulsión de los reyistas del aparato gubernamental, de la persecución de los anti-reeleccionistas y “de otros lúgubres sucesos”.<sup>46</sup>

Otro objetivo que seguramente estuvo en las intenciones de Díaz, y que además era un procedimiento recurrente en él, fue la llamada ‘comedia del ruego’; esto es, la amenaza de retirarse de la política, seguro de que sus colaboradores y partidarios le solicitarían que permaneciera en la presidencia, legitimando así su reelección. Don Porfirio creyó que en 1908 podría recurrir al consabido procedimiento, confiado en que todos los elementos interesados en la continuación de su gobierno se movilizarían “para retenerle en el puesto”. El problema es que la reelección de 1910 tendría características muy particulares: para comenzar, Díaz contaría con ochenta años y su salud comenzaba a declinar; además, desde la reelección de 1904 se había restablecido la vicepresidencia, por lo que anularla como estrategia sucesoria lo obligaba a realizar serios ajustes con sus principales colaboradores. Sobre todo, esta vez las amenazas de retiro no habían sido hechas, como hasta entonces, a sus amigos y colaboradores más cercanos,

<sup>44</sup> Recuérdese que entre 1903 y 1904 Reyes y Corral aspiraron a la restaurada vicepresidencia. Su derrota hizo de Reyes un político crecientemente crítico de los ‘científicos’. Para colmo, su nueva derrota ante Corral entre 1908 y 1910 lo llevó a alejarse de Díaz, al tiempo que sus seguidores se hicieron opositores. Véanse, E. V. Niemeyer, *El general Bernardo Reyes*, Monterrey, Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Nuevo León, 1966; Josefina G. de Arellano, *Bernardo Reyes y el movimiento reyista en México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1982, y Artemio Benavides Hinojosa, *El general Bernardo Reyes. Vida de un liberal porfirista*, Monterrey, Ediciones Castillo, 1998.

<sup>45</sup> Cfr. García Granados, pp. 48 y 53. López Portillo y Rojas aseguró que “cuando la parte del pueblo que se interesa por los negocios públicos entró en acción [...], la cólera de Díaz hizo explosión y dio lugar a violencias inauditas”. Cfr. pp. 373-376.

<sup>46</sup> López Velarde, “Creelman”, en *El Regional* (Guadalajara), 20 noviembre 1909, en Ramón López Velarde, *Correspondencia con...*, pp. 237-238. En el mismo tono, el responsable de la edición dominical de *El Diario* llama “pérfidas” a las declaraciones hechas a Creelman, pues fueron una “trampa” para “muchos mexicanos” que “tuvieron la candidez de aceptar como buenas las promesas del viejo zorro”. Cfr. Carlo de Fornaro, p. 131.

sino a la opinión pública mexicana y a la clase política y empresarial norteamericana.<sup>47</sup> Por tener dos destinatarios, sus promesas resultaron contradictorias y antagónicas: mientras los mexicanos debían aprestarse a una nueva representación de la ‘comedia del ruego’, en Estados Unidos debían considerar verídica su tardía conversión democrática. Como bien dijo un senador crecientemente antiporfirista, el reyista José López Portillo y Rojas, le hubiera convenido a Díaz “no abrir la boca” y desarrollar su estrategia “a puerta cerrada”, como lo había hecho en las anteriores reelecciones.<sup>48</sup>

Don Porfirio tuvo otros objetivos: uno mundano, y acaso el más humano de todos, pues pareciera que simplemente envejeció y llegó a la edad en la que uno no puede vencer al instinto que nos manda hacer balances y dar consejos.<sup>49</sup> Otro fue propio de los políticos que dejan testamentos para la patria, no para sus familiares, en los que consignan lo que no pudieron realizar durante su mandato; en este caso, democratizar el proceso sucesorio. Acaso Díaz tenía otro objetivo, último y final, humano pero no mundano: tal vez don Porfirio quiso pasar a la historia como un demócrata. Dado que no podía alegar que sus gobiernos habían sido democráticos, aspiraba a que se le viera como el estadista que había puesto las condiciones para que el país pudiera luego acceder a ese tipo de sistema político. Una de sus principales aseveraciones a Creelman fue que el país finalmente había madurado lo suficiente para arribar, sin riesgos, a una etapa de libre competencia política. Lo que pretendía era que se le considerara el responsable de “poner al país en situación de realizar ese cambio”, reconociéndosele que durante su largo pero provechoso mandato el pueblo mexicano había madurado mediante la educación, el trabajo y la estabilidad política, conformándose así una apreciable clase media, única creadora de la “forma democrática de gobierno”. Si ya se le consideraba como el ‘héroe de la guerra y de la paz’, el constructor del México de ‘orden y progreso’, ahora aspiraba a que se le atribuyera también la modernización política. El elogio sería rotundo: “caudillo hasta ayer de la paz,

<sup>47</sup> Mateo Podán, que presumía ser un biógrafo de Díaz considerablemente balanceado y ecuánime, subraya las diferencias entre las estrategias para promover la reelección de don Porfirio en 1910 y todas las anteriores, desde 1884. Cfr. Mateo Podán, *Porfirio Díaz. Debe y haber. Estado del activo y del pasivo históricos del famoso estadista y caudillo mexicano*, México, Ediciones Botas, 1944, p. 322.

<sup>48</sup> López Portillo y Rojas, pp. 377-380. Véase también García Granados, p. 48.

<sup>49</sup> Así lo explica el siempre atinado Luis González, p. 693.

desde ahora paladín de la democracia futura”. Por la forma tan parecida como lo expresaron varios periódicos, parecía que había una consigna: la entrevista Creelman habría sido hecha para “los que detrás vengan, como Evangelio de nuestra democracia”. El elogio desafiaba al futuro: sus ofrecimientos democráticos “harán época”, pues superan a sus proezas militares, a sus triunfos políticos y diplomáticos y a los “innumerables” éxitos de su administración.<sup>50</sup>

Su aspiración de trascender históricamente como heraldo de la democracia fue rápidamente cuestionada, no sólo por sus críticos sino hasta por sus colaboradores más cercanos. Se rechazó que el país estuviera ya en condiciones de alcanzar la democracia y se afirmó que el culpable era el propio Díaz, pues nunca se había “preocupado” por “preparar al pueblo” para que accediera al ejercicio de sus derechos. Al contrario, “jamás” lo había permitido, por lo que se dudó “que sinceramente deseara preparar el paso de su gobierno personal y de larga duración a otro más ajustado a la ley”. Considérese otro argumento: si deseaba un futuro democrático para el país, ¿por qué no empezó a prepararlo en las elecciones municipales, estatales y legislativas? Recuérdese que los comicios locales de su último periodo presidencial se desarrollaron “según las prácticas antiguas” y nada se intentó para modificarlas.<sup>51</sup> Aun concediendo que Díaz creyera que dejaba al país en la antesala de la democracia, lo cierto es que el resultado de la entrevista fue diametralmente opuesto al que esperaba.

<sup>50</sup> *Renacimiento* (Monterrey), 15 marzo 1908, en CPD, leg. xxxiii, # 8094, doc. 003089-A. *El Diario*, 4 marzo 1908; *El Imparcial*, 11 y 13 marzo 1908, y *El Popular*, 4 marzo 1908. Consúltese también López Portillo y Rojas, p. 372. Blanquel también reconoce que la entrevista con Creelman tenía un “legado mayor”: descender voluntariamente de la silla presidencial, “para ascender [...] a la gloria eterna de la historia”. Cfr. pp. 28-33.

<sup>51</sup> Limantour, pp. 156, 158, 160-161, y López Portillo y Rojas, pp. 372-373, 380. Limantour no tenía dudas al respecto: “la educación cívica de un pueblo sólo da resultado al través de varias generaciones”. Creelman, que prácticamente no hizo planteamientos críticos contra Díaz, luego se permitió decir que fue “un error continuar su mandato tanto tiempo sin intentar mejorar las habilidades cívicas de su pueblo”. Cfr. James Creelman, “Underlying causes of the Mexican Revolution”, en *The North American Review*, 31 marzo 1911, en Archivo Histórico Diplomático Mexicano, Grupo RM, LE 652, leg. 76, ff. 507-513; también en LE 661, leg. 93, ff. 54-61 (en adelante AHDM). Véase también carta de Francisco I. Madero a Porfirio Díaz, 2 febrero 1909, en *Epistolario (1900-1909)*, Agustín Yáñez y Catalina Sierra (eds.), México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1963, p. 317.

## RECEPCIÓN Y LECTORES

La hipótesis de que el reportaje estaba dirigido a dos públicos la confirma su estrategia editorial. En México se publicó primero en el periódico de la colonia norteamericana, *The Mexican Herald*, a finales de febrero, y pocos días después fue reproducido en varios periódicos nacionales. Indudablemente Díaz deseaba que lo leyeran los mexicanos. Si bien Luis Cabrera asegura —equivocadamente— que la primera edición mexicana fue del joven periódico *México Nuevo*, de filiación reyista,<sup>52</sup> y que luego lo publicó *El Imparcial*, “alterándolo prudentemente”, es incuestionable que este periódico, partidario de don Porfirio y de los ‘científicos’, lo publicó los días 3 y 4 de marzo, “casi íntegro” y con “comentarios *ad hoc*”. *El Imparcial* argumentó que lo reproducía porque Creelman era “uno de los periodistas más serios y más notables de los Estados Unidos” y porque “el artículo-entrevista es notable por lo bien escrito y por el mucho fondo que entraña”.<sup>53</sup> Además de estas tres ediciones, en México también lo publicó *El Popular* en varias entregas, y puede asegurarse que hubo otras varias ediciones parciales.<sup>54</sup>

Por obvias razones, la edición que más se leyó en México fue la de *El Imparcial*, el periódico de mayor circulación por entonces.<sup>55</sup> Por lo tanto, es importante recordar que sus propios editores reconocieron haber publicado incompleto el reportaje. Una comparación entre ambas versiones permite afirmar que la principal edición mexicana no incluía la segunda

<sup>52</sup> El interés de los reyistas por difundir el contenido de la entrevista era obvio: ofrecía abrir la contienda electoral de 1910, con nuevos candidatos, nuevas organizaciones y nuevos procedimientos y conductos.

<sup>53</sup> Cabrera, p. 304. *La Iberia*, 6 marzo 1908. Este mismo periódico, vocero de la colonia española en México, cuestionó que fuera *The Mexican Herald* el “primero que apresurose a reproducir el reportaje”, “rara coincidencia” que atribuyó a que “recibe cuantiosa subvención de la Tesorería Federal”, aunque más bien debería atribuirse a sus nexos con la embajada y a sus contactos con la prensa norteamericana. Cfr. *ibid.*, 7 marzo 1908. Véase también *El Imparcial*, 3 marzo 1908.

<sup>54</sup> *El Popular* lo publicó los días 4, 5, 6, 7, 8 y 10 de marzo. También se publicó en el diario colombiano *La Ilustración*, de Bogotá.

<sup>55</sup> *El Imparcial*, periódico que oscilaba entre semioficial y porfirista, impuso un periodismo informativo y recreativo; fue fundado por el oaxaqueño Rafael Reyes Spíndola en 1896. Véase Clara Guadalupe García, *El Imparcial: primer periódico moderno de México*, México, Centro de Estudios Históricos del Porfiriato, 2003.

parte de la versión original, dejando fuera los párrafos dedicados a la historia de México, a la biografía de Díaz, a las relaciones con Estados Unidos y a la participación de la Iglesia católica en la historia nacional. Así, a través de *El Imparcial*, periódico de todas sus confianzas, don Porfirio decidió compartir con los mexicanos únicamente sus reflexiones sobre la coyuntura política del momento.

¿Cuál fue el impacto del reportaje de Creelman conocido por los mexicanos? ¿Qué recepciones tuvo, según las filiaciones políticas del público? ¿Qué percepciones generó y qué cuestionamientos y polémicas provocó? Obviamente, en un país con cerca de 80% de analfabetos y en el que la mayor parte de la población habitaba en el medio rural o en poblaciones pequeñas,<sup>56</sup> el acceso al reportaje fue minoritario. Solamente lo leyeron los interesados en política. Sin embargo, uno de los mayores errores de Díaz fue creer que la entrevista sería poco leída porque su aparato gubernamental era excluyente; además, ante la inexistencia de contiendas electorales reales, la mayor parte de la población había tendido a la despolitización. Don Porfirio no entendió una paradoja: si las reelecciones anteriores habían provocado despolitización, la de 1910, a sus ochenta años, produjo el efecto contrario. Tampoco entendió que el crecimiento de la clase media, generado por ‘el orden y el progreso’, implicaba un incremento del sector politizado del país. Tampoco percibió que las críticas de los magonistas, los pleitos entre ‘científicos’ y reyistas, así como las represiones de Cananea y Río Blanco habían aumentado el número de politizados. Por último, el carácter novedoso de la entrevista dio lugar a que fuera leída y comentada no sólo por grupos políticos y círculos intelectuales del país, sino a que, a través de los principales periódicos, tuvieran acceso a ella amplios sectores de la clase media.<sup>57</sup>

<sup>56</sup> Existen algunas diferencias respecto al porcentaje de analfabetos que había en 1910: hay quien asegura que era de 71.30, mientras que para otra fuente alcanzaba 76.4%. Véase, respectivamente, *Estadísticas sociales del Porfiriato, 1877-1910*, Moisés González Navarro (preámb.), México, Secretaría de Economía, 1956, p. 125, y *Estadísticas históricas de México*, t. 1, México, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, 1985, p. 123.

<sup>57</sup> Un político e intelectual tan perceptivo como Emilio Rabasa se dio cuenta de que las declaraciones de Díaz fueron repetidas, ampliadas y glosadas generosamente, hasta llegar a ser un elemento propio “de la propaganda popular”. Cfr. p. 198. Esta idea la confirma la siguiente afirmación: que las revelaciones de Creelman se discutieron “con calor y con interés en todas partes”, incluso por quienes no son políticos pero que ven que es un asunto que afectará “el porvenir de la República”. Cfr. *El Tiempo*, 9 mayo 1908.

Una primera percepción, generalizada, es que su publicación en *El Imparcial* garantizaba y oficializaba la entrevista.<sup>58</sup> En principio, las diferentes posturas pueden ser agrupadas en progubernistas y opositoras, si bien dentro de estos grandes apartados hubo varias tendencias. Para comenzar, los políticos más cercanos a Díaz, como algunos miembros de su gabinete, se mostraron sorprendidos al enterarse del asunto por la prensa, lo que implicaría que Díaz hizo las declaraciones sin consulta ni consejos, “sin escuchar la voz de sus amigos y partidarios”.<sup>59</sup> Hoy se sabe que sólo un círculo íntimo estaba enterado del asunto. Como quiera que haya sido, varios ministros y gente de su entera confianza inmediatamente trataron de convencerlo de volver a reelegirse y de no alentar la creación de un partido opositor, sino de construir uno gubernista, “perfectamente unido y disciplinado”, que tuviera un programa de gobierno que incluyese las reformas “reclamadas con más fundamento por la opinión pública”, y que contara con su patrocinio y patrocinio, aludiendo así a sus “poderosos elementos políticos” y a su “inmenso prestigio personal”.<sup>60</sup>

Esta doble propuesta de la permanencia de Díaz y de la creación de un partido gubernista puede identificarse como la estrategia de los ‘científicos’. Paradójicamente, desde su nacimiento como grupo habían pospuesto su aspiración de construir una institución partidista, seguramente

<sup>58</sup> *Ibid.* Contrario a *El Imparcial*, el periódico católico *El Tiempo* señaló que las declaraciones de Díaz no eran oficiales y mucho menos “sagradas”.

<sup>59</sup> Limantour luego aseguró que don Porfirio “nada” le dijo, a pesar de que “me tuvo casi siempre al corriente de cosas de igual índole”, y afirmó que sólo estaba enterado del tema el secretario particular de Díaz, el licenciado Rafael Chousal. Sin embargo, es incuestionable que durante su estancia en México Creelman tuvo contactos con Limantour, al menos para aportarle información; de hecho, tan pronto arribó Creelman a México le anunció su llegada. Lo único que podría alegar Limantour es que desconocía que se fuera a publicar en español, lo que también sería de dudarse por su cercanía personal y política con el director de *El Imparcial*, Rafael Reyes Spindola. Cfr. Limantour, pp. 153 y 157. Véase carta de James Creelman a José Yves Limantour, 9 diciembre 1907, en Archivo Limantour, en CEHM-Carso, Fondo CD LIV, carpeta 25/26, rollo núm. 48 (en adelante AL). En dicha carta, con membrete del Hotel Sanz, Creelman le menciona al embajador Creel.

<sup>60</sup> Hubo una reunión en la que participaron Limantour, Ramón Corral, Vicepresidente y secretario de Gobernación, y Olegario Molina, secretario de Fomento, y “en cuyo buen juicio” don Porfirio tenía “plena confianza”. La urgencia de la unidad era para contrarrestar “la guerra a muerte que se hacían ostensiblemente los que rodeaban al general Díaz”, o sea ‘científicos’ y reyistas. Cfr. Limantour, pp. 161-165.

para no despertar los celos y las sospechas de don Porfirio.<sup>61</sup> Sin embargo, en 1908 las condiciones eran distintas y algunos ‘científicos’ creyeron que la recomendación de que se organizaran partidos políticos iba dirigida a ellos, para que alcanzaran el poder con absoluta legitimidad y no como una simple herencia, a partir de una estructura política, propia pero pública. Varios miembros del grupo creyeron que el propio Díaz se había dado cuenta de las dificultades de justificar otra reelección a sus ochenta años, y que tal era la razón de que hubiera abierto su sucesión, para que el próximo Presidente alcanzara el poder mediante una competencia legitimadora.<sup>62</sup>

Además de los ‘científicos’, otro grupo favorable a Díaz se expresó inmediatamente, el de los gobernadores. Como una muestra que podría extenderse considerablemente, considérese que los gobernadores de Coahuila, Chihuahua, Guanajuato, Jalisco, Michoacán, Nuevo León, Puebla, San Luis Potosí, Tabasco y Veracruz<sup>63</sup> rápidamente solicitaron que don Porfirio revocara su amenaza de no reelegirse en 1910. Según los mandatarios de Coahuila y Nuevo León, no sólo sus estados sino “toda la frontera” norte estaba en desacuerdo “con semejante determinación”, lo que sabían por una ‘consulta’ hecha a la opinión de sus estados. A su vez, el gobernador de Guanajuato aseguró que “el pueblo guanajuatense estima una necesidad pública su continuación en el poder, porque no hay que buscar cambios cuando una situación es satisfactoria”. Por su parte, Teodoro Dehesa, gobernador de Veracruz, se refirió a Díaz como “insustituible”, asegurando que “su merecida apoteosis” sería morir “en la presidencia de la República”.<sup>64</sup>

<sup>61</sup> *El Tiempo*, 7 marzo 1908. Este conocido periódico católico, dirigido por Victoria-no Agüeros, señalaba que los ‘científicos’ era un grupo de interés que funcionaba con enorme discreción, que “no han hecho prosélitos” ni propaganda “que les atrajera simpatías”. *Ibid.*, 27 marzo 1908.

<sup>62</sup> Miguel Alessio Robles, “La conferencia Creelman”, en *El Universal*, 26 enero 1929.

<sup>63</sup> Estos eran respectivamente, Miguel Cárdenas, Enrique Creel, Joaquín Obregón González, Miguel Ahumada, Aristeo Mercado, Bernardo Reyes, Mucio Martínez, José María Espinosa y Cuevas, Abraham Bandala y Teodoro Dehesa.

<sup>64</sup> Consúltese Archivo Rafael Chousal, Secretaría Particular, caja 31, expediente 246, ff. 8-8v. Véase carta de Joaquín Obregón González, gobernador de Guanajuato, a Ramón Corral, 21 febrero 1909, en José C. Valadés, *La Revolución y los revolucionarios, tomo 1, parte 1. La crisis del Porfirismo*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2006, capítulo “El Archivo de Don Ramón Corral”, p. 457. *El*

El movimiento reyista padecía una grave dualidad: por un lado estaba el general Bernardo Reyes; por el otro, los reyistas. Si el primero se pronunció por la permanencia de Díaz en el poder, los segundos se sintieron estimulados, pues se reavivaron sus expectativas políticas. Uno de sus mayores dirigentes reconoció que en 1903 habían quedado “profundamente lastimados” al postular don Porfirio al ‘científico’ Ramón Corral para la vicepresidencia del país, lo que lo hacía su sucesor legal. Incluso muchos acordaron entonces alejarse de los asuntos electorales. Sin embargo, los anuncios hechos a través de Creelman “hicieron volver al campo político” a numerosos reyistas, despertando “los que estaban dormidos” y asumiendo una actitud “militante y retadora”. En efecto, muchos reyistas creyeron que las revelaciones de Creelman eran una velada recomendación para que se organizaran y asumieran actitudes propositivas. Así, apenas tres semanas después de conocida la entrevista, el joven Rodolfo Reyes, hijo del general, y el diputado Diódoro Batalla, su partidario, aprovecharon un homenaje al educador Gabino Barreda para anunciar su reaparición, desafiando a los ‘científicos’.<sup>65</sup>

Los católicos politizados, si bien no eran críticos contumaces de Díaz, tampoco formaban parte de su aparato gubernamental, lo que no los hacía partidarios de su permanencia en el puesto. Impedidos legalmente de tener una institución electoral, y por lo mismo un candidato propio para suceder a Díaz, su desinterés fue comprensible: todo el asunto les pareció una “comedia”, un “garlito” lleno de “embustes” y “supercherías”, una “simple tomadura de pelo”. Los católicos aprovecharon el pretexto para expresar su nacionalismo cultural, mostrándose molestos de que la entre-

*Diario*, 12 y 18 marzo 1908. Una espléndida reconstrucción y análisis de la estrategia de los gobernadores, en Cosío Villegas, pp. 769-773. En síntesis, la estrategia consistiría en manipular a la prensa local para que creara “un ambiente propicio a la reelección”. Al mismo tiempo, con ‘jefes políticos’ y presidentes municipales deberían constituirse ‘clubes’, los que organizarían primero convenciones estatales “y al final la gran convención nacional”. Según Cosío Villegas, el propósito no sería sólo proponer su candidatura, como se había hecho siempre antes, sino “rogarle que, contrariando el propósito expresado a Creelman, aceptara seguir presidiendo los destinos del país”. Blanquel explica con toda claridad la unánime postura reeleccionista de los gobernadores: de cumplir Díaz sus ofrecimientos, ellos también tendrían que dejar el poder. Cfr. Blanquel, pp. 28-33.

<sup>65</sup> Carta de Bernardo Reyes a Porfirio Díaz, 25 marzo 1908, en CPD, leg. xxxiii, doc. 3115; también en Archivo Bernardo Reyes, carpeta 38, leg. 7519 (en adelante ABR). Véase también Luis Manuel Rojas, p. 83.

vista se hubiera conocido primero “en yanquilandia”. Sobre todo, *El País*, periódico dirigido por Trinidad Sánchez Santos, uno de los principales intelectuales católicos, estaba convencido de que era inútil debatir sobre opciones nuevas, pues daba por seguro que don Porfirio permanecería en el puesto, limitándose la anunciada apertura política a la contienda por la vicepresidencia, la que no sería una competencia mediante el voto libre, sino cupular, para ganar las confianzas y simpatías de Díaz. Aun con este pesimista diagnóstico, los católicos entendieron que las promesas y compromisos de don Porfirio ante Creelman eran un “salvoconducto” para participar en política.<sup>66</sup> Si bien de manera medrosa y subrepticia, comenzaron a organizarse, aunque al principio tuvieron que cubrir su militancia bajo otras banderas.

A principios de 1908 el antirreeleccionismo todavía no existía como movimiento organizado. Sin embargo, Madero y quienes luego serían sus principales dirigentes ya habían comenzado a militar en la política opositora. Para éstos, con sus declaraciones Díaz sólo buscaba “legitimarse” en Estados Unidos, pero reconocían que éstas sirvieron para “despertar” a muchos mexicanos,<sup>67</sup> como lo demostraría la organización del Partido Democrático a finales de 1908 y principios de 1909, la fundación de periódicos como *México Nuevo*, por Juan Sánchez Azcona, y la publicación de varios libros que analizaban críticamente la coyuntura política. Francisco

<sup>66</sup> García Granados, p. 54, y Ramón López Velarde, “Creelman”, en *El Regional* (Guadalajara), 20 noviembre 1909, en Ramón López Velarde, *Correspondencia con...*, pp. 237-238. *El País*, 30 junio 1908. Para este periódico el debate producido por las declaraciones de Díaz a Creelman era “de mentirijillas”, muy adecuado para “los amantes de las farsas”. Con tremenda ironía un dirigente católico años después se burló de que la comedia “resultó tragedia”. Cfr. Correa, pp. 29-34.

<sup>67</sup> La idea sobre el despertar de la conciencia cívica la compartieron los futuros maderistas y muchos porfiristas. Entre los primeros pueden ser mencionados Diego Arenas Guzmán y Alberto J. Pani: para el primero las declaraciones dieron lugar a “un amanecer”; para el segundo conmovieron a “todos los espíritus”. Cfr. Diego Arenas Guzmán, *El periodismo en la Revolución mexicana. Tomo II (de 1908 a 1917)*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1967, p. 23; Alberto J. Pani, *Apuntes autobiográficos*, México, Librería de Manuel Porrúa, 1950, p. 63. Sobre todo, para uno de ellos las revelaciones de Creelman fueron “un rayo de esperanza [...] para los eternamente oprimidos”. Cfr. Lara Pardo, p. 128. Entre los porfiristas, Jorge Vera Estañol asegura que las declaraciones “operaron una transformación fundamental en la conciencia pública”, al grado de que deben ser consideradas como “el origen psicológico de la Revolución”. Cfr. Vera Estañol, p. 93.

Vázquez Gómez, mancuerna electoral de Madero en 1910, también reconoció que la entrevista había provocado el inicio de la discusión sobre la sucesión de 1910. Fue Madero quien con mayor claridad entendió los límites, objetivos y potencialidades de las discutidísimas declaraciones. Como lo dijo a varios correligionarios, no debía creerse en ellas pues Díaz mentía, pero había que aprovecharse de sus ofertas respecto a construir partidos políticos. Madero no tenía duda alguna: debían descubrir “los móviles ocultos” en cualquier declaración de los gobernantes. Sobre todo, fue claro en su recomendación: “explotar” la entrevista para “levantar el espíritu público y causar mayor efervescencia”.<sup>68</sup>

En el movimiento magonista, el más consolidado y radical de todos los grupos opositoristas, no hubo eco a las confesiones hechas a Creelman. Su situación acaso lo explique; también el radicalismo que estaba asumiendo. Durante el año de 1908 Ricardo Flores Magón estuvo encarcelado en la prisión del condado de Los Ángeles y su periódico *Regeneración* no pudo publicarse. De las casi treinta cartas suyas de ese año que se conservan, más de la mitad fueron para su compañera y el resto para sus camaradas. En ninguna hace alusión al reportaje de Creelman.<sup>69</sup> Es casi seguro que tuvo conocimiento de él, pero para 1908 el magonismo rechazaba las contiendas electorales y sólo confiaba en los grandes cambios sociopolíticos obtenidos mediante la violencia. De hecho, ese año tenía programada una insurrección.<sup>70</sup>

<sup>68</sup> Los libros que destacaba Vázquez Gómez eran *Porfirio Díaz, la evolución de su vida*, de Rafael de Zayas Enríquez; *Cuestiones electorales*, de Manuel Calero, “y sobre todo” *¿Hacia dónde vamos?*, de Querido Moheno, pues “pusieron más de bulto la zozobra que se notaba”. Cfr. Francisco Vázquez Gómez, *Memorias políticas (1909-1913)*, México, Imprenta Mundial, 1933, p. 19. Véase también carta de Francisco I. Madero a Cruz Cepeda Flores (Saltillo), 9 marzo 1908, en *Epistolario*, pp. 207-208; carta de Francisco I. Madero a Victoriano Agüeros, 5 agosto 1908, en *ibid.*, p. 223; carta de Francisco I. Madero a Félix F. Palacini, 16 agosto 1909, en *ibid.*, p. 391. Cfr. Estrada, pp. 38-42, y Pani, p. 63.

<sup>69</sup> Ricardo Flores Magón, *Obras completas. Correspondencia I (1899-1918)*, vol. 1, Jacinto Barrera Bassols (ed.), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2000. En las cartas de 1908 destacan la organización de la rebelión y sus intentos por obtener su libertad; con su esposa trataba asuntos cotidianos.

<sup>70</sup> Un estudioso del magonismo, pero también abierto simpatizante del mismo, está convencido de que la entrevista Creelman fue pensada para hacer un “ajuste político” que ayudara a “evitar una revuelta de los de abajo”. Cfr. James Cockcroft, *Precursores intelectuales de la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI Editores, 1968, p. 54.

La entrevista Creelman no podía motivar a los radicales; no estaba dirigida a ellos. Esto explica que los más interesados al principio fueran los diferentes grupos que rodeaban a Díaz, tanto los que aspiraban a heredarlo ahora que se disponía a retirarse, como los que vieron la oportunidad de fortalecerse. Por ello los primeros en atender las sugerencias de don Porfirio fueron unos miembros jóvenes del aparato gubernamental, los que en unos meses construirían el Partido Democrático, para competir electoralmente sin desventajas contra los ‘científicos’, los que también buscarían asumir el poder, aunque no mediante una contienda electoral sino a través de una vicepresidencia que ya era suya y que se aprestaron a conservar. El intento de los jóvenes del Partido Democrático no fructificó: sus vínculos con el sector oficial trajeron desconfianza sobre su intento.<sup>71</sup> Otros serían los más beneficiados.

#### LAS DIFERENTES PERCEPCIONES

Una vez analizadas las diversas posiciones asumidas por los diferentes grupos políticos, conviene recuperar algunas de las reacciones que hubo respecto a la entrevista. Estas percepciones dependieron de la ideología de quien la evaluara. También variaron según el momento en el que fueron expresadas. Por ejemplo, para los simpatizantes de Díaz no fue lo mismo opinar antes o después de su caída. Lo mismo puede decirse del espacio en donde fueron expuestas tales opiniones: no es lo mismo haberlo hecho públicamente, que sólo haberlo pensado o comentado con algunos correligionarios.

En términos generales la entrevista no fue bien recibida cuando se le conoció en México. Claro está que algunos periódicos porfiristas le hicieron grandes elogios.<sup>72</sup> Ciertamente es también que muchos mexicanos confiaron en ella a pesar de que Díaz había llegado al poder, treinta años antes,

<sup>71</sup> Las iniciales —COPD— del Comité Organizador del Partido Democrático fueron pronto interpretadas como si dijeran ‘Como ordene Porfirio Díaz’. En efecto, procedieron a organizar un partido político como él lo había sugerido; lo que no quedaba claro era qué tipo de partido deseaban. En todo caso, se identificaba a muchos de ellos como reyistas.

<sup>72</sup> Para *El Imparcial* —3, 7 y 13 marzo 1908—, el reportaje era “notable” por su “elegancia” y por su “fondo”, pues contenía ideas de “otro orden” por su “alcance y trascendencia”. Más exagerado en sus elogios fue *El Popular* —4 marzo 1908—, para el que el reportaje era menos una noticia que “una enseñanza admirable y una lección grandiosa”.

mediante la promesa incumplida del antirreeleccionismo.<sup>73</sup> Ello estribaba en que la entrevista Creelman tenía elementos que la hacían parcialmente verosímil. Por ejemplo, el haberse comprometido internacionalmente a dejar el poder, al dar su entrevista a un periodista vinculado a los círculos de poder en Washington, daba a sus promesas de 1908 “un valor diferente”; además, en esta ocasión la ‘comedia del ruego’ no fue una estrategia cupular de mensajes cifrados: las declaraciones fueron hechas en forma “terminante” y fueron ampliamente difundidas y comentadas en los principales periódicos nacionales;<sup>74</sup> por último, la avanzada edad de don Porfirio justificó que muchos acreditaran “sinceridad” en su aparente deseo de desancars. Comprensiblemente, que en 1908 sus ofrecimientos parecieran “verídicos” y esperanzadores y que la gente llegara a tener “fe en ellos”, aunque fuera brevemente, los convirtió en decisivos.

Sin duda fueron más numerosos los que consideraron erróneas e imprudentes sus declaraciones. Era erróneo dar oportunidad a los descontentos de manifestar abiertamente sus reclamos, pues ello correspondía al líder de un movimiento social, no al jefe del Estado. Era igualmente erróneo generar expectativas que no habrían de cumplirse: organizar otra reelección después de lo dicho a Creelman iba a ser casi imposible de lograr. Eran erróneas porque partían de un diagnóstico excesivamente optimista y notoriamente equivocado de la situación: un “confiado” don Porfirio creyó que eran muchos los que apoyaban su gobierno e insignificante el número de sus adversarios. Eran también erróneas porque se equivocó de escenario: apelar a declaraciones estruendosas a través de medios amplios de comunicación era ‘norteamericanizar’ la política mexicana. Sobre todo, Díaz cambió intempestiva e ilógicamente de personalidad política, igual que Napoleón modificó sus estrategias militares en Waterloo: frente a Creel-

<sup>73</sup> En el Plan de Tuxtepec, de 1876, Díaz propuso en el artículo segundo el principio de la no reelección, que ya como presidente elevaría a rango constitucional; más tarde, durante la presidencia de Manuel González, promovió la reforma que permitiría la reelección no consecutiva; finalmente, en 1884, durante su segunda presidencia, impulsó la reforma que permitió regresar a la redacción que se tenía en la Constitución de 1857, sin cortapisas para una reelección continua e indefinida en el tiempo.

<sup>74</sup> Contra esta idea, Emilio Rabasa sostiene que don Porfirio dirigió su mensaje “a los hombres prominentes de la administración”, en los que suponía “ambiciones, impaciencia o cansancio de seguirlo”. Rabasa asegura que Díaz “no se dirigió a la nación que gobernaba ni aparentó tomarla en cuenta”. Cfr. pp. 191-192.

man don Porfirio se atrevió a contradecir “los viejos principios de su política”.<sup>75</sup> El mismo promotor del lema ‘poca política y mucha administración’ ahora alborotó a su ‘caballada’;<sup>76</sup> el discreto se tornó locuaz.

Además de errónea, la entrevista Creelman era contraria a la naturaleza y temporalidad del sistema político porfirista. En efecto, éste descansaba en la centralidad y permanencia del caudillo, lo que lo hacía típicamente decimonónico; en cambio, lo que prometió a Creelman era un sistema político moderno, del siglo xx. El error consistía en no haber liquidado al primero ni preparado el nacimiento del segundo. Para colmo, la entrevista era contradictoria con la propia biografía del mandatario y evidenció un total “desacuerdo con su modo de pensar y de proceder”: era obvio e indiscutible que sus declaraciones “contrariaban de una manera flagrante muchos hechos capitales de su vida”. Lo grave es que cometió todos estos errores sin presentir los riesgos en que incurría. Habría que preguntarse si en algún momento don Porfirio cobró conciencia de que había expresado “mucho más de lo que convenía”. El reportaje adolecía de otra contradicción: el contenido era atinado para Estados Unidos y riesgoso para México, resultando funesto el antagonismo. Además de errónea y contradictoria, fue inoportuno hacer tales declaraciones cuando el país estaba tranquilo, cuando lo que convenía era “el más absoluto silencio”. Fue extemporánea, porque a diferencia de sus reelecciones anteriores, las que organizó con tiempos más reducidos, ahora la adelantó más de dos años, lo que permitiría una contienda política más prolongada. Por último, también fue irresponsable, pues después de treinta años de gobierno Díaz se disponía a dejar el poder sin contar con un sucesor que lo satisficiera: en efecto, nadie hubiera podido imaginar que el esforzado don Porfirio dejara “a quince millones de mexicanos en la incertidumbre con un simple ‘me voy’”.<sup>77</sup>

<sup>75</sup> El ejemplo de Napoleón, argumentado primero por Nemesio García Naranjo, fue luego utilizado, con las mismas palabras, por el conocido intelectual ‘izquierdista’ norteamericano Carleton Beals. Emilio Rabasa también percibió un cambio en don Porfirio, el que atribuyó a su envejecimiento: el hábil de ayer había incurrido en un grave “desacuerdo”. Cfr. p. 193.

<sup>76</sup> Según Luis González, hacia 1908 don Porfirio empezó “a perder el aplomo”: le preocupa el ‘qué dirán’ de los extranjeros y se asusta ante la posibilidad de una muerte cercana. Cfr. “El liberalismo triunfante”, en *Historia general de México*, México, El Colegio de México, 2000, p. 693.

<sup>77</sup> Véanse Correa, p. 30; García Granados, p. 51; García Naranjo, pp. 272-274 y 283; Limantour, pp. 155-163; López Portillo y Rojas, pp. 370 y 377-380, y Rabasa, p.192.

Entre los críticos y opositoristas predominaron dos percepciones, no necesariamente contradictorias entre sí: por un lado había incredulidad y desconfianza; por el otro, muchos consideraron que las promesas de Díaz legitimaban su movilización política. En un gobernante que era visto como el responsable final de las duras presiones contra la prensa crítica, de las persecuciones a los magonistas y de las matanzas de Cananea y Río Blanco —para no remontarse al ‘mátalos en caliente’ de 1879 contra unos veracruzanos acusados de conspirar contra él—,<sup>78</sup> sus declaraciones a Creelman se consideraron un compromiso de no reprimir, una garantía; por eso no pocos usaron el término “salvoconducto”.<sup>79</sup>

El recuento de todos estos argumentos es incontrovertible: la percepción final sobre las revelaciones de Creelman fue negativa. Para ratificarlo basta constatar la coincidencia en el rechazo de grupos políticos e ideológicos claramente antagonicos: para un periodista abiertamente favorable a Díaz, como Nemesio García Naranjo, la entrevista fue “lamentable”; para uno de oposición como Carlo de Fornaro, fue “pérfida”. Asimismo, si para uno de los mayores jefes del grupo ‘científico’, como Limantour, fue “imprudente”, para uno de los principales líderes del reyismo, como José López Portillo y Rojas, fue “funestísima”, hasta “suicida”. Los epítetos pueden multiplicarse: para Victoriano Salado Álvarez, literato y diplomático cercano a Enrique Creel, fue “malhadada”; para Ramón Prida, un político y periodista cercano a Rosendo Pineda, fue un “*lapsus*”; para Mateo Podán, militar y periodista, fue un “disparate inconcebible”, un “búcaro de rosas ocultando un petardo de dinamita”. Por último, para Francisco Bulnes, intelectual en ocasiones útil pero siempre incómodo, la entrevista fue simplemente “fatídica e imbécil”.<sup>80</sup>

<sup>78</sup> Ramón Prida, “El veinticinco de junio de 1879”, en *Conferencias de carácter histórico*, México, Suplemento al Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1935, pp. 33-34.

<sup>79</sup> *La Iberia*, 15 marzo 1908. Consúltense Correa, pp. 29-30; García Granados, p. 50, y García Naranjo, p. 282. Véanse también carta de Francisco I. Madero a Francisco de P. Senties, 17 julio 1908, en *Epistolario*, p. 216; carta de Madero a Francisco Martínez Ortiz (director del periódico *Nuevo Mundo*, de Torreón), 18 julio 1908, en *ibid.*, p. 216; carta de Madero a Filomeno Mata, 24 octubre 1908, en *ibid.*, p. 241, y carta de Madero a Félix F. Palavicini, 16 agosto 1909, en *ibid.*, p. 391.

<sup>80</sup> Bulnes, p. 381; Fornaro, p. 131; García Naranjo, p. 273; Limantour, p. 157; López Portillo y Rojas, p. 373; Prida, p. 170, y Podán, *Don Porfirio y sus tiempos*, t. 1, México, Editora de Periódicos “La Prensa”, 1940, p. 84. Salado Álvarez, “Pródromos de la revolución”,

## EFECTOS Y RESPUESTAS

Los partidarios de Díaz que comentaron la entrevista Creelman, en particular el anuncio de su retiro y la recomendación a los opositores de que se organizaran, reclamaron que ésta provocó una inmensa “agitación” nacional,<sup>81</sup> la que daría lugar al inicio de una era auténticamente “volcánica”. Los que participaron en ésta, movilizándose y organizándose, reconocen que la entrevista fue decisiva en el despertar político del país.<sup>82</sup> La advertencia fue inmediata: apenas tres días después de conocida la entrevista en español ya se señalaba que si el gobierno invitaba a que se organizara un partido de oposición, lo primero que haría éste sería tratar “de derribarlo”. Menos de tres semanas después se anunció que la “agitación” había comenzado, refiriéndose “a los desórdenes” habidos durante el homenaje al educador Gabino Barreda.<sup>83</sup>

Hubo dos respuestas concretas al anuncio de Díaz de no contender por la presidencia en 1910: la primera sostuvo que no había quien pudiera y quisiera asumir ese reto; la segunda fue su obvia y previsible consecuencia: ante la ausencia de sustitutos capaces se generalizó la solicitud de que Díaz permaneciera en el cargo. La ‘comedia del ruego’ seguía funcionando. Elegir potenciales candidatos era un problema complicado y además el país se había acostumbrado a tener a Díaz en la presidencia. Los grupos

---

en *Diario de Yucatán* (Mérida), 13 septiembre 1931. Bulnes también consideró que Díaz se suicidó “volándose la tapa de los sesos en la Conferencia Creelman”. Cfr. Bulnes, *Rectificaciones y aclaraciones a las Memorias del general Porfirio Díaz (notas de Guillermo Vigil y Robles)*, México, Biblioteca Histórica de “El Universal”, 1922, p. 109. Blanquel, como Prida, también la consideró un *lapsus*. Mateo Podán era seudónimo del militar y periodista veracruzano Octavio Guzmán. Debe haber sido un historiador *amateur* presuntuoso, pues también utilizó el seudónimo de ‘Lucas Alamán’.

<sup>81</sup> Gamboa, p. 77; García Granados, p. 56; García Naranjo, pp. 273-276, y Limantour, pp. 153, 158 y 161. Este último utiliza la palabra “agitación” cuando menos en cuatro ocasiones al referirse al tema.

<sup>82</sup> Véase Miguel Alessio Robles, *Historia política de la Revolución mexicana*, México, Ediciones Botas, 1938, p.10; Correa, p. 29; Estrada, p. 40; Fornaro, p. 131, y Pani, p. 63. Véase también carta de Francisco I. Madero a Filomeno Mata, 7 noviembre 1908, en *Epistolario*, pp. 24-27.

<sup>83</sup> *El Tiempo*, 7 marzo 1908, y *El Imparcial*, 25 marzo 1908. El primero de estos periódicos fue premonitorio: advirtió que una vez iniciada la “agitación”, podría terminar en “sangrientas revoluciones”.

gubernamentales compartían ese principio: no estaban dispuestos a competir con don Porfirio sino que deseaban heredar el poder. Así, lo que había era una competencia entre un par de políticos por ganarse el puesto de sucesor escogido por Díaz. Esta actitud obstaculizaba el natural proceso de maduración de la clase política y explica la afirmación de que del río Bravo al Suchiate no se podía encontrar un solo hombre capaz de sustituir a don Porfirio.<sup>84</sup>

La imposibilidad de encontrar a alguien con la capacidad suficiente para ser Presidente incluía al propio Díaz. Aparentemente insatisfecho con su Vicepresidente, mediante sus declaraciones a Creelman abrió la competencia sucesoria, rectificando su propia decisión de 1904 a favor de Corral, primera víctima del reportaje.<sup>85</sup> Menos lo satisfacía Reyes, de quien se había distanciado desde 1903. Ante esta situación, y atendiendo la instrucción de don Porfirio de que se le buscaran sustitutos, tíbiamente se empezaron a mencionar algunos nombres. Sin embargo, tan pronto aparecían, o los propios mencionados se autodescartaban, como notoriamente lo hicieron Creel y Reyes,<sup>86</sup> o eran rápidamente pulverizados por la crítica, como sucedió cuando fueron mencionados el secretario de Relaciones Exteriores, Ignacio Mariscal, junto con otros funcionarios menores. Incluso se señaló que Díaz promovía este tipo de listas para propiciar que se le propusiera una nueva reelección.<sup>87</sup>

<sup>84</sup> Manuel Calero, *Cuestiones electorales*, México, Imprenta de Ignacio Escalante, 1908, p. 15. En una aseveración tan hiperbólica como ésta se dijo que si Diógenes se paseara “con su famosa linterna de uno a otro confín del territorio nacional”, no encontraría a un hombre capaz de ser Presidente. Cfr. *El Tiempo*, 13 mayo 1908, y *El País*, 30 junio 1908.

<sup>85</sup> Cabrera, p. 300, y Limantour, pp. 154, 157-158. Véase también Moheno, pp. 9-10. Este autor aseguraba que no había quien reuniera las cualidades y la experiencia requeridas para tan importante puesto.

<sup>86</sup> Respecto a Creel, consúltese CPD, leg. XXXIII, # 4095-9. Respecto a Reyes, en una muy leída y comentada entrevista concedida por Reyes a un periodista de su confianza, Heriberto Barrón, se descartó como candidato para 1910, pues estaba convencido de que todavía se requeriría a Díaz en la presidencia. Cfr. *El Imparcial*, 4 agosto 1908. En realidad, desde abril Reyes había desautorizado la primera mención que se hizo de su nombre. Cfr. *El Diario*, 18 abril 1908. Para una perspectiva más amplia, considérese lo dicho por un reputado analista: “todos rechazaban” ser propuestos, en buena medida por la sospecha de que “la verdadera intención” de don Porfirio era “descubrir a sus rivales”. Cfr. García Granados, p. 53.

<sup>87</sup> Significativamente, en la lista aparecían Pablo Macedo y Joaquín Casasús, ambos del grupo ‘científico’ y subalternos de Limantour, pero no éste; también se mencionó a

Como era previsible, ante la ausencia de un sucesor plausible y verosímil surgió un clamor que pedía la permanencia de Díaz en el puesto. Lo que hay que dilucidar es si tal cadena de súplicas estaba organizada de antemano, o si fue promovida luego de constatarse la incapacidad o el desgano de los posibles sucesores de don Porfirio. También existe la posibilidad de que diversos políticos presionaran a un Díaz ya anciano para que permaneciera en el puesto porque así convenía a sus intereses. En efecto, los grupos políticos gubernamentales necesitaban a Díaz porque éste era el único que tenía la capacidad de cohesionarlos. Como quiera que haya sido, lo cierto es que varios miembros del gabinete, diversos gobernadores y algunos políticos del círculo íntimo le hicieron saber, en privado o públicamente, la necesidad de que se mantuviera en la presidencia. También fue inmediata la reacción hecha en el mismo sentido por la prensa porfirista.<sup>88</sup> Sus “elogios y adulaciones” fueron incontables: el pueblo no le permitiría retirarse; debería ser Presidente vitalicio; era insustituible, el único “popular”, el único capaz de vencer las contingencias políticas, el único “piloto experto” que había sacado al país “de borrascas y huracanes, de oleajes y tormentas”. Todos estos argumentos se resumen en uno: deseaban la reelección de don Porfirio “con toda el alma”.<sup>89</sup>

¿En realidad mintió Díaz, pues era falso que estuviera dispuesto a separarse de la presidencia? ¿Fue hasta que vio las primeras muestras de respaldo que aceptó “sondear” el tema entre una clase política que sabía de antemano que lo respaldaría? ¿Es cierto que se desilusionó de sus principales colaboradores, quienes pretendían simplemente heredar el poder pero sin competir por él? ¿Decidió mantenerse en el puesto por la movili-

---

Gilberto Crespo y Martínez y a Francisco León de la Barra, ministros plenipotenciarios en Viena y en los Países Bajos, pero no a Enrique Creel, embajador en Washington; por último, también aparecía el nombre del coronel Miguel Ahumada, usado como comodín para las gubernaturas de Jalisco y Chihuahua, pero no el de Reyes, el poderoso gobernador de Nuevo León. Véase *Diario del Hogar*, 21 abril 1908. Respecto a la crítica a estas propuestas, se insinúa que, salvo Mariscal, los otros “no han sido ni serán políticos”. Cfr. *El Tiempo*, 9 mayo 1908.

<sup>88</sup> En cambio, la prensa de filiación católica, como *El País*, de Trinidad Sánchez Santos, y *El Tiempo*, de Victoriano Agüeros, se mantuvo ajena a la ‘comedia del ruego’. Un periódico liberal aseguró que su aparente neutralidad se debía a que los grupos y periódicos ‘conservadores’ carecían de candidato. Véase *La voz de Nuevo León* (Monterrey), 12 septiembre 1908, en ABR, carpeta 38, leg. 7588, doc. 27.

<sup>89</sup> *El Diario*, 29 febrero y 12 marzo 1908; *El Imparcial*, 5, 7 y 25 marzo 1908; *La Patria*, 6 marzo y 7 octubre 1908, y *El Popular*, 8 y 17 marzo 1908.

zación política que se desarrolló inmediatamente después de publicado en español el reportaje?<sup>90</sup> Para evaluar esta posibilidad recuérdese que don Porfirio había condicionado su retiro del poder en 1910 a que la oposición que se desarrollara fuera constructiva y propositiva, no destructiva. Como quiera que haya sido, dos o tres meses después de conocida la entrevista comenzaron a desarrollarse dos estrategias convergentes: por un lado, la clase política nacional solicitó al unísono la reelección de Díaz; por otro, éste tuvo que negarse a comentar el reportaje, para evitar confirmarlo o desmentirlo, limitándose a afirmar que había recibido “numerosas solicitudes pidiéndole su aquiescencia para lanzar de nuevo su candidatura”. Tan afecto como siempre al melodrama, comenzó a decir que por la patria estaba dispuesto “a todo”. Sin embargo, revertir sus notorias declaraciones rebajó su prestigio. Así, puede concluirse que no fueron sus declaraciones a Creelman las que provocaron la Revolución, sino el haberlas olvidado.<sup>91</sup>

Si Porfirio Díaz traicionó en poco tiempo su no solicitado compromiso de abandonar el poder, ¿qué sucedió con su promesa de que apoyaría la creación de un partido político de oposición? Este tema también provocó respuestas diversas. Hubo muchos pesimistas que estaban seguros de que Díaz no cumpliría esta promesa sino que obstaculizaría la creación de tales instituciones, como lo había hecho a lo largo de treinta años.<sup>92</sup> Ante esta vieja postura de don Porfirio, nadie había pretendido organizarse en un partido político. Ni siquiera los ‘científicos’, tan cercanos a Díaz, habían aceptado ser un grupo formal.<sup>93</sup> Tampoco habrían de hacerlo ahora. Un reparo bastante generalizado consistió en señalar que en lugar de haber recomendado la construcción de un partido de oposición, como jefe del Estado le correspondía recomendar la construcción de un partido gubernista, mismo que debiera resultar incluso fácil de organizar. El rechazo a

<sup>90</sup> Miguel Alessio Robles, “La conferencia Creelman”, en *El Universal*, 26 enero 1929. Consúltense Cabrera, pp. 300, 303-306 y 308, y López Portillo y Rojas, pp. 372-373 y 399.

<sup>91</sup> *Diario del Hogar*, 20 marzo 1908. Carta de Francisco I. Madero a Filomeno Mata, 28 agosto 1908, en *Epistolario*, p. 227. Véanse Bulnes, p. 385; García Granados, p. 50; García Naranjo, p. 282; Limantour, p. 161; López Portillo y Rojas, pp. 373-375, y Madero, *La sucesión presidencial en 1910. El Partido Nacional Democrático*, México, s. e., 1908, pp. 18-19. Daniel Cosío Villegas dice claramente que la movilización política no fue desatada por la entrevista sino, varios meses después, por haber aceptado otra reelección. Cfr. p. 761.

<sup>92</sup> *Renacimiento* (Monterrey), 15 marzo 1908, en CPD, leg. xxxiii, # 8094, doc. 003089-A. Consúltense también Correa, p. 29.

<sup>93</sup> *El Tiempo*, 7 y 27 marzo 1908. García Granados, p. 51.

la propuesta de crear un partido de oposición se expresó de dos maneras: una, hipócrita, intentó argumentar que era inútil organizarlo por el reducido número de opositores que había en el país, por lo que siempre sería muy inferior “al omnipotente partido” de los simpatizantes de Díaz; la otra fue más directa y decidida: que un gobernante provoque la creación de un partido de oposición a su gobierno “es ilógico por todo extremo”. Así, ¿sería una “locura” construirlo?<sup>94</sup>

Parecía que se impondría el rechazo a organizar partidos políticos, pues se aceptó que éstos “no se forman al modo que Dios creó al mundo: al poder de las palabras”.<sup>95</sup> Como primera condición se requería de una amplia clase media con cierta cultura política. A pesar de las dificultades, hubo quienes se decidieron a iniciar “pronto” la organización de las primeras instituciones partidistas. Dado que las elecciones federales serían a mediados de 1910, dijeron contar con más de dos años para lograrlo.<sup>96</sup> Recuérdese que los primeros que le tomaron la palabra a Díaz fueron los jóvenes que se lanzaron a crear el Partido Democrático. Todos ellos estaban vinculados al gobierno y algunos tenían apellidos notables.<sup>97</sup> Contrarios al grupo ‘científico’, se apresuraron a organizarse mientras éstos sospechaban haber perdido la confianza de Díaz, tanto por la crisis económica que enfrentaba el país<sup>98</sup> como por la impopularidad de Corral. Sin

<sup>94</sup> Esta postura fue rechazada por un periódico de oposición, que negó que fueran pocos los opositores a Díaz: “desde hace muchísimos años tiene enemigos que si no han constituido un partido ha sido porque saben que el Presidente no admite partidos”. Cfr. *Renacimiento* (Monterrey), 15 marzo 1908, en CPD, leg. xxxiii, # 8094, doc. 003089-A. Véase Moheno, p. 5.

<sup>95</sup> Cfr. *El Imparcial*, 11 marzo 1908. También se dijo que los partidos “no se improvisan”. Cfr. ABR, carpeta 38, leg. 7588, doc. 27.

<sup>96</sup> *Diario del Hogar*, 12 marzo 1908; *El Diario*, 4 marzo 1908; *El Imparcial*, 11 y 13 marzo 1908; *El Tiempo*, 27 marzo 1908; *La Iberia*, 6 marzo 1908, y *La Patria*, 6 marzo 1908. Véanse Calero, p.16; Limantour, p. 163, y Francisco de P. Senties, *La organización política de México. “El Partido Demócrata”*, México, Imprenta y Librería de Inocencio Arriola, 1908, pp. 10-11 y 15.

<sup>97</sup> Entre los primeros promotores del Partido Democrático estaban Benito Juárez Maza y Carlos Trejo y Lerdo de Tejada, así como Manuel Calero, Diódoro Batalla, Jesús Urueta, José Peón del Valle y Francisco de P. Senties, entre otros. Véanse Alessio Robles, *Historia política...*, p. 10; Calero, p. 64; Estrada, pp. 40-42, y García Granados, p. 56.

<sup>98</sup> El subcapítulo en el que Luis González hace referencia a la entrevista Díaz-Creelman se titula, precisamente, “Crisis de 1908”; véase “El liberalismo triunfante”, pp. 692-693. Véase también Moisés González Navarro, *Cinco crisis mexicanas*, México, El Colegio de México, 1983.

embargo, ¿qué tipo de partido era el que se disponían a formar? Más que oponerse a Díaz, ellos pensaban en un relevo generacional para la vicepresidencia. Su postura fue clarísima: ni de oposición ni gubernamental. Lo que se requería era un partido “independiente”.<sup>99</sup>

Además de los jóvenes del Partido Democrático estaba el movimiento reyista, limitado por su grave dualidad: el general Reyes confiaba en que don Porfirio se terminaría de desilusionar de Corral y de los ‘científicos’ y que lo invitaría a él a la vicepresidencia.<sup>100</sup> Se quedó esperando. Igual que Díaz, seguía ubicándose en un México decimonónico, de caudillos. Parece no haberse dado cuenta de que ya había iniciado el siglo xx. Los reyistas, en cambio, estaban más adecuados a su tiempo, por lo que pretendieron hacer una gran movilización nacional para demostrar a Díaz que Reyes era mejor opción que Corral. Si bien crearon numerosos clubes y agrupaciones y aunque protagonizaron muchos mítines y manifestaciones, nunca lo convencieron. Para colmo padecieron la descalificación de su propio caudillo.<sup>101</sup> Sin embargo, pronto surgió otra opción, con hombres “más enérgicos y resueltos”. En poco tiempo se les conocería como antirreeleccionistas,<sup>102</sup> y su líder sería Francisco I. Madero, un rico empresario de Coahuila pero crítico del gobierno. Tan pronto leyó la entrevista de Creelman, a pesar de desconfiar profundamente de ella comenzó a escribir un libro que le sirviera de guía y justificación para la creación de un partido político.<sup>103</sup> Fue

<sup>99</sup> Francisco de P. Sentís, pp. 10-15.

<sup>100</sup> Según el propio hijo del general Reyes, quien además era su mayor partidario, Bernardo Reyes estaba convencido de que Díaz debía permanecer en el puesto por ser “conveniente para el país”; asegura también que su padre aceptaba que era el propio don Porfirio quien debía escoger a su Vicepresidente de “entre las personas que lo rodean, cuentan con su confianza y están en sus secretos de Estado”. Cfr. Rodolfo Reyes, *De mi vida. Memorias políticas, tomo 1 (1899-1913)*, España, Biblioteca Nueva, 1929, pp. 72-73. Para una versión más autónoma de Reyes frente a Díaz véase Arenas Guzmán, p. 23.

<sup>101</sup> El periodista Rafael de Zayas Enríquez propuso a Reyes que se lanzara a la lucha electoral, amparado en las declaraciones de Díaz a Creelman. Sin embargo, Reyes se autodescartó públicamente en la notoria entrevista concedida a Heriberto Barrón. Para dejar bien clara su situación, Reyes le respondió a Zayas Enríquez que sus afirmaciones ante Barrón no permitían otra interpretación “que la literal”, lo que significaba que no competiría contra Díaz por la silla presidencial, pero que sí le interesaba la vicepresidencia. Cfr. ABR, carpeta 38, leg. 7588.

<sup>102</sup> García Naranjo, p. 276, y Prida, p.172.

<sup>103</sup> Madero era espiritista, y en unos ‘cuadernos’ que usaba para registrar lo sucedido durante las sesiones espíritas en las que participaba y para transcribir los ‘mensajes’ que le

precisamente en el momento en el que don Porfirio revirtió sus promesas y decidió reelegirse otra vez cuando este movimiento adquirió nombre y objetivo: antirreeleccionismo.

Para mediados de 1908 la estrategia de Madero era clara: “explotar” las declaraciones pero no sólo como “salvoconducto” para organizar un partido político. Lo que pretendía era obligar a Díaz a que declarara otra vez sobre el proceso electoral de 1910 para no dejar que los compromisos se olvidaran: su finalidad era crear “más efervescencia”. Para ello alentó a Filomeno Mata, el conocido director del *Diario del Hogar*, a que solicitara a don Porfirio una entrevista como representante de varios periódicos mexicanos. De negarse, se confirmaría que se había privilegiado a un periodista extranjero. De concederla, Díaz tendría dos opciones: si ratificaba sus promesas, sería difícil que sus partidarios insistieran en su petición de que permaneciera en el puesto; si las enmendaba, motivaría al naciente antirreeleccionismo.<sup>104</sup> Así sucedió: don Porfirio negó la entrevista a Mata y en cambio le dirigió una carta en la que le decía que sus declaraciones a Creelman reflejaban tan sólo “un simple deseo personal”.<sup>105</sup> El mensaje era claro: no había ningún compromiso oficial y la petición formal de cualquier institución política tendría más peso que sus deseos personales. Esta actitud provocó que el movimiento opositor creciera y se radicalizara.

#### VIDAS CRUZADAS

La entrevista Creelman es un ejemplo perfecto de una estratagema que termina al revés de lo planeado. Apenas tres años después de haberse publicado fue derrocado Díaz, quien no habría de pasar a la historia como el

---

enviaban sus ‘hermanos’, asentó el inmediato impacto que le hizo la aparición de la entrevista. Cfr. Francisco I. Madero, *Obras completas de Francisco Ignacio Madero. Cuadernos espíritas, 1900-1908*, t. vi, Alejandro Rosas (pról.), México, Clío, 2000, p. 208. Para el vínculo entre la entrevista y la redacción de su libro, véase la carta de Francisco I. Madero a Porfirio Díaz, 2 febrero 1909, en *Epistolario*, p. 317. Véanse también Rabasa, p. 206, y Ross, pp. 56-57.

<sup>104</sup> Cartas de Francisco I. Madero a Francisco de P. Sentíes, Santiago Roel, Francisco Martínez Ortiz, Filomeno Mata y Victoriano Agüeros, 17, 18 y 19 julio, 5 y 28 agosto, 24 octubre y 4 y 7 noviembre 1908, en *Epistolario*, pp. 216-218, 223, 227, 241 y 245-247. Consultense Bulnes, p. 385; García Granados, p. 56, y Madero, *La sucesión...*, pp. 18-19.

<sup>105</sup> *Diario del Hogar*, 27 octubre 1908. Filomeno Mata fundó el *Diario del Hogar* en 1881 y fue uno de los periódicos más perseguidos por el gobierno de Díaz.

gobernante que en sus últimos tiempos propició el arribo de la democracia al país. Tampoco se cumplieron los pronósticos de ambos, en tanto que don Porfirio y Creelman vaticinaron felices años de progreso para México. Sin embargo, sus destinos sí se mantuvieron entrecruzados. Las relaciones entre el mandatario y el reportero no se limitaron a las conversaciones de finales de 1907. Desde entonces Díaz pensó en él para otros encargos. Paradójicamente, a pesar del estruendo provocado en México por la entrevista, don Porfirio estaba satisfecho del resultado, al menos en su aspecto internacional.<sup>106</sup> A finales de 1909, dos años después de su primera visita, Creelman estuvo de nuevo en México, por una estancia que se prolongó durante más de dos meses.<sup>107</sup> ¿Vino acaso a hacer una nueva entrevista para justificar el inicio de la campaña reeleccionista? ¿Se pensó en otra entrevista para explicar a la clase política y a la opinión pública norteamericanas los motivos de Díaz para incumplir su promesa de

<sup>106</sup> La publicación del reportaje gustó tanto a Roosevelt, que se permitió felicitar a Creelman y elogiar a Díaz, quien seguramente vio en ello el éxito de la maniobra. Cfr. Carta de James Creelman a Porfirio Díaz, 11 marzo 1908, en CPD, leg. XXXIII, doc. 003994, que incluye carta de Theodore Roosevelt a Creelman, 7 marzo 1908, en *ibid.*, doc. 003996. Ambas cartas fueron luego publicadas en *El Imparcial*, 7 agosto 1908, con el título de “El más grande hombre de Estado es nuestro Presidente”. Véase *México Nuevo*, 10 noviembre 1909. Incluso un enemigo personal de Creelman reconoció su éxito profesional, al aceptar que el reportaje ayudó a Díaz a mejorar su imagen en Estados Unidos. Cfr. John Kenneth Turner, *México Bárbaro*, capítulo XVI. De este libro ‘clásico’ hay varias ediciones. A mi gusto la mejor es la hecha por la revista *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, vol. VII, núm. 2, 1955, por estar enriquecida con noticias hemerográficas y con críticas y comentarios de estudiosos mexicanos, véase p. 146. Para una biografía de Turner, véase el prólogo de Eugenia Meyer, titulado “El encuentro, los encuentros”, en su libro *John Kenneth Turner, periodista de México*, México, Era, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, pp. 9-108. Otro trabajo reciente sobre Turner es el de Rosalía Velázquez Estrada, *México en la mirada de John Kenneth Turner*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2004.

<sup>107</sup> *El Imparcial*, 10 noviembre 1909; *México Nuevo*, 10 noviembre 1909; *La Patria*, 10 noviembre 1909; *Diario del Hogar*, 11 noviembre 1909, y *El Tiempo*, 11 y 28 noviembre 1909. Gamboa, p. 77, y López Velarde, “Creelman”, en *El Regional* (Guadalajara), 20 noviembre 1909, en López Velarde, *Correspondencia con...*, p. 237. Éste le advirtió que en su segunda visita no se habría “de divertirse otra vez con la porción crédula de los mejicanos”, p. 238. Tan pronto llegó al país Creelman hizo sendas visitas de cortesía al embajador Thompson y al secretario de Hacienda Limantour. Procedía de Turquía, donde había estado investigando las matanzas de armenios.

retiro? Si bien en esta segunda estancia no hubo nuevas revelaciones presidenciales, Creelman aprovechó la ocasión para explicar las primeras, y sobre todo para justificar que las promesas no se hubieran cumplido. Según él, lo expresado por Díaz había sido un deseo, no un compromiso, pues los hombres de Estado genuinos —como lo era don Porfirio— ajustan su conducta “a las necesidades públicas del momento”, ya que lo que hoy puede ser conveniente mañana puede no serlo.<sup>108</sup>

¿Qué proyecto los volvió a reunir? La respuesta seguramente está relacionada con una biografía sobre Díaz escrita por Creelman. Tal parece que el mandatario le había pedido que escribiera su biografía para contrarrestar la pésima imagen que de él había dejado en Estados Unidos los artículos de John Kenneth Turner, que luego conformaron el libro *Barbarous Mexico*, en el que se le acusaba de ser un odioso dictador, culpable de que en México hubiera esclavitud.<sup>109</sup> La polémica entre Creelman y Turner no puede reducirse a sus claras diferencias ideológicas. El primero se refiere a los escritos del segundo como “sensacionalistas y falsos”, que presentaban a México “como un país bárbaro en el que la esclavitud era practicada abiertamente”. Para responder a Turner, Creelman pasó un tiempo en Yucatán, lo que le permitió decir que las afirmaciones de Turner eran “tremendas inexactitudes”. Para preparar la biografía de Díaz, también pasó un tiempo en Oaxaca.<sup>110</sup>

<sup>108</sup> *El Tiempo*, 11 noviembre 1909.

<sup>109</sup> El nuevo libro se tituló *Díaz. Master of Mexico* y fue editado por D. Appleton and Co. El prefacio está fechado en 1910 y el trabajo fue publicado en 1911. Seguramente fue paradójico publicar una biografía laudatoria, un auténtico panegírico de don Porfirio, durante la lucha armada contra él o inmediatamente después de su caída. Su muerte y los caóticos años posteriores a su derrota seguramente justificaron en 1916 su reedición. Muy pocos autores hacen referencia a este libro. Sólo he encontrado referencias a él en Krauze, p. 323; Lomnitz, pp. 20-40, y en Eugenia Meyer, *Conciencia histórica norteamericana sobre la Revolución de 1910*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1970, pp. 36-37. Esta autora señala que el libro fue publicado en 1911, “inmediatamente después de la caída de Porfirio Díaz”. En tanto “elogio descarado” a don Porfirio, se pregunta hasta qué grado pretendía justificar al gobernante caído.

<sup>110</sup> *El Imparcial*, 10 diciembre 1909 y 22 febrero 1910. Mientras Creelman hizo su viaje contratado y apoyado por sectores cupulares, el de Turner fue organizado por simpatizantes del magonismo. Sin embargo, un crítico de ambos señaló que los dos escribían sobre México “superficialmente”, y que ambos nos veían “bajo el mismo prisma engañoso del desdén”. Cfr. *El Tiempo*, 11 noviembre 1909.

Además, Creelman asesoró a la embajada mexicana en Washington durante la lucha maderista, aconsejándole que al margen de sus negociaciones con las autoridades norteamericanas, contrataran directamente a *rangers* que pudieran hacer una efectiva vigilancia fronteriza. También escribió artículos periodísticos contra la lucha armada, muy probablemente a cambio de algunos emolumentos. En estos nuevos escritos siguió elogiando a Díaz —lo llama “venerable”, “patriota” y “gran estadista”—. En cambio, a los alzados los llama “guerrilleros irresponsables” y a Madero lo considera un “agitador” de ideas “socialistas”, originario... ¡de Sinaloa! En cuanto a las causas de la lucha, Creelman aseguraba que las masas mexicanas estaban incapacitadas racialmente para vivir democráticamente, lo que atribuye a que sus ancestros eran “pueblos orientales”; afirmaba también que las masas mexicanas tenían “una tendencia natural” hacia las “excitaciones revolucionarias”. Periodista antes que historiador o sociólogo, pretendió hacer un diagnóstico más concreto y empírico de las causas del alzamiento y trató de limitar éste al estado de Chihuahua, de ventajosas condiciones geográficas —por sus inaccesibles refugios naturales y su vecindad con Estados Unidos— y con una muy injusta distribución de la propiedad agraria.

En un sorprendente reclamo a Díaz, Creelman aceptó que también influyó en el estallido revolucionario “el desencanto político” provocado a últimas fechas por don Porfirio.<sup>111</sup> ¿Se refería a las promesas que Díaz hizo mediante su conducto tres años antes? Sus destinos se habían entrelazado. Ambos morirían pronto, en 1915. La entrevista los había unido inexorablemente, aunque de desigual manera: además de sus ingresos económicos, Creelman acrecentó su prestigio de entrevistador de personalidades.<sup>112</sup> Díaz, en cambio, inició con ella su derrumbe final. Por eso es que Creelman fue llamado periodista “agorero”, o más directa y simplemente, “ave de mal agüero”.<sup>113</sup>

<sup>111</sup> Telegrama de Carlos Pereyra, Embajada en Washington, al secretario de Relaciones Exteriores, 9 abril 1911, en AHDM, Grupo RM, LE 648, leg. 69, ff. 91-92. Véase el artículo de Creelman “Underlying causes...”, abril 1911, en *ibid.*, LE 652, leg. 76, ff. 507-513 y LE 661, leg. 93, ff. 54-61.

<sup>112</sup> Luego de estallada la Revolución mexicana, Creelman fue a Europa a cubrir la Primera Guerra Mundial; ahí entrevistó al káiser Guillermo II.

<sup>113</sup> Gamboa, p. 77; Moheno, p. 5, y Mateo Podán, *Don Porfirio y sus tiempos*, t. 1, México, “La Prensa”, Editora de Periódicos, 1940, p. 90.

## EPÍLOGO

La conclusión biográfica es un recurso no sólo válido sino el más constantemente usado por los historiadores. Permítaseme, como final, utilizar el método “contrafactual”: ¿qué hubiera pasado de no haber habido entrevista Creelman? ¿Qué hubiera pasado si, habiéndola habido, Díaz hubiera cumplido su promesa? ¿Hubiera habido Revolución mexicana? ¿Habrían surgido Madero y el antirreeleccionismo? ¿Hubiera roto el reyismo con don Porfirio? Como se sabe, al método contrafactual le interesa plantear preguntas, no responderlas. Por otra parte, éstas pueden ser incontables y llevarnos al problema de los orígenes de los procesos históricos. Así, ¿hubiera habido entrevista Creelman sin crisis económica previa? ¿La hubiera habido sin los problemas diplomáticos que alejaron a México de Estados Unidos? ¿La hubiera habido sin la campaña de desprestigio en contra de Díaz sustentada por los magonistas exiliados en Norteamérica? ¿La hubiera habido si don Porfirio no hubiera tenido necesidad de suavizar su imagen, luego de las represiones en Cananea y Río Blanco? En resumen, la verdadera causa del estallido de la Revolución y de la caída de Díaz fue que al final su sistema padeció una crisis generalizada e irresoluble, una auténtica crisis revolucionaria. La entrevista Creelman fue una parte importante de ésta: acrecentó el desprestigio de don Porfirio, recrudeció las divisiones dentro de su equipo de apoyo, despertó la conciencia pública y dio lugar a la movilización y organización de los futuros antirreeleccionistas.

## 1910: DEL VIEJO AL NUEVO ESTADO MEXICANO\*

1910 ES UNO DE AQUELLOS EXTRAÑOS AÑOS que producen reflexiones que van de lo esencialmente historiográfico a lo propiamente especulativo: ¿fue un partearguas auténtico, final e inicio de sendos periodos históricos?, ¿es prueba, si se le junta con el año 1810, de la existencia de inescrutables ciclos temporales? De ser esto cierto, ¿qué nos espera en 2010?<sup>1</sup> Historiador, no filósofo, prefiero pensar en 1910 como el año en el que se inició nuestro siglo xx, y no diez años antes, en 1900, como lo fijaría cualquier medición calendárica del tiempo.<sup>2</sup> Aun así, en tanto que el historiador no es un oficial

\* Fue leída como Conferencia magistral en el Congreso Internacional “Hacia la conmemoración del Bicentenario de la Independencia y del Centenario de la Revolución mexicana. Retos y perspectivas”, celebrado en la Universidad Nacional Autónoma de México, del 26 al 30 de marzo de 2007. El texto fue publicado en Alicia Mayer (coord.), *México en tres momentos: 1810-1910-2010*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2007, t. 1, pp. 41-49; también apareció en Jaime Olveda (coord.), *Independencia y Revolución. Reflexiones en torno del bicentenario y el centenario*, México, El Colegio de Jalisco, 2008, t. 1, pp. 177-194, y en *Relatos e historias en México*, México, Editorial Raíces, año 1, núm. 2, octubre 2008, pp. 59-70.

Agradezco, como siempre, el apoyo de María del Rayo González Vázquez, y agradezco también las observaciones críticas de mis colegas del Seminario de la Revolución mexicana: Alberto Arnaut, Gabriela Cano, Cristina Gómez, Víctor Díaz Arciniega, Bernardo Ibarrola, Georgette José Valenzuela, Martha Loyo, Josefina Mac Gregor, Antonio Saborit, Alicia Salmerón y Pablo Yankelevich.

<sup>1</sup> Un ejemplo de este tipo de argumentos ‘cíclicos’ es el del colega Carlos Aguirre Rojas, quien supone que ante los “evidentes paralelismos históricos” entre el México de hoy, el de finales de la Colonia y el del Porfiriato, nos dirigimos “hacia un escenario que reeditará, por tercera vez, la abierta y masiva irrupción revolucionaria del descontento popular”. Véase su artículo “México en 2007: siguiendo la vía más rápida hacia el 2010”, en *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, México, núm. 8, año 4, marzo-agosto 2007, pp. 95-104.

<sup>2</sup> La afirmación del célebre historiador Eric Hobsbawm de que el siglo xx fue un siglo “corto”, en tanto que sus límites fueron los años 1914 y 1989, acaso sea válida para Europa

del registro civil dedicado a fechar con precisión los nacimientos y las defunciones, prefiero pensar en el año 1910 como en el más verosímil inicio de un proceso, el del nacimiento del Estado mexicano contemporáneo, proceso que tuvo varias fechas decisivas, como 1914 y 1915, 1917, 1920 y 1929.

El año 1910 también invita a pronunciarse a los defensores del psicoanálisis histórico. Para ellos, 1910 fue esquizofrénico: año de éxitos y derrotas, de fracasos y triunfos; año en el que el héroe nacional devino villano y el pacifista se hizo jefe de una rebelión; año en el que se desechó el orden y se abjuró del progreso, adentrándonos, en cambio, en la incertidumbre de la violencia que tanto nos había costado superar; año en el que de un gran festejo nacional se pasó, en pocas semanas, a una insurrección popular. Hubo quienes explicaron estos cambios por los signos ominosos del cometa Halley, que de espectacular fenómeno astronómico pasó a convertirse en un nefasto agorero.<sup>3</sup>

Hoy resulta indiscutible que 1910 estaba destinado a ser un año significativo: el de la consolidación de México como país moderno, o el del nacimiento del México contemporáneo. ¿Cuáles fueron los procesos que hicieron de 1910 un año decisivo en nuestra historia? ¿Cómo lo vivieron sus principales actores? Para Porfirio Díaz debe haber comenzado como un año venturoso: habría proceso electoral, y seguramente confió en un resultado favorable, tanto en número de votos como en preservación de la tranquilidad pública. Su optimismo parecía fundamentado, pues el que consideraba la mayor amenaza, el movimiento reyista, había sido desarticulado al aceptar el general Bernardo Reyes una comisión oficial en Europa,<sup>4</sup> dejando a sus partidarios sin líder y desilusionados. Además, los

---

y Estados Unidos, pero no lo es para México, cuyo siglo xx se prolongó de 1910 al 2000. La alternancia presidencial del año 2000 es una fecha más apropiada, pues con ella se dio fin a la hegemonía de una corriente política que se había prolongado desde finales del decenio revolucionario; además, fue de alcance nacional.

<sup>3</sup> Para los sectores populares, 1910 era un año especial: asociaron el estallido de la violencia y la reaparición del cometa Halley. Edmund Halley, astrónomo inglés, calculó la órbita del cometa en 1705. Éste orbita alrededor del Sol cada 76 años, aproximadamente. La última vez que apareció fue hacia 1986, mientras que la anterior aconteció en 1910.

<sup>4</sup> El general Reyes, leal a Díaz, aceptó el 29 de octubre de 1909 una comisión para estudiar la organización militar y los sistemas de reclutamiento militar europeos. El 3 de noviembre marchó rumbo a Nueva York; de ahí se dirigiría a Cherbourg, para terminar en París. Véase E. V. Niemyer, *El general Bernardo Reyes*, Monterrey, Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Nuevo León, 1966.

opositores liberales que habían adquirido notoriedad y prestigio a principios de siglo estaban exiliados y se habían radicalizado recientemente, lo que redujo drásticamente el número de sus simpatizantes en México.<sup>5</sup> Más aún, luego de la dura represión a los movimientos obreros de Cananea y Río Blanco, a mediados de 1906 y principios de 1907, el país había gozado de paz —la famosa “paz de los sepulcros”— en el ámbito laboral; sobre todo, las alianzas entre los liderazgos obreros y los círculos magonistas habían sido quebrantadas.<sup>6</sup> En suma, parecía no haber riesgo alguno en las inminentes elecciones.

A la confianza electoral se sumaba un rotundo regocijo diplomático. El país celebraría en septiembre el centenario del inicio de su lucha independentista, y la esmerada organización de los festejos había recibido una más que solidaria respuesta internacional. Esta celebración tenía varios significados. Era un reconocimiento internacional a un país que se había caracterizado como problemático durante los primeros dos tercios del siglo XIX, desde su lucha contra España hasta el fusilamiento de Maximiliano.<sup>7</sup> Era también la reivindicación de un país antes insolvente que había entrado ya a la senda del progreso, con capacidad para cumplir puntual-

<sup>5</sup> Al radicarse en Estados Unidos, particularmente en la zona de Los Ángeles, el grupo más cercano a Ricardo Flores Magón entró en contacto con el movimiento obrero local, plagado de inmigrantes provenientes de Europa y de Asia, y desarrolló alianzas políticas con anarquistas y socialistas. Las nuevas alianzas dieron lugar a cambios profundos en la ideología de Flores Magón: se inclinó hacia el anarquismo y asignó a la dirigencia obrera el papel de vanguardia revolucionaria, estrategia equivocada para la sociedad mexicana de aquella época.

<sup>6</sup> Como resultado de la represión de Río Blanco fueron encarcelados, entre otros, José Neira Gómez, Margarita Martínez, Rafael Moreno, Manuel Juárez y Eduardo Cancino. En Cananea fueron encarcelados Manuel M. Diéguez, Esteban Baca Calderón y Lázaro Gutiérrez de Lara, todos ellos lectores de *Regeneración*. Consúltense Manuel González Ramírez, *La huelga de Cananea*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956, y Luis Araiza, *Historia del movimiento obrero mexicano*, México, Ediciones Casa del Obrero Mundial, 1975.

<sup>7</sup> Una vez conquistada la Independencia, algunos países que conformaban la Santa Alianza buscaron reconquistar América en favor de la monarquía española. Posteriormente, México tuvo problemas por la suspensión de pagos a la deuda contraída con Francia, lo que generó la llamada ‘Guerra de los Pasteles’. Asimismo, México declaró una moratoria en 1861, lo que provocó la invasión tripartita de España, Francia e Inglaterra. También tuvo problemas con el Vaticano por la desamortización y nacionalización de los bienes eclesiásticos.

mente sus compromisos financieros. Las monumentales obras públicas inauguradas durante las celebraciones serían prueba fehaciente de ello.<sup>8</sup>

Los festejos del centenario eran, por otro lado, un reconocimiento personal a Porfirio Díaz, héroe de la guerra y de la paz y artífice del progreso nacional: la estabilidad política traída por él había sido la condición inicial del crecimiento socioeconómico. Concedió Díaz tal importancia a las celebraciones, que sorprende que hubiera ingenuos que creyeran lo dicho al periodista norteamericano James Creelman,<sup>9</sup> de que no se reelegiría en 1910: ¿alguien pudo confiar en que Díaz toleraría un Presidente electo tan sólo unos días antes de que comenzaran las festividades?<sup>10</sup> ¿Por qué don Porfirio habría de compartir esa cita con la gloria y la posteridad? Obviamente fue otra vez candidato, contravinando lo asegurado a Creelman, y fue el centro de atracción durante los fastuosos festejos.

Al margen de cualquier visión necrofílica, es indudable que las celebraciones fueron vistas como una triunfal despedida a don Porfirio, para entonces ya octogenario con crecientes problemas de salud.<sup>11</sup> Luego de haber dedicado los últimos años a diseñar una estrategia sucesoria,<sup>12</sup> en 1910

<sup>8</sup> Los actos oficiales de los festejos del centenario sólo dan cuenta de las obras inauguradas o iniciadas en la capital del país, pero sería fácil hacer un inventario de las obras realizadas en todo México. Véase Genaro García, *Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la Independencia de México*, México, Museo Nacional, 1911.

<sup>9</sup> James Creelman, periodista estadounidense, entrevistó al Presidente Díaz en febrero de 1908. La primera traducción al español se hizo en Bogotá, Colombia, en el diario *La Ilustración*; posteriormente fue publicada en *El Imparcial* de México. La edición más completa de este documento fue editada por la Universidad Nacional Autónoma de México en 1963, con el título de *Entrevista Díaz/Creelman*, José Ma. Luján (pról.) y Mario Julio del Campo (trad.).

<sup>10</sup> El inicio del periodo presidencial estaba fijado para el 1 de diciembre, tres meses después de las grandes efemérides, pero las elecciones tendrían lugar a mediados del año, y el resultado oficial tendría que tenerse a principios de septiembre.

<sup>11</sup> Porfirio Díaz contaba con dos médicos, el doctor Eduardo Liceaga, su “médico de cabecera”, y el doctor Francisco Vázquez Gómez, quien se limitaba a tratarle el problema de la sordera. Véase Roque Estrada, *La revolución y Francisco I. Madero: primera, segunda y tercera etapas*, Guadalajara, s. p. i., 1912, y Francisco Vázquez Gómez, *Memorias políticas, 1909-1913*, México, Imprenta Mundial, 1933.

<sup>12</sup> Se dice que Porfirio Díaz llegó a pensar, hacia 1900, en ser sucedido alternando los periodos presidenciales, por un miembro del grupo de los ‘científicos’ y luego por el general Bernardo Reyes, y así sucesivamente. Astuto político, pronto desechó este plan, pues nada garantizaba un arreglo pacífico entre ambos grupos. Sobre todo, esta alternancia di-

Díaz optó por su conocida mecánica reeleccionista, practicada antes en seis ocasiones. Prefirió no innovar ni quiso ser la bisagra de dos etapas históricas. En rigor ya lo había sido una vez, cuando abanderó el cambio entre la inestabilidad y el orden, pero en esta segunda ocasión Díaz permaneció en el siglo XIX, sin darse cuenta de que el XX estaba comenzando hacia 1910. Hoy nos parece comprensible: resulta impensable que confiara en la alternancia de sus colaboradores, pues era consciente de la grave bifurcación de su equipo gobernante. Díaz era un estadista de reglas y certezas, no de alambres o riesgos. Finalmente caudillo del siglo XIX, creyó que el mayor desafío a su reelección lo sería un militar de su propio grupo, Bernardo Reyes, sin darse cuenta de que quienes lo desafiaban eran clases sociales modernas, propias del siglo XX: los crecientes obreros y las clases medias urbanas.<sup>13</sup>

¿Por qué su séptima reelección no fue como las anteriores, considerablemente tranquilas?<sup>14</sup> Para comenzar, en 1910 Díaz intentó reelegirse padeciendo por primera vez una severísima escisión dentro del grupo gobernante. Recuérdese que hasta más o menos 1902 había contado con una estructura gubernamental sustentada en dos grupos complementarios, los ‘científicos’ y los revistas.<sup>15</sup> A partir de 1903 Díaz decidió restaurar

facultaría el desarrollo nacional a largo plazo, pues los ‘científicos’ y los revistas sostenían distintos planes para el desarrollo del país.

<sup>13</sup> François-Xavier Guerra sostiene que la innovación del antirreeleccionismo fue integrar a grupos nuevos a la política, llamados por él mismo como el “nuevo pueblo”. Véase su obra *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, 2 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

<sup>14</sup> La elección de 1892 debe ser vista también como especial, pues hubo expresiones públicas de oposición a la misma. Entre los líderes destacaron Joaquín Clausell, estudiante de jurisprudencia y más tarde periodista de oposición y pintor impresionista; Querido Moheno, quien sería importante abogado, periodista polémico y orador notable, y los hermanos Flores Magón. Consúltense Samuel Kaplan, *Combatimos la tiranía*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1958; Octavio Gordillo, *Querido Moheno, personaje conflictivo contemporáneo*, México, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981, tesis de licenciatura en historia. Asimismo, la de 1884 supuso su enfrentamiento contra el grupo de Manuel González, y la de 1904 implicó la discusión sobre la restauración de la vicepresidencia.

<sup>15</sup> Para un análisis del grupo de los ‘científicos’ cuando jóvenes, véase Alfonso de María y Campos, “Porfirianos prominentes: orígenes y años de juventud de ocho integrantes del grupo de los ‘científicos’, 1846-1876”, en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, vol. xxxiv, núm. 4, abril-junio, 1985, pp. 610-661. Estamos a la espera del trabajo de Alicia Salmerón, que promete ser el más importante sobre el tema.

la vicepresidencia como mecánica sucesoria. Así, en lugar de tener que entregarle el poder a alguien, se seguiría reeligiendo y sólo cuando su muerte llegara sería sustituido por aquel que hubiera elegido como compañero de fórmula electoral.<sup>16</sup> Para su reelección de 1904 escogió como Vicepresidente a Ramón Corral, político sonorenses y miembro del grupo 'científico'.<sup>17</sup>

Su preferencia provocó el enojo de Bernardo Reyes y de sus 'cuadros' y seguidores, el que se fue agravando pues Díaz entendió que tenía que ir acrecentando los espacios de poder de los 'científicos' al tiempo que disminuía los de los reyistas. Hábil político, percibió que la reducción del poderío de Reyes tenía que hacerse despacio y selectivamente,<sup>18</sup> para no orillar a éste y a sus equipos, experimentados y prestigiados, a convertirse en oposición. A pesar de las precauciones de Díaz, los numerosos 'cuadros' reyistas pasaron de la desilusión al enfado, y luego a la construcción de un

<sup>16</sup> La creación de la vicepresidencia ofrecía una solución efectiva para la sucesión presidencial. Sin embargo, planteaba también el problema de encontrar a aquel personaje político alrededor del cual confluyeran las opiniones políticas. Para 1904 Porfirio Díaz —tendría 74 años— tuvo que pensar en un sucesor. El Gran Partido Nacionalista Mexicano postuló a Ramón Corral como candidato a dicho puesto, para cubrir el periodo que finalizaría en 1910. En la Constitución de 1824 se señalaba que el cargo de la vicepresidencia lo ocuparía quien obtuviera el segundo lugar en las elecciones presidenciales; en la Constitución de 1857 desapareció dicho cargo, pero a partir del decreto de 6 de mayo de 1904 se restableció por fórmula electoral, fundamentalmente por la preocupación que existía por la avanzada edad del Presidente Díaz. Como es obvio, la vicepresidencia de la primera mitad del siglo XIX resultó ser un órgano provocador de inestabilidad, pues el Vicepresidente tenía que colaborar con quien lo había vencido en los comicios. En cambio, para 1904 se buscó que fueran dos compañeros del mismo grupo político. Consúltense Manuel Calero, *El problema actual. La vice-presidencia de la República*, México, Tipografía Económica, 1903; José R. del Castillo, *Historia de la revolución social de México. Primera etapa*, México, s. p. i., 1915, y Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. El Porfiriato. Vida política interior. Segunda parte*, México, Editorial Hermes, 1955-1972, vol. 10.

<sup>17</sup> La actuación de Corral como gobernador de Sonora lo llevó a ocupar la gubernatura del Distrito Federal, la Secretaría de Gobernación y la vicepresidencia con Porfirio Díaz. En marzo de 1911 se marchó a Europa. Murió en París hacia 1912, tres años antes que Díaz.

<sup>18</sup> A finales de 1902 Reyes fue excluido del gabinete y dejó de ser parte del grupo cercano a Díaz. Regresó a Monterrey como gobernador del estado, para evitar una crisis dentro del grupo gobernante. Aunque retornó disminuido a la región y estuvo vigilado desde el centro, durante las elecciones locales de 1903 contó con la confianza y el apoyo de Díaz para reelegirse. Véase Niemeyer, *op. cit.*

movimiento opositor. Desde finales de 1908 éste se fue radicalizando, pues si primero confió en convencer a Díaz de que en 1910 llevara como compañero de fórmula al general Reyes, luego propuso que se permitiera una elección libre para la vicepresidencia, en la que compitiera la fórmula Díaz-Corral contra la pareja Díaz-Reyes.<sup>19</sup> Como don Porfirio no aceptó esta propuesta, pues había perdido la confianza en Reyes y su proyecto de país se avenía más al de los ‘científicos’, los reyistas buscaron convertirse en un movimiento opositor auténtico. Sin embargo, antes de que se plasmará esta propuesta Reyes fue trasladado a Europa, dejando acéfalo su movimiento.

Díaz creyó que con la ausencia de Reyes resolvía la contienda electoral de 1910. Sin embargo, no percibió que los ‘cuadros’ reyistas ya no apoyarían al gobierno, reduciendo considerablemente su fuerza, capacidad de maniobra, popularidad y representatividad social. Debe recordarse que tanto los ‘científicos’ como el reyismo tenían asignadas determinadas funciones: este último, por ejemplo, era responsable de la estabilidad del noreste del país, de establecer vínculos con el empresariado nacional, con las clases medias y hasta con el movimiento obrero organizado; el reyismo también era decisivo para el Ejército Federal. Hoy resulta obvio lo grave que resultó que los reyistas dejaran desatendidas regiones, clases sociales e instituciones que pronto habrían de expresar sus inconformidades.<sup>20</sup>

Otra diferencia entre la reelección de 1910 y las anteriores es que también por primera vez Díaz tuvo que enfrentar un auténtico movimiento opositor. A diferencia de don Nicolás de Zúñiga y Miranda, contendiente tan persistente como inofensivo,<sup>21</sup> Francisco I. Madero fue un sincero opositor cuyos esfuerzos y logros terminaron por convencer a escépticos y ortodoxos. Exitosos empresarios coahuilenses,<sup>22</sup> los Madero tenían mala

<sup>19</sup> Consúltense las obras citadas de Vázquez Gómez, Cosío Villegas y Niemeyer.

<sup>20</sup> Según Rodolfo Reyes, si el general Díaz hubiera escogido a su padre, se habría evitado el estallido del movimiento revolucionario. Véase Rodolfo Reyes, *De mi vida. Memorias políticas*, 3 vols., Madrid, Biblioteca Nueva, 1929.

<sup>21</sup> Zúñiga y Miranda nació, aproximadamente, en 1860. Candidato presidencial en varias reelecciones de Díaz, fue encarcelado en una ocasión para evitar que encabezara una manifestación en contra del Presidente Díaz. Criticó algunas políticas socioeconómicas del Porfiriato.

<sup>22</sup> Consúltense José Vasconcelos, *Don Evaristo Madero: biografía de un patricio*, México, Impresiones Modernas, 1958, y Mario Cerutti, *Burguesía, capitales e industria en el norte de México. Monterrey y su ámbito regional, 1850-1910*, México, Alianza Editorial, 1992.

relación con Bernardo Reyes y buena con los ‘científicos’, lo que permitió que se afirmara que Madero era un instrumento de los ‘científicos’ —en particular del secretario de Hacienda, José Yves Limantour— para dividir a la oposición y restarle adeptos a Reyes.<sup>23</sup> Para 1910 Madero demostró que encabezaba un movimiento opositor auténtico, con un número creciente de simpatizantes. Para ese año el inexperto Madero había desplazado a las otras alternativas opositoras, tanto al radicalizado Ricardo Flores Magón, que despreciaba la movilización electoral, como al indeciso Bernardo Reyes, que confiaba y prefería un arreglo cupular.

Una tercera diferencia entre la contienda electoral de 1910 y las seis anteriores, considerablemente anodinas,<sup>24</sup> consistió en que para entonces la sociedad mexicana se había repolitizado. A fuerza de maniar al Poder Legislativo, de hacer de las elecciones simples procedimientos legitimadores, de debilitar a la prensa crítica,<sup>25</sup> de cooptar e integrar al aparato gubernamental a varios políticos contrarios a él<sup>26</sup> y de haber eliminado los ámbitos de confrontación ideológica, como era el asunto religioso, al no aplicar los preceptos anticlericales de la legislación,<sup>27</sup> Díaz había logrado la despolitización de la sociedad mexicana. Sin embargo, la aparición de un grupo que a principios del siglo exigió la aplicación de los preceptos liberales, los efectos divisorios de la restauración de la vicepresidencia, las represiones a los obreros de Cananea y Río Blanco, la crisis económica de

<sup>23</sup> Véanse Alfredo Álvarez, *El limantourismo de Francisco I. Madero*, México, Talleres Tipográficos de la Casa de Orientación para Varones, 1934, y José Yves Limantour, *Apuntes sobre mi vida pública*, México, Editorial Porrúa, 1965.

<sup>24</sup> El hecho de que fueran elecciones indirectas seguramente le restó intensidad a los procesos electorales.

<sup>25</sup> Para una historia de la prensa, véase María del Carmen Ruiz Castañeda, *El periodismo en México. 450 años de su historia*, México, Editorial Tradición, 1974. Respecto a la prensa porfirista, véase Florence Toussaint, *Escenario de la prensa en el Porfiriato*, México, Fundación Manuel Buendía, 1989.

<sup>26</sup> El caso más ilustrativo fue el de Mariano Escobedo, general liberal que alternó entre las carreras política y militar. Exiliado como leрдista, luego de que intentó derribar al gobierno de Porfirio Díaz, aceptó finalmente la amnistía y una diputación casi vitalicia. Otro caso notable fue el de Manuel Romero Rubio, también partidario de Sebastián Lerdo de Tejada, quien luego fue el constructor del grupo de los ‘científicos’ y suegro de Porfirio Díaz.

<sup>27</sup> Se ha sostenido que la segunda esposa de Díaz, Carmen Romero Rubio, logró junto con el obispo de Oaxaca, Eulogio Gillow y Zavalza, una reconciliación entre el gobierno mexicano y la Iglesia católica.

1907 y 1908,<sup>28</sup> la entrevista concedida al periodista Creelman, las ríspidas contiendas electorales estatales de 1909<sup>29</sup> y el propio envejecimiento de Díaz, que hacía indefectible la competencia sucesoria, provocaron la repolitización de buena parte de los mexicanos, condición que facilitó la labor animadora de Madero.

Es indudable que el año 1910 tuvo varios aspectos notables, sobresaliendo el declive de Porfirio Díaz, el alejamiento de la contienda nacional de personajes como los magonistas o como Bernardo Reyes y el fulgurante ascenso de Francisco I. Madero, quien no era responsable de la repolitización de la sociedad mexicana, como sí lo habían sido los magonistas, ni era causante de la escisión de la élite política, como sí lo era Reyes. Madero fue un intuitivo advenedizo<sup>30</sup> que aprovechó, por partida triple,

<sup>28</sup> Consúltese Moisés González Navarro, *Cinco crisis mexicanas*, México, El Colegio de México, 1983. Para un análisis más reciente, consúltese Luis Cerda, “¿Causas económicas de la Revolución mexicana?”, en *Revista Mexicana de Sociología*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, núm. 1, año LIII, enero-marzo, 1991, pp. 307-347.

<sup>29</sup> Josefina Mac Gregor, “La política regional y la crisis porfiriana”, en *Relaciones: estudios de historia y sociedad*, México, El Colegio de Michoacán, vol. VI, núm. 21, invierno, 1985.

<sup>30</sup> La biografía política de Madero puede sintetizarse así: al percibir el declive de Reyes por haber preferido Díaz a un ‘científico’ para la vicepresidencia, Madero inició sus actividades políticas apoyando candidaturas opositoras contra las autoridades coahuilenses, abiertamente en el de la gubernatura; en ambas ocasiones gozó de un considerable apoyo de los ‘científicos’. Las tres lecciones obtenidas por Madero fueron claras: era inadecuado organizar un movimiento regional, y había que organizar uno de alcance nacional; era torpe ser una simple comparsa de los conflictos entre ‘científicos’ y reyistas, por lo que se necesitaba una agenda propia; era criminal optar por la lucha armada, cuando la oposición podía ser pacífica, de corte electoral. Fue así como surgió en él la idea de crear un partido político nacional, no personalista ni coyuntural.

Luego de escribir un libro a todo lo largo de 1908 en el que proponía la creación de dicho partido, éste comenzó a construirse a mediados de 1909, con la instalación del Centro Nacional Antirreeleccionista, cuyo objetivo era coordinar la labor de sus miembros para la instalación de clubes y centros antirreeleccionistas a todo lo largo y ancho del país. A principios de 1910 debían organizarse convenciones estatales en las que se nombraran representantes que asistieran a la capital del país a una convención nacional en la que se formalizaría la creación del Partido Nacional Antirreeleccionista, se designarían sus candidatos a la presidencia y la vicepresidencia y se redactarían sus reglamentos y programas de acción.

Después de haber sido electo como vicepresidente del Centro Nacional Antirreeleccionista, Madero hizo tres giras para promover la propuesta antirreeleccionista. La primera lo llevó a la costa del Golfo y al sureste; esto es, Orizaba y Veracruz, Progreso y Mérida.

la crisis gubernamental, el declive de los anteriores liderazgos opositoras y el clima favorable a un cambio, señalado incluso por el calendario histórico del país, con un 1910 aceptado como año que cerraba un ciclo, el de los primeros cien años de vida independiente, pero que terminó por cerrar un segundo ciclo, el del Porfiriato, iniciándose casi simultáneamente el proceso del nacimiento del Estado mexicano contemporáneo.

¿Cuáles fueron los hechos que hicieron de 1910 un año tan significativo? A mi modo de ver, fueron siete los ejes determinantes de aquel año decisivo: uno de carácter internacional, otro con elementos diplomáticos y nacionales, y cinco referentes a México. Comencemos por el primero. Durante 1910 hubo un claro distanciamiento entre los gobiernos de México y Estados Unidos: empezó por las explícitas simpatías del gobierno porfirista con el expresidente nicaragüense José Santos Zelaya, abiertamente enfrentado al gobierno de Washington;<sup>31</sup> siguió con la llegada a México del nuevo embajador estadounidense, Henry Lane Wilson, quien en su discurso de presentación de credenciales abogó por un México de instituciones, postura que molestó a la Cancillería mexicana y animó a los antirreeleccionistas;<sup>32</sup> por último, a principios del mes de noviembre hubo graves manifestaciones antinorteamericanas en varias ciudades del país —Guadalajara, Morelia, Oaxaca y Distrito Federal, entre otras—, en repudio al linchamiento en Texas del joven mexicano Antonio Rodríguez.<sup>33</sup>

---

La elección de la ruta y de los principales destinos fue muy atinada, pues se tocarían poblaciones de reciente conflictividad sociopolítica. La segunda, de finales de 1909 y principios de 1910, estuvo encaminada al occidente, noroeste y norte del país. En ella Madero aprovechó que la salida de Reyes a Europa había dejado huérfanos a sus seguidores, y se dedicó a atraerlos al antirreeleccionismo. La medida fue estratégica, pues en poco tiempo el antirreeleccionismo se hizo de numerosos 'cuadros' políticos experimentados y prestigiados. La tercera y última tuvo como objetivo el centro del país.

<sup>31</sup> José Santos Zelaya, Presidente nicaragüense de 1893 a 1909, fue derrotado por una rebelión auspiciada por Estados Unidos. Se exilió en México, pero el gobierno estadounidense, por medio del Departamento de Estado y del embajador Wilson, presionó para que saliera del país. Zelaya partió rumbo a Europa a principios de 1910.

<sup>32</sup> Consúltese José Vasconcelos, *Ulises criollo*, México, Ediciones Botas, 1935.

<sup>33</sup> Al respecto existe una controversia historiográfica: hay quien asegura que Rodríguez no era mexicano sino oriundo de Nuevo México, Estados Unidos; otros, que había nacido en Guadalajara; algunos señalan que no fue muerto por el linchamiento sino que sobrevivió, escapó a México y más tarde participó en el movimiento revolucionario. En rigor, lo realmente importante es que las noticias sobre su linchamiento provocaron desórdenes en la ciudad de México y en otras poblaciones del país. Véase Henry Lane Wilson,

Eran dos novedades evidentes: Porfirio Díaz había dejado de ser un vecino confiable y el nacionalismo popular crecía indefectiblemente.

Los festejos por el centenario de la Independencia tuvieron ingredientes mixtos. Muchos países enviaron representantes especiales, y todos trajeron generosos obsequios para el país.<sup>34</sup> A lo largo del mes de septiembre hubo varias inauguraciones de significativas construcciones para instituciones públicas. En caso de aceptarse que la arquitectura es también un reflejo de la política, considérese que fueron inaugurados el Manicomio General, en Mixcoac; las nuevas instalaciones de la Secretaría de Guerra y Marina, y la Penitenciaría, innegables símbolos de la aspiración porfiriana al orden social. También fue inaugurado un nuevo edificio para la Secretaría de Relaciones Exteriores, prueba de su interés en la internacionalización del país. Además de la reapertura de la Universidad Nacional, las ceremonias más emotivas fueron las de carácter histórico, como la inauguración de la Columna de la Independencia. En cambio, del Palacio Legislativo apenas se colocó la primera piedra.<sup>35</sup> La interpretación es obvia: don Porfirio ya sólo buscaba un sitio en la historia, volteaba al pasado, no al futuro, y la democracia no le parecía ni prioritaria ni urgente. Durante los festejos por el centenario de la Independencia también hubo una manifestación callejera de los antirreeleccionistas, que fue reprimida cuando amenazó el domicilio de don Porfirio.<sup>36</sup> Los antirreeleccionistas reclamaban ser parte de la historia nacional, pero sobre todo encarnaban su futuro.

embajador de Estados Unidos, al secretario de Estado, 9 y 10 noviembre 1910, en National Archives, Records of the Department of State, Record Group 59, 812.00/357, 812.00/387 (en adelante RDS). *The Mexican Herald*, 9 noviembre 1910. Servando Ortoll, "Turbas antinyanquis en Guadalajara en vísperas de la revolución del diez", en *Boletín del Archivo Histórico de Jalisco*, vol. 1, núm. 2, mayo-agosto, 1983.

<sup>34</sup> *El País*, 3 septiembre 1910. El gobierno estadounidense tuvo la idea de devolver al de México, como obsequio, algunas banderas capturadas en la guerra de 1847; sin embargo, el secretario de Estado Knox convenció al Presidente Taft de no hacerlo. Cfr. RDS, s. f., 812.42/23365/1; secretario de Estado al Presidente/ s. f., *ibid.*, 2ª. El gobierno español entregó ropa que había pertenecido a José María Morelos.

<sup>35</sup> Véase Genaro García, *op. cit.* También consúltese Federico Gamboa, *Mi diario: mucho de mi vida y algo de la de otros: segunda serie*, México, E. Gómez de la Puente, 1934.

<sup>36</sup> *Diario del Hogar*, 21 septiembre 1910, en Archivo Histórico de El Colegio de México, Fondo Documental Eduardo Blanquel, caja 2, Gobierno de Porfirio Díaz. Centenario de la Independencia (en adelante AHCM, FDEBlanquel).

El tercer eje definitorio de aquel año tuvo como principal ingrediente la creación del Partido Nacional Antirreeleccionista y la actitud de Francisco I. Madero como su candidato presidencial.<sup>37</sup> Las giras emprendidas por Madero tuvieron dos elementos significativos: sociogeográficamente, visitó un buen número de las principales poblaciones del país y las mejores respuestas las obtuvo entre las clases medias urbanas y las agrupaciones obreras; políticamente fueron muy exitosas, pues se logró atraer a muchísimos revistas desilusionados de su líder, los que aportaron al antirreeleccionismo su enorme experiencia política. Sin preverlo Díaz, el antirreeleccionismo nació fuerte y prestigiado.

En la convención constitutiva del Partido Nacional Antirreeleccionista participaron delegados “de todos los confines” del país, así como miembros del Partido Nacionalista Democrático, lo que confirmaba la alianza de los primeros con numerosos exreyistas. Las candidaturas “abrumadoramente” triunfadoras fueron la de Madero para Presidente y la de Francisco Vázquez Gómez para Vicepresidente, mancuerna que ratifica la alianza señalada.<sup>38</sup> La conciencia histórica de los directivos de la nueva agrupación era clarísima: para ellos el centenario de la Independencia era el inicio de una nueva etapa en la historia nacional, la de la democracia, “único verdadero cimiento de la soberanía nacional”.<sup>39</sup>

Ya como contendiente formal y único, Madero empezó a padecer las presiones y agresiones gubernamentales. Los procedimientos, más que arbitrarios e ilegales, fueron burdos y descarados: primero se intentó aprehenderlo, acusándolo de un delito comercial, justo la víspera del inicio de

<sup>37</sup> Véanse Roque Estrada, *La Revolución y Francisco I. Madero*, Guadalajara, s. p. i, 1912; Stanley Ross, *Francisco I. Madero: apóstol de la democracia mexicana*, México, Gandesa, 1959; José C. Valadés, *Imaginación y realidad de Francisco I. Madero*, 2 vols., México, Antigua Librería Robredo, 1960; Charles Cumberland, *Madero y la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI Editores, 1977; Santiago Portilla, *Una sociedad en armas: insurrección antirreeleccionista en México, 1910-1911*, México, El Colegio de México, 1995, y Francisco I. Madero, *Obras completas*, México, Clío, 2000, vol. 4.

<sup>38</sup> El resultado de la votación para candidatos a la presidencia fue de 159 para Madero, frente a 23 para Toribio Esquivel Obregón y 3 para Fernando Iglesias Calderón. En la votación para Vicepresidente Francisco Vázquez Gómez obtuvo el voto de 113 delegados, mientras que Toribio Esquivel Obregón obtuvo 82, José María Pino Suárez, 14 y Fernando Iglesias Calderón, 4 votos. Consúltese *El Constitucional*, 16 abril 1910, en AHCM, FDEBlanquel, caja 1, Gobierno de Porfirio Díaz. Convención y campaña de Madero.

<sup>39</sup> *El Constitucional*, 16, 19 y 21 abril 1910.

la Convención Antirreeleccionista. La aprehensión se hizo efectiva en junio, al acusársele de proteger a uno de sus oradores —Roque Estrada—, quien había incitado a la rebelión. Así, el Partido Nacional Antirreeleccionista tuvo que enfrentar las elecciones presidenciales teniendo a su líder y candidato confinado en la cárcel de San Luis Potosí.<sup>40</sup> Con esta actitud Díaz desmentía lo que había prometido dos años antes al periodista James Creelman: las elecciones no serían libres y él no respetaría a sus opositores. La democracia todavía estaba distante.

En esas circunstancias, ridículamente inequitativas, tuvieron lugar los comicios, cuarto eje decisivo de aquel año. Las primarias fueron a finales de junio y las secundarias el 10 de julio, con un cómputo oficial de 18 625 votos para Díaz y sólo 196 para Madero.<sup>41</sup> A finales de septiembre la Cámara de Diputados, erigida en Colegio Electoral, declaró oficialmente triunfadores a Porfirio Díaz y a Ramón Corral, luego de rechazar el recurso de anulación presentado al inicio del mismo mes por los antirreeleccionistas.<sup>42</sup> Se hizo evidente que no había posibilidad alguna de cambios políticos mediante procedimientos pacíficos. Con esas muestras de autoritarismo el gobierno dejó a los opositores sin otras opciones legales que esperar hasta las elecciones de 1916, pero la paciencia no suele ser una virtud colectiva.

A continuación Madero encabezó un cambio de actitud y de estrategia —quinto eje—, por el que 1910 no sólo fue el año del inicio de la Revolución sino que en realidad redefinió toda la historia subsecuente del país. Aprovechando las privilegiadas condiciones de su confinamiento, pues pronto se le otorgó la libertad bajo fianza y se le dio la ciudad por

<sup>40</sup> Consúltense las obras de Ross y Cumberland citadas en la nota 37.

<sup>41</sup> Conforme a la Constitución y a la Ley Orgánica Electoral de febrero de 1857, las elecciones federales (Presidente, senadores y diputados) eran indirectas en primer grado; con voto universal (hombres, de 18 años los casados, de 21 los solteros), público y de mayoría relativa (el ganador debía obtener un voto más que el contrincante) en las elecciones primarias. En éstas se elegía a los electores con base en el número de habitantes del distrito, quienes a su vez elegían al candidato ganador. Véase Georgette José Valenzuela, *Legislación electoral mexicana, 1812-1921. Cambios y continuidades*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.

<sup>42</sup> El 8 de septiembre de 1910 los antirreeleccionistas sometieron al Congreso Nacional un amplio memorial en el que reclamaron por el fraude en las elecciones y por las infracciones cometidas a la ley electoral, y exigieron “especialmente” la nulidad de las elecciones para Presidente y Vicepresidente de la República. Consúltense *Memorial presentado a la Cámara de Diputados, pidiendo la nulidad de las elecciones*, México, Imprenta Idea Libre, 1910.

cárcel,<sup>43</sup> a principios de octubre Madero huyó a San Antonio, Texas. Inmediatamente comisionó a cinco colaboradores íntimos la redacción de un plan que convocara a las armas para luchar contra Díaz. Para no violar la neutralidad de Estados Unidos, país que mantenía relaciones diplomáticas con el gobierno mexicano, el plan fue fechado como si hubiera sido redactado el 5 de octubre en San Luis Potosí. Además de fijar el 20 de noviembre como fecha del alzamiento, el documento declaraba nulas las recientes elecciones federales y —por ende— desconocía a todas las autoridades electas en ellas, asumiendo Madero la presidencia provisional.

El dilema entre su afán por el orden y los riesgos de provocar “trastornos” fue explícito: así como se invitaba a la rebelión se prometía respetar las leyes vigentes y los compromisos internacionales. Esta decisión de Madero sigue pareciéndome poco comprensible. ¿Por qué apeló a la violencia si antes la había permanente y severamente condenado? ¿Cómo fue que un reconocido pacifista, practicante del espiritismo, acudía a las armas? Acaso la explicación radique en la composición del grupo que redactó el Plan de San Luis Potosí, entre los que había abogados y exmagonistas: Juan Sánchez Azcona, educado en Europa, exreyista, aspirante a abogado y, sobre todo, hijo de un conocido diplomático; Roque Estrada, abogado y en el pasado miembro del Partido Liberal Mexicano; Enrique Bordes Mangel, abogado y egresado del Colegio Militar, fue simpatizante del magonismo y suscriptor de *Regeneración*; por último, Federico González Garza, abogado coahuilense, fue el redactor del memorial en el que se pedía la anulación de las elecciones de 1910.<sup>44</sup>

Además, Madero pensaba en un determinado tipo de lucha, encabezada por sus seguidores, tanto antirreeleccionistas como exreyistas, ambos de las clases medias urbanas. Confiaba también en que al menos contaría

<sup>43</sup> Estando en prisión diversos miembros de la sociedad potosina abogaron por él, desde un joven abogado, Pedro Antonio de los Santos, hasta el obispo, Ignacio Montes de Oca. Se le dio este trato en tanto miembro de la élite y porque no se quería dar la imagen de un gobierno autoritario ante los diplomáticos invitados a las fiestas del centenario. Cfr. *El Constitucional*, 8 junio 1910, *Diario del Hogar*, 20 agosto y 10 septiembre 1910, en AHCM, FDEBlanquel, caja 1, Gobierno de Porfirio Díaz. Antirreeleccionistas. Antirreeleccionismo. Trabajos de organización.

<sup>44</sup> El mejor material para biografías de revolucionarios es el *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana*, 8 vols., México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1990-1994.

con la complaciente complicidad del Ejército Federal, previsiblemente ‘anticientífico’.<sup>45</sup> Como quiera que haya sido, es innegable que el Plan de San Luis Potosí es un documento que contradice la ideología maderista. Consecuentemente, el 20 de noviembre es la efeméride menos maderista de toda su biografía.

Para su desgracia, los principales antirreeleccionistas estaban plenamente identificados por la policía, lo que por su residencia urbana los hacía doblemente vulnerables. Fue así como el movimiento que Aquiles Serdán coordinaba desde Puebla para todo el centro del país fue abortado con su asesinato.<sup>46</sup> El fuerte operativo represivo fue muy difundido, pues se buscaba que tuviera un efecto disuasivo. El golpe a los Serdán fue el más notorio, pero no el único. Tampoco fue el más importante si se le compara con la aprehensión de Alfredo Robles Domínguez y de Francisco Cossío Robelo, jefes del movimiento armado en la ciudad de México y sus alrededores,<sup>47</sup> pues tuvo impactos negativos en la organización del movimiento al sur de la capital, hasta el estado de Guerrero.

Si a estos duros golpes preventivos se suma la poquísima actividad armada del 20 de noviembre, debe concluirse que fracasó la lucha convocada por Madero.<sup>48</sup> Sin embargo, poco a poco fue consolidándose un

<sup>45</sup> El mismo día que fechó el Plan de San Luis Potosí Madero dirigió una proclama al Ejército Federal, invitándolo a luchar y ofreciéndole ascensos. Véase “Proclama de Francisco I. Madero al Ejército Libertador”, en Manuel González Ramírez, *Planes políticos y otros documentos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1954.

<sup>46</sup> Consúltese David G. La France, *Madero y la Revolución Mexicana en Puebla*, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1987.

<sup>47</sup> Alfredo Robles Domínguez nació en Guanajuato. Estudió ingeniería y arquitectura en la ciudad de México. Se especializó en Estados Unidos. Desde 1909 participó activamente en la campaña antirreeleccionista. Fue uno de los directores del Centro Antirreeleccionista de México. A finales de 1910 pretendía operar en Guerrero, pero fue descubierto por la policía porfirista y enviado a la cárcel. Francisco Cossío Robelo nació en la ciudad de México. Periodista de oposición, fue secretario de redacción del periódico *México Nuevo*, dirigido por Juan Sánchez Azcona. Días antes del 20 de noviembre, agentes gubernamentales encontraron en su domicilio armas y documentos antirreeleccionistas, por lo que fue recluso en prisión hasta mayo de 1911.

<sup>48</sup> La mejor historia de la lucha armada maderista es la de Portilla, *op. cit.* Consúltese, del mismo autor, “Primera etapa de la Revolución mexicana: condiciones revolucionarias y caída de Porfirio Díaz, 1910-1911”, en *Estudios Políticos*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, vol. 2, núm. 3, julio-septiembre, 1983, pp. 6-16.

movimiento armado con una naturaleza social diferente, otros principios ideológicos, objetivos distintos y una menor dependencia respecto de Madero. De hecho, otro eje del año 1910 fue el de los brotes de violencia que estallaron antes del mes de noviembre, los que prueban que la situación sociopolítica estaba cargada de conflictividad: el estallido era inminente e inevitable. Los principales alzamientos fueron el de Valladolid, Yucatán, entre mayo y junio, en el que el coronel Maximiliano R. Bonilla encabezó a los peones de varias haciendas antes de ser vencido y fusilado; el de San Ricardo, en Veracruz, un mes después, con Cándido Aguilar y Enrique Bordes Mangel como dirigentes;<sup>49</sup> el de Santana Rodríguez, ‘Santanón’, en Acayucan, también Veracruz, alzado como magonista y muerto en combate a mediados de octubre, y los violentos disturbios en Zacatelco y Panzacola, Tlaxcala, donde las celebraciones independentistas locales devinieron violentas protestas antiporfiristas.<sup>50</sup>

Sin lugar a dudas el último eje, el de la lucha armada, fue el más importante de todos. Si bien es cierto que fracasó la estrategia del movimiento original de Madero, pues no se involucraron sus ‘cuadros’ originales, el ofrecimiento hecho en el artículo 3º del Plan de San Luis Potosí de revisar la estructura de la propiedad agraria dio lugar a que se adhirieran al movimiento armado varios grupos rurales populares, más preocupados en obtener tierras que en la renuncia de Díaz. Fue así como aparecieron en la historia nacional, en forma sorpresiva, contundente e irreversible, gente como Pascual Orozco, Francisco Villa y Emiliano Zapata. La importancia histórica de este proceso es incuestionable: si ya la contienda electoral había implicado la llegada al ámbito político de nuevos actores y nuevas prácticas, la lucha armada trajo la primera participación protagónica y autónoma de grupos populares en toda la historia nacional. Así, se pasó de

<sup>49</sup> Para Yucatán, véase Joseph Gilbert, *Revolución desde afuera. Yucatán, México y los Estados Unidos, 1880-1924*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992. Para Veracruz, Ricardo Corzo Ramírez, *Nunca un desleal: Cándido Aguilar, 1889-1960*, México, El Colegio de México, 1986. Nótese la participación de Bordes Mangel, quien poco después sería uno de los redactores del Plan de San Luis Potosí.

<sup>50</sup> Consúltese Jacinto Barrera Bassols, *El bardo y el bandolero: la persecución de Santanón por Díaz Mirón*, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1987. Para Tlaxcala, véase Ricardo Rendón, *El prosperato. El juego de equilibrios de un gobierno estatal. Tlaxcala de 1885 a 1911*, México, Universidad Iberoamericana, Siglo XXI Editores, 1993, y Raymond Buve, *El movimiento revolucionario en Tlaxcala*, México, Universidad Autónoma de Tlaxcala, Universidad Iberoamericana, 1994.

un movimiento opositor electoral a una auténtica revolución, la que redefinió la naturaleza del país y de su historia subsiguiente.

La de 1910 fue una revolución inesperada, nunca deseada por Madero, y aunque la violencia había sido pronosticada en caso de que Díaz impidiera el cambio político pacífico, dicho pronóstico era más un recurso retórico que un diagnóstico empírico. Mucho menos era una propuesta programática. Es evidente que Díaz organizó los festejos de septiembre con un optimismo pleno, pero las elitistas celebraciones pronto dieron paso a una rebelión popular: las inauguraciones fueron olvidadas a causa de los sorprendentes combates y los elogios internacionales se tornaron quejas y reclamos.

Ésta es la verdadera particularidad histórica de 1910, año suficientemente significativo por el agotamiento del sistema político porfirista, cupular y excluyente, al que Madero y sus colaboradores quisieron sustituir por un sistema político sostenido por nuevos grupos sociales, los que actuarían mediante nuevas prácticas e instituciones. Pero 1910 fue mucho más que este intento de cambio político pacífico, pues fue el año en el que grupos sociales drásticamente excluidos durante el Porfiriato presentaron sus numerosos agravios sociales. En síntesis, en 1910 se pasó de una reforma negada a una revolución popular. Esto es lo que hizo de 1910 un año tan importante en nuestra historia; incluso puede afirmarse que es el más importante de nuestra historia contemporánea.



3  
ACTORES Y REGIONES EN EL PROCESO BÉLICO  
DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA\*

CRISIS DEL PORFIRIATO

La Revolución mexicana fue resultado de varios factores: la específica conformación sociohistórica del país, la crisis generalizada e irremediable del Estado porfiriano, la imposibilidad de una solución pacífica a la sucesión de 1910 y el complejo contexto internacional de aquellos días.

La conformación sociohistórica mexicana de principios del siglo xx tenía una especificidad notable respecto a los demás países latinoamericanos.<sup>1</sup> Como varios de éstos, especialmente los situados en las subregiones centroamericana y andina, México sufría un gobierno dictatorial y una muy desequilibrada estructura de la propiedad agraria. Sin embargo, México gozaba de un crecimiento económico incluso superior al que experimentaban los países de la costa atlántica —Brasil— y del Cono Sur —Argentina, Uruguay y Chile—. <sup>2</sup> Así, era el único que combinaba crecimiento económico con gobierno dictatorial y con graves problemas agrarios.

Dicha combinación resultó explosiva. El país vio nacer, como producto del crecimiento económico, nuevas clases sociales, en particular

\* Conferencia leída en las Décimas Jornadas de Estudios Históricos organizadas por el Departamento de Historia Medieval, Moderna y Contemporánea de la Universidad de Salamanca, España, del 11 al 14 de marzo de 1998. Fue publicada en el libro *La guerra en la historia*, Salamanca, España, Ediciones Universidad de Salamanca, 1999, pp. 209-254.

<sup>1</sup> Acerca de las particularidades mexicanas respecto de los demás países latinoamericanos, véase Friedrich Katz, “México: la restauración de la República y el Porfiriato, 1867-1910”, en Leslie Bethell (ed.), *Historia [Cambridge] de América Latina*, Barcelona, Crítica, 1992, t. ix, pp. 11-77.

<sup>2</sup> Una reciente y confiable historia económica del subcontinente es la de Víctor Bulmer-Thomas, *La historia económica de América Latina desde la Independencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.

clases medias y proletariado. Sin embargo, mientras que en estos últimos países sudamericanos había gobiernos con instituciones democráticas que servían para la defensa y promoción de las clases emergentes, el gobierno dictatorial de Díaz resultó inadecuado para representar y respetar sus intereses: al contrario, dificultó el ascenso de las clases medias y reprimió los principales reclamos obreros. Para colmo, mientras la estructura agraria de los mencionados países sudamericanos se caracterizaba por la existencia de una nutrida clase media rural, que amortiguaba los conflictos sociales en el campo, en México dicha clase sólo se localizaba en ciertas regiones del norte y del occidente del país,<sup>3</sup> pues en el resto prevalecía una estructura dicotómica con pocos pero extensos latifundios y un número enorme de comunidades campesinas —muy debilitadas en los países del extremo sur—, las que sufrían un proceso grave y cercano de pérdida de sus tierras, a pesar del cual conservaban su organización política y su memoria histórica.<sup>4</sup> La insatisfacción de la clase media rural y las pretensiones de numerosas comunidades de conservar o recuperar sus tierras hacían predecible un grave y próximo conflicto sociopolítico.

Además de esa explosiva situación estructural de México, desde principios de siglo el Estado porfiriano sufrió varias crisis profundas.<sup>5</sup> Nacido hacia 1877, para aquellos años el régimen de Díaz había pasado por dos etapas claramente diferenciables. La primera se extendió, aproximada-

<sup>3</sup> Para un correcto análisis de la estructura de la propiedad agraria, véase George Mc Cutchen Mc Bride, “Los sistemas de propiedad rural en México”, en *Problemas agrícolas e industriales de México*, vol. III, núm. 3, México, julio-septiembre 1951. Respecto al desarrollo de la mediana propiedad agraria, véase Luis González, *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*, México, El Colegio de México, 1972. Véase también David Brading, *Haciendas y ranchos del Bajío. León, 1700-1860*, México, Grijalbo, Enlace, 1986.

<sup>4</sup> El caso clásico de las comunidades que sufrían usurpaciones pero que conservaban su organización política y su identidad histórica es el de las comunidades del estado de Morelos. Véase John Womack, *Zapata y la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI Editores, 1969. Otro caso similar es el de las comunidades de Puebla y Tlaxcala; al respecto, véase Raymond Buve, *El movimiento revolucionario en Tlaxcala*, México, Universidad Autónoma de Tlaxcala, Universidad Iberoamericana, 1994.

<sup>5</sup> Las mejores historias generales del periodo siguen siendo la de José C. Valadés, *El Porfirismo*, 3 vols., México, Patria, 1941-1948, y la de Daniel Cosío Villegas *et al.*, *Historia moderna de México. El Porfiriato*, 7 vols., México, Hermes, 1955-1976. Una visión sintética de esta última es la de Luis González, *Historia general de México*, t. II, *El liberalismo triunfante*, México, El Colegio de México, 1977, pp. 925-1015.

mente, hasta finales del decenio de 1880 o principios del de 1890, y se caracterizó por ser el periodo de su ascenso y consolidación en el poder, durante el cual don Porfirio construyó su sistema político, conformó sus equipos de colaboradores propios y cambió el proyecto nacional de desarrollo, pues si con Benito Juárez y Sebastián Lerdo el objeto principal había sido la libertad, con Díaz lo serían el orden y el progreso; si los primeros habían buscado construir un país de ideología liberal, el segundo percibió que la realidad sociohistórica nacional obligaba a desechar o modificar varios de los principios liberales fundamentales.<sup>6</sup>

Durante sus primeros años Díaz se apoyó para gobernar en militares de su total confianza, como su compadre y lugarteniente Manuel González para el obligado interregno de 1880 a 1884, y como Bernardo Reyes para contener o desplazar a los principales caudillos militares, naturales y probables competidores suyos.<sup>7</sup> Además, carente de un equipo suficientemente amplio, al principio Díaz desarrolló prácticas conciliadoras e incluyentes, gobernando con políticos y burócratas provenientes de diversos grupos. Sin embargo, durante sus primeros años acudió también a la represión de sus enemigos políticos. Para los conformes en colaborar o aceptar su sistema hubo “pan” y canonjías; para los renuentes o contrarios hubo desde el “palo” hasta el “mátalos en caliente”.<sup>8</sup>

Cualquiera que haya sido el mecanismo, durante la primera etapa de su largo régimen Díaz estableció en el país una inédita estabilidad política, pudiendo incluso reelegirse con facilidad considerable en 1884, 1888 y 1892, lo que implicaba no sólo la existencia de un gran consenso favorable a él sino también la ausencia de competidores políticos reales. Además, siendo un hombre más pragmático que principista, Díaz percibió que el

<sup>6</sup> La mejor expresión de las críticas de los ideólogos porfiristas a los preceptos liberales fue la de Emilio Rabasa, *La Constitución y la dictadura*, México, Tipografía de Revista de Revistas, 1912 (existen varias reediciones). Véase también Daniel Cosío Villegas, *La Constitución de 1857 y sus críticos*, México, Clío, El Colegio Nacional, 1997. Para el análisis de la adaptación y transformación de las ideas liberales durante el Porfiriato, véase Charles Hale, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, México, Vuelta, 1991.

<sup>7</sup> Entre los caudillos militares que destacaron como competidores o como enemigos políticos de Díaz estaban Mariano Escobedo, Donato Guerra, Trinidad García de la Cadena y Jerónimo Treviño, entre otros.

<sup>8</sup> Ramón Prida, “El 25 de junio de 1879”, en *Conferencias de carácter histórico*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1935, pp. 5-42.

factor religioso había dividido al país durante muchos años, por lo que fue tolerante con la Iglesia católica, mostrándose renuente a aplicar los principios más anticlericales de la Constitución de 1857, con lo que se obtuvo una benéfica reconciliación ideológica nacional.<sup>9</sup> La estabilidad política y la paz social logradas, además de las nuevas condiciones económicas nacionales e internacionales, explican que Díaz haya obtenido el reconocimiento del gobierno estadounidense y el restablecimiento de relaciones diplomáticas con los principales países europeos.<sup>10</sup>

La segunda etapa, que va de finales de la década de 1880 o principios de la de 1890 a los inicios del siglo xx, fue de auge y se distinguió por la prolongación y perfeccionamiento de la estabilidad política y, sobre todo, por el notable crecimiento económico alcanzado. Industrialmente, durante los años previos se sentaron las bases de este crecimiento, al sanearse la hacienda pública con la reducción de los gastos militares, negociarse la deuda externa, modernizarse los códigos minero, postal y comercial, e iniciarse la instalación de instituciones bancarias modernas y el tendido de vías ferroviarias y líneas telefónicas.<sup>11</sup> Sin embargo, fue entre 1890 y 1904, aproximadamente, cuando se alcanzó un crecimiento económico cuantioso y sostenido. Fluyeron entonces los empréstitos y las inversiones europeas y estadounidenses; se emprendieron inmensas obras de infraestructura; al margen de la agricultura tradicional surgió una moderna, con cultivos de exportación, y también apareció una minería industrial que desplazó a la dedicada a los metales preciosos; a su vez, la industria logró grandes mejoras; los ferrocarriles y el telégrafo no sólo dieron impulso al comercio interno sino que modificaron la geografía económica del país y, por ende, también la sociopolítica. Igualmente, el comercio exterior reci-

<sup>9</sup> Para un análisis de las relaciones entre la Iglesia católica y el gobierno de Porfirio Díaz, véase Jorge Fernando Iturrigarria, “La política de conciliación del general Díaz y el arzobispo Gillow”, en *Historia Mexicana*, vol. xiv, núm. 1, julio-septiembre 1964, pp. 81-101.

<sup>10</sup> Véase el tomo *La política exterior. Primera parte*, en la obra de Daniel Cosío Villegas citada en la nota 5.

<sup>11</sup> Además del libro ya clásico de John H. Coatsworth, *El impacto económico de los ferrocarriles en el Porfiriato*, 2 vols., México, Secretaría de Educación Pública (Sepsetentas), 1976, ahora debe consultarse también a Sandra Kuntz, *Empresa extranjera y mercado interno. El Ferrocarril Central Mexicano (1890-1907)*, México, El Colegio de México, 1995. Respecto al asunto bancario, véase Leonor Ludlow, “Funciones y estructura inicial del Banco Nacional de México”, en Carlos Marichal y Mario Cerutti (comps.), *Historia de las grandes empresas en México, 1850-1939*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, pp. 137-165.

bió gran impulso, con lo que México adquirió un nuevo puesto en el concierto de las naciones.<sup>12</sup>

El sistema político correspondiente al periodo de auge económico descansó en una auténtica despolitización de los habitantes del país. Fueron años definidos, ilustrativamente, con el lema de “poca política y mucha administración”. En efecto, Díaz gozó de total consenso y de ninguna oposición:<sup>13</sup> desaparecieron las contiendas electorales, la independencia de los poderes Legislativo y Judicial y las críticas en los grandes periódicos. La política era plenamente vertical y asunto reservado sólo a Díaz y a una pequeña camarilla compuesta por los miembros de su gabinete, los gobernadores, “jefes políticos”, senadores, diputados y jueces,<sup>14</sup> todos permanentemente reelectos y encuadrados en los principales equipos de apoyo a Díaz: uno era el grupo de los ‘científicos’, surgido a la vida pública en 1892 y que habría de ser decisivo en los renglones de la economía y la educación;<sup>15</sup> el otro era el encabezado por Bernardo Reyes, artífice del progreso del noreste del país y responsable de la modernización, el control, el abaratamiento y la despolitización del Ejército Federal.<sup>16</sup>

Obviamente, el crecimiento económico no podía ser indefinido. Su naturaleza implicaba varias limitaciones profundas, las que amenazaban con provocar serios problemas políticos y sociales. Para colmo, el sistema político imperante también tenía sus propias contradicciones. Por lo tanto, era inevitable que el periodo de auge se tornara en uno de crisis y deca-

<sup>12</sup> Véanse los dos tomos dedicados a la *Vida económica* dentro de la obra citada en la nota 5, y entre cuyos autores destacan Francisco R. Calderón, Luis Nicolau D’Olwer y Fernando Rosenzweig.

<sup>13</sup> Tal pareciera que las oposiciones políticas desaparecieron hacia 1892, siendo las últimas manifestaciones de descontento la rebelión de Tomóchic y la oposición estudiantil a la reelección de 1892.

<sup>14</sup> Un muy interesante análisis del aparato y del sistema político porfirianos es el que presenta François-Xavier Guerra, *México: del antiguo régimen a la Revolución*, 2 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

<sup>15</sup> A la fecha, Alicia Salmerón prepara una tesis doctoral en historia para El Colegio de México, cuyo objetivo es la reconstrucción histórica y el análisis del grupo ‘científico’.

<sup>16</sup> E. V. Niemeyer, *El general Bernardo Reyes*, Monterrey, Gobierno del Estado de Nuevo León, Universidad de Nuevo León, 1966. Josefina G. de Arellano, *Bernardo Reyes y el movimiento reyista en México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1982.

dencia, transformación perceptible desde principios del siglo xx.<sup>17</sup> La crisis del régimen porfiriano fue grave, múltiple e insoluble. Afectó, en distintos momentos y con intensidad variada, los renglones político, económico, social, diplomático y cultural.

La crisis del sistema político no sólo se debió al envejecimiento de Díaz —nacido en 1830— y de su camarilla; tampoco se debió únicamente a su carácter cerrado, excluyente, oligárquico y gerontocrático, reacio a las imprescindibles renovaciones generacionales. El problema estribó en su cambio de naturaleza, composición y procedimientos. Hasta 1903 el sistema político se había apoyado principalmente en dos equipos de sostenes y respaldos, los que se balanceaban haciéndose mutuos contrapesos. Sin embargo, cuando el problema de la sucesión cobró importancia por el envejecimiento de don Porfirio, éste rompió la imparcialidad con sus bases de apoyo, eligiendo como virtual sucesor, mediante la figura de la vicepresidencia, a un miembro del grupo “científico”, el sonoreense Ramón Corral.<sup>18</sup> Dicha decisión obligó a reducir el capital político y las cuotas de poder asignadas al grupo reyista, el que pasó de sostén a opositor, para colmo peligroso por su experiencia, capacidad y prestigio. A partir de este momento los reyistas se convirtieron en severos críticos de los ‘científicos’.<sup>19</sup> Resulta incuestionable que esta escisión de la élite debilitó profundamente al gobierno porfiriano.

A su vez, la crisis económica tuvo causas estructurales y coyunturales, internacionales y nacionales. Primero que todo, el crecimiento fue desigual y disparaje: hubo regiones y sectores no beneficiados, y un número enorme de mexicanos no se vio favorecido por el progreso económico.

<sup>17</sup> Aunque Fernando Rosenzweig sólo divide el Porfiriato en dos momentos, resulta más correcto periodizarlo con tres cortes; véase “El desarrollo económico de México de 1877 a 1911”, en *El Trimestre Económico*, núm. 32, julio-septiembre 1965, pp. 406-454.

<sup>18</sup> Jesús Luna, *La carrera pública de don Ramón Corral*, México, Secretaría de Educación Pública (Sepsetentas), 1975.

<sup>19</sup> Los mejores testimonios para estudiar el reyismo son el de José López Portillo y Rojas, *Elevación y caída de Porfirio Díaz*, México, Librería Española, 1921 (existe una reedición de 1975, hecha por la Editorial Porrúa), y el de Rodolfo Reyes, *De mi vida. Memorias políticas*, 2 vols., Madrid, Biblioteca Nueva, 1929-1939. Una memorable crítica a los ‘científicos’ hecha por un reyista es la de Luis Cabrera, agrupada con el título de “Cargos concretos” e incluida en *Obras políticas del Lic. Blas Urrea*, México, Imprenta Nacional, 1921. La Universidad Nacional Autónoma de México publicó en 1992 *Obra política de Luis Cabrera*, 4 vols., Eugenia Meyer (pról.).

Para colmo, además del crónico descenso del precio internacional de la plata, lo que había encarecido las importaciones,<sup>20</sup> aumentando por ende los costos de producción en México, en 1907 una severa depresión económica azotó a Europa y a Estados Unidos, lo que encareció aún más las importaciones y disminuyó las exportaciones mexicanas. La difícil situación inmediatamente repercutió en el todavía incipiente sistema bancario, que canceló los créditos a industriales y hacendados y en cambio buscó cobrar los adeudos que éstos tenían. Las secuelas en la economía mexicana fueron de enorme gravedad.<sup>21</sup>

La suspensión de las operaciones crediticias a favor de los industriales hizo que muchos disminuyeran su ritmo de trabajo, reduciendo la duración de la jornada diaria o el número de días de trabajo a la semana, estrategias que se tradujeron en una disminución de los ingresos reales de los trabajadores y en un aumento del desempleo, tanto de obreros como de empleados. Por lo que respecta a los hacendados, la falta de créditos también los obligó a reducir operaciones, afectando el nivel de desempleo y el ingreso de sus diversos tipos de trabajadores.<sup>22</sup> A diferencia de los industriales, los hacendados buscaron resolver la falta de créditos aumentando las rentas a los rancheros y aparceros y endureciendo las condiciones laborales de sus medieros y peones.<sup>23</sup> Lo grave de la situación es que se vieron afectados todos los sectores sociales del país: industriales y hacendados, empleados y rancheros; obreros, medieros, jornaleros y peones; esto es, clases altas, medias y bajas, tanto del campo como de la ciudad.

Consecuentemente, la disminución de las actividades económicas abatió los ingresos gubernamentales, problema que se buscó remediar castigando salarialmente a la burocracia y aumentando el valor de los im-

<sup>20</sup> Debe aceptarse que, por otro lado, dicha situación favoreció la sustitución de importaciones y el aumento de exportaciones.

<sup>21</sup> Luis Cerda, "Causas económicas de la Revolución mexicana", en *Memoria del Congreso Internacional sobre la Revolución Mexicana*, 2 vols., México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1991, t. I, pp. 489-511.

<sup>22</sup> La crítica más pertinaz a la política bancaria de los 'científicos' hecha desde la perspectiva de los hacendados fue la sostenida por Toribio Esquivel Obregón. Véase la recopilación hemerográfica titulada *Una visión sobre la economía de México, 1891-1945*, México, Universidad Iberoamericana, 1997.

<sup>23</sup> Friedrich Katz, *La servidumbre agraria en México en la época porfiriana*, México, Era, 1980.

puestos y el universo de pagadores de los mismos, decisiones que afectaron a las clases altas no favoritas del grupo científico y a las clases medias, tanto urbanas como rurales. Los problemas fueron más numerosos aún: dado que la crisis era internacional, muchos mexicanos que trabajaban en Estados Unidos quedaron desempleados y tuvieron que regresar al país, donde no se les pudo integrar a la vida económica, por entonces casi paralizada. Para colmo, se padeció sequía en los años 1908 y 1909, lo que provocó nuevas disminuciones en la producción agrícola: el aumento del precio del maíz lo sufrieron todos, aunque en mayor medida regiones que lo tenían que importar, como Yucatán, o hacendados que tenían que alimentar un número alto de peones; hubo regiones, como Zacatecas, que padecieron doble: la sequía y el derrumbe del precio de la plata.<sup>24</sup> En resumen, la magnífica situación de finales del siglo XIX se tornó dramática a principios del XX, especialmente porque la crisis económica había acabado con el prestigio de los ‘científicos’, grupo que Díaz había escogido para sucederlo.<sup>25</sup>

El Porfiriato padeció también una severa crisis social desde finales del siglo XX. En el ámbito rural tuvo su origen en las usurpaciones de tierras sufridas por las comunidades campesinas, las que se generalizaron desde que el crecimiento urbano-demográfico provocó un aumento en la demanda de productos agropecuarios y cuando dicha demanda pudo ser satisfecha gracias a un extenso sistema ferroviario.<sup>26</sup> Las consecuencias sociopolíticas fueron variadas y no necesariamente secuenciales: para comenzar, los campesinos tuvieron que buscar empleo en las haciendas o ciudades vecinas, pues necesitaban remplazar los ingresos perdidos por la usurpación, aunque hubo casos de migraciones masivas distantes. De otra parte, numerosas comunidades usurpadas acudieron a las instancias lega-

<sup>24</sup> Moisés González Navarro, “La crisis de 1908”, en *Cinco crisis mexicanas*, México, El Colegio de México, 1983.

<sup>25</sup> Una posible interpretación de la entrevista concedida por Díaz al periodista norteamericano James Creelman puede ser la de que trataba de “tantear” el ambiente con vistas a la eliminación de cualquier ‘científico’ de la vicepresidencia.

<sup>26</sup> En el norte la derrota de los apaches dio como resultado que las colonias agrícolas-militares establecidas al efecto dejaron de ser imprescindibles, por lo que algunos hacendados comenzaron a pretender tales tierras. Véase John Coatsworth, “Railroads, Agrarian Protest and the Concentration of Landholding in the Early Porfiriato”, *The Hispanic American Historical Review*, vol. LIV, núm. 1, Carolina del Norte, Duke University Press, febrero 1974, pp. 48-71.

les, comenzando así complejos procesos de politización. No fueron pocas las comunidades que radicalizaron sus posturas políticas con el tiempo, terminando algunas por sumarse a la lucha armada contra Díaz a finales de 1910.<sup>27</sup>

La crisis social afectó también a los sectores urbanos: los conflictos obreros en Cananea y Río Blanco fueron los principales pero no los únicos.<sup>28</sup> Dado que ambos antecedieron a la crisis económica de 1907 y 1908, sus causas deben buscarse en otros factores, como en las restricciones a los derechos políticos de los trabajadores y en los reclamos nacionalistas ante el número y las ventajas concedidas a los trabajadores chinos y estadounidenses, respectivamente.<sup>29</sup> Además, no fueron pocos los trabajadores que se politizaron al sufrir severas condiciones laborales, o al comparar la situación socioeconómica y jurídica que se disfrutaba en Estados Unidos, país al que muchos migraban temporalmente. Por último, las alianzas entre los obreros y las clases medias urbanas fueron especialmente graves para el régimen porfiriano. Las represiones antiobreras de 1906 y 1907 fueron prueba fehaciente de que Díaz había perdido su habilidad como negociador político y su capacidad para encontrar soluciones positivas para la mayoría.

### CRÍTICOS, OPOSICIONISTAS Y PRECURSORES

Previsiblemente, los diferentes problemas enfrentados al final por el gobierno porfirista generaron críticas y movimientos opositores entre diversas clases sociales y grupos políticos; es más, las posturas radicalizadas de algunos de ellos merecieron que se les considerara como “precursores de la Revolución Mexicana”.

<sup>27</sup> Para el caso de Morelos, véase la obra de Womack citada en la nota 4. Para el de Chihuahua, véase Friedrich Katz, “Las rebeliones rurales a partir de 1810”, en *Revolución, rebelión y revolución*, 2 vols., México, Era, 1990, t. 1, pp. 177-213.

<sup>28</sup> La bibliografía sobre las represiones obreras a finales del Porfiriato es muy abundante; entre otros trabajos, véase el de Rodney D. Anderson, *Outcasts in their Own Land. Mexican Industrial Workers, 1906-1911*, De Kalb, Northern Illinois University Press, 1976.

<sup>29</sup> Para un análisis del resentimiento de los trabajadores mexicanos contra los inmigrantes chinos, véase Juan Puig, *Entre el río Perla y el Nazas*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992.

Los primeros en manifestarse fueron ciertos sectores católicos, influidos por las renovadoras ideas en materia social prevalecientes en el Vaticano desde 1891, cuando León XIII proclamó la encíclica *Rerum Novarum*, que pretendía ofrecer una solución cristiana a los conflictos sociales.<sup>30</sup> A pesar del acercamiento habido entre el gobierno y la Iglesia católica, lo cierto es que la jerarquía, el bajo clero y los seglares censuraban moderadamente a Díaz por conservar los principios liberales y anticlericales de la Constitución de 1857, por el alto número de masones existente entre sus colaboradores, por el apoyo otorgado a los protestantes, especialmente en el norte del país,<sup>31</sup> y por la decisión gubernamental de que la filosofía positivista, abiertamente anticatólica, dominara parte de la educación pública nacional.<sup>32</sup>

A esta serie de reclamos se sumó la crítica sociopolítica. En efecto, la encíclica *Rerum Novarum*, pensada para el mundo industrial europeo, fue adaptada por los católicos mexicanos para su entorno, abrumadoramente rural. Aunque defendía la propiedad privada de la tierra como un derecho natural, comenzó a criticarse la injusticia que dominaba la estructura de la propiedad agraria y las inhumanas condiciones laborales imperantes en la mayoría de las haciendas mexicanas. De los reclamos contra la situación agraria, los católicos pasaron a censurar cierto militarismo regional, el caciquismo y la falta de una auténtica democracia. Si bien no se criticó personalmente a Porfirio Díaz, del que siempre reconocían grandes méritos históricos, lo cierto es que las constantes críticas dirigidas a su gobierno en periódicos tan importantes como *El País*, de Trinidad Sánchez Santos, y *El Tiempo*, de Victoriano Agüeros, tuvieron que erosionar su prestigio y el consenso alcanzado.<sup>33</sup> El impacto sociopolítico de tales cuestionamientos, aun habiendo sido moderado, no puede ser minimizado.

<sup>30</sup> Manuel Ceballos, *El catolicismo social. Un tercero en discordia, Rerum Novarum, la "cuestión social" y la movilización de los católicos mexicanos, 1891-1911*, México, El Colegio de México, 1990.

<sup>31</sup> Jean Pierre Bastian, *Los disidentes. Sociedades protestantes y la Revolución en México, 1872-1911*, México, El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

<sup>32</sup> Además de la obra de Charles Hale referida en la nota 6, véase Leopoldo Zea, *El positivismo en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968. Véase también Milada Bazant, *Historia de la educación durante el Porfiriato*, México, El Colegio de México, 1993.

<sup>33</sup> Dos buenas antologías de los escritos del primero, en Trinidad Sánchez Santos, *Obras selectas*, 2 vols., México, Jus, 1962, Octavio Márquez (pról. y notas), y en *Trinidad Sánchez Santos*, México, Jus, 1945, Luis Islas García (pról. y notas).

Motivaciones de signo contrario dieron lugar al surgimiento de otro importante grupo antiporfirista a principios de siglo, encabezado por descendientes de los liberales de mediados de siglo —como Camilo Arriaga, sobrino de Ponciano— y con participación de diversos sectores de la clase media urbana, como profesionistas, periodistas, maestros y estudiantes. Su reclamo estaba dirigido al distanciamiento entre el gobierno y los principios liberales originales. Su propuesta era reorganizar esa corriente de opinión y grupo de presión que se llamó “Partido Liberal”, con el objeto de presionar a Díaz para que aplicara los principios liberales mayores: anticlericalismo, libertad de expresión, democracia electoral, separación de poderes, adecuada administración de justicia y autonomía municipal.

Para iniciar las labores reorganizativas se convocó a los defensores de las ideas liberales a un congreso en San Luis Potosí, en pleno centro del país.<sup>34</sup> Entre los asistentes se encontraban los hermanos Jesús y Ricardo Flores Magón, hijos de un oaxaqueño juarista pero vecinados en la ciudad de México, donde cursaron estudios jurídicos y donde publicaban, desde 1900, un periódico opositor titulado *Regeneración*. Dichas labores reorganizativas trajeron como resultado la radicalización de aquellos liberales: *Regeneración* agregó a su nombre el calificativo de “periódico de combate”, lo que acaso motivó su primera clausura; Antonio Díaz Soto y Gama, joven abogado potosino, fue encarcelado por un discurso en el que, en forma inusitada, dirigió críticas directas contra Díaz. Hacia 1903 extendieron sus críticas a los ‘científicos’ y a Bernardo Reyes; además, comenzaron a cuestionar la conveniencia de la inversión extranjera y a ocuparse del mayor problema social del país: la situación de los obreros y campesinos. Como respuesta, el gobierno incrementó la represión, lo que forzó a muchos de aquellos liberales a optar por el exilio, estableciéndose en Estados Unidos.<sup>35</sup>

La experiencia estadounidense de los liberales fue dramática y decisiva. Sobrevinieron las predecibles deserciones, escisiones y radicalizaciones. A través del mismo periódico, *Regeneración*, durante un tiempo siguieron proponiendo métodos pacíficos de lucha y se mantuvieron afi-

<sup>34</sup> James D. Cockcroft, *Precursores intelectuales de la Revolución mexicana, 1900-1913*, México, Siglo XXI Editores, 1971.

<sup>35</sup> Además de la obra de Cockcroft, véase Juan Gómez-Quióné, *Las ideas políticas de Ricardo Flores Magón*, México, Era, 1977; W. Dirk Raat, *Los revoltosos. Rebeldes mexicanos en los Estados Unidos, 1903-1923*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

nes a la ideología liberal; así lo demuestra su “Programa para la Organización del Partido Liberal”, redactado en 1906. A partir de entonces asumió el liderazgo Ricardo Flores Magón, quien por entonces iniciaba su evolución hacia la ideología anarquista.<sup>36</sup> Las explicaciones de dicho tránsito son varias: sus aliados y protectores eran políticos y sindicalistas miembros de las organizaciones socialistas y anarquistas norteamericanas.<sup>37</sup> Además, al residir en un entorno más industrializado que el mexicano, Flores Magón y sus allegados tendieron a otorgar la función de vanguardia al movimiento obrero y a los intelectuales clasemedieros ligados a él, diagnóstico inadecuado para México, lo que los llevó a cometer errores de estrategia política. Para colmo, las influencias que pudieron tener en el movimiento obrero mexicano fueron extirpadas luego de las represiones en Cananea y Río Blanco.<sup>38</sup>

Su mayor error estratégico, producto de la radicalización y el alejamiento, consistió en convocar a las armas en 1908, decisión que provocó nuevas escisiones. Además de que el gobierno había aumentado sus precauciones, llegando incluso a infiltrar al grupo magonista, éste no hizo los preparativos adecuados dentro del territorio nacional; sobre todo, la convocatoria a la lucha armada estaba fuera de tono, pues después de la entrevista concedida por Díaz al periodista James Creelman<sup>39</sup> el país había entrado en un auténtico optimismo democrático, en espera de las elecciones de 1910, las que se prometía que serían libres y sin la participación reeleccionista de don Porfirio.

La represión contra los obreros y su llamado a las armas les hizo perder, respectivamente, considerables bases proletarias y la simpatía de las

<sup>36</sup> Eduardo Blanquel, *El pensamiento político de Ricardo Flores Magón, precursor de la Revolución mexicana*, tesis de maestría en historia, Universidad Nacional Autónoma de México, 1963; del mismo autor, “El anarcomagonismo”, en *Historia Mexicana*, vol. XIII, núm. 3, enero-marzo de 1964, pp. 394-427.

<sup>37</sup> Además de las obras citadas en la nota 35, véase Ethel Duffy Turner, *Ricardo Flores Magón y el Partido Liberal Mexicano*, Morelia, Erandi, 1960.

<sup>38</sup> Entre los líderes encarcelados en Cananea estaban Manuel Diéguez, Esteban Baca Calderón, Lázaro Gutiérrez de Lara y José María Ibarra. Véase Manuel González Ramírez, *Fuentes para la historia de la Revolución mexicana*, t. III, *La huelga de Cananea*, Fondo de Cultura Económica, 1956.

<sup>39</sup> La edición más completa de este documento fue publicada por la Universidad Nacional Autónoma de México en 1963, con el título de *Entrevista Díaz-Creelman*, José Ma. Luján (pról.) Mario Julio del Campo (trad.).

clases medias. A pesar de que desde 1908 decayó la influencia en el país del grupo magonista, es incuestionable su importancia histórica: negaron al gobierno de Díaz como continuidad del Estado liberal, lo que disminuyó notablemente su prestigio; fueron esos arriaguistas y magonistas liberales los que dirigieron las críticas concretas más constantes y certeras al régimen porfirista; gracias a *Regeneración* se concientizaron y politizaron muchos mexicanos; en sus 'cuadros' adquirieron experiencia varios líderes que luego destacarían en la Revolución mexicana —como Antonio I. Villarreal— y su estancia en Estados Unidos sirvió para minar el prestigio internacional de don Porfirio: recuérdese que el socialista John Kenneth Turner era uno de sus amigos y que contó con un guía magonista para realizar los reportajes que luego conformarían el impactante e influyente libro *México bárbaro*.<sup>40</sup>

Las preferencias de Díaz por los 'científicos' provocaron que los reyes, antes leales porfiristas, se convirtieran en uno de los grupos opositores más importantes. La carrera político-militar de Bernardo Reyes había sido intensa: hasta 1885 realizó labores de pacificación en varias regiones del país; durante los siguientes años fue exitoso procónsul porfirista en el noreste, principalmente en los estados de Nuevo León y Coahuila; de 1900 a 1903 tuvo un conflictivo paso por el gabinete de Díaz como secretario de Guerra y Marina, puesto que lo proyectó al nivel nacional.<sup>41</sup> Este ascenso motivó los celos del grupo 'científico', por lo que el secretario de Hacienda, José Yves Limantour, disminuyó el presupuesto militar y convenció a don Porfirio de las ambiciones de Reyes y de que éste sería un pésimo sucesor. Las obvias preferencias de Díaz ante el conflicto entre los 'científicos' y Reyes hicieron que éste renunciara al gabinete y regresara a su gubernatura de Nuevo León.<sup>42</sup> Sin embargo, ya no sería el gobernador favorito de Díaz; todo lo contrario: ahora Reyes encontraría obstáculos, contratiempos y críticas orquestadas desde la capital del país.

<sup>40</sup> La mejor edición, por el apéndice documental y las reseñas transcritas, fue hecha por la célebre revista *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, vol. VII, núm. 2, México, abril-junio 1955.

<sup>41</sup> Véanse las obras de Niemeyer y Arellano citadas en la nota 16.

<sup>42</sup> El conflicto entre los 'científicos' y Bernardo Reyes fue exacerbado por el hijo de éste, Rodolfo, quien promovió la publicación de un periódico muy crítico contra aquéllos.

Consciente de haber perdido su anterior respaldo y con un proyecto distinto al de los 'científicos', Bernardo Reyes buscó sus propios soportes a partir del diseño de un nuevo programa de gobierno: con dos leyes avanzadas en materia laboral pudo establecer buenas relaciones con el movimiento obrero; asimismo, con su moderado nacionalismo económico fomentó el desarrollo de la burguesía y de las clases medias autóctonas. Sobre todo, la buena fama de Reyes creció al mismo tiempo que los 'científicos' se desprestigiaban por la crisis económica de 1907 y 1908. De hecho, las promesas democratizantes hechas por Díaz en su entrevista con Creelman sirvieron para que sus numerosos partidarios empezaran a organizarse y movilizarse, con el objetivo de presionar a Díaz para que recapacitara y escogiera a Reyes como su Vicepresidente en las elecciones de 1910: rápidamente surgieron agrupaciones, clubes, periódicos y libros, todo en contra de los 'científicos' y a favor de Reyes.

Fue tal la capacidad y fuerza mostradas por los reyistas, que Díaz, preocupado, lo envió comisionado a Europa en septiembre de 1909. La mayor parte de sus seguidores, al quedar acéfalo el movimiento, cambió su afiliación a favor de un movimiento que apenas nacía, contrario a la reelección y encabezado por un hacendado y empresario coahuilense, Francisco I. Madero.<sup>43</sup> Así, el valor de los reyistas radica en que su escisión debilitó al régimen, en que se dedicaron a desprestigiar a los 'científicos', en que fortalecieron el movimiento antirreeleccionista al traspasarle numerosos 'cuadros' con prestigio y experiencia burocrática, política y hasta militar, lo que además implicaba un apoyo multclasista, con clases altas, medias y bajas de las ciudades, especialmente de sus sectores juveniles:<sup>44</sup> algunos de los reyistas importantes que devinieron antirreeleccionistas fueron Venustiano Carranza, Francisco Vázquez Gómez, Luis Cabrera y José María Maytorena, entre muchos otros.<sup>45</sup> Entre todos los movimientos que antecedieron a la Revolución mexicana, el reyista fue uno de los que más elementos le aportó.

<sup>43</sup> Esto dio lugar a que posteriormente Madero fuera acusado por Reyes de haberle usurpado su movimiento opositorista.

<sup>44</sup> A la fecha, Carlos Martínez Assad prepara una extensa monografía sobre Bernardo Reyes y el movimiento reyista.

<sup>45</sup> Para los datos biográficos de éstos y de cualesquiera otros participantes en la Revolución, véase el riquísimo *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución Mexicana*, 8 vols., México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1990-1994.

## DE LA OPOSICIÓN A LA LUCHA ARMADA

Algunos de los reclamos tardíos al gobierno porfirista se expresaron en oposiciones electorales. Al principio éstas se dieron en determinados estados, como Coahuila, Sinaloa, Morelos y Yucatán.<sup>46</sup> Posteriormente, después de la entrevista concedida al periodista Creelman, surgieron organizaciones opositoras de alcance nacional, como los movimientos reyista y antirreeleccionista. La importancia de ambas fue mayúscula: sirvieron de experiencia política para muchos actores y se formaron entonces numerosos ‘cuadros’ de gran influencia en los años siguientes. El líder del antirreeleccionismo era Madero, miembro de una destacada familia del noreste del país con inmensos y variados intereses económicos.<sup>47</sup> Dado que se beneficiaban de la política económica porfiriana, los Madero tenían una buena relación con el grupo de los ‘científicos’. En cambio, sus relaciones con Bernardo Reyes, el hombre fuerte en Nuevo León y Coahuila, eran peor que ásperas. Aprovechando la pérdida de influencia de Reyes, desde 1904 el joven Madero inició actividades electorales para oponerse a las autoridades reyistas en su pueblo —San Pedro de las Colonias— y en su estado, mismas que tuvieron la simpatía y el apoyo restringido de los ‘científicos’.<sup>48</sup>

A consecuencia de sus fallidas experiencias electorales locales y de la crisis económica de 1907 y 1908, Madero radicalizó su opositorismo: se distanció de los ‘científicos’ y llegó a la conclusión de que debía crear un partido político de alcance nacional que se opusiera a la reelección de Díaz en 1910. Al efecto escribió un libro, *La sucesión presidencial en 1910*,<sup>49</sup> y posteriormente se abocó, durante la segunda mitad de 1909 y los primeros

<sup>46</sup> Para las oposiciones electorales en Morelos, Coahuila, Yucatán y Sinaloa, véase Josefina Mac Gregor, “La política regional y la crisis del Porfiriato”, en *Relaciones*, núm. 21, El Colegio de Michoacán, 1985, pp. 99-114.

<sup>47</sup> Mario Cerutti, *Burguesía, capitales e industria en el norte de México*, México, Alianza Editorial, 1992, pp. 217-251. Del mismo autor, “Los Madero en la economía de Monterrey (1890-1910)”, en *Burguesía y capitalismo en Monterrey*, México, Claves Latinoamericanas, 1983, pp. 57-106. Véase también José Vasconcelos, *Don Evaristo Madero. Biografía de un patricio*, México, Impresiones Modernas, 1958.

<sup>48</sup> La mejor biografía de Madero sigue siendo la de Stanley Ross, *Francisco I. Madero. Apóstol de la democracia*, México, Biografías Ganesa, 1959. Está también la de Charles Cumberland, *Madero y la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI Editores, 1977.

<sup>49</sup> La mejor fuente documental para sus actividades políticas es su *Epistolario*, 2 vols., México, Secretaría de Hacienda, 1963-1966.

meses de 1910, a la creación del Partido Nacional Antirreeleccionista. Este objetivo lo llevó a realizar tres giras para promover la creación de clubes antirreeleccionistas, los que a su tiempo tendrían convenciones estatales en las que deberían nombrarse delegados para la convención nacional a celebrarse en abril de 1910, en la que se constituiría el Partido Nacional Antirreeleccionista y se designarían sus candidatos para las elecciones presidenciales.

Las giras llevaron a Madero por diversas regiones del país. En la primera se dirigió al este, hacia Veracruz, de donde se embarcó a la península de Yucatán. Dicha gira destacó por la visita a puntos conflictivos: Orizaba había sido teatro de la represión obrera a principios de 1907; en Yucatán había habido una campaña militar contra los indios mayas y las condiciones laborales en las fincas henequeneras eran las peores del país; para colmo, este estado acababa de enfrentar una conflictiva contienda electoral local. La segunda gira tuvo lugar a finales de 1909 y los destinos fueron los estados del occidente y noreste del país: Jalisco, Colima, Sinaloa, Sonora y Chihuahua.<sup>50</sup> La característica principal de esta etapa fue la cooptación que Madero hizo de numerosos reyistas, quienes se habían quedado acéfalos con la salida de su caudillo rumbo a Europa.

El notable crecimiento experimentado por el antirreeleccionismo a partir de los elementos reyistas y de algunos magonistas que prefirieron luchar electoralmente que con las armas en la mano, hasta convertirse en el mayor movimiento opositorista, orilló a Díaz a dirigir contra él sus medidas represivas. La tercera gira, de marzo de 1910, por estados del centro del país como Guanajuato, San Luis Potosí, Aguascalientes, Zacatecas y Durango, se dio ya en un clima de abierta hostilidad. La represión gubernamental trajo algunas deserciones, pero sobre todo provocó la radicalización generalizada del movimiento antirreeleccionista, que se convirtió en partido político y designó como sus candidatos a Madero y al exreyista Francisco Vázquez Gómez para la presidencia y la vicepresidencia, respectivamente, fórmula que sellaba la alianza entre ambos movimientos.<sup>51</sup>

<sup>50</sup> La fuente clásica para esa etapa del antirreeleccionismo fue escrita por un compañero de campaña del propio Madero; véase Roque Estrada, *La Revolución y Francisco I. Madero*, Guadalajara, Talleres de Imprenta Americana, 1912. Véanse también las obras de Ross y Cumberland citadas en la nota 48.

<sup>51</sup> Francisco Vázquez Gómez, *Memorias políticas (1909-1913)*, México, Imprenta Mundial, 1933 (la Universidad Iberoamericana hizo una nueva edición en 1982).

Hasta ese momento Madero había demostrado una asombrosa capacidad política, pues en poco tiempo había transitado de la oposición local a la nacional; además, había expandido enormemente su popularidad y había terminado por desplazar a otros movimientos opositoristas más legitimados y experimentados, integrando a su grupo a gran parte de las bases de dichos movimientos. Ya como candidato presidencial inició otra gira, pero pronto fue aprehendido —acusado de incitar a la rebelión— y confinado en una prisión de San Luis Potosí. Durante su encarcelamiento tuvieron lugar las elecciones, resultando electos Díaz y Ramón Corral. Los antirreeleccionistas clamaron, sin ser atendidos por las autoridades, en contra del fraude, y poco después Madero se escapó a Estados Unidos, refugiándose en San Antonio, Texas.

Madero y un pequeño grupo de íntimos redactaron allí un plan en el que se convocaba a la lucha armada, el que fecharon todavía en San Luis Potosí. ¿Cómo se explica que apelara a las armas un pacifista convencido de los males que éstas acarrearán a los países y de que el único procedimiento adecuado era la lucha pacífica y democrática? ¿Con quiénes imaginó Madero que se haría esa lucha armada? ¿Percibió las secuelas que necesariamente traería la violencia? Es incuestionable que Madero sabía que sus bases eran mayoritariamente de clase media urbana, pues en las giras sólo había entrado en contacto con gente de este perfil social. Como era previsible, el llamado a las armas apenas fue secundado por sus grupos de antirreeleccionistas electoreros, ya que no reunían las condiciones imprescindibles para una aventura armada; además, ser conocidos como maderistas y habitar en poblaciones urbanas los hacía doblemente vulnerables: la muerte de los hermanos Serdán, en Puebla,<sup>52</sup> fue un sacrificio paradigmático del destino que esperaba a los antirreeleccionistas ciudadanos que tomaran las armas.

El impacto del fracaso de Serdán fue grave, al grado de poder afirmarse que el llamado a las armas ya no tuvo mayor eco entre los antirreeleccionistas originales. Sin embargo, encontró una buena acogida en la región montañosa occidental de Chihuahua, extendiéndose luego la violencia a otras zonas del estado e incluso a las entidades vecinas: Sonora, Durango

<sup>52</sup> *Documentos del Archivo Personal de Aquiles Serdán*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Instituto Poblano de Antropología e Historia, 1960. Atenedoro Gámez, *Monografía histórica sobre la génesis de la Revolución en el estado de Puebla*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1960.

y Coahuila. Si durante los primeros dos meses de lucha los grupos alzados eran pequeños, estaban mal armados y desorganizados y practicaban las tácticas guerrilleras clásicas, en febrero de 1911 Madero finalmente penetró al país para asumir el liderazgo de la lucha, mejorando con ello la organización del movimiento; además, crecieron las dimensiones de los grupos alzados, lo que les permitió atacar poblaciones mayores y enfrentar combates formales; sobre todo, surgieron movimientos amenazadores en otras partes del país, destacando los de Morelos y Guerrero.<sup>53</sup>

Para marzo y abril había grupos operando en numerosos puntos del país, lo que, aunado a la destrucción de las líneas férreas y telegráficas, dificultó su represión. Además, la desconfianza hacia Reyes había dado lugar a que el Ejército Federal fuera castigado presupuestalmente y a que los numerosos oficiales prorreyistas fueran trasladados a regiones aisladas o retirados del mando directo de tropas, lo que restó efectividad al ejército porfirista, enmohecido, además, por tantos años de paz.<sup>54</sup> Si a esta situación se agrega la abierta simpatía de las autoridades norteamericanas por el movimiento maderista, podrán comprenderse las concesiones políticas que comenzó a hacer Díaz —cambió casi todo su gabinete, prohibió la reelección y ofreció una revisión de la estructura de la propiedad agraria—; sobre todo, podrá comprenderse el inicio de negociaciones con representantes de los alzados, con el objeto de restablecer la paz a cambio del cumplimiento de determinadas demandas políticas.

La caída de la población fronteriza de Ciudad Juárez durante la segunda semana de mayo fortaleció la capacidad negociadora de los rebeldes.<sup>55</sup> Al saberse que estaba negociándose la renuncia de Díaz, muchos decidieron incorporarse a los alzados, aunque fuera tardíamente; a su vez, la noticia paralizó al Ejército Federal y a muchas autoridades locales, lo que explica el alto número de tomas incruentas de poblaciones a finales de mayo, como Mazatlán, Cananea, Torreón y Durango, proceso que se agudizó luego de

<sup>53</sup> Un detallado estudio de la lucha armada maderista es el de Santiago Portilla, *Una sociedad en armas*, México, El Colegio de México, 1995.

<sup>54</sup> Miguel Sánchez Lamego, *Historia militar de la Revolución mexicana en la época maderista*, 3 vols., México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1977.

<sup>55</sup> Toribio Esquivel Obregón, *Democracia y personalismo*, México, A. Carranza e Hijos, 1911 (existe una reedición hecha por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes en 1977, con un prólogo de quien esto escribe).

firmarse los Tratados de Ciudad Juárez, a finales de mayo de 1911, por los que se aceptó la renuncia de Díaz y, con ello, el triunfo de la lucha.

El proceso militar del movimiento implicó necesariamente la transformación de su naturaleza. Dado que cambió de oposición electoral a rebelión, los actores y los escenarios tuvieron que ser otros: el movimiento urbano devino lucha rural y el movimiento clasemediero devino lucha popular. Surgieron nuevos líderes, más aptos para una lucha armada rural, los que no necesariamente habían participado en el antirreeleccionismo electoral, o no lo habían hecho de manera significativa. Fue entonces cuando aparecieron, protagónicamente, gente como Pascual Orozco, Pancho Villa y Emiliano Zapata.<sup>56</sup>

En términos sociales concretos, la lucha armada implicó la incorporación de rancheros norteños, de miembros de las excolonias militares, de “medieros” y aparceros, proletarios agrícolas, vaqueros, ferrocarrileros, mineros —responsables seguramente de los ataques dinamiteros contra las vías férreas—, obreros, artesanos, profesores rurales, rancheros sureños —como los hermanos Figueroa en Guerrero— y numerosos habitantes de las comunidades campesinas del país, como los hermanos Zapata y Genovevo de la O.<sup>57</sup> La participación de estos grupos sociales, distintos a las bases originales del antirreeleccionismo y muy poco afines a Madero, explican la premura con la que éste acordó finiquitar la lucha y desmovilizar y desarmar a los alzados. A pesar de lo deseado por las autoridades gubernamentales y por Madero y los otros líderes antirreeleccionistas, los grupos populares se habían involucrado indefectiblemente en el proceso político mexicano; de hecho, ellos fueron los que lo habían convertido en un proceso revolucionario.

<sup>56</sup> Recuérdese que el mejor diccionario biográfico de revolucionarios es el citado en la nota 45.

<sup>57</sup> Para la participación de los excolonos militares, véase Friedrich Katz, *Pancho Villa*, 2 vols., Era, 1998. Para la participación de los rancheros norteños, véase Alan Knight, *La Revolución mexicana. Del Porfiriato al nuevo régimen constitucional*, 2 vols., México, Grijalbo, 1996. Para el proletariado agrícola, William Meyers, *Forja del progreso, crisol de la revuelta. Los orígenes de la Revolución mexicana en la Comarca Lagunera, 1880-1911*, Saltillo, Gobierno del Estado de Coahuila, 1997. Sobre la participación de los mineros, véase el ensayo de François-Xavier Guerra, “Territorio minado (más allá de Zapata en la Revolución mexicana)”, *Nexos*, núm. 65, mayo 1983, pp. 31-47. Respecto a la participación de los rancheros del estado de Guerrero, véase Ian Jacobs, *La Revolución mexicana en Guerrero. Una revuelta de los rancheros*, México, Era, 1990. Respecto a las comunidades campesinas del centro de México, consúltese la obra de Womack citada en la nota 4.

## EL FRACASO DEL LIBERALISMO MADERISTA

En los Tratados de Ciudad Juárez se pactó que Díaz sería sustituido, de acuerdo con el mandato de ley, por su secretario de Relaciones Exteriores: Francisco León de la Barra. Éste tendría como principales responsabilidades llevar a cabo el desarme y la desmovilización de las fuerzas rebeldes y organizar las nuevas elecciones. Lo primero resultó un proceso muy complicado: si bien muchos de los alzados aceptaron volver a su vida previa, otros fueron organizados en nuevos “cuerpos rurales”;<sup>58</sup> sobre todo, los principales grupos alzados se mostraron inconformes con los Tratados de Ciudad Juárez y sus secuelas: Pascual Orozco y sus seguidores fueron relegados una vez obtenido el triunfo militar, por lo que consideraron insuficientes los beneficios logrados; a su vez, Emiliano Zapata y los alzados en Morelos se negaron a organizarse como “rurales” o a entregar sus armas antes de que se les devolvieran las tierras consideradas como usurpadas por los hacendados, actitud que los enfrentó fatalmente al gobierno interino de León de la Barra y a Madero en su función de mediador.

Respecto a las nuevas elecciones, Madero decidió transformar el Partido Nacional Antirreeleccionista en uno llamado Partido Constitucional Progresista; decidió también que para esta segunda elección su compañero de fórmula ya no fuera Vázquez Gómez sino José María Pino Suárez, abogado y periodista nacido en Tabasco pero radicado en Yucatán, donde colaboró destacadamente con el movimiento antirreeleccionista.<sup>59</sup> Resulta cuestionable la conveniencia de ambas decisiones: en ausencia de un proyecto positivo de gobierno que pudiera obtener un alto grado de consenso, el principio antirreeleccionista, así fuera de carácter negativo, había mostrado ya sus cualidades unificadoras; además, al margen de la capacidad y el prestigio de Vázquez Gómez, el rompimiento seguido implicaba, sobre todo, finiquitar la alianza con los exreyistas, grupo experimentado cuyo alejamiento resintió Madero durante su administración. Con todo, el retiro de Reyes, la incapacidad legal de León de la Barra y la debilidad de cualquier otro candidato explican el triunfo arrollador de Madero en las elecciones de octubre de 1911.

<sup>58</sup> Se calcula en 60 mil el número de rebeldes, de los que sólo 16 mil fueron organizados en nuevos ‘cuerpos rurales’.

<sup>59</sup> Diego Arenas Guzmán, *José María Pino Suárez*, México, Secretaría de Educación Pública (Cuadernos de Lectura Popular, 219), 1969.

La presidencia de Madero, iniciada a finales de 1911 y concluida violentamente en febrero de 1913, se distinguió por las transformaciones políticas a que dio lugar. Efectivamente, con el nuevo Presidente y Vicepresidente llegaron al gabinete jóvenes pertenecientes a un sector social inferior al de los ministros porfirianos, lo que explica que tuvieran distinta ideología. La libertad electoral traída por Madero y la derrota del grupo porfirista permitieron la llegada de gobernadores muy diferentes a los anteriores, y lo mismo podría decirse de los diputados y senadores. De otra parte, estos gobernadores designaron nuevos ‘jefes políticos’, aunque en la mayoría de los casos se procedió a elegir libremente a las autoridades locales: Presidente municipal y Ayuntamiento. Si a esto se agregan los nuevos ‘cuerpos rurales’, conformados por exrebeldes antiporfiristas, tendrá que aceptarse que la salida de Díaz trajo, a la vuelta de pocos meses, la transformación de toda la pirámide de poder, a pesar de la supervivencia de varios políticos, unos reciclados y otros ahora en funciones opositoras.

Además de la nueva pirámide de poder, la presidencia de Madero trajo prácticas políticas más democráticas. Hubo elecciones libres y libertad de expresión; el Poder Ejecutivo dejó de dominar al Legislativo<sup>60</sup> y al Judicial, y el poder central dejó de imponerse a las autoridades estatales y locales. Con todo, dicha libertad electoral y la experiencia y la organización previa de los políticos del antiguo régimen permitieron que éstos contendieran con los políticos de nuevo cuño, inexpertos, desorganizados y desunidos, carentes de un programa coherente y positivo que los cohesionara, y, por ende, vulnerables. El resultado fue el enorme número de conflictos políticos que caracterizaron la inestable presidencia de Madero.

Junto a estos cambios en la esfera política, Madero y las nuevas autoridades tenían proyectos novedosos para las principales áreas socioeconómicas, principalmente en las materias agraria y obrera. Madero, hacendado algodónero y miembro de una familia empresarial, era partidario de la pro-

<sup>60</sup> La célebre legislatura maderista, plural e independiente, ha sido analizada por Josefina Mac Gregor, *La XXVI Legislatura. Un episodio en la historia legislativa de México*, México, Instituto de Investigaciones Legislativas-Cámara de Diputados LII Legislatura, 1983. Véase también a Pablo Piccato, *Congreso y Revolución*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1991. Un testimonio de la época es el de Félix F. Palavicini, *Los diputados*, México, Tipografía El Faro, 1913 (en 1976 fue reeditado por el Fondo para la Historia de las Ideas Revolucionarias en México).

piedad privada de la tierra. Capitalista simpatizante del liberalismo, no confiaba en la propiedad comunal agraria, y sostenía que lo óptimo sería construir un sistema dominado por pequeños y medianos propietarios, junto con hacendados eficientes y modernos. Para Madero, el problema de la distribución de la tierra era importante pero no grave, por lo que las soluciones no debían festinarse sino estudiarse y resolverse a mediano plazo. Más que en la restitución de las tierras usurpadas, confiaba en la venta de terrenos nacionales y en la disolución de haciendas ineficientes mediante métodos indirectos, tales como compraventas y aumentos de impuestos.<sup>61</sup>

En cuanto al tema laboral, Madero fue respetuoso de los derechos organizativos de los obreros, pretendió que éstos mejoraran sus condiciones socioeconómicas sin afectar gravemente las finanzas de los industriales y logró que el gobierno comenzara a actuar como árbitro neutral en los conflictos entre los empresarios y sus trabajadores, para lo que creó el Departamento del Trabajo. El resultado fue que gracias a su tolerancia y a la pérdida de poder e influencia de muchos industriales, aumentó el número de las organizaciones obreras y hubo muchos movimientos huelguísticos durante 1912.<sup>62</sup> Lo mismo sucedió en el escenario rural: con el considerable aumento del capital político de las masas campesinas, obtenido por su participación en la lucha armada contra Díaz y por la pérdida de influencia de los hacendados, durante 1912 cambió la balanza de fuerzas en el campo: hubo numerosas ocupaciones de tierras reclamadas como usurpadas y muchas solicitudes de aumento de jornales.

Paradójicamente, esas políticas reformistas dejaron insatisfechos a casi todos los grupos y clases sociales del país. Los hacendados y los empresarios las veían como un precedente peligroso; los obreros y campesinos que antes habían apoyado a Madero, los primeros durante el periodo electoral y los segundos en la fase armada, las consideraban insuficientes. Esa insatisfacción generalizada se tradujo en movimientos de oposición a Madero, e incluso en rebeliones armadas. Las principales oposiciones violentas que padeció el gobierno maderista fueron cuatro: dos fueron sostenidas por beneficiarios del régimen porfirista, Bernardo Reyes y Félix

<sup>61</sup> Para la política agraria de Madero, véase Jesús Silva Herzog, *El agrarismo mexicano y la reforma agraria*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959.

<sup>62</sup> Barry Carr, *El movimiento obrero y la política en México, 1910-1929*, 2 vols., México, Secretaría de Educación Pública (Sepsetentas), 1976. Ramón Eduardo Ruiz, *La Revolución mexicana y el movimiento obrero, 1911-1923*, México, Era, 1976, pp. 43-60.

Díaz, y dos por alzados antiporfiristas desilusionados, Emiliano Zapata y Pascual Orozco.

Con todo, las rebeliones de Reyes y Félix Díaz no fueron reacción directa a las moderadas reformas maderistas. De hecho, Reyes comenzó a preparar su lucha antes de que Madero asumiera la presidencia y delimitara su proyecto gubernamental. La causa fue que Reyes creía firmemente que, en ausencia de Díaz, sólo a él le correspondía gobernar el país; no reconocía méritos ni capacidades a ningún otro, y menos a Madero, a quien acusaba de haberle usurpado su movimiento opositorista. Al regresar de su comisión en Europa, a mediados de 1911, Reyes primero intentó vencer electoralmente a Madero; al prever su derrota pasó a Estados Unidos a preparar su rebelión, la que pronto inició en el noreste del país.

Los errores de Reyes fueron varios y definitivos: su popularidad se había desmoronado por haber aceptado a finales de 1909 una comisión en Europa en lugar de encabezar a sus seguidores; para colmo, la mayoría de éstos se había hecho maderista. En términos militares, iniciar la lucha en la frontera noreste lo obligaba a una larga campaña, pues la ciudad de México quedaba a una enorme distancia; además, desde su enfrentamiento contra Díaz y los 'científicos', éstos se habían ocupado de romper el control que tenía del Ejército Federal; para colmo, Reyes tampoco contaba con bases campesinas, imprescindibles para triunfar en un país rural, pues sus apoyos eran básicamente urbanos, ya fueran clasemedios o populares; por último, iniciar la lucha en la frontera sin contar con el apoyo estadounidense resultó suicida. El problema radicaba en que, dados los acontecimientos de los últimos dos años, el proyecto de Reyes resultaba anárquico e inoportuno. Su llamado, el Plan de la Soledad, apenas atrajo al círculo íntimo de sus colaboradores, gente inapropiada para una lucha armada. Por ello tuvo que entregarse a finales de diciembre de 1911, unas semanas después de iniciada su aventura. En prisión, pudiendo haber sido fusilado, Reyes siguió conspirando contra Madero.<sup>63</sup>

Félix Díaz se alzó en armas en Veracruz varios meses después, en octubre de 1912, clamando contra la incapacidad de Madero para imponer orden en el país. Efectivamente, en esas fechas se padecían las rebeliones zapatista y orozquista, además de varias otras luchas menores, y el control

<sup>63</sup> Véanse las obras de Niemeyer y Arellano citadas en la nota 16.

porfirista sobre obreros y campesinos había desaparecido. Sin embargo, Félix Díaz no tenía la capacidad ni la legitimidad para resolver el problema de la reorganización nacional a que obligaba la movilización sociopolítica habida desde las postrimerías del Porfiriato. Su llamado a luchar contra Madero tampoco tuvo mayor respuesta. En el Ejército Federal, al que apelaba como sostén, no se le consideraba un auténtico militar, pues su 'carrera' la debía por entero al apellido y al tío. La lucha se redujo a Veracruz, permaneciendo en calma el resto del país, lo que permitió que se le combatiera y derrotara con facilidad y prontitud. Como Reyes, fue encarcelado pudiendo haber sido fusilado; como Reyes, en prisión seguiría conspirando contra Madero.<sup>64</sup>

Las rebeliones populares zapatista y orozquista fueron de muy distinta naturaleza. La lucha zapatista significó el tránsito de la lucha política, con el movimiento electoral de 1909 a favor de Leyva, a la lucha social, con el movimiento agrarista suriano. Los campesinos morelenses, que lucharon contra Díaz a partir de febrero y marzo de 1911, no aceptaron el licenciamiento dispuesto en los Tratados de Ciudad Juárez; su postura era muy clara: no depondrían las armas sin la previa devolución de las tierras supuestamente usurpadas por los hacendados. Aunque Madero intentó convencerlos de que depusieran las armas, prometiéndoles que revisaría el problema agrario al llegar a la presidencia, los morelenses iniciaron su rebelión desde la segunda mitad de 1911, y al llegar Madero al poder, a finales de ese año, formalizaron su lucha mediante el Plan de Ayala,<sup>65</sup> con el que cambió la dimensión y la naturaleza del movimiento, pasando de ser una lucha defensiva a ser una lucha agrarista y social, al rescate de la comunidad campesina como la unidad social fundamental en el país.

La importancia militar del zapatismo no coincide con su relevancia histórica. A todo lo largo de 1912 la lucha fue de reducida intensidad: eran pocas y pequeñas las unidades de los alzados; a su vez, Madero dispuso contra ellos una campaña que no fuera excesivamente violenta, por lo que la benevolente conducta del jefe de ella, el general Felipe Ángeles, provocó pocas reacciones defensivas entre los habitantes de la región. Así, puede

<sup>64</sup> Luis Liceaga, *Félix Díaz*, México, Jus, 1958; Peter Henderson, *Félix Díaz, the Porfirians and the Mexican Revolution*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1981.

<sup>65</sup> Rosalind Rosoff y Anita Aguilar, *Así firmaron el Plan de Ayala*, México, Secretaría de Educación Pública (Sepsetentas), 1976.

afirmarse que durante su primer año la lucha zapatista fue limitada y casi incruenta.<sup>66</sup>

A diferencia de ésta, la rebelión orozquista fue notoriamente violenta. Otra divergencia con la lucha zapatista es que el movimiento orozquista tampoco fue primordialmente agrarista. Factor decisivo en la lucha contra Díaz, Orozco y sus numerosos partidarios se rebelaron por dos razones: si los líderes consideraron insuficientes los premios y pagos recibidos por su decisiva participación en la victoria, la soldadesca se opuso al licenciamiento y consideró insatisfactorias, por modernas y lentas, las reformas sociales propuestas por Madero.<sup>67</sup> Comerciante y arriero en el pueblo de San Isidro, de la Sierra Occidental de Chihuahua, Orozco había simpatizado con el magonismo y con el antirreeleccionismo; además, era conocido como opositor de la oligarquía estatal encabezada por la familia Terrazas. Durante la lucha contra Díaz alcanzó notoriedad nacional, al tiempo que se hizo evidente que era un líder independiente de Madero, a quien lo unían los fines últimos de la lucha pero de quien lo separaban el diagnóstico resolutivo y los procedimientos por usarse. Los conflictos entre ellos comenzaron durante la rebelión y se acrecentaron durante el interinato de León de la Barra; al poco tiempo la mutua desconfianza había sustituido al trato entre correligionarios.<sup>68</sup>

La rebelión de Orozco, iniciada en marzo de 1912 con el Plan de la Empacadora, fue una lucha anunciada y esperada. A diferencia de la zapatista, ésta fue una rebelión multclasista, pues además de los numerosos grupos populares involucrados, casi todos ellos veteranos de la lucha con-

<sup>66</sup> Además de la obra de Womack citada en la nota 4, para todo lo relacionado con este movimiento debe consultarse el testimonio de Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, 5 vols., México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985. Para el inicio de la lucha véase Francisco Pineda Gómez, *La irrupción zapatista, 1911*, México, Era, 1997. Una buena antología documental sobre los aspectos militares del zapatismo, en el tomo II de la obra de Miguel Sánchez Lamego citada en la nota 54.

<sup>67</sup> Las causas de la rebelión orozquista han generado una gran polémica historiográfica: la visión "oficial" le asigna causas malévolas y perversas, tales como la ambición y la traición; véase Ramón Puente, *Pascual Orozco y la revuelta de Chihuahua*, México, Eusebio Gómez de la Puente, editor-librero, 1912. La versión "revisionista" comenzó con Michael Meyer, *El rebelde del norte. Pascual Orozco y la Revolución*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984.

<sup>68</sup> El Plan de Ayala designaba a Orozco como jefe de la revolución maderista en el país, puesto que no asumió, pero que tampoco desautorizó.

tra Díaz, contó con una participación considerable de la clase media regional. A diferencia de la zapatista, la lucha orozquista no se redujo al mundo rural local: además de que llegó a dominar todo Chihuahua, incluida la capital estatal, el orozquismo también fue intenso en otras entidades norteñas como Durango, Coahuila, Sonora y hasta Zacatecas y San Luis Potosí. Fue tal su fuerza que al principio se temió que terminara por vencer al gobierno maderista.<sup>69</sup> Acaso su mayor limitación castrense fue la falta de apoyo estadounidense, lo que le dificultó el acceso al mercado de municiones. A pesar de ello, al menos por un tiempo, fue una rebelión seriamente amenazadora.

Para poder vencer a los orozquistas, el gobierno designó en el mando de la campaña al general Victoriano Huerta, a quien otorgó hábiles elementos y generosos recursos. Además, se dispuso que en la batida a los orozquistas colaboraran sus excompañeros de la lucha contra Díaz, que habían sido organizados en los nuevos ‘cuerpos rurales’. El objetivo era contar con elementos igualmente hábiles en los métodos guerrilleros y con la misma capacidad de identificación con los sectores populares norteños. Además de estos ‘irregulares’ adscritos al Ejército Federal, entre los que destacó Francisco Villa, los gobernadores norteños organizaron fuerzas estatales para rechazar las incursiones de orozquistas: entre éstos destacó el sonoreense Álvaro Obregón, ranchero y reciente presidente municipal de Huatabampo.<sup>70</sup> El resultado fue doble: si por un lado se logró derrotar a los alzados, por el otro, con los orozquistas, soldados federales, ‘irregulares’ y fuerzas estatales, el norte del país se militarizó notablemente durante la segunda mitad de 1912.<sup>71</sup> Sobre todo, con este triunfo el Ejército Federal recuperó su moral y su confianza; además, en Huerta encontró a su nuevo caudillo natural. Esta nueva situación se manifestaría dramáticamente pocos meses después, cuando decidió rebelarse contra el gobierno constituido.

A principios de 1913 Madero empezaba a sentirse consolidado, creyendo que finalmente había alcanzado la estabilidad. Su optimismo se justi-

<sup>69</sup> La derrota del militar encargado de la campaña, José González Salas, lo llevó al suicidio. Cfr. Teresa Franco, “José González Salas: ministro de la guerra”, tesis de licenciatura en historia, Universidad Iberoamericana, 1976.

<sup>70</sup> Linda B. Hall, *Álvaro Obregón. Poder y Revolución en México, 1911-1920*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

<sup>71</sup> La cifra más aceptada consigna 8 mil orozquistas, un número similar de federales y un número crecido de ‘irregulares’ y fuerzas estatales.

ficaba por el hecho de haber derrotado cuatro rebeliones armadas. Sin embargo, dicho optimismo no se basaba en un diagnóstico riguroso. Las cuatro rebeliones habían padecido serias limitaciones y, a pesar de haber sido derrotadas, trajeron graves secuelas al gobierno de Madero. Los movimientos reyista y orozquista nacieron en un escenario muy distante de la ciudad de México y, a pesar de ser vecinos de Estados Unidos, no gozaron de su apoyo. A su vez, el zapatismo no obtuvo —ni buscó— el apoyo de otras clases sociales distintas de los grupos campesinos locales y, para colmo, nunca tuvo poderío militar. Bernardo Reyes y Félix Díaz creyeron, en febrero de 1913, que juntos y en la propia sede de los poderes federales podrían desarrollar un movimiento conspirativo exitoso. Para su desgracia, otra vez el Ejército Federal en conjunto les negó su apoyo. Fue hasta que el nuevo caudillo militar, Victoriano Huerta, asumió el mando de ese movimiento, llamado el “cuartelazo de la Ciudadela” o la “Decena Trágica”, cuando Madero pudo ser final y fatalmente derrocado.<sup>72</sup>

#### LA LUCHA CONSTITUCIONALISTA

El ascenso de Victoriano Huerta al poder presidencial provocó la airada movilización de la mayoría de los exrebeldes antiporfiristas, muchos de ellos veteranos también de la lucha contra el orozquismo y otros tantos convertidos en autoridades locales maderistas. De hecho, más que la venganza por el derrocamiento y muerte de Madero, la reacción contra Huerta tuvo como motivos proteger y conservar los cambios y puestos políticos alcanzados luego de la destrucción del aparato de poder de Díaz, así como oponerse al intento de restaurar un gobierno dominado por los grupos políticos porfiristas, apoyado en un omnímodo y poderoso Ejército Federal y favorable a los hacendados y al resto de las clases altas del antiguo régimen.

La lucha contra Huerta surgió en el norte del país, aunque a diferencia de la lucha contra Díaz de 1910 y 1911, no se limitó a Chihuahua. En esta ocasión hubo cuatro escenarios importantes, cada uno con sus particula-

<sup>72</sup> Véase el testimonio del embajador cubano Manuel Márquez Sterling, *Los últimos días del Presidente Madero*, La Habana, Siglo XX, 1917 (existen varias reediciones). Véase también Michael C. Meyer, *Huerta. Un retrato político*, México, Domes, 1983.

ridades sociales, políticas, ideológicas, económicas y militares. El primer frente de lucha fue Coahuila, con su gobernador Venustiano Carranza, antiguo político regional de filiación reyista convertido en antiporfirista hacia 1909, con la radicalización del reyismo.<sup>73</sup> Carranza y las otras autoridades coahuilenses simplemente no reconocieron a Huerta, al que declararon como rebelde, convocando a la creación de un ejército —a llamarse constitucionalista— con el objetivo de derrocarlo y restaurar la legalidad.

El movimiento antihuertista de Coahuila se caracterizó por su naturaleza legalista y por tener como jefe a un gobernador. Comprensiblemente, los segundos mandos recayeron en los principales políticos y burócratas locales. En cuanto a fuerzas militares, en Coahuila se contó con los veteranos de la lucha contra Díaz, sobre todo con aquellos que estaban afiliados a una organización castrense, como los ‘irregulares’ locales que colaboraron en la lucha contra el orozquismo: Jesús Carranza, Pablo González, Francisco Coss y Cesáreo Castro, casi todos ellos originariamente rancheros y mineros.<sup>74</sup> Éstos, junto con los políticos y burócratas, hicieron del movimiento coahuilense uno dominado por clases medias, que si bien tuvieron una contribución menor en el triunfo militar sobre Huerta, fueron en cambio fundamentales en la organización, control y administración de la lucha, así como en la reorganización gubernamental de las entidades que iban siendo liberadas del dominio huertista, colaborando con Carranza en la conducción de la rebelión a nivel nacional.

En el estado de Sonora estalló una rebelión con otras características. El gobernador era José María Maytorena, miembro de la facción antiporfirista y anticientífica de la oligarquía local, lo que explica su militancia sucesiva en el reyismo y en el maderismo, del que llegó a ser el principal caudillo regional. Sin embargo, ante los titubeos de Maytorena el lideraz-

<sup>73</sup> Ildefonso Villarelo Vélez, *Historia de la Revolución mexicana en Coahuila*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1970. Douglas Richmond, *La lucha nacionalista de Venustiano Carranza, 1893-1920*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, pp. 70-89.

<sup>74</sup> También se contó desde un principio con Jacinto B. Treviño, militar profesional coahuilense que se encontraba en la entidad supervisando la organización de las fuerzas ‘irregulares’ estatales. Cfr. *Memorias*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1964. Una muy documentada biografía de González fue escrita por su hijo y homónimo: Pablo González, *El centinela fiel del constitucionalismo*, Saltillo, Textos de Cultura Historiográfica, 1971.

go fue tomado por varios miembros de la clase media, los que habían estado constreñidos económica y políticamente durante el Porfiriato, pero que habían obtenido importantes puestos públicos durante el maderismo. Los más importantes fueron Álvaro Obregón, Salvador Alvarado, Plutarco Elías Calles, Manuel Diéguez y Adolfo de la Huerta. Además de su poder político, éstos tenían buena capacidad militar, pues —salvo el último— habían organizado diversas fuerzas locales para combatir al orozquismo.<sup>75</sup> Por lo mismo, es claro que el movimiento antihuertista en Sonora nació fuerte; encabezado por una clase media con una experiencia política limitada y reciente, en nada comparable a la de los conflictos agrario-indígenas —especialmente con las tribus mayo y yaquí— y laborales —Cananea— habían permitido que la clase media opositora local estableciera alianzas con los grupos populares. Así, además de su capacidad militar, la facción sonoreña aportaría a la rebelión su experiencia como clase media no radicalizada, pero con capacidad para establecer pactos y acuerdos con grupos populares.

El contingente antihuertista de Chihuahua era notoriamente diferente a los de Coahuila y Sonora. Si en éstos la movilización contra Díaz había sido encabezada por miembros de las clases altas, en Chihuahua la habían encabezado miembros de las clases medias, como Abraham González<sup>76</sup> y Pascual Orozco. En 1913, la muerte del primero y la adhesión a Huerta del segundo posibilitaron que la lucha en la región la dirigiera un miembro de las clases bajas: Francisco Villa. A diferencia de los alzados en Coahuila y Sonora, Villa no era una autoridad local sino un rebelde típico.<sup>77</sup> Comprensiblemente, sus lugartenientes y los líderes secundarios —Maclovio Herrera, Rosalío Hernández y Toribio Ortega, entre otros— también pertenecían a los sectores populares locales. Así, puede afirmarse que al margen del aspecto militar, la principal contribución del villismo a la lucha constitucionalista fue haberle dado un enorme y protagónico

<sup>75</sup> Héctor Aguilar Camín, *La frontera nómada: Sonora y la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI Editores, 1977.

<sup>76</sup> Francisco Almada, *La Revolución en el estado de Chihuahua*, 2 vols., México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1964-1965; del mismo autor, *Vida, proceso y muerte de Abraham González*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1967.

<sup>77</sup> De hecho, en esos momentos Villa se encontraba en Estados Unidos, luego de fugarse de una prisión de la ciudad de México. Véase la obra de Katz citada en la nota 57.

contingente de origen popular: gracias al villismo, la lucha antihuertista norteña no se limitó a ser una lucha legalista y clasemediera. Sin embargo, si bien el contingente villista era popular, de ninguna manera era exclusivamente campesino: además de muchos jornaleros agrícolas, medieros, rancheros pobres y miembros de las excolonias militares, en el ejército villista participaron numerosos grupos de vaqueros, mineros, ferrocarrileros y obreros.

También hubo importantes alzamientos en otros estados norteños. En Durango los principales rebeldes, como Tomás Urbina, Orestes Pereyra, Calixto Contreras y los hermanos Arrieta, eran de origen popular; habían participado en la lucha contra Díaz y luego habían permanecido organizados y con las armas en la mano como ‘irregulares’ antiorozquistas.<sup>78</sup> En Zacatecas fueron también los ‘irregulares’ —Fortunato Maycotte— y los viejos maderistas —Pánfilo Natera— los primeros en tomar las armas; sus orígenes sociales eran clasemedieros o populares. Como obvias conclusiones destacan que, a diferencia de la lucha antiporfirista, la rebelión antihuertista involucró desde un principio a casi todo el norte del país y que sus bases sociales fueron mucho más heterogéneas y populares que las maderistas.

Sería un error concluir que todos los alzados contra Huerta habían combatido al orozquismo. Considérese, por ejemplo, a los hermanos Cedillo, rancheros de San Luis Potosí en armas contra Madero desde enero de 1912 y que luego se sumaron a la lucha orozquista. Aunque mantuvieron su independencia respecto a los antihuertistas locales que reconocían el liderazgo de Carranza, los hermanos Cedillo también pelearon contra Huerta,<sup>79</sup> aumentando así la complejidad social y política de dicha rebelión. A pesar de la enorme distancia que los separaba, al principio los rebeldes de Morelos reconocieron como jefe supremo, así fuera nominalmente, a Pascual Orozco.<sup>80</sup>

<sup>78</sup> Everardo Gámiz Olivas, *La Revolución en el estado de Durango*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1963. Véase también Gabino Martínez Guzmán y Juan Ángel Chávez Ramírez, *Durango: Un volcán en erupción*, México, Fondo de Cultura Económica, Gobierno del Estado de Durango, 1998.

<sup>79</sup> Dudley Ankersen, *El caudillo agrarista. Saturnino Cedillo y la Revolución mexicana en San Luis Potosí*, México, El Colegio de México, 1984. Victoria Lerner, *Génesis de un cacicazgo: antecedentes del cedillismo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.

<sup>80</sup> Véase el artículo 3º del Plan de Ayala.

Sería igualmente erróneo concluir que la lucha contra Huerta fue exclusivamente norteña. En Morelos operaban contra Madero los zapatistas desde finales de 1911, así fuera una lucha débil y limitada. La llegada de Huerta al poder cambiaría su naturaleza y aumentaría su intensidad. Para comenzar, con él desapareció la esperanza de que se llevara a cabo cualquier reforma agraria, pues desde un principio fue evidente que su proyecto para la entidad descansaba en el Ejército Federal y en los hacendados. Además, sus métodos represivos eran cruentos y drásticos, a diferencia de los de Madero, lo que explica el notable aumento en el número de los alzados, pues los habitantes de las comunidades se vieron obligados a luchar más por necesidades defensivas que por ideales agraristas.<sup>81</sup> La participación de los morelenses en la lucha fue paralela, pues nunca reconocieron el liderazgo de Carranza. Aun así, puede afirmarse que gracias a ellos la fase antihuertista de la Revolución mexicana fue multirregional y multiclasista. Más aún, puede afirmarse también que gracias a ellos los reclamos básicamente políticos de 1909 y 1910 fueron enriquecidos con varios reclamos sociales complejos, especialmente los de devolución de las tierras y de respeto a las comunidades.

Las diferencias sociogeográficas se tradujeron, necesariamente, en profundas divergencias políticas y militares a todo lo largo del proceso armado. En Coahuila la lucha comenzó de manera poco alentadora para los carrancistas, quienes a pesar de sus primeras derrotas pudieron promulgar, a finales de marzo de 1913, el Plan de Guadalupe, esencialmente legalista. En efecto, se limitaba a asignarle un líder al movimiento —el propio Carranza— y a fijar como único objetivo el derrocamiento de Huerta y la restauración de la constitucionalidad. Ante la presión de buena parte de sus seguidores, Carranza aceptó que en el plan se hiciera la promesa de que una vez alcanzado el triunfo y conseguida la paz se promoverían las reformas sociales que el país requiriera.<sup>82</sup> Dicho ofrecimiento buscaba la adhesión de los imprescindibles grupos populares, pero sin aterrorizar a las

<sup>81</sup> Salvador Rueda Smithers, “La dinámica interna del zapatismo. Consideración para el estudio de la cotidianidad campesina en el área zapatista”, en Horacio Crespo (coord.), *Morelos: cinco siglos de historia regional*, México, Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México, 1984.

<sup>82</sup> Véase el testimonio de su secretario particular de aquel entonces y autor de la primera versión del Plan, en Alfredo Breceda, *México revolucionario. 1913-1917*, Madrid, 1920, pp. 395-402.

clases media y alta mexicanas o al gobierno estadounidense, factor estratégico en una lucha tan dependiente del comercio fronterizo.

Al margen de la jefatura que le concedía el Plan de Guadalupe, Carranza sólo era, en realidad, jefe de un ejército rebelde compuesto por sus empleados, tanto civiles como militares. Para convertirse en el auténtico jefe de todo el Ejército Constitucionalista comenzó por exportar su movimiento a las entidades vecinas. En efecto, a pesar de que con ello debilitaba aún más su escasa fuerza militar, Carranza prefirió enviar varios elementos a los estados de Nuevo León, Tamaulipas, Zacatecas y San Luis Potosí, con el objeto de fomentar allí la rebelión. De esta forma, Carranza pasó de jefe estatal a jefe regional.<sup>83</sup> Los elementos que paralela y endógenamente se estaban levantando en esos estados, junto con los contingentes enviados por don Venustiano, mantuvieron en el noreste un estado de rebelión de relativa intensidad. El debilitamiento de las fuerzas que permanecieron en Coahuila permitió que las fuerzas federales recuperaran la entidad a mediados de 1913, obligando a Carranza a abandonarla y a radicarse en Sonora, experiencia que le permitió conocer a revolucionarios con otros perfiles sociales y que lo llevó a convertirse en un auténtico líder del movimiento.

Carranza escogió Sonora como refugio por su mayor afinidad social con los líderes. Además, a diferencia de Chihuahua o Durango, desde tempranas fechas Sonora había sido dominada por los alzados, lo que se explica por la presencia mínima de soldados federales,<sup>84</sup> por ser una región no estratégica en materia económica y demasiado lejana de la ciudad de México. Chihuahua padeció la situación inversa: a pesar de que a principios de 1913 se vivían los estertores del oroquismo en el estado, pronto se encontraron combatiendo más de diez mil hombres. La alianza entre huertistas y oroquistas dificultó enormemente la labor de los 'irregulares' convertidos en villista-constitucionalistas, quienes tuvieron que enfrentar a aquellas dos fuerzas.<sup>85</sup>

<sup>83</sup> Las historias militares mejor documentadas de la lucha constitucionalista son: Juan Barragán, *Historia del ejército y de la revolución constitucionalista*, 2 vols., México, Stylo, 1946; y Miguel Sánchez Lamego, *Historia militar de la revolución constitucionalista*, 5 vols., México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1956-1960.

<sup>84</sup> Además de la obra de Aguilar Camín citada en la nota 75, véase Álvaro Obregón, *Ocho mil kilómetros en campaña*, México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1917 (existen varias ediciones posteriores).

<sup>85</sup> Véase la obra de Katz citada en la nota 57.

Villa penetró al país un par de semanas después del cuartelazo huerista, con apenas un puñado de hombres pero en poco tiempo incrementó sus guerrillas en las zonas que le eran más afines y gracias a los hombres que reconocían su liderazgo desde 1911 y 1912. El número de incorporaciones a las fuerzas de Villa y de los otros cabecillas fue en aumento constante: los triunfos no fueron inmediatos, pero a partir de septiembre la fuerza de los alzados resultaba incontenible, al grado de dominar completamente Chihuahua a finales de 1913 y principios de 1914.<sup>86</sup>

Las diferencias entre los procesos militares habidos en Coahuila, Sonora y Chihuahua no se redujeron a la naturaleza social de sus líderes y bases; tampoco se limitaron al tiempo que les ocupó alcanzar el triunfo. Si bien los tres ejércitos dependían del mercado estadounidense para su abastecimiento de armas y municiones, la forma en la que financiaron tales adquisiciones, así como el pago de los hombres de las tropas, fue muy diferente: en Chihuahua se procedió a expropiar los bienes —ganado y cultivos— de las familias oligárquicas, especialmente de las que formaban el clan Terrazas; en Sonora, dado que hubo continuidad gubernamental y los combates fueron de menor intensidad, los rebeldes pudieron financiarse con la economía normal de la región; en Coahuila, donde los carrancistas no conservaron el control gubernamental y la campaña militar fue intensa, en lugar de usarse procedimientos confiscatorios, impensables en un líder que antes era el gobernador legal y que además era miembro de la oligarquía de su región, se procedió a la emisión generalizada de papel moneda.

A principios de 1914 los rebeldes dominaban el norte del país, incluido Durango, cuyos líderes y bases sociales eran similares a las del villismo, y también el noreste —Tamaulipas y Nuevo León—, donde Pablo González y Jesús Carranza habían mantenido el liderazgo al salir don Venustiano rumbo a Sonora.<sup>87</sup> Además, desde finales de 1913 habían cundido movimientos antihuertistas de considerable intensidad en muchos otros estados: los hermanos Cedillo eran ya la fuerza dominante en parte de San

<sup>86</sup> La colaboración del militar profesional Felipe Ángeles fue definitiva para grandes triunfos militares del villismo. Véase Federico Cervantes M., *Felipe Ángeles en la Revolución. Biografía (1869-1919)*, México, s. e., 1964.

<sup>87</sup> Para el triunfo en el noreste fueron también importantes Francisco Coss y Luis y Eulalio Gutiérrez, en Coahuila, y Jesús Agustín Castro, Lucio Blanco, Cesáreo Castro y Luis Caballero en Tamaulipas. Véase Francisco Vela González, *Diario de la Revolución*, 2 vols., Monterrey, s. e., 1971-1983.

Luis Potosí, y en Zacatecas seguían triunfando las fuerzas de Maycotte y de Natera. Además, Sinaloa tenía como victorioso líder a Ramón Iturbe; en Tepic operaba con éxito Rafael Buelna; en Jalisco, Santos Bañuelos y Julián Medina; en Michoacán, José Rentería Luviano y los ‘irregulares’ norteños Gertrudis G. Sánchez y Joaquín Amaro, mientras que en Veracruz había fuerzas rebeldes en varios puntos del estado, encabezadas por Antonio Galindo, Cándido Aguilar, Hilario Salas y Miguel Alemán.<sup>88</sup>

A diferencia de lo que sucedía en el norte del país y en las costas del Pacífico y el Golfo, el centro, sur y sureste estaban poco involucrados en la rebelión antihuertista. Además de Morelos y sus zonas limítrofes, escenario de una violenta guerra entre el depredador ejército huertista y el ejército zapatista, compuesto por la suma de las unidades defensivas organizadas en las comunidades campesinas de la zona, en el centro del país apenas había movimientos de cierta consideración en Hidalgo, con Nicolás Flores y los ‘irregulares’ maderistas Vicente Salazar, Francisco Mariel y Daniel Cerecedo, todos ellos rancheros,<sup>89</sup> y en Tlaxcala, con Máximo Rojas y los hermanos Domingo y Cirilo Arenas, miembros de comunidades campesinas tradicionales y, por ende, con un perfil sociopolítico similar al zapatista.<sup>90</sup>

Son varias las explicaciones del débil desarrollo de la rebelión en el centro del país, aunque destacan la de su cercanía a la capital y la importancia del ferrocarril a Veracruz a través de Tlaxcala y Puebla, que era además el principal ‘corredor’ industrial del país, lo que hacía estratégico su control y facilitaba la represión por parte del ejército huertista. Si bien en Guerrero había numerosas fuerzas rebeldes, como las del zapatista local Jesús Salgado, o las de los hermanos Figueroa, rancheros exmaderistas de la zona limítrofe con Morelos, o las de Julián Blanco, en la costa de Acapulco;<sup>91</sup> en Oaxaca, al contrario, sólo operaba Juan José Baños en la costa septentrional. En

<sup>88</sup> Véanse las obras citadas en la nota 83.

<sup>89</sup> Luis Rubluo, *Historia de la Revolución mexicana en el estado de Hidalgo*, 2 vols., México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1983. Véase también Franz Schryer, *Revolución mexicana. Los rancheros de Picaflores*, México, Era, 1986.

<sup>90</sup> Además de la obra de Buve citada en la nota 4, véase Mario Ramírez Rancaño, *La Revolución en los volcanes. Domingo y Cirilo Arenas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995.

<sup>91</sup> Además de la obra de Jacobs citada en la nota 57, véase Arturo Figueroa Uriza, *Ciudadanos en armas*, 2 vols., México, B. Costa-Amic Editor, 1960. Vicente Fuentes Díaz, *Historia de la Revolución en el estado de Guerrero*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1983.

Tabasco, por último, aunque había varios jefes rebeldes como Pedro Colorado, Eugenio Aguirre Colorado y Carlos Green, sus acciones no llegaron a inquietar mayormente al gobierno. Seguramente la particular composición social del sureste del país, así como su lejanía y su incomunicación, lo convirtieron en una región renuente a participar en la lucha antihuertista.<sup>92</sup>

Hacia marzo y abril de 1914, luego de prepararse durante un par de meses, los grandes ejércitos norteños iniciaron su avance al centro con el objeto de echar a Huerta de la capital del país. Obregón por el occidente, Villa por el centro y Pablo González por el oriente, conformaban una fuerza arrolladora. La derrota de Huerta era, además de inevitable, inminente, pues su ejército carecía del necesario espíritu de triunfo, operaba con una estrategia defensiva y estática, parapetándose en las plazas por defender; estaba escindido entre federales y auxiliares orozquistas y, por la crisis económica del gobierno huertista, impedido de reclutar soldados nuevos —de allí que se apelara masivamente a la “leva”— y de adquirir armas y municiones.<sup>93</sup> El avance de los ejércitos norteños motivó y posibilitó el fomento de algunos alzamientos tardíos en los estados centrales del país. A su vez, cada derrota del ejército huertista implicó deserciones y conflictos políticos. Además de las derrotas, los abandonos y retiros estratégicos de las plazas hasta entonces huertistas se tradujeron en un paulatino aislamiento de la ciudad de México.

El avance de la División del Norte alcanzó en junio a Zacatecas,<sup>94</sup> aunque Carranza decidió que sólo los ejércitos de González y Obregón avanzaran a la capital del país, disponiendo que Villa permaneciera en el norte. Esta disposición fue la última manifestación de una larga serie de desavenencias entre ellos, producto de sus múltiples diferencias socioeconómicas y político-ideológicas. La escisión entre ambos ejércitos estuvo próxima a consumarse, aunque finalmente pudo llegarse a un acuerdo: Villa seguiría siendo elemento fundamental en la lucha contra Huerta, aunque perma-

<sup>92</sup> Francisco José Ruiz Cervantes, *La Revolución en Oaxaca. El movimiento de la soberanía (1915-1920)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986. Gilbert M. Joseph, *Revolución desde afuera. Yucatán, México y los Estados Unidos, 1880-1924*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982. Véase también *Eslabones, Revista Semestral de Estudios Regionales*, México, enero-junio 1993, núm. 5 (dedicado al tema “La Revolución en el sur-sureste de México”).

<sup>93</sup> Véase la obra de Meyer citada en la nota 72.

<sup>94</sup> Además de la obra de Katz citada en la nota 57, véase Luis Adrián Aguirre Benavides, *Las grandes batallas de la División del Norte*, México, Diana, 1964.

neciera en el norte, y Carranza convocaría una junta de generales tan pronto ocupara la ciudad de México, la que resolvería respecto a las reformas sociales que impondrían y sobre el próximo Presidente del país.<sup>95</sup>

Salvo este conflicto, el avance revolucionario se hizo sin contratiempos: Obregón bajó por Sinaloa y Jalisco, ocupando Guadalajara, desde donde se dirigió al centro, mientras que González lo hizo vía Monterrey, Tampico, San Luis Potosí y Querétaro. La facilidad del avance no refleja la importancia histórica del proceso. Para comenzar, el movimiento dejó de ser norteño para convertirse en uno que abarcaba la mitad del país. La ampliación geográfica implicó la ampliación social. Dado que el avance revolucionario obligó a las autoridades huertistas de estas entidades a huir y abandonar sus puestos, las fuerzas rebeldes entrantes acudieron a las clases medias urbanas no huertistas para que participaran en la reconstrucción de los gobiernos locales, lo que permitió a dichas clases medias llegar al poder. Asimismo, a la llegada de las fuerzas revolucionarias se establecieron pactos con las clases populares lugareñas, a favor de las cuales se hicieron decretos obreristas y agraristas a cambio de su apoyo.<sup>96</sup> Así, en pocos meses la lucha antihuertista se trasladó a nuevos escenarios e involucró a nuevos actores, lo que obligaba a los vencedores a proponer un proyecto de reconstrucción auténticamente nacional, en términos geográficos y sociales.

#### EL CONSTITUCIONALISMO *VERSUS* LOS CONVENCIONISMOS

El curso de la Revolución mexicana tomó un nuevo derrotero con el triunfo sobre el gobierno y el ejército huertistas y la ocupación de la ciudad de México, rendición lograda según los Tratados de Teoloyu-

<sup>95</sup> El acuerdo entre carrancistas y villistas se conoce como el Pacto de Torreón. Véase Charles Cumberland, *La Revolución mexicana. Los años constitucionalistas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975.

<sup>96</sup> Para un ejemplo de tales alianzas en el estado de Querétaro, véase Marta Eugenia García Ugarte, *Génesis del porvenir. Sociedad y política en Querétaro (1913-1940)*, México, Fondo de Cultura Económica, Gobierno del Estado de Querétaro, 1997; para el caso de Tlaxcala, Herbert Nickel, *Relaciones de trabajo en las haciendas de Puebla y Tlaxcala, 1740-1914*, México, Universidad Iberoamericana, 1978. Para el caso de Veracruz, Ricardo Corzo Ramírez, *...nunca un desleal: Cándido Aguilar*, México, El Colegio de México, 1986. Para el caso de Yucatán, Francisco José Paoli, *Yucatán y los orígenes del nuevo Estado mexicano*, México, Era, 1984.

can, de agosto de 1914. Con ello el constitucionalismo pasó de movimiento opositor al gobierno, al tiempo que el Ejército Constitucionalista pasaba de rebelde a pacificador. Otro cambio notable lo impulsó el contacto con el Valle de México y la meseta central, donde convivían la ciudad de México, capital y mayor urbe nacional; la más grande concentración industrial del país, en ésta, Puebla y la zona adyacente a Orizaba, y las regiones de mayor conflictividad entre las haciendas y las comunidades campesinas, como lo eran Morelos, Puebla, Tlaxcala, el Distrito Federal y el Estado de México. Fue entonces cuando el constitucionalismo pasó de movimiento regional —léase norteño— a semi-nacional.

El reto no era de sencilla solución, pues el constitucionalismo debía iniciar acciones gubernamentales, para lo cual carecía de un proyecto definido, adecuado y homogéneo, así como de un equipo suficiente en experiencia y cantidad, situación que lo obligó a conformar un aparato político-burocrático compuesto básicamente de tres elementos: los constitucionalistas de Sonora, Coahuila y otras entidades del noreste que tuvieran experiencia política y administrativa; los sectores de clase media marginados por los gobiernos porfirio-huertistas y la burocracia media o baja del antiguo régimen capaz de camuflarse o reciclarse. Con este aparato debía llevar adelante las reformas sociales a que se había comprometido con sus bases norteñas, representadas sobre todo en el Ejército Constitucionalista, lo que explica las desavenencias que surgieron entre éste y varios políticos constitucionalistas. Además, para establecerse como gobierno en las regiones centrales debía impulsar también las reformas socioeconómicas que le exigieran las clases populares locales, pero sin provocar el miedo y el rechazo de las clases medias y de los representantes diplomáticos radicados en la ciudad de México.

Para colmo, había otras dificultades graves: la primera era que el gobierno constitucionalista debía convertirse en un gobierno auténticamente nacional, lo cual exigía extender su dominio al sur y sureste del país, regiones donde no se peleó contra Huerta, lucha que hubiera implicado un proceso consustancial y paralelo: el debilitamiento de las élites locales, aliadas y representantes del huertismo a nivel regional. Así, el constitucionalismo debía extenderse a una mitad del país en la que no tenía 'cuadros' ni partidarios organizados previamente y donde era previsible que enfrentara la oposición y el rechazo de las élites, las que conservaban intacto su

poder.<sup>97</sup> Sin embargo, el problema mayor consistía en que, derrotado el enemigo común —Huerta—, los victoriosos ejércitos rebeldes habrían indefectiblemente de enfrentarse entre sí, pues todos ellos —carrancistas, obregonistas, villistas y zapatistas— deseaban imponer su propio proyecto de desarrollo al resto del país. Si bien hubo un pálido intento por resolver pacíficamente las controversias y llegar a un proyecto común, el conflicto era inevitable y asoló al país durante todo 1915: se le conoce como la ‘guerra de facciones’.<sup>98</sup>

Los intentos conciliadores y las manifestaciones de hostilidad coexistieron y compitieron durante los complicadísimos meses de agosto a noviembre de 1914, meses de grandes dudas e indefiniciones.<sup>99</sup> Por ejemplo, al tiempo que se derrotaba al huertismo estallaba la violencia en Sonora entre el gobernador Maytorena y los revolucionarios clasemedieros encabezados por Calles y Benjamín Hill.<sup>100</sup> Asimismo, si bien los constitucionalistas no habían permitido que fuerzas zapatistas entraran a la ciudad de México a la caída del huertismo, por otro lado se iniciaron pláticas de avenimiento —fatalmente fallidas— entre carrancistas y zapatistas.<sup>101</sup> En cualquier caso, el mejor ejemplo es el de la Convención, compromiso adquirido por carrancistas y villistas en los Pactos de Torreón, para juntos, en asamblea, resolver los problemas políticos y sociales del movimiento del país. Las sesiones comenzaron el 1 de octubre en la ciudad de México, pero sin la presencia de los villistas. Ante tan decisiva ausencia, las sesiones pronto se suspendieron, acordándose que se reanudarán el día 10 en Aguascalientes, plaza equidistante a la que sí se presentarían los villistas.

En Aguascalientes comenzó la segunda de varias fases que tuvo la Convención.<sup>102</sup> En ésta disminuyó la presencia de los delegados —civiles

<sup>97</sup> Además del libro de Paoli recién citado, consúltense las obras mencionadas en la nota 92.

<sup>98</sup> Cumberland la llama “la guerra de los ganadores”.

<sup>99</sup> Por ejemplo, durante las primeras semanas, Obregón dudó sobre a qué facción afiliarse.

<sup>100</sup> Aguilar Camín, *op. cit.*

<sup>101</sup> Los delegados carrancistas fueron Luis Cabrera, Juan Sarabia y Antonio I. Villarreal.

<sup>102</sup> Véanse Florencio Barrera Fuentes (ed.), *Crónicas y debates de las sesiones de la Soberana Convención Revolucionaria*, 3 vols., México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1964-1965 (existe otra edición publicada en seis volúmenes, dentro de los Documentos Históricos de la Revolución Mexicana, mejor conocida como la “Colección Fabela”). Véase también Vito Alessio Robles, *La Convención Revolucionaria*

o militares— cercanos a Carranza; se contó con la presencia de los villistas y se invitó a los zapatistas, quienes fueron representados por delegados de origen urbano como Paulino Martínez y Antonio Díaz Soto y Gama, los que se presentaron exigiendo que la Convención por entero reconociera la supremacía del Plan de Ayala. Es incuestionable que esta asamblea tenía mayor representatividad social que la anterior; además, se declaró soberana, desconoció la jefatura de Carranza y ordenó a Villa que dejara el mando de su División del Norte. Comprensible y previsiblemente, ninguno de los dos acató tales disposiciones: Carranza abandonó la ciudad de México y se dirigió a Veracruz, plaza menos vulnerable que la capital y controlada por Cándido Aguilar, ranchero veracruzano exmaderista y uno de los primeros ‘irregulares’ antiorozquistas en sumarse a Carranza, quien lo envió a operar a su terruño, contando con su total confianza;<sup>103</sup> además, preparándose para la inminente guerra, Carranza apeló a la lealtad y al compromiso de los constitucionalistas. A su vez, en lugar de renunciar al mando militar, Villa procedió a ocupar Aguascalientes, maniobra que le dio el dominio político de la Convención.

La guerra había recommenzado: Carranza se refugió en Veracruz, abandonada al efecto por las fuerzas navales norteamericanas que la ocupaban desde abril;<sup>104</sup> a su vez, las tropas convencionistas, con Villa al mando, avanzaron sobre la capital, plaza en la que convergieron villistas y zapatistas a finales de noviembre y principios de diciembre. Los bandos habían quedado definidos: los obregonistas resolvieron posponer sus afanes de imponer su proyecto, quedando por lo pronto como subalternos del carrancismo.<sup>105</sup> De

*de Aguascalientes, 1914-1916*, México, Trillas, 1966. Un análisis muy actualizado es el de Felipe Ávila Espinosa, *El pensamiento económico, político y social de la Convención de Aguascalientes*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1991.

<sup>103</sup> Una biografía profesional sobre Cándido Aguilar es la de Corzo citada en la nota 95.

<sup>104</sup> Para la ocupación de Veracruz, véase Robert E. Quirk, *An Affair of Honor. Woodrow Wilson and the Occupation of Veracruz*, Nueva York, The Norton Library, 1967. Véase también a Friedrich Katz, *La guerra secreta en México*, 2 vols., México, Era, 1982. Un testimonio de la época es el de Justino N. Palomares, *La invasión yanqui en Veracruz*, México, s. e., 1940. La perspectiva carrancista, en Isidro Fabela, *Historia diplomática de la Revolución mexicana*, 2 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1958-1959. Obviamente, resulta imprescindible la lectura de la clásica obra de Gastón García Cantú, *Las invasiones norteamericanas en México*, México, Era, 1971.

<sup>105</sup> Las amenazas de fusilamiento que Villa lanzara a Obregón influyeron en que éste se definiera a favor del constitucionalismo.

otra parte, villistas y zapatistas creyeron que, por ser ambos de origen rural, podían aliarse y luchar por imponer un proyecto común, pacto que sellaron en Xochimilco a finales de 1914. Todo parecía indicar que los ejércitos populares de Villa y Zapata vencerían a las fuerzas clasemedieras de Carranza y Obregón: el dominio carrancista se limitaba a Veracruz y militarmente sólo contaba con el mediocre Pablo González y con Obregón, capaz pero cuya lealtad era cuestionable; a su vez, los villistas y los zapatistas dominaban el norte y el centro del país. La División del Norte era la mayor maquinaria militar del momento y los zapatistas constituirían una fuerza tan enigmática como atemorizante.<sup>106</sup>

A pesar de tales pronósticos, el resultado fue diametralmente distinto: en menos de un año los constitucionalistas derrotaron a villistas y zapatis-tas, convirtiéndolos en grupos guerrilleros limitados a sus respectivas regiones. Si bien el triunfo y la derrota finales se explican mediante factores políticos, militares, económicos y sociales, lo cierto es que desde muy pronto los resultados comenzaron a favorecer a los carrancistas:<sup>107</sup> luego de que el gobierno convencionista pretendiera tener alcance nacional, dominando ciudades como Puebla, Guadalajara, Torreón y Monterrey, un mes después ya había perdido las dos primeras poblaciones. Peor aún, dado que muy pronto surgieron graves diferencias entre Eulalio Gutiérrez, Presidente de la Convención, y los villistas y zapatistas, aquél tuvo que huir de la capital a mediados de enero de 1915, llevándose consigo a un crecido número de convencionistas bienintencionados que creían que se podía crear un gobierno revolucionario estable, legítimo y poderoso que fuera independiente de Carranza, Villa y Zapata. La escisión de Gutiérrez no sólo implicaba la pérdida de un grupo de revolucionarios ilusos y débiles: era la pérdida del sector de la clase media,<sup>108</sup> con lo que la facción convencionista comenzó su declive en cuanto a representatividad social.

Gutiérrez fue sustituido por Roque González Garza, coahuilense dedicado al comercio y luego cercano colaborador de Madero que en la lucha

<sup>106</sup> Berta Ulloa, *La Revolución escindida*, México, El Colegio de México, 1979.

<sup>107</sup> Barragán, *op. cit.* Véanse las obras de Sánchez Lamego y Cumberland citadas en las notas 83 y 95. Berta Ulloa, *La encrucijada de 1915*, México, El Colegio de México, 1979.

<sup>108</sup> Con Gutiérrez abandonaron la Convención: Lucio Blanco, José Isabel Robles, Eugenio Aguirre Benavides y José Vasconcelos, entre otros, con sus mejores fuerzas, por lo que la pérdida no puede ser menospreciada, sobre todo porque las defecciones siguieron produciéndose a lo largo de los meses siguientes.

contra Huerta peleó como villista. Su nombramiento no trajo estabilidad alguna al gobierno convencionista. Al contrario, ocupados los villistas en campañas militares distantes, pues fueron presionados en el centro, oriente y occidente del país, Obregón y las fuerzas carrancistas no tuvieron problemas para desalojar de Puebla a los zapatistas y luego ocupar la ciudad de México. González Garza, el gobierno y los legisladores convencionistas tuvieron que huir, refugiándose en Cuernavaca, ambiente totalmente ajeno a González Garza y demás delegados villistas. Es incuestionable que desde el principio la Convención se caracterizó por su permanente secesionismo y su destino itinerante.

En efecto, a mediados de marzo Obregón abandonó la ciudad de México, la que fue recuperada inmediatamente por las fuerzas convencionistas, compuestas ya básicamente por elementos surianos pero con González Garza como Presidente. Las tribulaciones sufridas por éste fueron constantes, terminando por renunciar a mediados de junio, siendo sustituido por Francisco Lagos Cházaro. Si bien su gabinete estaba dominado por zapatistas y la representatividad del villismo estaba —salvo Federico Cervantes en Comunicaciones— prácticamente extinta, Lagos Cházaro no era un gobernante que compartiera el proyecto zapatista. Por ello puede concluirse que la Convención siempre careció de un auténtico líder político, no pudiendo precisarse cuál fue el más vulnerable de sus sucesivos presidentes. La debilidad de éstos era doble: por un lado, el poder lo detentaban los caudillos militares, ya fuera Villa o Zapata o sus principales lugartenientes; por el otro, el parlamentarismo que campeaba en su facción siempre puso al jefe del Ejecutivo por debajo de los principales ideólogos y delegados, entre quienes sobresalía Antonio Díaz Soto y Gama, viejo liberal potosino.<sup>109</sup> El desorden gubernamental fue su mayor característica.

La facción constitucionalista, en cambio, siempre tuvo un liderazgo incontrovertible. Al margen de los problemas habidos entre Obregón y los políticos civiles cercanos a don Venustiano,<sup>110</sup> el constitucionalismo sólo tuvo un jefe: Carranza, experimentado y legitimado, quien siempre ejerció un dominio satisfactorio sobre los jefes militares en campaña. Sobre todo,

<sup>109</sup> Para sus antecedentes, véase a Cockcroft, *op. cit.*

<sup>110</sup> Para los conflictos entre civiles y militares carrancistas, véase Félix Palavicini, *Mi vida revolucionaria*, México, Botas, 1937.

el constitucionalismo de 1915 fue un grupo altamente homogéneo, con la disciplina suficiente para conservar su unidad, identidad, estructura y organización, establecidas desde principios de 1913. En cambio, el convencionismo era una facción constituida a partir de una alianza reciente entre grupos norteros populares y de clase media con grupos de campesinos tradicionales del centro y sur del país. Dicha alianza era casi imposible de sostener: después de que se escindieron las clases medias sobrevivieron las divergencias entre los grupos populares norteros y sureños, diferencias de origen social que minaron su capacidad gubernativa y debilitaron su fuerza militar.

La facción convencionista también resultó inferior en el aspecto militar. En rigor, estaba compuesta por dos ejércitos con muy distintos componentes, objetivos y estrategias. A pesar de lo mutuamente prometido en el ‘pacto de Xochimilco’, nunca hubo colaboración entre ellos. Mientras los villistas sabían que primero había que obtener el triunfo militar, dedicándose por entero a ello, los zapatistas estaban convencidos de que lo prioritario era reorganizar su región y luego exportar el modelo al resto del país, aunque los mecanismos de tal exportación nunca fueron aclarados. Esto explica que mientras los villistas estuvieron comprometidos en una cruenta guerra ofensiva en varias regiones distantes, los zapatistas sólo sostuvieron una guerra defensiva, con el objeto de conservar aislada y pura su región.

Además de por falta de cooperación por parte de los surianos, los villistas se vieron afectados por problemas municionísticos. Hasta agosto de 1914 habían dispuesto del mercado norteamericano; sin embargo, el estallido de la Primera Guerra Mundial hizo que los países europeos amigos de Estados Unidos buscaran comprar toda la producción armera de éstos, lo que provocó un aumento general en sus precios. Por su parte, dado que los constitucionalistas fueron los primeros en ocupar la ciudad de México, tomaron control de las fábricas de armas y municiones construidas por el gobierno porfirista y mantenidas por el huertista. Ante el cierre del mercado europeo y el encarecimiento del estadounidense, el constitucionalismo contó, a diferencia del villismo, cuando menos con cierta producción propia.

En la “guerra de facciones” también influyeron los factores táctico-estratégicos. Para comenzar, Carranza calendarizó la contienda: conoedor de la inclinación defensiva y anárquica de los zapatistas, decidió

enfrentar primero al villismo con todos los elementos disponibles, sin distraer fuerza alguna en una campaña que podía ser pospuesta. Además, los constitucionalistas tenían ya la experiencia de operar divididos —cuando menos en los ejércitos del Noreste y del Noroeste—, a diferencia de la División del Norte, siempre unida y que ahora tuvo que partirse para operar simultáneamente en varios frentes.<sup>111</sup> Por último, la táctica que les había dado tantos triunfos contra el ejército huertista —la “carga de caballería” — no funcionó contra las fuerzas constitucionalistas: no era lo mismo atacar a los aterrados huertistas, parapetados en ciudades y poblaciones que no los apoyaban, que luchar contra las novedosas trincheras constitucionalistas, claves en el resultado de los combates de Celaya.<sup>112</sup>

Otro factor fundamental en el resultado de la ‘guerra de facciones’ fue el económico. Por un lado, los zapatistas procedieron inmediatamente contra las haciendas, lo que, al margen de la justicia, significó un golpe mayúsculo a la economía local. Por el otro, para 1915 Chihuahua era el único estado del país donde la violencia había sido constante desde finales de 1910, por lo que allí la destrucción de la riqueza era más severa; además, la política económica del villismo se había basado en la confiscación de los bienes de la oligarquía local, bienes que para 1915 ya se habían consumido. Así, Villa enfrentaría la etapa más violenta de la Revolución mexicana sin recursos para reclutar soldados y adquirir armas, súbitamente encarecidas, para colmo, por la demanda europea.

En cambio, los constitucionalistas, al avanzar al centro, oriente y sureste del país, pasaron a dominar regiones ricas en recursos que aún no habían sido dañadas por la violencia, pues ésta sólo las alcanzó parcialmente a partir de la segunda mitad de 1914. Por ejemplo, al derrotar a Huerta adquirieron el control de las zonas cerealeras de Querétaro y el Bajío;<sup>113</sup> asimismo, al ocupar la ciudad de México y luego Puebla, Tlaxcala y Veracruz, los constitucionalistas se posesionaron de las zonas fabriles más importantes del país. Más significativo resultó el dominio de la zona petrolera, en la costa del Golfo, pues le permitió disponer inmediatamente de una

<sup>111</sup> Además de en El Bajío, la División del Norte tuvo que enfrentar simultáneamente grandes combates en Jalisco, El Ébano –San Luis Potosí– y el noreste del país.

<sup>112</sup> Existe toda una discusión historiográfica respecto al uso de las trincheras. Véase el estudio preliminar de Francisco L. Urquiza, “Obregón militar”, en Álvaro Obregón, *Ocho mil kilómetros en campaña*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959, pp. xvii-xxi.

<sup>113</sup> García Ugarte, *op. cit.*

constante entrada de divisas.<sup>114</sup> Por último, la facción convencionista dominó la ciudad de México —salvo unas cuantas semanas de febrero y marzo— de finales de 1914 a agosto de 1915. Aunque ello pudo ser visto como una señal de fortaleza política, en realidad su control implicaba responsabilizarse de la alimentación de la mayor concentración de población precisamente cuando se sufría una dramática crisis agrícola; también se requerían recursos para enfrentar las epidemias que brotaron, así como para combatir una delincuencia desenfrenada provocada por las extremas necesidades de supervivencia y facilitada por el desorden gubernamental. Los constitucionalistas, en cambio, no tuvieron que pagar los altos costos que implicaba controlar la ciudad de México.<sup>115</sup>

Obviamente, los constitucionalistas no se limitaron a refugiarse en Veracruz. Al contrario, la amplitud geográfica fue una de sus principales características. Su expansión al centro, oriente y sureste del país les dio, además de recursos económicos y la posibilidad de reclutar contingentes frescos, legitimidad nacional y prestigio internacional. El crecimiento geográfico tenía aparejado el aumento de su representatividad social. Así, mientras una facción pasó a tener alcance nacional, la otra terminó por quedar constituida por dos fuerzas regionalistas distantes. A pesar de las pretensiones expansionistas de los gobiernos de la Convención, en rigor los zapatistas radicalizaron su naturaleza localista y los villistas terminaron por volver a sus límites geográficos originales —Chihuahua y parte de Durango—, luego de un par de alianzas efímeras y fallidas con gente como Maytorena en Sonora, Esteban Cantú en el distrito del norte de la Baja California y Manuel Peláez en la región petrolífera.

Dado que la expansión geográfica implicaba un crecimiento de su representatividad social, al efecto el constitucionalismo desarrolló una política doble: por un lado favoreció el ascenso de la clase media conteni-

<sup>114</sup> El libro clásico sobre el tema es el de Lorenzo Meyer, *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero (1917-1942)*, México, El Colegio de México, 1968. Jonathan C. Brown, *Petróleo y Revolución en México*, México, Siglo XXI Editores, 1998.

<sup>115</sup> Véase la obra de Ulloa citada en la nota 106. Véase también “El año cero: el ayuntamiento de México y las facciones revolucionarias (agosto 1914-agosto 1915)” en Carlos Illades y Ariel Rodríguez (comps.), *Ciudad de México. Instituciones, actores sociales y conflicto político, 1774-1931*, México, El Colegio de México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1996, pp. 191-220. La obra clásica sobre el tema es la de Francisco Ramírez Plancarte, *La ciudad de México durante la revolución constitucionalista*, México, Botas, 1941.

da durante el Porfiriato y el huertismo. Además, sin aterrorizar a la burguesía, salvo a la relacionada con los ‘científicos’ o con el intento restaurador huertista, la facción constitucionalista atrajo a los sectores populares mediante reformas al Plan de Guadalupe, decretos agraristas —como la Ley del 6 de enero de 1915— y pactos con el movimiento obrero —como los que dieron lugar a la creación de los Batallones Rojos—. <sup>116</sup> Aun concediendo que no fuera sincero este populismo carrancista, y suponiendo que sólo buscara usufructuar bases populares de la facción convencionista, <sup>117</sup> lo cierto es que el zapatismo no pudo atraer a los grupos campesinos de los estados vecinos ni se interesó por establecer una alianza con el proletariado del centro del país, crítica que puede extenderse al movimiento villista, que pronto perdió numerosos apoyos populares y clasemedios de los que gozó durante la segunda mitad de 1914.

La atracción o el rechazo de los diversos grupos sociales dependió del proyecto de cada facción, como la viabilidad de cada proyecto dependió de la fuerza política y militar de la facción que lo sostuviera. A mediados de 1915 el triunfo constitucionalista era incuestionable e inminente: había derrotado al villismo en Celaya, León y Aguascalientes, en El Ébano, en Jalisco, en Nuevo León y Coahuila. <sup>118</sup> Entre julio y agosto arrebató a los zapatistas la ciudad de México, lo que obligó a Lagos Cházaro y a los delegados de la Convención a reiniciar sus aventuras itinerantes; en realidad, la derrota forzó una auténtica diáspora. A pesar de ello, fue entonces —abril de 1916— cuando la Convención promulgó, en Jojutla, el Programa de Reformas Político-Sociales. Sin duda es un documento de ideología agrarista, pero se hizo cuando la representatividad de la Convención se reducía al zapatismo y cuando éste ya no estaba en posibilidad de imponer dicho proyecto al resto del país. De hecho, apenas un mes después, en mayo de 1916, lo que quedaba del gobierno de la Convención acordó su

<sup>116</sup> Jean Meyer, “Los obreros en la Revolución Mexicana: los Batallones Rojos”, en *Historia Mexicana*, vol. XXI, núm. 1, julio-septiembre 1971, pp. 1-37.

<sup>117</sup> Esta afirmación debe matizarse severamente, pues lo cierto es que desde la lucha contra el huertismo varios jefes constitucionalistas, de orígenes sociales e ideología política distinta a la de Carranza, decretaron medidas agraristas y obreristas en las regiones que iban liberando: así lo hicieron, entre muchos otros, Pablo González y Francisco Coss en Puebla y Tlaxcala. Así lo había hecho Lucio Blanco en la hacienda de Borregos, del estado de Tamaulipas.

<sup>118</sup> Una crónica de la plurifrontal campaña, en Manuel W. González, *Contra Villa. Relatos de la campaña 1914-1915*, México, Botas, 1935.

disolución.<sup>119</sup> El gobierno de Carranza fue reconocido por el estadounidense en octubre de 1915, y dedicó el resto de ese año y todo 1916 a consolidar su triunfo y a preparar y afinar su proyecto nacional.

#### VIRTUDES Y LÍMITES DEL CARRANCISMO

La lucha contra los convencionistas no había permitido a los carrancistas ejercer normalmente las funciones gubernamentales. Sólo después de haber triunfado comenzó en realidad su etapa gubernativa, la que se dividiría en preconstitucional y constitucional, con mayo de 1917 como línea divisoria.

El año de 1916 se caracterizó por sus constantes dificultades y, de hecho, el aspecto militar siguió siendo el predominante. Si bien el gobierno de Carranza obtuvo triunfos considerables en su campaña contra el villismo —en la que destacó el general Francisco Murguía, zacatecano pero radicado en Coahuila desde antes de 1910, donde luchó como seguidor de Madero y Carranza sucesivamente— y contra el zapatismo, por otro lado Manuel Peláez y su ejército de ‘guardias blancas’ impidieron que el gobierno controlara buena parte de la Huasteca petrolera. Asimismo, Félix Díaz penetró al país por la costa del Golfo de México y, luego de una odisea que lo llevó por Oaxaca, Chiapas y Guatemala, regresó a Veracruz para hacer su cruzada contrarrevolucionaria con desiguales éxitos, hasta mediados de 1920.<sup>120</sup>

Uno de los mayores problemas del año 1916 fue, al mismo tiempo, militar y diplomático, pues como represalia contra la invasión de Villa al pueblo de Columbus, Nuevo México, de principios de marzo, el gobierno norteamericano envió una fuerte columna ‘punitiva’ encabezada por el general John J. Pershing, la que obtuvo resultados contrarios a sus objetivos: en lugar de infligir una seria derrota a Villa, propició una reacción nacionalista entre los antiguos villistas, quienes reiniciaron actividades hasta alcanzar una relativa recuperación villista hacia finales de ese año.<sup>121</sup>

El ánimo nacionalista trascendió el espacio regional. Coherente con su ideología y postura previas —y ante el riesgo de perder sus apoyos po-

<sup>119</sup> Véanse las obras citadas en la nota 102.

<sup>120</sup> Liceaga, *op. cit.*; Henderson, *op. cit.*

<sup>121</sup> Alberto Salinas Carranza, *La Expedición Punitiva*, México, Botas, 1936. Véanse los vols. XII y XIII de los *Documentos históricos de la Revolución Mexicana*. Véase también la obra de Katz citada en la nota 57.

pulares—, el gobierno carrancista criticó de manera firme la invasión estadounidense.<sup>122</sup> De hecho, es indudable que la presencia en suelo mexicano de las tropas ‘punitivas’ radicalizó el nacionalismo de los diputados constituyentes, postura que se manifestó en el espíritu y texto de la nueva Constitución, elaborada por entonces.

A pesar de la intensidad de las campañas militares, la situación distaba de ser la de los años precedentes. En efecto, 1916 también se caracterizó por el proceso institucionalista y por el predominio de las actitudes modernas en la facción vencedora. En tanto, villistas y zapatistas pasaron de ser una amenaza nacional grave a ser dos molestias regionales; el gobierno carrancista dejó de requerir apoyos masivos, por lo que comenzó a revertir la tendencia, dominante en 1914 y 1915, de hacer grandes concesiones socio-políticas a los sectores populares. Los ejemplos son incontrastables y numerosos: derogó una ley agrarista decretada por Salvador Alvarado en Yucatán, limitó los efectos de su propia legislación agraria —la Ley del 6 de enero de 1915— y, sobre todo, reprimió severamente la huelga de julio y agosto de 1916 en la ciudad de México, cuando casi todos los trabajadores demandaron que les pagaran sus salarios en metálico, pues el papel moneda sufría constantes y abruptas devaluaciones.<sup>123</sup>

La creación de nuevas instituciones y la tensión entre las tendencias reformista y moderada se manifestaron claramente con la promulgación de la Constitución de 1917. A pesar de haberse rebelado contra Huerta prometiendo la restauración de la Constitución de 1857, las limitaciones que desde un principio ésta había mostrado<sup>124</sup> y su falta de consideración a los intereses de las clases y grupos sociales decisivos en el triunfo del proceso revolucionario, obligaron a Carranza y a su grupo a optar por la redacción de una nueva Constitución. Además, las concesiones hechas a tales grupos y clases mediante la abultada legislación social del periodo preconstitucional obligaban a que la nueva Constitución estuviera en consonancia con dicha postura,<sup>125</sup> so pena de que no fuera aceptada por los principales actores de la lucha revolucionaria y de que provocara una gran

<sup>122</sup> Véase la obra de Fabela citada en la nota 104.

<sup>123</sup> Carr, *op. cit.*

<sup>124</sup> Véase la obra de Cosío Villegas citada en la nota 6.

<sup>125</sup> Cumberland sostiene que existe una continuidad ideológica evidente entre “el proceso de cambio en el periodo preconstitucional y propuestas reformistas de la Constitución de 1917”.

inestabilidad al tener que revertirse procesos de cambio sociopolíticos ya en marcha.

Así se explica el debate legislativo habido entre Carranza y sus íntimos, de afanes moderados, contra un abigarrado grupo de constitucionistas, miembros de diversos círculos, incluido también el carrancista, que finalmente se impuso, promulgándose una Constitución que recuperó y cristalizó las principales propuestas de los diversos grupos revolucionarios. Convocadas para octubre de 1916 las elecciones de diputados constituyentes, los debates tuvieron lugar en Querétaro entre diciembre de 1916 y enero de 1917.<sup>126</sup> Si bien en algunos aspectos hubo durante la lucha armada planteamientos más radicales, además de ser la bandera de los grupos vencedores, es indudable que la Constitución de 1917 fue la propuesta de reorganización nacional con mayor amplitud, legalidad y representatividad sociogeográfica.<sup>127</sup> Sobre todo, era la única que garantizaba la estabilidad social y la creación de un nuevo gobierno, como también era la única capaz de consolidar y reglamentar el radical proceso de transformación que había experimentado el país, al pasar del México porfiriano al México revolucionario.

Con la puesta en vigor de la nueva Constitución y la presidencia constitucional de Carranza, en mayo de 1917, daba inicio formalmente el México posrevolucionario. Sin embargo, todavía faltaban tres años para que concluyera la lucha armada y se estableciera el auténtico Estado mexicano revolucionario. Durante su presidencia constitucional Carranza enfrentó graves problemas de diversa índole: políticos, militares, económicos, internacionales y, sobre todo, sociales.<sup>128</sup> Para comenzar, la entrada en

<sup>126</sup> E. V. Niemeyer, *Revolución en Querétaro. El Congreso Constituyente Mexicano de 1916-1917*, México, Instituto de Investigaciones Legislativas, 1993. Además de los debates del propio Congreso Constituyente (varias ediciones), deben consultarse las siguientes obras: Félix F. Palavicini, *Historia de la Constitución de 1917*, Puebla, Gobierno del Estado de Puebla, 1945. Djed Bórquez [Juan de Dios Bojórquez], *Crónica del Constituyente*, México, Botas, 1938.

<sup>127</sup> Una comparación entre las propuestas de la Convención y el Constituyente, en Richard Roman, *Ideología y clase en la Revolución mexicana. La Convención y el Congreso Constituyente*, México, Secretaría de Educación Pública (Sepsetentas), 1976. Un mejor análisis sobre la superioridad de la Constitución, en Charles Cumberland, *La Revolución mexicana. Los años constitucionalistas*, *op. cit.* Obviamente, también debe consultarse a Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución Mexicana*, México, Era, 1973.

<sup>128</sup> Álvaro Matute, *Las dificultades del nuevo Estado*, México, El Colegio de México, 1995.

vigor de la Constitución obligaba a la reactivación de procedimientos y normas políticas prácticamente desconocidos en el país. Después de los treinta años del Porfiriato y de los siete años de la lucha revolucionaria, tenía que empezar a elegirse a todas las autoridades; asimismo, después de los varios años de lucha armada de los poderosos ‘jefes militares’, éstos debían acatar a las nuevas autoridades civiles; por último, tenían que comenzar a imperar las libertades de asociación y expresión. Eran enormes las dificultades para construir un régimen democrático en un país que carecía de la cultura política y de las instituciones adecuadas, y cuya historia reciente había oscilado entre el autoritarismo y el desorden.

Obviamente, los problemas militares no desaparecieron con la vuelta de la legalidad. Carranza tenía que continuar su campaña de pacificación; de lo contrario, varias regiones del país seguirían fuera de su control. Así, tenía que seguir reduciendo la fuerza de villistas y zapatistas. De otra, tenía que empeñar serias campañas contra otros grupos rebeldes menores, como los cedillistas de San Luis Potosí y los arenistas de Tlaxcala.<sup>129</sup> Asimismo, tuvo que lucharse contra varios grupos de bandoleros, entre los que destacó el encabezado por José Inés Chávez García, suficientemente numeroso como para tener asolado al estado de Michoacán entre 1916 y 1918.<sup>130</sup> Por último, también debía combatirse a varios grupos rebeldes denominados genéricamente como “contrarrevolucionarios”, entre los que destacaban las fuerzas de Peláez y Félix Díaz, que operaban en la Huasteca petrolera y en la zona central de Veracruz, respectivamente, así como los rebeldes ‘soberanistas’ de Oaxaca y los ejércitos de los finqueros de Chiapas.<sup>131</sup> Para colmo, Carranza tuvo que enfrentar todos estos desafíos con un ejército

<sup>129</sup> Véanse las obras citadas en las notas 4, 79 y 90.

<sup>130</sup> La caracterización del movimiento chavista está aún en discusión; consúltese Álvaro Ochoa Serrano, *La violencia en Michoacán (Ahí viene Chávez García)*, Morelia, Gobierno del Estado de Michoacán, 1990.

<sup>131</sup> Para los rebeldes oaxaqueños, véase la obra citada de Ruiz Cervantes en la nota 92. Véase también Paul H. Garner, *La Revolución en la provincia. Soberanía estatal y caudillismo en las montañas de Oaxaca (1910-1920)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988. Para el caso de Chiapas, véase el tomo II de la obra de Antonio García de León, *Resistencia y utopía*, México, Era, 1985. Véase también Thomas Louis Benjamin, *El camino a Leviatán*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990. Para todos estos movimientos en conjunto, véase Javier Garcíadiego, “Revolución constitucionalista y contrarrevolución. Movimientos reaccionarios en México”, tesis de doctorado en historia, El Colegio de México, 1981.

muy indisciplinado: la vuelta a la normalidad constitucional obligaba a que los militares disminuyeran sus atribuciones y excesos, lo que provocó numerosos conflictos entre éstos y las autoridades civiles, comprensiblemente interesadas en reducir el poder de los militares.<sup>132</sup>

Las campañas militares agravaban el problema económico que enfrentaba el país, pues continuaba la destrucción y el gobierno tenía que destinar una parte considerable del presupuesto al renglón militar. La reactivación de la economía era impostergable, dado que ya eran más de siete los años de destrucción constante, en especial en las zonas agrícolas y mineras y en las líneas férreas y el material rodante, lo que dificultaba la producción e impedía cualquier comercio mayoritario. Asimismo, una parte considerable de la fuerza de trabajo del país había muerto o quedado inutilizada durante la lucha armada, y otra parte igualmente considerable estaba aún en alguno de los varios ejércitos y grupos en armas. El problema era cualitativo además de cuantitativo. En efecto, la salida de numerosos hacendados, empresarios, intelectuales y profesionistas había dejado al país sin la mayor parte de su capital humano.<sup>133</sup> Para colmo, la Primera Guerra Mundial impidió que fluyera a México la inversión extranjera, factor que pospuso la reactivación de la economía nacional.

La Primera Guerra Mundial también generó a Carranza varios problemas diplomáticos mayúsculos, sobre todo cuando el gobierno estadounidense presionó al de México para que abandonara su neutralidad a favor de los países aliados, y cuando posteriormente le reclamó su supuesta germanofilia.<sup>134</sup> Al término de la contienda europea hubo varios políticos norteamericanos —como el senador de Nuevo México Albert Fall— que exigieron un castigo ejemplar para Carranza por su conducta contraria a Estados Unidos a lo largo de esos años.<sup>135</sup> Dado que la presi-

<sup>132</sup> Javier Garciadiego, “La política militar del Presidente Carranza”, en *Cincuenta años de historia de México*, 2 vols., México, El Colegio de México, 1991, tomo II, pp. 437-470.

<sup>133</sup> El exilio de todos estos sectores sociales y grupos políticos, así haya sido temporal, no ha sido evaluado. La historiografía mexicana ha producido varios estudios sobre los exilios de políticos extranjeros a México, pero no a la inversa.

<sup>134</sup> Según el famoso telegrama Zimmermann, el gobierno alemán apoyaría cualquier intento de México por declararle la guerra a Estados Unidos para recuperar los territorios perdidos en 1848.

<sup>135</sup> El senador Fall promovió una extensa investigación, hecha a partir de testimonios de norteamericanos cuidadosamente seleccionados, para documentar los numerosos y graves agravios resultantes por la supuesta yanquifobia de los revolucionarios mexicanos.

dencia de Carranza habría de concluir a finales de 1920, y debido a que Woodrow Wilson no quiso tomar una decisión radical que pudiera afectar los cuantiosos intereses estadounidenses en México, se resolvió dejar que éste siguiera su evolución como país posrevolucionario, presionando, eso sí, para que tendiera hacia la moderación y la institucionalización, y no hacia el radicalismo.

Esta evolución supondría una transformación pronta y decisiva. En efecto, en 1920 el país enfrentaría un proceso de sucesión presidencial, en el que los candidatos serían Álvaro Obregón, distanciado ya de Carranza pero con numerosos apoyos entre los diversos grupos revolucionarios, e Ignacio Bonillas, un viejo funcionario —en ese momento era embajador en Washington— que gozaba de la confianza de don Venustiano pero que era desconocido entre los soldados revolucionarios y la opinión pública. Dado que por los casi diez años de lucha ininterrumpida el Ejército Nacional —Constitucionalista hasta mayo de 1917— era la institución con mayor organización y fuerza política en el ámbito nacional, y debido al desnivel en prestigio y popularidad de ambos, para que el grupo de Carranza conservara el mando necesitaba acudir a las tácticas impositivistas. Sin embargo, dicho grupo estaba debilitado desde su escisión cuando don Venustiano escogió a Bonillas sobre Pablo González,<sup>136</sup> a quien también se tenía como candidato natural a la presidencia. Aunque se argumentó la necesidad de que el civilismo se impusiera al militarismo, desplazar a Obregón para imponer a Bonillas era imposible en las condiciones por las que en 1920 atravesaban el país y el gobierno carrancista.

Las principales tácticas impositivistas fueron designar un jefe de operaciones militares procarrancista en Sonora, intentar dividir al grupo de políticos sonorenses —para lo cual se invitó a Plutarco Elías Calles al gabinete de Carranza— y tratar de desprestigiar a Obregón, involucrándolo con las actividades del rebelde contrarrevolucionario Roberto Cejudo. La respuesta de todos ellos fue organizar la revuelta de Agua Prieta.<sup>137</sup> La lucha fue breve y prácticamente incruenta. Sus actitudes y declaracio-

<sup>136</sup> Se sigue careciendo de una biografía confiable de Pablo González. Por su riqueza documental, puede consultarse el trabajo escrito por su hijo, citado en la nota 74. Respecto a sus pretensiones presidenciales, véase Hermila Galindo, *Un presidencialismo. El Sr. Gral. Pablo González*, México, Imprenta Nacional, 1919.

<sup>137</sup> Álvaro Matute, *La carrera del caudillo*, México, El Colegio de México, 1980. Véase también John W. Dulles, *Ayer en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977.

nes procivilistas dieron lugar a que Carranza no contara con el apoyo del ejército, por lo que casi a solas tuvo que huir de la ciudad de México, encontrando la muerte en el poblado de Tlaxcalantongo, en plena sierra poblana.<sup>138</sup>

Este conflicto se caracterizó por el aislamiento sociopolítico en el que terminó Carranza y por los numerosos apoyos conquistados por Obregón. Varias organizaciones sociopolíticas y algunos grupos rebeldes de muy distinto signo político se adhirieron al movimiento ‘aguaprietista’, el que comenzó a ser visto como una “revolución unificadora”. El problema consistió en que, según don Venustiano, sus diferencias con villistas, zapatistas y demás grupos de exrevolucionarios sólo podían resolverse militarmente, mientras que para Obregón y los demás líderes ‘aguaprietistas’ dicho problema era sociopolítico: en lugar de pelear contra ellos, se les incorporó al nuevo gobierno.<sup>139</sup> Conscientes de que el modelo carrancista de Estado revolucionario contradecía su naturaleza y se condenaba a la inestabilidad crónica, los jefes sonorenses se mostraron dispuestos a hacer las concesiones sociales que justamente exigían los grupos que tan importantes habían sido en el triunfo de la Revolución.

Así, debe afirmarse que el Estado revolucionario mexicano nació en 1920, y no en 1917, pues sólo a partir de entonces lo conformaron, con muy distintos grados de beneficio e influencia, todos los grupos que habían sido fundamentales en el proceso revolucionario. A partir de 1920 asumió el poder una clase media, social y políticamente distinta al grupo carrancista, y ya sin vínculos y posturas procedentes del antiguo régimen. Asimismo, el poder de estas nuevas clases medias partía de una alianza decisiva con los sectores populares del país. Si bien éstos ya no reclamaban la hegemonía nacional, como lo habían hecho en 1915, a cambio de su apoyo y subordinación obtuvieron concesiones sociales y políticas apreciables. Con todo, esta alianza no implicaba que el Estado mexicano revolucionario fuera un Estado radical, pues las clases medias en el poder

<sup>138</sup> Una espléndida crónica testimonial es la de Francisco L. Urquiza, *Asesinato de Carranza*, México, Populibros La Prensa, 1959. Obviamente, también debe leerse la inigualable recreación hecha por Martín Luis Guzmán, titulada “Ineluctable fin de Venustiano Carranza”, parte de su conocida obra *Muertes históricas* (varias ediciones).

<sup>139</sup> Sonia Quiroz, “De guerreros a generales (los primeros pasos hacia la institucionalización del ejército mexicano en el interinato de Adolfo de la Huerta)”, tesis de licenciatura por la Universidad Nacional Autónoma de México, 1982.

también pactaron con los alzados contrarrevolucionarios, quienes representaban a diversas élites regionales.<sup>140</sup> Es incuestionable, por lo tanto, que la Revolución mexicana es el acontecimiento histórico más importante de nuestro siglo xx, en tanto que su proceso produjo un nuevo Estado, todavía hoy vigente, dominado por unas clases medias no radicales pero que entendieron el imperativo de satisfacer las principales necesidades de los grupos populares que habían participado decisivamente en la lucha revolucionaria.

<sup>140</sup> Véase la obra de Garciadiego citada en la nota 131.



4  
LA POLÍTICA MILITAR  
DEL PRESIDENTE CARRANZA\*

IMPERIOSAS NECESIDADES

El Ejército Constitucionalista derrotó a dos enemigos formidables. Primero al Ejército Federal y a sus aliados, los orozquistas; posteriormente reprimió la escisión de uno de sus componentes básicos, el grupo villista, que junto con los zapatistas desafió a las fuerzas de Carranza y Obregón. Ambas victorias merecían calificativos espléndidos; sin embargo, el desprestigio y la indisciplina de este ejército eran tales, que don Venustiano y sus principales colaboradores consideraron impostergable reorganizarlo. El intento de convertir al ejército revolucionario en uno institucional encontró muy serios obstáculos, y no bastó cambiar de nombre, de Ejército Constitucionalista a Ejército Nacional. Para evaluar este proceso, es necesario conocer la política militar de Carranza: ¿cuáles eran sus principales aspectos?, ¿fue sincera o forzada por presiones políticas o presupuestales?, ¿qué lo llevó a elegir una política militar ente otras posibles?, ¿cuáles eran las alternativas?, ¿cuáles, los principales obstáculos?, ¿qué logros obtuvo?, ¿qué consecuencias imprevistas provocó?

\* Conferencia leída en el Congreso Internacional sobre la Revolución Mexicana organizado por el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM), celebrado en la ciudad de San Luis Potosí, México, del 1 al 5 de octubre de 1991. Una primera versión del texto apareció en la *Memoria* de dicho congreso; también se publicó en Alicia Hernández Chávez y Manuel Miño Grijalva (coords.), *Cincuenta años de Historia en México en el Cincuentenario del Centro de Estudios Históricos*, México, El Colegio de México, 1991, vol. 2, pp. 437-470. Posteriormente, enriquecida con numerosas ilustraciones apareció en *El águila naciente. La institucionalización militar de México tras la Revolución*, México, Senado de la República, Secretaría de la Defensa Nacional, Fideicomiso Archivo Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca, Aldus, pp. 23-80, en el marco de las Conmemoraciones del Centenario de la Revolución mexicana que organizaron el Senado y la Secretaría de la Defensa en 2010.

Hijo de un ranchero que luchó contra los ejércitos conservadores e intervencionistas, veterano él mismo —junto con algunos de sus hermanos— de una exitosa rebelión estatal para impedir que José María Garza Galán se reeligiera como gobernador de Coahuila en 1893, Venustiano Carranza sabía de la conveniencia de la violencia política, de la lucha armada.<sup>1</sup> Sin embargo, viejo partidario del general Bernardo Reyes, sabía de la necesidad de contar con un ejército moderno, sin vicios decimonónicos.<sup>2</sup> Una vez obtenido el triunfo, don Venustiano buscó profesionalizar sus fuerzas armadas; es decir, darles mayor capacidad táctica y técnica e imponer una irreprochable conducta dentro de ellas y con la sociedad civil. También buscó hacerlas más institucionales, para acabar con el caudillismo y con las aspiraciones políticas desmedidas o ilegales de los jefes principales.

El saneamiento del ejército no podía ser una política para la posteridad, un legado; tampoco fue producto de los vestigios del reyismo. Era urgente: el trágico fin de Madero enseñaba a Carranza que de ello dependía la supervivencia de su gobierno. Para su desgracia, las condiciones no eran propicias. Al comenzar el periodo presidencial —mayo de 1917— no había un enemigo que pusiera en peligro al gobierno; no obstante, éste enfrentaba una muy difícil situación militar. Si bien es cierto que el villismo y el zapatismo estaban en retroceso, las fuerzas rebeldes de Manuel Peláez, en la Huasteca petrolera; de Félix Díaz, en Veracruz; de José Inés Chávez García, en Michoacán; de los ‘soberanistas’ oaxaqueños, y de los finqueros chiapanecos, además de otros grupos menores, estaban en pleno auge.<sup>3</sup> Por lo tanto, no se disponía de la imprescindible paz para cualquier

<sup>1</sup> Para los datos biográficos de Venustiano Carranza, incluidas la filiación política de su padre y la participación de la familia en la lucha contra Garza Galán, véase Jesús Carranza Castro, *Origen, destino y legado de Carranza*, México, B. Costa Amic Editor, 1977, pp. 17-32, 38-56, 76, 119-120. Véase también Alfonso Taracena, *Venustiano Carranza*, México, Editorial Jus, 1963, pp. 5, 11-13.

<sup>2</sup> Para los intentos de Bernardo Reyes por reformar el Ejército Federal, véase E. V. Niemeyer, *El general Bernardo Reyes*, Monterrey, Gobierno del Estado de Nuevo León, Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Nuevo León (Biblioteca de Nuevo León, 3), 1966, pp. 91-105. Para el reyismo de Carranza, véase Taracena, *op. cit.*, pp. 14-15. Sin duda el mejor estudio sobre el ejército durante el periodo de Díaz es: Alicia Hernández Chávez, “Origen y ocaso del ejército porfiriano”, en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, vol. xxxix, núm. 1, julio-septiembre 1989, pp. 257-296.

<sup>3</sup> La invasión a Columbus y la Expedición Punitiva dieron un auge temporal al villismo; al respecto, véase Friedrich Katz, *Pancho Villa y el ataque a Columbus*, Nuevo México,

reorganización militar. Todo lo contrario, dado que se empeñaban en varias y serias campañas, los componentes del ejército no podían reducirse; al mismo tiempo subsistían las condiciones propicias para la corrupción, los abusos contra los ciudadanos pacíficos, las rivalidades entre los militares y las competencias con las autoridades civiles; en caso de triunfo, se acrecentaba la popularidad y la autoestima del militar vencedor, siempre presto a cobrar sus esfuerzos y riesgos.

Comprendiblemente, don Venustiano buscó evitar a cualquier precio el engrandecimiento político de los militares exitosos. Celoso de su poder, mediante complejas maniobras políticas, para las que era “sumamente hábil”,<sup>4</sup> trató de impedir el encumbramiento de otro caudillo. Dos ejemplos importantes de estas maniobras fueron no ratificar a Obregón como secretario de Guerra y Marina al inicio del periodo constitucional<sup>5</sup> y mantener a Pablo González al frente de una muy difícil campaña en Morelos. Asimismo, aun a costa de entorpecer las acciones contra los rebeldes, Carranza acostumbró cambiar constantemente a los jefes, para que en caso de triunfo no pudieran alegar ser los responsables únicos del éxito. No se explica de otra manera los traslados de jefes serios y empeñosos.<sup>6</sup> Es más,

Rubén Osorio (trad.), Chihuahua, Chih., Litográfica Regma, 1979. Para el zapatismo, consúltese John Womack, *Zapata y la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI Editores, 1969, pp. 252-283. Respecto a los otros grupos rebeldes, Javier Garciadiego, *Revolución constitucionalista y contrarrevolución. Movimientos reaccionarios en México, 1914-1920*, México, El Colegio de México, tesis de doctorado en historia, 1981.

<sup>4</sup> Carranza también maniobró a fin de impedir que del aparato político-administrativo surgiera otro estadista. Para el ámbito militar, véase Álvaro Matute, “Del Ejército Constitucionalista al Ejército Nacional”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, vol. VI, 1977, pp. 153-183. Constantemente se acusó a Carranza de nulificar, “de uno en uno y por riguroso turno”, a todos los generales con aspiraciones políticas; véase *Revista Mexicana*, San Antonio, Texas, 22 diciembre 1918.

<sup>5</sup> Los conflictos entre don Venustiano y Álvaro Obregón anteceden a mayo de 1917, pero su separación del gabinete se pospuso por la presencia de la Expedición Punitiva. Un buen análisis de sus diferencias se encuentra en Jorge Hernández Campos, “El constitucionalismo. Ensayo sobre los orígenes de la paradoja del poder”, en *Nueva Política*, México, Fondo de Cultura Económica, vol. I, núm. 2, abril-junio 1976, pp. 143-180.

<sup>6</sup> Esta reubicación de jefes exitosos abarcó desde encargados de pequeñas poblaciones hasta responsables de extensas e importantes regiones. Al efecto, véase, respectivamente, Archivo Jacinto Treviño (Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México), en adelante AJT, s. SP, c. VIII, exp. 32, 1423; y exp. 4, 1183.

pretendió controlar formal y realmente al ejército. En una de sus típicas maniobras, a la salida de Obregón don Venustiano nombró en su lugar a Jesús Agustín Castro, viejo enemigo de Pablo González; significativamente, sólo le dio el puesto de subsecretario encargado del despacho,<sup>7</sup> con lo que dejó insatisfechos a los tres.

Así haya sido por razones políticas o por necesidades militares, la prueba contundente de su deseo de controlar al ejército la dio a principios de 1918, cuando decretó que el Ministerio de Guerra y Marina despacharía únicamente los asuntos administrativos, “abocándose el Ejecutivo a la dirección general de las operaciones militares”.<sup>8</sup> Paralelamente a su deseo de controlar el ejército, Carranza fue madurando la idea de conformar un fuerte núcleo de militares leales a él e independientes de Obregón y González. Sólo así se explica el peso que dio a Cándido Aguilar, Juan Barragán, Cesáreo y Jesús Agustín Castro, Manuel Diéguez, Francisco Murguía y Francisco L. Urquiza, entre otros. La idea era atinada, como lo demuestra el hecho de que éstos le hayan sido leales hasta el final, a diferencia de los obregonistas y los gonzalistas. Sin embargo, la fuerza que pudieron desarrollar no fue equiparable a la de los grupos verdaderamente poderosos dentro del ejército. Por necesidades gubernamentales, también fueron usados en puestos políticos, pasando mucho tiempo sin mando directo de fuerzas; además, a pesar del apoyo oficial, no siempre tuvieron éxito en sus campañas. Para colmo, don Venustiano perdió el apoyo de generales adictos a él, como Francisco Coss, rebelde desde finales de 1917 por motivos electorales coahuilenses.<sup>9</sup>

Sabedor de los problemas de este ambicioso plan, Carranza debilitó por todos los medios posibles a los militares no favoritos. Por ejemplo, otro

<sup>7</sup> Para los antecedentes socioeconómicos de Castro, así como para sus actividades militares y políticas, consúltese J. M. Márquez, *El Veintiuno. Hombres de la revolución y sus hechos*, México, s. p. i. [1916]. Para sus conflictos con Pablo González, véase Jorge Aguilar Mora, *Una muerte sencilla, justa, eterna. Cultura y guerra durante la Revolución mexicana*, México, Era, 1990, pp. 229-230.

<sup>8</sup> *El Demócrata*, México, 13 abril 1918; *Informe Presidencial*, México, septiembre 1918, pp. 266-267. En esta decisión influyó el auge rebelde y la incapacidad mostrada por Castro; véase *El Demócrata*, México, 7 abril 1918.

<sup>9</sup> Álvaro Matute, *Las dificultades del nuevo Estado*, México, El Colegio de México, 1995 (vol. 7 de la *Historia de la Revolución mexicana, periodo 1917-1924*), 1995. Para la lealtad de estos militares carrancistas, véase Javier Garcíadiego, *La revuelta de Agua Prieta*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, tesis de licenciatura en ciencia política, 1974.

procedimiento para erosionar su poder político fue la supresión de las comandancias militares, las que durante el periodo preconstitucional habían tenido facultades en el ramo judicial.<sup>10</sup> También resultó fundamental la desaparición de los Cuerpos del Ejército. Esto dio lugar a que un enemigo suyo asegurara que Carranza temía que cualquier jefe de alguno de estos cuerpos, mucho más poderosos que las divisiones, se convirtiera en su rival.<sup>11</sup> El control del ejército no tuvo únicamente motivaciones políticas; igualmente importantes fueron las económicas. Don Venustiano era consciente de la imposibilidad de la recuperación económica nacional, imprescindible para alcanzar la paz orgánica, si se continuaba asignando la mayor parte del presupuesto al renglón militar. De ahí el interés por la reorganización, que permitía un mejor aprovechamiento del presupuesto bélico —que había sido objeto de incrementos a finales de 1916 y principios de 1917—<sup>12</sup> y una distribución más racional de los egresos gubernamentales. Tan pronto inició su periodo presidencial, Carranza intentó disminuir el ejército. Primero se procedió al inventario de los efectivos militares, y luego a su ordenación en las distintas armas. Este inventario dio una cifra cercana a los 150 mil hombres, aunque muchos sólo existían en las nóminas.<sup>13</sup>

Consecuentemente, la ordenación produjo un gran número de oficiales sobrantes. Esto ocasionaba un nuevo problema: conservarlos resultaba oneroso, pero el grueso de ellos no se conformaría fácilmente si se le licenciaba, y el gobierno sabía que cualquier rebelión resultaría más gravosa que continuar abultando las nóminas, por lo que sería “peor” ponerse “pesado” con los militares.<sup>14</sup> La cuestión implicaba paradojas y antinomias. Parecía

<sup>10</sup> *Diario Oficial*, México, 2 junio 1917. La disposición se basaba en el artículo 129 constitucional, que señalaba: “En tiempo de paz, ninguna autoridad militar puede ejercer más funciones que las que tengan exacta conexión con la disciplina militar”.

<sup>11</sup> Esteban Maqueo Castellanos a Francisco León de la Barra, 7 abril 1919, en Archivo Francisco León de la Barra (Carso), en adelante AFLB, c. 10, doc. 1040.

<sup>12</sup> Rafael Nieto a Carranza, 13 enero 1917, en Archivo Histórico de la Defensa Nacional, Luis Muro y Berta Ulloa, *Guía del Ramo Revolución mexicana, 1910-1920*, México, El Colegio de México, 1997, XI, 481, 5/100, f. 46, c. 47, en adelante AHDN-Luis Muro.

<sup>13</sup> En abril de 1917 las cifras oficiales consignaban un total de 11 generales de división, 58 de brigada, 138 brigadieres, 2 638 jefes, 18 452 oficiales y 125 823 de clases; véase *Informe Presidencial*, México, abril 1917, pp. 189. En la prensa se manejó poco después una cifra mayor hasta en 15 por ciento.

<sup>14</sup> *La Prensa*, San Antonio, Texas, 20 junio 1917, en Archivo Venustiano Carranza (Carso), en adelante AVC, c. 113, doc. 13006; *Revista Mexicana*, San Antonio, Texas, 6 julio 1919.

insensato reducir la fuerza militar cuando había que empeñarse en luchas simultáneas a lo largo y ancho del país contra enemigos de consideración.<sup>15</sup> Dado que la reducción del ejército no era sólo una medida de saneamiento presupuestal sino que pretendía minar el poder del sector castrense en su conjunto, Carranza necesitaba encontrar el punto límite, el equilibrio, para no entorpecer la campaña contra los alzados ni dar lugar al encono de sus militares, y obtener —a la vez— economías sustanciales para el erario. Como el anuncio de la reorganización provocó gran ansiedad, a mediados de 1917 el gobierno subrayó que los oficiales excedentes no serían dados de baja ni considerados fuera del servicio, sino que serían organizados “en nuevos Cuerpos”, por ejemplo, la Legión de Honor; también precisó que cobrarían “íntegros” sus haberes y que se les respetaría la antigüedad.<sup>16</sup> Don Venustiano reconocía así la disyuntiva entre la necesidad presupuestal de los licenciamientos y el riesgo de escisiones y rebeliones. El peligro era cierto y grave; no en balde el órgano de difusión zapatista aseguró que el levantamiento de Martín Triana, en Aguascalientes, se había debido a “la nueva ley sobre organización del ejército”; asimismo, el conato de rebelión de Porfirio González, en Nuevo León, en buena medida se debió a que fue degradado y colocado “en depósito”.<sup>17</sup> No cabe duda: la política militar del Presidente Carranza comenzó con pasos en falso y en reversa.

#### LA INÚTIL COMISIÓN

El estado de rebelión generalizada y el riesgo de que ésta aumentara con la defección de militares carrancistas no fueron los únicos obstáculos para la organización del ejército. También lo fue la carencia de colaboradores responsables y adecuados. A diferencia de Madero, que conservó el ejército de Porfirio Díaz luego de vencerlo, Carranza disolvió el Ejército Federal, lo que le hizo perder numerosos elementos técnicamente bien

<sup>15</sup> Records of the Department of State, en adelante RDS, *record group* 59, 812.00/21660.

<sup>16</sup> Jesús Agustín Castro a Juan Barragán, 24 junio 1917, en Archivo Juan Barragán (Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México), en adelante AJB, s. EM, c. v, exp. 19, 634; *Diario Oficial*, México, 4 noviembre 1918.

<sup>17</sup> *El Sur*, año I, núm. 4, 15 julio 1917, en Archivo Jenaro Amezcua (Carso), en adelante AJA, s. imprs., c. I, doc. 14. Para el caso de Porfirio González, véase AJB, s. EM, c. v, exp. 17, 614.2; exp. 26, 688; c. vi, exp. 10, 790; *Revista Mexicana*, San Antonio, Texas, 14 octubre 1917.

calificados. Por tanto, la tarea quedó supeditada a los mayoritariamente improvisados oficiales constitucionalistas, no sólo faltos de conocimientos profesionales sino, las más de las veces, indisciplinados y personalistas, decididos a obtener su anhelado ascenso socioeconómico a través de la milicia o la política. Para llevar a cabo la reorganización, se instituyó una comisión encargada de estudiar los proyectos de la Secretaría de Guerra. Sus integrantes fueron los generales Jacinto B. Treviño, Federico Montes y Alfredo Breceda; el licenciado Ramón F. Frausto, “abogado consultor de la misma secretaría”, y Eduardo Paz, exmiembro del Ejército Federal y a quien se tenía como “uno de los militares técnicos más competentes”; también fueron incluidos el general Francisco L. Urquizo y el senador Francisco Labastida Izquierdo. El primero, Treviño, fue escogido para presidirla.<sup>18</sup>

¿Quiénes eran los elegidos?, ¿cuáles fueron las razones de su designación?, ¿hubo otros candidatos para formar parte de la comisión?, ¿por qué se designó a Treviño para encabezarla?, ¿qué actitud adoptaron hacia ella los miembros del ejército?, ¿cómo funcionó y cuáles fueron los resultados de su labor? Jacinto Treviño era un coahuilense vinculado a las armas desde su nacimiento, pues su familia provenía de los colonos militares que habían recibido tierras a cambio de contener y cazar a los violentos indios que asolaban la extensa franja fronteriza norteña. Probablemente atraído por el ascenso social que garantizaba la carrera de las armas en el Porfiriato, en 1900, a sus 17 años, ingresó al Colegio Militar. Concentró sus estudios en artillería; al concluirlos, en 1908, ingresó a la Fábrica Nacional de Cartuchos, y pasó luego, a principios de 1911, a la de pólvora. Treviño formó parte del Estado Mayor Presidencial tan pronto Madero tomó posesión. Tal parece que durante ese tiempo tuvo una breve aunque apreciable participación en la campaña contra los orozquistas; sin embargo, es evidente que continuó, preferentemente, en labores técnico-administrativas: además de sus funciones en el Estado Mayor de Madero, colaboró en la creación y organización de fuerzas irregulares en Coahuila, y durante algunos meses fue profesor de Táctica en la Escuela Militar de Aspirantes.<sup>19</sup>

<sup>18</sup> *El Universal*, México, 23 junio 1917.

<sup>19</sup> Para sus antecedentes biográficos, consúltese Jacinto Treviño, *Memorias*, México, Orión, 1961, pp. 9-10. Para los inicios de su carrera militar, su expediente en Archivo Histórico de la Defensa Nacional, Cancelados, en adelante AHDN, *Cancelados*, XI/III/1-257, t. 1, ff. 23, 39-40, 48, 52, 69, 178, 184, 188, 191.

Durante la lucha constitucionalista, Treviño desempeñó funciones técnico-administrativas. El mismo día de la usurpación de Victoriano Huerta se puso a las órdenes de Carranza, pues se encontraba en Coahuila supervisando el funcionamiento de las fuerzas estatales.<sup>20</sup> Participó en pocos combates durante la lucha contra Huerta, ya que fue jefe del Estado Mayor de don Venustiano por más de un año. Al triunfo del movimiento fue oficial mayor encargado del despacho de la Secretaría de Guerra durante la primera estancia de Carranza en la ciudad de México. No obstante, la lucha contra las fuerzas convencionistas lo obligó a desempeñar funciones de militar en activo. La importancia de las acciones lo tornaron protagonista; sin embargo, alternó éxitos con fracasos. Ciertamente es que hizo una asombrosa travesía por la Huasteca hidalguense a finales de 1914, que a mediados de 1915 defendió con éxito la estratégica plaza de Ébano contra fuerzas villistas tres veces superiores y que realizó en 1916 una buena campaña, al frente del Cuerpo del Ejército del Noreste, contra los villistas de Coahuila y Chihuahua; pero cierto es también que a principios de 1917, ante la ostensible recuperación villista, tuvo que ser remplazado por Francisco Murguía. Más grave resultó la acusación en su contra, de actuar con desidia y “torpeza” y de haber administrado la campaña de manera “poco honrada”. Los cargos fueron tan insistentes y verosímiles, que a finales de marzo de 1917 el gobierno decidió hacer una “averiguación” para “esclarecer las responsabilidades” que pudieran resultarle.<sup>21</sup>

¿Cómo se explica que tres meses después haya sido designado para encabezar la comisión reorganizadora del ejército?, ¿qué tipo de exculpación se le dio que jamás volvió a tener mando directo de fuerzas?, ¿se le nombró por ser el único de los divisionarios constitucionalistas con estudios militares profesionales?, ¿influyó acaso que fuera diputado, a fin de facilitar que los legisladores aceptaran el proyecto?, ¿cómo explicar que también fue nombrado para presidir la comisión encargada de redactar la

<sup>20</sup> Fue dado de baja del Ejército Federal más de un mes después, ya que su antiguo profesor de artillería, Guillermo Rubio Navarrete, logró que se le diera un periodo de gracia para que se presentara a la capital del país, lo que permite deducir la estima que le tenía. Véase AHDN, *Cancelados*, XI/III/1-257, t. 1, ff. 194, 197, 201.

<sup>21</sup> Véase AHDN, *Cancelados*, XI/III/1-257, t. 1, ff. 74-75, 80, 87-89, 105-106, 168; t. 2, ff. 276, 312, 406-407; Vito Aguirre a Pedro Gil Farías, 27 marzo y 17 julio 1917, en AJB, s, SP, c. VIII, exp. 4, 1183. Los documentos de tal investigación, en AHDN, *Cancelados*, XI/III/1-257, t. 3, ff. 555, 559, 563, 568, 573, 577, 578, 579, 581, 587; t. 4, ff. 840-948.

Ley Orgánica del Ejército y Guardias Nacionales?<sup>22</sup> ¿era tanta la confianza que en lo técnico-administrativo se le tenía?, ¿prefirió don Venustiano pagar su lealtad ocupándolo en cuestiones de escritorio antes que responsabilizarlo de funciones propiamente militares? Su nombramiento permite otros cuestionamientos: ¿qué credibilidad podía dar al grueso del ejército y a la opinión pública una comisión presidida por el desprestigiado Treviño?, ¿pensaba Carranza aprovechar realmente las sugerencias de la comisión?, ¿tenía como objetivo tranquilizar a la opinión internacional?

La personalidad de otros miembros de la comisión impide creer que fuera una farsa. Federico Montes también era un general constitucionalista con estudios previos en el Colegio Militar, que a finales de diciembre de 1913 desertó del Ejército Federal y se incorporó a las fuerzas de Pablo González. A partir de entonces ascendió rápidamente en el escalafón militar revolucionario, así como en la confianza política y la estima personal de don Venustiano: para 1917 ya había sido gobernador y comandante militar de Querétaro y diputado federal por Guanajuato.<sup>23</sup> Alfredo Breceda había sido secretario de Carranza durante los primeros tiempos de la lucha contra Huerta, y continuó desempeñando importantes puestos y encargos políticos los años siguientes. Además, en abril de 1915 había ido a Estados Unidos a conseguir maquinaria para fabricar armas y pertrechos, y a principios de 1916 había sido nombrado inspector general de los Establecimientos Fabriles Militares.<sup>24</sup> Es decir que, aunque civil, a mediados de 1917 Breceda sabía de temas armamentistas y de aprovisionamiento de pertrechos y vituallas. Por lo que respecta a Urquizo, revolucionario desde 1911 y leal a Madero y a Carranza —eran paisanos—, sus credenciales para participar en la comisión fueron su participación en el Estado Mayor de

<sup>22</sup> AHDN, *Cancelados*, XI/III/1-257, t. 2, ff. 270, 314; AJT, c. 12, exp. 48, f. 7533. Treviño acepta que Carranza, cuidadoso con el protocolo, lo nombró por respeto a la Cámara de Diputados, donde había sido designado para presidir la Comisión de Guerra. Véase Treviño, *op. cit.*, p. 140.

<sup>23</sup> AJB, s. VC, c. II, exp. 8, 247.1; s. JB, c. XVII, exp. 31, 2868; Francisco L. Urquizo, *Un pedazo de la historia de la Revolución. El general Federico Montes*, México, Libro Mex Editores, 1960, pp. 105-142, donde se incluye una síntesis de la “hoja de servicios” de Federico Montes.

<sup>24</sup> Los principales datos biográficos de Alfredo Breceda, en AJB, s. JB, c. XVII, exp. 31, 2868. Véase también AJA, s. VC, c. I, exp. 7, 46, y *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana*, 8 vols., México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1990, vol. I, pp. 272-274.

don Venustiano; la organización de la Brigada —luego División— Supremos Poderes, a partir de septiembre de 1914, y haber sido jefe del Departamento de Estado Mayor de la Secretaría de Guerra durante un año.<sup>25</sup>

El caso de Eduardo Paz fue notoriamente distinto. Ingresó al Colegio Militar en 1873, a la edad de 22 años, y realizó sus estudios con “dedicación decidida”, los que concluyó en 1878. En el servicio activo continuó investigando sobre temas militares con “auténtico entusiasmo”, con lo que logró “extensos conocimientos”. Participó temporalmente en la Comisión Geográfico-Exploradora, y desde 1898 colaboró como docente en el Colegio Militar. Fracasó en su intento de realizar estudios de especialización en Europa, pero para 1904 ya era autor de varios escritos de tema castrense. Justificadamente, hacia 1907 era subinspector de Academias Oficiales y miembro de la junta que tenía que opinar sobre el proyecto de reclutamiento redactado por el general Mondragón, y en 1909 era miembro de la Comisión de Estudio del Reglamento de Reclutamiento; asimismo, por esos años se le encargó que escribiera la historia del Estado Mayor. De otra parte, su participación en campañas militares fue magra: en casi cuarenta años sólo participó en dos operativos en Yucatán.<sup>26</sup> Es incuestionable que Paz era un militar de gabinete.

Si su capacidad técnica justificaba su inclusión en la comisión, ¿qué decir de sus antecedentes políticos, edad y salud? Evidentemente, Paz gozó de las confianzas del postrer Porfirio Díaz y de Francisco León de la Barra. En efecto, en 1904 ascendió a coronel y en 1909, a general brigadier. Posteriormente, a mediados de 1911 fue jefe del Departamento de Estado Mayor de la Secretaría de Guerra, al tiempo que participaba en una comisión para investigar las razones de la derrota frente al movimiento maderista, en especial sobre la rendición de Ciudad Juárez y la evacuación de Torreón. Todavía De la Barra tuvo tiempo de nombrarlo jefe de las Armas en Chiapas, aunque a las pocas semanas presentó su renuncia a Madero, al tiempo que le pedía su retiro por contar con más de treinta y cinco años de servicios. Su actitud con Huerta parece ambigua: en junio de 1913, ya retirado, aceptó ser designado juez instructor en la causa contra Felipe Ángeles. Si bien al mes siguiente fue ascendido a general de brigada, Paz

<sup>25</sup> Los principales datos biográficos de Francisco L. Urquiza, en *AJB*, s. JB. c. XVII, exp. 31, 2868; s. *SP*, c. X, exp. 25, 1888, y en *Diccionario...*, *op. cit.*, pp. 461-463.

<sup>26</sup> *AHDN*, *Cancelados*, XI/III/2-834, t. I, ff. 1, 15, 18, 23, 40, 42, 45-47, 52, 55; t. 2, f. 480; t. 3, f. 646.

siempre aseguró que actuó con suma honradez en el caso, con lo que quedó muy satisfecho el propio Ángeles, a pesar de que la relación entre ambos no era cordial. En septiembre sufrió un severo accidente ecuestre y creyó haber quedado “inútil”, tanto física como intelectualmente; por ello solicitó otra vez su retiro, “por enfermedad y edad”, que se le concedió inmediatamente, aunque en abril de 1914 fue llamado de nuevo al servicio, por el conflicto con Estados Unidos. Pasado el peligro de guerra insistió en su retiro, que se le concedió junto con una condecoración “por sus escritos y obras militares”.<sup>27</sup>

¿En verdad se limitó durante el huertismo a actuar como juez instructor en el proceso contra Ángeles?, ¿permiten los ascensos y condecoraciones recibidas cuestionar su “recto proceder” al respecto?, ¿es cierto que luego rechazó la gubernatura de Chiapas, la segunda jefatura del Estado Mayor de la Secretaría y una comandancia militar?, ¿fue su accidente el impedimento, o un rechazo a servir a Huerta? A los revolucionarios triunfantes les aseguró que esto último había sido la causa. Tan pronto ocuparon la ciudad de México, comenzó a ofrecerles sus servicios intelectuales. Uno de los gobiernos convencionistas lo empleó en la Junta Calificadora para estudiar los expedientes de jefes y oficiales exfederales, con su pensión de retiro como salario, y Pablo González continuó pagándole sus haberes luego de la ocupación definitiva de la plaza por los carrancistas. Astutamente, empezó a escribir en contra del ejército porfirista y a presentarse como un precursor de la reforma profesionalizante del ejército. El gobierno carrancista comenzó a financiarle la publicación de sus escritos, y a mediados de 1916 lo nombró profesor de varias materias en la Academia de Estado Mayor. Meses después Paz dijo a Treviño, directa y abiertamente, que se sentía “obligado a cooperar [...] a esa obra de indispensable regeneración”. Su insistencia fructificó: a principios de julio de 1917 fue nombrado miembro —tercer vocal, según unos; consultor técnico, según otros— de la Junta Revisora del Proyecto de la Organización del Ejército, por su “alto criterio y buenos conocimientos militares”.<sup>28</sup>

Sin embargo, a los pocos días tuvo que abandonar la comisión. ¿Cuál fue la razón de su renuncia? Paz alegó que lo hizo por su “cansada inteli-

<sup>27</sup> AHDN, *Cancelados*, XI/III/1-834, t. 1, ff. 50, 58; t. 3, ff. 502, 517, 519, 566, 584-585, 610-611, 710.

<sup>28</sup> AHDN, *Cancelados*, XI/III/2-834, t. 3, ff. 502, 660, 664-666, 670, 678-680, 694, 698-700, 710; t. 4, ff. 890, 893; AJT, c. 12, exp. 48, ff. 7528, 7535, 7537.

gencia para tareas tan arduas”. No obstante, el gobierno lo empleó otra vez como docente en el sector militar, y él, por su parte, continuó escribiendo con fruición obras de tema castrense. Su edad y salud eran, efectivamente, un problema. Sin embargo, por las responsabilidades militares y políticas de los otros miembros de la comisión —salvo Treviño, ya sin mando de fuerzas—, es evidente que hubiera tenido poco trabajo. Todo parece indicar que su renuncia se debió a la presión del sector obregonista del ejército, renuente a que la reorganización fuera auspiciada por exfederales y por militares cercanos a Carranza y a Pablo González, y a que se pretendiera culparlo de todas las lacras. Si Treviño consideraba a Paz “uno de los mejores y más honrados jefes de nuestro antiguo Ejército”, Francisco R. Serrano, cuando fue oficial mayor de la Secretaría, se negó a pagarle su pensión de retiro “por haber prestado servicios al llamado gobierno del usurpador [...] sin siquiera excusarse con motivo de su edad, sus enfermedades [...], su retiro ya concedido”, y porque, en cambio, se había negado a “poner su [...] pericia” al servicio de Madero.<sup>29</sup>

Obviamente, el fracaso de la reorganización prometida por don Venustiano no lo causó la errónea conformación de la comisión. Las funciones políticas de Montes, las responsabilidades militares de Urquiza, la edad y los antecedentes de Paz, así como el desprestigio y desánimo de Treviño, la condenaban previsible e irremediamente al fracaso. Errores tan crasos permiten cuestionar la autenticidad de la voluntad regeneradora del gobierno. Además de la inútil comisión, también influyó en el fracaso de la política militar de Carranza la incertidumbre que provocó en el grueso de los militares. Recuérdese que los zapatistas aprovecharon la ocasión para ahondar la desunión entre Carranza y sus fuerzas armadas. La acusación, parcialmente falsa, era oportuna políticamente: “Ayer, que los necesitó para encumbrarse, no les exigió preparación ni conocimientos [...] Hoy que le estorban [...] los reemplaza por militares de profesión [...] capaces de obedecer incondicionalmente”.<sup>30</sup> La antinomia principal era que no se podía reorganizar al ejército cuando el problema militar prioritario era

<sup>29</sup> AHDN, *Cancelados*, XI/III/2-834, t. 1, ff. 57, 59, 60; t. 3, ff. 657, 710, 719, 744; t. 4, ff. 754, 766, 770, 773, 775; t. 5, f. 1019; AJT, c. 12, exp. 48, ff. 7552-7553; c. 15, exp. 65, ff. 8775, 8779. Al menos verbalmente Carranza se mostró contrario a que los exfederales colaboraran en la reorganización del Ejército Nacional; véase *Revista Mexicana*, San Antonio, Texas, 6 octubre 1918.

<sup>30</sup> *El Sur*, año 1, núm. 4, 15 julio 1917, en AJA, s. imprs., c. 1, doc. 14.

pacificar. De hecho, la reorganización pretendía pacificar al país sin mayores erogaciones y sin acrecentar el poder de los militares. Comprensiblemente, don Venustiano no pudo descifrar ese acertijo. Para colmo, el grupo más poderoso dentro del ejército difería de Carranza y se oponía a su civilista política militar.<sup>31</sup>

#### AUTONOMÍA MUNICIONISTA

La pacificación también enfrentó problemas graves. Uno de ellos fue la provisión oportuna y suficiente de armas y municiones, pues sin los pertrechos adecuados no podía imponerse la paz. Por la experiencia adquirida durante la lucha contra Huerta, Carranza sabía de la necesidad de lograr una autonomía municionista para evitar seguir jugando al “estira y afloja de embargos y desembargos de armas, mendigando permisos para obtenerlas”.<sup>32</sup> La lucha contra Villa y Zapata, o contra Peláez, Félix Díaz y Chávez García, entre otros, no permitía consentir que la solución recayera en las manos de los que vendieran el armamento. La única solución era fabricarlo, alternativa que implicaba varias dificultades.

Por un lado, la larga permanencia de las fuerzas convencionistas en la capital del país permitió que desmontaran parte de la maquinaria instalada en las de por sí vetustas fábricas de armas, a fin de trasladarla a Morelos. Por el otro, los constitucionalistas carecían del personal calificado para dirigir tales fábricas, pues pertenecía al Ejército Federal. Como en tantos otros rubros, se tuvo que improvisar o confiar y promover a personal de

<sup>31</sup> Pocos días antes de comenzar el periodo constitucional, Benjamín Hill, apoyado por Obregón, acusó al periodista Félix Palavicini de ser reo de la ley del 25 de enero de 1862, lo que se castigaba con la muerte, por injuriar al Ejército Constitucionalista. A pesar de que Palavicini era presunto diputado, tuvo que esconderse un par de semanas para salvar la vida. Evidentemente, era un reto a Carranza y una advertencia de los militares, no dispuestos a perder sus prebendas. Véase Félix Palavicini, *Mi vida revolucionaria*, México, Ediciones Botas, 1937, pp. 398-435, y Juan Barragán Rodríguez, *Historia del ejército y de la revolución constitucionalista. Tercera época*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1986, pp. 487-506.

<sup>32</sup> Luis Cabrera, “La herencia de Carranza”, en *Obras completas*, Eugenia Meyer (ed. y dir.), 4 vols., México, Oasis, 1975, v. III, p. 466. Juan Barragán, otro de los principales colaboradores de Carranza, también destaca la importancia de este asunto; véase Barragán, *op. cit.*, pp. 323-326.

segunda categoría. En este caso, un tal Antonio Tamariz Spíndola, maquinista en la Fábrica Nacional de Cartuchos en los inicios del huertismo, fue hecho su director por Obregón a principios de 1915. En este cargo duró cerca de dos años, y después dirigió la Fundación Nacional de Artillería. El mismo Tamariz fue encargado de ayudar a Breceda en “la parte técnica” de su comisión en el extranjero, a fin de adquirir maquinaria para fabricar armas. Más aún, fue encargado de su instalación, luego de llegados los aparatos al país.<sup>33</sup>

Para desgracia de don Venustiano, la situación internacional no era favorable. Obviamente, su principal proveedor debía ser Estados Unidos, por la vecindad, el constante trato comercial, la buena calidad de su industria bélica y por ser la única potencia aún no involucrada en el conflicto europeo. La gran demanda internacional había inflado los precios, y cuando Breceda fue a Estados Unidos a adquirir maquinaria pertinente, encontró que las principales compañías tenían contratos para producir durante dos años exclusivamente para los ejércitos aliados; no obstante, distinguido carranclán, logró convencer a una de ellas para que “de manera extraoficial” y “pagándole una prima del 10% más”, entregara maquinaria suficiente para instalar un taller.<sup>34</sup> Sin embargo, la situación internacional se fue dificultando más. El ataque de Villa a Columbus y el ingreso de Estados Unidos a la Primera Guerra Mundial provocaron nuevos embargos de armas y pertrechos,<sup>35</sup> e impidieron que se siguiera adquiriendo la maquinaria necesaria para fabricarlos. Por imprescindible, el contrabando aumentó de precio.

A mediados de 1917 el gobierno se vio obligado a buscar nuevos proveedores y a intensificar la fabricación local, aunque desde antes ya hubiera intentado diversificar sus mercados. Por ejemplo, en 1915 había

<sup>33</sup> AJB, s. VC, c. I, exp. 7, 46; c. III, exp. 9, 373.29; c. IV, exp. 33, 467.

<sup>34</sup> AJB, s. VC, c. I, exp. 7, 46; AHDN-Luis Muro, XI. 481. 5/95, ff. 1543-1544, c. 43; /97, ff. 969-970, c. 45; /316, ff. 191, 202, 259, c. 14.

<sup>35</sup> El secretario de Estado, Robert Lansing, declaró que el embargo obedecía “a la absoluta necesidad” que tenían ellos y sus aliados de aprovechar todos los productos bélicos; véase *Excelsior*, México, 11 mayo 1917. Sin embargo, poco después el embajador Fletcher prometió levantar el embargo, lo que demuestra que era otra medida de presión para que México participara en la contienda de parte de los aliados; *Excelsior*, México, 21 julio 1917. La promesa de Fletcher refleja el temor que en Estados Unidos se tenía de que sus embargos de armas provocaran reacciones en su contra por parte del gobierno mexicano. Véase AJB, s. SP, c. IX; exp. 21, 1631.

comisionado al escritor español Pedro González Blanco para que adquiriera armas en su país, de buena tradición armera y también neutral en el conflicto europeo.<sup>36</sup> Como era riesgosa la travesía, se tuvo que buscar países alejados de la guerra y con absoluta capacidad para exportar sus productos bélicos. Todos estos problemas se debían a que la producción nacional era insuficiente. La opción principal resultó Japón, que hizo posible la instalación de una fábrica de parque y otra de pólvora, a pesar de la oposición diplomática norteamericana. Como respuesta a tal actitud de Estados Unidos, Carranza advirtió, en valiente declaración, que seguiría adquiriendo todo lo necesario “en donde el gobierno de México pueda conseguirlo”.<sup>37</sup> Que los intentos mexicanos por diversificar sus proveedores fueron mal vistos por el gobierno norteamericano se comprueba por el trato que recibió una delegación en San Francisco, California, de paso para Japón, adonde se dirigía para incrementar la compra de pertrechos y maquinaria bélica, así como para estudiar la organización del ejército y de la industria militar japoneses.<sup>38</sup>

Al concluir la guerra en Europa, a finales de 1918, aumentó la oferta de maquinaria y pertrechos bélicos, ya fuera de aparatos usados o de productos que las fábricas requerían situar en nuevos mercados, una vez deprimida la demanda de los países antes en conflicto. Se sabe que hubo, cuando menos, ofertas francesas, inglesas e italianas.<sup>39</sup> Acaso fueran de-

<sup>36</sup> Alfredo Breceda a Carranza, 11, 24 y 25 mayo 1915, en AHDN-Luis Muro, XI, 481. 5/97, ff. 551, 645, 655, c. 45.

<sup>37</sup> Entrevista a Carranza en *Los Angeles Examiner*, 18 abril 1917, en AVC, c. 112, doc. 12837. Esa maquinaria japonesa fue instalada en la Fábrica Nacional de Cartuchos, la que se reinauguró al poco tiempo; véase *Excelsior*, México, 18 julio 1917. Posteriormente siguió llegando maquinaria japonesa para esta misma fábrica, como lo prueba el envío recibido en Salina Cruz en el mes de octubre; véase *El Universal*, México, 25 octubre 1917.

<sup>38</sup> Juan T. Burns a Carranza, febrero 1918, en AHDN-Luis Muro, XI, 481. 5/100, ff. 483-486, c. 47; *El Universal*, México, 25 y 27 diciembre 1917; *El Demócrata*, México, 18 y 20 enero 1918. Para la oposición norteamericana a que México adquiriera armas y material bélico en España, véase AJB, s. JB, c. XVII, exp. 17, 2737.

<sup>39</sup> Francia ofreció buenas oportunidades para adquirir “maquinaria para obuses de 75 mm”; véase Hernán Larralde a Carranza, 7 diciembre 1918, en AVC, c. 126, doc. 14320. Además, de la misma Francia se rechazó un ofrecimiento para la instalación de una fábrica de cartuchos. Tal parece que de Inglaterra hubo, a su vez, ofertas de 29 fabricantes; véase Juan Sánchez Azcona a Carranza, 18 abril 1919, en AVC, c. 132, doc. 15124. Italia, por su parte, buscó términos favorables para la instalación de fábricas de cartuchos, fusiles, proyectiles y aviones; véase Pío Perrone a Cándido Aguilar, febrero 1920, en AVC, c. 144, doc. 16634.

masiado tardías, pues mucho se había avanzado en cuanto a pacificación bajo las difíciles condiciones previas. No cabe duda de que esta política militar, sobre todo en su aspecto municionista, fue en buena medida determinada por factores políticos, socioeconómicos y diplomáticos. Se adjudica a don Venustiano un carácter nacionalista por su política petrolera, pero se olvida que su política militar fue también autonomista, en tanto que dio prioridad a la fabricación de armamento, aun por encima de la diversificación de los proveedores.

Por lo que se refiere a dicha fabricación, un problema que tuvo que enfrentar fue el carácter parcialmente itinerante de su gobierno, por la prolongada estancia en Veracruz. La maquinaria que pudo trasladarse a esta ciudad no fue suficiente. Para colmo, en Veracruz no había buenos talleres mecánicos, auxiliares imprescindibles de cualquier industria. Por tanto, Carranza pudo intentar seriamente la fabricación de armas hasta que ocupó definitivamente la capital del país. La base tendría que ser los talleres allí instalados, por lo que lo primero que se dispuso fue la reparación de los edificios.<sup>40</sup> Si bien don Venustiano no fue el primero en intentar la fabricación de armas y pertrechos, sí se distingue por la “esmerada atención” y el total apoyo que dio a tales esfuerzos. Por ejemplo, para atender directamente esta labor, sin la intromisión de la Secretaría de Guerra, creó el Departamento de Establecimientos Fabriles y Militares, a cuyo frente puso a un político de su absoluta confianza, Alfredo Breceda, y posteriormente a un sobrino, Alberto Salinas.<sup>41</sup> En cierta ocasión declaró que había consagrado “singular cuidado [...] a todos los ramos” de la industria militar, con el objeto de que produjeran “los beneficios posibles”. Recuérdese que Carranza se mostró orgulloso de que “de simple taller de reparación que era”, se había logrado que en la Fábrica Nacional de Armas se pudiera construir toda clase de armamento.<sup>42</sup>

<sup>40</sup> AJB, s. VC, c. I, exp. 7, 46; c. IV, exp. 25, 403; exp. 33, 467.

<sup>41</sup> AJB, s. SP, c. X; exp. 19, 1823; *Informe Presidencial*, México, septiembre 1917, p. 211. Desde los primeros meses de su gobierno Carranza había presentado al Congreso una iniciativa para que los Establecimientos fueran erigidos como departamento administrativo, es decir, con autonomía absoluta de la secretaría respectiva. Como tal comenzaron a funcionar a principios de 1918, con el general Ignacio Enríquez como director. Véase *El Demócrata*, México, 2 enero 1918.

<sup>42</sup> *Informe Presidencial*, México, septiembre 1917, pp. 211-212. Era tal el interés de Carranza por la buena marcha de los Establecimientos, que decidió mandar todos los días

Obviamente, no todos eran tan optimistas. Uno de los más importantes colaboradores de don Venustiano, Luis Cabrera, reconoce que a la política de “autonomía municionista” —como él la llama— se le endilgaron duras y frecuentes críticas: que no se contaba con las materias primas, que se carecía del personal técnico, que el producto resultaba caro y de mala calidad, que unos funcionarios eran ineptos, que los demás eran pillos, que algunos eran extranjeros, etc. Él mismo acepta que hubo “ensayos fracasados, errores, engaños, estafas, dinero desperdiciado, falta de preparación técnica en unos casos, falta de honradez en otros, falta de dinero en muchos”. Sin embargo, Cabrera sostiene que la política de Carranza era correcta: “Hay que fabricar nuestras propias armas y municiones si no queremos que nuestros asuntos interiores los decidan los que nos las proporcionen”.<sup>43</sup>

Cualquiera que fuera la causa de los desaciertos de la política de “autonomía municionista”, los militares constantemente se quejaban de la mala calidad de las armas y parque producidos. Por ejemplo, Jesús Agustín Castro reclamó en una ocasión que el parque de 7 mm se encasquillaba en una relación que fluctuaba entre 30 y 50%; otra vez se quejó de que mucho parque parecía no tener la fuerza suficiente para salir del cañón o que no reventaba en combate; que las armas se encasquillaban y sufrían constantes roturas en sus agujas, y que a los casquillos se les arrancaba “el culote”. Salvador Alvarado, a su vez, aseguraba que la mala calidad de la pólvora y lo descalibrado del parque eran causa constante de que se reventaran o encasquillaran las armas; tan sólo en un combate se “embalaron” en cierta ocasión 148 máusers, pues el calibre de la bala resultó más grande que el del fusil. Eran tantos los defectos que se ordenó mayor vigilancia en las fábricas, pues en un informe se aseguró que “con toda intención” algunos obreros fabricaban los pertrechos “defectuosos”; con ello podría volverse crónico el parque inútil, el que constantemente estropearía el armamento. No sólo hubo vigilancia policial contra los obreros; también hubo dureza laboral: el gobierno no estaba dispuesto a permitir que una huelga interrumpiera la producción, buena o deficiente, de armas y pertrechos.<sup>44</sup>

a uno de sus ayudantes para que le diera cuenta de los trabajos y actividades. Algunos informes, en AVC, c. III, docs. 12656, 12739; c. 126, doc. 14269.

<sup>43</sup> Cabrera, *op. cit.*, p. 468.

<sup>44</sup> Jesús Agustín Castro a Carranza, 8 y 10 octubre 1918, en AVC, c. 125, docs. 14117, 14139; Salvador Alvarado a Carranza, 15 julio 1918, en AVC, tels. Chiapas. Véase también AJB, s. VC, c. IV, exp. 15, 373.66; s. SP, c. X, exp. 19, 1823.

## NUMEROSAS Y CONSTANTES RIVALIDADES

Lo defectuoso de armas y parque no fue el único problema material que sufrieron los militares en campaña. También hubo escasez e inconveniencia de caballada, y falta de vestuario pertinente; en una ocasión se dijo que habían muerto algunos hombres del general José Rentería Luviano por falta de frazadas.<sup>45</sup> Por otro lado, adecuados o defectuosos, los pertrechos, vituallas y demás elementos no se asignaban de acuerdo con las necesidades bélicas sino según la influencia política del solicitante. Basta como ejemplo la queja del general Jesús Agustín Castro, en campaña en Veracruz después de su salida del gabinete, pues la flotilla de aviones pertenecientes a su jefatura de operaciones había sido destinada a Murguía, en Chihuahua, por disposición presidencial. Así también, en una ocasión el general Diéguez logró que se le entregara parque sólo hasta que intercedió por él Juan Barragán, uno de los grandes favoritos de don Venustiano.<sup>46</sup> El problema de los favoritismos implica una cuestión fundamental en la política militar de Carranza, pues las competencias y las rivalidades entre los militares resultaron igualmente contraproducentes para la reorganización y la pacificación. Esta falta de cohesión era provocada por los caudillajes, el gran personalismo y la estructuración del ejército a partir de grupos políticos regionales. Acaso pudiera pensarse que la causa final era la falta de liderazgo de don Venustiano sobre sus fuerzas armadas; sin embargo, todo parece indicar que la política de dividir y enfrentar a los principales hombres “fuertes” fue conscientemente alentada y astutamente aprovechada por él.

Los conflictos se dieron en todos los niveles. La pugna entre Obregón y González es la más conocida y la de mayores consecuencias, pero no fue la única. Al mismo tiempo Salvador Alvarado rivalizaba con ambos. Otro enfrentamiento abierto y total fue el habido entre los generales Treviño y Murguía en 1917, quienes mutuamente se culparon del fracaso de las operaciones contra Villa en Chihuahua. Treviño acusó a Murguía de corrupto, pero éste respondió criticándolo por haber huido ante fuerzas enemigas y por sólo haber sostenido verdaderas campañas contra el erario nacional,

<sup>45</sup> AJB, s. SP, c. VIII, exp. 12, 1125; s. EM, c. V, exp. 17, 614.

<sup>46</sup> Jesús Agustín Castro a Carranza, 6 octubre 1918, en AVC, tels. Veracruz; AJB, s. EM, c. V, exp. 6, 545.

“al que hostilizó de una manera tenaz y decidida”. Meses después Murguía se quejó de las consecuencias que en la lucha contra el villismo tenía la “marcada hostilidad” de que era víctima en la Secretaría de Guerra y Marina, gracias a las intrigas de Treviño.<sup>47</sup> Otra sonada rivalidad, de graves repercusiones en las operaciones en Veracruz, fue la habida entre los generales Heriberto Jara y Jesús Agustín Castro. Cuando éste sustituyó a aquél como jefe de operaciones en el estado, en mayo de 1918, no sólo criticó con encono la labor realizada por su antecesor, lo que hubiera sido comprensible, sino que se dedicó a remplazar a todos los militares de filiación jarista, sin atender a la calidad de los servicios que habían prestado.<sup>48</sup>

La cohesión es una condición *sine qua non* de todo ejército profesional. También lo es el conocer perfectamente los límites de sus facultades y funciones. Imponer esta condición durante esos años fue especialmente difícil. Históricamente, las fuerzas armadas nacionales estaban acostumbradas a privilegios legales o reales. Además, lo atípico de la situación revolucionaria y del periodo preconstitucional había hecho que en el ejército recayeran funciones políticas y judiciales, que no podía seguir asumiendo luego de mayo de 1917. El intento de revertir esa situación fue la causa última de los numerosos conflictos entre las autoridades civiles y las militares. Acaso el ejemplo más claro se dio en Michoacán, de 1917 a 1920, entre el gobernador Pascual Ortiz Rubio y los diferentes jefes de operaciones, especialmente el general Enrique Estrada, con graves perjuicios para la campaña contra los rebeldes y para la buena marcha de los asuntos económicos y políticos de la entidad. Lo normal es conceder la razón al gobernador, resultado de la proclividad a preferir lo civil sobre lo militar. Sin embargo,

<sup>47</sup> La pugna está documentada en varios repositorios. Por ejemplo, una carta de Jacinto Treviño a Francisco Murguía en *El Universal*, México, 28 junio 1917. Véase también Murguía a Carranza, 8 noviembre 1917, en AVC, c. 117, doc. 13346. Asimismo, AJA, imprs., c. 1, doc. 15; RDS, *record group* 59, 812. 00/21044, 21096, 21121; AJT, c. 5, exp. 19, doc. 118, 1211, ff. 2059-2152.

<sup>48</sup> Para este conflicto véanse, entre otros, los siguientes documentos: Jesús Agustín Castro, “Manifiesto a los habitantes de Veracruz, Oaxaca y Puebla”, 21 mayo 1918, en AHDN-Luis Muro, XI. 481.5/224, ff. 146-147, c. 121; Heriberto Jara a Adalberto Palacios, 23 octubre 1918, en AVC, c. 125, doc. 14175; Cándido Aguilar a Juan Barragán, 31 octubre 1918, en AVC, c. 125, doc. 14199; Jara a Barragán, 22 agosto 1918, en AVC, tels. Veracruz; Palacios a Carranza, 3 octubre 1918, en AVC, tels. Veracruz; J. A. Castro a Carranza, 6 octubre 1918, en AVC, tels. Veracruz. Como argumento se dio el evidente fracaso de la campaña en el estado; véase *El Universal*, México, 9 noviembre 1917.

un revolucionario como Manuel Diéguez, quien estuviera algún tiempo al frente de la campaña en Michoacán, advierte contra tan gratuita y precipitada conclusión: con su habitual sencillez y sentido del humor, afirmó que Ortiz Rubio era “medio enchiloso” y que tenía pretensiones de ser “un Napoleón como estadista y como militar”, razón por la que lo tendría “que capotear”.<sup>49</sup>

Las rivalidades por el poder y la mutua usurpación de funciones no se redujeron a militares y gobernadores. El regreso al régimen constitucional dio lugar a constantes enfrentamientos con las autoridades judiciales. Así, algunas de éstas fueron acusadas de tratar con “dolosa blandura” a los rebeldes, parapetándose en el nuevo orden legal. El mismo Carranza las acusó de poner “obstáculos” a su labor pacificadora y de favorecer a los “autores y cómplices” de la rebelión.<sup>50</sup> También los poderes legislativos —federal y estatales— dificultaron la pacificación. Un primer ejemplo fue la negativa de los diputados anticarrancistas, fundamentalmente obregonistas, a aceptar la propuesta de ley “contra salteadores, incendiarios y plagiarios”, eufemismo de rebeldes. Ello dio lugar a que don Venustiano acusara a los diputados opositores de ser los causantes del fracaso de la pacificación.<sup>51</sup> Otro caso fue el de las “fuerzas estatales”, creadas a instancias de los gobiernos locales y de los vecinos civiles para cooperar en la lucha, dada la ineficacia, la insuficiencia o la mala conducta de los soldados regulares,<sup>52</sup> o por interés de los gobiernos estatales en tener una fuerza de contrapeso al poder central. Es evidente que los permisos no fueron concedidos según las necesidades militares regionales sino por cuestiones de estrategia política nacional. Sólo así se explica que los diputados, anticarrancistas en su mayoría, hayan aceptado la creación en Sonora de una fuerza “hasta por dos mil hombres”, mientras que para Veracruz sólo se permitiera una “hasta por mil”, a pesar de sufrir peores y más numerosos rebeldes. No cabe la menor duda de que su objetivo era fortalecer al obre-

<sup>49</sup> Pascual Ortiz Rubio, *Memorias*, Morelia, Mich., Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1981, pp. 59-75. Véase también AVC, c. 121, docs. 13634, 13645, 13650; AJB, s. EM, c. V, exp. 26, 688.

<sup>50</sup> AVC, tels. Oaxaca y Veracruz; AJB, s. SP, c. X, exp. 21, 1845; *Informe Presidencial*, México, septiembre 1918, p. 238.

<sup>51</sup> *Diario Oficial*, México, 2 agosto y 24 noviembre 1917; *El Universal*, México, 16 octubre 1917; *Informe Presidencial*, México, septiembre 1918, p. 238.

<sup>52</sup> AHDN-Luis Muro, XI. 481. 5/319, ff. 455-457, c. 151.

gonismo y debilitar a Cándido Aguilar, uno de los bastiones del carrancismo. Asimismo, en Michoacán fue don Venustiano el que, con tal de obstaculizar al obregonista Ortiz Rubio, se opuso siempre a las fuerzas estatales, a pesar de lo extendido de la rebelión en la entidad,<sup>53</sup> prueba irrefutable de la antinomia entre pacificación y sucesión presidencial.

Los conflictos entre las autoridades civiles y las militares eran manifestaciones de un profundo problema. En efecto, lo que estaba en cuestión era el predominio de dos grupos surgidos durante la Revolución, cada uno de los cuales derivaba su poder y prestigio de factores distintos y buscaba imponer al país su proyecto de desarrollo: el civilista y el militar. Dado que la Constitución de 1917 era claramente antimilitarista, en teoría había triunfado el primero, aunque los factores reales de poder indicaran lo contrario. Carranza tenía influencia en ambos grupos, aunque prefería al civilista. Sin embargo, si bien él era civil y estaba rodeado de ideólogos y colaboradores político-administrativos, también tenía gran ascendencia en fuertes grupos militares, como en el encabezado por Pablo González. Dado que en 1917 el país volvió a regirse constitucionalmente, don Venustiano tuvo que sujetar a sus fuerzas armadas dentro de los nuevos lineamientos legales. Esto dio lugar a que se le considerara un Presidente civilista, profundamente opuesto al militarismo. Es evidente que toda dicotomía de “militarista” y “civilista” debe ser matizada,<sup>54</sup> pues nunca existieron dos bandos cohesionados e irreconciliables. En efecto, entre los civiles hubo tantos conflictos como entre los militares; asimismo, en cada grupo coexistían civiles y militares, aunque en cada uno el predominio variara.

Estas puntualizaciones no pretenden negar que el antagonismo existió. Un caso muy ilustrativo fue el de abril y mayo de 1917, entre el general sonoreense Benjamín Hill y el periodista e influyente político Félix Palavicini, que por poco le cuesta la vida a éste. Sin duda el más famoso y el más significativo de este tipo de conflictos fue el que se dio durante la campaña

<sup>53</sup> AVC, c. 121, docs. 13634, 13645, 13650, 13655; *Diario Oficial*, México, 28 diciembre 1917 y 8 enero 1919.

<sup>54</sup> Matute, *Las dificultades...*, *op. cit.*, pp. 261-264. Aunque menos detalladas, tales páginas coinciden con el planteamiento aquí enunciado. En un libro muy elogiado hace unos años, se limita el análisis de la política militar del Presidente Carranza a señalar el consenso antimilitarista del Congreso Constituyente y las facultades concedidas al Ejecutivo en materia militar; véase Jorge Alberto Lozoya, *El ejército mexicano*, México, El Colegio de México (Jornadas, 65), 1970, pp. 42-43.

por la sucesión presidencial de 1920, cuando la fracción civilista del carrancismo trató de imponer a Ignacio Bonillas por sobre los candidatos naturales, Obregón y González, sin duda los mayores caudillos militares del momento.<sup>55</sup> El violento triunfo del grupo militarista constituye el más duro mentís a la política militar de don Venustiano: ¿no la supo imponer o no era implementable?

### INDISCIPLINA Y CORRUPCIÓN

Uno de los problemas más graves —acaso el de más difícil solución, concediendo que ésta se buscara— fue el de la moralización del ejército. Si algún consenso existe al respecto es que el carrancista fue un ejército “depredador”. Aun cuestionando su paternidad, en pocos casos fue tan cierto José Vasconcelos como en su epíteto sobre los constitucionalistas: “Con las uñas listas”.<sup>56</sup>

Aunque lo abusivo con los pacíficos fue una de las características principales del ejército carrancista, de ninguna manera fue privativo de él. En efecto, casi todas las fuerzas armadas cometieron excesos a lo largo y ancho del país. La conducta del villismo durante los años de 1916 a 1920, comprensible aunque no justificable, obligó a la gente de Chihuahua, antes mayoritariamente partidaria suya, a organizar “defensas sociales” para su salvaguarda. Si bien los abusos nunca llegaron a justificar que en Morelos se organizaran “defensas” similares, los constantes recordatorios de Zapa-

<sup>55</sup> Dos versiones modernas de la sucesión presidencial de 1920 son la de Álvaro Matute, con simpatías hacia el obregonismo, y la de quien esto escribe, en la que reconozco haber exagerado la oposición entre civilismo y militarismo y haber tomado partido por el primero. Véase Álvaro Matute, *La carrera del caudillo*, México, El Colegio de México, 1980 (vol. 8 de la *Historia de la Revolución mexicana, periodo 1917-1924*); Garcíaadiego, *La revuelta...*, *op. cit.*

<sup>56</sup> Tradicionalmente se ha otorgado a Vasconcelos la paternidad de estos epítetos, pero lo cierto es que Nemesio García Naranjo, igualmente irónico, usó el término ‘carrancear’ desde mucho tiempo antes; véase *Revista Mexicana*, San Antonio, Texas, 16 junio 1918. También por aquellos años el novelista español Vicente Blasco Ibáñez publicó una severa pero burlesca crítica a los militares mexicanos, subrayando su falta de honradez; Vicente Blasco Ibáñez, *El militarismo mejicano*, Valencia, Prometeo Sociedad Editorial, 1920, pp. 83-103, 172-205. Una versión moderna, igualmente crítica, en Edwin Lieuwen, *Mexican Militarism. The Political Rise and Fall of the Revolutionary Army, 1910-1940*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1968, pp. 37-40.

ta a sus fuerzas para que respetaran a los civiles demuestran que la relación entre éstos y los soldados zapatistas distaba de ser idílica. Los ejércitos contrarrevolucionarios de Peláez y Félix Díaz, de los ‘soberanistas’ oaxaqueños y de los finqueros de Chiapas alegaron siempre ser respetuosos con los pacíficos; aunque ciertamente fueron fuerzas más disciplinadas, sobre todo las de Peláez, su conducta varió cuando necesitaban dinero o cuando tomaban poblaciones gobiernistas. Por último, resulta inútil insistir en que algunos grupos rebeldes, como el de Chávez García, fueron un auténtico azote en sus regiones.<sup>57</sup> ¿Fue especialmente dañino el ejército carrancista?, ¿tuvieron sus abusos características destacables?, ¿cuán justificado es usar ‘carranclán’ como sinónimo de ladrón?

El más lacónico listado de ejemplos puede resultar abrumador. Constantemente se recordaba a los miembros del ejército carrancista lo previsto en la Ordenanza General, principalmente en el artículo 632, debido a las frecuentes quejas de pequeños comerciantes y propietarios de fincas urbanas por falta de pago en las compras y rentas de militares “poco escrupulosos”. Los ámbitos urbanos también fueron escenario de toda clase de escándalos y tropelías de la soldadesca; en ocasiones hubo, incluso, enfrentamientos con policías.<sup>58</sup> El sector más constante y duramente perjudicado por los militares fue el de los agricultores. Aunque por lo general las haciendas y pueblos agrícolas con recursos sufrían el acoso de los militares encargados de resguardarlos, mientras que los bandoleros asolaban las pequeñas rancherías, muchas de éstas sufrieron a causa de ambos.<sup>59</sup>

<sup>57</sup> Respecto al villismo, véase Martha Eva Rocha Islas, *Las defensas sociales en Chiuhabua: una paradoja en la revolución*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988, pp. 57-141; para el zapatismo, Salvador Rueda Smithers, “La dinámica interna del zapatismo. Consideraciones para el estudio de la cotidianeidad campesina en el área zapatista”, en Horacio Crespo (coord.), *Morelos: cinco siglos de historia regional*, México, Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México, Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 1984, pp. 224-226; sobre los ejércitos contrarrevolucionarios, Garciadiego, *Revolución constitucionalista...*, *op. cit.*; respecto a Chávez García, *ibid.*, y Álvaro Ochoa Serrano, *Chávez García vivo o muerto*, Morelia, Mich., Morevallado Editores, Instituto Michoacano de Cultura, 2004.

<sup>58</sup> AJB, s. EM, c. VII, exp. II, 1045; s. VC, c. IV, exp. 15, 373.66; s. SP, c. VIII, exp. 34, 1429; c. IX, exp. 6, 1505; c. X, exp. 4, 1715, 1721; *Diario Oficial*, México, 19 noviembre 1918; *El Demócrata*, México, 9 enero 1918.

<sup>59</sup> AJB, s. EM, c. V, exp. 6, 540; exp. 26, 688; s. SP, c. VIII, exp. 32, 1423; exp. 34, 1429; c. IX, exp. 6, 1505; exp. 29, 1669; c. X, exp. II, 1767.

El gobierno era consciente del desempleo y de la insuficiente producción de alimentos, causados por los años de lucha y por la falta de garantías contra sus propias fuerzas, las de los rebeldes y las de los bandoleros, y sabía que era imprescindible pacificar al país lo más pronto posible. Sin recuperación económica no habría paz, y viceversa. Era tan importante la reactivación de las labores agrícolas que el gobierno se mostró amenazante con los soldados que atentaran contra los sembradíos que les correspondía guarnecer. La Secretaría de Guerra comunicó que estaba dispuesta a exigir “la más estricta responsabilidad” a los jefes que “toleraran o disimularan tales faltas”.<sup>60</sup> Sin embargo, las amenazas no eran suficientes: el gobierno resultó impotente. Es imposible cuantificar con precisión los daños y perjuicios que las tropas carrancistas causaron a los agricultores, pero es obvio que fueron en número mucho mayor al que los documentos existentes —y consultados— permiten suponer. Hubo quienes, temerosos de no recibir justicia y sí de sufrir peores represalias, prefirieron no quejarse ante las autoridades; otros, buscando evitar situaciones violentas, entregaron sin reparo a los militares todo lo que les solicitaban.<sup>61</sup>

A pesar de las reiteradas declaraciones sobre sus afanes disciplinarios, el gobierno casi nunca procedió contra los militares acusados o inculpados. Un ejemplo entre muchos puede ser el del general Liberato Lara Torres, denunciado por el diputado del cantón de Jalacingo, Veracruz, porque sus hombres cometían desmanes contra los labriegos, “a quienes arrebataban hasta las frazadas y ropas”. El gobernador y comandante militar, y significativamente yerno de Carranza, Cándido Aguilar, prometió que se repararía “el importe de lo robado”, lo que era una aceptación de impotencia ante la conducta del militar. Poco después Aguilar dejó el cargo, lo que el diputado aprovechó para renovar su queja, pues era Aguilar, precisamente, quien se oponía a que el corrupto militar fuera sometido a proceso. En esta ocasión logró que se le prometiera que Lara Torres sería consignado a los tribunales pertinentes, mas lo cierto es que “siguió operando al frente de sus fuerzas, trasladado únicamente a la región del

<sup>60</sup> *Diario Oficial*, México, 19 noviembre 1918. En Estados Unidos se decía que el mayor impedimento para la reconstrucción del país eran los rebeldes y los soldados; véase *Revista Mexicana*, San Antonio, Texas, 4 noviembre 1917.

<sup>61</sup> Tal fue el caso, por ejemplo, de Arcadio Guerra, propietario de la finca El Faisán, en el estado de Veracruz. Véase AVC, c. 129, doc. 14733.

ismo”.<sup>62</sup> Esta maniobra se debió a que se sabía que muchos soldados desertarían y se pasarían al bando rebelde si se les castigaba por tales faltas. Además, acostumbrados a proceder así durante los años de lucha y acicateados por el retraso constante en el pago de sus haberes, su conducta resulta explicable.

Otra causa directa de la no aplicación de la ley fue la corrupción de algunas autoridades militares. Se llegó al extremo de vender las jefaturas de armas en algunas zonas, en el entendido de que el militar interesado gozaría de cierta impunidad para recuperar su inversión; por ello la permanencia en el puesto exigía regularmente nuevas erogaciones. Un par de ejemplos podrían ser el coronel Julio Gorostieta y el teniente coronel Indalecio Castillo, a quienes la superioridad permitió volver a las jefaturas de las guarniciones en Sultepec y Coatepec de Harinas, del Estado de México, a pesar de que habían sido retirados de ellas por las “numerosas quejas de los vecinos”: alardearon que su regreso les había “costado dinero”, pero afirmaban que con éste habían logrado el apoyo del general Alfredo Rodríguez.<sup>63</sup> A diferencia de este tipo de autoridades, nunca faltó el revolucionario honorable, como Francisco J. Múgica, que advertía y clamaba que si no se depuraba “la conducta de aquellos malos elementos que, a la sombra del Gobierno, cometen todo género de atropellos”, jamás se llegaría “a la pacificación del país y a la respetabilidad y fuerza de nuestro Gobierno”.<sup>64</sup>

Es incuestionable que la indisciplina y la corrupción campeaban en las fuerzas carrancistas. Lo importante es dilucidar las causas. Una socorrida hipótesis sostiene que la razón última era que el gobierno permitía tan dolosa conducta por su crisis financiera. En efecto, tradicionalmente se ha aceptado que el gobierno la toleraba como pago aleatorio o complementario a los haberes. En rigor, éstos eran mejores que los jornales de los peones y que los ingresos normales de los campesinos de origen social similar al suyo. A mediados de 1919 los soldados ganaban 1.25 al día; los cabos, 1.50; los sargentos segundos, 1.75 y los primeros, 2.20. Sin embargo, las más de las veces no gozaron de tales haberes, porque las dificultades del

<sup>62</sup> AVC, c. 137, docs. 15672, 15788.

<sup>63</sup> Agustín Millán a Juan Barragán, 6 mayo 1918, en AJB, s. EM, c. VI, exp. 28, 927.

<sup>64</sup> Francisco J. Múgica a Pedro Gil Farías, 15 abril 1919, en AJB, s. SP, c. IX, exp. 28, 1664. Sin embargo, revolucionarios de prestigio similar, como Heriberto Jara, también fueron acusados de corrupción; véase *Revista Mexicana*, San Antonio, Texas, 24 agosto 1919.

erario retardaban los pagos, por la desorganización administrativa, por los conflictos entre las autoridades hacendarias y las militares, o porque sólo una parte de los pagos se hacía en metálico. Otro motivo de irregularidad en los pagos fueron las constantes fugas de los pagadores, con todo y haberes. Para colmo, el dinero que había se asignaba según la influencia política de los militares; al efecto recuérdense las quejas de Heriberto Jara, pues mientras a él se le negaba toda cantidad, a las manos de Alvarado fluían sumas abundantes.<sup>65</sup>

Como quiera que fuese, los soldados se encontraban en una situación comparativamente privilegiada, pues, dada la destrucción causada por la lucha armada, escaseaban otras fuentes de trabajo fuera de la milicia. No obstante, es innegable que las principales causas de los abusos de los soldados con los indefensos agricultores fueron la relajada disciplina del ejército, el deficiente control sobre él y la irregularidad, que no el monto, de sus haberes. En efecto, esta irregularidad fue causa y consecuencia de la falta de profesionalización del ejército carrancista y uno de los factores que dificultaron su moralización, pues provocó sublevaciones, desórdenes y actos vandálicos de la soldadesca. Algunos ejemplos podrían ser lo sucedido en Querétaro y en Tenango del Valle, Estado de México, a principios de 1918.<sup>66</sup>

A pesar de la enorme indisciplina y de estos brotes de violencia colectiva, el calificativo de depredador sólo es parcialmente aplicable. El origen campesino o popular y la ideología revolucionaria de buena parte del Ejército Nacional fueron factores decisivos de las simpatías que algunos de sus miembros gozaron entre las masas. Es indiscutible que muchos guardaron buen comportamiento, convencidos de lo que realmente debía ser un ejército de origen revolucionario, formado por civiles armados. Un ejemplo podría ser el del teniente coronel Francisco Solís, jefe de la guarnición de Pantepec, Puebla, para quien los pobladores pidieron un ascenso; otro podría ser el del general Matías Ramos, pues durante su estancia en La Laguna decayó el bandolerismo en la región, al grado de que varios

<sup>65</sup> Heriberto Jara a Carranza, 22 y 24 mayo 1918, en AVC, tels. Veracruz; AJB, s. SP, c. X, exp. 4, 1721; *Diario Oficial*, México, 3 mayo 1918; 4 octubre 1919; *El Demócrata*, México, 24 enero 1918.

<sup>66</sup> AHDN-Luis Muro, XI, 481, 5/234, f. 15, c. 122; AVC, tels. Veracruz; Agustín Millán a Juan Barragán, 29 abril 1918, en AJB, s. EM, c. VI, exp. 28, 927; *Revista Mexicana*, San Antonio, Texas, 3 marzo 1918.

vecinos solicitaron su permanencia en la zona.<sup>67</sup> Un último ejemplo de militar que prestó garantías a la población en general, sin hacer distinciones de clase social, es el del coronel Ramírez, jefe de la guarnición en Gómez Palacio, Durango, quien fue elogiado por “comerciantes, industriales, agricultores y vecindario”. Prueba de motivaciones ideológicas evidentes fue el general veracruzano Adalberto Palacios, protector de los vecinos de Santa Ana contra el hacendado y cacique que los había despojado y perseguido, Nicolás J. Banda, “esbirro y socio” del exgobernador porfirista Teodoro Dehesa. Un caso de revanchismo socioeconómico podría ser el del general chiapaneco Desiderio García, pues “gran parte” de sus fuerzas había trabajado en la finca Gadow, de un alemán de apellido Dahse, la que fue constantemente asediada por ellos.<sup>68</sup>

La moralización del ejército era imprescindible para lograr la pacificación, pues los abusos provocaban alzamientos. La antinomia residía en que la mayoría de los soldados no hubiera aceptado permanecer en un ejército disciplinado, lo que dificultaba la pacificación por el debilitamiento que ello hubiera implicado. Así, aunque parezca extraño, la solución al problema era encontrar un grado óptimo y tolerable de indisciplina, que no provocara deserciones excesivas pero que tampoco diera lugar al alzamiento de los hastiados pacíficos. Era evidente que los abusos de los militares carrancistas habían provocado el estallido o incremento de algunas rebeliones; así sucedió en la sierra de Puebla, donde, a juicio del gobernador, “el poco tacto” de un militar generó un gran descontento entre los pueblos serranos, y con ello “el progreso de las actividades rebeldes”. De allí la preocupación de algunas autoridades por nombrar los jefes más idóneos en las zonas inmediatas a las dominadas por los ejércitos anticarrancistas.<sup>69</sup>

La indisciplina no fue el único lastre del Ejército Nacional que entorpeció y retardó la pacificación. También influyeron la capacidad táctica y estratégica, la indolencia e irresponsabilidad y la corrupción. Los últimos factores estaban estrechamente ligados, pues la apatía y la corrupción fueron provocados por la carencia de espíritu castrense y por la falta de incen-

<sup>67</sup> Para el teniente coronel Solís, véase *AJB*, s. SP, c. VIII, exp. 14, 1256; sobre el general Ramos, *AJB*, s. SP, c. VIII, exp. 32, 1423.

<sup>68</sup> Para el caso de Palacios, véase *AVC*, c. 121, doc. 13688; para el de García, *AVC*, c. 124, doc. 13994; el de Ramírez en *AVC*, tels. Durango.

<sup>69</sup> *AHDN*-Luis Muro, XI. 481. 5/224, f. 88, c. 121; *AJB*, s. EM, c. VI, exp. 28, 927.

tivos económicos; en efecto, en más de una ocasión la falta de actividad de las fuerzas carrancistas fue provocada mediante simples sobornos: a finales de 1917 se aseguró que varias poblaciones importantes de Puebla, incluida la capital, serían entregadas a los rebeldes, versión que provocó varias aprehensiones; en otra ocasión un rumor similar fue desmentido por los militares en cuestión mediante una “enérgica protesta”; por último, agentes felicistas cohecharon en Veracruz a elementos “sin pundonor ni convicciones”, como tuvo que aceptar el jefe de las operaciones.<sup>70</sup>

La falta en el cumplimiento de los deberes era tan alarmante que en una ocasión Alvarado aseguró a Carranza que algunos jefes y oficiales no cumplían con sus obligaciones “ni amenazándolos con fusilarlos”. Tan grave era el problema que la Secretaría de Guerra constantemente recordaba a los jefes y oficiales con mando de fuerzas que no abandonaran los puntos y zonas que se les habían confiado. Alfredo Ricaut acusó al general Carlos Osuna de ser el culpable de que las operaciones militares en Tamaulipas estuvieran “completamente abandonadas”, tomando los rebeldes gran incremento: Ricaut lo achacaba a que Osuna tenía su cuartel en Monterrey, “o al menos su residencia”.<sup>71</sup> En rigor, esta acusación obliga a aceptar que muchos de estos problemas fueron provocados por deficiencias administrativas o estratégicas de la propia superioridad, al asignar más de una tarea a algunos jefes o al responsabilizarlos de zonas excesivamente extensas. En muchos casos se combinaron el error de la superioridad, la incapacidad táctica y la irresponsabilidad personal: un sustituto temporal de Francisco Murguía en Chihuahua, el general Francisco González, fue acusado de ser “una perfecta nulidad” como jefe de Operaciones, a pesar de sus cualidades “como guerrillero”, y de dedicarse a estar con sus “queridas”, “en número de seis según las malas lenguas”.<sup>72</sup>

Al margen de lo numeroso de este tipo de problemas, la corrupción del ejército carrancista es justamente legendaria. Es indiscutible que muchos jefes descuidaron las operaciones por atender sus negocios, la mayo-

<sup>70</sup> AVC, tels. Veracruz; *El Universal*, México, 29 noviembre 1917; *El Demócrata*, México, 24 enero 1918; *Revista Mexicana*, San Antonio, Texas, 5 mayo 1918. No es sorprendente que uno de los militares involucrados en el cohecho haya sido Liberato Lara Torres (véase nota 62).

<sup>71</sup> Salvador Alvarado a Carranza, 14 julio 1918, en AVC, tels. Chihuahua; AVC, tels. Coahuila; *Diario Oficial*, México, 4 noviembre 1918.

<sup>72</sup> AJB, s. SP, c. VIII, exp. 4, 1183.

ría de ellos desarrollados durante los años de lucha.<sup>73</sup> Un caso de revuelo, por la jerarquía político-militar del implicado y por la importancia de la zona a él encomendada, fue el del general Murguía, quien pasaba ganado de contrabando por la frontera de Ciudad Juárez. No fue éste su único negocio: en su natal Zacatecas explotó temporalmente la hacienda Calabazal, y cuando ésta fue devuelta a sus propietarios, Murguía logró que el gobierno estatal le retribuyera lo erogado en contribuciones, gastos de administración, honorarios, escrituras, adjudicación y amparo, etc., además de los “intereses de esos desembolsos”.<sup>74</sup>

Otra forma de corrupción que favoreció enormemente el desarrollo de las rebeliones fue el comercio de pertrechos con los alzados. Esta práctica se generalizó a todo lo largo del país: existen pruebas de que en Veracruz soldados carrancistas vendían sus armas y parque a los de Higinio Aguilar, y que las soldaderas villistas tenían, entre otras funciones, la de compra de parque a los soldados del gobierno. Ante tal situación el gobierno ordenó que se pasara “diariamente minuciosa revista de municiones, contando exactamente las que tenga cada individuo de tropa, descontándole, cuando no presente las que debe tener, el valor de las municiones faltantes a razón de doce centavos cartucho”. Es de suponerse que esta disposición, dictada por primera ocasión en agosto de 1917, no rindió los efectos deseados a pesar de haber sido recordada con insistencia, pues para mediados de 1919 se dispuso que el descuento fuera hecho “a razón de sesenta centavos” por cartucho faltante.<sup>75</sup>

<sup>73</sup> Aunque limitado a revisar negocios de importancia de la alta jerarquía militar, un magnífico trabajo es el de Alicia Hernández Chávez, “Militares y negocios en la Revolución mexicana”, en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, vol. xxxiv, núm. 2, octubre-diciembre 1984, pp. 181-212. Uno de los grandes críticos del carrancismo, Nemesio García Naranjo, afirmaba que los generales corruptos se contaban “por docenas” y que las concesiones comerciales a éstos eran similares a las antes dadas a los ‘científicos’. Véase *Revista Mexicana*, San Antonio, Texas, 19 marzo y 4 de agosto 1918.

<sup>74</sup> Las “pruebas” de la corrupción de Francisco Murguía, en *Sucesos*, 29 junio 1917, en Archivo Histórico Diplomático Mexicano, en adelante AHDM, libro encuadernado 817, leg. 1. Murguía a Carranza, 4 marzo 1919, en AVC, tels. Zacatecas. Al mismo don Venustiano le fue denunciada la “increíble” corrupción de las fuerzas de Murguía; véase AVC, c. 122, doc. 13769. Véase también *Revista Mexicana*, San Antonio, Texas, 19 marzo 1918.

<sup>75</sup> AVC, tels. Veracruz y Zacatecas; *Diario Oficial*, México, 8 noviembre 1918 y 14 junio 1919. Se sabe que el problema de la venta de armas era peor entre los soldados asimilados y entre los rebeldes amnistiados e incorporados al Ejército Nacional. Véase AJB, s. SP, c. X, exp. 25, 1888.

Por todo lo anterior, puede concluirse que muchos militares carrancistas no deseaban que se pacificara el país, pues perderían su enorme poder político y no podrían continuar medrando al amparo de los haberes y gastos de guerra, o del control y dominio que tenían sobre la población del país. Sólo así se explica la cínica queja del general José Rentería Luviano, encargado de resguardar Ciudad del Maíz, en tremenda crisis socioeconómica hacia principios de 1918: dado que sólo quedaban “metates viejos y tiliches de cosina” [*sic*], y dado que no le gustaba quedarse de vigilante del cementerio, “lo único que está poblado en Ciudad del Maíz”, imploró ser transferido, pues a la zona ya no había “qué chuparle ni qué cuidarle”.<sup>76</sup> Sin lugar a dudas, la guerra era para muchos el mejor de los negocios posibles.

#### EL FRACASO: RAZONES Y SECUELAS

De 1917 a 1919 la reorganización y moralización del ejército y la pacificación del país estuvieron vinculadas a la permanencia de Carranza en el poder. Posteriormente, entre finales de 1919 y principios de 1920, lo estuvieron con la sucesión presidencial. Si se advirtió que muchas autoridades tomaron decisiones contraproducentes en el ámbito militar para debilitar a don Venustiano y fortalecer a su propio grupo político, es preciso aceptar que también él dio prioridad a su sucesión sobre la pacificación, como cuando obstaculizó la organización de imprescindibles fuerzas estatales en Michoacán sólo porque el gobernador Ortiz Rubio era un obregonista confeso. Además de las enormes dificultades que implicaba la pretendida política militar de Carranza, lo cierto es que en muchas ocasiones y en más de un sentido el propio don Venustiano adoptó posturas contraproducentes. Su fracaso y su derrota se hicieron irremediables.

Dado que finalmente Carranza fue desplazado del poder por los obregonistas, el grupo militar por excelencia, debe cuestionarse su postura ante el elemento castrense. ¿Qué logros obtuvo en la reorganización y moralización del ejército?, ¿cuáles en cuanto a pacificación?, ¿qué errores cometió al intentar resolver la antinomia entre los procesos de reorganización y moralización con el de pacificación?, ¿qué impacto tuvo el factor de la sucesión presidencial?, ¿cuáles fueron las causas y consecuencias del fracaso?

<sup>76</sup> AJB, s. EM, c. v, exp. 26, 688.

so de su política militar? Un par de datos podrían servir de respuesta a estos cuestionamientos. Uno es la reveladora autocrítica del primer encargado de la Secretaría de Guerra durante el periodo presidencial de don Venustiano, el general Jesús Agustín Castro. Al dejar el puesto, a mediados de 1919, advirtió que la labor profesionalizadora y depurativa era tarea “muy larga” y reconoció que, en cuanto a la pacificación, se había logrado “poco o nada”.<sup>77</sup> El otro es de sobra conocido: Carranza fue derribado por una doble revuelta militar, acaudillada paralelamente por Obregón y Pablo González, en la que tuvo un papel preponderante Jacinto B. Treviño, el mismo a quien don Venustiano había puesto al frente del proyecto de reorganización de las fuerzas armadas.<sup>78</sup>

<sup>77</sup> *El Demócrata*, México, 7 abril 1918.

<sup>78</sup> La actitud de Treviño confirma que no era la persona adecuada para encabezar una comisión reorganizadora del ejército. Su relación con Carranza era mala desde 1917, a partir de su derrota en Chihuahua y de su conflicto con Murguía, y no se procedió contra él por su fuero de diputado, por su conducta y colaboración anteriores y para no enturbiar aún más la relación entre el ejército y don Venustiano. Al concluir el periodo de la xxvii Legislatura, a finales de 1918, Treviño quedó “en disponibilidad” del Ejército Nacional y comenzó a actuar en política partidista, parcialmente opositorista, y fue designado Presidente del Partido Cooperatista. Desde ese puesto se enfrentó con cierta violencia al partido gobiernista por las elecciones municipales de la ciudad de México. Seguramente esto determinó que Carranza dispusiera que Treviño viajara a Estados Unidos y Europa para estudiar la organización de los ejércitos de varios países. El viaje duró de abril a diciembre de 1919, y aunque algunos partidarios suyos creyeron que don Venustiano buscaba librarlo del creciente desprestigio del gonzalismo, o que le daría la cartera de Guerra y Marina al volver al país, lo cierto es que su relación con Carranza era ya poco menos que pésima, por lo que fue completamente ignorado a su regreso. Todo esto explica su participación en la revuelta de Agua Prieta, cuando fue general en jefe de las fuerzas gonzalistas y responsable de que se ofreciera al Presidente respetar su vida si se rendía. Ante la negativa, encabezó las operaciones militares contra el convoy en el que huía el gobierno carrancista. Su importancia fue tal que se le premió con la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo durante la presidencia interina de Adolfo de la Huerta. Curiosamente, desde el inicio del gobierno de Obregón insistió en que era más importante la moralización que la reorganización del ejército, a pesar de lo cual sufrió prisión por el asesinato de José Alessio Robles a mediados de 1921. Su deslealtad contra el gobierno legal y su violenta conducta personal demuestran que Treviño no era la persona adecuada para encabezar el proceso de institucionalización del ejército, lo que se confirma al recordar que Treviño se rebeló en 1927 y 1929, a favor de Serrano, Gómez y Escobar. Véase AHDN, *Cancelados*, XI/III/1-257, t. 1, ff. 119-123, 125, 204; t. 2, ff. 316, 320, 327, 357; t. 4, ff. 795, 803, 820, 838-839, 979, 999-1000; AJT, c. 15, exp. 64, ff. 8668, 8683, 8690, 8769; exp. 65, f. 8805; Treviño, *op. cit.*, pp. 140-176.

A pesar de esto, su política militar no fue un fracaso total, pues trajo grandes beneficios a mediano y largo plazos. Por ejemplo, sus afanes por lograr la autonomía municionista fueron admirables, lo mismo que sus intentos por mejorar la educación castrense formal de soldados, jefes y oficiales. En efecto, en las postrimerías de su gobierno se reinauguró el Colegio Militar, a partir de la Academia de Estado Mayor fundada a finales de 1916, y se crearon o proyectaron algunas escuelas militares especializadas. Es más, ante las dificultades inmediatas para lograr la moralización del ejército, por momentos se dijo que ésta era una tarea de años, en la que la educación de los soldados tendría que ser más importante que cualquier tipo de reglamentos o sanciones. Aunque al principio se careció del personal docente adecuado, es indudable que con el Colegio Militar habría de edificarse un ejército distinto del conformado durante la lucha armada.<sup>79</sup>

Los resultados en cuanto a pacificación tampoco fueron magros. Cierto es que los rebeldes permanecieron en armas a lo largo de su gobierno y colaboraron de forma importante en su caída. Sin embargo, cierto es también que a finales de 1918 y durante 1919 los movimientos chavista, 'soberanista' y zapatista sufrieron la muerte de sus caudillos, además de otros golpes duros; asimismo, fue muerto el principal lugarteniente del movimiento felicista. Bien pudiera ser que los avances en la pacificación se hayan debido a desaciertos de los rebeldes —desunión, falta de financiamiento, incapacidad— más que a virtudes del Ejército Nacional; sin embargo, bien pudo ser también que la permanencia en armas de los rebeldes hasta mediados de 1920 se haya debido a la reactivación provocada por la coyuntura de la sucesión y, sobre todo, por el enfrentamiento entre don Venustiano y Álvaro Obregón. Como quiera que haya sido, es evidente que los movimientos rebeldes estaban en declive a mediados de 1919.<sup>80</sup>

<sup>79</sup> AJB, s. EM. c. VII, exp. II, 1043; AJT, c. 12, exp. 48, ff. 7444-7474, 7554-7555, 7562-7564, 7566; c. 15, exp. 64, ff. 8703-8714; exp. 65, f. 8776; Barragán, *op. cit.*, pp. 319-322. Véase también Cabrera, *op. cit.*, p. 469. Una historia tradicional pero muy completa y documentada insiste en la importancia del apoyo de Carranza a la educación militar, primero con la Academia del Estado Mayor y luego con la reapertura del Colegio Militar. Véase *El Ejército Mexicano*, México, Secretaría de la Defensa Nacional, 1979, pp. 427-428, 436-437.

<sup>80</sup> Garciadiego, *Revolución constitucionalista...*, *op. cit.*

Lo anterior es más un matiz que un mentís. Es incuestionable que, en términos generales e inmediatos, fracasó la política militar de Carranza. Su éxito o revés no dependió de cuestiones meramente castrenses sino de complejos factores económicos, políticos, sociales y diplomáticos. Más aún, dependía de insalvables límites históricos. En efecto, don Venustiano no pudo profesionalizar al ejército ni pacificar al país porque tuvo que enfrentar al unísono problemas que sólo pueden resolverse en forma sucesiva. Así se haría después: primero la pacificación y luego la institucionalización. Finalmente hombre del siglo XIX, Carranza no pudo pacificar al país por falta de perspectiva histórica, pues nunca percibió que la solución no era militar, sino económica, política y diplomática. Además, a don Venustiano le correspondió iniciar el debilitamiento de los caudillos y rebeldes desde una posición civilista, y sin armas, cuando acababa de concluir la lucha y los militares eran el principal núcleo de poder del país. La alabada desmilitarización posterior pudo darse por la muy distinta circunstancia histórica imperante.

El mérito de Carranza reside en haber sido consciente de que en toda revolución el problema militar es fundamental, lo mismo que en el periodo inmediatamente posterior, en el de la consolidación del nuevo régimen. Con sobrada razón fue una de sus preocupaciones mayores. Aunque no sorprendente, es doloroso e irónico que no haber logrado sus objetivos le haya costado la vida y la de su gobierno. Como en varios otros asuntos, don Venustiano mostró su naturaleza de estadista aunque no pudo resolver los más inmediatos problemas políticos. Uno de sus más importantes colaboradores y panegiristas, Luis Cabrera, señaló que “el Primer Jefe pudo destruir el Ejército Federal, pero al Presidente no le alcanzó el tiempo de convertir en Ejército las huestes revolucionarias”.<sup>81</sup> ¿Fue en verdad un problema de falta de tiempo?, ¿no se debió el fracaso de Carranza a no haber resuelto la antinomia que suponía pacificar el país sin acrecentar el poder de los militares?, ¿no se debió también a la coyuntura internacional provocada por la Primera Guerra Mundial?, ¿no se debió al error de creer que el problema militar se resolvía con soluciones militares?, ¿no se debió a su imposibilidad de conformar un ejército propio?, ¿no fue un error insistir en luchar en lugar de integrar? Paradójica pero explicablemente, fueron los sonorenses, acusados por entonces

<sup>81</sup> Cabrera, *op. cit.*, p. 469.

de ser responsables de muchos de los excesos de los militares, los que pacificaron el país e institucionalizaron el Ejército Nacional. En efecto, Adolfo de la Huerta y Obregón impusieron la paz hacia 1920, a partir de múltiples negociaciones sociopolíticas y de liquidar a los renuentes, y Calles y Joaquín Amaro pudieron lograr poco después la institucionalización de las fuerzas armadas.<sup>82</sup>

<sup>82</sup> Visiones convencionales de este proceso en *El Ejército...*, *op. cit.*, pp. 438-485, y en Lozoya, *op. cit.*, pp. 43-66. Para una interpretación crítica, véase Hans-Werner Tobler, "Las paradojas del ejército revolucionario: su papel social en la reforma agraria mexicana, 1920-1935", en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, vol. XXI, núm. 1, julio-septiembre 1971, pp. 38-79. Sobre el aspecto de la pacificación de 1920, véase Sonia Quiroz, *De guerreros a generales. (Los primeros pasos hacia la institucionalización del ejército mexicano en el interinato de Adolfo de la Huerta)*, México, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, tesis de licenciatura en historia, 1982.

5  
LAS ELECCIONES DE 1917,  
O LA BÚSQUEDA DE LA LEGITIMIDAD\*

A FINALES DE 1916 resultaba evidente que la facción constitucionalista era la ganadora en el proceso revolucionario mexicano, pues luego de vencer en 1914 al Antiguo Régimen —gobierno y ejército huertistas en alianza con los principales hacendados del país— también venció a las otras facciones revolucionarias. En efecto, entre principios de 1915 y finales de 1916 había derrotado a los villistas y a los zapatistas, los que quedaron como importantes fuerzas regionales, pero aisladas y distantes, sin capacidad para conformar una alternativa nacional verosímil. Para entonces, la única facción capaz de instalar un gobierno nacional razonablemente estable y de imponer al país su proyecto de desarrollo, esto es, capaz de construir un Estado, era la constitucionalista. De hecho, el diseño institucional de tal gobierno y el contenido del nuevo proyecto de desarrollo nacional se discutieron y acordaron a finales de 1916 y principios de 1917; el resultado fue una nueva Constitución, hecha por un Congreso Constituyente conformado por diputados electos a todo lo largo y ancho del país.<sup>1</sup>

A pesar de que al inicio de la lucha —febrero y marzo de 1913— sólo se había prometido el restablecimiento de la Constitución de 1857, la participación en la contienda revolucionaria de las comunidades campesinas y de otros sectores populares volvió obsoleto el código liberal. La promulgación de la nueva Constitución tenía un par de implicaciones fundamentales: por un lado, definía el tipo de país que habría de construirse a partir

\* Texto inédito; próximamente aparecerá en la obra coordinada por mi colega y amiga Georgette José Valenzuela, *Candidatos, campañas y elecciones presidenciales en México. De la República restaurada al México de la alternancia: 1867-2006*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.

<sup>1</sup> Ignacio Marván Laborde, *Nueva edición del Diario de Debates del Congreso Constituyente de 1916-1917*, México, Suprema Corte de Justicia de la Nación, 2005-2006, 3 vols.

de entonces; por el otro, obligaba y permitía la reanudación de un régimen constitucional luego de varios años dominados por la violencia política.

Para el cabal regreso a la normalidad institucional era imprescindible contar con un gobierno legal, y su construcción debía comenzar con un proceso electoral que le diera origen. Así, el 6 de febrero de 1917, al día siguiente de la promulgación de la Constitución, y con base en el 2º artículo transitorio de la misma, Venustiano Carranza convocó al país para que el segundo domingo de marzo eligiera al Presidente de la República y a los diputados y senadores del Congreso de la Unión. El objetivo era que el 1 de mayo se instalaran debidamente los nuevos gobernantes. La mecánica propuesta fue la siguiente: el nuevo Congreso —la xxvii Legislatura— debería quedar constituido a mediados de abril, y durante las siguientes dos semanas éste habría de hacer “el cómputo de los votos emitidos para Presidente”.<sup>2</sup>

La realización de tales elecciones no habría de ser fácil. México carecía de las instituciones adecuadas para garantizar una correcta contienda electoral. Si bien la legislación electoral del país tenía ya un siglo de historia, habiéndose iniciado con la Constitución de Cádiz de 1812, sería la primera ocasión en la que se elegiría al Presidente del país mediante votación directa y universal.<sup>3</sup> Tampoco se contaba con un pertinente sistema de partidos políticos. Al contrario, los recientes esbozos de partidos políticos modernos —el Antirreeleccionista y el Católico— se habían diluido con la violencia revolucionaria o durante el gobierno huertista.<sup>4</sup> Luego, durante los años de la ‘guerra de facciones’, Carranza había desalentado su creación.<sup>5</sup> Peor aún, también se carecía de toda tradición electoral. A lo largo del siglo xix fueron más los cuartelazos y los ‘golpes de Estado’ que las contiendas comiciales, y durante el prolongado Porfiriato, el reeleccionismo generalizado terminó por anestesiar cualquier ánimo opositorista y todo afán organizativo.

<sup>2</sup> *Diario Oficial de la Federación*, 6 febrero 1917, p. 163.

<sup>3</sup> Georgette José Valenzuela, *Legislación electoral mexicana, 1812-1921: cambios y continuidades*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.

<sup>4</sup> El Partido Nacional Antirreeleccionista, creado en 1910, apenas un año después se transformó en el Partido Constitucional Progresista. El Partido Católico Nacional se fundó en 1911. Ambos se disolvieron durante el huertismo.

<sup>5</sup> A lo largo de 1915 y 1916 Carranza había sostenido que crear una organización política nacional seguramente molestaría y dividiría a los militares.

A pesar de lo anterior, las elecciones de finales de 1916 para conformar al Congreso Constituyente dejaron cierto espíritu positivo y heredaron varias instituciones que ayudarían al mejor desarrollo de los comicios previstos para marzo de 1917. De hecho, ya desde mediados de año habían tenido lugar elecciones municipales en buena parte del país, alegándose que ya estaba “concluida la lucha armada”.<sup>6</sup> Los optimistas creyeron que estas elecciones, juntas, serían el inicio de una nueva etapa de la historia nacional, más cívica, democrática y pacífica, que vendría a desplazar los años de violencia revolucionaria. Para dar inicio a dicho proceso, a mediados de septiembre de 1916 el propio Carranza recomendó la creación de partidos políticos, pues estaba consciente de que el triunfo definitivo de su facción la obligaba a transformarse pronto en un gobierno legalmente integrado; esto es, debidamente electo, y así pasar del “régimen militar existente a un régimen constitucional”.<sup>7</sup>

Todo esto explica que a finales de octubre tuvieran lugar las reuniones organizativas de un partido político, a denominarse Liberal Constitucionalista. El convocante era uno de los militares más cercanos a Carranza, el general Pablo González. Sus mayores objetivos eran que dicho partido estuviera formado y dirigido por “los más conspicuos elementos de la revolución”, y que sirviera para unificar “el criterio” de los mismos.<sup>8</sup> La mesa directiva quedó conformada por representantes de los sectores militar y político: la presidiría el general Eduardo Hay, veterano de la lucha maderista, y los secretarios serían el campechano Herminio Pérez Abreu y el profesor Alfonso Herrera, quien fuera cercano colaborador de Jesús Carranza.<sup>9</sup>

Desde su fundación se dijo que otro objetivo del naciente Partido Liberal Constitucionalista sería postular a Venustiano Carranza como su candidato para ganar la presidencia constitucional del país.<sup>10</sup> Triunfar en las elecciones le daría legalidad y legitimidad. Por la lista de los asistentes

<sup>6</sup> *El Pueblo*, 13 junio 1916. Se aseguró que la convocatoria para las elecciones municipales despertó “gran entusiasmo entre los habitantes por concurrir a los comicios electorales”. *Ibid.*, 21 julio 1916.

<sup>7</sup> *Ibid.*, 13 junio 1916.

<sup>8</sup> *El Universal*, 24 octubre 1916.

<sup>9</sup> *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1994, vol. 1, pp. 206-207 y 214.

<sup>10</sup> *El Demócrata*, 24 octubre 1916.

a la primera reunión organizativa puede calibrarse la representatividad sociopolítica con la que nació el Partido Liberal Constitucionalista: entre los carrancistas más influyentes estuvieron Cándido Aguilar y Cesáreo Castro; además del propio Álvaro Obregón, con él llegó Benjamín Hill; entre los gonzalistas destacaban Francisco Cosío Robelo y Alejo González; por último, asistieron varios gobernadores, como César López de Lara, del Distrito Federal; Rafael Cepeda, del Estado de México, y Nicolás Flores, de Hidalgo.<sup>11</sup> Con tales componentes y tal diversidad territorial, parecía que el éxito del nuevo partido estaba asegurado.

Considerando el evidente apoyo oficial y los enormes y prestigiosos liderazgos de sus primeros miembros, resulta comprensible que inmediatamente se haya dado una constante corriente de adhesiones, tanto de militares y políticos<sup>12</sup> como de organizaciones populares y de otras agrupaciones políticas:<sup>13</sup> éstas comprendían desde el Partido Socialista de Yucatán hasta una Liga de Estudiantes Revolucionarios constituida al efecto.<sup>14</sup> Fueron tantas las adhesiones institucionales recibidas, que llegó a decirse que al nacer el Partido Liberal Constitucionalista había cohesionado a numerosas agrupaciones partidistas en favor de Carranza.<sup>15</sup> Sobre todo, pronto comenzaron a crearse las filiales regionales del Partido Liberal Constitucionalista: entre las primeras figuraron la del estado de Veracruz, encabezada por el general Agustín Millán, y las de Tabasco, Puebla y Chiapas.<sup>16</sup> Asimismo, en varias poblaciones del país empezaron a organizarse ‘clubes’ o agru-

<sup>11</sup> *Idem.* También asistió a la reunión inicial el general Fermín Carpio, jefe de la guarnición de Oaxaca.

<sup>12</sup> La revisión de los principales periódicos nacionales de las semanas subsiguientes a la fundación permite consignar las adhesiones del general Pilar R. Sánchez, a nombre de toda la Segunda División de Oriente; de Eliseo Arredondo, representante del gobierno de Carranza en Washington; del gobernador de Querétaro, general Federico Montes; del tesorero de la Nación, don Nicéforo Zambrano, y de Isidro Fabela, representante de México ante Argentina.

<sup>13</sup> Un llamado Partido Reformista, presidido por el teniente coronel Antonio O. Páez, apoyó también la candidatura de Carranza. *El Universal*, 30 octubre 1916.

<sup>14</sup> *El Demócrata*, 4 y 7 noviembre 1916. Entre algunos de los estudiantes fundadores destacaban Aurelio Manrique Jr., Jorge Prieto Laurens, Miguel Torner y Otilio González. En su “manifiesto” inaugural declararon adherirse “en todo y por todo” al Partido Liberal Constitucionalista.

<sup>15</sup> *El Pueblo*, 9 noviembre 1916.

<sup>16</sup> *El Demócrata*, I, 17 y 22 noviembre, y 10 diciembre 1916.

paciones que contuvieran en su nombre uno de los términos ‘liberal’ o ‘constitucionalista’, o ambos. Algunos ejemplos pueden ser el Club Liberal de Tlaxcala, la Agrupación Liberal Constitucionalista de Guadalajara, el Club Constitucionalista Sinaloense, la Unión Liberal Constitucionalista de Irapuato y el Club Constitucionalista Duranguense.<sup>17</sup> Es de suponerse que buena parte de estas organizaciones fueron creadas alrededor de las estructuras de poder vigentes, ya fuera el gobernador preconstitucional en turno, algún importante político local o los principales elementos del Ejército Constitucionalista destacamentados en cada región.

¿Cuál era el objetivo real de tantos esfuerzos organizativos, si se sabía que Carranza no tendría competidores electorales? En efecto, las corrientes revolucionarias contrarias a él —la convencionista, la villista y la zapatista— estaban proscritas de la competencia por el poder. A su vez, los miembros de las diversas corrientes “contrarrevolucionarias”, como los porfiristas, los ‘científicos’, los huertistas y los felicistas, se encontraban exiliados, situación que compartían con algunos de los principales exmaderistas.<sup>18</sup> Sobre todo, los competidores posibles decidieron posponer sus aspiraciones para cuando sus personalidades maduraran suficientemente: Álvaro Obregón tenía tanta capacidad militar como inexperiencia política, y Pablo González era tan sólo un subalterno de Carranza, al que deseaba suceder en el poder, pero heredándolo, no compitiendo por él.<sup>19</sup> En otras palabras, no habría contienda entre corrientes políticas distintas, pero tampoco competencia entre distintos elementos del grupo revolucionario.

Comprensiblemente, no habría campaña ni giras ni debates. Más que un proceso electoral, el objetivo era legitimar a Carranza, haciéndolo transitar de Primer Jefe a Presidente constitucional del país. Gracias a su perspicacia política, Carranza se dio cuenta de que el cambio no era me-

<sup>17</sup> *Ibid.*, 4, 10, 15, 25 y 27 noviembre 1916.

<sup>18</sup> Carranza se negó a dar amnistía a los exiliados para evitar que volvieran al país y se organizaran políticamente. Javier Garciadiego y Victoria Lerner (coords.), *Exiliados de la Revolución mexicana*, en proceso de edición, y Mario Ramírez Rancano, *La reacción mexicana y su exilio durante la revolución de 1910*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Miguel Ángel Porrúa, 2002.

<sup>19</sup> Pablo González, *El centinela fiel del constitucionalismo*, Saltillo, Coahuila, Editorial Alfonso Reyes, 1971, y Linda B. Hall, *Álvaro Obregón. Poder y revolución en México, 1911-1920*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

ramente nominal. Sabía que la legitimación de su poder suponía una reducción del mismo. Como lo declarara al aceptar su postulación como candidato presidencial del Partido Liberal Constitucionalista, sabía que ello implicaba pasar del poder absoluto que había detentado como Primer Jefe y como Encargado del Poder Ejecutivo, a un poder sujeto al “orden constitucional”.<sup>20</sup> Los líderes e ideólogos del Partido Liberal Constitucionalista alegaron a su vez que ya era impostergable el cambio de facción militar triunfante a gobierno nacional “ungido por el voto”. Por lo mismo, dado que el gobierno nacional estaba constituido por los diferentes poderes, y dado que todos éstos debían construirse mediante procedimientos comiciales, tenía que procederse a constituir las diversas fórmulas y mancuernas electorales.

Seguramente otro objetivo de la naciente organización fue contener las potenciales aspiraciones de otras “personalidades” revolucionarias “culminantes”. Para ello alegaron no haber encontrado, entre todas las otras figuras, “los argumentos” que había en favor de Carranza. El riesgo y la advertencia eran clarísimos: “las ambiciones personales de los caudillos de pasadas revoluciones y revueltas” y “las divisiones a la hora del triunfo” han causado “nuestras desgracias y fracasos”. En cambio, para triunfar en el “periodo reconstructivo”, como antes se había triunfado en la etapa de la lucha armada, era preciso demostrar “nuestra unión” y “nuestros conocimientos sobre los actuales retos del país”.<sup>21</sup> De hecho, reunir a generales como Obregón, Pablo González y Cándido Aguilar en una misma organización era prueba de una larga negociación en busca de un gran acuerdo.<sup>22</sup>

Sin embargo, el desarrollo del Partido Liberal Constitucionalista estuvo limitado por varios problemas. Para comenzar, si bien la candidatura de Carranza nunca fue cuestionada, pronto los militares percibieron que la creación de un partido trasladaría a esta instancia el reparto de los puestos públicos, los que durante los años violentos habían sido monopolizados por el ejército. Su temor se vio confirmado cuando se anunció que los militares

<sup>20</sup> *El Demócrata*, 28 octubre 1916.

<sup>21</sup> *Ibid.*, 4 noviembre 1916.

<sup>22</sup> Manuel Cedeño, *Estado y partidos políticos en el periodo constitucionalista de la Revolución mexicana (1916-1920)*, Villahermosa, Tabasco, Centro de Investigación de la División de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco [1988], p. 137.

en activo “no podrán inmiscuirse en asuntos políticos”,<sup>23</sup> y cuando el Partido Liberal Constitucionalista se declaró “eminente civil”, con un candidato civil, Carranza, y con un Presidente de su mesa directiva<sup>24</sup> que ya había regresado a su ocupación profesional, el ingeniero Eduardo Hay. Se alegó también que el nuevo partido había sido secundado “de manera muy especial” por “grupos de civiles de importancia, ferrocarrileros, obreros, estudiantes”.<sup>25</sup> Sin embargo, el peso de los militares no podía soslayarse, sobre todo al recordar que la convocatoria fundacional había sido hecha por el general Pablo González. Incluso hay quienes sostienen que el Partido Liberal Constitucionalista era una organización militarista, lo cual no impedía que tuviera respaldos populares, en particular de obreros.<sup>26</sup>

Una prueba de los conflictos internos fue el cambio en la presidencia del partido, pues si bien alcanzó este puesto Jesús Acuña al sustituir a Hay<sup>27</sup> a principios de diciembre de 1916, renunció tan sólo mes y medio después.<sup>28</sup> Su alegato consistió en que no teniendo Carranza un contendiente electoral, la labor del partido estaba condenada, inevitablemente, a ser poco vigorosa. Además, Acuña reconoció que desde su salida de la Secretaría de Gobernación, en el momento de instalarse el Congreso Constituyente, había sido objeto de “pérfidos” ataques de sus “enemigos políticos” y que le preocupaba que tales ataques afectaran el prestigio del naciente partido. El verdadero problema fue que había dejado de ser del “círculo de amigos” de Carranza, y éste requería de un íntimo a la cabeza del partido que lo postulaba.<sup>29</sup> Para

<sup>23</sup> La circular, firmada por el secretario de Guerra y Marina Álvaro Obregón, decía que “los militares con mando de fuerzas no podrán ser postulados para ocupar puestos de elección popular”. *El Pueblo*, 19 noviembre 1916.

<sup>24</sup> Entre los diez vocales de la mesa directiva estaban Jesús Urueta, Luis G. Cervantes, José Inocente Lugo, Manuel García Vigil, Vidal Garza Pérez, Juan Zubarán Capmany, Álvaro Pruneda, Rafael Múzquiz, León Aillaud y Luis Meza Gutiérrez. *El Universal*, 25 octubre 1916.

<sup>25</sup> *El Demócrata*, 7 noviembre 1916.

<sup>26</sup> Douglas Richmond, *La lucha nacionalista de Venustiano Carranza, 1893-1920*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, pp. 206-208.

<sup>27</sup> Eduardo Hay renunció a la presidencia partidista para asumir la Subsecretaría de Fomento. *El Pueblo*, 29 noviembre 1916.

<sup>28</sup> *El Demócrata*, 2 y 7 diciembre 1916. También renunció el secretario Herminio Pérez Abreu. *El Gladiador*, 4 enero 1917.

<sup>29</sup> *Ibid.*, 25 enero 1917. El sustituto de Acuña fue Juan Sánchez Azcona, veterano del reyismo, para el que dirigió el periódico *México Nuevo*, y luego cercano al Presidente

colmo, al retirarse Acuña se diluyó la alianza entre el partido y la Secretaría de Gobernación, que estaba al frente del proceso electoral y tenía relaciones cercanas con la prensa.<sup>30</sup>

Fueron varios los problemas del naciente Partido Liberal Constitucionalista.<sup>31</sup> Para comenzar, era obvio que los civiles no podían desplazar a los militares como el principal factor real de poder en el país, pues si bien acababa de terminar la ‘guerra civil’ —mejor conocida como ‘guerra de facciones’—, lo cierto es que las campañas militares seguirían siendo prioritarias durante algunos años.<sup>32</sup> En segundo lugar, el Partido Liberal Constitucionalista había nacido prematuramente, pues ese tipo de instituciones acaso resultaban innecesarias. Además, carecía de línea programática,<sup>33</sup> al tener sólo objetivos electorales y legitimadores. El Partido Liberal Constitucionalista estaba condenado a la mediocridad, pues su objetivo se reducía a hacer triunfar a un candidato que gozaba de gran popularidad por la reciente promulgación de la Constitución, que no tenía adversarios y que controlaba todo el aparato gubernamental del país. Apenas y se mencionó la conveniencia de fundar un periódico, y en verdad no hubo una estrategia para motivar el voto en favor de Carranza: con los empleados públicos y los soldados tenía garantizado el triunfo.<sup>34</sup> Por último, ningún

---

Madero, del que fue secretario particular. Bajo Carranza fue representante en Europa de la revolución constitucionalista, y podría ser considerado un político partidario de Pablo González. Gloria Sánchez Azcona, *En el centenario del nacimiento de Juan Sánchez Azcona*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1975, y *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución...*, *op. cit.*, vol. II, pp. 798-800.

<sup>30</sup> Uno de los críticos más acerbos de la Revolución mexicana sostenía que Acuña era el “cancerbero” que tenía el partido en la Secretaría de Gobernación. Jorge Vera Estañol, *La Revolución mexicana: orígenes y resultados*, México, Porrúa, 1957, p. 500.

<sup>31</sup> Algunas fuentes consignan la existencia de dos partidos Liberal Constitucionalista: uno fue el presidido por Eduardo Hay; el otro estaba encabezado por el profesor Gregorio Velázquez. *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución...*, *op. cit.*, vol. II, pp. 781-782.

<sup>32</sup> Entre 1917 y 1920 el gobierno tuvo que combatir al villismo y al zapatismo, así como a los arenistas de Tlaxcala y a los cedillistas de San Luis Potosí; de otra parte, también tuvo que combatir a los ejércitos rebeldes de Manuel Peláez y de Félix Díaz, así como a los ‘mapaches’ de Chiapas y a los ‘soberanistas’ de Oaxaca, lo mismo que a las fuerzas de José Inés Chávez García, que asolaron buena parte de Michoacán.

<sup>33</sup> Manuel Cedeño, *op. cit.*, p. 136. Resulta curiosa la complaciente visión de un directorio, quien lo consideraba “el ‘embrión’ en el resurgimiento del Partido Liberal Mexicano”. *El Demócrata*, 5 febrero 1917.

<sup>34</sup> *El Demócrata*, 25 octubre 1916, y 17 y 29 enero 1917.

partido político puede crecer sanamente si nace para una campaña ganada de antemano. Lo ideal es que sea creado con una finalidad que la población considere imprescindible e impostergradable. En las elecciones de marzo de 1917 la falta de cualquier reto, de toda épica, era evidente. La mediocridad era tan obvia que a finales de enero de 1917 corrió la advertencia: el nuevo partido no debía ser simplemente un “círculo de amigos” sino ser amplio y democrático, con principios e ideales.

Por todo esto un grupo de revolucionarios propuso la creación de otro partido, que pusiera vigor e intensidad en la campaña electoral con acciones “mucho más enérgicas”. La propuesta inicial fue que se llamaría Partido Revolucionario Nacional, el que se estructuraría a partir de “todos los clubs que existen diseminados en el país”.<sup>35</sup> Previsiblemente, ante la falta de carácter oficial a pesar de que su candidato también era Carranza, su poder de convocatoria fue reducido.<sup>36</sup> Al final su nombre fue menos ambicioso: Centro Democrático Electoral, y anunció que se disolvería “al día siguiente de las elecciones”.<sup>37</sup> Era evidente que el país no estaba suficientemente maduro para construir partidos políticos auténticos.<sup>38</sup>

Al margen de estas deficiencias, las elecciones tuvieron lugar el segundo domingo de marzo, y las hubo en todo el país, a excepción del estado de Morelos (por la ocupación zapatista).<sup>39</sup> Se desarrollaron en forma pacífica, en buena medida porque el único aspirante a la presidencia fue Carranza. Sin embargo, como además había que elegir diputados y senadores, lo que sucedió fue que surgieron numerosas agrupacio-

<sup>35</sup> *Ibid.*, 24 y 25 enero 1917.

<sup>36</sup> Por ejemplo, Pablo González mandó un representante, el doctor Rivas Iruz, y Obregón no asistió, pues sus “ocupaciones” se lo impidieron. Telegrama de Heriberto Barrón a Venustiano Carranza, 1 febrero 1917, en Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, x1/481.5/97, c. 44, ff.183-184.

<sup>37</sup> *El Demócrata*, 3 febrero 1917. Otra prueba de que desde su nacimiento era una organización inferior al Partido Liberal Constitucionalista es que quien lo dirigió fue el señor Rivas Iruz, apenas vocal en el Liberal Constitucionalista. Significativamente, Rivas Iruz era gente del general Pablo González. Acaso éste pensó en crear una nueva organización política luego de constatar la actitud tan independiente que habían asumido muchos de los diputados apoyados por el Partido Liberal Constitucionalista en el Congreso Constituyente. Charles C. Cumberland, *La Revolución mexicana. Los años constitucionalistas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975.

<sup>38</sup> “¿Tenemos partidos políticos?”, en *El Universal*, 8 febrero 1917.

<sup>39</sup> *Diario de los Debates de la Cámara de Diputados*, 26 abril 1917, p. 5.

nes —desde pomposos partidos hasta modestos clubes— que proponían, paralelamente a Carranza, a su candidato a diputado o senador. Aunque obviamente éstas fueron campañas de alcance local, y sólo duraron cerca de cinco semanas, algunas resultaron muy competidas. Previsiblemente, muchas de las agrupaciones creadas hacia septiembre u octubre de 1916 para sostener la candidatura de algún aspirante a formar parte del Congreso Constituyente fueron reconstituidas para las elecciones generales de marzo de 1917.

Como estaba dispuesto, primero se instaló la Cámara de Diputados y luego ésta se constituyó en Colegio Electoral.<sup>40</sup> Los resultados favorecieron abrumadoramente a Carranza, seguido a la distancia por Pablo González, quien a su vez obtuvo casi el triple de votos que Obregón. Después de ellos algunos revolucionarios destacados obtuvieron unos cuantos votos. Las cifras oficiales finales fueron: Venustiano Carranza, 797 305 votos; Pablo González, 11 615 y Álvaro Obregón, 4 008.<sup>41</sup>

Concluido todo el proceso electoral, Carranza protestó oficialmente como Presidente constitucional la tarde del 1 de mayo de 1917. Se calcula que durante su trayecto del Palacio Nacional a la Cámara de Diputados fue aclamado por cien mil personas, “de todas las clases sociales” y rebosantes de “júbilo y esperanza”. La ceremonia fue presenciada por los diputados, por el resto de la clase política mexicana y por el cuerpo diplomático.<sup>42</sup> Si al comenzar su lucha había prometido restaurar la Constitución de 1857, cuatro años después, al asumir la presidencia, se comprometió “a guardar y hacer guardar” la Constitución de 1917.

Es indudable que el objetivo se había conseguido: Carranza había dejado de ser el Primer Jefe. Ahora era Presidente constitucional. Sin embargo, la legitimación ayuda para resolver problemas, pero no los extingue. Después de la severa experiencia sufrida por Carranza con la independencia mostrada por varios diputados constituyentes, entendió la necesidad de un partido político de alcance nacional, plenamente identificado con los principios y hombres del constitucionalismo, que le sir-

<sup>40</sup> *Ibid.*, 14 abril 1917, p. 31.

<sup>41</sup> La información desagregada de la votación presidencial entidad por entidad está en *Diario de los Debates de la Cámara de Diputados*, 26 abril 1917, pp. 3-8. Obregón venció a González en nueve estados y dos territorios: Coahuila, Chihuahua, Durango, Jalisco, Nuevo León, Sinaloa, Sonora, Tabasco, Yucatán, Baja California Norte y Tepic.

<sup>42</sup> *El Pueblo*, 2 mayo 1917.

viera para seleccionar candidatos y para hacerlos triunfar en el Congreso federal, en las gubernaturas y en los Congresos locales.<sup>43</sup> Empero, Carranza fue perdiendo paulatinamente el respaldo del Partido Liberal Constitucionalista, el que empezó a inclinarse en favor de Obregón. Si las elecciones presidenciales de 1917 fueron casi de trámite, las de 1920,<sup>44</sup> en las que habría de elegirse a su sucesor, fueron un desastre que terminó en tragedia.

<sup>43</sup> Álvaro Matute, *Las dificultades del nuevo Estado*, México, El Colegio de México, 1995, p. 253.

<sup>44</sup> Recuérdese que aunque las elecciones fueron en marzo de 1917 y la toma de posesión el 1 de mayo, con el fin de no alterar los periodos cuatrianuales, la Cámara de Diputados tomó el acuerdo de que el periodo presidencial de Carranza abarcara del 1 de diciembre de 1916 al 30 de noviembre de 1920. Es decir, fue una elección retroactiva. *Diario de los Debates de la Cámara de Diputados*, 26 abril 1917, p. 3.



## LA DEUDA HISTORIOGRÁFICA

Dentro de la historiografía de la Revolución mexicana, la dedicada a la facción zapatista destaca por haber producido varios libros ‘clásicos’. Si analizamos dicha historiografía cronológicamente, podemos ubicar el predominio de varios géneros. Para el periodo en el que se publicaron preferentemente obras testimoniales, desde el final de la lucha armada hasta el momento de la unificación posrevolucionaria —hacia los años cuarenta—, sin duda sobresalió el ambicioso y documentado testimonio de Gildardo Magaña,<sup>1</sup> michoacano asimilado en 1911 al zapatismo, que llegó a ser el sucesor de Zapata, a su muerte en abril de 1919.<sup>2</sup> Posterior-

\* Leído como conferencia en el homenaje a Adolfo Gilly en el Coloquio Internacional *Historiadores, narradores y troveros. Miradas sobre la Historia*, celebrado en El Colegio de México y en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, del 17 al 19 de noviembre de 2009. El texto se publicará próximamente en Rhina Roux y Felipe Ávila (coords.), *Historiadores, narradores y troveros. Miradas sobre la historia*, México, Era (en prensa).

<sup>1</sup> Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, t. I, México, s. p. i., 1934; t. II, México, Edición de la Secretaría de Prensa y Propaganda del Partido Nacional Revolucionario, 1937; t. III, México, Secretaría de Educación Pública, 1946, obra continuada por Carlos Pérez Guerrero. Editorial Ruta publicó en 1951-1952 la obra completa en cinco volúmenes. Además del testimonio de Magaña, es también valioso el de otro intelectual urbano incorporado al zapatismo: Antonio Díaz Soto y Gama, *La revolución agraria del sur y Emiliano Zapata, su caudillo*, México, s. p. i., 1960. Consúltese también de este personaje la edición que hiciera Pedro Castro (rescate, pról. y estudio biográfico), Antonio Díaz Soto y Gama, *Historia del agrarismo en México*, México, Era, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, 2002.

<sup>2</sup> El michoacano Gildardo Magaña nació en 1891; estudió en el Seminario Diocesano de Zamora y en el Temple College, de Filadelfia, Estados Unidos. Fue militante de los

mente, cuando la historiografía de la Revolución fue dominada por historiadores no profesionales, durante los decenios del medio siglo, el zapatismo volvió a destacar con el entrañable libro de Jesús Sotelo Inclán<sup>3</sup> sobre el pueblo de Zapata, San Miguel Anenecuilco.<sup>4</sup>

Años después, cuando se profesionalizó la disciplina y surgió el llamado “revisionismo historiográfico”, el zapatismo volvió a destacar con el admirable trabajo de John Womack, *Zapata y la Revolución mexicana*.<sup>5</sup> Asimismo, con el surgimiento de la historiografía crítica de la Revolución, luego del movimiento estudiantil de 1968 y de la incorporación de la teoría marxista a la historiografía mexicana, apareció *La revolución interrumpida*.

partidos Democrático y Antirreeleccionista, y posteriormente se incorporó al zapatismo, del que fue representante en la Convención de Aguascalientes. Tras la muerte de Emiliano Zapata fue nombrado jefe del Ejército Libertador del Sur. En 1920 se unió al movimiento de Agua Prieta y en 1936 fue electo gobernador constitucional de Michoacán. Murió en la ciudad de México siendo gobernador. Cfr. Varios autores, *Así fue la Revolución mexicana*, México, Secretaría de Educación Pública, Senado de la República, 1986, t. 8 (A-M), p. 1631, y *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1991, t. IV, p. 230. Véase también Valentín López González, *Los compañeros de Zapata*, México, Ediciones del Gobierno del Estado Libre y Soberano de Morelos, 1980.

<sup>3</sup> El profesor Jesús Sotelo Inclán nació en 1913 en la ciudad de México. Realizó sus estudios en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Escuela Nacional de Maestros. Fue fundador del Instituto Federal de Capacitación del Magisterio, director del Instituto Nacional de Bellas Artes y de la Escuela Normal Ignacio Manuel Altamirano, en la que impartió el curso de historia nacional. Fue autor de *Historia de México y La escuela de Anenecuilco*, entre otros libros. Murió en 1989 en el Estado de Guanajuato. Cfr. *Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*, México, Porrúa, 1995, t. IV, p. 3344, y Humberto Musacchio, *Milenios de México*, México, Raya en el Agua, 1999, t. III, p. 2871.

<sup>4</sup> Véase Raíz y razón de Zapata, México, Editorial Etnos, 1943. También consúltense Jesús Sotelo Inclán y sus conceptos sobre el movimiento zapatista, entrevista por Alicia Olivera de Bonfil y Eugenia Meyer, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1970; María Eugenia Arias, *El proceso historiográfico en torno a Emiliano Zapata (1911-1940)*, México, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, tesis de licenciatura en historia, 1979, y Felipe Ávila, “La defensa de indios de un procurador académico. Raíz y razón del zapatismo”, en Álvaro Matute y Evelia Trejo (eds.), *Escribir la historia en el siglo XX. Treinta lecturas*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, pp. 93-113.

<sup>5</sup> John Womack, *Zapata y la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI Editores, 1969. Consúltense también Pedro L. San Miguel, “Mito e historia en la épica campesina: John Womack y la Revolución mexicana”, en *Secuencia*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, núm. 76, enero-abril 2010, pp. 133-156.

*pida*, de Adolfo Gilly, polémico y controvertido, rechazado por algunos colegas puristas, pero apreciado por los lectores; a la fecha el libro de Gilly ha alcanzado casi el medio centenar de reimpresiones y cuenta con un par de traducciones.<sup>6</sup> Sintetizo mi postura: puede ser que el libro de Gilly no contenga datos nuevos, pero tiene muchas ideas originales.

Paradójicamente, las obras de Womack y Gilly fueron tan importantes que produjeron efectos imprevistos: inhibieron durante varios años el surgimiento de nuevas obras sobre el zapatismo<sup>7</sup> con el argumento de que ya todo estaba dicho sobre el tema. Tuvieron que pasar más de veinte años para que empezaran a aparecer nuevas monografías, todas ellas sobre asuntos puntuales. Además de valientes, las nuevas aproximaciones fueron atinadas, pues vinieron a corregir algunos errores o a cubrir determinados vacíos historiográficos. Los mejores ejemplos son el estudio de Alicia Hernández sobre Anenecuilco, auténtica historia agraria morelense;<sup>8</sup> el análisis de la estructura socioeconómica del Morelos porfiriano, de Horacio Crespo;<sup>9</sup> los escritos sobre historia social y vida cotidiana del zapatismo, de Salvador Rueda y Laura Espejel;<sup>10</sup> los trabajos de Felipe Ávila sobre el zapatismo temprano en el ámbito local —sus redes con las comunidades rurales morelenses— y sobre el zapatismo maduro que aspiró a tener al-

<sup>6</sup> Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida. México, 1910-1920: una guerra campesina por la tierra y el poder*, México, Ediciones El Caballito, 1971. Las ediciones en idioma extranjero son al inglés (1983, 2005 y 2006) y al francés (1995). El Caballito llegó a publicar casi una treintena de reimpresiones. A partir de 1994 Era publicó la obra, corregida y aumentada; en 2007 publicó una nueva edición y en 2009 editó una primera reimpresión de dicha edición.

<sup>7</sup> Acaso la excepción sean las perspectivas antropológicas de Arturo Warman, ... *Y venimos a contradecir, los campesinos de Morelos y el Estado nacional*, México, Ediciones de la Casa Chata, 1976, y Guillermo de la Peña, *Herederos de promesas. Agricultura, política y ritual en los Altos de Morelos*, México, Ediciones de la Casa Chata, 1980.

<sup>8</sup> Alicia Hernández Chávez, *Anenecuilco, memoria y vida de un pueblo*, México, El Colegio de México, 1991.

<sup>9</sup> Horacio Crespo, *Modernización y conflicto social. La hacienda azucarera en el estado de Morelos, 1880-1913*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2009.

<sup>10</sup> Salvador Rueda Smithers, “La dinámica interna del zapatismo. Consideración para el estudio de la cotidianeidad campesina en el área zapatista”, en Horacio Crespo (coord.), *Morelos: cinco siglos de historia regional*, México, Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México, Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 1984, pp. 225-249, y Laura Espejel (coord.), *Estudios sobre el zapatismo*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2000.

cances nacionales con su participación en la Convención;<sup>11</sup> los acercamientos a otros jefes, como el de Martha Rodríguez sobre Genovevo de la O;<sup>12</sup> los estudios sobre el zapatismo “periférico”, es decir, el no morelense, como los de Marcelo González Bustos y Renato Ravelo,<sup>13</sup> y la historia política y militar del zapatismo hecha por Francisco Pineda.<sup>14</sup> Por último, también deben ser mencionadas las aportaciones de Samuel Brunk sobre el componente de los políticos e intelectuales urbanos “asimilados”, y más recientemente sobre la construcción del “mito Zapata” a lo largo del siglo xx.<sup>15</sup>

Una característica permea casi toda la historiografía zapatista:<sup>16</sup> atiende los momentos de éxito, su auge; es decir, las preferencias abarcan desde

<sup>11</sup> Felipe Ávila, *El pensamiento económico, político y social de la Convención de Aguascalientes*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, Instituto Cultural de Aguascalientes, 1991, y *Los orígenes del zapatismo*, México, El Colegio de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.

<sup>12</sup> Martha Rodríguez, *Genovevo de la O, un jefe zapatista*, México, Universidad Iberoamericana, tesis de licenciatura en historia, 1978.

<sup>13</sup> Marcelo González Bustos, *El general Jesús H. Salgado y el movimiento zapatista en Guerrero*, México, Universidad Autónoma de Guerrero, 1983, y Renato Ravelo, *La revolución zapatista de Guerrero. Tomo primero. De la insurrección a la toma de Chilpancingo. 1910-1914*, México, Universidad Autónoma de Guerrero, 1990. También véanse René Vásquez Reyes, *El movimiento zapatista y el problema agrario en Milpa Alta, 1910-1919*, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, tesis de licenciatura en historia, 2000, y Francisco Herrera Sipriano, *La revolución en la montaña de Guerrero. La lucha zapatista. 1910-1918*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2009.

<sup>14</sup> Francisco Pineda, *La irrupción zapatista, 1911*, México, Era, 1997, y *La revolución del sur: 1912-1914*, México, Era, 2005.

<sup>15</sup> Samuel Brunk, *Zapata: Revolution and Betrayal in Mexico*, Albuquerque, The University of New Mexico, tesis de doctorado en historia, 1992, y “Zapata and the City Boys: In Search of a Piece of the Revolution”, en *Hispanic American Historical Review*, Durham, Carolina del Norte, Duke University Press, vol. 73, núm. 1, febrero 1993, pp. 33-65. Recientemente publicó “Remembering Emiliano Zapata: Three Moments in the Posthumous Career of the Martyr of Chinameca”, en *Hispanic American Historical Review*, Durham, Carolina del Norte, Duke University Press, vol. 78, núm. 3, agosto 1998, pp. 457-490.

<sup>16</sup> Varias de estas aportaciones recientes se reflejan en el libro colectivo *Zapatismo: origen e historia*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2009. Para una evaluación de la reciente historiografía zapatista, véanse Carlos González-Herrera, “Zapata después de Womack. Dos nuevas historias del zapatismo”, reseña en *Araucaria, Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, Sevilla, España, Universidad de Sevilla, año 4, núm. 8, segundo semestre 2002, y Felipe Ávila, “La historiografía del zapatismo después de John Womack”, en Laura Espejel (coord.), *Estudios sobre el zapatismo, op. cit.*, pp. 31-55.

su alzamiento contra Porfirio Díaz y luego la promulgación del Plan de Ayala, en 1911, hasta el final de la etapa convencionista y de su control hegemónico y reformista en el territorio morelense, hacia 1916. Por el contrario, se ha puesto poca atención a sus años de declive. Más aún, a toda esta historiografía le ha sobrado simpatía y le ha faltado perspectiva crítica. Esta actitud es fácil de comprender: los zapatistas tenían la razón histórica; su lucha era justa. Sin embargo, para la mejor comprensión de ese movimiento deben ser analizadas sus limitaciones sociohistóricas. En efecto, el estudio de su declive ha sido soslayado. Incluso podría decirse que ha sido hasta pudorosamente silenciado, por razones ideológicas.<sup>17</sup>

Si se considera que el movimiento zapatista nació a principios de 1911<sup>18</sup> y concluyó a mediados de 1920, cuando se integró al gobierno ‘aguarrietista’, debe aceptarse que se prolongó durante poco menos de diez años. De éstos, el proceso de declive duró desde mediados de 1916, cuando se autodisolvió el gobierno de la Convención que tenía a Jojutla como sede. Esto es, la decadencia del zapatismo abarcó cuatro años, 40% de su tiempo histórico. Ilustrativamente, Womack le asigna a esta etapa 29% de su libro, y Gilly cerca de 20%.<sup>19</sup> El declive del zapatismo sólo puede comprenderse si se contemplan las razones sociohistóricas del triunfo de la facción constitucionalista —léase causas nacionales— y las propias limitaciones zapatistas —llámense causas internas—. Lo auténticamente revelador es que la muerte de Zapata ha sido interpretada desde una perspectiva moralista, descansando la supuesta explicación en la felonía de Jesús Guajardo, Pablo González y Venustiano Carranza. Sin embargo, la pregunta relevante es: ¿por qué buscó Zapata el acercamiento con Guajardo? La respuesta es sencilla: porque su movimiento estaba en crisis. Este tema debe ser pronta y cabalmente estudiado.

<sup>17</sup> Felipe Ávila, “Los conflictos internos en el zapatismo”, en Felipe Ávila, *El zapatismo*, tomo VII de la *Historia de Morelos. Tierra, gente, tiempos del sur*, Horacio Crespo (coord.), Morelos, Congreso del Estado de Morelos, 2009, pp. 319-343.

<sup>18</sup> Sería totalmente incorrecto considerar el movimiento leyvista de 1909 como una primera etapa del zapatismo, pues el leyvismo fue un movimiento electoral, no uno agrarista; fue un movimiento político, no uno armado, y fue un movimiento pueblerino, no uno rural. Si bien sirvió como proceso de motivación y aprendizaje político de Zapata y de varios más que luego fueron sus compañeros, entre ambos movimientos no hubo continuidad directa alguna.

<sup>19</sup> La obra de John Womack alcanza 381 páginas, y dedica 111 al periodo del declive; la de Adolfo Gilly tiene 399 páginas, dedicándole al tema que nos ocupa menos de 80.

## EL LARGO FINAL

Al estallar la guerra entre las facciones constitucionalista y convencio-nista, a finales de 1914 y principios de 1915, Venustiano Carranza tomó una decisión estratégica que resultaría decisiva: concentró su atención en vencer militarmente al villismo, sin arriesgar hombres o gastar municiones contra los zapatistas, pues sabía que éstos no participarían en la lucha, a pesar de su compromiso adquirido por el Pacto de Xochimilco.<sup>20</sup> La campaña contra el villismo se prolongó hasta finales de 1915, cuando se anunció que iba a iniciar la lucha contra el zapatismo. Sin embargo, la Expedición Punitiva, de principios de 1916, provocó una segunda posposición de la lucha contra los rebeldes surianos. Cuando se hizo evidente que la Punitiva no se convertiría en una fuerza de ocupación nacional sino que se mantendría en el norte persiguiendo a Villa, el gobierno de Carranza pudo finalmente lanzar una ofensiva en el estado de Morelos a mediados de 1916: Cuernavaca cayó en su poder a principios de mayo, y al mes siguiente tomó Tlaltizapán, cuartel general zapatista. Como resultado de la invasión constitucionalista las unidades militares zapatistas se atomizaron y se remontaron a los espacios más inaccesibles del estado. La autarquía agrarista estaba por concluir; comenzaba el declive.<sup>21</sup>

Las crisis provocadas por factores externos hacen aflorar conflictos internos. Así, la invasión constitucionalista produjo varios casos de desertión de zapatistas. Por ejemplo, el general Lorenzo Vázquez, de Los Hornos, estado de Morelos, uno de los principales jefes desde 1911, fue expulsado del movimiento por no participar en la defensa del territorio y por buscar, en cambio, una conciliación con los carrancistas. Asimismo, el general Francisco Pacheco, de Huitzilac, otro de los jefes originales del movimiento, acusado de traidor y de haber facilitado la invasión de las

<sup>20</sup> El Pacto de Xochimilco se acordó entre Pancho Villa y Emiliano Zapata el 4 de diciembre de 1914, y los comprometía a establecer una “alianza formal militar” entre la División del Norte y el Ejército Libertador del Sur. Cfr. *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana*, op. cit., 1991, t. II, pp. 815-816.

<sup>21</sup> Para John Womack, los zapatistas no habían triunfado militarmente en 1915: “simplemente habían sobrevivido”, Cfr. *Zapata...*, op. cit., p. 269. Según Adolfo Gilly, la lucha defensiva de los zapatistas no tenía opción de triunfo y su retroceso “era definitivo”. Cfr. *La revolución interrumpida...*, op. cit., pp. 258-259.

tropas de Pablo González, fue fusilado por fuerzas del general Genovevo de la O.<sup>22</sup> En realidad, los conflictos entre estos jefes, así como entre muchos otros, eran añejos y profundos; generalmente, se debían a controversias por los límites agrarios entre las comunidades, al control de determinados recursos, como pastos o leña, y hasta a competencias respecto al dominio social y territorial.<sup>23</sup> Otro ejemplo ilustrativo es el de Jenaro Amezcua, del Distrito Federal, acusado de huir “cobardemente a la aproximación del enemigo”. Aunque Zapata primero decidió darlo de baja,<sup>24</sup> después prefirió mandarlo al extranjero, donde eventualmente podría ser de alguna utilidad política.<sup>25</sup>

El caso más sintomático de la situación que enfrentaba el movimiento fue la muerte de Eufemio Zapata,<sup>26</sup> hermano mayor del jefe suriano, a manos de un subordinado suyo. Aunque se adujeron rencillas personales, lo cierto es que el asesino, Sidronio Camacho,<sup>27</sup> aceptó la amnistía del carrancismo y

<sup>22</sup> Durante los gobiernos convencionistas, Francisco Pacheco fue nombrado ministro de Guerra. Su fusilamiento se realizó en Miaatlán, Morelos.

<sup>23</sup> Felipe Ávila, uno de los pocos estudiosos que se ha permitido hablar de la crisis del zapatismo, señala que ésta se manifestó en tres tipos de conflictos endógenos: el que se gestó entre las propias comunidades por riñas agrarias y políticas; el ocurrido entre el ejército suriano y las comunidades de las zonas donde operaba, entre los diversos jefes por conservar “su poder” y sus “territorios de influencia”, y el que se desarrolló al enfrentarse los jefes provenientes de sectores rurales contra los clasemedieros incorporados al movimiento. Cfr. “Los conflictos internos del zapatismo”, *op. cit.*, pp. 333-343.

<sup>24</sup> Véase su decreto del 13 de enero de 1917, en Archivo Gildardo Magaña Cerda, caja 30, legajo 13, documento 245 (en adelante AMC).

<sup>25</sup> Véase su nombramiento como representante zapatista, de fecha 25 de junio del mismo 1917, en Archivo Jenaro Amezcua, caja 4, documento 371 (en adelante AJA).

<sup>26</sup> Eufemio Zapata nació en Villa de Ayala, Morelos, en 1873. En 1911 se unió al movimiento maderista encabezado por Pablo Torres Burgos y por su hermano Emiliano. Fue uno de los firmantes del Plan de Ayala. En abril de 1912 realizó el primer reparto de tierras en el pueblo de Ixcamilpa. Un año más tarde fue miembro de la Junta Revolucionaria del Centro y Sur de la República, encargada de reorganizar el movimiento suriano. Fue responsable de la dirección del ingenio de Cuahuixtla. Murió asesinado el 18 de junio de 1917 por uno de sus subordinados, en Cuautla, Morelos. Cfr. Varios autores, *Así fue la Revolución mexicana*, *op. cit.*, t. 8 (N-Z), p. 1732.

<sup>27</sup> Sidronio Camacho nació en Yecapixtla, Morelos. Se unió al movimiento zapatista y actuó bajo las órdenes de Eufemio Zapata, a quien asesinaría, en venganza, por haber éste golpeado a su padre, un anciano comerciante de Cuautla. Luego de este hecho colaboró con el carrancismo. Cfr. *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana*, *op. cit.*, t. IV, p. 333. Véase también “Cómo murió Eufemio Zapata”, en José C. Valadés, *La*

se convirtió en implacable enemigo del zapatismo. El otro conflicto grave fue el que concluyó con el ahorcamiento de Lorenzo Vázquez, acusado de no haber enfrentado debidamente a las fuerzas gonzalistas, razón por la cual Zapata lo dio de baja. Vázquez rondó durante unos meses por el cuartel general hasta que, convencido de que había caído en total desgracia política, huyó hacia un poblado fronterizo con Guerrero, donde se estaba formando la Colonia Buenavista con exzapatistas autoexiliados. Poco después, éstos se rebelaron formalmente contra el zapatismo, por lo que se procedió contra ellos; fue entonces cuando se ahorcó a Vázquez, por haber sido “el instigador”.<sup>28</sup>

Los conflictos no sólo afloraron entre los jefes campesinos; también surgieron entre los dos grupos de intelectuales zapatistas, los locales y los fuereños asimilados. El caso más notable fue el fusilamiento del profesor rural Otilio Montaña, redactor original del Plan de Ayala.<sup>29</sup> Aunque Montaña consideraba que tales diferencias eran “personales” o “políticas”, en realidad eran socioculturales. Sólo así se explica que los mayores conflictos se hayan dado entre los jefes morelenses y los intelectuales fuereños, siendo las primeras víctimas Vázquez y Montaña, representantes típicos de los originales campesinos revolucionarios locales. Si bien, Montaña no era campesino, estaba firmemente ligado a los aldeanos, quienes lo trataban como a uno de ellos por ser el maestro de la escuela local de Villa de Ayala desde hacía mucho tiempo.<sup>30</sup>

---

*Revolución y los revolucionarios, tomo II, parte 3. El convencionismo*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2007, pp. 266-267.

<sup>28</sup> Por la correspondencia respectiva —AMC, caja 29, leg. 10, docs. 551, 556 y 564— y por el anuncio oficial de la muerte de Vázquez —*ibid.*, doc. 572—, queda claro que su intento era reconocer al cacique guerrerense Silvestre Mariscal, que por entonces ya se había adherido a Carranza.

<sup>29</sup> Otilio Montaña fue profesor rural de Villa de Ayala, Morelos. En marzo de 1911 se unió al movimiento antiporfirista, junto con Emiliano Zapata y Pablo Torres Burgos. Las fuentes más importantes señalan que fue el autor del Plan de Ayala. Formó parte de la Junta Revolucionaria del Centro y Sur de la República. Ya distanciado de Zapata, en 1917 se refugió en una colonia de zapatistas fugitivos. Acusado de ser el autor intelectual de un intento de revuelta, fue hecho prisionero y ejecutado. Cfr. Varios autores, *Así fue la Revolución mexicana*, op. cit., t. 8 (A-M), pp. 1645-1646. Véase la versión de John Womack, muy severa, contra Montaña. Cfr. *Zapata...*, op. cit., 280-282. Consúltense también Juan Salazar Pérez, *Gral. Otilio Montaña*, Cuernavaca, Ediciones del gobierno del Estado Libre y Soberano de Morelos, 1982.

<sup>30</sup> Un estudioso de las luchas rurales señala que personas no campesinas pero ligadas a las localidades rurales —sacerdotes, maestros, comerciantes, artesanos, hosteleros y hasta miembros de la élite local en decadencia— “han desempeñado importantes papeles de

Además de estas divisiones internas, al empezar 1917 el zapatismo enfrentaba otros dos problemas serios, íntimamente ligados entre sí: el creciente predominio carrancista en los estados aledaños a Morelos, y la promulgación de la nueva Constitución, la que incluía disposiciones agraristas que, aunque lenta y tibiamente, comenzaron a llevarse a la práctica. No es casual que durante la administración carrancista los más beneficiados con entregas de tierras hayan sido los campesinos de Puebla, Tlaxcala y otras entidades vecinas a Morelos, en un claro intento de que el zapatismo no trascendiera sus límites.<sup>31</sup>

Por esto resulta tan ilustrativo el caso de Domingo Arenas. Viejo revolucionario tlaxcalteca que luchó primero como constitucionalista y luego como convencionista, en diciembre de 1916 llegó a un acuerdo con los carrancistas por el que deponía las armas a cambio de que se reconocieran como legales los repartos de tierra que él había hecho en la región. Al convertirse en autoridades militares de la zona donde antes operaban como rebeldes, los arenistas pasaron a ser el principal grupo de poder en la región, gracias a lo cual realizaron, durante la primera mitad de 1917, la reforma agraria más profunda de todo el decenio revolucionario. Varios jefes zapatistas pensaron que lo más conveniente era imitar lo hecho por Arenas, pues así estarían en paz con el gobierno central, controlarían la política local y podrían llevar a cabo su anhelada reforma agraria. Resultaba lógico que pensarán así, pues era lo que siempre habían deseado.

El peligro de imitación que el proyecto arenista entrañaba para el movimiento morelense era de tal magnitud, que Zapata decidió liquidar abruptamente el ejemplo. Habiéndolo invitado a unas pláticas de avenimiento a finales de agosto de 1917, Magaña aprovechó la ocasión para asesinar a Domingo Arenas.<sup>32</sup> Más aún, pocos días después Zapata decre-

dirección” en esos movimientos. Cfr. Henry Landsberger, *Rebelión campesina y cambio social*, Barcelona, Editorial Crítica, 1978, p. 54.

<sup>31</sup> Entre 1915 y 1917 en Puebla hubo una restitución y 40 dotaciones de tierra; en Tlaxcala, cuatro restituciones y 25 dotaciones; en el Distrito Federal, seis restituciones; en el Estado de México, cuatro restituciones y cinco dotaciones, y en Hidalgo, ocho restituciones y 12 dotaciones. Cfr. *Comisión Nacional Agraria. Estadística, 1915-1927*, México, Secretaría de Agricultura y Fomento, 1928, pp. 28, 32, 34, 40 y 47.

<sup>32</sup> Consúltense Raymond Buve, *El movimiento revolucionario en Tlaxcala*, México, Universidad Autónoma de Tlaxcala, Universidad Iberoamericana, 1994; Mario Ramírez

tó una ley “contra los traidores a la revolución”, en la que se refería únicamente a quienes se hubieran amnistiado o pasado al carrancismo; la pena, obviamente, era la muerte, que se aplicaría “inmediatamente”.<sup>33</sup>

### MUCHA POLÍTICA Y POCA REVOLUCIÓN

La influencia de los elementos urbanos redujo el carácter estrictamente campesinista del zapatismo y permitió que las relaciones con otros grupos de alzados anticarrancistas fueran en aumento. A partir de 1917 el crecimiento nacional del carrancismo obligó al debilitado zapatismo a buscar una necesaria unificación con otras corrientes revolucionarias. En efecto, Zapata buscó acabar con su situación de aislamiento; aunque siempre advirtió que la unificación con otros alzados anticarrancistas tendría que hacerse bajo la imprescindible aceptación de su plan agrario, su mera propuesta reflejaba una actitud menos sectaria.

Si bien controlaban todavía partes de Morelos, los zapatistas eran conscientes de que serían derrotados cuando Carranza decidiera combatirlos de manera drástica. Como lo temían, esto sucedió a partir de principios de 1918. Previsiblemente, al ser vencidos los jefes militares, acrecentaron su importancia los intelectuales fuereños.<sup>34</sup> Por otro lado, a diferencia de 1915, cuando hicieron su reforma agraria regional en un contexto de esperanza en el que los ejércitos convencionistas derrotarían a las fuerzas de Carranza, ahora sabían que su única posibilidad era unirse con los demás rebeldes anticarrancistas, ya fuera porque juntos lo podrían derrotar; porque Estados Unidos podría convencerse de que una coalición de rebeldes era mejor que don Venustiano, o porque así alcanzarían un mayor capital político,

---

Rancaño, *La revolución en los volcanes. Domingo y Cirilo Arenas*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, y Javier Garcia-diego, “El movimiento arenista en la Revolución mexicana”, en prensa.

<sup>33</sup> El decreto, de fecha 20 de septiembre de 1917, puede verse en AJA, impresos, caja 1, doc. 18. Es muy importante señalar que el decreto se basó en un proyecto en el que desde los primeros meses del año trabajaba Soto y Gama. Cfr. AMC, caja 27, leg. 18, doc. 417.

<sup>34</sup> Nótese que Octavio Magaña, hermano de Gildardo, fue nombrado por esas fechas agente revolucionario y de propaganda. Cfr. AMC, caja 25, leg. 3, doc. 120. Asimismo, el 25 de febrero de 1918 Zapata nombró al propio Gildardo su representante absoluto en el estado de Puebla, *ibid.*, caja 29, leg. 2, doc. 94.

el que podrían utilizar en alguna negociación con quien resultara sucesor de Carranza en 1920.

Lo más relevante en la naturaleza del zapatismo tardío es que para poder llevar adelante su estrategia de alianzas tenía que reducir su radicalismo y matizar su agrarismo. Esto explica que para 1918 el zapatismo no fuera tan agrarista como en 1915. Si entonces decretaron la ley agraria que reglamentó el reparto llevado a cabo en Morelos,<sup>35</sup> durante 1917 y 1918 sólo se promulgaron decretos y reglamentos acerca de asuntos políticos, educativos y judiciales. Sobre todo, hubo varias disposiciones para vigilar la conducta de las fuerzas militares zapatistas hacia los pueblos. Acaso la mayor expresión de su crisis fue que las relaciones entre ambos ya no fueron tan respetuosas y solidarias como antes.<sup>36</sup> Es indiscutible que los documentos subsistentes señalan que hubo una gran actividad agrarista durante 1915, pero que fue casi nula en 1917 y 1918. Es indiscutible, también, que muchos documentos demuestran el deterioro de la relación entre los militares zapatistas y los vecinos a partir de 1917.

Claro está que puede argumentarse que las restituciones de tierras a las comunidades y los embates contra las haciendas ya habían tenido lugar. Sin embargo, cierto es que entonces se decretó la expulsión de Manuel Palafox del grupo zapatista. Significativamente, se le acusó de que “por su actitud agresiva y nada conciliadora” se habían alejado —desde agosto y septiembre de 1914— los constitucionalistas progresistas, los que “en un momento

<sup>35</sup> Esta ley fue promulgada el 26 de octubre de 1915 y firmada por Manuel Palafox. Véase *Documentos históricos de la Revolución mexicana*, editados por la Comisión de Investigaciones Históricas de la Revolución Mexicana, dirigida por Isidro Fabela y Josefina E. de Fabela, México, Fondo de Cultura Económica, Editorial Jus, 1960-1973, t. XXI, dc. 140 (en adelante DHRM).

<sup>36</sup> Felipe Ávila sostiene que el “colapso económico” provocó que las fuerzas zapatistas incrementaran “las contribuciones forzosas” de los ciudadanos. Asimismo, entre las fuerzas surianas aumentó el robo y el bandillaje contra las comunidades —antes aliadas—, por lo que éstas tuvieron que armarse para defenderse de las depredaciones. Por obvias razones, varios zapatistas tuvieron que ser llevados a juicio y algunos fueron ejecutados. Cfr. “Los conflictos internos del zapatismo”, *op. cit.*, pp. 337-339. Según John Womack, económicamente Morelos era una “ruina”, con las haciendas “desmanteladas” y los pueblos “inactivos”. Cfr. *Zapata...*, *op. cit.*, p. 270. Véase también Samuel Brunk, “‘The Sad Situation of Civilians and Soldiers’: The Banditry of Zapatismo in the Mexican Revolution”, en *The American Historical Review*, Washington, D. C., American Historical Association, vol. 101, núm. 2, abril 1996, pp. 331-353.

dato pudieron ser nuestros aliados”, y de que había intrigado contra “los propios elementos surianos, a quienes deprimió en cuanto pudo”,<sup>37</sup> acusación que confirma el conflicto entre los jefes campesinos y los políticos e intelectuales zapatistas. Si el primero en sucumbir había sido Montaño, cuya idea era mantener un movimiento local y autónomo, su victimario Palafox fue el segundo en desaparecer. Decidido agrarista, tenía visión nacional, pero no creyó que fueran necesarias ciertas alianzas para triunfar.<sup>38</sup> Los políticos e intelectuales de la clase media urbana acabaron después con el propio Palafox. Más aún, ya sin contrincante de peso<sup>39</sup> este grupo asumió el liderazgo a la muerte de Zapata, llevando al movimiento a colaborar con los detentadores del poder nacional a partir de 1920. Es indudable que la expulsión de Palafox confirma el decreciente interés por la reforma agraria y el deseo de llevar adelante alianzas políticas con otros grupos.

A partir de los primeros meses de 1918 se tornó más crítica la situación del zapatismo: las fuerzas de Pablo González ya dominaban Morelos y persistieron los conflictos entre los jefes, destacando el que enfrentó a los generales Francisco Mendoza y Maurilio Mejía.<sup>40</sup> Como única alternativa

<sup>37</sup> Carta de Zapata a Higinio Aguilar, 5 enero 1919. Cfr. AJA, impresos, caja 1, doc. 24.

<sup>38</sup> El poblano Manuel Palafox realizó estudios de ingeniería. Fue secretario del cuartel general zapatista y durante el gobierno convencionista fungió como secretario de Agricultura y Colonización. Hacia 1918 desconoció el liderazgo de Emiliano Zapata y convocó a sus seguidores, sin éxito, para desconocerlo. Posteriormente se sumaría al movimiento ‘aguaprietista’ de 1920. Cfr. Varios autores, *Así fue la Revolución mexicana, op. cit.*, t. 8 (N-Z), p. 1667. Véase también John Womack, *Zapata...*, *op. cit.*, pp. 301-302.

<sup>39</sup> Seguramente la muerte de Eufemio Zapata, hermano mayor de Emiliano, modificó sus planes sucesorios. Valdría la pena preguntarse por qué Zapata no había dejado dispuesto que en caso de morir la jefatura recayera en su primo, el general Amador Salazar, nacido en Morelos en 1868 y quien fuera uno de los primeros en unirse al zapatismo y en firmar el Plan de Ayala.

<sup>40</sup> Con el pretexto de las dificultades que había entre Francisco Mendoza y Maurilio Mejía, Zapata declaró solemnemente que en lo sucesivo no permitiría ni toleraría otras divisiones internas. Cfr. AMC, caja 30, leg. 13, doc. 241. Francisco Mendoza, poblano, se unió a las fuerzas comandadas por Zapata desde 1911. Fue uno de los firmantes del Plan de Ayala. Tras la muerte del jefe suriano fue uno de los aspirantes a dirigir el movimiento zapatista. Posteriormente se sumó al Plan de Agua Prieta de 1920. Murió en la ciudad de México. Cfr. *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana, op. cit.*, 1992, t. v, pp. 640-641. Maurilio Mejía, oriundo del estado de Morelos y sobrino de Emiliano Zapata, se incorporó al movimiento revolucionario desde 1911. Hacia 1915 fue encargado del ingenio de Cuahuixtla. Luego de la muerte de Zapata se incorporó al Ejército Nacional.

a su declive, Zapata decidió incrementar sus esfuerzos por la unificación de todos los alzados anticarrancistas. Su decisión fue estimulada —y aun urgida— por nuevas coyunturas, las que lo hicieron creer que había inmejorables posibilidades de unificación: una fue los alzamientos de un par de reconocidos carrancistas, uno en la importante zona del noreste, dirigido por Luis Caballero, y otro en el vecino Guerrero, encabezado por Silvestre Mariscal,<sup>41</sup> lo que debe hacer recordar que menos de un año antes les había costado la vida a Lorenzo Vázquez y a Otilio Montaña iniciar tibios acercamientos con el mismo Mariscal. De otra parte, Zapata recibió en su campamento la visita del norteamericano William Gates, quien con piadosas mentiras lo convenció de que al terminar la guerra europea Estados Unidos invadiría México a menos de que ordenadamente se unieran todos los que luchaban contra Carranza.<sup>42</sup>

Decidido a impulsar la unificación en favor del doctor Francisco Vázquez Gómez, su candidato para líder del movimiento rebelde nacional anticarrancista,<sup>43</sup> Zapata envió delegados a casi todos los campamentos

Intentó en dos ocasiones ganar las elecciones por la gubernatura de Morelos. Cfr. Varios autores, *Así fue la Revolución mexicana*, *op. cit.*, t. 8 (A-M), p. 1640.

<sup>41</sup> Para la actitud de Zapata respecto a la rebelión de Caballero, así como hacia la de Francisco Coss, iniciada en Coahuila menos de dos meses antes, véase AMC, caja 27, leg. 15, docs. 300, 319 y 336. Sobre sus intentos de establecer una alianza con los rebeldes mariscalistas, consúltese *ibid.*, docs. 286, 287, 320, 323 y 349.

<sup>42</sup> William Gates era un arqueólogo más bien ‘amateur’ que por aquellos días realizó un viaje de exploración científica al país. Agradecido por haber sido laureado por la Universidad Nacional de México, decidió colaborar en todo lo posible para resolver la crítica situación mexicana, confiando en sus contactos con el grupo del Presidente Woodrow Wilson, que se remontaban a sus días de estudiante en la Universidad Johns Hopkins. Sin embargo, el plan político que se trazó lo hizo no ser tomado en cuenta en Washington, y en México desde entonces se le consideró como un charlatán y un intrigante, casi lunático. La única biografía que conozco de él es la de Robert L. Brunhouse, *Pursuit of the Ancient Maya. Some Archaeologists of Yesterday*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1975, pp. 129-167. Véase también John Womack, *Zapata...*, *op. cit.*, pp. 293-296.

<sup>43</sup> Francisco Vázquez Gómez nació en Tula, Tamaulipas, en 1860. Médico del Presidente Díaz. Fue militante del reyismo y más tarde del antirreleccionismo. En la convención de 1910 de los partidos Nacional Antirreleccionista y Nacional Democrático fue electo candidato a la vicepresidencia, haciendo fórmula con Madero. Al estallar la lucha maderista fue agente confidencial en Washington y uno de los firmantes de los Tratados de Ciudad Juárez. En las elecciones de 1911 fue sustituido como candidato a la vicepresidencia por José María Pino Suárez. Aunque se distanció de Madero, a la caída de éste se opuso al régimen de Huerta. Durante varios años vivió exiliado en Estados Unidos. Murió en la

rebeldes del país; y para que su propuesta tuviera posibilidades de ser aceptada, tuvo que prescindir del Plan de Ayala, al que dejó de referirse.<sup>44</sup> Su propuesta de unificación se volvió insistencia: la hizo al menos en tres ocasiones: en abril, a mediados de año y luego a principios de septiembre de 1918, enviando agentes suyos con Saturnino Cedillo, con Luis y Eulalio Gutiérrez, con Luis Caballero, con Juan Andrew Almazán y otros jefes felicistas y ante los rebeldes michoacanos; obviamente, envió copias del manifiesto unificador a los propios hermanos Vázquez Gómez y a conocidos villistas radicados en Estados Unidos, como Felipe Ángeles.<sup>45</sup> Con todos estos jefes sufriría Zapata otra desilusión.

#### PIERDEN HASTA... LA CABEZA

La política de alianzas con todo tipo de rebeldes tuvo serias repercusiones dentro del movimiento suriano. La más reveladora fue la separación de Manuel Palafox, quien se había distinguido como el diseñador de la reforma agraria zapatista y como el mayor enemigo de las alianzas políticas con grupos no campesinos. En tanto que el ideal agrario había sido relegado, dando paso a la búsqueda de alianzas políticas y militares, la presencia de Palafox no sólo era inútil sino que resultaba estorbosa. Por esto fue expulsado del zapatismo, decisión que confirmaba que para 1918 el afán agrarista había sucumbido ante el intento por lograr una amplia unificación.<sup>46</sup>

---

ciudad de México en 1933. Cfr. *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana*, op. cit., 1992, t. VII, pp. 203-207. Según Adolfo Gilly, el apoyo del zapatismo a Vázquez Gómez equivalía a una acta de defunción del movimiento. Cfr. *La revolución interrumpida...*, op. cit., p. 284.

<sup>44</sup> Según Adolfo Gilly, prescindir del Plan de Ayala evidenciaba el auténtico final ideológico del zapatismo y daba inicio a su “etapa definitiva de descenso”. Cfr. *La revolución interrumpida...*, op. cit., pp. 275 y 280.

<sup>45</sup> Cartas de Magaña a Zapata, 30 junio 1918 y 4 septiembre 1918, en AMC, caja 30, leg. 26, docs. 464 y 465.

<sup>46</sup> Una visión terriblemente crítica de Palafox hecha por Zapata, en AJA, impresos, caja I, doc. 24. Sintomáticamente, mientras los zapatistas se olvidaban del plan por el que tanto habían luchado, Palafox, refugiado en la región dominada por Cirilo Arenas, hermano de Domingo, y comprensiblemente férreo antizapatista, pronto ratificaría el Plan de Ayala, aunque modificándolo en ciertos aspectos. El Plan de Ayala reformado en Milpa Alta el 6 de agosto de 1919 puede ser consultado en DHRM, t. XXI, doc. 183, y en *Planes po-*

Paralelamente, así alcanzaron el control absoluto del movimiento los intelectuales y políticos fueños, especialmente Gildardo Magaña.

Para colmo de males, la situación militar del zapatismo se deterioró enormemente a finales de 1918 y principios de 1919. Pablo González decidió ya no limitarse a ocupar las principales poblaciones locales, sino que buscó extirpar definitivamente al movimiento hasta de las áreas rurales. Con base en los primeros resultados militares, parecía que esta vez sí vencería a la lucha guerrillera local.<sup>47</sup> Disminuidos en número y salud por la epidemia de influenza, que literalmente los diezmó,<sup>48</sup> y con amenazas de escisión de algunos jefes partidarios de Palafox, como Everardo González,<sup>49</sup> los zapatistas ofrecieron poca resistencia. Esto no implica que Pablo González lograra todas sus pretensiones: ningún jefe principal abandonó el zapatismo,<sup>50</sup> si bien algunos dejaron temporal y estratégicamente las armas, escondiéndose para recuperar su salud o para reorganizarse. Aunque muchos simples soldados volvieron a sus hogares, todos quedaron a la espera de que los acontecimientos subsiguientes les señalaran un nuevo proceder.

La principal consecuencia de la crisis del movimiento fue la muerte del propio Zapata. Es de sobra conocida la forma en la que sucedió: gracias a uno de sus muchos informantes de lo que ocurría en el frente carrancista, Zapata supo de la reprimenda que el coronel Jesús Guajardo había recibido de Pablo González.<sup>51</sup> A continuación invitó al enojado Guajardo a que defecionara y se adhiriera a los rebeldes. Fue entonces cuando Gon-

*líticos y otros documentos*, Manuel González Ramírez (pról.), México, Fondo de Cultura Económica (Fuentes para la Historia de la Revolución Mexicana, v. 1), 1954, pp. 90-92.

<sup>47</sup> Véanse las fojas 33 y 34 de su hoja de servicios, en Pablo González, *El centinela fiel del constitucionalismo*, Saltillo, Coahuila, Textos de Cultura Historiográfica, 1971, pp. 299-301.

<sup>48</sup> Véase Mario Ramírez Rancaño, "La epidemia de la influenza española en México: 1918", en *20/10 Memoria de las revoluciones en México*, México, Reflejos GM Medios, núm. 4, verano 2009, pp. 68-93. John Womack transcribe una irónica noticia periodística que aseguraba que la influenza pacificaba Morelos. Cfr. *Zapata...*, *op. cit.*, p. 306.

<sup>49</sup> *El Universal*, 3 enero 1919.

<sup>50</sup> Aunque haya sido afirmado en la prensa nacional, es de dudarse que Genovevo de la O y Valentín Reyes en verdad desearan rendirse. Cfr. *ibid.*, 17 enero 1919.

<sup>51</sup> Guajardo estaba acusado de "cometer tropelías en cada pueblo por donde pasaba"; el motivo final del enojo de sus superiores fueron sus escándalos en un hotel de Cuautla. Cfr. Valentín López González, *La muerte del general Emiliano Zapata*, Cuernavaca, s. p. i., Serie Cuadernos Zapatistas, 1979, p. 18.

zález y el gobernador carrancista de Morelos, José C. Aguilar, idearon el plan: Guajardo fingiría romper con el gobierno, para poder acercarse a Zapata, única posibilidad que tenía para ultimarlos.<sup>52</sup> Historiográficamente, el acento ha sido puesto en la traición de Guajardo, en su felonía. Sin embargo, no se ha subrayado que para que ésta tuviera lugar Zapata tuvo que estar dispuesto al acercamiento con Guajardo. De hecho, los afanes unificadores sostenidos por el zapatismo a lo largo de 1918 incluían a todo tipo de desertores del carrancismo. En efecto, buscar tal avenimiento implica que Zapata ya no era tan riguroso con el perfil ideológico y político de quienes se le adherían; implica también que la crisis financiera y de municiones del movimiento era grave, pues vio en Guajardo la posibilidad de obtener armas y recursos económicos;<sup>53</sup> por último, el avenimiento posibilitaba un acercamiento a Pablo González, potencial sucesor de Carranza en la presidencia, factor que seguramente interesó a los intelectuales fuereños como Magaña y Soto y Gama.<sup>54</sup> ¿En verdad buscaba Zapata acercarse al gonzalismo? ¿Fue una sugerencia de sus asesores urbanos? ¿Era otro intento de establecer alianzas, una más entre las muchas que buscó a partir de finales de 1917 y principios de 1918?

La inmoralidad del procedimiento no fue exclusiva de González, Aguilar y Guajardo. Zapata no sólo jugó el papel de víctima. Para probar la autenticidad de la actitud de Guajardo, le pidió que le entregara a Victoriano Bárcenas —jefe nativo de Tlapa, Guerrero— y a su gente, quienes en enero de ese año se habían pasado al carrancismo. Guajardo contestó a Zapata que estaba imposibilitado de desarmar y aprehender a Bárcenas, pues se encontraba en Cuautla, pero que inmediatamente procedería a

<sup>52</sup> La carta de Zapata y la respuesta de Guajardo, ambas del 21 de marzo de 1919, en *ibid.*, pp. 20-24.

<sup>53</sup> La lejanía de la frontera con Estados Unidos es el principal elemento para explicar su permanente escasez de armas y parque, lo que evidentemente limitó su capacidad militar. A pesar de ser la facción rebelde más cercana a la capital del país, el zapatismo nunca puso en predicamento militar a gobierno alguno durante todo el decenio. Militarmente el zapatismo era una molestia, no una amenaza.

<sup>54</sup> En efecto, Magaña era partidario de un arreglo que implicara un reconocimiento mutuo entre el zapatismo y el gobierno de Carranza. Cfr. Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida...*, *op. cit.*, p. 272. Por su parte, Soto y Gama fue un diputado del Partido Nacional Agrarista muy activo en todo el proceso reeleccionista de Álvaro Obregón, entre 1927-1928. Véase Pedro Castro, *Soto y Gama. Genio y figura*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2002.

fusilar a algunos de sus hombres.<sup>55</sup> Otra prueba que se le pidió fue que atacara y tomara la plaza de Jonacatepec. Una vez cumplidas ambas exigencias, Zapata aceptó encontrarse con Guajardo: primero lo hizo en la estación Pastor, y al día siguiente —10 de abril de 1919— lo visitó en la hacienda de Chinameca.<sup>56</sup> El siniestro plan se cumplió paso a paso. Las pobreza del zapatismo fueron uno de los factores de su éxito.

Luego de aceptar que su muerte confirma la debilidad del movimiento a mediados de 1919, es preciso preguntarse sobre las secuelas internas de la muerte de Zapata. La crisis sucesoria enfrentó de nuevo a los fuereños, dirigidos por Magaña y Soto y Gama, con los auténticos jefes morelenses, Francisco Mendoza —“el general más antiguo y de méritos bien reconocidos”— y Maurilio Mejía —sobrino de Zapata—. <sup>57</sup> El sabio refrán de “a río revuelto, ganancia de pescadores” fue validado por varios jefes, entre ellos Everardo González y Fortino Ayaquica. Un civil residente en Cuautla advirtió al comandante militar de la plaza que era a este último —Ayaquica— a quien “mayor importancia” debía darse, pues seguramente intentaría suceder al caudillo. Efectivamente, pocos días después de la muerte de Zapata la prensa nacional aseguraba que Ayaquica se había autonombrado jefe supremo.<sup>58</sup>

Por otra parte, aprovechando la muerte de Zapata y las divisiones que ésta provocó, Manuel Peláez, el jefe rebelde de la Huasteca potosina, intentó llevar adelante sus planes de convertirse en el factor unificador de

<sup>55</sup> En realidad, Guajardo fusiló a una docena de auténticos zapatistas, los que se encontraban presos en el cuartel gonzalista.

<sup>56</sup> Además del texto citado de Valentín López González, *La muerte del general...*, véase John Womack, *Zapata...*, *op. cit.*, pp. 317-325.

<sup>57</sup> No debe hacerse énfasis en una división dicotómica, pues distorsionaría totalmente los hechos. Por un lado, Magaña y Soto y Gama contaban con el apoyo de varios jefes campesinos; por el otro, fue precisamente el secretario particular de Zapata, el también ‘fuereño’ Salvador Reyes Avilés, quien inmediatamente sugirió a Mendoza que asumiera “desde luego” el mando de las fuerzas zapatistas “y proceda a convocar a una junta de generales, para que en definitiva quede nombrado el nuevo jefe”. Cfr. Carta de Salvador Reyes Avilés a Francisco Mendoza, 11 abril 1919, en AMC, caja 30, leg. 36, doc. 582.

<sup>58</sup> Carta de Fortunato Macías a Pablo González, 9 mayo 1919, en Archivo Manuel W. González, caja 21, doc. 2902, y *Excelsior*, 15 mayo 1919. Fortino Ayaquica, poblano de nacimiento, militó bajo las órdenes del jefe Francisco Mendoza. Tras la muerte de Zapata apoyó a Gildardo Magaña para que asumiera la responsabilidad de dirigir el Ejército Libertador del Sur. Cfr. Varios autores, *Así fue la Revolución mexicana*, *op. cit.*, t. 8 (A-M), p. 1546.

todos los alzados, para lo cual llegó a ofrecer dinero y pertrechos a los que lo reconocieran.<sup>59</sup> Comprensiblemente, Gildardo Magaña hizo todo lo posible para rechazar lo que su secretario particular llamó “labor de zapa del enemigo”.<sup>60</sup> Éste, aunque logró que formalmente lo reconocieran los jefes rebeldes morelenses, no pudo convencerlos de pelear y recobrar el estado. En rigor, el movimiento languidecía; más precisamente, estaba cercano a la extinción. Puede asegurarse que fue el peor momento de su lucha, al grado de que el mismo Pablo González consideró terminada la campaña de Morelos, trasladando su cuartel a Puebla y luego a Oaxaca.<sup>61</sup>

La débil situación militar del movimiento y la dudosa ascendencia de Magaña sobre los jefes locales producía un enorme desánimo entre todas las fuerzas zapatistas. Esto explica que cuando se desató la crisis diplomática con Estados Unidos por el supuesto secuestro del cónsul norteamericano en Puebla, William Jenkins,<sup>62</sup> Magaña decidiera deponer las armas y amnistiarse ante el gobierno carrancista. Esta decisión no la tomó a título individual, sino en su carácter de “jefe reconocido del zapatismo”. En esta ocasión Magaña ya no estaba en condiciones de exigir ser considerado como el jefe de una facción fuerte y legitimada. Como quiera que haya sido, dos conclusiones parecen inevitables: que el zapatismo declinó a partir de 1916, llegando a una situación auténticamente crítica a la muerte

<sup>59</sup> Carta de Federico Córdoba a Francisco Mendoza, 14 agosto 1919, en AMC, caja 30, leg. 3, doc. 22. Carta de Mariaco (general pelaequista) a Gildardo Magaña, enero 1920, en *ibid.*, leg. 15, doc. 265. Carta de Mariaco a Magaña, 13 marzo 1920, en *ibid.*, leg. 16, doc. 282. Carta de Olivera a Eustaquio Jiménez, marzo 1920, en AJA, caja 5, doc. 408.

<sup>60</sup> Cfr. ARA, f. 3, doc. 25. El secretario era Carlos Reyes Avilés, por nombramiento que le hizo Zapata el 25 de febrero de 1918, véase en AMC, caja 29, leg. 2, doc. 89. El lector deberá sacar las conclusiones de lo que podría significar que, a su vez, el secretario de Zapata fuera Salvador Reyes Avilés, su hermano.

<sup>61</sup> Véase la foja 34 de su hoja de servicios, en Pablo González, *El centinela fiel...*, *op. cit.*, pp. 300-301.

<sup>62</sup> El caso Jenkins puede ser resumido así: siendo cónsul en Puebla, aparentemente fue secuestrado por unos bandidos de la región. Si su pronta liberación no trajo mayores conflictos entre los dos países, sí los provocó el que poco después se le aprehendiera, acusado de que había sido un autosecuestro, con fines políticos anticarrancistas, y sobre todo con objetivos de lucro. Su detención, aunque motivó las iras de varios sectores norteamericanos, finalmente no dio lugar a la invasión militar que muchos pedían. Cfr. Charles Cumberland, “The Jenkins Case and Mexican American Relations”, en *Hispanic American Historical Review*, Durham, Carolina del Norte, Duke University Press, vol. xxxi, núm. 4, noviembre 1951, pp. 586-607.

del caudillo, y que buscó resolver dicha crisis mediante audaces alianzas, tanto con jefes no carrancistas como con constitucionalistas. Los zapatistas ya no eran protagonistas. A mediados de 1920 se adhirieron al gobierno de Adolfo de la Huerta. Ya no se presentaban como una alternativa, como habían creído ser en 1915, al formar parte de la Convención; ahora eran un movimiento subalterno: recibirían concesiones sociales a cambio de sujetarse al Estado posrevolucionario en construcción. Sin embargo, su decadencia y derrota final no lo invalidan históricamente: fue uno de los componentes más importantes de la lucha revolucionaria, la facción que le impuso su carácter agrarista.



JOSÉ INÉS CHÁVEZ GARCÍA,  
¿REBELDE, BANDIDO SOCIAL, SIMPLE BANDOLERO  
O PRECURSOR DE LOS CRISTEROS?\*

*En homenaje a Luis González,  
por su "pasión por el nido".*

TODAS LAS REVOLUCIONES, y la mexicana no fue la excepción, exigen la participación de muy variados 'actores' sociales: líderes políticos, caudillos militares, mandos medios, diplomáticos, ideólogos, precursores, proveedores y contrarrevolucionarios. Obviamente, algunas de estas características son móviles, pues ciertos precursores pasan a ser revolucionarios y algunos 'mandos medios' llegan a ser dirigentes, tanto en el ámbito político como en el militar. Asimismo, hay participantes que son de difícil tipificación.<sup>1</sup> Un ejemplo de éstos fue José Inés Chávez García, cuya complejidad biográfica refleja la complejidad histórica de la Revolución mexicana, así como sus muy variadas modalidades regionales y temporales. En efecto, uno de los más significativos movimientos rebeldes al gobierno carrancista fue el de Chávez García, cuyas correrías tuvieron como teatro el estado de Michoacán, con características muy singulares, pues fue enteramente diferente, tanto a los movimientos que sostenían Pancho Villa y Emiliano Zapata, antes revolucionarios fundamentales, como a los movimientos 'contrarrevolucionarios' de Félix Díaz y Manuel Peláez, o a los de los finqueros de Chiapas y a los 'soberanistas' de Oaxaca.<sup>2</sup>

\* Publicado en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, vol. LX, núm. 238 (2), octubre-diciembre 2010, pp. 833-895, número conmemorativo del Centenario del inicio de la Revolución mexicana, coordinado por quien esto escribe. Para esta edición se incluyen las correcciones de mi amigo y colega Álvaro Ochoa Serrano.

<sup>1</sup> Anteriormente he analizado otros personajes "heterodoxos" de la Revolución mexicana. Véase "Higinio Aguilar: milicia, rebelión y corrupción como *modus vivendi*", en *Historia Mexicana*, xli: 3 (163) (enero-marzo 1992), pp. 437-488, y "Gaudencio de la Llave: de porfirista a 'contrarrevolucionario'", en *Estudios*, 34 (otoño 1993), pp. 7-32.

<sup>2</sup> Véase GARCÍADIEGO, "Revolución constitucionalista y contrarrevolución". Para estudios concretos sobre los otros movimientos véanse KATZ, *Pancho Villa*; WOMACK, *Zapata*; HENDERSON, *Félix Díaz*; SERNA, *Manuel Peláez*; GARCÍA DE LEÓN, *Ejército de*

Según un cronista local, el fenómeno era secuela del enfrentamiento entre los revolucionarios vencedores de Huerta. Afirma éste que la derrota de las fuerzas convencionistas en 1915 no trajo la paz al país, “pues con el carácter de guerrillas aparecieron en diversos lugares grupos armados que caían sobre las poblaciones indefensas o sobre las pequeñas guarniciones”.<sup>3</sup> Si realmente ésta fuera la causa, resultaría sorprendente que Michoacán fuera el estado más asolado por este tipo de grupos, puesto que no se caracterizó por ser cuna de los grandes ejércitos en pugna. Michoacán no proporcionó grandes contingentes a convencionistas, villistas o zapatistas, a pesar de lo cual no puede negarse el auge que tuvieron varios grupos anticarrancistas en la región, destacando el encabezado por Chávez García, cuyo centro de operaciones fue las partes norte y central de Michoacán, aunque recorría y hostigaba casi todo el estado, así como algunas regiones de Guanajuato y Jalisco. Otros grupos importantes fueron los de Jesús Cíntora y José Altamirano, que operaban hacia el sur del estado y por los distritos de Zinapécuaro, Maravatío, Ciudad Hidalgo y Zitácuaro, respectivamente.<sup>4</sup>

La versión más plausible para explicar el desarrollo de estos movimientos aduce que el creciente bandolerismo y el auge rebelde fueron consecuencia de la guerra civil, en tanto que causados directa e inmediatamente por la crítica situación económica en la que quedó el país después de varios años de violencia. Ciertamente es que, al ser derrotados los villistas y los zapatistas, se les llamó bandoleros a los grupos que quedaron operando como afectos a aquéllos. Sin embargo, hubo quienes tomaron las armas sin haber militado antes en ejército revolucionario alguno, tan sólo porque “comenzaron a sufrir los rigores del hambre [...], en los años de sequía intensa, malcomer y desmoralización”.<sup>5</sup> Al menos para la región de San

---

ciegos; RUIZ CERVANTES, *La revolución en Oaxaca*, y GARNER, *La revolución en la provincia*.

<sup>3</sup> ROMERO FLORES, *Historia de la revolución en Michoacán*, p. 151.

<sup>4</sup> En rigor, el apellido de José Inés era García Chávez, pero la mayoría de las veces se le llamaba Chávez García. Asimismo, el apellido de Cíntora en ocasiones es escrito Síntora.

<sup>5</sup> Una conocida estudiosa de la lucha revolucionaria en Michoacán asegura que durante los años de 1915 a 1918 se vivió un “estado de guerra generalizado en la entidad” y argumenta que fueron dos las causas del alzamiento de los rebeldes locales: “las severas circunstancias económicas” regionales y el “proceso de desmembramiento” de los ejércitos convencionistas derrotados en 1915. Véase OIKIÓN SOLANO, *El constitucionalismo en Michoacán*, pp. 308-311.

José de Gracia, 1917 fue “el año del hambre”. La sequía se venía prolongando desde 1915, por lo que las siembras llevaban perdiéndose tres años consecutivos. Esta situación atrajo a muchos al terreno del “robo y la violencia”. Los ranchos y algunas haciendas se convirtieron en fácil presa de los salteadores, de los que se formaron gran cantidad de grupos.<sup>6</sup>

Tal vez lo más verosímil sea que los dirigentes rebeldes sí hayan sido motivados por razones políticas, aunque no necesariamente debido a una supuesta filiación villista o zapatista, y que el reclutamiento de las bases se haya hecho por la situación económica que imperaba. Muchos campesinos se dieron cuenta de que la única manera de sobrevivir era mejorando sus magros ingresos con los haberes que Chávez García, Cíntora o Altamirano les pagaran, por escasos e irregulares que fueran, y con lo que obtuvieran mediante el reparto de los botines de guerra. También sucedió que numerosos aunque pequeños grupos se erigieron únicamente en busca del robo; podría decirse que estos salteadores brotaron por todo el estado, habiendo municipios que sufrieron el asedio de dos o más gavillas.<sup>7</sup> En resumen, en Michoacán proliferaron bandas rebeldes de dimensión considerable y numerosos grupos pequeños de salteadores, problemática que no era nueva en la región, pues el centro-occidente del país tenía una vieja tradición bandidil.<sup>8</sup> Los líderes de los grupos rebeldes tenían complejos motivos políticos, mientras que sus seguidores tomaron las armas por graves necesidades económicas, aunque permeadas por determinadas posiciones ideológicas. Los simples salteadores también fueron motivados por causas económicas, con la diferencia de que permanecieron siempre en esta inmediatez, sin asignar significados más profundos o perspectivas mayores a su lucha.

La diferencia entre rebeldes y salteadores no es siempre fácil de determinar. Puede consistir en la existencia o carencia de motivos ideológico-políticos, en el carácter de las reivindicaciones, el tipo específico de lucha y el tamaño del grupo. Además, ninguna de éstas es una condición permanente, pues el rebelde de una época puede ser bandido en otra, o viceversa.

<sup>6</sup> GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, *Pueblo en vilo*, pp. 181-183.

<sup>7</sup> *Ibid.* pp. 183-184. Éste fue el caso de San José de Gracia, que padeció a dos bandas: los de “La Puntada”, comandados por un peón de la hacienda del Sabino, y el grupo de un tal Ambrosio Magaña.

<sup>8</sup> Durante el Porfiriato el más importante bandido de la región fue Benito Canales. Véase PINET, *Bandolerismo y revolución en el sur del Bajío*.

En este caso fueron grupos rebeldes los de Chávez García, Cíntora y Altamirano, lo que no quiere decir que todos los demás alzados locales fueran simples delincuentes.<sup>9</sup> La connotación de bandido al término de una revolución o en condiciones económicas críticas es demasiado complicada para sujetarla a meras definiciones jurídicas. Por último, si bien reducir el análisis a Chávez García distorsionaría la realidad, tiene que aceptarse que la suya fue la personalidad descollante en el Michoacán de las postrimerías de la Revolución. En efecto, aun cuando no tuvo una resonancia nacional tan marcada como otros rebeldes, llegó a poner “en jaque” al estado michoacano, del que incluso se llegó a autonombrar gobernador y comandante militar.<sup>10</sup>

### LOS ORÍGENES DE CHÁVEZ GARCÍA

Las noticias que se tienen de su vida antes de que alcanzara notoriedad son escasas y contradictorias. Tal parece que nació en 1889 en el rancho de Godino, de la tenencia de Zurumuato, en el distrito de Puruándiro. Para unos su madre era una “hembra de pelo en pecho”, de “costumbres depravadas y consumada amazona, habilísima en el manejo del lazo y de las armas de fuego”.<sup>11</sup> También se ha dicho que su familia era indígena y que él no alcanzó el normal desarrollo físico, debido a la miseria “o por ser ese su natural”.<sup>12</sup> Informaciones más precisas señalan que su padre —Anacleto— era jornalero en el citado rancho; que su madre —Bartola— era una “mujer honesta”, y que él fue registrado como “no indígena” con los nombres de José Ignacio.<sup>13</sup>

<sup>9</sup> Oikión reconoce también que “no es fácil” considerar a Chávez como guerrillero o bandido, aunque a lo largo de su trabajo se refiere a él como un hombre que carecía de toda bandera política y que cometía “actos vandálicos”, como saqueos, pillajes y asesinatos, “sembrando el pánico y la desolación entre los habitantes de Michoacán”. Véase Oikión Solano, *El constitucionalismo en Michoacán*, pp. 308-311.

<sup>10</sup> Véase VALDOVINOS GARZA, *Tres capítulos de la política michoacana*, p. 23. Véase también GALVÁN LÓPEZ, *El verdadero Chávez García*, p. III.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 118.

<sup>12</sup> GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, *Pueblo en vilo*, p. 185.

<sup>13</sup> OCHOA SERRANO, *Chávez García vivo o muerto*, pp. 28-29. Nació el 19 de abril, víspera de la festividad de santa Inés, lo que acaso explica que haya cambiado su nombre. En ocasiones se dice que su padre era arrendatario de la hacienda de Zurumuato.

También hay algunas discrepancias sobre el inicio de su vida pública. Existe la versión de que por un “lío de faldas” fue enrolado en un cuerpo de ‘rurales’, siendo después incorporado a las fuerzas que en Veracruz batieron a Santanón, para finalmente operar en el istmo de Tehuantepec, donde hizo migas con el cabo de ‘rurales’ Francisco Cárdenas, conocido porque años después sería el que ultimara a Francisco I. Madero y a José María Pino Suárez. Otra versión señala que dejó a su familia por la mala situación económica que padecían, encaminándose a Zacapu para contratarse en la siembra del trigo, y que fue después cuando se enlistó, a mediados de 1911, en el cuerpo de ‘rurales’ revolucionarios al que pertenecían Gertrudis G. Sánchez, José Rentería Luviano, Joaquín Amaro y Anastasio Pantoja, quienes posteriormente habrían de destacar en la Revolución. La discrepancia no es menor: estriba en que pudo ser un tradicional ‘rural’ porfirista, o un ‘rural’ revolucionario. La disyuntiva no era necesariamente tajante: pudo haber sido brevemente un ‘rural’ porfirista, desertando de estas fuerzas para reciclarse como revolucionario. Incluso hay quien sostiene que la alteración en el orden de sus apellidos fue para facilitar su tránsito de ‘rural’ porfirista a ‘rural’ maderista.<sup>14</sup> En efecto, todo parece indicar que a las órdenes de Alberto Madrigal —pequeño comerciante en Puruándiro— militó con Salvador Escalante, líder del maderismo michoacano.<sup>15</sup>

De la información con que se cuenta puede concluirse que hacia 1917 Chávez García contaba con alrededor de 28 años, edad ideal para la vida que habría de llevar. Sus orígenes raciales y sociales no quedan muy claros, aunque puede ponerse en duda lo de la grave pobreza familiar, o considerarla como una crisis pasajera, pues su iconografía lo muestra ataviado a la usanza ‘charra’. Eso sí, cualquiera que haya sido el tipo de ‘rurales’ en el que militó, tenía gran experiencia en el manejo de armas y caballos, así como en tácticas guerrilleras. Por lo demás, tuvo contactos con hombres que se caracterizaron por su odio a la Revolución —como Francisco Cárdenas— y con revolucionarios de confusa ideología y nula disciplina —como Anastasio Pantoja—, pues bien pudo ser un ‘rural’ porfirista de leva y luego participar en la lucha maderista.

<sup>14</sup> GALVAN LÓPEZ, *El verdadero Chávez García*, pp. 11, 129 y 158. Véase también MÁRQUEZ CAMPOS, *Me llamo José Inés Chávez*, pp. 17-18.

<sup>15</sup> OCHOA SERRANO, *Chávez García vivo o muerto*, p. 32. Escalante era un agricultor en pequeño, exseminarista y subprefecto en la población de Santa Clara.

De manera más fehaciente se sabe que Chávez García se unió a Pantoja durante la lucha antihuertista, y que llegó a ser su segundo en el mando. Se sabe, por ejemplo, que estuvieron en la breve toma de Pátzcuaro, a finales de abril de 1913, a las órdenes de Gertrudis G. Sánchez; que luego Chávez García operó por Puruándiro y Uruapan y que durante la primera mitad de 1914 hostilizó a las fuerzas gubernamentales que resguardaban la zona del lago de Pátzcuaro, así como las de Zamora y Zacapu. Cuando los villistas y los zapatistas tomaron la ciudad de México, casi al finalizar 1914, las fuerzas carrancistas que se encontraban en sus inmediaciones se retiraron estratégicamente. El general Francisco Murguía, que ocupaba Toluca, se dirigió a Jalisco. Para realizar tal propósito tuvo que pasar por Morelia, ocupada por los convencionistas Gertrudis G. Sánchez, Amaro y Pantoja. Se evitó el enfrentamiento gracias a la mediación del general Jesús Dávila, lográndose que Sánchez y su gente reconocieran a Venustiano Carranza. Entre los firmantes de dicho pacto aparecía Anastasio Pantoja, pero sucedió que al salir Murguía de Morelia, Amaro y Pantoja lo atacaron por la retaguardia. Poco tiempo después Amaro se pasó definitivamente a las filas constitucionalistas, justificándose al culpar de todo a Pantoja, el que al ser aprehendido fue fusilado sin mayores trámites.<sup>16</sup>

Aprehendido junto con su jefe, Chávez García también debió haber sido fusilado, pero se salvó gracias a que intercedió por él un amigo del general Alfredo Elizondo, gobernador y comandante militar constitucionalista de Michoacán. Regresó entonces a su región, en donde Pantoja y él tenían muchos partidarios michoacanos y guanajuatenses, los que estaban “furiosos” por el fusilamiento de Pantoja.<sup>17</sup> A las motivaciones políticas se sumaron las económicas, pues la difícil situación orilló a muchos a tomar las armas. Así, Chávez organizó allí una partida, secundado por Manuel Roa, “chivero de la zona de Puruándiro”, Luis V. Gutiérrez, mejor conocido como ‘el chivo encantado’,<sup>18</sup> Jesús Zepeda ‘el tejón’, Rodolfo

<sup>16</sup> ROMERO FLORES, *Historia de la revolución en Michoacán*, pp. 142-144; OCHOA SERRANO, *Chávez García vivo o muerto*, pp. 36-39, y OIKIÓN SOLANO, *El constitucionalismo en Michoacán*, pp. 303-304 y 311.

<sup>17</sup> Varios sostienen que inició su lucha contra el constitucionalismo por el fusilamiento de su jefe Pantoja. Entre otros, MÁRQUEZ CAMPOS, *Me llamo José Inés Chávez*, pp. 17-19 y 68, y MORALES GARCÍA, “*Santo de palo*”, pp. 483 y 768.

<sup>18</sup> Luis Vizcaino Gutiérrez era originario del sur de Jalisco, pero se avecindó en Parícuaro. Se dedicaba al comercio pero también era curandero. Luego se afilió al Ejército

Chávez, Fidel González, Macario Silva y un tal Madrigal; Rafael ‘el manco’ Nares desde entonces figuró como “su brazo derecho”.<sup>19</sup> Podría pensarse entonces que el motivo de su lucha era político: vengar la muerte de su jefe, el convencionista Anastasio Pantoja. Sin embargo, se obtendría una respuesta más satisfactoria si se consideraran los motivos por los que Pantoja y Chávez García, a diferencia de los demás jefes michoacanos, no reconocieron al carrancismo cuando éste ocupó la región, a finales de 1914. Una primera hipótesis se basa en el carácter de independencia e indisciplina que Abundio y Anastasio Pantoja y sus hombres habían venido mostrando desde que ingresaron a la lucha armada.<sup>20</sup> Sin embargo, el convencionismo michoacano, aunque escaso y efímero, no fue un simple movimiento de indisciplinados: participaron en él, entre otros, el doctor Miguel Silva, moreliano, quien fuera gobernador del estado durante el periodo maderista, y sobre todo Gertrudis G. Sánchez, revolucionario coahuilense —de Saltillo— antiporfirista, quien fue destinado por el Presidente Madero a la pacificación posrevolucionaria de Michoacán, donde lo encontró el cuartelazo de febrero de 1913, quedándose allí a encabezar la lucha contra Huerta. Tras la caída de éste fue designado gobernador constitucionalista de la entidad. El rompimiento definitivo de los michoacanos con la facción convencionista se dio hacia febrero de 1915, cuando los villistas ocuparon la región, cometiendo muchos excesos e intentando alterar el orden político, como preparativo estratégico de su inminente lucha en Celaya.<sup>21</sup>

Federal, del que pasó a las fuerzas de Cíntora. Véase OCHOA SERRANO, *Repertorio michoacano*, p. 186. Según un reconocido estudioso de Chávez, los pastores de Puruándiro y Penjamillo eran los más crueles entre sus huestes, pues estaban “acostumbrados más al trato de animales que al de los humanos”. Véase OCHOA SERRANO, *Chávez García vivo o muerto*, p. 56.

<sup>19</sup> GALVÁN LÓPEZ, *El verdadero Chávez García*, pp. 11-12, 123 y 157. Para datos biográficos sobre ‘el manco’ Nares, véase MORALES GARCÍA, “*Santo de palo*”, pp. 691-693. En síntesis, era hijo de un arriero y había perdido su brazo trabajando como “bracero” en Estados Unidos; natural de la zona de Penjamillo y Peribán, cerca de La Piedad, se le reconocen varios hechos benéficos para su pueblo, y en particular para el templo local.

<sup>20</sup> ORTIZ, *Episodios de la revolución en Moreleón*, pp. 13-14, 23-25 y 33-35.

<sup>21</sup> ROMERO FLORES, *Historia de la revolución en Michoacán*, pp. 128-150, y *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana*, t. I, pp. 325-326 y t. IV, pp. 252-253.

## LAS DIFICULTADES DE LA CAMPAÑA

Durante 1915 y 1916 Chávez García operó principalmente en la zona de Zacapu, extendiéndose en ocasiones hasta Acámbaro, Guanajuato. Por aquel tiempo acostumbraba atacar poblados de escasa guarnición, dispersando a su gente de inmediato, para volver a reunirse posteriormente. Por su táctica militar, Chávez García podría ser considerado un guerrillero. Las versiones de la época lo describen como “vivo y astuto” y de fuerte “imán personal”. Rara vez presentaba combate y, cuando lo hacía, imponía a su gusto el momento y el escenario, derrotando generalmente a su enemigo, el que insistentemente lo acusaba de usar la táctica de “pega y huye”. Al principio jefaturaba menos de 500 hombres, aunque la dimensión de su fuerza la determinaban el carácter de la plaza y el contingente que enfrentaría, por lo que en ocasiones encabezó un número mayor de hombres. Aun así, la cifra nunca alcanzó el número que consigna un autor notoriamente exagerado, quien asegura que fácilmente reunía “hasta 5 000 o más [...] campesinos de Michoacán, Guanajuato y Jalisco, bien armados y conocedores de las regiones en donde se operaba”. El mismo autor afirma que terminada la batalla regresaban a sus hogares, “para dedicarse a las labores del campo como campesinos inofensivos”.<sup>22</sup>

Antes de describir sus operaciones a partir de 1917, radicalmente distintas de las que realizó durante la segunda mitad de 1916, es importante señalar las condiciones político-militares prevalecientes entonces en Michoacán. Además de tener que enfrentar a un hábil guerrero, conocedor de la región y con apoyo entre la población campesina, la campaña militar en Michoacán adoleció de grandes deficiencias. En los albores de la presidencia de Carranza, a mediados de 1917, el jefe de las

<sup>22</sup> GALVÁN LÓPEZ, *El verdadero Chávez García*, pp. 11-12, 123 y 133. Hay diferentes apreciaciones en cuanto al número de sus fuerzas. Incluso este mismo autor, en otra parte de su obra, da como cifra máxima la de 3 000 hombres. Las fuentes oficiales siempre le concedieron cantidades mucho más reducidas. El cronista local Alberto Oviedo Mota dice, a semejanza de Galván López, que “nunca andaba acompañado de más de quinientos hombres”, pero que “hubiera podido reunir hasta diez mil”. Pude consultar algunas páginas de su obra *Michoacán en la Revolución mexicana*, gracias a que se encuentran en ARA, carp. 3, doc. 30. Todo parece indicar que durante buena parte de su movimiento sus fuerzas no tuvieron carácter permanente. Véase MORALES GARCÍA, “*Santo de palo*”, p. 485. Véase también OCHOA SERRANO, *La violencia en Michoacán*, pp. 37, 41 y 43, en las que se manejan cifras muy inferiores respecto al número de efectivos de Chávez.

operaciones militares en el estado, Melitón Albáñez, se quejaba amargamente de la falta de cooperación del gobernador provisional, general Alfredo Elizondo; de la carencia de pertrechos de guerra, y de las irregularidades en el pago de los haberes, lo que tenía a la tropa en malas condiciones económicas.<sup>23</sup> Esta problemática político-militar se vio agravada por los asuntos electorales, los que provocaron un abierto enfrentamiento entre el general José Rentería Luviano<sup>24</sup> y el gobernador Elizondo. Francisco J. Múgica, candidato a la gubernatura y amigo íntimo de Rentería Luviano, pidió a Carranza que retirara a Elizondo, “en favor de una mayor tranquilidad política, y para beneficio de la actividad militar”. Días después le insistía en la urgencia del retiro de Elizondo, culpable, según Múgica, de la toma de Uruapan por los rebeldes.<sup>25</sup> Es de sospecharse que el verdadero motivo de su queja fuera que su permanencia no favorecería su candidatura.

Es difícil precisar cuán ciertas y justificadas son las mutuas acusaciones entre autoridades civiles y militares, o aun entre los mismos militares, pues la mayoría tenía motivaciones políticas y personales. Si la campaña no era lo suficientemente diligente, se acusaba al oponente de inactivo y, por ende, de ser culpable directo del incremento de los rebeldes;<sup>26</sup> si era lo contrario, se le acusaba de excederse y sobrepasarse en sus funciones, con el mismo resultado: aumento del número de alzados. Un ejemplo consi-

<sup>23</sup> Carta de Melitón Albáñez a Manuel Diéguez, 21 marzo 1917, en AHDN, c. 94, exp. 173, f. 24. Consultado a través del fichero del maestro Luis Muro que más tarde se convirtió en libro. Véase MURO Y ULLOA, *Guía del ramo Revolución mexicana*.

<sup>24</sup> Rentería Luviano nació en Huetamo, Michoacán, en 1883. Fue miembro de la Segunda Reserva del Ejército, organizada por el general Bernardo Reyes. Tras el cuartelazo de Huerta se unió a las filas constitucionalistas encabezadas por Gertrudis G. Sánchez y alcanzó el grado de general brigadier. En 1917 gobernó interinamente su estado natal. Murió en la ciudad de México en 1925. Véase *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana*, t. IV, p. 248.

<sup>25</sup> Cartas de Francisco J. Múgica a Venustiano Carranza, 31 marzo y 9 abril 1917, en AHDN, c. 94, exp. 173, ff. 25 y 29. Elizondo era norteño, de San Pedro de las Colonias, Coahuila. Maderista desde la lucha contra Porfirio Díaz, estaba en la ciudad de México durante la Decena Trágica, por lo que se trasladó a Morelos, donde luchó contra Huerta en el ejército zapatista. Se unió a Obregón a la llegada de éste al centro del país. Véase *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana*, t. I, pp. 325-326.

<sup>26</sup> MÁRQUEZ CAMPOS, *Me llamo José Inés Chávez*, pp. 127-128. Este autor afirma que la campaña contra Chávez García era “tan tibia” que parecía que “lo toleraban”.

tante de esto fue la campaña contra Chávez García. De hecho, el estudio de la rebelión chavista sirve como un pequeño mirador desde el que puede atisbarse el inmenso conflicto entre los militares gubernamentales, y entre éstos y las autoridades civiles, conflicto que permeó, y marcó, todo el proceso revolucionario.

En efecto, si bien es cierto que Albáñez infligió una seria derrota a Chávez García al principiar el mes de septiembre de 1917, días después el rebelde tomó Tacámbaro, amenazando seriamente a Morelia, la que incluso dejó “a oscuras” al cortarle el suministro eléctrico;<sup>27</sup> al mes siguiente, para colmo, volvió a posesionarse de Tacámbaro.<sup>28</sup> Esta situación motivó que los diputados michoacanos, locales y federales, dirigieran un memorándum al Presidente del país, quejándose de que si bien Albáñez contaba con una cantidad “más que suficiente” de soldados para lograr la pacificación, éstos se dedicaban a cometer “tales y tantas” tropelías, que los habitantes de la entidad aseguraban preferir “estar a merced de los revoltosos y no de fuerzas que so pretexto de ser del gobierno no pueden ejercer contra ellas ni siquiera el derecho de legítima defensa”. Le aseguraban que “el hecho escandaloso” del amago a Morelia se había debido a la falta de atención que Albáñez prestaba a la campaña, pues residía en Guadalajara, dado que también dirigía la Jefatura de Operaciones en Jalisco.<sup>29</sup> Con la acusación venía una súplica: que facultara al Ejecutivo local para organizar algunas fuerzas regionales propias, dándole además facilidades para la compra de pertrechos de guerra. Con el argumento de que Albáñez actuaba por “criterio político”, buscando desprestigiar “a toda costa” al gobierno de Pascual Ortiz Rubio, le pidieron que nombrara a un jefe de Operaciones “consciente”, encargado únicamente de Michoacán, pues la amplitud territorial impedía tener un

<sup>27</sup> En realidad Chávez impuso un pago de protección a las dos compañías que suministraban la energía eléctrica a Morelia. Al no cumplir sus exigencias, sus instalaciones fueron atacadas. Véase MÁRQUEZ CAMPOS, *Me llamo José Inés Chávez*, p. 149.

<sup>28</sup> GALVÁN LÓPEZ, *El verdadero Chávez García*, pp. 112, 114 y 143-144. La segunda toma de Tacámbaro es un típico ejemplo de la indisciplina del Ejército Nacional, pues el capitán Antonio Solomo Adame, después de que asesinó a su jefe por rencillas personales, hizo saber al rebelde que la plaza quedaba “casi desguarnecida”.

<sup>29</sup> El escrito, fechado 1 octubre 1917, puede verse en AVC, carp. 117, doc. 13305. Una nota periodística acerca de los excesos de las tropas carrancistas contra los habitantes de Michoacán se encuentra en *Revista Mexicana*, 16 septiembre 1917.

plan de defensa rápido, tal como lo requería “la importancia de la revuelta”.<sup>30</sup> Para presionar en mayor grado a Carranza, se apersonaron ante él algunos legisladores, los que le señalaron que era “positivamente urgente” que nombrara un jefe de Operaciones exclusivo para Michoacán.<sup>31</sup> Casualmente, Carranza no tuvo que tomar decisión alguna, pues por esos días murió Albáñez en Guadalajara, al parecer a causa de una meningitis aguda.<sup>32</sup>

No puede asegurarse que Albáñez tuviera un interés político en no desarrollar una buena campaña en Michoacán. En cambio puede afirmarse que él no solicitó tener el mando de una zona tan amplia, y que constantemente se quejaba de que el parque que se le suministraba era deficiente y escaso, por lo que no podía exponer a su tropa a morir “sin tener con qué defenderse”. Para emitir un juicio definitivo sobre quién tenía la razón, si Albáñez o el gobierno civil del estado,<sup>33</sup> habría que considerar detenidamente los argumentos de ambos. Tal parece que en este caso la razón correspondía al militar, como lo prueba la posterior aclaración del mismo Ortiz Rubio, entonces gobernador del estado, y el hecho de que la decisión de que Albáñez tuviera también la jefatura de operaciones en Jalisco buscaba que no tuviera impedimento legal alguno para operar en este estado cuando las fuerzas de Chávez García se refugiaron en él.

<sup>30</sup> AVC, carp. 117, doc. 13305.

<sup>31</sup> *El Universal*, 1 octubre 1917.

<sup>32</sup> Extracto del “parte de novedades”, 1 octubre 1917, en AVC, carp. 117, doc. 13302, y carta del Mayor J. M. Cuéllar a Francisco Murguía, 20 octubre 1917, en AHDN, c. 79, exp. 153, f. 101.

<sup>33</sup> AVC, carp. 115, doc. 13173. Curiosamente, con el correr del tiempo Ortiz Rubio cambió de opinión respecto a Albáñez. Aceptó después que efectivamente éste “no disponía de elementos suficientes ni tenía el espionaje con que contaba Chávez”. Respecto a la amplia red de informantes que tenía Chávez García, véase MORALES GARCÍA, “*Santo de palo*”, p. 487: sus “espías [...] jugaron un importante papel en los ataques de las poblaciones; los tenía en todos lados y los premiaba largamente”; para Chávez García “la información [...] era tan importante como las armas”. Ortiz Rubio aceptó también que a pesar de ello “quiso desafiar al rebelde y se colocó entre Pátzcuaro y Uruapan, el centro más fuerte de Chávez, con un contingente poco numeroso”. Según Ortiz Rubio, Chávez García atacó el tren de Albáñez, batiéndose éste “heroicamente”, pero, lesionado de gravedad, murió posteriormente “a consecuencias de la herida”. En epigramática pero manida frase, aseguró que el país perdió entonces a un “pundonoroso militar”. Véase ORTIZ RUBIO, *Memorias para la Sociedad de Geografía y Estadística*, p. 34.

Don Venustiano nombró como sustituto interino al general Antonio Norzagaray,<sup>34</sup> quien a pesar de que era uno de los subalternos de Albáñez, tenía buenas relaciones con los políticos michoacanos, en especial con el gobernador, pues ambos se identificaban como obregonistas. A pesar de la presión de una comisión de legisladores michoacanos, Carranza insistió en que el nombramiento de Norzagaray era estrictamente “provisional”.<sup>35</sup> Esta decisión no dejó muy complacido a Ortiz Rubio, quien solicitó que se le dejara definitivamente en el puesto, dado que tenía la “plena seguridad” de que “muy pronto” dejaría pacificada la zona.<sup>36</sup> En efecto, Norzagaray inició su gestión con enorme actividad, lo que generó grandes esperanzas. Inmediatamente organizó tres columnas, asegurando que el éxito de la campaña dependería tan sólo “del suministro de municiones”.<sup>37</sup> Sus declaraciones a la prensa pecaron de ingenuas y optimistas: aseguró que la pacificación de Michoacán era “poco difícil” de lograr, siempre que reinara la armonía entre las autoridades civiles y militares. Presumía que en su caso el éxito estaba asegurado por ser “amigo personal” del gobernador Ortiz Rubio, quien había puesto a su disposición los elementos de que disponía, a los que consideró “muy numerosos”. Con éstos, y con las fuerzas del Ejército Nacional, pensaba alcanzar un efectivo de casi 10 000 hombres, sin incluir a las ‘acordadas’ de las haciendas, lo que hacía factible una feliz campaña.<sup>38</sup>

El asunto de las fuerzas regionales fue de vital importancia. Podían ser, según el caso, fuerzas organizadas por los gobernadores para cooperar en la pacificación de sus entidades o para obtener cierto poderío militar propio, y por lo tanto, cierta independencia política frente al jefe militar en la zona o respecto al gobierno central. A su vez, las ‘defensas civiles’ que fueron organizadas —más bien reorganizadas— en los pueblos, son una clara manifestación de la desconfianza que los vecinos tenían de las fuerzas

<sup>34</sup> Norzagaray nació en el estado de Michoacán. Desde 1913 se unió a las fuerzas de Obregón, operando en la zona del occidente del país. Participó en el Congreso Constituyente como diputado por el Distrito Federal. Véase *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana*, t. IV, p. 237.

<sup>35</sup> *El Universal*, 4 y 11 octubre 1917.

<sup>36</sup> Carta de Pascual Ortiz Rubio a Venustiano Carranza, 22 octubre 1917, en AVC, carp. 118, doc. 13380.

<sup>37</sup> Carta de Antonio Norzagaray a Venustiano Carranza, 18 octubre 1917, en AHDN, c. 52, exp. 100, f. 2686.

<sup>38</sup> *El Universal*, 14 octubre 1917.

carrancistas, tanto por su incapacidad militar como por su conducta ante los pacíficos. El que también fueran creadas ‘acordadas’ en algunas haciendas indica que los rebeldes o los bandoleros eran una virtual amenaza para éstas. En este sentido, habría que analizar si se formaron contra los pequeños grupos de bandoleros o si su existencia supone un carácter agrarista del chavismo. Dado el reducido tamaño de las ‘acordadas’, resulta más plausible que hayan sido organizadas para repeler a pequeñas bandas de salteadores.

A pesar de que se tenían noticias de que a finales de 1917 Chávez García sólo disponía “de unos mil hombres”, Carranza no quiso arriesgarse. Un militar de tan escaso prestigio como Norzagaray no era recomendable para una campaña en zona tan importante, puesto que Michoacán era uno de los principales productores de granos. Esta suposición se confirma al ver que en el diseño de la campaña, aparentemente acordado por Norzagaray, habían intervenido los generales Fernando Dávila y Manuel Diéguez.<sup>39</sup> Esta actitud de don Venustiano se manifestó muy claramente poco después, al designar para el puesto al general Enrique Estrada, originario de Zacatecas.<sup>40</sup> Como era de esperarse, este nombramiento no fue muy bien recibido por Ortiz Rubio.

El gobernador michoacano poco tardó en quejarse de las fuerzas de Estrada, acusándolas de que cometían tal número de abusos que propiciaban el aumento de la rebelión.<sup>41</sup> Las constantes quejas de autoridades locales y de particulares obligaron a Ortiz Rubio a hacer un viaje especial a la ciudad de México para informar a don Venustiano de la conducta de esas fuerzas. Estrada se encolerizó por la acusación y amenazó a Ortiz

<sup>39</sup> Carta de Fernando Dávila a Manuel Diéguez, 27 noviembre 1917, en AHDN, c. 94, exp. 173, ff. 146-149.

<sup>40</sup> *El Universal*, 10 noviembre 1917. Enrique Estrada nació en Moyahua, Zacatecas. Estudió en la Escuela de Ingenieros del Colegio Militar. Se unió al maderismo y al constitucionalismo, luchando en los límites de Jalisco y Zacatecas. Gobernó su estado natal en varias ocasiones. Secundó el Plan de Agua Prieta y durante el gobierno de Obregón fue subsecretario de Guerra y Marina. Más tarde se adhirió a la rebelión delahuertista. Se exilió en Estados Unidos. Fue diputado, senador y director de Ferrocarriles Nacionales. Murió en la ciudad de México en 1942. Véase *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana*, t. VII, pp. 886-888.

<sup>41</sup> El descriptivo sobrenombre que se puso a las fuerzas de Estrada, la “Brigada Escoba”, ilustra mejor que muchos ejemplos. Véase ORTIZ RUBIO, *Memorias para la Sociedad de Geografía y Estadística*, p. 38.

Rubio, quien dándose cuenta de que regresar a Morelia “con los brazos cruzados hubiera sido infantil”, procedió a organizar mayores milicias propias. La creación de éstas por el gobierno local confirma la hipótesis de que más que para colaborar en la lucha contra los rebeldes y los bandoleros, las fuerzas estatales fueron creadas por motivos políticos. En este caso como balanza y contrapeso a las fuerzas de Estrada. Ortiz Rubio logró la venia de la legislatura local, pero como encontró “resistencia” para su autorización en el Congreso nacional, decidió organizar tales fuerzas a reserva de que los diputados amigos “hicieran la gestión oportunamente”.<sup>42</sup> No fue esa la única obstrucción que enfrentó: la más tenaz fue, obviamente, la del propio Estrada. En efecto, Ortiz Rubio aseguró a don Venustiano que había encontrado en Estrada una “gratuita y sistemática oposición”, pues no desperdiciaba cualquier oportunidad para hostilizar, en todas las formas y por cuantos medios estaban a su alcance, “los trabajos encaminados a la formación de tales milicias”. Por ejemplo, le aseguró que las tropas de Estrada habían desarmado a las fuerzas estatales y a las ‘defensas civiles’ de Jiquilpan, Pátzcuaro y Yurécuaro. Se quejó también de que la propia Secretaría de Guerra actuaba en su contra, al ordenarle que entregara la escolta que el mismo Carranza había dispuesto para su servicio. En conclusión, Ortiz Rubio veía la conducta de Estrada y demás autoridades militares como dirigida a crear “fricciones” entre los gobiernos local y federal, obstaculizando como resultado “todos los trabajos encaminados a la pacificación del Estado”.<sup>43</sup>

Al enterarse el general Estrada de la queja, y como respuesta a las declaraciones que Ortiz Rubio había hecho a la prensa,<sup>44</sup> le dirigió una carta pública en la que le devolvía los cargos, acusándolo de ser un “auxiliar inconsciente” de los rebeldes, puesto que por medio de la prensa los alertaba, “diciéndoles a voz en cuello” que sus derrotas no eran derrotas y que las tropas gobiernistas “eran más peligrosas y vistas con menos simpatías [...] que las del monstruo García Chávez”. A la acusación de Ortiz Rubio de que las fuerzas nacionales permanecían inactivas, Estrada respondió que “cuatro combates formales, sin contar los de menor importancia”,

<sup>42</sup> *Ibid.*, p. 34.

<sup>43</sup> Carta de Pascual Ortiz Rubio a Venustiano Carranza, 16 enero 1918, en AVC, carp. 121, docs. 13634, 13645 y 13650. Las fuerzas de Yurécuaro estaban al mando de don Jaime Carrillo, quien incluso fue “vejado”.

<sup>44</sup> Éstas pueden encontrarse en *El Universal*, 9 febrero 1918.

desmentían su aserto. Según Estrada, por culpa de las opiniones que constantemente externaba Ortiz Rubio, sus fuerzas regionales habían llegado a considerarse “más amigas” de los alzados que de los carrancistas. Además, Estrada afirmó que al dar Ortiz Rubio a conocer el hecho de que él disponía de “poco efectivo para la campaña”, había descubierto un secreto “de orden militar”, cometiendo un delito.<sup>45</sup>

El aspecto sobresaliente de la polémica consiste en que las fuerzas federales de Estrada fueran vistas por los habitantes de Michoacán y por las fuerzas estatales con menos simpatía que las del mismo Chávez García. Si bien esto pudo deberse a que éstas eran menos perjudiciales y devastadoras que aquéllas, también podría indicar que las fuerzas carrancistas eran vistas por los habitantes del estado como fuereñas, como un elemento extraño a éste, enfrentado por los rebeldes y, aunque de otro modo, también por las fuerzas estatales. Además, permitía suponer que en el círculo carrancista la lucha contra los gobernadores de filiación obregonista, como era el caso de Ortiz Rubio,<sup>46</sup> tenía prioridad sobre la campaña contra los alzados. El caso de Chávez García, aparentemente secundario, permite afirmar que las campañas de pacificación no sólo enfrentaban a los soldados contra los rebeldes, sino que se hacían a partir de las complejas relaciones que se establecían entre los rebeldes y los vecinos, y que siempre generaban enormes dificultades entre éstos y los soldados gubernamentales.

#### AUGE DE CHÁVEZ GARCÍA

Estrada fue designado para la jefatura de operaciones en Michoacán debido al fracaso y muerte de Melitón Albáñez. Éste había sido derrotado por Chávez García en forma apabullante menos de dos meses después de que

<sup>45</sup> *El Demócrata*, 26 febrero 1918.

<sup>46</sup> Pascual Ortiz Rubio nació en 1877 en Morelia, Michoacán, y estudió en la Escuela Nacional de Ingenieros. Participó en el movimiento maderista local y tras el cuartelazo de Victoriano Huerta se unió a las fuerzas constitucionalistas. Entre 1917 y 1920 fue gobernador de su estado. Apoyó el Plan de Agua Prieta. Estuvo al frente de la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas durante el gobierno de Adolfo de la Huerta. Más tarde fue representante de México en Alemania y Brasil. En 1930 asumió la presidencia de la república y dos años más tarde renunció al puesto. Murió en la ciudad de México en 1963. Véase *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana*, t. IV, p. 239.

el rebelde amenazara Morelia y tomara Tacámbaro. En efecto, a finales de noviembre de 1917 Chávez García atacó la ciudad de Zamora, la que saqueó “salvajemente”, para después enfrentar a las fuerzas de Albáñez entre La Piedad y Yurécuaro, en uno de los combates “más sangrientos” de la campaña, al grado de asegurarse que “de los mil hombres del general Albáñez sólo quedaron sesenta”. No fueron éstas las únicas derrotas que sufrió Albáñez: Chávez García ocupó a principios de 1917 la población de Sahuayo, abandonada por sus habitantes por orden de un militar carrancista; menos de un mes después tomó Pátzcuaro, y en agosto del mismo año atacó Paracho, si bien aquí el rebelde fue rechazado por la ‘defensa civil’, ante la ausencia del Ejército Nacional.<sup>47</sup> El prestigio militar de Melitón Albáñez, revolucionario originario de Baja California,<sup>48</sup> sufrió su mayor mengua en la mencionada toma de Tacámbaro, pues llegó “dos días después” de los hechos, negándose a perseguir a Chávez García. Esto motivó que los vecinos solicitaran el nombramiento de un nuevo jefe de Operaciones, posición con la que se solidarizaron influyentes agricultores del estado, quienes achacaban la inseguridad que se sufría en el campo “a la falta de energía de Albáñez”. Por una nota autógrafa al margen de la solicitud, y seguramente motivado por la filiación obregonista de Albáñez, es claro que Carranza pensaba complacerlos, mas como ya quedó dicho, su muerte evitó que fuera removido; simplemente se le enterró.<sup>49</sup>

Es muy importante destacar que para 1917 Chávez García era otro. Había dejado de ser aquel guerrillero al frente de pocos hombres, a los que dispersaba después de atacar poblados de escasa guarnición. Ya no era su táctica la de “pega y huye”; ahora los que huían eran los carrancistas. Dominaba amplias regiones del estado; había tomado, aunque fuera breve-

<sup>47</sup> Carta de Agustín R. Esparza a Álvaro Obregón, 26 febrero 1917, en AHDN, c. 94, exp. 173, f. 10; carta de Francisco J. Múgica a Venustiano Carranza, 18 abril 1917, en AHDN, c. 94, exp. 173, f. 49, y carta de Melitón Albáñez al secretario de Guerra y Marina, 12 agosto 1917, en AHDN, c. 79, exp. 153, ff. 196-198.

<sup>48</sup> Melitón Albáñez nació en 1880 en Todos Santos, municipio de La Paz. En 1906 participó en la huelga de Cananea, Sonora. Fue maderista y después lugarteniente de Manuel Diéguez —a quien seguramente conoció en Cananea— en la División de Occidente. Véase *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana*, t. 1, p. 161. NARANJO, *Diccionario biográfico revolucionario*, p. 19. Este autor da como fecha de su fallecimiento el 2 de octubre de 1917, a causa de “muerte natural”.

<sup>49</sup> Carta de los representantes de los agricultores y vecinos de Tacámbaro a Venustiano Carranza, 29 y 30 [...] —fecha incompleta—, en AHDN, c. 92, exp. 166, ff. 18-20 y 22.

mente, sus principales poblaciones, e incluso había amagado Morelia, su capital. No sólo ya presentaba auténticos combates, sino que por lo general salía triunfante de ellos.<sup>50</sup> Ante la evidencia de tal transformación, el tema prioritario es explicar los motivos de su auge.

Estrada trajo a Michoacán una fuerza de 2 000 hombres, al parecer indios yaquis en su mayoría. Esto, teóricamente, vendría a mejorar la aflictiva situación de la región, pues hasta entonces incluso plazas como Uruapan y La Piedad carecían de fuerzas para su protección.<sup>51</sup> Su primera disposición fue la de perseguir inmediatamente al rebelde, que después de la batalla de Yurécuaro se dirigió a Purépero, para luego encaminarse a Tangancicuaro, a donde llegó a finales de año, destruyendo “aparatos de alto valor” de la compañía The Guanajuato Light Power. El grupo rebelde se encaminó posteriormente a Santiago Tangamandapio, donde cometieron “horribles atentados contra la moral”.<sup>52</sup> A pesar de la llegada de Estrada y sus hombres, los chavistas siguieron sembrando “la desolación en las zonas y la deshonra en los hogares”. Es digno de señalarse que ya no sólo atacaban poblaciones sino también haciendas: en la de San Antonio dieron muerte a toda la ‘acordada’; en la de Huaracha incendiaron un molino de caña “valuado en medio millón de pesos, pero la ‘acordada’ hizo resistencia durante cuatro horas y desbandó a los bandidos”.<sup>53</sup>

<sup>50</sup> Oikión considera que a partir de 1917 Chávez tomó “un auge sin precedentes”. Véase OIKIÓN SOLANO, *El constitucionalismo en Michoacán*, pp. 482-483. Véase también OCHOA SERRANO, *Chávez García vivo o muerto*.

<sup>51</sup> Respecto a Uruapan, carta de Pascual Ortiz Rubio a Venustiano Carranza, en AHDN, c. 92, exp. 166, f. 17; sobre La Piedad, carta de “vecinos de [...] a Venustiano Carranza” (s. f.), en AHDN, c. 92, exp. 166, f. 21. Tal parece que La Piedad fue siempre mejor salvaguardada por su ‘defensa civil’ que por el Ejército Nacional. Ortiz Rubio la llama “benemérita”, pues fue “una de las pocas que lograron tener a raya al bandido”. Esta fuerza era mandada por el “dignísimo” Enrique Ramírez, quien con el tiempo llegó a general y a gobernador del estado. Véase ORTIZ RUBIO, *Memorias para la Sociedad de Geografía y Estadística*, p. 36.

<sup>52</sup> Los destrozos a esta compañía eléctrica son de especial interés, pues pueden considerarse como los únicos daños que causó a una compañía extranjera. Sus efectos no pueden minimizarse, ya que afectó a varias empresas mineras localizadas en Guanajuato, las que inmediatamente se quejaron al gobierno federal. Véase el comunicado que varias de estas compañías suscribieron a Venustiano Carranza, el 19 noviembre 1917, en AVC, tels. Guanajuato.

<sup>53</sup> GALVÁN LÓPEZ, *El verdadero Chávez García*, p. 145. Supongo que este autor no se refiere a la hacienda propiedad de doña Clara Jiménez, con 1 939 ha de extensión y situada en Puruándiro, de donde era originario Chávez García y donde se comportó siempre como

Es innegable: las actividades de Chávez García no se limitaron al estado de Michoacán, y menos aún, obviamente, en su época de auge. A finales de diciembre de 1917 se encontraba en la frontera con Jalisco, estado que invadió para incendiar la ciudad de Degollado.<sup>54</sup> Por varios días realizó tropelías en ese estado, por lo que los vecinos se dispusieron a combatirlo y, si es de creerse la versión del Presidente municipal de Atotonilco el Alto, con considerable bizarría: la población se manifestó preparada para resistirlo, a pesar de carecer de municiones.<sup>55</sup> Además de estas incursiones en Jalisco, Chávez García estaba ligado por aquellos días con unos rebeldes que operaban en la zona de Coalcoman, entonces en Colima. Esta situación motivó que el jefe de las Operaciones Militares en Jalisco y Colima, general Juan José Ríos, solicitara al general Manuel Diéguez que se extendiera su jurisdicción a Michoacán, o por lo menos hasta Zamora, para así poder prevenir “las frecuentes invasiones” de Chávez García. Como era costumbre entre los militares, Ríos aprovechó la oportunidad para criticar a los que lo habían antecedido en el mando, señalando que a Chávez García “no se le había combatido de manera formal”.<sup>56</sup> Esta recomendación sería contradicha por el gobernador colimense, Felipe Valle, quien no sólo se oponía a que Ríos aumentara su radio de acción, sino que, explicablemente también, solicitaba un jefe de Operaciones de su confianza “e inde-

---

el más pacífico ciudadano. Tampoco a la de San Antonio de las Huertas, de don Mariano Anzorena, que se encontraba en Tacámbaro y contaba con 131 937 ha, lo que le daba una importancia suficiente para merecer más de once hombres de ‘acordada’. La hacienda de Huaracha se encontraba en Jiquilpan, tenía 4 707 ha y era propiedad de don Diego Moreno. Sospecho que a la que se refiere es precisamente a una hacienda anexa a ésta, llamada San Antonio Huaracha. De ser cierta esta suposición, podría pensarse que más que una actitud agrarista y contraria a los hacendados en general, con tales acciones los chavistas manifestaron tener algún conflicto con don Diego Moreno en particular. Véase ROMERO FLORES, *Historia de la revolución en Michoacán*, pp. 39-40. Véase también OCHOA SERRANO, *Chávez García vivo o muerto*, pp.138-142.

<sup>54</sup> Carta de vecinos de La Piedad a Venustiano Carranza, 26 diciembre 1917, en AHDN, c. 52, exp. 100, f. 2687. Un cronista ha hecho al respecto un comentario bastante irónico: aunque atribuye el hecho a Cíntora, dice que al caer el rebelde sobre el pueblo de Degollado “debe haber degollado a todos”. Véase TARACENA, *La verdadera Revolución mexicana*, p. 194.

<sup>55</sup> Carta del Presidente municipal de Atotonilco el Alto a Juan José Ríos, 28 diciembre 1917, en AHDN, c. 79, exp. 153, f. 128.

<sup>56</sup> Carta de Juan José Ríos a Manuel Diéguez, 27 diciembre 1917, en AHDN, c. 79, exp. 153, f. 125.

pendiente del de Jalisco”.<sup>57</sup> Las características de este conflicto y del que había entre las autoridades civiles y militares de Michoacán dan una clara idea de las limitaciones que a la pacificación impuso el carácter del ejército y la naturaleza de la política que le servía de contexto.

La resolución que tomó Carranza fue designar al general Diéguez —no como resultado de “una intriga” sino como producto de una “necesidad militar”, según dijo— para el mando supremo en los estados de Michoacán, Guanajuato y Jalisco, dado que era en éstos donde directamente operaba Chávez García. El que Carranza decidiera nombrar a “un jefe superior a los tres jefes de operaciones” de los estados respectivos tenía un motivo estratégico:<sup>58</sup> que mediante una activa colaboración de las fuerzas que operaban en cada uno de estos estados se aumentara en la práctica el número de soldados que batía a Chávez, sin aumentar el efectivo de cada una de ellas. Buscaba también que ya no se tuvieran que suspender las persecuciones que se le hacían cuando lograba pasar a otro estado. Esta decisión demuestra, además, que para el gobierno central la campaña contra Chávez García era de gran importancia. De no ser así no hubiera sido Diéguez el designado, ni hubiera puesto éste tanto interés en la campaña, pues no se redujo a las labores de mando y estrategia, sino que inmediatamente después de su nombramiento salió de Guadalajara para activar la campaña personalmente.<sup>59</sup>

Las relaciones entre Diéguez y Ortiz Rubio son confusas. El jefe de las Operaciones en Michoacán, general Estrada, le advirtió al gobernador que “a pesar de su profunda amistad” con el general Diéguez no podrían ser desatendidas o nulificadas las órdenes que él le girara.<sup>60</sup> Esta supuesta amistad entre Diéguez y Ortiz Rubio es de dudarse, pues por el triunfo electoral de Ortiz Rubio sobre Múgica se convirtió abiertamente en su “enemigo”. Prueba de esto es que cuando Ortiz Rubio se quejó del jefe de Operaciones en el estado, Carranza ordenó a Diéguez que se activara la campaña, obedeciendo éste de mala gana y tan sólo para “evitar los chismes del gobernador”.<sup>61</sup> La animadversión entre ellos se confirma por el

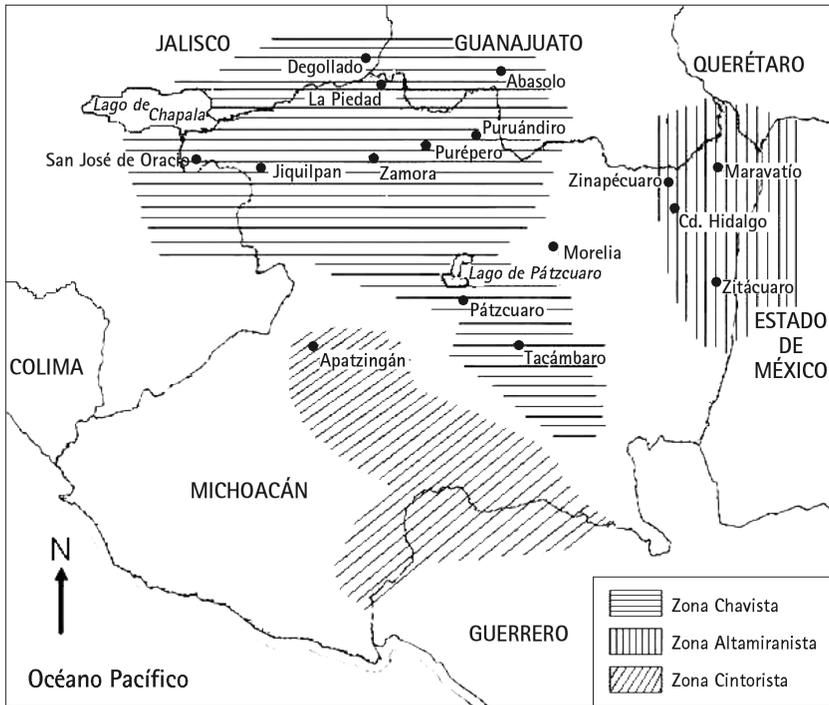
<sup>57</sup> Carta de Felipe Valle a Venustiano Carranza, 13 diciembre 1917, en AVC, tels. Colima.

<sup>58</sup> *El Demócrata*, 26 febrero 1918.

<sup>59</sup> GALVÁN LÓPEZ, *El verdadero Chávez García*, p. 147.

<sup>60</sup> *El Demócrata*, 26 febrero 1918.

<sup>61</sup> ORTIZ RUBIO, *Memorias para la Sociedad de Geografía y Estadística*, p. 33. Para la rivalidad entre Múgica y Ortiz Rubio, véase OIKIÓN SOLANO, *El constitucionalismo en*



hecho de que a la primera oportunidad Diéguez decidió incorporar a sus fuerzas las que tenía para su servicio personal Ortiz Rubio, acusándolo de que las había estado manejando “sin comunicar los movimientos ni a este Cuartel General, ni a la Jefatura de Operaciones”.<sup>62</sup>

Debido a las constantes desavenencias entre las autoridades civiles y militares, y al potencial de Chávez García, de sus “leopardos pintados”<sup>63</sup>

*Michoacán*, pp. 494-506. Francisco José Múgica nació en Tingüindín, Michoacán. Realizó estudios en el Seminario de Zamora. Fue reyista y luego se unió al movimiento maderista. Fue muy cercano a Carranza: firmó el Plan de Guadalupe y participó en el Congreso Constituyente. Entre 1920 y 1922 fue gobernador de su estado natal. Durante la administración de Lázaro Cárdenas fue secretario de Economía y de Comunicaciones. Murió en la ciudad de México en 1954. Véase *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana*, t. IV, p. 236.

<sup>62</sup> Carta de Manuel Diéguez a Venustiano Carranza, 19 agosto 1918, en AVC, tels. Guanajuato.

<sup>63</sup> Según Galván López, así llamaba el pueblo a los chavistas. Aunque me parece un sobrenombre poco imaginativo y de discutible gusto, sospecho que hace referencia a su

y de los otros grupos de rebeldes y bandoleros, poco pudieron hacer Estrada y Diéguez. Puede decirse que 1917 y casi todo 1918 fue el periodo de auge de los alzados en el estado. En los primeros meses de este último año fueron tomadas plazas como Quiroga, Maravatío y Zamora, en Michoacán, y Abasolo en Guanajuato, donde Chávez García exigió una fuerte cantidad de dinero a los más connotados vecinos. Como ésta resultó imposible de reunir, dispuso entonces “la ejecución de cosa de treinta personas”, la que no se llevó a cabo por medio del socorrido fusilamiento, sino “con machetes peculiares de la tierra caliente”.<sup>64</sup> Esta forma de castigo demuestra que los chavistas eran un azote para ciertos grupos de la sociedad local; que a falta de mayores recursos económicos mantenían su movimiento imponiendo colaboraciones forzosas en los pueblos y haciendas principales, y que no disponían de municiones. Sin embargo, estos sucesos ocurrieron en Guanajuato, por lo que habría que preguntarse si hubieran actuado igual en Michoacán.<sup>65</sup> Cada acción chavista debe ser analizada en relación con el momento y lugar en los que fue perpetrada, así como respecto a los sujetos que la sufrieron, y es perceptible una tendencia: que los chavistas cometieron sus peores excesos en Degollado, Jalisco, y en Abasolo, Guanajuato. Esto no quiere decir que no hayan atacado duramente poblaciones michoacanas, aunque es factible distinguir grados y niveles en la violencia desatada. Sobre todo, la mayoría de estos ataques chavistas fueron hechos contra poblaciones de cierta significación, y no en un escenario estrictamente rural, lo que podría apuntar hacia un agrarismo muy primitivo de su parte, contrario a las poblaciones urbanas.

carácter bandidil en tanto que “leopardos”, aunque también pudiera ser por su capacidad guerrillera. A su vez, el adjetivo “pintados” puede hacer alusión a viejas tradiciones de lucha social en el país, como a “los pintos” de Juan N. Álvarez, aunque más probablemente se refiere al bajo *status* social de las bases rebeldes michoacanas. Esta hipótesis, que a muchos podría parecer absurda, tiende a confirmarse por el hecho de que las fuerzas de Cíntora, que operaban principalmente en los límites costeros de Guerrero y Michoacán, estaban formadas “en su mayoría por ‘pintos y cuerudos’”. Véase *Excelsior*, 3 septiembre 1918.

<sup>64</sup> GALVÁN LÓPEZ, *El verdadero Chávez García*, p. 147. Nótese que a mediados de octubre de 1918 Quiroga estaba completamente “sustraída a la acción del Gobierno”. Véase Informe del jefe de las Operaciones Militares, en ASG, PR, c. 249, exp. 80.

<sup>65</sup> Sin embargo, también se consigna la muerte “a cuchillo” de 20 soldados constitucionalistas aprehendidos por Chávez en los cerros de San Juan Tumbio, en Michoacán. Véase CÁRDENAS, *Obras. Apuntes*, p. 149.

Para confirmar el poderío militar de Chávez García en aquellos primeros meses de 1918 basta recordar que derrotó seriamente a Estrada en Puruándiro.<sup>66</sup> Otra prueba de que vivía la “época de su mayor poder” es la batalla en la hacienda de San Miguel, de la que se dice que fue su mayor “combate formal”. Asimismo, el combate en La Calera fue otro de “los más espectaculares” entre los librados por Chávez, famoso porque en él tomaron parte “grandes contingentes militares” carrancistas al mando directo del general Estrada, enfrentándolos el rebelde con “lo más selecto de sus huestes”. En esa ocasión Chávez García se retiró después de varias horas de combate, lo que por cierto hizo muy a tiempo, pues “al vislumbrar la derrota prefirió empatar la pelea”. Se envió a la caballería en su persecución, pero “no le vieron ni el polvo”.<sup>67</sup>

Chávez García activó como nunca antes sus correrías. A finales de marzo de 1918 tomó e incendió Cotija, próxima a los límites con Jalisco, asestándole rudo golpe.<sup>68</sup> Al mes siguiente ocupó la población de Manuel Doblado, en Guanajuato, pero como sus pobladores pudieron huir a los bosques cercanos, “ordenó que éstos fueran incendiados, cazando a los que escapaban como si fueran animales”.<sup>69</sup> En mayo atacó San José de Gracia, población que contaba con una ‘defensa civil’ compuesta por doce hombres armados por “los pudientes” y encabezada por don Apolinar Partida, que “era valiente, diestro y decidido”. Los asaltantes, en número de ochocientos, “acabaron pronto con toda la ‘defensa’”. San José de Gracia contaba además con una guarnición de 25 soldados de línea, pero éstos, como había sucedido un año antes en Paracho, “fueron los primeros en huir”. También los habitantes civiles escaparon “sin volver la cara”, mas pronto volvieron a la población, la que quedó “a medio quemar y saqueada”.<sup>70</sup> La

<sup>66</sup> GALVÁN LÓPEZ, *El verdadero Chávez García*, p. 143. Este autor, apoyado en un testigo presencial, asegura que Chávez García “nunca intentó resistir en Puruándiro”, porque allí residían su madre y sus hermanas; que cuando se dio cuenta de que la columna de Estrada se aproximaba, “salió calmadamente hacia el oriente, para aprovechar las magníficas posiciones de la hacienda de la Cadena [...]”.

<sup>67</sup> GALVÁN LÓPEZ, *El verdadero Chávez García*, pp. 147-149.

<sup>68</sup> TARACENA, *La verdadera Revolución mexicana*, p. 234. En lenguaje metafórico, aunque no por ello menos ilustrativo, este autor dice que el rebelde borró a la población “del mapa”.

<sup>69</sup> GALVÁN LÓPEZ, *El verdadero Chávez García*, p. 151.

<sup>70</sup> GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, *Pueblo en vilo*, pp. 178-179 y 184-187. Este autor extrajo su relato de fuentes orales: de un sobreviviente de “la defensa”, de un “niño que se quedó en el pueblo”, de “otro testigo presencial” y de una señora “por los que se fugaron”.

gran movilidad demostrada por Chávez García al lanzarse primero contra Cotija, en la frontera con Jalisco, atacar después Manuel Doblado, en Guanajuato, para volver inmediatamente a la zona limítrofe entre Michoacán y Jalisco, demuestra grandes cambios respecto a su actitud anterior. Ya no era el pequeño grupo que se armaba de vez en cuando y que operaba preferentemente en su región, como típico movimiento campesino o de defensa de su comunidad. Ahora era un ejército más regular, con cierta organización militar, que se desplazaba de un lugar a otro según las exigencias de la campaña.

De hecho, las campañas de Estrada y de Diéguez obligaron al grupo chavista a mejorar su organización, para ser más eficientes. Paradójicamente, las llegadas de Estrada y Diéguez consolidaron el liderazgo de Chávez García dentro de su grupo y obligaron a que éste aumentara su movilidad. Podría suponerse que los chavistas incrementaban sus actividades durante los meses de invierno, cuando su trabajo no era tan requerido para la siembra o la cosecha. Sin embargo, la primavera y el verano de 1918 fueron, precisamente, las épocas de mayor auge del chavismo. En efecto, a mediados de ese año Chávez García alcanzó su máximo poderío, mostrándose en extremo activo y hasta pecando de temerario. Se aceptaba oficialmente que sus fuerzas ascendieron entonces hasta los 2 500 hombres.<sup>71</sup> Alcanzó asimismo su máximo de organización. En una descripción idílico-bucólica, un biógrafo de Chávez García cuenta que en algunos puntos de la serranía michoacana los rebeldes habían construido “arcadias” donde nadie los molestaba. Una de ellas era Troncón Prieto, finca inaccesible del distrito de Zinapécuaro, donde los rebeldes vivían de la abundante caza y del maíz y trigo que sembraban o que a algún agricultor se le ocurriera cultivar. Según el mismo autor, a orillas de la Laguna Verde —en la que “reinaban los jabalíes”— habían creado otro “paraíso”.<sup>72</sup>

De ser cierta esta imagen aparentemente inverosímil, tendría que aceptarse que las exacciones a los poblados y ciudades habían dejado de ser su principal fuente de abastecimiento; más importante aún, que empezaban a desarrollar relaciones sociales comunitarias, además de las pu-

<sup>71</sup> Carta de Pascual Ortiz Rubio a Venustiano Carranza, 22 junio 1918, en AHDN, c. 95, exp. 174, ff. 99-100.

<sup>72</sup> GALVÁN LÓPEZ, *El verdadero Chávez García*, p. 152.

ramente militares. Sin embargo, es de todo falso que el movimiento chavista haya pensado en instaurar nuevas formas de relaciones sociales. Si en efecto alguna llevó a la práctica, seguramente lo fue por alguna estricta necesidad militar. Además, siguieron asolando las poblaciones de la región, a excepción de las pocas que estaban debidamente protegidas—acaso Morelia—. Las que no lo estaban, que eran la mayoría, fueron constantemente saqueadas, huyendo los chavistas sin dificultad, debido a que eran “buenos jinetes” y a que contaban con “excelente caballada”. Algunas veces fueron perseguidos, pero “las caballerías poco brillantes de los carrancistas” casi nunca les dieron alcance, a pesar de lo cual cínicamente llamaban derrotas a este previsto accionar de los chavistas.<sup>73</sup> Sin embargo, y a pesar de su poderío, los rebeldes jamás llegaron a ocupar una población importante durante largo tiempo. En este sentido puede ponerse en duda que, aun en pleno auge, el movimiento chavista haya pasado de ser una molestia para el gobierno nacional, pues éste jamás fue puesto en aprietos por el rebelde.

#### LA MUERTE DE JOSÉ INÉS

En sus mejores momentos los chavistas llegaron a asolar repetidamente el mismo pueblo, como lo prueba el caso de Panindícuaro,<sup>74</sup> e incluso amagaron plazas de la importancia de Pátzcuaro y Morelia, o de Salamanca, en Guanajuato.<sup>75</sup> Sin embargo, a finales de agosto de 1918 sufrió Chávez García su primera derrota “de graves consecuencias”, recibiendo su bauti-

<sup>73</sup> GALVÁN LÓPEZ, *El verdadero Chávez García*, p. 152.

<sup>74</sup> Carta de vecinos de [...] a Venustiano Carranza, 1 junio 1918, en AVC, carp. 123, doc. 13828. Tal vez la causa de que los chavistas atacaran constantemente a Panindícuaro haya sido que el capitán Pedro Loya, natural del lugar, era uno de los militares carrancistas que más decididamente los combatía. Operaba a las órdenes del coronel Benigno Serrato, en el 73° Batallón.

<sup>75</sup> GALVÁN LÓPEZ, *El verdadero Chávez García*, pp. 115, 148 y 151-153. Pátzcuaro no fue simplemente amenazado sino que fue tomado por unos días, a mediados de julio de 1918, tiempo suficiente para que los rebeldes incendiaran varias casas y la fábrica de jabón de don José Calderón, “que quedó en ruinas”. Además, victimaron a algunos vecinos, destacándose el diputado local Fernando R. Castellanos, al que colgaron de un árbol “del que lo suspendían y bajaban, clavándole puñales cuando pisaba tierra”. Véase *Excelsior*, 22 y 24 julio 1918.

zo de sangre y teniendo además que lamentar las muertes de Rafael ‘el manco’ Nares, casualmente originario de Peribán, lugar de la batalla; de Manuel Roa, originario de Puruándiro como él y a quien algunos consideran el “estratega del chavismo”, así como las de “ocho hombres más” de su Estado Mayor. Esto sucedió cuando fue sorprendido en Peribán por el general carrancista Antonio Pruneda, quien lo hizo huir en busca de la ayuda de Cíntora y de Altamirano, y después dirigirse a su natal Puruándiro.<sup>76</sup> Sin lugar a dudas, buscar la ayuda de los otros alzados y dirigirse a su pueblo son pruebas de que intentaba recuperarse y reorganizarse por la derrota sufrida.

A partir de entonces comenzó a decrecer la fuerza del chavismo, contra el que se destacó al coronel Lázaro Cárdenas para que activara la campaña por el rumbo de Jiquilpan y Zamora. De hecho, Cárdenas había estado operando contra Chávez desde el mes de junio, al frente de su Brigada de Sonora —cuyo jefe natural era Calles, a quien siempre mantuvo informado de las operaciones efectuadas, aunque formalmente el jefe era Diéguez—.<sup>77</sup> Lo importante en este caso no es señalar que el entonces coronel Lázaro Cárdenas fue relevante en la derrota del chavismo, lo que le significó su primer éxito político-militar en su estado natal. Más importante es ver que, como Estrada, realizó la campaña con fuerzas norteñas. Sin embargo, en su caso la jefatura no era foránea, como lo había sido con Albáñez, Estrada y Diéguez. Cárdenas era originario de Jiquilpan, región inmersa en los principales escenarios de las operaciones chavistas. Sin duda alguna Carranza buscaba que la dirección de la campaña gozara de simpatías entre la población pacífica. En otras palabras, don Venustiano reconocía por primera vez que no podría vencerse a Chávez si el ejército continuaba enemistado con los propios michoacanos, fueran éstos políticos, ‘defensas civiles’ o simples vecinos.

Para la extinción de los rebeldes y bandoleros en el estado habrían de conjugarse varios sucesos: la grave derrota de los chavistas en Peribán; la actividad del coronel Cárdenas, quien fue considerado el militar que “más guerra” dio a los alzados, y la epidemia de “influenza española” que por en-

<sup>76</sup> GALVÁN LÓPEZ, *El verdadero Chávez García*, pp. 152-153.

<sup>77</sup> Carta de Lázaro Cárdenas a Plutarco Elías Calles, 18 septiembre 1918, en AHDN, c. 95, exp. 174, ff. 199-202; carta de Moisés Luna a Juan Jiménez Méndez, 30 septiembre 1918, en AHDN, c. 80, exp. 154, f. 108, y Oviedo Mota en ARA, f. 3, doc. 30. Véase también CÁRDENAS, *Obras. Apuntes*, pp. 145-149.

tonces asoló al país, pues diezmó las filas rebeldes.<sup>78</sup> Resulta así comprensible que durante los últimos meses de 1918 muchos alzados hayan entrado en arreglos con el gobierno: Rentería Luviano informó a Diéguez, en noviembre de 1918, que ofrecían someterse Tirso Bravo y Cándido Pérez; dos meses después Gordiano Guzmán enviaba a un representante “para negociar su rendición”.<sup>79</sup> También corrió el rumor de que incluso Jesús Cíntora y José Altamirano buscaban su amnistía. Parece ser que esto afectó a Chávez, quien para colmo de males había recibido una nueva herida en un combate en Santa Fe.<sup>80</sup> Las numerosas rendiciones y la muerte de Chávez son prueba de que para la segunda mitad de 1918 el movimiento rebelde michoacano estaba en franco declive. Más aún, puede decirse que estaba a punto de extinguirse.

En efecto, causa y consecuencia de la derrota del chavismo, Chávez García murió a mediados de noviembre de 1918. Aún se discute si la razón inmediata de su fallecimiento fueron las dos heridas recibidas, o la ‘influenza española’, pues hay testigos que aseguran que al pasar por Yuriria, en octubre, se encontraba enfermo de la peste. A estas probables causas de su muerte se suma una tercera, pues también se dice que, estando enfermo en Purépero, se esparció la alarma de que se acercaban fuerzas carrancistas, por lo que tuvo que huir a pesar de su mala salud. Salió con bien del trance por la falsedad de la noticia, pero adquirió una “fulminante pulmonía”, la que lo hizo “entrar en agonía”. Se dice que estando en cama tuvo gentilezas para sus hombres, pues al escuchar “el sollozo” de sus más leales colaboradores les repartió “una buena suma”.<sup>81</sup> Es curioso que tratándose de

<sup>78</sup> Carta de Ángel Lagarda a Venustiano Carranza, 29 noviembre 1918, en AVC, carp. 126, doc. 14226. Aunque sujeto a confirmación, parece que murieron por la peste Macario Silva, importante cintorista procedente de Valle de Santiago, Guanajuato, y el mismo José Altamirano. Véase *El Demócrata*, 6 noviembre 1918, y *Excelsior*, 23 mayo 1919.

<sup>79</sup> Carta de José Rentería Luviano a Manuel Diéguez, 22 noviembre 1918, en AHDN, c. 95, exp. 174, f. 260, y carta de Fernando Dávila a Manuel Diéguez, 13 enero 1919, en AHDN, c. 95, exp. 175, f. 40.

<sup>80</sup> GALVÁN LÓPEZ, *El verdadero Chávez García*, pp. 115-116. Varios meses después se volvió a insistir en que Cíntora deseaba rendirse. Véase *Excelsior*, 20 junio 1919. Respecto a Altamirano, parece ser que un exchavista gestionó su rendición a finales de septiembre de 1918. Es difícil afirmar que las rendiciones de los demás jefes fueron causa del declive de Chávez García; también pudo ser al contrario, pues circularon tales rumores cuando Chávez García había caído en desgracia o ya había muerto. Véase *Excelsior*, 24 septiembre 1918.

<sup>81</sup> GALVÁN LÓPEZ, *El verdadero Chávez García*, pp. 116-133 y 137-139. Parece cierto que entre los chavistas cundió la peste al menos desde mayo de 1918, pues cuando pasaron por la

un movimiento campesino éste haya desaparecido a la muerte de su jefe: ¿supone esto una falta de profundos motivos de lucha? Aparentemente, ante la falta del líder el movimiento sólo entró en un prolongado letargo. Recuérdese que Michoacán habría de ser, menos de diez años después, teatro de una rebelión con características relativamente parecidas.

Chávez García todavía tuvo aliento para ordenar que lo sacaran de Purépero. A lo largo de la década muchas veces se hizo correr la noticia de la muerte de un rebelde o de un bandolero, buscando que el gobierno, confiado y satisfecho, amainara la persecución. Chávez García no fue la excepción: después de su derrota en Peribán, cuando su situación era crítica, se esparció el rumor de su muerte, seguramente buscando un poco de tiempo y tranquilidad para poder reorganizar sus fuerzas. Desgraciadamente para él su estratagema fue descubierta y no disminuyó la batida que se le hacía.<sup>82</sup> Asimismo, a las fuerzas propias se les trataba de ocultar el hecho cuando realmente sucedía, buscando no provocar el desaliento de las tropas y las rencillas entre los aspirantes a sustituir al jefe. En esto tampoco fue la excepción: después de morir Chávez García en Purépero, su cuerpo fue colocado en una camilla y sacado en medio de numerosas fuerzas de caballería; junto a él iba un doctor, “para robustecer la creencia de que el rebelde aún vivía”. Toda la tropa, e incluso parte de su Estado Mayor, iban con la certeza de que no había muerto, aunque para nadie era un secreto su gravedad, pues de otro modo no se explicaría la presencia del doctor, y menos aún el que con frecuencia se ordenara a los camilleros que lo bajaran “tantito” para que descansara. Poco más tarde, sin embargo, tuvo que enfrentarse la realidad. Aun así, los chavistas mantuvieron una actitud exageradamente reservada ante la muerte de su jefe, pues el lugar de su tumba se guardó en secreto por largo tiempo, prueba inefable de la veneración que le tuvieron siempre sus hombres,<sup>83</sup> aunque también pudiera ser que intentaban que la tumba no fuera profanada por sus enemigos.

El chavismo, que en mucho fue un movimiento sostenido por el carisma de su jefe, no pudo soportar la desaparición de éste. Al mes siguiente

hacienda Lombardía se llevaron “bastante estriquinina”. Véase carta de Pascual Ortiz Rubio a Venustiano Carranza, 30 mayo 1918, en AHDN, c. 95, exp. 174, f. 305.

<sup>82</sup> *Excelsior*, 4 y 6 septiembre 1918.

<sup>83</sup> GALVÁN LÓPEZ, *El verdadero Chávez García*, pp. 137-140. Muchos años después se hizo público que su cadáver había sido enterrado en las faldas del cerro de la Alberca, en un predio propiedad de un tal Pedro Martínez, “gran amigo de José Inés”.

te de su muerte la dispersión era casi absoluta.<sup>84</sup> La crisis, derrota y disolución del movimiento puede apreciarse en el destino del sucesor de Chávez. Insatisfechos con el nombramiento del hermano de éste, los principales jefes eligieron como líder al general Gabino Rodríguez. Muy breve fue su reinado, pues poco después falleció en combate.<sup>85</sup>

#### LOS OTROS REBELDES MICHOACANOS

A finales de 1918 los otros grupos rebeldes habían perdido también su poderío. Antes de la muerte de Chávez, Jesús Cíntora<sup>86</sup> y José Altamirano,<sup>87</sup> con la colaboración de los chavistas Macario Silva y Jesús Cepeda, habían derrotado al coronel Lázaro Cárdenas en Indaparapeo.<sup>88</sup> Pocos meses después la situación era totalmente distinta: Cárdenas y el coronel Benigno

<sup>84</sup> Carta de Benigno Serratos a Manuel Diéguez, 17 diciembre 1918, en AHDN, c. 92, exp. 166, ff. 3-6.

<sup>85</sup> Otras fuentes sostienen que el sucesor en el mando fue el coronel Miguel Hernández, hasta entonces jefe de su Estado Mayor. Véase *El Demócrata*, 26 diciembre 1918, y *El Universal*, 7 febrero 1919.

<sup>86</sup> Cíntora nació en Carrizal de Arteaga, Michoacán. Se dice que era un pequeño propietario agrícola, o sea, un rancharo. En 1911 secundó el movimiento maderista, pero se rebeló en 1912; posteriormente fue coronel huertista y más tarde se unió al constitucionalismo, militando en las fuerzas de Gertrudis G. Sánchez. Durante la lucha de facciones apoyó al villismo y después destacó como rebelde local. Murió en Tepenahua, Michoacán, en 1919, a manos de una 'defensa civil'. Véase *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana*, t. IV, p. 253. Véase también OCHOA SERRANO, *Repertorio michoacano*, pp. 339 y 340.

<sup>87</sup> Altamirano nació en Michoacán. Administró la hacienda Los Naranjos, en Indaparapeo. En 1913 fue jefe de la 'defensa rural' en San Bartolo en contra de los alzados anti-huertistas. Tres años después destacó como rebelde, y su centro de operaciones era el Molino de las Cruces. Murió en 1918 de 'influenza española'. Véase *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana*, t. IV, p. 203.

<sup>88</sup> GALVÁN LÓPEZ, *El verdadero Chávez García*, p. 116. Este autor asegura que Cárdenas fue aprehendido, pero que pudo escapar, salvándose así de morir a manos de sus captores. Un conocido biógrafo de Cárdenas no hace mención de este incidente. Aunque excesivamente parco en esos años de su personaje, asegura que Cárdenas llevó a la campaña en Michoacán a 1 500 hombres; que ésta no le resultó "tarea fácil" y que allí sostuvo el combate más duro de su vida de soldado, el de Los Naranjos, a finales de julio de 1918. Véase TOWNSEND CAMERON, *Lázaro Cardenas, mexican democrat*, pp. 35-36. Véase también CÁRDENAS, *Obras. Apuntes*, p. 149.

Serratos emprendieron una campaña en toda forma contra Cíntora, quien tuvo que refugiarse en la Sierra de Milpillas. Altamirano también fue derrotado por Cárdenas, siendo arrojado de “todos los poblados de importancia”.<sup>89</sup>

Poco puede decirse de estos otros grupos rebeldes. Se sabe que Cíntora también era michoacano y que había militado en las fuerzas convencionistas de Gertrudis G. Sánchez. En abril de 1915 infligió una mortal derrota al carrancista Sabás Valladares, a quien se pretendía poner como gobernador.<sup>90</sup> Como Chávez García, curiosamente, Cíntora pudo no haber causado problemas a Carranza, pues en un combate cerca de Morelia, a finales de 1915, fue hecho prisionero y sentenciado a muerte. Inexplicablemente fue indultado, a pesar de sabersele convencionista.<sup>91</sup> Además de señalar las similitudes en sus antecedentes político-militares, pues nada se sabe de los orígenes sociales de Cíntora, es importante analizar las relaciones que mantuvieron ambos rebeldes. Aunque considerado por algunos como chavista, todo parece indicar que Cíntora operaba de manera independiente. Pudo haber sido que, habiendo comenzado a actuar bajo las órdenes de Chávez, luego se haya separado para obrar por su cuenta. A partir de entonces no hubo entre ellos más acuerdo que el de emprender ciertos hechos militares en conjunto, lo que provocó algunas desavenencias.<sup>92</sup>

<sup>89</sup> Cartas de Fernando Dávila a ¿Diéguez?, 14 y 16 enero 1919, en AHDN, c. 95, exp. 175, ff. 41-45. Coincidiendo con el mencionado biógrafo, el cronista Oviedo Mota considera tal campaña como “excesivamente difícil”. Véase ARA, f. 3, doc. 30.

<sup>90</sup> NARANJO, *Diccionario biográfico revolucionario*, p. 55. Equivocadamente este autor consigna el año de 1917 como el de su fallecimiento. Una prueba de que Cíntora había sido importante villista en la región —jefe de las operaciones con Zamora como cuartel, a finales de 1915— es la carta que el mismo Cíntora le escribió a Villa en febrero de 1917, llamándolo “querido Jefe” y “caudillo de nuestra más alta admiración y cariño”. Sin embargo, queda claro que no pensaba ponerse de nuevo a sus órdenes, a menos de que sus triunfos lo llevaran “al sur”. Véase *Documentos históricos de la Revolución mexicana*, t. XVII, doc. 790. ROMERO FLORES, *Historia de la Revolución en Michoacán*, p. 149.

<sup>91</sup> Carta de la Secretaría de Guerra y Marina a Joaquín Amaro, 11 y 28 febrero 1916, en AHDN, c. 94, exp. 172, ff. 25-26.

<sup>92</sup> Aunque era una noticia manifiestamente “amarillista”, a finales de 1917 se informó que Cíntora y Chávez García se habían disgustado “por diversos asuntos” relacionados “con sus últimas fechorías”, lo que había dado lugar a que Cíntora dirigiera una comunicación al gobierno local, “ofreciendo batir y dar muerte a Chávez” con la condición de que se le reconociera el grado y su gente fuera incorporada al Ejército Nacional. Véase *El Universal*, 23 noviembre 1917.

Ambos tenían sus propias zonas de operaciones: Cíntora realizaba sus principales acciones en la costa y en la ‘tierra caliente’. Su aprovisionamiento de armas y municiones, por lo tanto, era relativamente fácil, pues se hacía a través de pequeños barcos estadounidenses que anclaban cerca de la desembocadura del río Balsas, para intercambiar los pertrechos por ganado que el cabecilla robaba.<sup>93</sup> Versiones más detalladas refieren que “periódicamente” llegaba a la bahía de Zihuatanejo un barco norteamericano de “poco tonelaje”, trayendo pertrechos remitidos “por los reaccionarios mexicanos”. Inmediatamente eran llevados por el río de Zacatula al punto escogido para almacenarlos y distribuirlos. Esta versión confirma que Cíntora no pagaba en dinero; sin embargo, nada dice de ganado robado, sino de “grandes cantidades de arroz y cueros de res —lo que resulta más plausible— que obtenía mediante contribuciones forzosas de los pueblos y fincas vecinas”.<sup>94</sup> Como quiera que fuese, queda claro el financiamiento del movimiento y el origen de su armamento, aunque sería de enorme provecho saber con mayor precisión los pueblos y haciendas que sufrieron sus exacciones, la proporción de recursos que provenía de pueblos y la que provenía de fincas y haciendas; si algunos lo hacían como colaboración voluntaria o si todos eran forzados. Asimismo, sería bueno saber el grupo de exiliados que coordinaba el envío de pertrechos. Lo único que puede afirmarse al respecto es que probablemente algunos rancheros de la región colaboraban con Cíntora voluntariamente, dado que se oponían al régimen carrancista porque les había intervenido o saqueado sus propiedades, tan sólo por ser “simpatizantes del [...] régimen de Díaz”.<sup>95</sup>

Si bien los nexos habidos entre exiliados y rebeldes son muy difíciles de precisar, pues muchas veces no pasaron de aproximaciones, tentativas y simples deseos, en este caso el entendimiento con los mexicanos huidos al extranjero era real. José Cíntora, pariente del cabecilla, fue llamado por un representante de Roque González Garza. Uno de los motivos del encuentro era el deseo de dos prominentes exiliados “de entrar por Michoacán”; otro era el que se pusieran de acuerdo los rebeldes michoacanos con el general Felipe Ángeles, quien habría de regresar por entonces a lu-

<sup>93</sup> Carta de Martín Castrejón a Venustiano Carranza, 11 diciembre 1917, en AVC, tels. Colima.

<sup>94</sup> *El Demócrata*, 28 enero y 6 agosto 1918.

<sup>95</sup> Testimonio de W. B. Mitchell, en AFP, t. 31, grupo M, fólder 17.

char en el norte de México.<sup>96</sup> El viaje también respondía a razones estrictamente comerciales, al intercambio de armamento por los productos de la región. José Cíntora decidió quedarse en California el tiempo que se necesitara “para ayudar a la mejor realización de las pequeñas remesas de efectos”: éstas eran exiguas, “en atención a las condiciones tan pobres” en que se encontraba este grupo. Para desgracia del movimiento cintorista, sufrió allí un cruel desengaño, pues ni entre “los mercaderes audaces y semipiratas” hubo alguno que quisiera hacer negocio con ellos.<sup>97</sup> No cabe duda de que todo, esto debe ser visto como manifestación de las limitaciones de este movimiento.

No es éste el único ejemplo de tal tipo de relaciones. Aunque no queda claro el grupo de alzados involucrado, a principios de 1917 se descubrió que algunos emigrados en Texas intentaban mandar a Michoacán “parque y aparatos telegráficos de campaña”. Lo importante de este caso es que los intermediarios eran vecinos michoacanos supuestamente pacíficos. Por sus nombres y empleos u oficios se deduce que pertenecían a importantes familias del estado.<sup>98</sup> Además de estos nexos en el extranjero y con algunos miembros de la oligarquía local, los rebeldes recibían en su propia región de operaciones el decidido apoyo de un grupo de villistas amnistiados, quienes mantenían en comunicación a Cíntora y a Altamirano.<sup>99</sup> Lo im-

<sup>96</sup> Luego de permanecer exiliado desde la derrota villista-convencionista, hacia principios de 1916, Felipe Ángeles se internó al país en diciembre de 1918 para reanudar su lucha contra Carranza. Pretendía unificar a los rebeldes anticarrancistas y hasta buscar un arreglo entre Villa y Estados Unidos. Sus intentos fracasaron: fue aprehendido en una cueva en el Valle de los Olivos, cerca de Parral, a mediados de noviembre de 1919, y murió fusilado pocos días después, el 26 de ese mes.

<sup>97</sup> Cartas de José Cíntora a Roque González Garza, 31 mayo y 16 julio 1917, en ARGG, carp. 65. De hecho, José Cíntora había sido enviado, desde febrero, como “representante y delegado” en el norte del país, especialmente ante los villistas, “con autorización plena para el arreglo, promoción e iniciativa de todos aquellos asuntos que tiendan a la mejor realización de nuestros ideales [...]”. Véase carta de Jesús Cíntora a Francisco Villa, 3 febrero 1917, en *Documentos históricos de la Revolución mexicana*, t. xvii, doc. 790.

<sup>98</sup> Carta de Venustiano Carranza a José Rentería Luviano, 20 febrero 1917, en AVC, carp. 110, doc. 12609.

<sup>99</sup> Al respecto Ortiz Rubio informó a Carranza, durante octubre y noviembre de 1917, que había aprehendido a Bulmaro Escoto y que el señor Eduardo Escalante, hijo del conocido maderista Salvador Escalante, había logrado escapar. No está por demás decir que confesó que les había sacado “bastantes datos y varios documentos comprometedores” mediante el uso “de algunas amenazas y astucias”. Véase AVC, carp. 119, doc. 13474.

portante de esto es que permite afirmar que muy diversos sectores sociales michoacanos eran decididamente anticarrancistas y que apoyaban eficazmente a los rebeldes. Es igualmente importante hacer ver que no fue raro el apoyo de gente de nacionalidad española, en particular algunos propietarios o administradores de haciendas.<sup>100</sup>

Si el movimiento de Cántora se vio favorecido por el difícil acceso terrestre a la región costera que limita Michoacán y Guerrero, el de Altamirano lo fue por operar cerca de “la abrupta zona montañosa” de la Sierra de Otzuma, localizada entre el Estado de México y Guerrero. Desgraciadamente, también se conoce poco de los orígenes sociales de Altamirano. Sin embargo, se dice que era “muy querido” en los distritos de Zinapécuaro y Maravatío, a pesar de carecer de programa agrarista alguno. Parece ser que sus relaciones con Chávez García fueron bastante tirantes, al grado de que combatieron varias veces entre sí. Lo poco que con certeza se sabe de él es que también murió en 1918, víctima de la ‘influenza española’.<sup>101</sup>

#### LOS MOTIVOS DE CHÁVEZ

Resulta imprescindible tratar de escudriñar los motivos de lucha de estos rebeldes michoacanos. Lo primero en importancia es señalar que Chávez García jamás hizo manifestaciones claras de agrarismo. En efecto, no hizo ningún reparto de tierra; más aún, ni siquiera llegó a prometerlo en plan político alguno.<sup>102</sup> Asimismo, enarboló la bandera del villismo por estra-

<sup>100</sup> Un caso concreto es el de Emilio Gutiérrez, administrador de las propiedades de don Gonzalo Enciso, acusado de que “no observaba [...] neutralidad con respecto a las diferentes fuerzas que operan”. Véase carta de Duque de Amalfi a Gonzalo Enciso, 19 mayo 1919, en CDHM, r. 53, c. 376, leg. E. Otro caso similar fue el de Augusto Madriñón, administrador de la hacienda Pedernales, propiedad de don Luis Bermejillo. Consúltese la documentación pertinente en CDHM, r. 54, c. 381, leg. M. Asimismo, uno de los detenidos como “correo” entre los rebeldes fue el español Luis Íñiguez, para quien se pidió la expulsión del país. Al respecto véase la comunicación de Ortiz Rubio a Carranza citada en la nota anterior.

<sup>101</sup> Oviedo Mota, en ARA, f. 3, doc. 30; *El Demócrata*, 24 agosto, 3 y 6 noviembre 1918, y *Excelsior*, 23 mayo 1919.

<sup>102</sup> Hay quienes sostienen que Chávez hizo algunos repartimientos de tierras en La Cañada, lo que consideran una expresión agrarista “muy primitiva, desconocida y contradictoria”, pues en otras ocasiones benefició a los hacendados del rumbo. Véase OCHOA SERRANO, *La violencia en Michoacán*, p. 47.

tegia militar y con el afán de legitimar su movimiento, antes que por afinidades ideológicas. Hay quien menciona unas comunicaciones que Villa le dirigiera en 1918, invitándolo a cooperar en la campaña del norte. Obviamente la respuesta fue negativa, pues Chávez García comprendía que sólo en Michoacán podía actuar con éxito,<sup>103</sup> y que su movimiento era más una defensa de su región contra el carrancismo invasor que una guerra para sustituir a un gobierno nacional.

Sus relaciones con el zapatismo fueron aún más débiles. A finales de 1917 Zapata le había dicho a Chávez que él era el indicado para coordinar los esfuerzos “del agrarismo” en la región.<sup>104</sup> Este ofrecimiento de Zapata se explica porque por entonces realizaba desesperados intentos para lograr la unificación con otros jefes de facción, mas la verdad es que el jefe zapatista en el estado era, de tiempo atrás, Eutimio Figueroa.<sup>105</sup> Seguramente poco logró de esa invitación a Chávez, pues meses después Zapata envió a un agente para que se entrevistara con algunos jefes locales, principalmente con Eutimio Figueroa, quien seguía siendo el jefe zapatista legalmente reconocido para Michoacán. A dicho comisionado se le encomendó que entrevistara, además de a Figueroa, a Altamirano, Gordiano Guzmán, Donaciano Martínez y Rafael Ochoa. El silencio respecto a Chávez García es muy revelador.<sup>106</sup>

Podría sorprender a cualquiera la conclusión aquí insinuada: que a pesar de provenir de estratos rurales más o menos bajos, Chávez García, Cíntora y Altamirano no se levantaron en armas por motivaciones agraristas ni por afinidades ideológicas con Villa o Zapata. A pesar de los orígenes sociales de sus líderes y bases, estos movimientos no buscaron,

<sup>103</sup> GALVÁN LÓPEZ, *El verdadero Chávez García*, pp. 115 y 132-133. Este cronista señala que incluso tuvieron “una entrevista”. Otro cronista ratifica que tuvieron tal entrevista, la que ubica después de la derrota villista en Celaya. Véase MORALES GARCÍA, “*Santo de palo*”, pp. 481-487.

<sup>104</sup> Véase carta de Emiliano Zapata a José Inés García Chávez, 25 diciembre 1917, en AMC, c. 29, exp. 1, doc. 27.

<sup>105</sup> Eutimio Figueroa nació en San Antonio Huaracha, Michoacán. Se unió al movimiento maderista y posteriormente militó en el zapatismo, operando en una zona ubicada entre Jalisco y Michoacán. Se rindió a las fuerzas comandadas por Joaquín Amaro. Véase *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana*, t. IV, p. 219. Véase también carta de Emiliano Zapata a Eutimio Figueroa, 11 diciembre 1915, en AGN, Z, c. 1, exp. 28.

<sup>106</sup> El enviado se llamaba Encarnación Muñoz. Véase carta de Gildardo Magaña a Emiliano Zapata, 21 abril 1918, en AMC, c. 29, exp. 3, doc. 228.

racional y sistemáticamente, ni una transformación de la estructura social ni una mejoría para las clases desposeídas. Una posible explicación, en el caso de Chávez, sería que por sus orígenes más pastoriles que agrícolas, no tenía un proyecto reivindicativo de reforma agraria: no podía exigir que las haciendas devolvieran tierras, pues no pertenecía a una comunidad usurpada; no deseaba la destrucción de las haciendas, sólo quería robarlas. De otra parte, estas versiones vinculaban a Chávez García con el movimiento de Félix Díaz, a pesar de sus diferencias socioeconómicas y su alejamiento geográfico.<sup>107</sup>

Si para los gobiernos local y federal no eran más que unos bandidos sin bandera, grandes sectores de la población michoacana no los tenían como tales. En efecto, la cultura popular local dejó —mantenida hasta hoy— una imagen mítica de Chávez García: la de un hombre fuera de la ley pero que “siempre respetó y protegió a los pobres”, mientras que a los adinerados, en cambio, los asesinaba, les exigía dinero, los plagiaba y violaba a sus esposas e hijas. Aparentemente amigo de campesinos, Chávez García fue un destructor de pueblos y ciudades. Una versión da como 60 el número de personas secuestradas por él hasta abril de 1918, entre las que había algunos extranjeros.<sup>108</sup>

Esta imagen corresponde a lo que se ha dado en llamar “bandido social”.<sup>109</sup> Sin embargo, la cuestión fundamental es ver si en verdad fue un

<sup>107</sup> Existe un recibo por ayuda económica para sus fuerzas en el que Chávez García firma como miembro del Ejército Reorganizador Nacional. Véase ROGELIO MORALES, “*Santo de palo*”, pp. 58-59. Véase también OCHOA SERRANO, *La violencia en Michoacán*, pp. 42-43.

<sup>108</sup> Oviedo Mota, en ARA, f. 3, doc. 30; carta de Pascual Ortiz Rubio a la Secretaría de Gobernación, 22 mayo 1918, en ASG, PR, c. 261, exp. 89, y *Excelsior*, 16 mayo 1918.

<sup>109</sup> El caso de Chávez García no se apegaba a las características que Eric Hobsbawm asigna al bandido social. Por ejemplo, su movimiento no era el de un grupo pequeño, ni era un “héroe” o “campeón” para los campesinos, ni tenía autoridad moral sobre éstos, ni era justiciero ni hacía un uso limitado de la violencia. Sin embargo, sí coincide en tanto que sus objetivos no eran muy ambiciosos, en que no fue un movimiento “consciente de protesta social” ni muy organizado; no es casualidad tampoco que Chávez García o algunos de los principales lugartenientes fueran pastores, condición más propicia para el surgimiento del bandido social. Es importante señalar que en todo caso era mejor aceptado que los soldados gubernamentales, y que “puede ser considerado como un fenómeno precursor de agitaciones campesinas más amplias”. Sobre esto, consúltense sus ya clásicas obras: *Rebeldes primitivos* y *Bandidos*, publicadas ambas por la editorial Ariel, en 1968 y 1976, respectivamente. Las dudas sobre la adecuada caracterización de Chávez García las comparte OLIVERA DE BONFIL, “José Inés Chávez García ‘El Indio’”, pp. 103-111.

hombre que despojaba a los ricos para favorecer a los pobres, como dice parte de la leyenda; si fue un simple bandolero que asolaba los pueblos de la región, como afirman las fuentes oficiales, o si su movimiento fue diferente a lo que suponen estas dos interpretaciones. Pudiera ser, en principio, que su movimiento tuviera varios rasgos, indistintamente. Lo de bandido social parece confirmarse por “la complicidad de los campesinos con los rebeldes”.<sup>110</sup> Por otra parte, su conducta respecto a los pueblos no fue siempre la de un simple bandido. En efecto, parece que la única manera de que obrara violentamente, al menos en Michoacán, era cuando le oponían resistencia, pues sólo en ese caso “arrasaba las localidades, sembrando el terror”. Hubo localidades, en cambio, que simpatizaron con Chávez García, como Purépero. Se cuenta que cuando llegaba a esta plaza repartía “monedas de oro entre la gente pobre”. Otro pueblo de su predilección fue Jacona, el que visitaba de incógnito —salvo para el cura del lugar, quien lo descubrió pues siempre dejaba “monedas de oro en la alcancía de la iglesia”—.<sup>111</sup> Es un hecho que la defensa armada no era la única forma de desatar las iras de Chávez. Debe recordarse que los pueblos más asolados fueron los de mayor importancia en el estado, mientras que los que gozaban de su respeto eran los comúnmente llamados “insignificantes”. Más aún, incluso en los primeros dirigía sus odios hacia los habitantes más adinerados. En resumen, todo esto es prueba de que Chávez García estaba cerca de ser algo que vagamente se podría llamar bandido social primitivo.<sup>112</sup>

Resulta importante recordar que cuando tomaba poblaciones durante los primeros momentos de su lucha, generalmente pedía préstamos forzosos, pero dejando siempre que los vecinos pudientes “decidieran el monto [...] que debían aportar para la causa”. Incluso se asegura que en aquellos días no cometía “desmanes”. Esto supone que en Chávez García hubo un cambio decisivo. Hay quien asegura que éste se dio después de contraer cierta enfermedad, pues fue al recuperarse de ella cuando su lema se hizo “sangre, fuego y dinero”.<sup>113</sup> Incluso un prestigiado historiador pro-

<sup>110</sup> Oviedo Mota, en ARA, f. 3, doc. 30.

<sup>111</sup> GALVÁN LÓPEZ, *El verdadero Chávez García*, pp. 112, 150 y 157-158.

<sup>112</sup> Álvaro Ochoa Serrano, reconocido estudioso del chavismo, también afirma que este movimiento “apuntaba hacia un bandidismo social muy primitivo”. Véase OCHOA SERRANO, *Chávez García vivo o muerto*, p. 56.

<sup>113</sup> GALVÁN LÓPEZ, *El verdadero Chávez García*, pp. 123 y 157.

fesional hace eco de esta versión, al asegurar que Chávez García fue “otro” cuando se alivió de un tifo exantemático que lo atacó casi al inicio de sus correrías; éste afirma que al principio pedía elementos “sin cometer atropellos”, pero que después ya sólo gustó “de la sangre y del dinero”.<sup>114</sup>

Otra versión de su cambio se atribuye a la influencia que en él tuvo un célebre y controvertido revolucionario, Joaquín Amaro. Esta hipótesis, que a muchos puede parecer absolutamente descabellada, sostiene que Chávez García “se echó a perder cuando anduvo con Joaquín Amaro, el que desde que fue su jefe directo se convirtió en su ‘ángel negro’”.<sup>115</sup> Esto supone una grave acusación contra el famoso militar, pues se le culpa de suministrarle armas y noticias militares. En principio, el caso es probable, pues no fueron pocos los militares gobiernistas que se beneficiaron con la prolongación de la lucha armada, ya que así podían medrar con el presupuesto de las campañas. Por ser su fuente de aprovisionamiento de armas y municiones, lo que es verosímil dado que Chávez García no las negociaba en Estados Unidos, Amaro o algún otro pudo haberse quedado con alguna parte del botín.<sup>116</sup>

Estas sospechas no se redujeron al ámbito local, sino que llegaron a tener eco entre prominentes miembros del ejército carrancista. Prueba de ello fue la alarma que causó, en abril de 1917, el rumor de que Amaro se había sublevado en Durango. Se pensó que iría a Michoacán, donde gozaba de “mucho partido” entre las fuerzas que allí combatían; donde el conocimiento de los terrenos le sería “propicio para operar”, y porque además

<sup>114</sup> GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, *Pueblo en vilo*, p. 185.

<sup>115</sup> GALVÁN LÓPEZ, *El verdadero Chávez García*, pp. 129-130 y 132-133. Consigno otra forma de participación indirecta de Amaro: según un cronista local, Amaro “le fueeto la cara” porque le reclamó el fusilamiento de su jefe directo Anastasio Pantoja, lo que “despertó la fiera que había en su fuero interno”, versión que abona, por otro lado, la de que hubo dos fases claramente distinguibles en el accionar de Chávez. Véase MORALES GARCÍA, “*Santo de palo*”, p. 768. El conocido estudioso de Chávez García, Álvaro Ochoa, sostiene que éste nunca dependió directamente de Amaro.

<sup>116</sup> El que otro fuera beneficiario de los botines logrados por Chávez García resulta plausible, pues a pesar de lo que seguramente obtuvo durante sus años de correrías, su madre “murió en la más estrujante miseria, pues imploraba la caridad pública en Puruándiro”. Más aún, su “querida” externó varias veces la idea de que hubiera dejado tesoros ocultos, pues no se explicaba de otra forma la desaparición del botín. A esta hipótesis, sin embargo, habría que oponerle las consideraciones sobre los enormes gastos que significaba mantener el movimiento, el que éste haya sido derrotado y el que Chávez García haya muerto en fecha temprana y en forma bastante imprevisible.

tenía con Chávez García y con Cíntora “viejos conocimientos”.<sup>117</sup> La desconfianza que los principales militares carrancistas tenían del exconvencionista Amaro puede resultar el argumento principal para confirmar esta hipótesis, pues temerosos de él, nunca se le tuvo operando en Michoacán, lo que imposibilitaba las relaciones con sus viejos amigos y compañeros, Chávez García y Cíntora. No fue Amaro, por cierto, el único constitucionalista acusado de promover la rebelión en el estado. Ortiz Rubio culpó de lo mismo a sus enemigos políticos, los mugiquistas. Aseguró que además de la gente de Múgica que se unió a los rebeldes al no lograr éste la gubernatura en 1917, “todas las armas y parque que el señor Carranza puso a disposición de los mugiquistas, cuando la campaña política, fueron a parar a manos de los alzados”.<sup>118</sup> De ser cierto esto, tendría que aceptarse que la rebelión se vio incrementada por razones políticas, lo que no invalida que el fenómeno haya sido provocado fundamentalmente por la coyuntura económica y por las complejas condiciones de la estructura social prevalente en las regiones del occidente de México de aquellos años.

Es evidente que el chavismo fue un movimiento notablemente complejo: era en parte bandidismo social y en parte movimiento de oposición a ciertas políticas de la revolución carrancista, a su ejército y a las autoridades locales constitucionalistas. En efecto, además de algunos rasgos de bandidismo social, sucedió que dada la actitud violenta y bandidil de las tropas carrancistas, los campesinos locales preferían a los rebeldes; de allí el apoyo que les brindaban tanto como informantes como suministrándoles, en ocasiones, algunos elementos de subsistencia.<sup>119</sup> Parece evidente que también era un movimiento en defensa de la región contra el extraño y foráneo constitucionalismo, lo que a la postre resultaba ser una defensa del *status quo* contra el cambio impuesto por estas fuerzas exógenas. También es cierto que su agresiva conducta ante haciendas y pueblos<sup>120</sup> fue

<sup>117</sup> Carta de Francisco J. Múgica a Venustiano Carranza, 18 abril 1917, en AHDN, c. 94, exp. 173, f. 48.

<sup>118</sup> ORTIZ RUBIO, *Memoria para la Sociedad de Geografía y Estadística*, p. 33.

<sup>119</sup> MORALES GARCÍA, “*Santo de palo*”, pp. 692-693. Este autor describe las diferentes actitudes de las poblaciones ante las fuerzas gubernamentales y las fuerzas chavistas. Al acercarse alguna de éstas, los tañidos de las campanas eran diferentes. Este autor también asegura que en el norte de Michoacán “se quiso mucho a Chávez”.

<sup>120</sup> Para unos, bandido social, para otros “un forajido [...] que sembró cruces en todo Michoacán” y para el que “no había simpatía” debido a “los desmanes” de sus subalternos.

motivo de que se crearan ‘acordadas’ y ‘defensas civiles’, lo que le da un carácter clasista a su lucha, así fuera muy primitivo. El que los rebeldes no fueran ni hacendados ni rancheros, y mucho menos de origen urbano,<sup>121</sup> explica los ataques a algunas haciendas y a ciertas poblaciones, y ayuda a comprender el aspecto clasista de la lucha que se desató en Michoacán de 1915 a 1918. Sin embargo, la verdadera violencia apareció en 1917, cuando el constitucionalismo triunfó local y nacionalmente. Al aumentar la violencia rebelde se respondió con la creación de las diferentes fuerzas defensoras locales.<sup>122</sup> Por lo tanto, puede decirse que fue hasta entonces cuando Michoacán se convirtió en escenario de una cruel guerra, agravada por la conducta de parte de las tropas carrancistas, típica de fuerzas de ocupación.

¿Por qué el auge chavista a partir de 1917? La explicación es sencilla: la oposición al constitucionalismo tomó cuerpo, principalmente, alrededor de un aspecto fundamental para los michoacanos, y sobre todo para los habitantes del área rural, como lo eran los chavistas: el religioso. En efecto, Chávez García no peleaba explícitamente por la restauración de la Constitución de 1857 y contra su sustitución por la de 1917, a la que jamás se refirió, porque su nula escolaridad le impedía interpretar este problema en términos de la confrontación entre dos instituciones de la magnitud de la Iglesia y el Estado. A él lo que le molestaba eran los obstáculos a la práctica de su religiosidad, la que tenía un carácter evidentemente popular. En este sentido, es factible que sus orígenes, su conducta y varios aspectos de su lucha hagan de ésta un antecedente del movimiento cristero. Respecto a lo primero hay que recordar que, según referencias de quienes fueron sus compañeros y amigos, Chávez García siempre se distinguió por su devoción católica.

---

Véase MÁRQUEZ CAMPOS, *Me llamo José Inés Chávez*, p. 154, y MORALES GARCÍA, “*Santo de palo*”, p. 768.

<sup>121</sup> La excepción confirma la regla: debe aceptarse que alguna información documenta la existencia de varios rebeldes pertenecientes a sectores medios o privilegiados de la región. Tal es el caso de Esperanza Ocegüera, “agraciada joven” cuya familia pertenecía “a la clase media del edo. de Guanajuato”, y que llegó a ser coronela en las fuerzas de Altamirano. Véase *Excelsior*, 23 mayo 1919. La participación de esta rebelde se confirma en AFP, r. 33, grupo P, folders 35-36. Otro caso fue el del jefe rebelde Librado Ortiz, miembro “de una distinguida familia de Morelia”, y el de su medio hermano Froylán Tena. Véase *El Universal*, 14 febrero 1919.

<sup>122</sup> Carta de vecinos de Ario de Rosales a la Secretaría de Gobernación, 11 junio 1918, en ASG, PR, c. 236, exp. 72; *El Demócrata*, 13 agosto 1918, y *Excelsior*, 12 septiembre 1918.

Como el lugar donde nació poseía capilla pero no contaba con sacerdote, Chávez García guiaba “el viacrucis” y “los rosarios” y fue nombrado Celador del Apostolado de la Oración, resultando encargado de portar el estandarte del Sagrado Corazón al encabezar a los vecinos que concurrían a la capilla los primeros viernes de cada mes. Respecto a lo segundo, se sabe que durante su lucha mantuvo excelentes relaciones con el clero.<sup>123</sup> No sólo demostró siempre respeto por las parroquias, capillas y santuarios, sino que hubo algunos curas de pueblo, como los de Purépero y Jacona, que fueron acusados de complicidad con el rebelde.<sup>124</sup> Más aún, se llegó a asegurar que entre la oficialidad de sus fuerzas figuraban algunos sacerdotes católicos, “todos con alguna comisión, de Mayor para arriba”.<sup>125</sup> También se llegó a decir que el alto clero michoacano en el exilio lo apoyaba.<sup>126</sup>

Por otra parte, es muy revelador que su zona de operaciones abarcara los estados de Michoacán, Guanajuato y Jalisco y que su base de apoyo estuviera compuesta por campesinos, aunque por las constantes referencias a sus excelencias como jinetes sería correcto incluir a rancheros pobres. Esto es, el chavismo estuvo formado por ambos grupos sociales, mismos que años después harían la rebelión cristera.<sup>127</sup> No es casual que en esta misma

<sup>123</sup> Dos hechos validan suficientemente esta afirmación. El primero consiste en que el propio Chávez formó y encabezó “una escolta de la guarnición de rancheros de Zuru-muato” para el obispo Ruiz y Flores, cuando éste hizo una visita a la región en 1914, “en plena revolución carrancista”. Véase OCHOA SERRANO, *Chávez García vivo o muerto*, p. 57. El otro hecho es la movilización opositora acaudillada por el arzobispo Orozco y Jiménez, que tuvo lugar en la frontera entre Jalisco y Michoacán, a finales de 1917 y primeros meses de 1918. Seguramente por la abismal diferencia sociocultural habida entre Orozco y Jiménez y Chávez García no hubo contactos entre ellos. Sin embargo, la rebelión del prelado fue abiertamente clerical, con referencias concretas a ciertos artículos de la Constitución de 1917, lo que prueba el ambiente y espíritu reinantes en esos lugares por aquellos días. Sobre la rebelión de Orozco y Jiménez consúltense Informe semanal núm. 246 al Secretario de Estado, 17 diciembre 1917, en RDS, r. 62, 812.00/21534 y 21561; carta de Manuel Diéguez a Venustiano Carranza, 23 marzo 1918, en AHDN, c. 80, exp. 154, f. 43; *El Universal*, 18 y 26 agosto 1917, y *El Demócrata*, 13 febrero, 8 marzo y 8, 9, 10, 14, 17 y 26 julio 1918.

<sup>124</sup> GALVÁN LÓPEZ, *El verdadero Chávez García*, pp. 129 y 144.

<sup>125</sup> Informe semanal núm. 258 al Secretario de Estado, 8 abril 1918, en RDS, r. 73, 812.00/21862.

<sup>126</sup> Memorándum (sin remitente ni destinatario), 22 noviembre 1917, en AVC, carp.119, doc. 13499.

<sup>127</sup> Alicia Olivera de Bonfil también vinculó al chavismo con el movimiento cristero. Véase su artículo citado en la nota 109.

región del centro-occidente del país se haya dado también, hacia 1873 y 1874, la primera guerra cristera. Así, estos argumentos justifican la hipótesis de que la lucha chavista también tenía un fuerte contenido religioso. La confirmación de esta propuesta radica en que precisamente cuando se promulgó la Constitución de 1917 Chávez García radicalizó lo constante y violento de sus operaciones, seguramente por encontrarla ofensiva a su fe religiosa. Recuérdese, precisamente, que el pueblo más repetidamente atacado por los chavistas fue Panindícuaro, el único con autoridades municipales protestantes.<sup>128</sup> Considérese además que las luchas por este tipo de creencias no son ajenas a los movimientos agrarios primitivos, como lo era el de Chávez García. Obviamente, puede haber sucedido que no hayan sido los viejos chavistas sino los veteranos de las ‘defensas civiles’ y las ‘acordadas’ los que después fueran el elemento base de la rebelión cristera. También pudieron ser ambos, pues a final de cuentas tanto los chavistas como los miembros de las ‘defensas’ eran rancheros o campesinos, católicos y regionalistas. De hecho, por esto tenían mayores diferencias con los norteros constitucionalistas que entre ambos. Así, el chavismo sería una influencia doble para los sucesos de finales de la década siguiente, pues fue luchando contra él como hicieron su aprendizaje militar los que luego serían parte del ejército cristero. De otra parte, considérese que su relación con la Iglesia católica fue contradictoria: hubo sacerdotes que le sirvieron de informantes, pero también otros que lo delataron; hubo curas que intervinieron ante él para mediar en favor de algún pueblo o de determinada persona, pero otros fueron incluso secuestrados por Chávez; de hecho, se le acusa de haber asesinado “a varios [...] entre 1917 y 1918”. Sobre todo, a pesar de la influencia que sobre él tenían los sacerdotes, nunca pudieron convencerlo de que apoyara a Victoriano Huerta.<sup>129</sup>

Como la corroboración histórica de esto excede los planteamientos de este trabajo, se concluye diciendo que lograda a finales de 1918 la pacificación en el estado<sup>130</sup> y retiradas de éste las fuerzas de Estrada por orden de

<sup>128</sup> Carta de Manuel Diéguez a Venustiano Carranza, 16 enero 1919, en AVC, carp. 130, doc. 14760.

<sup>129</sup> OCHOA SERRANO, *Chávez García vivo o muerto*, p. 57.

<sup>130</sup> Después de muertos Chávez García y Altamirano, y en franco declive sus movimientos, éstos siguieron operando por algún tiempo más. Aunque sin otros éxitos de consideración, en una ocasión llegaron a penetrar en Morelia. Véase comunicados de Fernando Dávila, 14 y 16 enero 1919, en AHDN, c. 95, exp. 175, ff. 41-45, y *Excelsior*, II, 12 y 13 marzo 1919.

don Venustiano, se consideró inútil seguir sosteniendo a las fuerzas estatales, por lo que fueron licenciadas, al grado de que a Ortiz Rubio se le dejó únicamente su escolta personal. Aprovechando inmediatamente la situación, Carranza demostró su gran sentido político, jugándole a Ortiz Rubio “otra mala pasada”. Nombró como jefe de operaciones al “mayor enemigo” del gobernador, el general Rentería Luviano, para adquirir, ahora sí, el completo dominio militar del estado, sin fuerzas rebeldes de consideración ni grandes tropas estatales que pudieran ser consideradas obregonistas.<sup>131</sup> Ambas serían, a juicio de don Venustiano, un grave peligro llegado el momento de la sucesión presidencial, asunto en el que desde entonces enfocó toda su estrategia. Paradójicamente, a pesar de considerar que Michoacán había quedado bajo su control, fue uno de los estados, con Ortiz Rubio a la cabeza, que más rápidamente apoyó la revuelta de Agua Prieta. Sin embargo, la llegada de los sonorenses al poder nacional tampoco trajo la paz a Michoacán: antes de que concluyera el decenio el estado era un territorio de guerra, contra el ejército cristero, cuyos antecedentes se encuentran parcialmente en el movimiento chavista.

¿Vale esta última afirmación como tipificación final de Chávez García? ¿Fue éste, sobre todo, un precursor del movimiento cristero? Lo fue, pero también fue, en determinados momentos de su lucha, un simple bandolero, con ciertos rasgos de bandido social, y en ocasiones llegó a alcanzar el rango de rebelde.

#### SIGLAS Y REFERENCIAS

AFP	Albert Fall Papers, microfilm, New Mexico State University Library.
AGN, Z	Archivo General de la Nación, fondo <i>Zapata</i> , México, D. F.
AHDN	Archivo Histórico de la Defensa Nacional, México, D. F.
AMC	Archivo Magaña Cerda, Universidad Nacional Autónoma de México, México, D. F.
ARA	Archivo Carlos Reyes Avilés, microfilm, Universidad de El Paso, Texas.
ASG, PR	Archivo de la Secretaría de Gobernación, Periodo Revolucionario, México, D. F.
ARGG	Archivo Roque González Garza, Universidad Panamericana, México, D. F.

<sup>131</sup> ORTIZ RUBIO, *Memorias para la Sociedad de Geografía y Estadística*, p. 38.

- AVC Archivo Venustiano Carranza, Carso, México, D. F.  
 AVC, tels. Archivo Venustiano Carranza, telegramas, Carso, México, D. F.  
 CDHM Correspondencia Diplomática Hispano-Mexicana, microfilm, El Colegio de México, México, D. F.  
 RDS Records of The Departament of State, microfilm, El Colegio de México, México, D. F.

## CÁRDENAS, Lázaro

*Obras. Apuntes 1913/1940*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1972, t. I.

*Diccionario*

*Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1990-1992, tt. I, IV y VII.

## Documentos

*Documentos históricos de la Revolución mexicana*, México, Jus, 1969, t. XVII.

## GALVÁN LÓPEZ, Roberto

*El verdadero Chávez García (el Gengis Khan michoacano)*, México, Imprenta Arana, 1976.

## GARCÍA DE LEÓN, Antonio

*Ejército de ciegos: testimonios de la guerra chiapaneca entre carrancistas y rebeldes, 1914-1920*, México, Ediciones Toledo, 1991.

## GARCÍADIEGO, Javier

“Revolución constitucionalista y contrarrevolución (movimientos reaccionarios en México, 1914-1920)”, tesis de doctorado en historia, México, El Colegio de México, 1981.

“Higinio Aguilar: milicia, rebelión y corrupción como *modus vivendi*”, en *Historia Mexicana*, XLI: 3 (163) (enero-marzo 1992), pp. 437-488.

“Gaudencio de la Llave: de porfirista a ‘contrarrevolucionario’”, en *Estudios*, 34 (otoño 1993), pp. 7-32.

## GARNER, Paul

*La revolución en la provincia. Soberanía estatal y caudillismo en las montañas de Oaxaca (1910-1920)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

## GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Luis

*Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*, México, El Colegio de México, 1968.

## HENDERSON, Peter

*Felix Diaz, the Porfirians, and the Mexican Revolution*, Lincoln, Londres, University of Nebraska Press, 1981.

- HOBBSAWM, Eric J.  
*Rebeldes primitivos*, México, Ariel, 1968.  
*Bandidos*, México, Ariel, 1976.
- KATZ, Friedrich  
*Pancho Villa*, México, Era, 1998, 2 vols.
- MÁRQUEZ CAMPOS, Alfredo  
*Me llamo José Inés Chávez*, México, Lasser Press, 1990.
- MORALES GARCÍA, Rogelio  
*"Santo de palo"; Pero milagroso!*, Morelia, Michoacán, Impresos Atlas, 1987.
- MURO, Luis y Berta ULLOA  
*Guía del ramo Revolución mexicana, 1910-1920, del Archivo Histórico de la Defensa Nacional y de otros repositorios del gabinete de manuscritos de la Biblioteca Nacional de México*, México, El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos, 1997.
- NARANJO, Francisco  
*Diccionario biográfico revolucionario*, México, Imprenta Editorial Cosmos, 1935.
- OCHOA SERRANO, Álvaro  
*La violencia en Michoacán (Ahí viene Chávez García)*, México, Gobierno del Estado de Michoacán, Instituto Michoacano de Cultura, 1990.  
*Repertorio Michoacano, 1889-1926*, México, El Colegio de Michoacán, 1995.  
*Chávez García vivo o muerto*, Morelia, Michoacán, Morevallado Editores, Instituto Michoacano de Cultura, 2004.
- OIKIÓN SOLANO, Verónica  
*El constitucionalismo en Michoacán. El periodo de los gobiernos militares (1914-1917)*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992.
- OLIVERA DE BONFIL, Alicia  
 "José Inés Chávez García 'El Indio' ¿Bandido, revolucionario o guerrillero?", en *Jornadas de Historia de Occidente*, 1981, pp. 103-111.
- ORTIZ, Alfonso  
*Episodios de la revolución en Moroleón*, Moroleón, Guanajuato, edición del autor, 1976.
- ORTIZ RUBIO, Pascual  
*Memorias para la Sociedad de Geografía y Estadística*, México, Imprenta F. Ortiz Ponce, 1957.
- PINET, Alejandro  
 "Bandolerismo y revolución en el sur del Bajío", tesis de licenciatura en Antropología social, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1986.
- ROMERO FLORES, Jesús  
*Historia de la revolución en Michoacán*, México, Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1964.

RUIZ CERVANTES, Francisco José

*La revolución en Oaxaca. El movimiento de la soberanía (1915-1920)*, México, Fondo de Cultura Económica, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986.

SERNA, Ana María

*Manuel Peláez y la vida rural en la Faja de Oro: petróleo, revolución y sociedad en el norte de Veracruz, 1910-1928*, México, Instituto Mora, 2008.

TARACENA, Alfonso

*La verdadera Revolución mexicana, quinta etapa (1916-1918)*, México, Jus, 1960, vol. v.

TOWNSEND CAMERON, William

*Lazaro Cardenas, mexican democrat*, Ann Arbor, Michigan, George Wahr Publishing Co., 1952.

VALDOVINOS GARZA, José

*Tres capítulos de la política michoacana*, México, Ediciones "Casa de Michoacán", 1960.

WOMACK, John

*Zapata y la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI Editores, 1969.

#### Periódicos

*Excelsior*, México, D. F.

*El Demócrata*, México, D. F.

*El Universal*, México, D. F.

*Revista Mexicana*, San Antonio, Texas.

UNA GUERRA NO SECRETA:  
SIMILITUDES Y DIFERENCIAS  
DE FELIPE ÁNGELES Y VENUSTIANO CARRANZA\*

## I

FELIPE ÁNGELES Y VENUSTIANO CARRANZA tenían muchas similitudes; acaso por ello tuvieron tan hondas diferencias. Comencemos por sus figuras, por su imagen: Venustiano Carranza fue el único ‘don’ de la Revolución. Unos fueron llamados ‘pancho’ o Presidente; otros Emiliano; unos más ‘mi general’; el único ‘don’ fue Carranza, don Venustiano Carranza.<sup>1</sup> Su único nombre alternativo era jefe: jefe, en persona, cuando uno se dirigía a él; Primer Jefe en ausencia, cuando uno se refería a él. El apelativo no era gratuito. Provenía, en parte, de sus atributos físicos, comenzando por su edad: tenía ya más de cincuenta años al iniciar la Revolución, movimiento hecho por hombres de entre veinte y cuarenta años. Después de la edad venía el porte: era un hombre alto y barbado, de fuerza congénita. Todo reflejaba su origen vasco. El propio John Reed, al que nunca le agradó, reconoce que Carranza parecía “una estatua”.<sup>2</sup> Además de su imagen

\* Leído como conferencia en *Land, Politics and Revolution. A Conference in Honor of Friedrich Katz*, celebrada en la Universidad de Chicago los días 28 y 29 de septiembre de 2007; también fue leído en *Del amor de un historiador a su patria adoptiva. Homenaje a Friedrich Katz*, organizado por el Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México y El Colegio de México, del 13 al 14 de noviembre de 2007. El texto fue publicado en Adolfo Gilly (comp.), *Felipe Ángeles en la Revolución*, México, Era, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2008, pp. 81-98.

<sup>1</sup> Obviamente, sus enemigos lo llamaban con mote injuriosos, como ‘viejo’ o ‘barbas de chivo’.

<sup>2</sup> John Reed, periodista estadounidense, fue amigo y acompañante de Pancho Villa. Escribió el libro *México insurgente* —publicado en diversas editoriales—, en el que plasmó sus experiencias dentro de los ejércitos constitucionalistas y cuyo reportaje central es el que hizo acerca de Villa.

natural, Carranza se esforzaba al máximo por revestirla de autoridad, con el objetivo de que infundiese obediencia y que transmitiera una imagen de hombre disciplinado, capaz de imponer orden. Para ello procedía con lentitud y era sobrio, tenaz, paciente e inmovible.<sup>3</sup> De otra parte, además de su figura patriarcal, don Venustiano contaba, sobre todo, con la legitimidad que le daba el haber pasado del reyismo al antirreeleccionismo y luego ser el primer gobernador que se negó a reconocer al gobierno de Victoriano Huerta y el primero que le declaró la guerra.<sup>4</sup>

Felipe Ángeles, a su vez, se distinguía por sus conocimientos y por sus posturas ético-políticas. Era, si no el único, sí el principal militar profesional involucrado en la Revolución. Nacido en 1868 en Zacualtipán,<sup>5</sup> Hidalgo, como tantos jóvenes de su generación desarrolló la vocación castrense, ingresando al Colegio Militar a los quince años. Egresó nueve años después como teniente de ingenieros. Por su sobresaliente desempeño escolar, imperceptiblemente pasó de alumno a profesor: matemáticas y balística fueron dos de las asignaturas que enseñó. De mediados de 1901 a finales de 1903 hizo estudios de especialización en París. A finales del Porfiriato fue comisionado otra vez a París para hacer nuevos estudios de balística. Dado que estaba en Europa durante la rebelión antiporfirista, Ángeles no tuvo que luchar contra el maderismo. Más teórico que práctico, tampoco había participado en las campañas represivas —contra mayas y yaquis— de finales del Porfiriato.

A finales de 1911, ya con Madero en la presidencia del país, Ángeles fue llamado para que se hiciera cargo de la dirección del Colegio Militar. El objetivo de Madero era renovar el Ejército Federal mediante cambios institucionales, sin confrontarse con la poderosa corporación. Meses después

<sup>3</sup> El argumento y la descripción de Carranza deben mucho a Enrique Krauze, *Biografía del poder. Caudillos de la Revolución mexicana (1910-1940)*, México, Tusquets Editores, 1997, pp. 198-200.

<sup>4</sup> Consúltense Alfonso Taracena, *Venustiano Carranza*, México, Editorial Jus, 1963; Jesús Carranza Castro, *Origen, destino y legado de Carranza*, México, B. Costa-Amic Editor, 1977, y Douglas Richmond, *La lucha constitucionalista de Venustiano Carranza, 1893-1920*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986. Un trabajo reciente sobre su etapa regional es el de Javier Villarreal Lozano, *Venustiano Carranza. La experiencia regional*, México, Instituto Coahuilense de Cultura, 2007.

<sup>5</sup> Varias versiones aseguran que nació en Molango pero que fue registrado en Zacualtipán. Para los argumentos en contra de esta hipótesis, véase José Ángeles Contreras, *El verdadero Felipe Ángeles*, Pachuca, Universidad Autónoma de Hidalgo, 1992, pp. 24-25.

Ángeles fue designado jefe de las Operaciones Militares en Morelos contra los rebeldes zapatistas, en sustitución del rudo general Juvenio Robles. Todos los testimonios aseguran que no incurrió en excesos de violencia durante su encargo. La confianza que le tenía Madero era considerable, encargándole personalmente que colaborara en la lucha contra los sublevados de febrero de 1913.

Si bien hay quien cuestiona su desempeño ante La Ciudadela, alegando que fue ineficiente y desleal, por no advertir a Madero de la traición, otros lo justifican, asegurando que Victoriano Huerta no le dio los elementos bélicos adecuados.<sup>6</sup> Con todo, también fue aprehendido y acompañó a Madero y a Pino Suárez durante su breve cautiverio en Palacio Nacional. Ángeles no fue asesinado con ellos pues Huerta temió provocar un enorme disgusto en el Ejército Federal. Sin embargo, se le quitó el mando de fuerzas en Morelos, no se le repuso en la dirección del Colegio Militar y se le inició un proceso penal, acusado del asesinato de un civil durante ‘la decena trágica’. A finales de julio fue excarcelado y enviado a Francia. Si bien informaba de sus actividades a Francisco León de la Barra, representante de Huerta en París, también entró en contacto con Miguel Díaz Lombardo, representante de Carranza. A mediados de octubre Ángeles estaba de regreso en México, presentándose ante Carranza en sus campamentos de Sonora. Aunque Ángeles también era de “porte distinguido” por su “fisonomía inteligente y finas maneras”, lo cierto es que al llegar a los campamentos revolucionarios su legitimidad provenía, más que de su figura, de haber estado junto a Madero en sus últimos momentos.<sup>7</sup> Obviamente, también influyó positivamente ser experto en asuntos militares. Asimismo, el no haber luchado contra los alzados maderistas a finales de 1910 y principios de 1911 facilitaba su incorporación al movimiento constitucionalista.

<sup>6</sup> La historiografía angelista ‘clásica’ parte de dos posturas antagónicas: las diatribas de Bernardino Mena Brito y las alabanzas de Federico Cervantes. Véase Bernardino Mena Brito, *Felipe Ángeles federal*, México, Publicaciones Herreras, 1936; Bernardino Mena Brito, *El lugarteniente gris de Pancho Villa (Felipe Ángeles)*, México, Distribuidores Casa Mariano Coli, 1938; y Federico Cervantes, *Felipe Ángeles en la Revolución. Biografía (1869-1919)*, México, s. p. i., 1964. Un escrito más balanceado es el octavo tomo de los *Hechos reales de la Revolución*, de Alberto Calzadías Barrera, titulado *General Felipe Ángeles*, México, Editorial Patria, 1982.

<sup>7</sup> Según Cervantes, “su lealtad al Presidente mártir, como su elevada cultura, eran la mayor recomendación para [...] su ingreso a la Revolución”, p. 71.

Además de imagen y legitimidad, Carranza y Ángeles compartían otra característica que los distinguía del resto de los alzados. Ambos tenían experiencia política, por haber sido miembros del aparato gubernamental porfiriano: Carranza como político en Coahuila; Ángeles como militar y como formador de cuadros castrenses;<sup>8</sup> es más, en 1908 recibió la Cruz de Honor por haber cumplido veinticinco años de servicios militares continuos. Esa experiencia gubernamental fue esencial en el desarrollo de ambos: Carranza pudo ser Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, y Ángeles pudo ser miembro del primer gabinete del movimiento constitucionalista. Obviamente, sus antecedentes políticos diferían, pues mientras uno era un político de tiempo completo, el otro apenas estuvo involucrado en la política militar.<sup>9</sup> Si bien es cierto que Carranza y Ángeles compartían estas características, también tuvieron hondas diferencias, las que se reflejaron en cinco desavenencias: su conflictivo nombramiento en el gabinete; el virtual rompimiento entre Carranza y Villa con motivo de la toma de Zacatecas, a mediados de 1914; la participación de Ángeles en la facción convencionista; su lucha como rebelde y como exiliado anticarrancista, y su juicio y fusilamiento.

## II

Respecto al breve y conflictivo paso de Ángeles por el gabinete de Carranza, debe recordarse que éste estableció su primer gobierno completo a mediados de octubre de 1913, precisamente cuando regresaba Ángeles a México. Don Venustiano acababa de perder el control de Coahuila y se había tenido que refugiar en Sonora, donde encontró óptimas condiciones militares para hacerlo. Además, por esos días Huerta enfrentaba su peor crisis gubernamental, pues acababa de disolver el Congreso. Carranza aprovechó la ocasión para mostrar orden en el movimiento revolucionario. Su objetivo era claro: hacer ver a la opinión pública que él restauraba las instituciones gubernativas mientras Huerta las disolvía. Más aún, Carranza dejaba muy en claro que el suyo era un gobierno legal, que acataba

<sup>8</sup> Había sido profesor en el Colegio Militar y en la Escuela Militar de Aspirantes.

<sup>9</sup> Parte de sus problemas con las autoridades del ramo provenían de sus denuncias contra la corrupción imperante en la adquisición de materiales bélicos.

las disposiciones vigentes en México, pues a pesar de encabezar un movimiento revolucionario no proponía nuevas secretarías, como pudieran ser una para asuntos agrarios y otra para los laborales, sino que se limitó a conformar un gabinete con las carteras que disponía la ley.

El conflicto puede resumirse así: a Ángeles le fue ofrecida por Carranza la Secretaría de Guerra y Marina pero Álvaro Obregón y otros generales revolucionarios presionaron a don Venustiano hasta que lo hicieron retractarse. Los argumentos de ambos resultan comprensibles: Carranza quería que el Ejército Constitucionalista fuera profesional, ordenado y eficiente; deseaba evitar que se le viera como una fuerza desorganizada e indisciplinada. Por su parte, los generales revolucionarios reclamaban que era indebido e injusto que un militar federal —léase porfirista— encabezara las fuerzas rebeldes. Por si esto fuera poco, Ángeles deseaba incorporar al Ejército Constitucionalista al mayor número posible de federales, proyecto inmediatamente rechazado.<sup>10</sup> Para concluir, debe recordarse que para los revolucionarios Ángeles era un federal, al margen de su maderismo; para colmo, se estaba incorporando tarde, en octubre, cuando que la lucha había iniciado en marzo.<sup>11</sup> Ambos argumentos parecen razonables y verosímiles; el problema es que eran excluyentes. El resultado fue que Carranza “tuvo la debilidad de aceptar la protesta, designando a Ángeles subsecretario Encargado del Despacho, con lo cual lastimó su natural sensibilidad”.<sup>12</sup>

Al margen de la “sensibilidad” de Ángeles, la decisión de Carranza no puede ser vista como un agravio personal, pues lo cierto es que éste acostumbó, al menos hasta 1917, designar en algunos ministerios sólo a subsecretarios, e incluso a oficiales mayores encargados del despacho, con el evidente objetivo de no darles la jerarquía que les permitiera proponer planes y proyectos propios. En algunos ramos gubernamentales Carranza buscaba conservar el control, y el de los asuntos castrenses fue uno de ellos.

<sup>10</sup> La afirmación procede de Isidro Fabela, ya desde entonces muy cercano a Carranza. Véase su texto autobiográfico *Mis memorias de la Revolución*, México, Editorial Jus, 1977, p. 160.

<sup>11</sup> El mejor trabajo académico sobre Ángeles es el de Odile Guilpain, *Felipe Ángeles y los destinos de la Revolución mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991. Según ella, los jefes constitucionalistas veían en Ángeles una seria amenaza a su liderazgo, por su prestigio, capacidad y poder de convocatoria, pp. 71-74.

<sup>12</sup> Cervantes, *Felipe Ángeles en la Revolución...*, *op. cit.*, p. 71.

Para colmo, no sólo nunca designó un secretario pleno sino que siempre tuvo un jefe de Estado Mayor Presidencial muy influyente:<sup>13</sup> durante los meses en que Ángeles fue su subsecretario el puesto de jefe de Estado Mayor lo ocupó Jacinto B. Treviño, un militar también profesional que además gozaba de toda su confianza.<sup>14</sup> Según parece, Treviño “se complacía en mermar sus atribuciones”.<sup>15</sup> Así, pudiera pensarse que Carranza había obtenido un triunfo triple con la maniobra: al frente del Ejército Constitucionalista quedaría un general profesional; conservaría él el control de los asuntos militares, y los principales militares revolucionarios habían quedado satisfechos, al hacerse claro que Ángeles no tendría ascendencia sobre ellos.

La insatisfacción de Ángeles sería creciente: para comenzar, Carranza no atendía sus indicaciones y sugerencias, pues quedó limitado a despachar burocráticamente asuntos de rutina; para colmo, Ángeles resintió no tener actividad, y le incomodaba el riguroso ceremonial y el excesivo cortesanismo que caracterizaba a las oficinas de don Venustiano, así como las constantes alusiones a la ineficiencia de los políticos maderistas. En efecto, el círculo de los carrancistas principales había tomado el liderazgo revolucionario, para lo cual tenía que rechazar a los maderistas, Ángeles incluido. Para remediar tan incómoda situación, éste solicitó ser enviado al frente de batalla, donde sería “más útil a la causa”. Por un tiempo Ángeles aceptó esa situación con “resignada conformidad”,<sup>16</sup> pero pronto insistió en que se le dieran verdaderas responsabilidades militares, con mando directo de fuerzas. La relación entre Ángeles y Carranza se había dañado irreversiblemente. El insatisfactorio paso del primero por el gobierno preconstitucional, a finales de 1913, lo convirtió en un irreductible anticarrancista.

<sup>13</sup> En 1920, en el momento de ser derrocado, seguía teniendo un subsecretario encargado del despacho —Francisco L. Urquizo— y un jefe de Estado Mayor Presidencial muy influyente y cercano a él: Juan Barragán.

<sup>14</sup> Jacinto B. Treviño, *Memorias*, México, Editorial Orión, 1961, p. 33.

<sup>15</sup> Alberto J. Pani, *Apuntes autobiográficos*, 2 vols., México, Librería de Manuel Porrúa, 1950, vol. 1, p.193. Martín Luis Guzmán cuenta que Ángeles “no tomaba para sí el primer sitio [junto a Carranza], sino que éste se reservaba al coronel Jacinto Treviño, Jefe del Estado Mayor...”. Cfr. Martín Luis Guzmán, *El águila y la serpiente*, Madrid, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, 1928, p. 53.

<sup>16</sup> Consúltese Isidro Fabela, *Mis memorias...*, *op. cit.*, p. 163.

El alejamiento del general no resolvería las diferencias. En marzo de 1914, cuando Carranza se trasladó de Sonora a Chihuahua, el subsecretario Ángeles pudo incorporarse a la División del Norte, asumiendo como responsabilidad el manejo de la artillería.<sup>17</sup> Más que encargarse de esta sección, la visión de Ángeles hizo que su objetivo final fuera hacer que las fuerzas villistas, ya de suyas poderosísimas, se profesionalizaran y disciplinaran. Felipe Ángeles pronto se convirtió en un influyente asesor de Villa. Dos momentos son reveladores de esa influencia: el primero tuvo lugar en abril de 1914, cuando los *marines* estadounidenses invadieron Veracruz. Como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Carranza tenía que protestar para conservar su liderazgo entre los constitucionalistas y para mantener su imagen de líder nacional ante la opinión pública, pero sin hacer enojar al gobierno de Washington, pues necesitaba armas y pertrechos para derribar a Huerta. Así, don Venustiano protestó en términos muy precisos, diciendo claramente que entendía que la invasión no era un acto de hostilidad contra el pueblo mexicano sino un acto de repudio contra el gobierno usurpador de Huerta. Por su parte, Villa hizo unas declaraciones aún más comedidas, sin reclamo alguno contra Estados Unidos.<sup>18</sup> En el cuartel de Carranza estaban convencidos de que Ángeles había “inducido” a Villa a asumir una postura complaciente con Estados Unidos, al suponer que eso le ayudaría a ser pronto su candidato presidencial. De hecho, hay quien asegura que Ángeles suponía que el candidato presidencial sería él, no Villa, por sus obvias superioridades para el cargo.<sup>19</sup>

El segundo conflicto tuvo lugar dos meses después, por la toma de la ciudad de Zacatecas. A mediados de junio de 1914 los tres ejércitos constitucionalistas —de Obregón, Villa y González— estaban bien encaminados hacia la capital del país. Sin embargo, Carranza deseaba que Villa se mantuviera en el norte y que no participara en la toma de la ciudad de México, lo que mermaría sus aspiraciones políticas. Para ello, por un lado

<sup>17</sup> Parece que Ángeles sufrió al principio con Villa el mismo desaire que había padecido en el gabinete de Carranza. En efecto, Villa primero pensó en poner a sus órdenes “todas las fuerzas de la División”, pero luego sólo le dio el mando de la artillería. En esta ocasión no hubo resentimientos. Cfr. Cervantes, *Felipe Ángeles en la Revolución...*, *op. cit.*, p. 80.

<sup>18</sup> Para lo relativo a todo este asunto véase Robert Quirk, *An affair of honor: Woodrow Wilson and the occupation of Veracruz*, Lexington, Kentucky, Mississippi Valley Historical Association, University of Kentucky, 1962.

<sup>19</sup> Mena Brito, *El lugarteniente gris...*, *op. cit.*, p. 69.

le redujo los suministros de carbón, para reducir su movilidad ferroviaria; por el otro, pretendió dividir temporalmente la División del Norte, acordando que parte de ella —hasta 5 000 hombres, a cuyo frente quedaría José Isabel Robles— apoyara a Pánfilo Natera en la vital toma de Zacatecas, mientras Villa debería proceder contra Saltillo, donde se habían ido concentrando restos de fuerzas huertistas vencidas.<sup>20</sup> El resto de la historia es de sobra conocido: el asalto de Natera fracasó, y Villa, con toda la División del Norte, procedió sobre Zacatecas, la que tomó y entregó a Natera, dando aviso formal de ello a Carranza. Junto con el logro militar hubo una renuncia de Villa por las disposiciones iniciales de Carranza, la que fue aceptada por éste, pero que fue ignorada por los principales jefes villistas, habiendo tomado Ángeles “parte decisiva” en el asunto. Dado que formalmente Ángeles todavía era el subsecretario de Guerra constitucionalista, fue destituido telegráficamente por Carranza, sin que fuera revertida la medida. Tales eran las diferencias políticas entre ambos cuando la División del Norte tomó Zacatecas.

Como el resultado fue exitoso y los villistas procedieron como disciplinados miembros del Ejército Constitucionalista al entregar la plaza de Zacatecas a Carranza por medio de Natera, varios jefes constitucionalistas diseñaron estrategias reconciliatorias inmediatas.<sup>21</sup> Sin embargo, Carranza quedó convencido de que había un grupo de importantes revolucionarios contrarios a él, como los hermanos Madero, Miguel Díaz Lombardo y Roque González Garza,<sup>22</sup> quienes pretendían arrebatarle el liderazgo de la lucha ahora que el triunfo revolucionario estaba cercano.<sup>23</sup> En ese plan

<sup>20</sup> El argumento esgrimido por Carranza es que Zacatecas correspondía geográficamente a la zona del Cuerpo de Ejército del Centro, cuyo jefe era Natera. Sin embargo, Saltillo estaba en la zona de operaciones asignada al Cuerpo de Ejército del Noreste, de Pablo González, no a la División del Norte.

<sup>21</sup> El logro de estos intentos fue el Pacto de Torreón.

<sup>22</sup> Respecto a los Madero, véase Bernardino Mena Brito, *El lugarteniente gris...*, op. cit., pp. 24-25. Respecto a Díaz Lombardo, el Dr. Atl asegura que desde que coincidieron en París a mediados de 1913 aquel “guió la conducta” de Ángeles, lo que siguió haciendo cuando éste regresó a luchar a México “por medio de una asidua correspondencia”. Cfr. Edmundo González Blanco, *Carranza y la Revolución de México*, España, Imprenta Helénica, 1916, p. 560.

<sup>23</sup> Lo que resulta innegable es que en el círculo de los asesores de Villa se fueron concentrando varios importantes colaboradores de Madero. Cfr. Álvaro Matute (pról. y selec.), *Documentos relativos al general Felipe Ángeles*, México, Editorial Domés, 1982, p. 14.

Ángeles y Villa eran imprescindibles. Así se explicaría su intento de mantener una buena relación con Estados Unidos, para los que no hubo reclamos por la invasión a Veracruz, y su deseo de participar en la ocupación de la ciudad de México, lo que les daría legitimidad y perspectiva nacional; de allí la importancia de tomar Zacatecas, victoria que convertiría a Villa y a Ángeles en los principales héroes de la Revolución. Con el respaldo de Villa, quien conseguiría grandes apoyos sociales, y con el prestigio, la experiencia y la capacidad de Ángeles, podría construirse un liderazgo revolucionario alternativo al de Carranza. Incluso miembros del Antiguo Régimen aceptables para Washington, como Francisco León de la Barra, lo aceptarían.<sup>24</sup> De allí que en los círculos cercanos a don Venustiano se asegurara que sería muy riesgoso que se encontraran los villistas y los soldados huertistas en las afueras de la capital, pues el Ejército Federal, gracias a Ángeles, negociaría en mejores condiciones su rendición.<sup>25</sup> Obviamente, con la División del Norte en la ciudad de México hubieran aumentado las supuestas “aspiraciones presidenciales” de Ángeles.<sup>26</sup>

### III

El siguiente capítulo de la relación entre Ángeles y Carranza está enmarcado en la llamada ‘guerra de facciones’, desarrollada a lo largo de 1915, la que puede definirse como el conflicto bélico, político, ideológico y social entre constitucionalistas y convencionistas por conquistar el liderazgo revolucionario, para desde él construir el nuevo Estado mexicano. En esta etapa de la relación entre Ángeles y Carranza se hicieron evidentes, una

<sup>24</sup> Algunas fuentes sostienen que Ángeles tuvo una buena relación en Francia con José Yves Limantour, exiliado, y con Francisco León de la Barra, representante huertista y a quien debía reportarle sobre sus actividades durante su breve estancia parisina. Con todas las reservas del caso, por su odio a Ángeles, véase Bernardino Mena Brito, *Felipe Ángeles federal...*, *op. cit.*, p. 115.

<sup>25</sup> Juan Barragán, *Historia del ejército y de la revolución constitucionalista*, 2 vols., México, Editorial Stylo, 1946, vol. I, p. 531.

<sup>26</sup> Isidro Fabela, *Mis memorias...*, *op. cit.*, p. 164. Durante su consejo de guerra, Ángeles enfáticamente rechazó haber aspirado a la presidencia. Sin embargo, lo importante, en términos políticos, es que en el círculo carrancista estaban convencidos de que sí aspiraba a ese puesto, por lo que actuaron en consecuencia. Véase Adolfo Gilly en el prólogo a Odile Guilpain, *Felipe Ángeles y los destinos...*, *op. cit.*, p. 33.

vez más, sus diferencias y sus similitudes. Esto es, si bien luchaban violentamente entre sí, en aquel proceso ambos mostraron las características y funciones que compartían. Para resumirlo en pocas palabras, tanto Ángeles como Carranza tenían un proyecto moderado de cambio social, seguramente determinado por sus años de pertenencia a dos corporaciones del Antiguo Régimen: el Ejército Federal y la clase política porfiriana.

De hecho, de todos los principales líderes revolucionarios, seguramente Carranza veía en Ángeles a su mayor competidor: de entre los suyos, Pablo González era un subalterno leal y Obregón todavía carecía de la experiencia necesaria para ser un líder político; entre los contrarios, Villa y Zapata eran caudillos militares y reformadores sociales de alcance regional, sin la confianza internacional ni la preparación adecuada para encabezar el país. Sólo Ángeles tenía capacidad y experiencia; además, sería plenamente aceptado por todos los componentes del convencionismo y era visto muy positivamente por el gobierno de Woodrow Wilson, pues Ángeles contaba con los ingredientes que Washington deseaba para el próximo Presidente de México: ser un revolucionario moderado, privilegiar el orden y simpatizar con Estados Unidos.

La historiografía destaca que durante 1915 Ángeles fue incapaz de convencer a Villa de que no combatiera a Obregón en el Bajío, asegurándose que ello fue la causa de la derrota de la División del Norte.<sup>27</sup> A su imposibilidad de imponer la estrategia militar conveniente debe agregarse que Felipe Ángeles tuvo dos funciones determinantes para la asamblea convencionista: una está bien acreditada pero la otra ha sido soslayada. En efecto, Ángeles fue esencial para que el movimiento zapatista fuera invitado a la Convención, para lo que a su vez fue determinante que Ángeles no hubiera cometido excesos cuando fue, en 1912, jefe de las Operaciones Militares de Madero contra los zapatistas.<sup>28</sup> Con ello Ángeles mostraba dos características que compartía con Carranza: su visión no regional sino nacional de la Revolución mexicana, y sus antecedentes de porfirista heterodoxo que pudo radicalizarse y transitar a la lucha maderista.

<sup>27</sup> Pedro Salmerón, “Los historiadores y la guerra civil de 1915”, manuscrito, 2007. De hecho, Ángeles había intentado convencer a Villa de atacar a Carranza desde un principio, cuando apenas se había refugiado en Veracruz.

<sup>28</sup> Véase John Womack, *Zapata y la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI Editores, 1966, pp. 210-211.

La otra función esencial fue su papel en la asamblea convencionista, a la que fue representado por su colaborador y biógrafo, el también militar federal Federico Cervantes.<sup>29</sup> Sin duda alguna puede decirse que Cervantes compartía la ideología de Ángeles, pues éste nunca lo corrigió o lo desautorizó. En los temas agrarios y laborales ambos sostenían una posición moderada, siempre en desacuerdo con los representantes del zapatismo. Por ejemplo, en materia agraria, Cervantes, “el delegado más culto” y jefe de los convencionistas norteños, proponía que las haciendas de los enemigos de la causa fueran intervenidas y que el Estado administrara esas propiedades, pero era contrario a las expropiaciones exigidas por los zapatistas. En cuanto a los derechos laborales, Cervantes llegó a rechazar el sindicalismo, pues “busca destruir a la sociedad en provecho de la clase obrera”. También era contrario a “la alteración del equilibrio entre las clases”, y estaba seguro de que la lucha obrera radical causaría “la destrucción del capital, y esto sólo iría en perjuicio de la sociedad y de la propia clase trabajadora”. Cervantes llegó a decir “que la inmoderada pretensión de que el obrero gane cada día más y más provocaría la paralización industrial y la fuga de capitales”.

En materia política sus posiciones fueron igualmente moderadas: frente al parlamentarismo radical de Antonio Díaz Soto y Gama, principal delegado zapatista, quien afirmó que el Presidente debía reducirse “a un títere”, Cervantes proponía un ejecutivo fuerte que sirviera “de contrapeso a la preponderancia de una asamblea que podía equivocarse y convertirse en dictatorial”. Sin embargo, y a pesar de su naturaleza castrense, Ángeles también se dijo partidario del parlamentarismo, de un mando colectivo.<sup>30</sup> En cambio, frente a la “intransigente” postura zapatista con grupos políticos y clases sociales desafectos a la Convención, Cervantes proponía “una posición más flexible, moderada, para ganar alianzas con otros sectores, sobre todo de clase media”. En resumen, si en términos militares Ángeles siempre intentó imponer orden y disciplina a los jefes

<sup>29</sup> Un análisis de la labor de Cervantes, en Felipe Ávila, *El pensamiento económico, político y social de la Convención de Aguascalientes*, México, Instituto Cultural de Aguascalientes, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1991, pp. 159-205. Véase también Friedrich Katz, *The life and times of Pancho Villa*, Stanford, California, Stanford University Press, 1998, p. 474.

<sup>30</sup> Odile Guilpain argumenta que Ángeles identificaba al Ejecutivo fuerte con los caudillos. Cfr. *Felipe Ángeles y los destinos...*, *op. cit.*, p. 154. Véase también, Felipe Ávila, *El pensamiento económico...*, *op. cit.*

villistas, de origen popular, en términos ideológicos siempre intentó imponer posturas moderadas a las propuestas villistas y convencionistas.<sup>31</sup> En esto fue parecido a Carranza, quien desde el Plan de Guadalupe hasta el Congreso Constituyente en Querétaro buscó imponer orden en su movimiento y atemperar los reclamos sociales de sus colaboradores.

Es obligado preguntarse si Ángeles tuvo éxito en su estrategia moderadora. A diferencia de Carranza, es evidente que el exgeneral federal y luego maderista convencido no pudo atemperar los reclamos del ejército popular que encabezó. Para comenzar, Ángeles era la antítesis de los cabecillas villistas, quienes siempre tuvieron una relación más directa con su caudillo. La interpretación más acabada señala que Villa atendía las propuestas de Ángeles sólo “moderadamente”. En efecto, es claro que Villa lo utilizó para establecer alianzas diplomáticas y de carácter nacional y suprarregional, como en la Convención o en su acercamiento al gobernador de Sonora, José María Maytorena, pero nunca permitió que se estableciera un programa conservador en el gobierno villista de Chihuahua. Incluso puede decirse que la causa de la separación de Ángeles y Villa, a finales de 1915, no fue el enojo de éste por la derrota militar, sino por el radicalismo social de Villa, aparejado a una creciente yanquifobia, luego de la derrota convencionista.<sup>32</sup>

#### IV

Al margen de sus similitudes, otra abismal diferencia entre Ángeles y Carranza es que uno perdió y el otro ganó. Así, luego de la ‘guerra de facciones’ uno tomó el camino del exilio y el otro el de la silla presidencial. La estancia de Ángeles en Estados Unidos tuvo dos etapas:<sup>33</sup> la pri-

<sup>31</sup> Uno de los pocos autores que ha sostenido siempre esta idea es Friedrich Katz. Si en *La guerra secreta* había sostenido que Ángeles fue “el representante e ideólogo más importante del grupo conservador dentro del movimiento convencionista”, grupo que “intentó limitar la radicalización del movimiento”, veinte años después, en su biografía de Pancho Villa sostuvo que Ángeles abogaba por las reformas sociales graduales y que siempre fue partidario de la propiedad privada y contrario a las expropiaciones.

<sup>32</sup> Friedrich Katz, *La guerra secreta en México*, México, Era, 1999, pp. 175, 299-301, 324, y *The life and times...*, *op. cit.*, p. 272.

<sup>33</sup> Para analizar esta etapa de su vida, véanse las 30 cartas de Ángeles, escritas entre mayo de 1916 y enero de 1919, transcritas en el libro *Documentos relativos al general...*, *op. cit.*, pp. 172-234.

mera, que se prolongó casi dos años, la vivió en un rancho cercano a El Paso, a escasos 500 metros de la frontera con México; el acoso de las autoridades de ambos países, el arduo trabajo —nuevo para él— y los magros ingresos lo orillaron a trasladarse a Nueva York. Allí su estancia fue radicalmente diferente, salvo que siguió padeciendo una severa pobreza. Su principal actividad fue la política, con la fundación de la Alianza Liberal Mexicana,<sup>34</sup> asociación que agrupaba a los principales desterrados de origen revolucionario, como Antonio I. Villarreal, Enrique C. Llorente, Federico González Garza y Miguel Díaz Lombardo, además de Ángeles. A todos los unía su anticarrancismo, y a la mayoría haber estado cerca de Villa, conformando para él sucesivos intentos de gobierno. La Alianza Liberal proponía el regreso a la Constitución de 1857 y advertía que, en caso de que Carranza fuera derrocado, ningún caudillo rebelde —Villa o cualquier otro— podría ocupar la presidencia. La conformación de la Alianza Liberal también tenía razones diplomáticas. Concluía la Primera Guerra Mundial y los exiliados temían que hubiera represalias contra México por la germanofilia —real o aparente— de Carranza. Su objetivo era ofrecer a Washington una opción viable y confiable de gobierno en México.

Aunque aseguraban los miembros de la Alianza que su propuesta era pacífica, lo cierto es que Felipe Ángeles abandonó Nueva York y penetró a México a finales de 1918 para luchar otra vez contra Carranza.<sup>35</sup> Sus motivos eran tres: dos explícitos y uno inconsciente. El primero, unirse a Villa para convencerlo de que dejara de cometer excesos con la población civil y de que restableciera una buena relación con Estados Unidos; el segundo, encabezar una probable alianza de los principales rebeldes anticarrancistas,<sup>36</sup> y el último, estar en el territorio nacional durante las próximas elecciones

<sup>34</sup> Véase Odile Guilpain, *Felipe Ángeles y los destinos...*, *op. cit.*, pp. 94-96.

<sup>35</sup> Al penetrar en México como rebelde armado Ángeles dejaba a sus compañeros de la Alianza Liberal expuestos a que las autoridades norteamericanas los acusaran de violar las 'leyes de neutralidad'.

<sup>36</sup> Ante el aislamiento y la debilidad de los diferentes grupos anticarrancistas, hacia 1918 surgió la idea, con diferentes propuestas, de establecer una alianza de alcance nacional. Cfr. Bernardino Mena Brito, *Hasta donde llegaron los contrarrevolucionarios combatiendo a Carranza y a la Constitución de 1917: villistas, zapatistas, pelaecistas, felixistas, meixueiristas, y obregonistas* (conferencia sustentada el 17 de noviembre de 1959 en la Sala de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, con ocasión del año de don Venustiano Carranza), México, Ediciones Botas, 1960.

presidenciales, de mediados de 1920, pues de estallar un conflicto mayúsculo entre Carranza y Obregón, acaso él podía emerger como alternativa. Para comenzar, podía buscar a Villa, pues al exiliarse a finales de 1915 no se fue distanciando de él, ni renegó del mismo durante su estancia en Estados Unidos. A su vez, éste nunca lo consideró un desertor.<sup>37</sup> Al regresar Ángeles pretendía revivir su viejo proyecto de asociarse con Villa por su fuerza militar y su arraigo popular, quedando la dirección política nacional en uno de los políticos maderistas, él preferentemente. Sin embargo, la reunificación entre Villa y Ángeles fue imposible. También fracasó su intento de reconciliar a Villa con Estados Unidos, como lo prueba el ataque de ambos a Ciudad Juárez, a mediados de 1919.<sup>38</sup> Su intento de unificar a todos los rebeldes anticarrancistas era imposible de alcanzar. Así, luego de algunas acciones fallidas, cada quien tomó su camino: Villa a las armas; Ángeles a la incertidumbre. Solo, escondido en una cueva ubicada en el Valle de los Olivos, a mediados de noviembre de 1919 Ángeles fue hecho prisionero por la Defensa Social de la localidad.

Una pregunta obligada es ¿por qué prefirió el grave peligro de permanecer en Chihuahua en su calidad de rebelde vencido? Su regreso a Estados Unidos tampoco era venturoso: retomar sus odiadas labores agropecuarias, o volver a Nueva York, con el riesgo de que le aplicaran las leyes de violación a la neutralidad. No, Ángeles se había atrevido a tomar la última opción, a ‘jugar la última carta’, y había perdido.

A los pocos días tuvo lugar el consejo de guerra, en el Teatro de los Héroes de la ciudad de Chihuahua. La versión más generalizada sostiene que fue un consejo de guerra ilegal, injusto y amañado, el que siguió las instrucciones condenatorias de Carranza. Es indiscutible que don Venustiano buscaba acabar con sus principales enemigos y que fusilar a Ángeles fue visto por él como un éxito múltiple. Para comenzar, se acercaban las elecciones presidenciales, las que tendrían lugar a mediados de 1920, y para él era prioritario avanzar en la pacificación del país, pues Obregón, quien

<sup>37</sup> Ciertamente es que Villa le reclamó haber perdido la campaña del noreste y no haber podido impedir el reconocimiento diplomático de Carranza. A pesar de ello, siempre se guardaron mutuo reconocimiento. Cfr. Friedrich Katz, *The life and times...*, *op. cit.*, pp. 498, 509, 519-520.

<sup>38</sup> La postura norteamericana fue clarísima en su rechazo a Villa: cuando éste y Ángeles atacaron la plaza fronteriza, las autoridades estadounidenses colaboraron con los carrancistas, ayudándolos a repeler el ataque.

ya era candidato opositor, buscaría desacreditarlo por la ingobernabilidad que suponía el número y fuerza de los rebeldes, o peor aún, intentaría acercarse a éstos en el muy probable caso de que se alzara en armas contra la imposición electoral que intentaba hacer el gobierno.

Dada la forma y circunstancia en que había muerto Emiliano Zapata siete meses antes, Carranza sabía que tenía que ofrecer a Ángeles un juicio formal y público, pero que no cambiara el objetivo final: fusilarlo. Por ello, cuando llegó un amparo contra la realización del consejo de guerra, las autoridades militares se negaron a suspenderlo.<sup>39</sup> Acaso influyó que al frente de las operaciones militares en Chihuahua estuviera Manuel M. Diéguez, uno de los militares que se opuso en 1913 a que Ángeles asumiera la Secretaría de Guerra revolucionaria. Además de la cercanía de las elecciones, don Venustiano todavía temía una represalia estadounidense, y suponía que en tal caso Ángeles podría ser una buena opción para sucederlo, pues contaba con las simpatías de Washington, de los revolucionarios exiliados, de los rebeldes anticarrancistas, especialmente de Villa; además, Ángeles era bien apreciado por la opinión pública e incluso por algunos de los sobrevivientes del Antiguo Régimen. Su experiencia política y su ideología moderada lo hacían un potencial competidor. Todo esto explica la previsible sentencia de muerte. El consejo de guerra no debía suspenderse; es más, ni siquiera podía posponerse, pues ello daría lugar a que hubiera muchas presiones, nacionales e internacionales, sobre Carranza.

Si bien el fusilamiento de Ángeles ha sido unánimemente endilgado a Carranza, es un hecho que éste no era el único interesado en su desaparición. También lo estaba Obregón, el principal opositor a que fuera secretario de Guerra y quien seguramente previó que, en caso de una prolongada contienda entre él y Carranza con motivo de las inminentes elecciones, un personaje con las cualidades políticas, militares, sociales y diplomáticas de Ángeles podría convertirse en una alternativa plausible. Así, el fusilamiento de Ángeles facilitaba las aspiraciones políticas de Obregón.<sup>40</sup> Nótese que de los cinco elementos que conformaron el Consejo de Guerra, tres eran abiertamente obregonistas, uno gonzalista y sólo

<sup>39</sup> La versión más completa que conozco de este proceso, en el libro *Juicio del general Felipe Ángeles*, Chihuahua, Ayuntamiento de Chihuahua, 1994.

<sup>40</sup> Véase Gilly, prólogo a *Felipe Ángeles y los destinos...*, *op. cit.*, p. 37.

el último era carrancista.<sup>41</sup> En efecto, Miguel Acosta, José Gonzalo Escobar y Gabriel Gavira hicieron su carrera en el Cuerpo de Ejército del Noroeste: los tres participaron en la guerra de 1915 contra el villismo, por lo que es de suponerse que compartían una radical antipatía por Ángeles. Asimismo, los tres se harían ‘aguaprietistas’ seis meses después, lo que confirma su obregonismo.

Durante el consejo de guerra Ángeles, más que eludir su muerte, buscó edificar su prestigio histórico. Para comenzar, no aceptó ser un rebelde, y aseguró que la suya era una oposición política pacífica, basada en razones éticas. Asimismo, aseguró que en términos ideológicos había evolucionado hacia un tipo de socialismo cuya especificidad era difícil de explicar, pues seguía defendiendo la propiedad privada y a Woodrow Wilson como a un estadista ejemplar. Más sorprendente resulta que se definiera como exgeneral federal, no como villista. Moriría como había vivido: inmerso en multitud de paradojas.

Podría afirmarse, para concluir, que en el fusilamiento de Ángeles concurren sus dos mayores enemigos: Obregón, quien se negó a que los revolucionarios fueran dirigidos por un exfederal, y quien deseaba para él ese puesto, el que por cierto ocupó entre 1915 y 1917;<sup>42</sup> Carranza, porque siempre había visto en Ángeles a su único verdadero competidor: ambos tenían experiencia política y ambos pretendían encabezar, ordenándolos, sendos movimientos revolucionarios; asimismo, ambos estaban convencidos de que el Estado posrevolucionario debía otorgar limitadas concesiones sociales a los grupos populares. A pesar de estas similitudes, entre ellos hubo una guerra abierta y constante, definitiva, nada y nunca secreta. Obviamente, también tenían notables diferencias ideológicas: Ángeles confiaba más en la democracia parlamentaria, mien-

<sup>41</sup> El gonzalista era Silvino M. García, coahuilense, mecánico ferrocarrilero; luchó contra Díaz y contra Huerta. Durante la ‘guerra de facciones’ combatió en Puebla a las órdenes de Francisco Coss, y luego estuvo en la campaña antizapatista de Pablo González. El carrancista era su joven sobrino Fernando Peraldi, también nacido en Cuatro Ciénegas. Si bien fue comisionado por su tío para luchar en la División del Norte, cuando sobrevino la escisión revolucionaria regresó con los constitucionalistas. Consúltase *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana*, 8 vols., México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1990-1994.

<sup>42</sup> Linda Hall, *Álvaro Obregón: poder y revolución en México, 1911-1920*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

tras que Carranza era partidario de un Poder Ejecutivo fuerte; además, si Ángeles era admirador de Estados Unidos, Carranza era nacionalista; uno creía en la corporación militar, y el otro era civilista. Por último, uno ganó y el otro perdió, aunque los dos fueron finalmente engullidos por la Revolución. En el imaginario popular, uno fue fusilado de manera alevosa, lo que le concede ciertos ingredientes de mártir,<sup>43</sup> mientras que el otro fue asesinado de manera ignominiosa, afectando la imagen de la Revolución en su conjunto.

<sup>43</sup> Véanse desde los ‘corridos’ por la muerte de Ángeles hasta las obras de Elena Garro e Ignacio Solares, tituladas, respectivamente, *Felipe Ángeles*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1979, y *La noche de Ángeles*, México, Editorial Planeta DeAgostini, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991.



9  
LOS EXILIADOS  
POR LA REVOLUCIÓN MEXICANA\*

I

TODA REVOLUCIÓN CUENTA CON DETERMINADOS ACTORES imprescindibles, por ejemplo, sus precursores, caudillos, cabecillas, soldados, ideólogos y administradores, entre otros. Un par de actores presentes en las revoluciones son los exiliados y los llamados contrarrevolucionarios, que forman parte de los grupos vencidos y que son, por mucho, los que han recibido menos atención entre todos los involucrados en los procesos revolucionarios, seguramente por pertenecer a las élites —nacionales o locales— del régimen vencido.

Esta omisión historiográfica es muy notoria respecto a la Revolución mexicana. Paradójicamente, en México se ha escrito mucho sobre los que en él encontraron asilo,<sup>1</sup> y muy poco sobre los mexicanos que tuvieron que salir

\* Texto leído en varias reuniones académicas, enriqueciéndose y precisándose en cada una de ellas. Entre otras, fue leído en el Congreso *The International Impact of the Mexican Revolution*, Mexican Studies Program, Universidad de Chicago, Estados Unidos, del 15 al 17 de octubre de 1993; en la *X Reunión de Historiadores Mexicanos, Estadounidenses y Canadienses. Migraciones en la Historia de Norteamérica*, Fort Worth, Estados Unidos, del 19 al 22 de noviembre de 1999; en el Coloquio Internacional *El siglo de la Revolución mexicana. Ayer, hoy y prospectivas 1910-2000*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, del 20 al 23 de junio de 2000, y en el Coloquio *México: país de exilios*, Universidad de Chicago, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, Chicago, Estados Unidos, del 17 al 19 de octubre de 2002. Esta última versión fue publicada en Javier Garcíadiego y Emilio Kourí (comps.), *Revolución y exilio en la historia de México. Del amor de un historiador a su patria adoptiva: homenaje a Friedrich Katz*, México, El Colegio de México, Centro Katz de Estudios Mexicanos, Universidad de Chicago, Era, 2010, pp. 539-565.

<sup>1</sup> Por mucho, el asilo político que más atención ha provocado es el de los españoles vencidos en la Guerra Civil. Al respecto, véanse los trabajos de Fernando Serrano Migallón,

del país, por razones políticas, entre 1911 y el final del primer tercio del siglo xx.<sup>2</sup> La importancia de su estudio no radica en el mero prurito de cubrir una “laguna” historiográfica, sino en la convicción de que, sabiendo el número, el perfil y la conducta de los exiliados, así como la actitud tomada hacia ellos por el nuevo régimen, será más inteligible la naturaleza de la Revolución mexicana y del sistema político que emergió de ella; esto es, el estudio de los exiliados sirve como termómetro, considerablemente fiel y preciso, para medir la intensidad y la profundidad de la ruptura revolucionaria, así como para precisar la posterior moderación del nuevo régimen político.

El proceso del exilio mexicano producido por la Revolución fue variado y complejo. Para comenzar, por las dañinas consecuencias de la violencia revolucionaria sobre casi todos los sectores de la economía nacional, junto a los diversos exilios políticos hubo una numerosísima emigración por razones laborales.<sup>3</sup> Asimismo, el proceso del exilio no concluyó con la salida de los individuos vinculados al gobierno de Victoriano Huerta, el último del Antiguo Régimen, sino que prosiguió, con intensidades diversas, como consecuencia de cada uno de los sucesivos enfrentamientos entre los distintos grupos revolucionarios. Esto hizo que, en términos sociológicos, dicho exilio no se redujera a miembros de las élites sino que también incluyera a numerosos elementos de las clases bajas medias; es más, los exiliados de las clases populares, como los de los orozquistas y

---

“...*Duras las tierras ajenas...*”. *Un asilo, tres exilios*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, y *La inteligencia peregrina; legado de los intelectuales del exilio republicano español en México*, México, El Colegio de México, 2009. Sin embargo, ahora se empieza a poner atención a los europeos exiliados por el fascismo y, sobre todo, a los sudamericanos que hace dos décadas huyeron de sus dictaduras militares. Véase Pablo Yankelevich, *México: país refugio. La experiencia de los exiliados en el siglo xx*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Plaza y Valdés, 2002; del mismo autor, *Ráfagas de un exilio. Argentinos en México, 1974-1983*, México, El Colegio de México, 2009.

<sup>2</sup> Para una visión general, véase Mario Ramírez Rancaño, *La reacción mexicana y su exilio durante la revolución de 1910*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Miguel Ángel Porrúa, 2002.

<sup>3</sup> El ingreso de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial produjo dos fenómenos aparentemente contrarios: mientras muchos jóvenes de origen mexicano regresaron a territorio nacional para evitar ser integrados al ejército estadounidense, hubo otros que se dirigieron a territorio norteamericano para ocupar las vacantes que en los sectores agrícola e industrial habían dejado los jóvenes enviados al frente europeo.

villistas, fueron mayores en términos estadísticos. Por último, también hubo exilios regionales, producidos por conflictos políticos locales, como fue el caso de los maytoerenistas, en 1915 en Sonora, o el de Esteban Cantú, en Baja California a partir de 1920.

El objetivo de este ensayo es analizar la naturaleza de cada uno de los flujos y grupos de exilio a fin de tratar de entender el proceso en su conjunto. Se pretende precisar las actividades políticas de los exiliados más significativos para conocer las causas de su salida del país. Es igualmente importante identificar sus destinos geográficos y saber si siguieron políticamente activos en su nuevo entorno, así como indagar sus posturas ante el nuevo régimen mexicano, ya fueran de desinterés, resignación o rechazo; debe también analizarse el grado y modo de adaptación de los exiliados a su nuevo contexto social y cultural. Asimismo, se busca explicar la actitud del naciente gobierno mexicano hacia ellos, las características de la negociación que luego permitió su regreso, y su posterior readaptación política, económica, social, ideológica y cultural al país. Incluso debe especularse sobre el costo en “capital humano” que significó para México el exilio que la lucha revolucionaria provocó en la élite precedente y en las sucesivas facciones vencidas dentro del elemento revolucionario.

## II

El primer flujo de exiliados políticos del siglo xx fue el de los liberales que huyeron hacia 1903 y 1904 a Estados Unidos, donde luego de una escisión se consolidó el grupo de los llamados magonistas. Sin embargo, este exilio fue consecuencia de su oposición al gobierno porfirista. En rigor, sólo la permanencia en el exilio de algunos de ellos puede ser caracterizada como exilio provocado por los gobiernos revolucionarios, a partir de su enfrentamiento con el gobierno maderista.<sup>4</sup> En términos precisos, el primer exilio

<sup>4</sup> El exilio magonista, además de en sus ‘fuentes’ originales, puede ser estudiado en varias monografías académicas. Para lo primero, véase el célebre periódico *Regeneración*, los epistolarios de los magonistas y testimonios como el de Ethel Duffy Turner. Respecto a los estudios académicos, además del de James Cockcroft, *Precursores intelectuales de la Revolución mexicana (1900-1913)*, México, Siglo XXI Editores, 1971, deben consultarse los de Juan Gómez Quiñones, *Las ideas políticas de Ricardo Flores Magón*, México, Era, 1977; William Raat, *Los revoltosos. Rebeldes mexicanos en los Estados Unidos, 1903-1923*, México,

producto de la Revolución fue el de Porfirio Díaz, sus familiares y sus principales colaboradores, quienes salieron de México a mediados de 1911. Para comenzar, debe consignarse que fue muy reducido estadísticamente, acaso explicable por la continuidad que hubo entre los regímenes de Díaz y de Madero, instrumentada por medio del interregno de Francisco León de la Barra<sup>5</sup> y posibilitada por la moderación ideológica del Presidente Madero, al grado de que es difícil aceptar que haya habido una ruptura revolucionaria con el arribo de éste al poder a finales de 1911. Así se explica que sólo se hayan tenido que expatriar los porfiristas más influyentes, acompañados de sus familias y de algunos colaboradores cercanos. Ilustrativamente, su salida fue, más que la huida de un dictador derrotado, una lenta despedida a un jefe de Estado, cariñosa y hasta protocolaria.<sup>6</sup> En estricto sentido, todo exilio supone una necesaria huida del país ante el riesgo físico que se tiene si se permanece en él. En este caso, por el talante de Madero, humanitario y respetuoso de la ley, no es creíble que la vida y la integridad de los principales porfiristas estuvieran en riesgo. Además de resultado de una negociación paralela a los 'Acuerdos' de Ciudad Juárez, su salida de México se dio como cumplimiento de una tradición política vigente a todo lo largo del siglo XIX.

Básicamente, este exilio se redujo a Porfirio Díaz, con su esposa Carmen Romero Rubio y sus hijos Porfirio y Amada; a Ramón Corral; al gobernador del Distrito Federal, Guillermo de Landa y Escandón, y a José Yves Limantour, todos con sus familias; a Roberto Núñez, subsecretario de Limantour; a Fernando González, hijo del general Manuel González, y ahijado y principal asistente de don Porfirio; a Rafael Chousal, su secretario particular, y a José Vega Limón, su antiguo secretario, entre otros

---

Fondo de Cultura Económica, 1988, y Rosalía Velázquez, *México en la mirada de John Kenneth Turner*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2004.

<sup>5</sup> Felipe Ávila, *Entre el Porfiriato y la revolución. El gobierno interino de Francisco León de la Barra*, México, Instituto de Investigaciones Históricas-Universidad Nacional Autónoma de México, 2005.

<sup>6</sup> Díaz y sus acompañantes estuvieron cinco días en el puerto de Veracruz esperando que zarpara el barco que los llevaría a Europa. La hospitalidad de los habitantes de Veracruz desmiente la idea que se tiene de su velado antiporfirismo debido a la represión contra unos partidarios de Sebastián Lerdo de Tejada cuando Díaz asumió el poder y a la represión de 1907 contra los obreros de Río Blanco; además, el gobernador Teodoro Dehesa era un acérrimo enemigo de los 'científicos', grupo al que pertenecían varios de los que acompañaban a Díaz al exilio.

pocos. Por el afrancesamiento de la élite porfirista, el resentimiento contra Estados Unidos —país al que consideraban culpable de su derrocamiento gracias al apoyo otorgado a Madero— y el especial atractivo de París —indiscutible capital mundial por esos años—, resulta comprensible que ese reducido grupo de mexicanos se haya radicado en esa ciudad. Las únicas excepciones fueron el hacendado sinaloense Diego Redo y Rafael Chousal, quienes permanecieron en España, y Olegario Molina, secretario de Fomento de Díaz, quien prefirió instalarse en Cuba para estar cerca de los múltiples intereses que poseía en Yucatán.

Dado el alto promedio de edad de la élite porfirista, era previsible la pronta reducción natural del núcleo de expatriados, tal como sucedió con Ramón Corral, muerto en París a principios de noviembre de 1912; con Rafael Chousal, muerto en febrero de 1916, con sus facultades mentales mermadas, en un hospital en la villa de Mondragón, de la provincia vasca, y con el propio Díaz, fallecido en París a principios de julio de 1915.<sup>7</sup> De otra parte, este grupo de expatriados aumentó por el número de hacendados que ya residían en París, o que lo hacían durante largas temporadas al año, y que con la nueva situación política en México tendieron a hacer definitiva su estancia. Asimismo, hubo casos de diplomáticos que residían en Europa y que prefirieron no regresar al país, previsiblemente sin empleo y atemorizados por la crisis que se vivía en México. Sus apellidos son emblemáticos de la llamada aristocracia porfiriana: Béistegui, Escandón, Mier e Yturbe. También hubo políticos porfiristas que permanecieron en México durante el maderismo, pero cuyas familias se instalaron, por seguridad, en Europa: un buen ejemplo es el de los Casasús.<sup>8</sup> Finalmente, el exilio de los políticos vinculados al porfirismo se multiplicó con la llegada de varios más —como Francisco León de la Barra—, quienes habían permanecido en México, del que tuvieron que salir luego de la debacle del gobierno de Victoriano Huerta, con el que habían colaborado.<sup>9</sup>

<sup>7</sup> Respecto a Ramón Corral, véase Jesús Luna, *La carrera pública de don Ramón Corral*, México, Secretaría de Educación Pública (Sepsetentas, 187), 1975.

<sup>8</sup> Por mucho, la mejor descripción del exilio de Porfirio Díaz y su familia está en la obra de Carlos Tello, *El exilio: un relato de familia*, México, Cal y Arena, 1993. En este libro se pone mucha atención a la familia Casasús.

<sup>9</sup> Para el exilio de León de la Barra, véase Peter Henderson, *In the absence of Don Porfirio. Francisco León de la Barra and the Mexican Revolution*, Wilmington, Delaware, Scholarly Resources, 2000.

Todo exilio provoca sentimientos tristes, nostálgicos, derrotistas, por la pérdida del poder y el alejamiento forzoso de familiares y amigos, así como de lugares y pertenencias apreciados. El de Porfirio Díaz se agravó por su convencimiento de la ingratitud del pueblo mexicano, acusado por él de olvidar sus esfuerzos por el progreso del país. Sin embargo, el de los porfiristas fue un exilio comparativamente menos amargo que el de los otros grupos que lo padecieron. Si bien los funcionarios perdieron sus salarios y fueron pronto sustituidos en los consejos de administración de las empresas que solían incorporarlos, lo cierto es que sus propiedades —incluidas jugosas “acciones”— permanecieron incólumes política y físicamente, por lo menos hasta la segunda mitad de 1914, produciendo rentas que les permitieron llevar una vida con lujos y sin esfuerzos, casi palaciega. Además de contar con recursos económicos abundantes, a estos exiliados les correspondió al principio residir en el París de la *belle époque*. Así, sus actitudes aristocratizantes encontraron un ambiente ideal en un exilio no sólo descansado sino socialmente lustroso. Es más, dado el prestigio del que don Porfirio y algunos de sus principales colaboradores —como Limantour, y luego León de la Barra— gozaban en Europa, durante su destierro fueron objeto de varias distinciones por parte de los gobiernos de Francia, Alemania, Inglaterra y España. Por ende, su situación estuvo lejos de ser aflictiva.

Otra característica del exilio del grupo porfirista fue que debido a su avanzada edad, a la enorme distancia habida entre Europa y México y al respeto del maderismo por sus propiedades, no se vieron obligados a participar en conspiraciones políticas que buscaran recuperar el poder. Además, ninguna de las potencias europeas ni de las grandes empresas extranjeras con intereses en México se vio urgida a presionarlos para que volvieran a participar en política. La postura apolítica de Porfirio Díaz y de sus principales allegados sólo cambió, temporalmente, durante la primera mitad de 1913. En efecto, con el triunfo del “cuartelazo de febrero”, al que apoyaron los exiliados porfiristas, pero en el que no estuvieron involucrados,<sup>10</sup> se acordó que Félix Díaz ocuparía pronto la presidencia del país, escenario que permitió pensar a don Porfirio en un regreso a México. Aunque era claro que el anciano dictador no volvería a ocupar el

<sup>10</sup> El yerno de Díaz, esposo de su hija Amada, Ignacio de la Torre y Mier, estuvo personalmente inmiscuido en los asesinatos de Madero y Pino Suárez.

poder, el ascenso del sobrino permitía pensar que algunos miembros de su grupo recuperarían gran influencia en la política. Sin embargo, el distanciamiento entre Victoriano Huerta y Félix Díaz, y el triunfo del primero, acabaron con las ilusiones de don Porfirio sobre su regreso al país. Se hizo evidente que el exilio sería vitalicio. Para colmo, la victoria de los ejércitos revolucionarios, a mediados de 1914, motivó que los porfiristas se preocuparan, por primera vez, del destino de sus intereses y propiedades. Al mismo tiempo estalló en Europa la Primera Guerra Mundial, por lo que el exilio no sólo se volvió definitivo sino que se tornó angustioso. Puede decirse que a partir de entonces este grupo quedó aislado en una Europa que se autodestruía y marginado del proceso histórico nacional.

Así como la caída del gobierno de Díaz dio lugar a la salida del país de sus principales componentes, el violento derrumbe del gobierno maderista, a principios de 1913, provocó también su cauda de exiliados. La primera diferencia entre ambos procesos radica en que mientras el primer grupo salió pacíficamente del país, el segundo lo hizo en una auténtica fuga, pues los familiares más cercanos y los principales colaboradores del Presidente temieron ser asesinados, como ya lo habían sido Francisco y Gustavo Madero, o José María Pino Suárez.<sup>11</sup> Una segunda diferencia con el exilio de los porfiristas fue su duración, pues mientras éstos ya no regresaron al país, algunos maderistas lo hicieron poco después, para sumarse a la resistencia armada contra el gobierno usurpador. Fue el caso del general Felipe Ángeles, enviado por Huerta a Europa después del cuartelazo, y quien regresó al país a finales del mismo 1913 para sumarse a las fuerzas de Pancho Villa.<sup>12</sup> Otros exiliados maderistas fueron Francisco Madero padre, Ernesto y Salvador Madero, su primo Rafael Hernández y Federico González Garza. Definir la naturaleza del exilio de este grupo reproduce las dificultades que se enfrentan para esclarecer la naturaleza del movimiento antirreeleccionista y del gobierno maderista. En concreto, si Federico González Garza era un miembro de la clase media

<sup>11</sup> Recuérdesse que varios familiares de Madero fueron sus principales colaboradores, por lo que su huida fue forzada por partida doble, en tanto familiares y en tanto colaboradores del Presidente derrocado.

<sup>12</sup> Véanse Odile Guilpain Peuliard, *Felipe Ángeles y los destinos de la Revolución mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991, y Adolfo Gilly (comp.), *Felipe Ángeles en la Revolución*, México, Era, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2008.

que pronto regresó al país para sumarse a la lucha contra Huerta,<sup>13</sup> Ernesto Madero, secretario de Hacienda de su sobrino, era el jefe económico de la familia, un conocido miembro de la alta burguesía del noreste del país y hombre de ideología política conservadora. Las complejidades aumentan si se considera que este notable empresario y la mayor parte de su acaudalada familia apoyaron —política y económicamente— a la facción villista en su lucha contra la de Carranza, luego de caído Huerta, lo que motivó que su exilio en Nueva York, y luego en Texas, se prolongara durante varios años más, debido a las duras represalias ejercidas contra ellos por Carranza.<sup>14</sup>

### III

El siguiente flujo de exiliados, el de los vinculados al gobierno huertista, fue radicalmente distinto a los exilios porfirista y maderista. Para comenzar, se dio en dos etapas claramente distinguibles, ya que primero salieron varios funcionarios y colaboradores del gobierno usurpador por haberse distanciado de Huerta. Esto es, su salida del país no se debió al triunfo de los revolucionarios sino a conflictos en el interior del huertismo, algunos de ellos graves, que incluso ponían en riesgo la integridad del político en turno. Entre éstos, el más importante fue Félix Díaz, sobrino de don Porfirio, quien salió del país en octubre de 1913, luego de convencerse de que Huerta, contra lo acordado en el Pacto de la Embajada, no le endosaría el poder. Así, cómplices meses antes, pronto se convirtieron en violentos e irredentos competidores.<sup>15</sup> El otro participante en el Pacto de la Embajada, Rodolfo Reyes, al principio fue secretario de Justicia de Huerta, pero luego se distanció de él, al grado de que dejó el gabinete para convertirse en

<sup>13</sup> Enrique Moguel, *Exilio maderista. Un estudio de caso: el licenciado Federico González Garza en Estados Unidos, 1913-1914*, México, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad Nacional Autónoma de México, tesis de licenciatura en historia, 2001.

<sup>14</sup> Consúltese María José García, *Empresas, familia y decisiones: cómo nació y creció la Compañía Minera Aulán*, México, El Colegio de México, tesis de doctorado en historia, 2007.

<sup>15</sup> Véanse Luis Liceaga, *Félix Díaz*, México, Editorial Jus, 1958, y Peter Henderson, *Felix Diaz, the Porfirians, and the Mexican Revolution*, Lincoln/Londres, University of Nebraska Press, 1981.

miembro del grupo opositor dentro del Congreso; comprensiblemente, también salió forzosamente al extranjero, luego de haber sufrido algunos meses de prisión.<sup>16</sup> Otros ejemplos de colaboradores de Huerta que tuvieron que abandonar el país por miedo a sus represalias podrían ser Manuel Mondragón, Toribio Esquivel Obregón, Federico Gamboa y José López Portillo y Rojas.<sup>17</sup> Asimismo, hubo otros que salieron del país como representantes diplomáticos del gobierno de Huerta y que permanecieron en el extranjero, ya en calidad de expatriados, al triunfo del constitucionalismo: unos eran representantes oficiales, como Francisco León de la Barra y Carlos Pereyra;<sup>18</sup> otros fueron delegados de México ante las Conferencias de Niagara Falls, como Emilio Rabasa, Agustín Rodríguez y Luis Elguero.<sup>19</sup>

A su vez, el exilio de los huertistas provocado por el triunfo militar de los constitucionalistas debe ser dividido en tres etapas. Primeramente, el crecimiento de los ejércitos revolucionarios provocó, a lo largo de 1913, la salida de numerosos hacendados norteros, como los Terrazas.<sup>20</sup> Posteriormente, el avance al centro del país, con la toma de la ciudad de México a mediados de 1914, produjo una auténtica estampida de los sectores adinerados y de los funcionarios gubernamentales, algunos de los cuales lograron huir luego de azarosas aventuras, como fue el caso de Eduardo Iturbide, gobernador del Distrito Federal al triunfo de los alzados, y a quien le correspondió hacerles entrega de la ciudad.<sup>21</sup> El último momento del exilio huertista tuvo lugar un par de meses después; dado que el puerto de Veracruz estaba ocupado por marinos norteamericanos desde el mes de abril, muchos huertistas se alojaron allí, aprovechando la seguridad que

<sup>16</sup> Rodolfo Reyes, *De mi vida. Memorias políticas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1929-1930, 2 vols.

<sup>17</sup> Consúltense Federico Gamboa, *Mi diario VI (1912-1919)*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995, y Mónica Blanco (est. introd., selec. y notas), *Desde el exilio: correspondencia de Toribio Esquivel Obregón, 1914-1924*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 2005.

<sup>18</sup> Henderson, *In the absence...*, *op. cit.* Sobre Pereyra, puede consultarse Luis Garrido, *Carlos Pereyra*, México, Ediciones Botas, 1969.

<sup>19</sup> Sobre Rabasa, debe consultarse el reciente libro de Charles Hale, *Emilio Rabasa and the survival of Porfirian liberalism. The man, his career, and his ideas, 1856-1930*, Stanford, Stanford University Press, 2008.

<sup>20</sup> Para la salida de los Terrazas, véase Héctor Chávez Barrón, *Luis Terrazas*, México, Clío, 2004.

<sup>21</sup> Eduardo Iturbide, *Mi paso por la vida*, México, Editorial Cultura, 1941.

les brindaba la administración estadounidense del puerto, con el objetivo de analizar pausadamente la postura del gobierno de Carranza hacia ellos. Cuando se convencieron de que no habría arreglo ni clemencia, y ante el inminente peligro de que los carrancistas ocuparan el puerto luego del retiro de los norteamericanos, los huertistas terminaron por abandonar el país antes de que finalizara 1914.<sup>22</sup>

Son dos las principales diferencias del exilio huertista respecto a los dos flujos previos: numérica y geográfica. La primera se debe a que el radicalismo de la facción constitucionalista fue mucho mayor que el de los alzados maderistas, por lo que numerosos miembros de la burguesía —especialmente los hacendados— prefirieron huir del país por considerar que sus vidas peligraban. Estriba también en que no sólo se fueron al exilio los políticos más encumbrados, como con don Porfirio, sino incluso funcionarios medianos y menores. En otras palabras, el exilio huertista fue el primer flujo, y acaso el único, que puede considerarse numeroso.<sup>23</sup> En efecto, fueron muchos los hacendados aterrorizados porque las predecibles reivindicaciones socioeconómicas con las que se buscaría satisfacer a las masas que conformaban los ejércitos constitucionalistas serían hechas a su costa. Fueron igualmente numerosos los políticos y funcionarios huertistas, incluidos muchos de carácter local y regional, que abandonaron el país, porque a diferencia de la transición entre Díaz y Madero, plena de continuidades, en esta ocasión hubo una ruptura radical. Recuérdese que se habían hecho amenazas directas contra los involucrados en los crímenes de Madero y Pino Suárez; pero lo grave es que dichas amenazas eran extensibles, y por ello lo numeroso de los aterrorizados, “a todos aquellos que de una manera oficial o particular hubiesen reconocido o ayudado [...] al llamado Gobierno del General Huerta”. El miedo de todos los acusables se justificaba: se les amenazaba con la pena de muerte.<sup>24</sup> Aunque ésta fue aplicada de manera muy restringida,<sup>25</sup> resultó sufi-

<sup>22</sup> Cfr. Gamboa, *op. cit.*

<sup>23</sup> Es ilustrativo que en el análisis de Ramírez Rancaño (véase la nota 2) predominen, sobradamente, los exiliados huertistas.

<sup>24</sup> El decreto está fechado el 14 de mayo de 1913. Lo temprano de su redacción implica que buscaba evitar que Huerta obtuviera muchos apoyos, pues ayudaría a la consolidación de su gobierno.

<sup>25</sup> El poblano Alberto García Granados fue fusilado el 8 de octubre de 1915 en la escuela de tiro de la ciudad de México por órdenes de Pablo González. Existen dos versiones

ciente para mantener en un largo exilio —hasta la caída de Carranza, a mediados de 1920— a numerosos colaboradores y simpatizantes del huertismo. En efecto, para atemorizarlos se habló de “listas” de indeseables, se les dieron malos tratos administrativos y consulares y se intervinieron sus propiedades.<sup>26</sup>

Además del aspecto numérico, la otra diferencia notable fue la geográfica. A pesar del odio que el gobierno huertista desarrolló contra Estados Unidos, al que consideraba culpable de su caída por el apoyo de Woodrow Wilson a los alzados y por su creciente animosidad contra él, el inicio de la Primera Guerra Mundial impidió que los mexicanos que entonces huyeron del país encontraran asilo propicio en el Viejo Continente. Además de los que ya se encontraban en Europa desde hacía varios meses, como León de la Barra, Carlos Pereyra y Rodolfo Reyes, uno de los pocos que llegaron a Europa fue el propio Victoriano Huerta, quien al poco tiempo se dirigió a Estados Unidos para preparar un movimiento contrarrevolucionario. Para su desgracia, falleció —de manera poco clara— antes de penetrar en México para iniciar su lucha,<sup>27</sup> y su muerte indudablemente afectó la naturaleza del exilio de muchos de sus colaboradores. El resto de aquellos expatriados se dirigió a Estados Unidos, aunque varios prefirieron radicarse en Cuba o en algún país centroamericano. El asentamiento de mexicanos en estos países tiene explicaciones geográficas, políticas, ideológicas y lingüísticas. Igual que los yucatecos Olegario Molina y allegados, veracruzanos como Teodoro Dehesa y Salvador Díaz Mirón prefirieron radicarse en Cuba,<sup>28</sup>

sobre la causa de su muerte: algunas fuentes indican que fue ejecutado porque estaba enterado de un supuesto intento de arreglo inicial del Primer Jefe con Victoriano Huerta; otras señalan que fue en venganza por haber manifestado que “la bala que matara a Madero salvaría al país”. Cfr. varios autores, *Así fue la Revolución mexicana*, México, Secretaría de Educación Pública, Senado de la República, 1985-1986, vol. 8 (A-M), p. 1597. También véase “El fusilamiento de García Granados descrito por Pablo González”, en José C. Valadés, *La revolución y los revolucionarios, tomo II, parte 2. Las rupturas en el constitucionalismo*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (Memorias y testimonios), 2007, pp. 463-556.

<sup>26</sup> Al respecto, consúltese el Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, el que cuenta, para los años que aquí interesan, con una útil guía: Berta Ulloa, *Revolución mexicana, 1910-1920*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1963.

<sup>27</sup> Michael C. Meyer, *Huerta: un retrato político*, México, Editorial Domés, 1983.

<sup>28</sup> Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, libro encuadernado 818, legajo 1, 1ª parte, folios 38-39 (en adelante AHSRE, LE, leg., f.).

en un ambiente afín al suyo y más cerca de sus intereses económicos y de sus redes familiares. Asimismo, numerosos expatriados huertistas se negaron a permanecer en Estados Unidos por repudiar su actitud política, por rechazar su cultura e idiosincrasia o por desconocer su lengua.<sup>29</sup>

La aproximación geográfica al exilio huertista es complicada, pues la mayor parte de los emigrados no permaneció en un solo lugar durante su destierro. La mayoría de los ejemplos de estancias en más de un país consistió en una primera residencia en Europa o Cuba, por lo general breve, y luego otra en Estados Unidos, en busca de mejores oportunidades económicas: tal fue el caso del general federal José Refugio Velasco y de Manuel Garza Aldape, secretario de Gobernación con Huerta, así como de Francisco Pascual García, abogado católico, secretario de la Universidad Nacional y luego senador huertista, o de Rafael Reyes Spíndola, famoso fundador y director de *El Imparcial*.<sup>30</sup> Sin embargo, en varios casos se invirtió el proceso, como con Federico Gamboa, quien permaneció primero en Estados Unidos y luego terminó haciéndolo en Cuba, o con José Elguero, que siguió la misma ruta.<sup>31</sup> Hubo, obviamente, casos más complejos, como el de Querido Moheno, que de Nueva York fue a Guatemala y de allí a Nueva Orleans, para terminar finalmente en La Habana, pues Norteamérica le resultaba muy “hostil”, mientras que Cuba le parecía hospitalaria y noble, acaso en pago de una supuesta “deuda” porque numerosos héroes cubanos habían tenido que vivir “en tierra ajena”;<sup>32</sup> otro caso de exilio itinerante fue el de Victoriano Salado Álvarez, que de Brasil, donde trabajaba en

<sup>29</sup> Consúltese Gamboa, *op. cit.*

<sup>30</sup> *El Imparcial* comenzó a circular en la ciudad de México en octubre de 1896; con él nació el estilo moderno de informar. Respaldó abiertamente al gobierno de Porfirio Díaz y, en consecuencia, fue opositor de Francisco I. Madero. Desapareció en julio de 1914, luego del triunfo revolucionario encabezado por Venustiano Carranza. Cfr. *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1991, t. II, p. 732. Véase también Clara Guadalupe García, *El Imparcial. Primer periódico moderno de México*, México, Centro de Estudios Históricos del Porfiriato, 2003.

<sup>31</sup> De hecho, Federico Gamboa fue virtualmente expulsado de Estados Unidos. Consúltese [José Elguero] “Antímaco Sax”, *Los mexicanos en el destierro*, San Antonio, Texas, International Printing, 1916.

<sup>32</sup> La vida y la obra de Querido Moheno en el exilio han quedado plasmadas en su libro *Sobre el ara sangrienta*, México, Editorial Andrés Botas e Hijo, 1922.

la legación, se fue a Europa, para regresar a radicarse en Costa Rica y El Salvador.<sup>33</sup>

El análisis geográfico del exilio no puede reducirse a entidades tan amplias como Europa, Centroamérica o Estados Unidos. No era lo mismo estar exiliado en Francia que en España: simplemente considérese que mientras la primera era el epicentro de la Guerra Mundial, la segunda se mantuvo neutral en el conflicto; también considérese que para los profesionistas y los intelectuales, quienes conformaban un alto porcentaje del total de los exiliados, era más difícil encontrar trabajo en Francia que en España. Estas dos razones fueron las que llevaron a Alfonso Reyes a dejar Francia por España luego de que a mediados de 1914 quedó cesante como miembro del cuerpo diplomático huertista.<sup>34</sup> Tampoco era lo mismo estar exiliado en El Salvador, país con buena relación con los gobiernos revolucionarios mexicanos, que en Guatemala, donde el dictador Manuel Estrada Cabrera, al contrario, era un enemigo acérrimo de dichos gobiernos, por lo que apoyaba la labor de los exiliados.<sup>35</sup>

Asimismo, de exiliarse en Estados Unidos, no era lo mismo estar en Texas, California, Nueva Orleans o Nueva York. Más aún, de asentarse en Texas, tampoco era indistinto hacerlo en El Paso que en San Antonio. Casi podría decirse que en la primera predominarían los villistas y en la segunda los huertistas,<sup>36</sup> los que también fueron mayoría en Nueva York.

<sup>33</sup> Consúltese Juan López (est. y comp.), *Correspondencia de don Victoriano Salado Álvarez, 1894-1931*, Guadalajara, Gobierno del Estado de Jalisco, 1991, pp. 597-612. Véase también Alberto Vital, *Un porfirista de siempre, Victoriano Salado Álvarez (1867-1931)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2002.

<sup>34</sup> Alfonso Reyes estaba en Francia como miembro del servicio diplomático huertista, pero cuando la totalidad de éste fue cesado luego del triunfo constitucionalista, quedó como exiliado, con miedo a volver al país por ser hijo de Bernardo Reyes y hermano de Rodolfo, ambos inmiscuidos en las muertes de Madero y Pino Suárez.

<sup>35</sup> Para el apoyo de Estrada Cabrera al rebelde contrarrevolucionario Luis Medina Barrón, exgeneral federal famoso por haber sido vencido por Villa en la toma de Zacatecas de junio de 1914, en AHSRE, LE 798, leg. 26 (16), ff. 2-6. Para una visión en conjunto de las relaciones de Estrada Cabrera con la Revolución mexicana, véanse Thomas Louis Benjamin, *El camino a Leviatán. Chiapas y el Estado mexicano, 1891-1947*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990, y Mario Ramírez Rancaño, "Guatemala y la Revolución mexicana", en *Argumentos. Estudios Críticos de la Sociedad*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, núm. 35, 2000, pp. 5-23.

<sup>36</sup> Charles H. Harris III y Louis R. Sadler, *The Secret War in El Paso. Mexican Revolutionary Intrigue, 1906-1920*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2009.

Las preferencias también tuvieron razones de vecindad. Por ejemplo, algunos políticos del noroeste mexicano, como el sonorenses Maytorena o el bajacaliforniano Esteban Cantú, se radicaron en Los Ángeles.<sup>37</sup> Asimismo, también fue determinante la existencia previa de “redes” políticas o socioeconómicas. Por ejemplo, los felicistas se concentraron en Nueva Orleans, lo que se explica por ser Veracruz su zona de operaciones bélicas en México. Por lo general, la decisión sobre el lugar del asentamiento fue resultado de una combinación de factores, principalmente geográficos y de “redes” previas.

Otra característica del exilio huertista fue que, a diferencia del madeirismo, el carrancismo triunfante disolvió legalmente al derrotado Ejército Federal.<sup>38</sup> Su decisión conjunta de disolver los aparatos político-burocrático y militar del huertismo fue esencial para la disolución del Antiguo Régimen mexicano. Obviamente, también influyó en el fenómeno del exilio. En efecto, muchos militares federales se expatriaron, unos por temor a las represalias y otros por carecer de empleo. Aunque podría suponerse que la soldadesca permaneció en México, se sabe que no sólo se dirigió al extranjero la alta jerarquía militar, como Aureliano Blanquet,<sup>39</sup> Ignacio Bravo, Rómulo Cuéllar, Gustavo y Joaquín Maas, Manuel Mondragón, Guillermo Rubio Navarrete, Eugenio Rascón, Juvencio Robles, Gustavo Adolfo Salas, Joaquín Téllez, Luis E. Torres y José Refugio Velasco, entre otros, sino también oficiales menos destacados e influyentes, como Francisco de P. Álvarez, Prisciliano Cortés, Luis Medina Barrón, Ignacio Morelos Zaragoza, Gaudencio de la Llave y Manuel M. Velásquez. Por su edad, algunos de ellos murieron en el exilio —como Mondragón, en España, en 1922— y otros permanecieron alejados de toda actividad política; otros más, fieles a su oficio u obligados por la necesidad, conspi-

<sup>37</sup> Consúltense Laura Alarcón, *José María Maytorena. Una biografía política*, México, El Colegio de Jalisco, El Colegio de Sonora, Universidad Iberoamericana, 2008. Sobre Cantú, véanse *Apuntes históricos de Baja California Norte*, México, s. p. i., 1957, y Joseph Richard Werne, “Esteban Cantú y la soberanía mexicana en Baja California”, en *Historia Mexicana*, El Colegio de México, México, vol. xxx, núm. 1, julio-septiembre 1980, pp. 1-32.

<sup>38</sup> Al respecto, véanse los llamados Tratados de Teoloyucan, de agosto de 1914, en los que se dispuso la disolución del Ejército Federal.

<sup>39</sup> Héctor Díaz Zermeno, *¿Cancerbero del traidor Victoriano Huerta o militar leal? Aureliano Blanquet (1848-1919)*, México, Facultad de Estudios Superiores Acatlán-Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.

raron en el extranjero contra el gobierno de Carranza y luego volvieron al país para luchar en su contra: Félix Díaz, Blanquet y Gaudencio de la Llave serían los mejores ejemplos, pero no los únicos.<sup>40</sup>

Asimismo, las políticas anticlericales de muchos jefes constitucionales forzaron a casi toda la jerarquía católica, e incluso a cientos de sacerdotes,<sup>41</sup> a ir al exilio, al mismo tiempo que numerosos religiosos y religiosas extranjeros prefirieron regresar a sus países de origen.<sup>42</sup> La decisión de su salida estaba relacionada con las acusaciones carrancistas de que habían apoyado ideológica, política y hasta financieramente al huertismo. Ante tantos y tan graves cuestionamientos, se optó por el exilio. Aunque los clérigos mexicanos se esparcieron por Cuba, Centroamérica, Europa y Estados Unidos, varios de los prelados más influyentes se concentraron en Chicago, al amparo de monseñor Francis Clement Kelley, quien no sólo se dedicó a difundir los agravios sufridos en México por los religiosos católicos, sino que organizó un programa de auxilio para los más necesitados, pues había muchos que carecían de recursos económicos suficientes. Si bien durante un tiempo permanecieron dedicados a labores pastorales, intelectuales y —sobre todo— caritativas, apoyando a los exiliados con mayores carencias, los arzobispos y obispos mexicanos fueron los primeros en protestar contra la nueva Constitución de 1917. En efecto, a menos de un mes de su promulgación, los prelados exiliados —encabezados por el arzobispo de México, José Mora y del Río— protestaron contra los artículos 3° y 130 mediante la llamada “Acta de Chicago”.<sup>43</sup>

Como en todos los grupos de exiliados, en el de los prelados hubo actitudes diversas. Unos estaban más politizados que otros: por ejemplo, el arzobispo de Guadalajara, Francisco Orozco y Jiménez, regresó al país a finales de 1916 para encabezar a sus feligreses en su oposición a las disposiciones anticlericales constitucionalistas, movimiento que por momentos

<sup>40</sup> Para De la Llave, véanse AHSRE, LE 859, leg. 7 (2), ff. 2-4, y Javier Garcíadiego, *Porfiristas eminentes*, México, Breve Fondo Editorial, 1996.

<sup>41</sup> Dicha jerarquía estaba compuesta por ocho arzobispos y 22 obispos, al frente de poco menos de cinco mil sacerdotes.

<sup>42</sup> La salida masiva de los ministros y religiosos extranjeros se dio luego de 1917, cuando las nuevas disposiciones legales prohibían su estancia en el país.

<sup>43</sup> Consúltese Gastón García Cantú, *El pensamiento de la reacción mexicana. Historia documental, 1810-1962*, México, Empresas Editoriales, 1965.

derivó en resistencia armada, lo que le valió su expulsión del país y su vuelta al exilio, del que regresó en 1919 para dirigir la lucha contra las disposiciones anticlericales del gobernador Manuel Diéguez.<sup>44</sup> Asimismo, unos fueron acusados de mantener relaciones con el movimiento contrarrevolucionario de Félix Díaz, mientras que otros estuvieron muy cercanos a las organizaciones de católicos estadounidenses, las que constantemente abogaron por una intervención norteamericana armada en México como única posibilidad de salvaguardar el catolicismo local. Ciertamente, también hubo prelados mexicanos que rechazaban dicha intervención armada y abiertamente propusieron resignación y acuerdos pacíficos para resolver las desavenencias con el nuevo gobierno. Aunque algunos permanecieron expatriados varios años, y hasta hubo quien —como don Ignacio Montes de Oca— muriera en el extranjero, otros regresaron al país para asumir sus deberes ministeriales, decididos a enfrentar cualquier riesgo, ya fuese como resultado de la presión del Vaticano o tan pronto se percataron de que Carranza y algunos gobernadores no eran muy estrictos en la aplicación de la legislación anticlerical.<sup>45</sup>

Por lo que se refiere a los exiliados civiles, esto es, los políticos del huertismo, sus diferencias con los porfiristas son varias y esenciales. En primer lugar, eran más jóvenes, por lo que no estaban dispuestos a resignarse a permanecer inactivos en el extranjero el resto de sus vidas. Al contrario, tenían muchos motivos para actuar políticamente y colaborar en el derrocamiento del régimen carrancista y en la instauración de uno que les permitiera volver a México como protagonistas. Su simple número les permitía organizarse y actuar en política. Asimismo, ya sea que radicaran en Cuba, en Centroamérica o en Estados Unidos, la cercanía con México hizo que estuvieran más informados sobre lo que sucedía en el país. Ade-

<sup>44</sup> Orozco y Jiménez tuvo una vida muy agitada en términos políticos: a principios de la Revolución, antes de estar en Guadalajara estuvo en Chiapas —en San Cristóbal de Las Casas—, donde se le involucró con un movimiento armado hacia 1911; se exilió luego del triunfo constitucionalista por un par de años, y al regresar al país encabezó en Jalisco la resistencia contra el gobernador Manuel Diéguez, en 1919, lo que le valió un nuevo destierro; finalmente, en la década siguiente fue un abierto simpatizante del movimiento cristero. Para una biografía en extremo laudatoria, véase Vicente Camberos Vizcaíno, *Francisco el Grande: Mons. Francisco Orozco y Jiménez, biografía*, México, Editorial Jus, 1966, 2 vols.

<sup>45</sup> Robert Quirk, *The Mexican Revolution and the Catholic Church, 1910-1929*, Bloomington/Londres, Indiana University Press, 1973.

más, el gobierno y los empresarios de Estados Unidos estaban muy interesados en la Revolución mexicana y siempre intervinieron activamente en su proceso, lo que obligó a los exiliados a manifestarse a favor o en contra de dichas posturas, forzándose a permanecer políticamente activos. Sin embargo, el mayor estímulo que tuvieron para actuar fue el radicalismo del movimiento constitucionalista, en comparación con el maderista, pues los obligó a luchar contra el gobierno de Carranza para defender sus intereses. Incluso algunos exiliados que estaban en Europa se trasladaron a Estados Unidos, como Joaquín Casasús, para hacer más factible dicha defensa.

Otra diferencia notable radicaba en sus recursos económicos, pues la mayoría de los políticos huertistas era ajena a la oligarquía y a las clases altas porfirianas, salvo excepciones como Manuel Mondragón y Eduardo Tamariz. Por ende, los más tuvieron que trabajar para sobrevivir. Sin embargo, mientras Aureliano Urrutia, antiguo secretario de Gobernación, pero prestigiadísimo médico, obtuvo un notable éxito profesional en San Antonio, lo que le permitió vivir con comodidades y radicarse allí permanentemente,<sup>46</sup> hubo otros que sufrieron grandes carencias, como el escritor José Juan Tablada, quien se encontró desempleado en Nueva York, por lo que para subsistir tuvo que impartir lecciones de francés,<sup>47</sup> o como el también escritor Victoriano Salado Álvarez, que terminó su duro exilio itinerante como profesor de escuela secundaria en El Salvador, país en el que antes de la Revolución había sido representante diplomático.<sup>48</sup> Otros ejemplos ilustrativos podrían ser los de Amado Nervo y Luis G. Urbina. Fue tan dura su situación en el extranjero, sin empleo ni sinecuras, que algunos cambiaron interesadamente su posición política, lo que les permitió volver al país o recibir ciertos encargos gubernamentales, princi-

<sup>46</sup> Véase Cristina Urrutia Martínez, *Aureliano Urrutia. Del crimen político al exilio (1872-1975)*, México, Tusquets Editores, 2008. Algunas precisiones biográficas sobre éstos y otros militares, en Ramírez Rancaño, *La reacción mexicana...*, *op. cit.*

<sup>47</sup> José Juan Tablada salió de México en 1914 rumbo a Nueva York, regresando al país cuatro años más tarde. Colaboró en el servicio diplomático en representación del gobierno de Carranza. Véanse José Juan Tablada, *Obras IV-Diario (1900-1944)*, Guillermo Sheridan (ed.), México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992, y Rubén Lozano Herrera, *José Juan Tablada en Nueva York: búsqueda y hallazgos en la crónica*, México, Universidad Iberoamericana, 2000.

<sup>48</sup> Para Salado Álvarez, véase la nota 33.

palmente diplomáticos y culturales, como le sucedió a los mismos Nervo y Tablada, o a don Francisco de Icaza.<sup>49</sup>

La diferencia de recursos económicos entre los expatriados porfiristas y los huertistas era enorme. Sin embargo, un paliativo que encontraron los segundos fue haberse radicado en ciudades donde ya estaba establecida una fuerte colonia de mexicanos, parte de la cual procedía de flujos migratorios muy recientes —de finales del siglo XIX y principios del XX—, o incluso se remontaba al periodo hispánico y luego mexicano del territorio adquirido por Estados Unidos a mediados de aquella centuria. Consecuentemente, los exiliados en Norteamérica tendieron a ubicarse en contextos espaciales, económicos, sociales y culturales similares a los de su procedencia. Así, pronto podrían establecer nexos para encontrar empleo y ocuparse profesionalmente en estos medios, lo que explica por ejemplo el éxito económico del doctor Aureliano Urrutia; asimismo, no fueron pocos los intelectuales que encontraron acomodo en las empresas de grupos ya considerablemente establecidos: tal fue el caso del escritor Nemesio García Naranjo, vinculado desde su llegada a las empresas editoriales de don Luis Lozano.<sup>50</sup>

Los problemas cotidianos de los huertistas expatriados no se redujeron a la búsqueda y construcción de “redes” sociales, a su adaptación al nuevo entorno cultural, a la restricción de recursos económicos y a la necesidad de trabajar en ocasiones en oficios desconocidos. A diferencia de Porfirio Díaz y su séquito, tan admirados en Europa, los huertistas fueron mal recibidos en Estados Unidos. Dicho rechazo se debió a su desprestigio por haber colaborado en el gobierno usurpador y criminal de Huerta y a sus constantes críticas al gobierno de Washington por considerarlo culpable de su derrota ante los constitucionalistas.<sup>51</sup> Esto explica que no fueran

<sup>49</sup> Varios diplomáticos porfirio-huertistas fueron reincorporados al Servicio Exterior durante la presidencia de Carranza.

<sup>50</sup> Para el exilio de Nemesio García Naranjo, secretario de Instrucción de Victoriano Huerta, en San Antonio, véase *Memorias de Nemesio García Naranjo. Octavo tomo. Nueve años de destierro*, Monterrey, N. L., Talleres “El Porvenir”, s/f. Respecto a las empresas editoriales de la familia Lozano, véase Francine Medeiros, “*La Opinión*, A Mexican Exile Newspaper: A Content Analysis of Its First Years, 1926-1929”, en *Aztlán. International Journal of Chicago Studies Research*, Los Ángeles, Chicano Studies Research Center Publications, University of California, vol. II, núm. 1, primavera 1980, pp. 65-87.

<sup>51</sup> Si se analiza la producción intelectual de estos exiliados, se hace evidente, inmediatamente, su dura postura ante Woodrow Wilson. Véase, por ejemplo, Francisco Bulnes,

bien tratados por los funcionarios gubernamentales estadounidenses. Los casos más notables fueron los de Huerta y Pascual Orozco, ambos muertos en Estados Unidos.<sup>52</sup> Además, si a Federico Gamboa se le expulsó de Estados Unidos, por lo que tuvo que dirigirse a Cuba, a Nemesio García Naranjo se le llegó a acusar de violar las leyes de neutralidad.<sup>53</sup> Sin embargo, también es cierto que las desavenencias entre Washington y el gobierno de Carranza abrieron espacios para determinados acercamientos y maniobras con algunos núcleos de exiliados, los que en ciertos momentos llegaron a ser usados como armas de presión contra el gobierno mexicano, o incluso a ser considerados como probables alternativas. Sobre todo, las posibilidades de actuar políticamente para los exiliados se multiplicaron y fortalecieron con la existencia de grupos contrarios a la administración de Woodrow Wilson, como lo fueron casi todos los miembros del Partido Republicano,<sup>54</sup> por cuyo triunfo actuaron en las elecciones presidenciales de finales de 1916.

Si bien muchos de los expatriados en Estados Unidos, desilusionados por su derrota o temerosos de las represalias, se alejaron de la política, los que permanecieron activos lo hicieron de manera constante y coherente, y las transformaciones en sus posturas y procedimientos se debieron a los cambios en las circunstancias tanto mexicanas como estadounidenses. Es decir, para explicarse el fenómeno del exilio no basta ubicarse en el contexto de la Revolución mexicana, o conocer las relaciones bilaterales entre México y Estados Unidos; también es preciso comprender las situaciones de América Latina y Europa, y en particular la evolución de la Primera Guerra Mundial.

*Toda la verdad acerca de la Revolución mexicana: la responsabilidad criminal del Presidente Wilson en el desastre mexicano*, México, Libro-Mex, 1977.

<sup>52</sup> Pascual Orozco fue acusado en Estados Unidos de violar, junto con Victoriano Huerta, las leyes de neutralidad, por lo que fue encarcelado en Fort Bliss, Texas. El 30 de agosto de 1915 murió a manos de unos rancheros texanos cuando intentaba robar unos caballos. Cfr. varios autores, *Así fue la Revolución...*, *op. cit.*, vol. 8 (n-z), pp. 1662-1663.

<sup>53</sup> García Naranjo señaló que tuvo que “comparecer ante el Jurado Popular de Laredo, Texas” y pagar “una fuerte multa”. Cfr. *Revista Mexicana*, San Antonio, Texas, 16 noviembre 1919, y *Memorias de Nemesio García Naranjo...*, *op. cit.*, pp. 353, 363 y 364.

<sup>54</sup> El caso más constante y notable fue el del senador por Nuevo México, Albert Fall.

## IV

La primera acción política importante de los exiliados huertistas fue la organización de la Asamblea Pacificadora, a principios de 1915, argumentando estar alarmados por la falta de un acuerdo pacífico entre los distintos grupos de revolucionarios y por la inminente guerra entre constitucionalistas y convencionistas, lucha que preveían —acertadamente— violentísima y que consideraban innecesaria e inútil, dado que no veían mayores diferencias entre Carranza, Álvaro Obregón, Pablo González, Villa o Zapata. Así, varios expatriados radicados en San Antonio, Texas, decidieron organizar la Asamblea Pacificadora, destacando Federico Gamboa, Querido Moheno y Toribio Esquivel Obregón, todos miembros de algún gabinete huertista, o José Elguero, periodista católico, el porfirista Eduardo Iturbide y el liberal moderado Jesús Flores Magón, así como los generales Ignacio Bravo, Luis Medina Barrón y Juvencio Robles, y el ingeniero David de la Fuente, ligado al orozquismo.<sup>55</sup> El primer objetivo de la Asamblea era lograr el restablecimiento del orden y la paz en el país, para lo cual decidieron, ingenuamente, pedir a los principales caudillos revolucionarios que depusieran las armas. También buscaban que se diera una reconciliación con ellos, permitiéndoseles volver al país. Hubo quienes incluso pensaron en apelar a las armas, organizando un movimiento contrarrevolucionario que los llevara al poder, lo que contradecía el nombre y objetivo original de su organización. Obviamente, pronto cundieron varias diferencias en el interior de un grupo tan disímulo, decayendo la participación de la mayoría, que se limitó luego a la de los más exaltados. Para colmo, los revolucionarios desairaron su propuesta y el gobierno norteamericano comenzó a obstruir su labor, al grado de expulsar a su principal dirigente, Federico Gamboa, todo lo cual explica que la agrupación se disolviera a los pocos meses.<sup>56</sup>

El siguiente acontecimiento que provocó la movilización de los expatriados fue el arribo de Huerta a Nueva York, en abril de 1915 —procedente de Barcelona, ciudad en la que se había radicado después de huir de México— y donde se le presentaron algunos políticos que simpatizaban con él —como Enrique C. Creel—, pidiéndole que volviera al país para

<sup>55</sup> Además de los textos de Gamboa y de [Elguero] “Antímaco Sax”, debe consultarse Moheno, *op. cit.*, p. 23.

<sup>56</sup> Consúltese Gamboa, *op. cit.*, pp. 231-233.

imponer la paz y el orden ante el enfrentamiento entre carrancistas y convencionistas.<sup>57</sup> Por su parte, el gobierno alemán estaba vivamente interesado en que Huerta se convirtiera en una amenaza para Estados Unidos, pues por entonces veían en él al único capaz de iniciar una seria campaña militar contrarrevolucionaria. En efecto, desde un principio éste contó con el apoyo de muchos exfederales, de los orozquistas y de varios antiguos colaboradores suyos, si bien es cierto que no recibió el respaldo de los exiliados felicistas, ni el de los que seguían involucrados con la Asamblea Pacificadora. Sin embargo, perfectamente vigilado por las autoridades y agentes estadounidenses, tan pronto Huerta se desplazó a Texas, a mediados de año, fue aprehendido junto con Pascual Orozco. Ambos murieron en condiciones poco claras antes de penetrar en el país: Orozco, a finales de agosto; Huerta, en enero de 1916.<sup>58</sup> Con su muerte los exiliados perdieron a su mayor caudillo militar, lo que prácticamente canceló toda opción de participación colectiva.

Durante estas fechas hubo otros dos hechos que afectaron notablemente la vida de los exiliados. El primero fue el reconocimiento *de facto* que el gobierno de Washington concedió al de Carranza en octubre de 1915, decisión que obligaba a Woodrow Wilson a combatir los actos de hostilidad que en su territorio se organizaran contra Carranza y que desalentó la actuación política de muchísimos exiliados. El segundo fue la Expedición Punitiva, que penetró al país en persecución de Pancho Villa en marzo de 1916. De una parte, fueron estrechamente vigilados todos los puntos fronterizos que pudieran ser considerados “de paso” y los exiliados que pudieran ser identificados como simpatizantes de Villa. De otra parte, dado que entre los exiliados predominaban los sentimientos antinorteamericanos, dirigidos especialmente contra Woodrow Wilson, resultó comprensible su oposición a dicha intervención militar. Así lo expresaron varios prelados católicos desterrados, algunos de los cuales hicieron gestiones ante ciertos personajes para evitar que la intervención se prolongara. La condena de los periodistas exiliados fue aún más explícita, al grado de que Emilio Valenzuela y José Luis Velasco, directores de *La Constitución*, de El Paso, fueron encarcelados por sus insultos a Estados Unidos. Es

<sup>57</sup> Cfr. Meyer, *op. cit.*

<sup>58</sup> Victoriano Huerta fue encarcelado hacia 1915 en Fort Bliss, Texas, por transgredir las leyes de neutralidad estadounidenses. Tras el deterioro de su salud, murió a la edad de 61 años en El Paso, Texas. Cfr. *Diccionario histórico y biográfico...*, *op. cit.*, 1991, t. IV, pp. 107-108.

más, varios exiliados, venciendo la “repugnancia” que les causaban, se presentaron ante los funcionarios diplomáticos carrancistas más cercanos para ofrecer sus servicios en la guerra contra Estados Unidos. Entre otros, así lo hicieron Querido Moheno, en Cuba, y Nemesio García Naranjo, Manuel Garza Aldape y Ricardo Gómez Robelo, en Estados Unidos, al igual que varios militares profesionales exiliados, como José Alessio Robles y Vicente Calero. La respuesta de los carrancistas sólo varió en la forma: en algunos casos no hubo contestación alguna; en otros, meras evasivas; también hubo condicionamientos, consistentes en exigirles muestras públicas de adhesión a don Venustiano. Tales respuestas aumentaron las críticas contra Carranza, al acusársele de privar a los expatriados de volver al país “en este momento de prueba”.<sup>59</sup>

Durante ese 1916 los exiliados volvieron a inmiscuirse claramente en política en tres ocasiones: la primera fue la creación, a mediados de 1916, del Partido Legalista, con exiliados como José María Maytorena, Manuel Bonilla, Felipe Ángeles y Miguel Díaz Lombardo, entre otros. En tanto que todos ellos eran destacados miembros de las élites maderista, villista y convencionista, seguramente su objetivo era separarse del villismo popular, responsable del ataque a Columbus, y subrayar el carácter pacífico y legal de su organización. Para su desgracia, dicho Partido Legalista pronto se disolvió, no pasando de ser “una ilusión”.<sup>60</sup> También en el clima del rechazo a la Expedición Punitiva se creó poco después la Liga Nacionalista, por iniciativa de los “elementos revolucionarios” radicados en Nueva York, aunque en esta ocasión, y por tratarse de un asunto que incumbía a la nación entera, se resolvió que admitiría a elementos de diferente filiación e ideología,<sup>61</sup> en obvia alusión a ciertos actores del huertismo. Como era previsible, el intento de alianza resultó fallido. Por último, los exiliados también se movilizaron por un tema estadounidense, al participar en la campaña electoral presidencial en contra de la reelección de Woodrow Wilson y en favor del Partido Republicano.<sup>62</sup> Sin embargo, el aconteci-

<sup>59</sup> Véase Moheno, *op. cit.*, p. 95.

<sup>60</sup> Consúltese Álvaro Matute (pról. y selec.), *Documentos relativos al general Felipe Ángeles*, México, Editorial Domés, 1982, p. 189.

<sup>61</sup> *Revista Mexicana*, San Antonio, Texas, 20 agosto y 10 septiembre 1916.

<sup>62</sup> Sus actividades se encaminaron a criticar la labor de Wilson, tratando de influir en la población de habla hispana. Entre los principales escritores debe mencionarse a Francisco Bulnes.

miento de mayor impacto en la vida pública de los exiliados fue la promulgación de la Constitución de 1917, que supuso el previo triunfo de los constitucionalistas sobre los convencionistas, victoria que provocó el destierro de muchos de éstos, vencidos, lo que vino a modificar la naturaleza del exilio mexicano a causa de la Revolución.

## v

Hasta principios de 1915 el exilio de la Revolución mexicana estaba constituido por un puñado de porfiristas radicados en Europa, pertenecientes a la oligarquía, y por un nutrido grupo de religiosos, militares, hacendados, empresarios y políticos huertistas, mayoritariamente miembros de las clases medias, viviendo en un escenario más amplio aunque dominado por Estados Unidos y Cuba. Ciertamente es que el triunfo maderista había implicado el exilio de pequeños núcleos de revolucionarios, como el de los hermanos Francisco y Emilio Vázquez Gómez,<sup>63</sup> y que la posterior derrota del régimen maderista obligó a varios miembros de la familia Madero a optar por el destierro, temerosos de enfrentarse a las iras y suspicacias de Huerta, aunque pronto regresaron al país para luchar contra éste. De otra parte, la derrota de Huerta había enviado al exilio a sus aliados los orozquistas, muy diferentes de los huertistas por sus orígenes sociales populares y por haber sido antes revolucionarios.<sup>64</sup> Sin embargo, en términos generales puede decirse que hasta 1915 el exilio mexicano estuvo compuesto por antirrevolucionarios. Fue hasta la derrota de los grupos convencionistas cuando cambió abruptamente la situación, convirtiendo al exilio en un fenómeno bífido, notablemente complejo.

A partir de ese momento convivieron más de dos facciones de exiliados: por un lado los porfirio-huertistas, y por el otro los convencionistas, quienes en realidad estaban conformados por dos elementos radicalmente distintos. Uno era un grupo que podría llamarse —con todas las reservas del caso— la aristocracia madero-convencionista, conformada, entre otros, por Miguel Díaz Lombardo y José María Maytorena —luego de su derrota ante los

<sup>63</sup> Francisco Vázquez Gómez, *Memorias políticas (1909-1913)*, México, Imprenta Mundial, 1933 (la Universidad Iberoamericana hizo una nueva edición en 1982).

<sup>64</sup> Ramírez Rancaño, *La reacción mexicana...*, *op. cit.*

constitucionalistas de Sonora— y por la familia Madero, algunos de los cuales estaban en el destierro desde principio de 1913, mientras que otros —como el hermano Raúl— habían luchado contra Huerta, pero luego habían optado por el bando convencionista durante la lucha de facciones, decisión que los llevó otra vez al exilio a mediados de 1915. También había una amplia gama de convencionistas de clase media, entre los que destacaban el militar Felipe Ángeles, el intelectual José Vasconcelos y los políticos Roque y Federico González Garza, todos, en distintos grados, maderistas y villistas.<sup>65</sup> Es más, en el exilio confluyeron otros revolucionarios de orígenes notablemente complejos; el caso más importante fue el de Antonio I. Villarreal, que tenía un viejo linaje revolucionario que se remontaba al magonismo antiporfirista, pero que luego evolucionó hacia el maderismo y el constitucionalismo. De hecho, una grave diferencia con Carranza fue la que lo orilló a desterrarse. Si bien su ideología y sus orígenes socioeconómicos lo hicieron más afín a los exiliados convencionistas, sus peculiares raíces explican su enorme legitimidad y su inveterada autonomía.<sup>66</sup>

Las diferencias entre los convencionistas “aristócratas” y los de clase media eran considerables. Los primeros contaban con recursos económicos suficientes, por lo que hasta pudieron dedicarse a hacer negocios. A los segundos la necesidad los obligó a trabajar en cualquier tipo de empleo y los orilló a actuar políticamente. Las diferencias de ambos con el grupo de los villistas fueron aún más claras y notables. A diferencia de los convencionistas de las clases alta y media, grupos minoritarios ambos, los exiliados villistas fueron muy numerosos. En contraste con los primeros, con recursos financieros suficientes para vivir placenteramente, y de los segundos, con recursos intelectuales suficientes para obtener mejores trabajos, los villistas enfrentaron severas estrecheces económicas y laborales. Para colmo, mientras que los

<sup>65</sup> Felipe Ángeles se exilió en 1915 en El Paso, Texas, manteniendo desde allí su lucha contra el gobierno de Carranza. Perteneció a la Alianza Liberal Mexicana y regresó al país hacia 1918. Federico González Garza salió del país hacia 1916 rumbo a Estados Unidos. José Vasconcelos radicó en Estados Unidos entre 1916 y 1919. Regresó a México luego de la revuelta de Agua Prieta. Cfr. *Diccionario histórico y biográfico...*, *op. cit.*, 1990-1992, tt. I, III y V.

<sup>66</sup> “Memorias políticas de Antonio I. Villarreal. El rompimiento con D. Venustiano”, en Valadés, *op. cit.*, pp. 257-265. El exilio de Villarreal no debe haber sido fácil en términos de ubicación política: exmagonista que se había distanciado de este grupo, tampoco era bien visto por los villistas-convencionistas, pues optó por el bando constitucionalista en la guerra de facciones de 1915.

miembros de la familia Madero y gente como Díaz Lombardo, Ángeles, Francisco Escudero, los González Garza y Villarreal tenían buenas relaciones con algunos altos funcionarios de Washington, los villistas ni siquiera tenían acceso a ellos. Para colmo, luego del ataque a Columbus, Nuevo México, y de su secuela, la Expedición Punitiva, los villistas se convirtieron en los peores enemigos de la opinión pública y de los políticos estadounidenses. Rechazados política y socialmente, y con serias dificultades económicas, su exilio en el sur de Estados Unidos fue peor que triste. Tal vez sus mayores semejanzas las tenían con los migrantes mexicanos por causas económicas, o con los sectores más pobres de la población del sur de Estados Unidos de origen mexicano, de quienes se diferenciaban por su postura política y su deseo de actuar política y militarmente para poder regresar al país.<sup>67</sup>

El arribo de los convencionistas multiplicó las actividades políticas de los exiliados y las hizo más complejas. Si antes de 1915 había sido difícil unificar a las diferentes corrientes y facciones antirrevolucionarias, consistentes, entre otras, en 'científicos', exreyistas, felicistas, huertistas y católicos, la llegada de los exmaderistas-convencionistas y de los villistas imposibilitó cualquier alianza o acción en común. Al margen de todos se encontraba exiliado en el sur de Estados Unidos desde finales del Porfiriato el grupo magonista, el que a pesar de varias defecciones, escisiones y cooptaciones mantenía un núcleo considerable en el destierro debido al rechazo que por ellos habían sentido, al unísono, todos los gobiernos desde 1911: el de Madero, el de Huerta, la Convención y Carranza. Obviamente, el rechazo era mutuo, pues los magonistas no reconocían como gobierno a ninguna facción revolucionaria. En consecuencia, los magonistas padecían el rechazo de todos los grupos de exiliados, incluidos los villistas a pesar de sus similitudes socioeconómicas.<sup>68</sup> Sobre todo, padecían el rechazo tajante de las autoridades norteamericanas por sus posturas anarquistas y su pacifismo, contrario a la intervención estadounidense en la Guerra Mundial.<sup>69</sup>

<sup>67</sup> Victoria Lerner, *Exilio e historia: algunas hipótesis generales a partir del caso de los mexicanos exiliados por la Revolución mexicana, 1906-1920*, Chicago, University of Chicago (Working Paper Series, 7), 2000.

<sup>68</sup> En términos socioeconómicos los líderes del magonismo eran miembros de la clase media baja, mientras que sus bases y simpatizantes procedían de los sectores populares de habla hispana del sur de Estados Unidos.

<sup>69</sup> Consúltese Ricardo Flores Magón, *La Primera Guerra Mundial y la Revolución rusa*, México, Ediciones Antorcha, 1983.

El rechazo común al gobierno de Carranza y a la Constitución de 1917 dio lugar a creer que podrían establecerse algunas alianzas entre tan disím-bolos grupos de exiliados. Sin embargo, lo cierto es que el nacimiento y consolidación del México revolucionario provocó reacciones diversas entre ellos: los más fatalistas y pesimistas decidieron adaptarse a sus países de adopción; los más ingenuos y optimistas confiaron en que se les permitiría regresar a México, posibilidad que vislumbraron con la vuelta de la legalidad; en cambio, los más resueltos y radicales decidieron incrementar la lucha contra Carranza. Es más, los que tenían la capacidad física y la experiencia técnica necesarias decidieron penetrar en el país para incorporarse a la lucha armada anticarrancista. A finales de 1916 los principales grupos armados contrarrevolucionarios radicados en Estados Unidos o Cuba eran el felicista y el pelaeccista, mientras que desde Centroamérica el más cercano era el movimiento de los finqueros chiapanecos.<sup>70</sup> El primero de ellos, el felicista, luchaba en la parte central de Veracruz desde principios de 1916. Había sido parcialmente organizado en Estados Unidos, donde residía Félix Díaz desde 1914, país en el que dejó como representantes políticos y financieros a Pedro del Villar, Roberto Gayón, Vicente Sánchez Gavito y al general Manuel Velázquez,<sup>71</sup> los que organizaron algunas expediciones para que se iniciaran movimientos felicistas en algunas otras partes del país, como fue el caso de Gaudencio de la Llave, quien residía —como Félix Díaz— en Nueva Orleans, y quien penetró en el país a mediados de 1916 por el sureste, vía Belice y Guatemala.<sup>72</sup>

Es indudable que la promulgación de la Constitución de 1917 fue un auténtico detonador que vino a incrementar la labor de los exiliados, no sólo en Estados Unidos sino también en Europa, como lo muestran las actividades realizadas por Rodolfo Reyes en España y por León de la Barra en París.<sup>73</sup> En efecto, inmediatamente surgió una oposición generalizada, expresada sobre todo en la *Revista Mexicana*, semanario editado en San Antonio por Nemesio García Naranjo, en el que a la Constitución se le

<sup>70</sup> Javier Garcíadiago, *Revolución constitucionalista y contrarrevolución: movimientos reaccionarios en México, 1914-1920*, México, El Colegio de México, tesis de doctorado en historia, 1981.

<sup>71</sup> Liceaga, *op. cit.*, y Henderson, *Felix Diaz...*, *op. cit.*

<sup>72</sup> AHSRE, LE 859, leg. 7 (2), ff. 2-4. Véase Garcíadiago, *Porfiristas...*, *op. cit.*

<sup>73</sup> Respecto a las actividades de León de la Barra, AHSRE, LE 798, leg. 35 (25), f. 1; LE 804, leg. 2, f. 14 y leg. 4, f. 13. Respecto a Rodolfo Reyes, *ibid.*, LE 837, leg. 12, ff. 55-57.

llamó “el almodrote de Querétaro”. Las críticas a la nueva Constitución fueron diversas: desde alegatos jurídicos e ideológicos serios, como el de Jorge Vera Estañol, hasta conductas que reflejaban el impacto que la cultura norteamericana estaba teniendo en sus vidas, como lo dejó ver el uso de “botones de solapa” con frases y lemas contra el “almodrote”.<sup>74</sup> Es un hecho que la promulgación de la nueva Constitución, junto con la creciente estabilización de Carranza y el apoyo, así fuera a regañadientes, que recibía del gobierno norteamericano, hicieron ver a los exiliados que el México previo había concluido para siempre, por lo que sus actitudes sufrieron un gran cambio. Lo más significativo es que orilló a los emigrados a unificarse y a olvidar sus diferencias, como fue el caso de los huertistas y los felicistas, así como entre estos dos y los convencionistas. Así se explica que el principal periódico de los exiliados, la *Revista Mexicana*, comenzara a apoyar abiertamente al felicismo, a pesar de que su director, Nemesio García Naranjo, había siempre repudiado al sobrino de don Porfirio.<sup>75</sup> La alianza entre huertistas y felicistas se hizo evidente cuando Blanquet, principal lugarteniente de Huerta y exiliado en Estados Unidos desde 1914, abandonó el destierro en 1918 para entrar al país y luchar al lado de Félix Díaz. Para su desgracia, la alianza no pudo consolidarse, pues murió en su primer combate en tierras mexicanas, quedando Félix Díaz sin necesidad de compartir el liderazgo.<sup>76</sup> A diferencia de lo que sucedió en 1913 y 1914, ahora fue el huertismo el que se diluyó, prevaleciendo en cambio el felicismo como la oposición contrarrevolucionaria más importante, tanto en el campo de batalla como en el exilio.

El siguiente momento culminante tuvo lugar a finales de 1918, cuando se fundó la Alianza Liberal Mexicana, que buscó coaligar a los revolucionarios contrarios a Carranza, cualquiera que fuera su filiación particular.<sup>77</sup> Una característica de esta “asociación patriótica”, de concordia y tolerancia, fue la disposición, cuando menos de algunos integrantes, de buscar posteriormente una alianza con los elementos más aceptables del bando contrario; esto es, con algunos conservadores moderados o con elementos

<sup>74</sup> Consúltense Jorge Vera Estañol, *Al margen de la Constitución de 1917*, Los Ángeles, Wayside Press, s/f. Sobre los “botones de solapa”, en AHSRE, LE 804, leg. 2, f. 9.

<sup>75</sup> *Revista Mexicana*, San Antonio, Texas, 2 y 9 febrero 1919.

<sup>76</sup> Liceaga, *op. cit.*, y Díaz Zermeño, *op. cit.*

<sup>77</sup> Mi información sobre la Alianza Liberal procede del Archivo Roque González Garza, caja 21, exp. G, además, obviamente, del AHSRE.

propriadamente liberales clásicos, como Manuel Calero o Jesús Flores Magón, respectivamente. Mientras que algunos participantes importantes, como los hermanos Federico y Roque González Garza, Manuel Bonilla, Miguel Díaz Lombardo y Antonio I. Villarreal, eran partidarios de que, respetando su nombre, la alianza sólo fuera entre liberales, hubo otros no menos importantes, como Felipe Ángeles, que consideraban fundamental la alianza con Manuel Calero, Jesús Flores Magón y algunos otros políticos respetables a pesar de su oposición a las luchas revolucionarias. También tuvo fuerza una propuesta intermedia, que proponía que primero se organizaran los liberales prorrevolucionarios y luego, aparte, los conservadores, para en un tercer momento buscar una alianza más eficiente y funcional a partir de dos grupos ya organizados, y no una alianza que fuera la simple suma de voluntades individuales desiguales. De hecho, los conservadores buscaron organizarse paralela y simultáneamente, creando la Asociación Unionista a principios de 1919. Sin embargo, tan pronto comenzaron los acercamientos con los liberales, surgieron rápida y violentamente agrias desavenencias. Sobre todo, los conservadores estaban convencidos de que el país no se beneficiaría si “los soviets” que gobernaban México eran sustituidos por “los soviets que vagan en el destierro”.<sup>78</sup>

Todo parece indicar que la idea de crear la Alianza Liberal provino de los revolucionarios radicados en Nueva York, encabezados por Antonio I. Villarreal, Felipe Ángeles, Enrique Llorente y Federico González Garza, entre otros,<sup>79</sup> y que luego se organizaron filiales en San Antonio, El Paso y Los Ángeles, entre otras poblaciones norteamericanas, encabezadas por Roque González Garza e Ismael Palafox, y Manuel Bonilla y José María Maytorena, respectivamente.<sup>80</sup> La idea de las varias filiales, cada una autónoma, era para evitar celos y protagonismos; lo mismo puede decirse de los liderazgos colectivos, obligatorios en cada sede.

El contexto en el que se dieron las labores de la Alianza Liberal Mexicana explica su naturaleza y sus objetivos. El año de 1919 también tuvo características muy particulares para los exiliados: si 1915 había sido el año de la Asamblea Pacificadora, 1916 el de la Expedición Punitiva y 1917 el de la promulgación de la Constitución, 1918 y 1919 fueron los años de la

<sup>78</sup> Véase la lista de miembros en AHSRE, LE 804, leg. 2, f. 9.

<sup>79</sup> Las bases de la Alianza Liberal en *ibid.*, leg. 4, ff. 8-10.

<sup>80</sup> Para las filiales en Los Ángeles, *ibid.*, f. 3.

Alianza Liberal y de la campaña militar de Felipe Ángeles. Al terminar la Primera Guerra Mundial, a finales de 1918, Estados Unidos quedó muy fortalecido y con un amplísimo margen de maniobra para operar su política respecto a México. Así, varios exiliados percibieron la posibilidad de que la administración de Woodrow Wilson reclamara a Carranza su supuesta germanofilia. A su vez, influyentes políticos norteamericanos contrarios a Wilson, como el senador republicano Albert B. Fall, comenzaron a presionar para que se rompieran relaciones diplomáticas con el gobierno mexicano, e incluso para que se colaborara, discreta pero firmemente, en su derrocamiento.<sup>81</sup> Fue entonces cuando los exiliados convencionistas procedieron a formar la Alianza Liberal Mexicana: para estar debidamente preparados en el caso de que Wilson se decidiera a respaldar a un grupo político mexicano contrario o distinto al de Carranza, pues se creían los más idóneos para el caso, o para oponerse, organizadamente, en el caso de que se impusieran las posturas más exaltadas, como la de Fall, y se optara por la intervención militar en México: para algunos de sus miembros, el “solo propósito” de la Alianza era “evitar una intervención”. Incluso el hecho de buscar una alianza con los conservadores lo justificaban con “el peligro de una intervención”.<sup>82</sup>

En términos nacionales, es muy probable que a los exiliados que formaron la Alianza Liberal les hubiera preocupado la creciente consolidación de Carranza y el declive de las rebeliones anticarrancistas,<sup>83</sup> para las que buscarían un mayor apoyo. También es probable que Álvaro Obregón, aspirante a suceder a Carranza en la presidencia, hubiera establecido contacto con algunos de los exiliados, buscando su apoyo, como lo estaba haciendo con casi todos los grupos políticos del país, como militares, go-

<sup>81</sup> El abogado Albert Fall —nacido en Francfort, Kentucky, en 1861— se manifestó en contra de Venustiano Carranza desde 1914 por su estrategia en materia petrolera. Entre 1919 y 1920 encabezó una subcomisión del Senado norteamericano que investigaría a México. Aconsejó el rompimiento de relaciones diplomáticas por el autosequestro de William Jenkins. Al término de las labores de la subcomisión propuso que no se reconociera el gobierno de Carranza, a menos de que se exonerara a los estadounidenses de las obligaciones señaladas en el artículo 27 constitucional. Cfr. *Diccionario histórico y biográfico...*, *op. cit.*, 1994, t. VIII, pp. 142-145.

<sup>82</sup> La Alianza Liberal proponía “la cordialidad” con los países del continente americano (Base tercera).

<sup>83</sup> Recuérdense que en abril de 1919 fue muerto Zapata, y que en el mismo año también murió José Inés Dávila, líder del movimiento ‘soberanista’ en Oaxaca.

bernadores, legisladores, líderes obreros y campesinos, periodistas y hasta rebeldes. Así, una probable organización de los exiliados liberales pudiera ser benéfica para ambos: Obregón mostraría que contaba con el respaldo de los exiliados revolucionarios y éstos irían preparando su regreso al país.<sup>84</sup> Como confirmación de esta hipótesis recuérdese que varios exiliados de esta corriente, como Salvador Alvarado, José Vasconcelos y Antonio I. Villarreal, se integraron a la élite de los gobiernos ‘aguaprietistas’.<sup>85</sup> Sin embargo, de ninguna manera puede exagerarse la posible relación de los emigrados revolucionarios con Obregón, pues en la Alianza Liberal tenía una gran influencia Felipe Ángeles, presumiblemente todavía resentido por la derrota del villismo a manos del sonorense.

La evolución inmediata de la Alianza Liberal Mexicana la determinaron dos acontecimientos. Por un lado, en vista de que en México habría elecciones presidenciales en 1920, Woodrow Wilson prefirió no presionar excesivamente a Carranza, pues esto podría traer resultados y secuelas contrarias a sus intereses; en cambio, optó por intentar influir en la designación de un sucesor más favorable a Estados Unidos. Por otro lado, Felipe Ángeles volvió a México a finales de 1918 en actitud de guerra, lo que deslegitimó los objetivos pacifistas de la Alianza Liberal y dejó descubiertos y vulnerables a sus líderes y miembros, al quedar el gobierno de Estados Unidos obligado a vigilarlos como sospechosos de haber sido cómplices en la violación de las leyes de neutralidad. Obviamente, quienes padecieron las mayores presiones fueron los exiliados angelistas y villistas: recuérdense la aprehensión y el encarcelamiento del general Federico Cervantes y de su grupo, acusados de que preparaban otra incursión armada contra México.<sup>86</sup> De otra parte, la incursión militar de Ángeles en territorio nacional provocó la escisión de la Alianza Liberal: a unos —“los timoratos”— les provocó miedo al ser probablemente considerados por las autoridades como miembros de una junta revolucionaria; otros, en cambio, ratificaron su militancia y su solidaridad, e incluso algunos pensaron en seguir los

<sup>84</sup> Significativamente, el manifiesto con el que Obregón inició su campaña presidencial, fechado en junio de 1919, era un abierto llamado en pro de la unificación de todos los liberales.

<sup>85</sup> Javier Garcíadiego, *La revuelta de Agua Prieta*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, tesis de licenciatura en ciencia política, 1974.

<sup>86</sup> *Revista Mexicana*, San Antonio, Texas, 4 mayo 1919.

pasos de Ángeles. En cualquier caso, hubo muchas deserciones y los directivos se vieron obligados a justificarse ante las autoridades norteamericanas, asegurándoles que la Alianza era una institución pacífica.<sup>87</sup>

## VI

Con toda seguridad 1920 fue el año más importante en el destino de los exiliados. Finalmente, ninguno de los varios grupos de exiliados pudo convencer al gobierno de Washington de que rompiera con Carranza y los apoyara a ellos. Sus antecedentes, intereses y propuestas fueron más fuertes que las suspicacias norteamericanas contra Carranza: a unos Wilson los rechazó por huertistas o felicistas; a otros, por compartir cierta ingenuidad maderista o cierto populismo convencionista, y a los villistas, por su radical yanquifobia. Además, nunca pudieron organizar una alianza amplia y duradera, ya que siempre estuvieron escindidos por motivos políticos previos. De otra parte, había una considerablemente eficaz estructura policiaca, en parte norteamericana y en parte financiada por el gobierno mexicano, que los tenía infiltrados, lo que permitía conocer con antelación sus planes y actividades.<sup>88</sup> Asimismo, tampoco los rebeldes armados anticarrancistas, ya fueran revolucionarios o “contras”, derrocaron a don Venustiano. El grupo que derrotó a Carranza fue el de Obregón, que encabezó una amplísima alianza sociopolítica en la que se incrustaron varios de los exiliados revolucionarios. Además, el gobierno resultante de esa rebelión victoriosa permitió el regreso de la mayoría de los exiliados.

Así, el decenio de los veinte comenzó con un cambio radical en la vida de los expatriados, pues los gobiernos de Adolfo de la Huerta y Álvaro Obregón expresaron su anuencia a que aquéllos volvieran al país. Sólo tendrían que permanecer en el extranjero los notoriamente involucrados en los asesinatos de Madero y Pino Suárez, como Félix

<sup>87</sup> *El Demócrata Fronterizo*, Laredo, Texas, 27 abril y 5 mayo 1918.

<sup>88</sup> Consúltense Friedrich Katz, “El espionaje mexicano en Estados Unidos durante la Revolución”, en *Eslabones. Revista Semestral de Estudios Regionales*, Colima, Sociedad Nacional de Estudios Regionales, núm. 2, julio-diciembre 1991, pp. 8-15, y Michael M. Smith, “Diplomacia en las sombras: agentes secretos carrancistas”, en *Provincias internas*, México, Centro Cultural Vito Alessio Robles, núms. 7/8, otoño-invierno, 2002-2003, pp. 73-92.

Díaz<sup>89</sup> y Manuel Mondragón, y los más desprestigiados por sus antecedentes políticos, como Limantour, Rodolfo Reyes y Aureliano Urrutia. El regreso de los expatriados fue inmediato y masivo, consecuencia de la política conciliadora e incluyente de Obregón y De la Huerta, distinta a la actitud sectaria e inflexible de Carranza. Además, se impuso para mantener la coherencia de la ideología política ‘aguaprietista’: en efecto, si los sonorenses aceptaron la colaboración político-militar y luego integraron al nuevo gobierno a rebeldes armados, difícilmente habrían podido negar el regreso al país de mexicanos que, cuando más, criticaban al gobierno carrancista en la prensa de los exiliados o en las reuniones de sus agrupaciones. Además, las críticas de los exiliados se habían concentrado en Carranza, el mayor enemigo de los ‘aguaprietistas’ en 1920. Por último, dado que el nuevo gobierno tenía que buscar su reconocimiento internacional, la existencia de numerosos expatriados daría lugar a que éstos continuaran criticando en el extranjero a los gobernantes mexicanos, al tiempo que evidenciaría un serio limitante a la democracia, lo que podría entorpecer dicho reconocimiento.

Obviamente, hubo algunos exiliados porfiristas y huertistas que permanecieron todavía varios años en el extranjero. Algunos, incluso, habrían de morir allí. Unos lo hicieron porque seguían temiendo represalias, como Aureliano Urrutia, Manuel Mondragón y Félix Díaz, o porque ideológica y políticamente rechazaban el modelo posrevolucionario del país, como Rodolfo Reyes y Francisco León de la Barra.<sup>90</sup> Hubo también quienes lo hicieron por su avanzada edad, como Olegario Molina, quien pronto moriría en La Habana, o como don José Vega Limón, primer secretario particular de Porfirio Díaz y quien ya pasaba de los 80 años. Asimismo, hubo quienes permanecieron en el exilio porque se habían adaptado gustosamente a vivir en el extranjero, como fue el caso de Carlos Pereyra<sup>91</sup> y de los

<sup>89</sup> La reconciliación encabezada por los rebeldes ‘aguaprietistas’ permitió una alianza militar con algunas fuerzas felicistas y con muchos otros rebeldes contrarrevolucionarios, así como su posterior incorporación a diversas instituciones gubernamentales, sobre todo en el Ejército Nacional. Sin embargo, Félix Díaz no recibió el mismo trato: para él no había cabida. Así, luego de deponer las armas, Félix Díaz tuvo que regresar al exilio en Nueva Orleans. Después de casi 18 años, regresó al país en 1937 y estableció su residencia en el puerto de Veracruz, en donde murió el 9 de julio de 1945.

<sup>90</sup> Véanse los expedientes citados en la nota 73.

<sup>91</sup> Pereyra “ya no regresaría vivo a México, pues, de acuerdo con sus convicciones [...] prefirió cortar amarras y empezar de nuevo”. Cfr. Edberto Óscar Acevedo, *Carlos Pereyra, historiador de América*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, 1986, p. 21.

familiares y descendientes de Díaz, Limantour y Casasús,<sup>92</sup> entre otros, para los que un país distinto al que habían diseñado sus ancestros no les era deseable como patria.

El regreso de los expatriados no implicó la recuperación de sus privilegios ni su reincorporación al aparato gubernamental. Todos tendrían que trabajar para sobrevivir, haciéndolo de manera digna y útil, como Francisco Bulnes, quien se dedicó al periodismo crítico, o como Toribio Esquivel Obregón y Emilio Rabasa, quienes se dedicaron a la docencia en la Escuela Libre de Derecho, o como Federico Gamboa, José López Portillo y Victoriano Salado Álvarez, luego dedicados a su labor literaria.<sup>93</sup> Además de que los expatriados contrarrevolucionarios no habrían de recuperar su influencia política, vinieron a encontrar terriblemente merma- dos sus intereses económicos. En efecto, los propietarios de haciendas encontraron sus propiedades semidestruidas, con pesados adeudos fiscales y con sus empleados y pueblos vecinos poseídos por una ideología política inédita. Para colmo, casi todas sus propiedades sufrirían pronto reclamos agraristas, las que, por su desprestigio como porfiristas y huertistas y por su falta de poder político, perdieron irremisiblemente. Otros pudieron sobrellevar el resto de sus vidas con base en sus propiedades urbanas, menos destruidas que las rurales e invulnerables frente a los reclamos distributivos. En conclusión, es incuestionable que la Revolución mexicana trajo la derrota de la élite del Antiguo Régimen. Sus años en el destierro son prueba de ello. Su regreso al país, sin embargo, es prueba de que dicha Revolución no fue radical.

<sup>92</sup> Cfr. Tello, *op. cit.*

<sup>93</sup> Francisco Bulnes murió en 1924; Toribio Esquivel Obregón, en 1946; Federico Gamboa fallecería en 1939; José López Portillo y Rojas, en 1923; Emilio Rabasa, en 1930, y Victoriano Salado Álvarez, en 1931.



IO  
HIGINIO AGUILAR:  
MILICIA, REBELIÓN Y CORRUPCIÓN  
COMO *MODUS VIVENDI*\*

SOLDADO PORFIRISTA

Higinio Aguilar fue de los actores más representativos de la contrarrevolución mexicana. Merecidamente legendario, es poco conocido aunque nada controvertible: carente hoy de simpatizantes, se le tiene tipificado como un personaje “negro” de la historia nacional.<sup>1</sup> Su rasgo más conocido es la longevidad. Militar desde mediados del siglo XIX al primer cuarto del XX y siempre acorde con su tiempo, su vida fue muy activa salvo durante los pacíficos años del Porfiriato, los que dedicó a realizar todo negocio posible.

Sus principales datos biográficos reflejan su enigmática personalidad. Oficialmente se le consideraba nacido en Orizaba en el fatídico año de

\* Texto leído como ponencia en el Coloquio *El espionaje en la historia de México, siglos XIX y XX*, organizado por la Universidad de Colima y la Sociedad Nacional de Estudios Regionales, del 29 al 31 de mayo de 1991. Fue publicado en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, vol. XLI, núm. 163 (3), enero-marzo 1992, pp. 437-488, y junto con el siguiente ensayo apareció también en *Porfiristas eminentes*, México, Breve Fondo Editorial, 1996, pp. 23-101, edición fuera de comercio que sólo podía adquirirse mediante suscripción. Agradezco a Antonio Saborit su invitación a colaborar en aquella amistosa aventura editorial.

<sup>1</sup> El estudio de los personajes “negros” es una de las aportaciones saludables de la reciente historiografía de la Revolución mexicana. En Estados Unidos lo realizan, entre otros, Heather Fowler —Peláez—, Michael Meyer —Pascual Orozco y Victoriano Huerta— y Peter Henderson —Félix Díaz—. En México, Josefina Mac Gregor, Eugenia Meyer, Esperanza Tuñón y Gloria Villegas han estudiado a Huerta, y quien esto escribe presentó en 1981 una tesis doctoral sobre el tema en su conjunto. Recuérdese también que en febrero de 1989 tuvo lugar en la Casa del Lago un ciclo de conferencias sobre “La otra cara de la Revolución mexicana. Los antihéroes”, y que un año antes la Facultad de Filosofía y Letras había organizado uno titulado “Otra cara de la historia”.

1847, aunque parece que nació en Puebla, hacia 1835, en el poblado de Xochitlán; sin embargo, también se ha dicho que era originario de San Andrés Chalchicomula. Las incertidumbres se duplican, pues él mismo aseguró haberse hecho soldado en fechas distintas: en ocasiones alegó haberse incorporado a la caballería de la Guardia Nacional en marzo de 1861. También se ha dicho que en 1851, a los 15 años, se adhirió a un cuerpo de lanceros destacado en Orizaba,<sup>2</sup> aunque lo más probable es que su incorporación definitiva haya sido en cualquiera de las otras dos fechas. Al principio sus ascensos fueron rápidos: a mediados de 1867, al término de la guerra de Intervención, era ya capitán. Aguilar mostró sus características desde entonces: fue uno de los muchos militares insatisfechos con Benito Juárez y su grupo de civiles, a los que acusaba de no premiar debidamente sus esfuerzos y sacrificios. Por ello participó en una rebelión contra Juárez iniciada en 1869. Posteriormente, al mando del escuadrón “Libres de la Montaña”, actuó en las revueltas de La Noria y Tuxtepec.<sup>3</sup>

La suerte de Higinio Aguilar durante el Porfiriato fue contradictoria. Por un lado, desde la llegada de Díaz al poder, en 1877, hasta finales de 1881, estuvo al frente del Escuadrón Acultzingo, y de 1882 a principios de 1896, salvo breves interrupciones, quedó en el “depósito agregado” a la Secretaría de Guerra pero “en comisión como ayudante del secretario del ramo”. Durante esos años sólo tuvo que participar en una breve campaña —cuatro meses entre 1893 y 1894— en el estado de Guerrero. Gracias a la estabilidad porfiriana, dedicó los últimos años del siglo XIX a labores políticas en Puebla y, a pesar de su indisciplina e incultura, a colaborar como vocal

<sup>2</sup> Los datos oficiales, en Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, México, El Colegio de México, Ramo Cancelados (en adelante AHSN, C), XI/III/1-1/t. 1, ff. 44, 47. Para las versiones alternativas, véanse los obituarios en *Excelsior*, 16-17 octubre 1927. Consúltese también Enrique Cordero, *Diccionario general de Puebla*, 3 vols., Puebla, s. e., 1958, ficha 1383, xxv-23/18. Don Antonio García Cubas consigna varias poblaciones de nombre Xochitlán, dos de ellas en la Sierra Norte de Puebla, que deben ser descartadas. Por lo tanto, así haya nacido en el distrito de San Andrés Chalchicomula o en Xochitlán, perteneciente al de Tecamachalco, vecino del anterior, es incuestionable que Aguilar fue originario del valle al oeste de Pico de Orizaba, en la frontera entre Puebla y Veracruz.

<sup>3</sup> AHSN, C, XI/III/1-1/t. 1, f. 47. En la rebelión de Tuxtepec actuó bajo las órdenes del general Rafael Cuéllar, en Puebla y en el sur de Guerrero. AHSN, C, XI/III/1-1/t. 3, f. 545. Archivo Porfirio Díaz, México, Universidad Iberoamericana (en adelante APD), leg. 13, carp. 13, f. 6403. Gracias a Georgette José Valenzuela recordé la pertinencia de consultar este repositorio documental.

en el Consejo de Guerra de la 3ª Zona Militar. Por otra parte, no tuvo ascensos ni promociones.<sup>4</sup> Miembro del Ejército Auxiliar, Aguilar no pudo explotar debidamente aquella disposición que beneficiaba a los veteranos de la rebelión tuxtepecana. Sin embargo, hubo apoyo de don Porfirio en la complacencia a su persistente mala conducta: entre 1880 y 1899 sufrió varios castigos, siempre leves. Por ejemplo, en noviembre de 1883 fue encarcelado como “castigo correccional”; un año después se le aplicó un arresto domiciliario de dos semanas; a mediados de 1885 sufrió breve prisión, por escandalizar ebrio y por resistir violentamente su aprehensión. La levedad de los castigos explica las reincidencias: a finales de 1887 volvió a escandalizar, otra vez ebrio, oponiéndose de nuevo a ser detenido, y a finales de 1896 estuvo preso por “abuso de confianza y fraude”. Desde un principio se supo que era corrupto, pero se decidió no proceder contra él pues hubiera sido “gravemente peligroso” para el tipo de estabilidad y paz que se buscaban, y por el apoyo que lo respaldaba. A finales de 1881 y principios de 1882, su fuerza fue disuelta y él temporalmente declarado en “receso”.<sup>5</sup> ¿Quién lo protegió, determinando su permanencia en el ejército? Más importante: ¿por qué Higinio Aguilar no obtuvo enseñanza alguna de tan seria advertencia?

El tipo de castigos que le aplicaron sólo pueden explicarse por la protección del gran caudillo al militar siempre partidario suyo. Son evidentes las demostraciones mutuas de simpatía: mientras Aguilar era excesivamente elogioso cada vez que escribía a Díaz, éste era muy obsequioso con sus solicitudes.<sup>6</sup> Fue por disposición del propio Presidente que, luego de su escándalo de 1885, pasara “en comisión” al Estado Mayor del secretario de Guerra. El objetivo era obvio: protegerlo a la vez que controlarlo. Al cabo de dos años volvió al Depósito de Jefes y Oficiales, pero permaneció “co-

<sup>4</sup> Había operado ya en Guerrero, en la campaña de pacificación contra los inconformes por la llegada de Díaz al poder. Respecto a su vocalía en el Consejo de Guerra, tan pronto fue designado se presentó a la superioridad para “recibir ordenes”. AHSDN, C, XI/III/1-1/t.1, ff. 47, 49-50; t. 3, f. 545; t. 4, ff. 904, 944, 956.

<sup>5</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 1, ff. 51-52, 55, 146-147, 153, 155-156, 165, 177-178, 207, 209, 211, 226, 230; t. 2, ff. 313, 315, 317, 320, 406, 412, 419, 422, 424, 427, 435; t. 3, ff. 511, 584, 588, 607, 615, 709, 798, 839; t. 4, ff. 846, 858, 863.

<sup>6</sup> APD, leg. 9, carp. 5, f. 2100; leg. 10, carp. 5, f. 2212; leg. 11, carp. 27, f. 13423. Aunque no está documentado en su expediente, la leyenda dice que Aguilar ayudó a Porfirio Díaz un par de veces, en situaciones de extrema urgencia, durante sus correrías juveniles. Véase *Excelsior*, 16-17 octubre 1927.

misionado en la propia Secretaría”. El mayor problema que enfrentó por entonces fue a principios de 1888, cuando se le acusó de participar en la publicación y distribución de una proclama de carácter subversivo, acusación que resultó gratuita.<sup>7</sup> La ideología de Higinio Aguilar y la naturaleza de los tiempos hacían inverosímil tal acción. Lo único que pudo haberla motivado fue la oposición de don Porfirio al Ejército Auxiliar y a la Guardia Nacional, y la consecuente falta de promociones a sus elementos.

En efecto, si bien se toleró su constante indisciplina, lo cierto es que Aguilar casi no obtuvo ascensos durante el Porfiriato: de 1877 a 1909 permaneció como coronel de caballería. En el fondo, la explicación radica en que era un miembro paradigmático del Ejército Auxiliar. Desde su llegada al poder, Díaz intentó conformar un ejército más científico, más profesional, relegando a los militares improvisados. Además, por la estabilidad de su gobierno, los militares no podían obtener ascensos mediante méritos en campaña, pues casi no las hubo. Las labores que daban lugar a promociones durante el Porfiriato no podían ser realizadas por un militar sin estudios como Higinio Aguilar, típico ejemplo también, por sus bajos orígenes sociales y su mayor indisciplina, del soldado auxiliar.<sup>8</sup> En más de un sentido cambió su suerte durante los primeros años del siglo xx, a pesar de que persistió en su costumbre de adquirir adeudos y de desconocerlos en lugar de liquidarlos. Como fue descrito por entonces, Aguilar debía “a muchos” pero “a nadie” pagaba, consecuencia, finalmente, de sus limitados ingresos. Eran constantes los descuentos solicitados o forzados de parte de sus haberes, así como las presiones y reconvencciones para que viviera con honorabilidad, cumpliendo sus deberes civiles y sus obligaciones morales, pues su conducta resultaba “perjudicial al buen nombre del Ejército”.<sup>9</sup>

<sup>7</sup> La sublevación en la que supuestamente estaba involucrado tuvo lugar en Puebla y en Amecameca. Véase AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 2, f. 438; t. 3, ff. 567, 625, 629, 688; APD, leg. 13, carp. 13, ff. 6403-6404.

<sup>8</sup> El presente caso confirma plenamente la tesis sostenida en Alicia Hernández Chávez, “Origen y ocaso del ejército porfiriano”, en *Historia Mexicana*, vol. xxxix, núm. 1, julio-septiembre 1989, pp. 271-275.

<sup>9</sup> En más de una ocasión quedó a deber el arriendo de su casa-habitación, el mobiliario y la hechura de su uniforme militar. Es más, un adeudo suyo con un súbdito italiano provocó un engorroso problema diplomático entre 1903 y 1905. Véase AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 4, ff. 984-985; t. 5, ff. 1016, 1041, 1047-1048, 1052, 1057, 1063, 1065, 1072, 1199, 1212; t. 6, f. 1428. APD, leg. 12, carp. 1, f. 62.

Sorprende que a pesar de su manifiesta incapacidad y de tantas quejas y denuncias por motivos disciplinarios, los últimos años del Porfiriato le resultaran promisorios: en abril de 1900 fue hecho general brigadier.<sup>10</sup> ¿Se debió esto último a la necesidad de Díaz de contar con un ejército más leal a él que a la institución o que a cualquier otro jefe? ¿Buscó don Porfirio promover a un militar no adicto a Bernardo Reyes? ¿Fue el reconocimiento a su participación en un par de campañas pacificadoras recientes? ¿Acaso fue una simple actitud generosa y nostálgica, propia de un hombre en proceso de envejecimiento?

Es indudable que todos estos factores hicieron de esos años los únicos con promociones para Higinio Aguilar. Fueron, también, años de considerable actividad: entre fines de 1906 y principios de 1908 operó contra los rebeldes magonistas del norte de Coahuila. Su capacidad y conducta fueron insatisfactorias para algunos: mientras el general Alberto Rasgado declaró que Aguilar había logrado “la completa pacificación de aquella región”, Lauro Villar solicitó que fuera relevado del cargo, acusándolo de “desobediencia”. Aunque la Secretaría de Guerra dispuso en un principio que permaneciera en su puesto —enésima demostración del apoyo presidencial—,<sup>11</sup> el rechazo de Villar era tal que insistió y logró que fuera trasladado del noreste a Sonora. El cambio le permitió colaborar en la represión a otro de los principales movimientos opositoristas de finales del Porfiriato. Si en Coahuila combatió a “malhechores” y “revoltosos” instigados por el “sedicioso socialista” Ricardo Flores Magón, en Sonora luchó, de abril de 1908 a principios de 1909, contra los yaquis rebeldes. ¿Fue en verdad elogiable su actuación en ambas campañas, o para su ascenso volvió a ser favorecido por el Presidente? Es evidente que influyó este último: Higinio Aguilar dijo a Lauro Villar que sus aparentes desobediencias se debían a que recibía “órdenes reservadas de la Superioridad”.<sup>12</sup> ¿En verdad don Porfirio le asignó responsabilidades secretas? ¿Solapó, simple-

<sup>10</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 1, f. 53; t. 10, f. 2452.

<sup>11</sup> En 1911 Aguilar reconoció haber recibido “innumerables” favores de parte de Díaz. Véase APD, leg. 36, carp. 8, f. 3712. Siempre se aceptó que don Porfirio “lo distinguió durante toda su administración”. Véase *Excelsior*, 16 octubre 1927.

<sup>12</sup> Sobre su actuación en Coahuila, AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 3, f. 558; t. 5, ff. 1138, 1177-1178, 1196, 1218; t. 9, f. 2070. Archivo Félix Díaz, Manuscritos, México, Condumex (en adelante AFD, M), carp. 1, doc. 57-b. Sobre Sonora, AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 3, ff. 558-559; t. 5, f. 1138; t. 6, f. 1279; t. 9, f. 2070.

mente, a uno de sus partidarios más leales y tempranos? Como quiera que haya sido, en marzo de 1919 fue hecho general brigadier, luego de aproximadamente 50 años de servicio.

El ascenso al generalato no fue su único premio. Tampoco fue el mejor. Su designación como jefe político del rico distrito de Cuernavaca resultaba la más generosa de las pensiones y un típico pago-obsequio de don Porfirio. Aunque es probable que Aguilar conociera a Pablo Escandón, el flamante gobernador de Morelos, puesto que éste era el jefe del Estado Mayor Presidencial, es evidente que debió su nombramiento a Díaz, preocupado por restaurar el principio de autoridad en la entidad, erosionado durante la campaña electoral local.<sup>13</sup> Resulta sorprendente que, dada la inexperiencia político-administrativa de Higinio Aguilar, se le atribuyeran tales capacidades.

La reducida inteligencia de Aguilar y su afición por las pequeñas corruptelas lo hicieron perder el empleo en un par de meses. En efecto, a mediados de 1909 tuvo que renunciar por el escándalo que provocó al pretender esquilmar la herencia de un retrasado mental. Para colmo, al entregar el puesto se descubrió un fraude. En un primer momento aseguró que el dinero faltante —cerca de 1 500 pesos de ahorros de pueblos del distrito, los que planeaban utilizar en mejoras materiales— “le había sido robado de la oficina”. Dado que la coartada era inverosímil, por la falta de rastros de violencia en su escritorio, tuvo que confesarse culpable de haber dispuesto del dinero “para asuntos privados”. Segundo: aunque devolvió la cantidad antes de que se pronunciara la sentencia, resultó condenado a pasar cerca de un año y medio en prisión; además, quedó proscrito para cualquier puesto gubernamental por diez años.<sup>14</sup>

Por lo difícil de su situación, Higinio Aguilar apeló a su protector de siempre. En esta ocasión don Porfirio no fue el escudo invulnerable: a pesar de promesas anteriores, esta vez no le dio audiencia y, en cambio, permitió que Pablo Escandón le hablara “pésimamente de él”. De manera más conmovedora que convincente, Aguilar aseguró a Díaz que todo se debía a “maquinaciones” de sus innumerables “enemigos gratuitos”, como

<sup>13</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 1, ff. 62, 64; t. 6, ff. 1297, 1299. Mayores datos sobre Pablo Escandón y su contienda electoral con Patricio Leyva, John Womack, *Zapata and the Mexican Revolution*, Nueva York, Alfred Knopf, 1969, pp. 16-36.

<sup>14</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 6, ff. 1311, 1319, 1349-1350. Archivo Francisco León de la Barra, Manuscritos, México, Condumex (en adelante AFLB, M), carp. 2, doc. 179.

Escandón, interesado en que dejara un puesto que debía únicamente a don Porfirio, pues “jamás” había cometido fraude o malversación alguna. Es evidente que la sensibilidad de Díaz fue estimulada cuando le dijo “bijejo amigo”, “benemérito” e “hilustre”. Como consecuencia, don Porfirio presionó a Escandón para que diera una solución legal al conflicto, sobre todo porque Aguilar permanecía en prisión semanas después de haber purgado su sentencia. Tan pronto quedó libre, a principios de 1911, se puso a las órdenes de Díaz, quien le sugirió presentarse en la Secretaría de Guerra “para prestar sus servicios”. Así, luego de casi año y medio de encarcelamiento, Higinio Aguilar volvió a ingresar a la plana mayor del ejército, a tiempo de luchar contra el alzamiento maderista.<sup>15</sup>

### CONTRARREVOLUCIONARIO TÍPICO

Mayor de 70 años y deteriorado por su reciente estancia en prisión, Aguilar carecía de prestigio al inicio de la lucha maderista. Sin embargo, se explica que se le diera otra vez mando de fuerzas por la gravedad imprevista de la rebelión, pues Díaz tuvo que utilizar a todos sus elementos. Aun así, se le confió un puesto secundario: mayor de Órdenes de Culiacán, cuya defensa dirigió “hasta su rendición”, a principios de junio. Según el médico y poeta Enrique González Martínez, por entonces secretario de Gobierno de Sinaloa, durante el sitio de Culiacán dejó ver “su empeñosa conducta y su valor nunca desmentido”; según él, Higinio Aguilar prefirió sacrificar su “amor propio” de soldado a que los habitantes de Culiacán sufrieran “males mayores”, por lo que, en lugar de persistir en la defensa de la plaza, la entregó y se concentró en Guaymas, Sonora, donde quedó como jefe de las operaciones. Días después, luego de la capitulación de don Porfirio, Aguilar quedó en disponibilidad, pasando a la ciudad de México a finales de julio.<sup>16</sup>

Es indudable que Higinio Aguilar sufrió una severa “miopía” histórica. Seguramente influido por su propia edad, a principios de 1911, ya con

<sup>15</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/ t. I, ff. 62-66; t. 6, ff. 1341, 1345, 1350-1353, 1360, 1365. APD, leg. 34, carp. 28, ff. 13644-13646; leg. 36, carp. 8, ff. 3533, 3711-3713, 3741-3745.

<sup>16</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/ t. I, ff. 63-64; t. 6, ff. 1372, 1376, 1384, 1405, 1408, 1428, 1434, 1442. Antes de partir rumbo a Sinaloa, Aguilar adquirió varias prendas de ropa militar, quedándolas a deber, como siempre, y negándose a liquidar su adeudo.

el alzamiento maderista en ascenso, deseaba al octogenario Porfirio Díaz “larga vida con salud, para bien de la Patria”. Asimismo, víctima de su soberbia y de su pobre incapacidad de diagnóstico sociopolítico, al marchar a Sinaloa a combatir a los rebeldes mostró su desprecio por éstos, encargando a un abogado que gestionara el pago de los haberes que había dejado de percibir durante su “injusto” encarcelamiento en Morelos. Debió haberle resultado evidente su declive, pues el gobierno provisional de Francisco León de la Barra rechazó su solicitud. Es obvio que Aguilar advirtió que la amenaza era a él y al gremio; que su futuro, y el de sus pares, era peor que sombrío. Si antes había sido especialmente dúctil para adaptarse a la naturaleza del Porfiriato —incluso había colaborado para desplazar a los regímenes civilistas precedentes—, jamás digirió la llegada del maderismo y del carrancismo, pues significaron el fin de las prebendas de los militares del antiguo régimen; jamás aceptó que el ejército porfirista fuera remplazado por uno revolucionario. En su caso, a la toma del poder por Madero fue nombrado “visitador de forrajes” en la Comandancia Militar de la ciudad de México.<sup>17</sup> La ostensible afrenta lo hizo conspirar inmediatamente contra el nuevo gobierno.

Higinio Aguilar comenzó su larga lucha contrarrevolucionaria luego de escasas semanas de iniciado el régimen maderista. Su primera aventura fue apoyar, distribuyendo “propaganda sediciosa”, el alzamiento reyista. Peor aún, parece que llegó a realizar preparativos para rebelarse y a planear un magnicidio contra Madero. Aguilar fue aprehendido, junto con el general Melitón Hurtado, ebrio consuetudinario, antes de que intentara asesinar a Madero o de que pudiera incorporarse al fallido movimiento reyista —concediendo que lo pretendiera sinceramente—. Sin embargo, tan pronto quedó libre, a mediados de 1912, tomó otra vez las armas contra el gobierno.<sup>18</sup>

<sup>17</sup> AHSN, C, XI/III/1-1/t. 1, ff. 1386-1388, 1390, 1393-1394, 1396, 1398, 1447. APD, leg. 36, carp. 8, f. 3713.

<sup>18</sup> AHSN, C, XI/III/1-1/t. 1, ff. 62, 66, 75; t. 6, ff. 1454, 1456, 1458, 1467; t. 10, f. 2385. El entonces comandante militar de la ciudad de México, general Lauro Villar, aseguró que la labor propagandística de Aguilar no había tenido impacto en la población. Véase AFLB, M, carp. 2, doc. 179. En cuanto a preparativos militares, llegó a dar nombramientos, indistintamente, en el Ejército Republicano o Restaurador o Regenerador Constitucionalista, distinto del ejército reyista, llamado simplemente Constitucionalista. Véase Gustavo Casasola, *Historia gráfica de la Revolución mexicana*, 10 vols., México, Trillas, 1973, t. II, p. 430. Detalles sobre la conspiración y detención de Aguilar y Hurtado en *El Imparcial* o *El País*, 18 y 19 diciembre 1911.

La secuencia de su levantamiento fue típica: en libertad provisional desde finales de junio, a principios de septiembre dejó de presentarse a la obligada revista. Luego de varios citatorios y obvias vacilaciones de sus familiares para informar sobre él, fue acusado de “deserción y rebelión”. A los pocos días se tuvo que proceder en su contra, pues encabezaba ya una partida, como de 80 hombres, que merodeaba por Tehuacán. A pesar de ser un anciano de “larga” barba y cabello blanco, con un bigote similar aunque manchado “por el humo del cigarro”, su levantamiento causó temores al gobierno. Por su parte, el embajador norteamericano no demoró en informar a Washington de que se rumoraba que sus hombres aumentaban “rápidamente”, que había aniquilado a una fuerza maderista como de 200 soldados y que antes de terminar septiembre había tomado varios pueblos en Veracruz.<sup>19</sup>

Cierto es que su movimiento comenzó con buena parte de los cuerpos rurales de Tehuacán, luego de acabar con los leales a Madero; que para mediados de octubre sus hombres ascendían a mil, y que se habían desplazado a la frontera con Veracruz, operando por Esperanza, Acultzingo y Maltrata. Cierto es también que se decía que atacaría Orizaba, cuya rendición pidió. Sin embargo, eran desmedidos los objetivos de su estrategia, de reclutar 10 000 hombres y ocupar Córdoba y Veracruz. Las versiones sobre la lucha de Higinio Aguilar contra Madero son muy disímolas. Hay quien sostiene, incluso, que llegó a dominar parte de los estados de Puebla y Veracruz. Lo que es indiscutible es que la rebelión de Félix Díaz, en octubre, distrajo o involucró a fuerzas que combatían a Aguilar, como las del general Joaquín Beltrán o las del coronel Díaz Ordaz, lo que él aprovechó para incrementar sus actividades: en enero de 1913 tuvieron que pedirse refuerzos para combatir a su gavilla.<sup>20</sup>

<sup>19</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 1, f. 75; t. 6, ff. 1469, 1472, 1475-1476, 1479, 1482; t. 11, f. 2623.

<sup>20</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 10, f. 2454. AHSDN (archivo Luis Muro, en adelante LM), 481. 5/312/ff. 510-511. *Gil Blas*, 10 octubre 1912, en Archivo Bernardo Reyes, Correspondencia, México, Condumex (en adelante ABR, C), carp. 40, f. 7981. AFD, M, carp. 1, doc. 68-a. *Documents of the Mexican Revolution* (en adelante DMR), t. VIII, pp. 64-65. David La France, *The Mexican Revolution in Puebla, 1908-1913*, Delaware, Scholarly Resources Imprint, 1989, p. 183. Juan Barragán asegura que la prensa exageró la fuerza de la lucha antimaderista de Aguilar. Véase Juan Barragán Rodríguez, *Historia del ejército y de la revolución constitucionalista*, 3 vols., México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985-1986, t. 1, p. 20.

¿Qué buscaba Higinio Aguilar al luchar contra Madero? ¿En qué consistió su movimiento? ¿Era una revancha personal o debe ser visto como parte de un movimiento más serio y profundo? Su principal colaborador fue, significativamente, Gaudencio de la Llave, cercano en edad y similar en capacidades, moralidad e ideología. En efecto, habían participado juntos en la rebelión antijuarista de 1869, y juntos permanecieron en armas contra Juárez y contra Lerdo, operando en favor de Porfirio Díaz en la región de Zongolica y de Orizaba, de donde era originario De la Llave, quien además aportó a sus hijos, uno de los cuales —su homónimo y primogénito— terminó siendo el jefe del Estado Mayor de Aguilar.<sup>21</sup> Preso Bernardo Reyes y todavía en paz Félix Díaz, el alzamiento no pudo surgir a favor de alguno de ellos. Sin embargo, fue un típico movimiento militarista: firmado por Higinio Aguilar, Gaudencio de la Llave hijo, Benjamín Rodríguez y “tres generales y siete coroneles” en ausencia, su “plan” fue formalmente promulgado después por el Ejército Restaurador de la República, a pocas semanas de iniciado el movimiento aguilarista y días después del fracasado alzamiento de Félix Díaz. ¿Tuvo alguna relación con éste el levantamiento aguilarista? ¿Fue un prolegómeno para palpar las respuestas del gobierno, del Ejército Federal y de la opinión pública? ¿Fueron movimientos de simpatizantes suyos para obligarlo a rebelarse y asumir la jefatura? ¿Es una casualidad que los dos tuvieran como escenario la región central del estado de Veracruz? ¿Fueron, acaso, manifestaciones independientes de la insatisfacción de los altos jefes del Ejército Federal?

El “plan”, comprensiblemente, no menciona a Bernardo Reyes o a Félix Díaz, ambos ya en prisión para esas fechas. Apelar a ellos hubiera sido inútil y torpe. Consciente de su reducido prestigio y jerarquía, Aguilar no se autopostuló como jefe del movimiento sino que propuso para ello a Gerónimo Treviño, uno de los pocos caudillos auténticos que quedaban en el ejército. Alegó para ello sus antecedentes de luchador contra la Intervención francesa, su capacidad de mando, su mesurada ideología y su ca-

<sup>21</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/ t. 3, f. 509. El expediente de Gaudencio González de la Llave consta de seis volúmenes y se encuentra en AHSDN, C, XI/III/1-1 /t. 3, ff. 1-90. Para su participación en las revueltas de La Noria y Tuxtepec, véase AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 1, ff. 2, 14, 35-37, 72; t. 2, ff. 281, 284-286, 293. Parece que sus otros hijos eran Porfirio y Patricio. Véase La France, *op. cit.*, p. 183. Para las actividades de Gaudencio hijo en la rebelión, véase AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 1, ff. 1-90, t. 3, ff. 578-579.

lidad moral. Higinio Aguilar apeló a sus compañeros de armas para que se unieran en torno a Treviño y retiraran su apoyo a Madero, a quien acusaba de mancillar al Ejército Federal al “llevar a su seno elementos —“verdaderos bandoleros”— que lo manchan y lo deshonoran”, muy distinta a la obediencia militar exigible.

El rasgo fundamental del “plan” era su espíritu castrense. El Ejército Federal era llamado “timbre de gloria” de los mexicanos, y proponía que Madero, Pino Suárez, los gobernadores y los congresos federal y locales fueran sustituidos por los jefes militares que en cada entidad encabezaran el movimiento. Además, el “plan” era notoriamente conservador: no sólo criticaba a Madero, acusándolo de corrupto, dictatorial, inepto y nepotista y diagnosticándolo como “desequilibrado”, “inconsciente y vacío”, sino que criticaba a la Revolución mexicana *per se*, acaecida “en mala hora” y portadora de “ruina” y “miseria”, al haber “despertado apetitos insanos” y “elevado nulidades o malvados”. Producto de su nacionalismo conservador, pero también pretexto de la derrota del Ejército Federal, en el “plan” se aseguraba que el gobierno de Madero era producto de la protección norteamericana, “deshonra” que podría convertirse en “pérdida de nuestra nacionalidad”. Para Aguilar y sus compañeros no había otra alternativa que derrocar a Madero e instalar un gobierno “fuerte y respetable”, único capaz de encauzar al país “por la senda del orden y del progreso” y de lograr “el adelanto moral, político y material del país”.<sup>22</sup>

La respuesta tuvo que haber sido muy reducida. Luego de los fracasos de Bernardo Reyes y Félix Díaz, los miembros del Ejército Federal y la opinión pública desconfiaban de movimientos con características similares. Peor aún, el poder de convocatoria de Higinio Aguilar era mínimo, incluso entre sus compañeros: resultaba irónico que alguien con sus antecedentes apelara al honor militar y criticara la incapacidad y la indisciplina de los revolucionarios. Además, Treviño era un hombre anciano, retirado desde hacía muchos años de la vida militar activa y mortal enemigo de Reyes y de los reyistas, grupo aún influyente en el Ejército Federal. Para colmo, todo parece indicar que el treviñismo de Aguilar no era ni espontáneo ni institucional: en 1909, cuando Treviño fue reactivado para hostilizar a Bernardo Reyes, se rumoró que Aguilar sería uno de sus

<sup>22</sup> *Planes en la nación mexicana* (en adelante PNM), t. VII, pp. 222-224. También, en *Planes políticos y otros documentos* (en adelante PP), pp. 245-250.

colaboradores. En todo caso, su antirreyismo y su treviñismo dificultaron cualquier probabilidad de éxito.<sup>23</sup>

En efecto, la respuesta a su llamado fue magra, lo que se confirma al constatar que en diciembre de 1912, a mes y medio de promulgar su “plan”, Higinio Aguilar insistió en convocar al “valeroso y abnegado” Ejército Federal. Se confirman también su ideología conservadora y su falta de rigor y seriedad: si el “plan” había sido firmado por el Ejército Restaurador de la República, el “llamamiento” se hizo en nombre del Ejército Nacional Constitucionalista; por otro lado, insistió en acusar de ilegítimo y traidor al gobierno de Madero, quien, según él, detentaba el poder “debido a la alucinación momentánea de los analfabetas” y a elecciones calificadas de fraudulentas.<sup>24</sup>

Los acontecimientos de principios de 1913 en la ciudad de México influyeron directa e indirectamente en la vida de Aguilar. Con la llegada de Huerta al poder siguió operando como soldado, aunque ya no como rebelde sino como represor de alzados. Fue uno de los primeros que reconoció al gobierno de Huerta, el que se desistió de los cargos de “rebelión y deserción” en su contra. Higinio Aguilar volvió así al Ejército Federal, al que sus hombres fueron incorporados “como fuerza irregular”. Con tal de lograr el apoyo del mayor número posible de miembros del Ejército Federal, Huerta y Manuel Mondragón, su primer secretario de Guerra y famoso por corrupto, acordaron favorablemente su solicitud de que se le pagaran los haberes no cobrados durante el tiempo que había estado en armas contra Madero.<sup>25</sup> Resulta difícil precisar hasta qué grado Aguilar condicionó su apoyo a la obtención de ciertas canonjías, o si lo motivó el carácter militarista del gobierno usurpador.

Sus actividades militares como huertista no correspondieron a sus maniobras políticas ni a los favores administrativos que recibió. Luego de que fracasaron los intentos de avenimiento con los zapatistas, Huerta dis-

<sup>23</sup> ABR, C, carp. 39, f. 7727. Para Gerónimo Treviño, véase Eugenia Meyer, *Reseña biográfica de Gerónimo Treviño (1836-1914)*, México, Secretaría de Educación Pública, 1967. El nombre de Treviño también fue usado como bandera de rebelión por otros, aunque siempre fueron desautorizados. Véase *Documentos históricos de la Revolución mexicana* (en adelante DHRM), t. VII, doc. 605; t. IX, doc. 1123. El apoyo de Aguilar a la rebelión de Reyes de finales de 1911 no desmiente su antirreyismo sino que es un ejemplo más de su inveterado oportunismo político.

<sup>24</sup> Este documento también en PNM, t. VII, pp. 224-225.

<sup>25</sup> AHSND, C, XI/III/1-1/t. 6, ff. 1496, 1498; t. 7, ff. 1520, 1527, 1530; t. 10, f. 2423; t. II, ff. 2626, 2744. Casasola, *op. cit.*, t. II, p. 558. Peter Henderson, *Félix Díaz, the Porfirians and the Mexican Revolution*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1981, p. 88. Respecto a Mondragón, véase Hernández Chávez, *op. cit.*, p. 284.

puso que Higinio Aguilar colaborara en la campaña de Morelos, a donde llegó a finales de marzo, al frente de 200 hombres organizados en dos regimientos, de nombres Porfirio y Félix Díaz. Si políticamente pretendió imponer el huertismo entre los morelenses pacíficos, militarmente le correspondió operar en la región de Cuautla y Jonacatepec, plaza que defendió a mediados de abril, al ser atacada por más de 2 000 zapatistas. Debido a la superioridad numérica de éstos, a su pronto dominio de casi toda la ciudad, a la presión del cura para que se evitaran mayores daños a la población y a la falta de municiones, Aguilar entregó la plaza un par de horas antes de que le llegaran refuerzos. Fue hecho prisionero junto con todos los sobrevivientes y liberado un par de días después, aparentemente por motivos propagandísticos, quedando comprometido a no volver a luchar contra el zapatismo. ¿Es creíble el supuesto afán propagandístico de Zapata, cuando por otro lado criticaba abiertamente a Huerta y mantenía prisionero a su emisario de paz, el padre de Pascual Orozco? ¿Cuán factible es que la pronta liberación de Higinio Aguilar haya sido el pago por su capitulación en Jonacatepec?

La sinuosidad de su conducta durante esos días es incuestionable: Aguilar se presentó a las autoridades huertistas un mes después de su liberación. Se le acusó de haber permanecido voluntariamente en los campamentos zapatistas, pero él alegó que había elogiado y apoyado al zapatismo sólo para salvar su vida. Sin embargo, lo cierto es que Higinio Aguilar no se limitó a adular a Zapata sino que les impartió enseñanzas militares y les organizó un sistema de compra de armas y municiones a oficiales huertistas corruptos. El intento de engaño no pasó inadvertido para el intuitivo y suspicaz Huerta, aunque hubiera regresado “en un estado lamentable”, prueba, según Aguilar, de que lo habían tenido virtualmente preso todo ese tiempo. Si bien logró que no se investigara sobre su verdadera conducta, fue transferido para que operara contra las fuerzas constitucionalistas del noreste.<sup>26</sup> Su periodo huertista tuvo que resultarle incómodo, pues el

<sup>26</sup> AHSND, C, XI/III/1-1/t. 7, ff. 1505, 1516; t. II, f. 2638. Archivo Venustiano Carranza, Manuscritos, México, Condumex (en adelante AVC), carp. 100, doc. 11395. Miguel Sánchez Lamego, *Historia militar de la revolución zapatista bajo el régimen huertista*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1979, pp. 24, 27-29. Casasola, *op. cit.* t. II, p. 600. Hay fuentes que contradicen la supuesta falta de municiones sufrida en Jonacatepec, pues aseguran que el botín militar tomado por los zapatistas fue “inmenso”. Asimismo, hay quien transcribe la alocución de agradecimiento de Aguilar a

calor de Morelos y la humedad del Golfo contrastaban con el clima templado de sus valles a las faldas del Pico de Orizaba.

La desconfianza de Huerta, quien además no simpatizaba con Higinio Aguilar, tuvo que ser considerable, pues éste volvió a cargos de responsabilidad militar hasta mediados de año, después de un par de meses “de descanso”, cuando tuvieron que usarse todos los elementos del Ejército Federal en un vano intento por contener a los alzados. Fue de los generales huertistas que perdieron Ciudad Victoria a mediados de noviembre; posteriormente colaboró en las defensas de Altamira y plazas alledañas, haciéndolo, al decir de su jefe, “con pericia y ardimiento”. Esto le valió el ascenso a general de brigada, aunque también influyó el deseo de Huerta de conservar la lealtad de su ejército. A mediados de mayo de 1914 evacuó Tampico, junto con las demás fuerzas gobiernistas, replegándose a través de El Ébano, sin combatir, rumbo a la capital del país. Aunque se asegura que durante la travesía por las Huastecas impuso a sus fuerzas “orden, moralidad y disciplina”, fue acusado de tomar pertenencias de un alto empleado de la Compañía Petrolera El Ébano y de complicidad en un homicidio. Luego se le acusó, también, de que días antes de la debacle huertista fusiló a siete personas involucradas en una conspiración en la capital del país.<sup>27</sup>

### MÚLTIPLES ALTERNATIVAS

A partir de la segunda mitad de 1914 se invirtieron de nuevo los papeles: el gobiernista Aguilar se hizo rebelde y los rebeldes se hicieron gobierno. Previsiblemente, desconoció los Tratados de Teoloyucan, y con los “irre-

---

Zapata, donde usó palabras como “magnanimidad” y la que concluyó solemnemente, jurando “por mi honor y el de mis hijos, que sin descanso lucharé por el triunfo de la causa que desde ahora a mí también pertenece”. Véase Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, 5 vols., México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985, t. III, p. 186. Womack, *op. cit.*, p. 167.

<sup>27</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. I, ff. 75-76, 138; t. 7, ff. 1532, 1534-1535, 1538, 1541, 1543, 1547, 1558; t. 9, ff. 2068-2069; t. II, ff. 2649-2650, 2655, 2660. AVC, carp. 45, doc. 4986; carp. 54, doc. 5936; carp. 95, doc. 10730. Barragán, *op. cit.*, 1985, t. I, pp. 290-291, 474. Casasola, *op. cit.*, 1973, t. II, p. 621; t. III, p. 793. Recuérdese que cuando Aguilar fue aprehendido al tratar de asesinar a Madero, Huerta hizo un brindis por su captor y una terrible condena contra el desleal militar. Véase Vito Alessio Robles, “El banquete que me ofreció Victoriano Huerta”, en *Todo*, 17 y 24 marzo 1955.

gulares” huertistas Benjamín Argumedo y Juan Andreu Almazán se alzó en armas contra don Venustiano en la zona de Tehuacán. El jefe carrancista en la región intentó actuar de inmediato para destruirlo “por completo”. Sin embargo, el número de los alzados, exfederales en su totalidad, creció rápidamente hasta llegar a 3 000, por lo que sus fuerzas, carentes de parque, resultaron insuficientes para cortarles la retirada.<sup>28</sup>

Para precisar y legitimar su postura, lanzaron un “Plan Revolucionario” en el que alegaban que los Tratados de Teoloyucan no habían sido aprobados “por las Cámaras”.<sup>29</sup> En realidad, lo que preocupaba a Higinio Aguilar no era la ilegalidad sino que la disolución del Ejército Federal amenazaba fatalmente su *modus vivendi*. Como siempre había vivido de la profesión militar, le resultaba casi imposible cambiar, por lo que se rebeló para que las armas siguieran siendo su *modus operandi*. Aunque por su edad parecía más conveniente que aceptara el armisticio que implicaban dichos tratados y viviera en paz su vejez, prefirió comenzar una nueva etapa en su vida de contrarrevolucionario, la anticarrancista.

Aguilar, Almazán y Argumedo ofrecieron primero su respaldo al gobierno del estado de Oaxaca, al que manifestaron su deseo de apoyar a nivel nacional a Félix Díaz. Sin embargo, en realidad pretendieron forzarlo a adoptarlos como aliados militares, lo que no fue aceptado pues hubiera implicado una declaración de guerra contra el gobierno de don Venustiano, cuando que los oaxaqueños pretendían permanecer neutra-

<sup>28</sup> AVC, carp. 13, doc. 1338, 1357; carp. 145, doc. 16790. Los Tratados de Teoloyucan, de agosto de 1914, obligaban a los soldados federales a disolverse y a disciplinarse al nuevo gobierno, aunque formalmente la disposición podía interpretarse como menos perentoria para los ‘irregulares’. Era obvio que Aguilar no habría de reparar en tecnicismos legales. Acaso resulte sorprendente que se haya lanzado a la lucha con ‘irregulares’ incorporados al Ejército Federal por Huerta, cuando que en 1912 se había alzado en armas contra Madero por la incorporación de elementos similares. Sobre los Tratados de Teoloyucan, véase Diego Arenas Guzmán, *Los Tratados de Teoloyucan y la disolución del Ejército Federal*, México, Secretaría de Gobernación, 1964. Sobre Argumedo, véase Ángeles Ruiz, *Benjamín Argumedo and the Mexican Revolution*, Chicago, University of Chicago (mecanuscrito), 1980. Acerca de la actitud de Aguilar, véase Barragán, *op. cit.*, t. 1, pp. 53-55.

<sup>29</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1, t. 9, f. 2068. Archivo Jenaro Amezcua, Manuscritos, México, Condumex (en adelante AJA, M), VIII-3, carp. 1, doc. 9. Archivo Gildardo Magaña Cerda (en adelante AGMC), México, Universidad Nacional Autónoma de México, c. 27, exp. 12, f. 198. Almazán asegura que Aguilar no firmó el “plan”, por su espíritu agrarista. Al respecto, véase el capítulo conducente de sus memorias, en *El Universal*, 10 febrero 1958.

les. La alianza hubiera significado el fin de la independencia que deseaban conservar ante los conflictos entre carrancistas, huertistas y zapatistas. Menos por razones ideológicas que por su pretensión de no involucrarse en conflicto alguno, lo cierto es que la alianza con Higinio Aguilar fue amable pero firmemente rechazada.<sup>30</sup>

Necesitados de retirarse de la región fronteriza entre Puebla y Oaxaca, Aguilar, Almazán y Argumedo se dirigieron a la única zona cercana que les permitía permanecer en armas contra Carranza: la región fronteriza entre Puebla y Morelos.<sup>31</sup> Inútilmente invitaron desde allí a Emiliano Zapata y al Ejército Federal a colaborar en una lucha contra Estados Unidos, con el fin de recuperar el “querido puerto” de Veracruz, lo que prueba que aún no definían con claridad sus objetivos ni tenían una idea precisa de sus opciones reales. Su actitud debe ser vista también como una comprensible conducta de exhuertistas: pretendían transformar una lucha social en nacional, vengar la participación norteamericana en la caída de Huerta. La respuesta de todos fue negativa. Lo importante fue que Zapata no sólo les señaló lo inoportuno que era enfrentarse en ese momento a los estadounidenses, sino que dejó muy claro que sólo aceptaría relaciones con ellos en términos de sumisión absoluta al zapatismo; además, les advirtió que sólo podrían operar en Puebla y Veracruz, pero no en Morelos.<sup>32</sup>

<sup>30</sup> Archivo Juan Barragán Rodríguez, Primera Jefatura y Presidencia, México, Universidad Nacional Autónoma de México (en adelante AJB, PJP), c. 1, exp. 8, doc. 66, ff. 87-90. DHRM, t. 1, doc. 161; t. xv, docs. 575, 579. El gobernador de Oaxaca, Francisco Canseco, percibió que la alianza militar se les ofrecía con “cierto tono amenazante” En efecto, un testigo asegura que las fuerzas de Aguilar, Almazán y Argumedo “pasaban de cinco mil” con “magnífico equipo”. Véase Guadalupe J. García, *La sierra de Huautla en la gesta oaxaqueña. La soberanía de Oaxaca en los ideales de la Revolución, México*, s. p. i., 1955, pp. 73-75. Un experto en la historia oaxaqueña del periodo sostiene que dicha ayuda militar fue rechazada, más que por la firme y hábil diplomacia de Canseco, por cierta demostración de fuerza de los serranos, quienes buscaban tener la hegemonía militar en la región. Véase Francisco José Ruiz Cervantes, *La revolución en Oaxaca, 1915-1920*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 54.

<sup>31</sup> A finales de septiembre de 1914 era evidente que carrancistas y zapatistas habrían de enfrentarse pronto; sin embargo, como a mediados de octubre todavía había negociaciones e intentos de avenimiento entre ellos, Carranza ordenó que no se iniciaran hostilidades contra los zapatistas pero sí contra “las hordas de Higinio Aguilar, Almazán y comparsa”. Véase DHRM, t. 15, doc. 592.

<sup>32</sup> AGMC, c. 27, exp. 12, ff. 198, 200. Juan Andreu Almazán, “Memorias”, *El Universal*, 10 febrero 1956.

A finales de 1914, al estallar el enfrentamiento entre carrancistas y convencionistas, Higinio Aguilar se incorporó formalmente a estos últimos. Las necesidades militares vencieron a la memoria política, y los morelenses aceptaron como aliado al corrupto y represivo jefe político de Cuernavaca de 1909, y al desleal e ineficaz militar huertista de 1913. Al frente del llamado “Ejército Revolucionario de Oriente”, y amparado en su reconocimiento del Plan de Ayala, entre noviembre y diciembre Aguilar tomó Chietla, Izúcar de Matamoros y Atlixco, y colaboró con el propio Zapata en las tomas de San Martín Texmelucan y Puebla. Si bien es cierto que se aplicaron las condiciones políticas y geográficas impuestas por Zapata, Higinio Aguilar y sus compañeros gozaron de considerable autonomía en las zonas que guarnecían. Como huertistas recientes, es comprensible que al ocupar Puebla hayan liberado a varios oficiales federales y establecido acuerdos con felicistas locales. Significativamente, Zapata no reparó en su conducta, a pesar de que colaboradores suyos le sugirieron mayor vigilancia a los exhuertistas.<sup>33</sup>

Es obvio que, al convertirse en convencionista,<sup>34</sup> Aguilar sólo buscaba usufructuar el membrete, pretendiendo legitimarse, pero sin lealtad política ni coincidencia ideológica con los surianos. Como lo habría de mostrar a lo largo de 1915, su postura frente a sus colaboradores, Oaxaca o los zapatistas, dependería de las cambiantes coyunturas político-militares. Para comenzar y probablemente alegando que un norteño no podía jefaturar un ejército que operaba en su natal Puebla, Higinio Aguilar desplazó del mando de la “División de Oriente” a Benjamín Argumedo a principios de 1915.<sup>35</sup> Posteriormente, como a los iniciales triunfos zapatista-convencionistas siguió un periodo de recuperación carrancista, las derrotas lo convencieron de dejar la zona de Puebla que se le tenía encomendada, regresando en febrero, sin Almazán ni Argumedo, a los límites con Oaxaca. Allí fue ya mejor recibido, por llegar solo y debilitado y por el creciente distanciamiento entre el gobierno local y los carrancistas y zapatistas.<sup>36</sup>

<sup>33</sup> AJA, M, VIII-3, c. 2, doc. 103. AJB, PJYP, c. 1, exp. 2, doc. II.1, ff. 59-63. DHRM, t. XXI, doc. 69. Barragán, *op. cit.*, t. II, p. 169. Womack, *op. cit.*, pp. 212-213, 222.

<sup>34</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 12, ff. 2777, 2779-2781.

<sup>35</sup> AGMC, c. 29, exp. 10, f. 554; c. 30, exp. 7, f. 119.

<sup>36</sup> AVC, c. 27, doc. 2790; AVC, Telegramas Puebla, carps. 1 y 2. DHRM, t. XV, doc. 602. Respecto al caso de Oaxaca durante la fase constitucionalista de la Revolución, véase la obra de Ruiz Cervantes, *op. cit.*

Como para estos últimos la actitud de Aguilar era una traición a la causa, inmediatamente procedieron a batirlo, buscando “exterminarlo”. Higinio Aguilar, falsario contumaz, pretendió convencerlos de que operaría en Oaxaca como “el más honrado sostenedor” del Plan de Ayala, al que prometió “miles y miles de adeptos”. Los morelenses no se dejaron engañar: Francisco Mendoza recordó su naturaleza de exfederal, y el propio Zapata lamentó, tardíamente, que Aguilar hubiera vuelto a comportarse “como siempre”.<sup>37</sup>

Hábilmente, al llegar a Oaxaca, Aguilar proclamó un muy oportuno “Manifiesto”, dirigido a complacer a sus nuevos compañeros. Contradiciendo las actitudes políticas de su juventud, elogió a Benito Juárez; contradiciendo las actitudes políticas de meses antes, condenó las “tontas y pueriles promesas” de repartición de tierras. Buscando afinidades con los oaxaqueños, se calificó como fiel defensor de la Constitución de 1857, al tiempo que mostró una actitud menos militarista.<sup>38</sup> La situación político-militar y el atinado “Manifiesto” fueron muy favorables para Higinio Aguilar, quien permaneció más de un año en la región de Teotitlán del Camino. La estancia resultó muy provechosa. Primero la utilizó para reorganizar y acrecentar sus fuerzas: si a finales de febrero de 1915 tenía cerca de 500 hombres mal pertrechados, en mayo contaba con cerca de 2 000, regularmente armados y montados; además tenía artillería, aunque carecía de parque. Para Aguilar y sus lugartenientes —en concreto Panuncio Martínez—, el control militar implicaba ventajas económicas. Poco después de llegados a Teotitlán prohibieron el paso entre Oaxaca, Puebla y Veracruz “sin el debido salvoconducto de su cuartel [...] y el pago de cierta cantidad de dinero”. Asimismo, tener el control militar y económico suponía asumir el control político. A poco de llegado, dominó políticamente la región donde operaba y llegó a un acuerdo con el gobierno oaxaqueño.<sup>39</sup>

Fiel a sus costumbres, Aguilar pretendió que su alianza con los oaxaqueños no implicara ahondar sus diferencias con los morelenses. Por ende,

<sup>37</sup> Archivo Emiliano Zapata, México, AGN (en adelante AEZ), c. 5, exp. 1-3. DHRM, t. XXI, docs. 110-111.

<sup>38</sup> El “Manifiesto”, firmado en Teotitlán del Camino en febrero de 1915, en DHRM, t. XVI, doc. 622; también en PNM, t. VII, pp. 356-357. En febrero de 1915 también firmó proclamas felicistas, cuando fue informado, erróneamente, de que Félix Díaz acababa de iniciar otro movimiento rebelde en el país. Véase AVC, c. 28, doc. 3010; c. 30, doc. 3140.

<sup>39</sup> AVC, c. 41, doc. 4453; AVC, Telegramas Puebla, carps. 2, 3. García, *op. cit.*, pp. 94, 96, 136.

trató de convencer a Zapata de que sus objetivos eran dos: atacar al carrancismo e “inclinarse el espíritu público [...] a favor de la santa causa”, pues hasta entonces Oaxaca había permanecido “indiferente ante los grandes problemas nacionales” al gobierno y pueblos locales, virtualmente hostiles al Ejército Libertador. No por ingenuidad sino por graves necesidades económicas, a finales de 1915 y principios de 1916 los zapatistas olvidaron su traición y restablecieron relaciones con un Higinio Aguilar en evidente mejoría. Es más, ahora éste se permitiría pedir a los morelenses ciertas colaboraciones militares, imprescindibles para que sus operaciones resultaran exitosas, mientras Zapata ordenaba a sus subalternos que accedieran a lo que les solicitara Aguilar. Por otra parte, por su mayor experiencia política-administrativa, Higinio Aguilar llegó a recomendar a Zapata algunas medidas financieras.<sup>40</sup>

Si sus relaciones con los morelenses sufrieron por las situaciones regional y nacional, lo mismo sucedió a sus relaciones con los oaxaqueños. Hacia febrero de 1916, un año después de su llegada a la entidad, comenzó a tener fricciones con Guillermo Meixueiro, jefe de las fuerzas defensoras del Estado y caudillo del movimiento ‘soberanista’. Es probable que algunos excesos de Higinio hayan sido el motivo de los reclamos de las autoridades locales, muy respetuosas de sus súbditos. Además, no siempre acató algunas decisiones de los funcionarios estatales. Sin embargo, es indudable que las principales causas del paulatino distanciamiento fueron: la absoluta divergencia de objetivos; que el gobierno local constatará que la alianza militar no era imprescindible, en tanto que el carrancismo no habría de atacarlos por ese rumbo, y que Aguilar se convenciera de que allí tenía un futuro limitado, pues sólo le permitían operar en regiones periféricas y siempre a partir de decisiones tomadas por los caudillos estatales. Como “fuereño”, poco podía obtener en una lucha tan marcadamente provincialista.<sup>41</sup>

<sup>40</sup> AEZ, c. 6, exp. 1; c. 8, exp. 3. AGMC, c. 31, libro copiador 2, cartas 33 y 296; libro copiador 3, cartas 106, 240; libro copiador 4, carta 19.

<sup>41</sup> AJB, PJYP c. 2, exp. 15, doc. 337. AVC, Telegramas Puebla, carp. 4. DHRM, t. XXI, doc. 154. En marzo de 1916 el ministro francés se quejó de los robos sufridos por *monsieur* Spitalier de manos de Higinio Aguilar. Véase Archivo de la Secretaría de Gobernación, Período Revolucionario, México, Archivo General de la Nación (en adelante ASG, PR), c. 131, exp. 25. En concreto, Aguilar no respetaba los salvoconductos firmados por las autoridades ‘soberanistas’. Véase AVC, c. 151, doc. 17262.

## LAS MÁSCARAS DEL CONTRARREVOLUCIONARIO

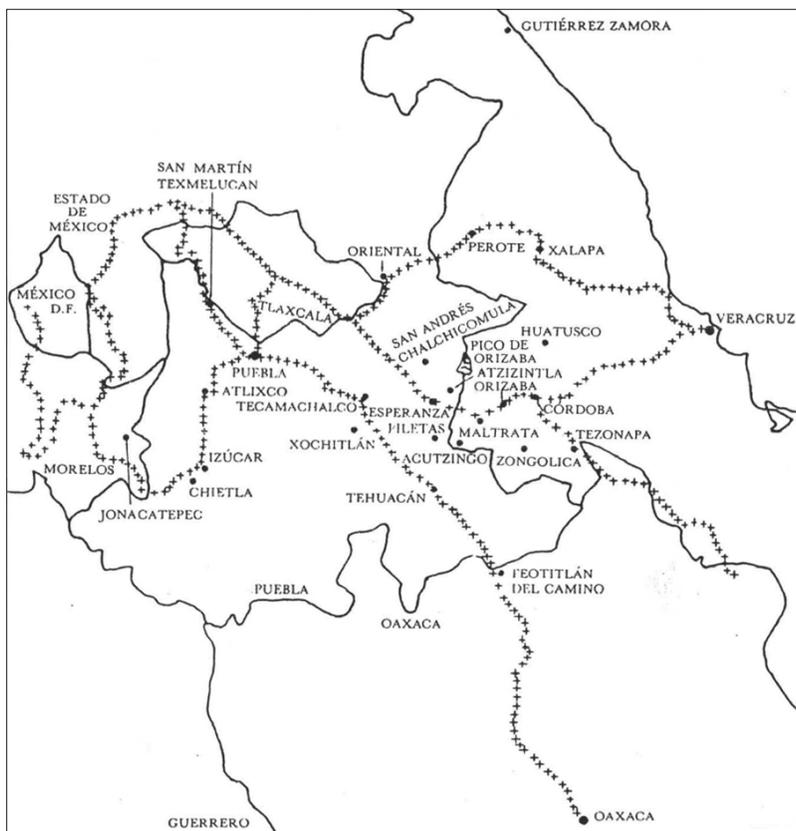
A mediados de 1916 las actividades de Aguilar sufrieron un profundo cambio, en términos políticos, militares y geográficos. El regreso de Félix Díaz al país para encabezar un movimiento anticarrancista dio lugar a que asumiera su bandera más conocida: la felicista. Después de que Félix Díaz fracasara en su intento de operar en la costa veracruzana, se dirigió a su natal Oaxaca, pensando aprovecharse del movimiento ‘soberanista’, ya organizado y en lucha. Fue entonces cuando, incorporándose a Félix Díaz a su paso por la zona, Aguilar dejó la región fronteriza y se trasladó al centro del estado. Abandonaba así su actitud caciquil, sin riesgo inmediato —puesto que había llegado a un arreglo con el jefe carrancista vecino— pero sin posibilidades de mejoría, para involucrarse en una aventura aparentemente promisoría, pues creyó que Díaz tomaría el liderazgo del movimiento, beneficiándolo por ser de sus primeros colaboradores.<sup>42</sup>

Además, tenía más afinidades con Félix Díaz que con los caudillos oaxaqueños como antiguos miembros del Ejército Federal, proponían para el país soluciones castrenses; sobre todo, su lucha contra Carranza no se limitaba a objetivos locales.<sup>43</sup> Como el sobrino de don Porfirio fracasó en las acciones militares que encabezó en Oaxaca, y como no hubo acuerdo con los líderes ‘soberanistas’, Félix Díaz y su gente, incluido Higinio Aguilar, tuvieron que buscar un nuevo escenario. Éste fue Veracruz, al que arribaron por caminos diferentes.<sup>44</sup>

<sup>42</sup> AVC, c. 65, doc. 7210. *Revista Mexicana*, 12 marzo 1916. Para el forzado arribo de Félix Díaz a Oaxaca, véase Luis Liceaga, *Félix Díaz*, México, Jus, 1958, pp. 359-383; Henderson, *op. cit.*, pp. 125-127. Antes de dirigirse a Oaxaca, Félix Díaz pasó unos días de incógnito en la ciudad de México, escondido, precisamente, en el domicilio de Aguilar. Véase AVC, c. 104, doc. 11959.

<sup>43</sup> Es ilustrativo que el “Manifiesto a la Nación”, firmado el 1 de agosto de 1916 en Ixtlán de Juárez, haya sido signado por Félix Díaz, Higinio Aguilar y José Isabel Robles, todos ellos ajenos a la contienda local. Véase en AJA, M, VIII -2, c. 3, doc. 260. Véanse también García, *op. cit.*, pp. 104, 118; Henderson, *op. cit.*, p. 127.

<sup>44</sup> La aventura de Díaz significó atravesar Chiapas para luego internarse efímeramente en Guatemala. Aguilar se redujo a volver a la región de “La Cañada”, para de allí pasar a la frontera entre Veracruz y Puebla. Quien sí permaneció al lado de Félix Díaz fue Juan Andreu Almazán, compañero de Aguilar durante la segunda mitad de 1914, pero con quien tuvo serias diferencias cuando fueron lugartenientes de Díaz a mediados de 1916. Véanse Liceaga, *op. cit.*, 1958, pp. 361-396; Barragán, *op. cit.*, t. III, pp. 63-64; Javier Garcíadiego,



La llegada de Aguilar a Veracruz significaba el regreso a parajes muy conocidos. Además, le permitió operar por un tiempo dentro de la estructura del Ejército Reorganizador Nacional y enmarcado en la política felicista, con mayor identificación profesional y afinidades ideológicas. Mientras duraron, fueron éstos sus mejores momentos, resultando de luchar con ciertos recursos económicos, con la simpatía de varios sectores sociales de la comarca y con el apoyo del jefe del movimiento. Fue entonces cuando su Ejército de Oriente pasó a ser una institución militar considerablemente organizada. Aunque obviamente difería la adscripción

“Revolución constitucionalista y contrarrevolución (movimientos reaccionarios en México, 1914-1920)”, tesis doctoral, México, El Colegio de México, 1981, pp. 279-282; Henderson, *op. cit.*, p. 128; Ruiz Cervantes, *op. cit.*, pp. 90-92.

formal de la real, y aunque se desconoce el grado de dominio de Higinio Aguilar sobre sus lugartenientes, el Ejército de Oriente quedó dividido en dos cuerpos, el “del Golfo” y el de “la Sierra”, con cinco divisiones el primero y tres el segundo. De orígenes sociogeográficos diversos, sus principales lugartenientes eran Panuncio Martínez, compadre suyo y exfederal, en armas desde mediados de 1914; Arturo Camarillo, Roberto Cejudo, Clemente y Pedro Gabay, ambos nacidos en Paso del Macho, Veracruz, viejos maderistas pero contrarrevolucionarios desde 1912; Constantino Galán, exfederal y general aguilarista desde finales de 1914, y Teodomiro Romero.<sup>45</sup>

Aguilar procedió como siempre. Un par de meses después de llegado a Veracruz proclamó un “Manifiesto al Pueblo Mexicano”, firmado el 26 de noviembre de 1916 en la hacienda de San Agustín, en el cantón de Zongolica, en el que justificaba su adhesión al felicismo por su “honradez”, “abnegancia” y “valor”.<sup>46</sup> Dicho “Manifiesto” era típicamente contrarrevolucionario, pues aseguraba que el movimiento constitucionalista era idéntico a la “irrupción de los bárbaros”. Su fecha de emisión explica sus objetivos: aprovechar el renacimiento del felicismo y oponerse a la nueva Constitución. En efecto, aseguraba que redoblaban la lucha contra la pérdida inminente del “inmortal código” de 1857, pues se convocaba para su sustitución, en lugar de a “inmaculados” y “sabios” patriotas como los de entonces, a un grupo de “analfabetas”, “criminales” y “traidores”, todos con “perversidad de miras” y poseedores de “teorías profundamente socialistas y radicalmente inmorales, disolventes e indígenas de todo pueblo civilizado”.<sup>47</sup>

<sup>45</sup> National Archives, Washington, D.C., Records of the Department of State (en adelante NAW, RDS) *record group* 59, 812.00/21955. AHSND, C, XI/III/1-1/t. 7, f. 1588. AVC, C, 16, doc. 1551; C, 20, doc. 2022. Leonardo Pasquel, *Veracruzanos en la Revolución*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985, pp. 45, 55-56.

<sup>46</sup> Higinio Aguilar llegó a Veracruz antes que Félix Díaz, pues éste incursionó por el sur. Dado que Aguilar había quedado en malos términos con los ‘soberanistas’ oaxaqueños; que, probablemente, Díaz estaba desilusionado de Aguilar por su abandono, y que seguramente Aguilar no aceptaba permanecer leal a un Félix Díaz en decadencia, esos meses fueron de indefinición ideológica. Es más, Aguilar buscó entonces restablecer relaciones con los zapatistas. Véase carta de José Inés Dávila a Félix Díaz, 17 enero 1919, en Liceaga, *op. cit.*, p. 525.

<sup>47</sup> El “Manifiesto” en AHSND, C, XI/III/1-1/t. 7, ff. 1565-1567, y en *Revista Mexicana*, 26 agosto 1917.

Los mejores recursos económicos, las relaciones sociales y la legitimación que implicaba ser parte del movimiento felicista le trajeron, respectivamente, armas y pertrechos, incluso provenientes de soldados carrancistas corruptos; vituallas, como las provenientes de la finca propiedad de Manuel Castillo, incorporado al Estado Mayor de Higinio Aguilar desde su llegada a la región, igual que Cleofas Rodríguez, hijo de otro hacendado del rumbo; información, como la que le comunicaba Amador Santos, hacendado en Tecamachalco, o como la que le transmitía su propio sobrino carnal, involucrado en la política poblana.<sup>48</sup>

Es obvio que en este periodo el movimiento aguilarista trascendió su carácter castrense. Fue forzado a convertirse en una auténtica lucha social local, tipificable ideológicamente como conservadora, y con nuevas bases sociales, las clases acomodadas de la región, ante la desmovilización del Ejército Federal y el rechazo de las otras facciones.

Todo esto explica la rápida sucesión de triunfos. A finales de 1916, Aguilar tomó poblaciones como Huatusco y amagó otras como Córdoba y Orizaba. La fuerza adjudicada entonces al ejército aguilarista varió según el informante: el gobierno federal, interesado en minimizar el peligro que implicaba, le atribuía 2 000 hombres a principios de 1917; un inversionista norteamericano, interesado en exagerarlo, le concedió 8 000. Incluso asignarle una cifra intermedia podría resultar exagerado, y las versiones de los políticos locales y de los militares que lo combatían tampoco son del todo confiables. Además, las dudas aumentan si se cuestiona la naturaleza del Ejército de Oriente. ¿Cuál era la verdadera relación entre los cuerpos que operaban en “la Sierra” y en “el Golfo”? ¿Cuál era el grado de colaboración de los diferentes jefes aguilaristas? ¿Incluían las cifras mencionadas a todas las fuerzas supuestamente aguilaristas, o sólo a las directamente suyas? Cercano a los 2 000 hombres bajo su mando o el de sus lugartenientes más cercanos, durante la primera mitad de 1917 el ejército aguilarista provocó serias preocupaciones a militares como Guadalupe Sánchez, Heriberto Jara, Cándido Aguilar y Adalberto Tejeda, según se deduce de sus constantes solicitudes de refuerzos y pertrechos. Cándido Aguilar llegó a dejar la gubernatura para asumir la Jefatura de Operaciones Militares ante el auge de los rebeldes. Se tuvo que reconocer que la insuficiencia de ele-

<sup>48</sup> AHSND, C, XI/III/1-1/t. 7, f. 1571. ASG, PR, c. 78, exp. 56; c. 217, exp. 21. AVC, Telegramas Puebla, c. 4.

mentos y por los problemas dentro de la élite político-militar local, era imposible vencerlos “de manera definitiva”.<sup>49</sup>

A pesar de sus triunfos, Higinio Aguilar abandonó la región de Orizaba y Zongolica y se dirigió a la Huasteca a mediados de 1917, donde llegó a tomar El Ébano y Soto de Marina.<sup>50</sup> Este desplazamiento obliga a dilucidar su verdadera relación con Félix Díaz; esto es, su grado, duración y formas de lealtad y colaboración. Para unos, se trataba de su abandono de la facción felicista para incorporarse a la pelaecista; según otros, era una estratagema de Díaz para quitar a Peláez porciones de su rico territorio y a Aguilar parte de sus fuerzas, aunque es un hecho que su cambio de escenario fue resultado de un enfrentamiento real con Díaz, el que debe explicarse por la naturaleza del belicismo de Aguilar y por sus orígenes sociales, ideología y conducta.

Aunque Higinio Aguilar fuera un irredento porfirista, ello no lo hacía, necesariamente, un felicista a ultranza. Se subordinó a Félix Díaz a finales de 1916 porque era la única alternativa a permanecer aislado y sin grandes recursos, en la frontera entre Puebla, Oaxaca y Veracruz. Sin embargo, se distanció de él cuando descubrió que no disponía del respaldo económico que se le adjudicaba; cuando constató que con él no había posibilidad de grandes ascensos políticos, y cuando vio que Félix Díaz no era un buen estratega militar y que, para colmo, por su apellido atraía siempre la represión de lo más granado de las fuerzas gobiernistas. Es más, pronto descubrió que, a diferencia de su tío —y de él, obviamente—, Félix Díaz era un típico militar “perfumado”, un “junior” de la milicia.

En rigor, el rompimiento se dio por iniciativa de Díaz, quien alegó que no coincidía con la excesiva indisciplina de las fuerzas de Aguilar. Díaz y sus allegados desconfiaron de él desde un principio, pero sabían que era muy importante involucrarlo en el movimiento. Sus reticencias se justificaron pronto. Félix Díaz rechazó enérgicamente el salvajismo de Higinio Aguilar, en particular sus cruentos ataques a los ferrocarriles; hasta se dice

<sup>49</sup> AHSDN, fichero Luis Muro, XI/481.5/318, ff. 417, 425. AJB, PJYP, c. 4, exp. 9, doc. 373.60; exp. 10, doc. 373.61. *Excelsior*, 8 agosto 1917. Para las operaciones de Cándido Aguilar y de Adalberto Tejeda contra los rebeldes veracruzanos, véanse, respectivamente, Ricardo Corzo Ramírez *et al.*, *...nunca un desleal*, México, El Colegio de México, 1990; y Romana Falcón y Soledad García, *La semilla en el surco*, México, El Colegio de México, 1990.

<sup>50</sup> NAW, RSD, *record group* 59/812.00/20851, 21098.

que Félix Díaz intentó fusilarlo por ello.<sup>51</sup> Sin embargo, el fondo del problema era que, por llegar prácticamente solo a Veracruz, Díaz se dio cuenta de lo necesario que era estructurar su ejército a partir de las fuerzas de Aguilar iniciando la cooptación de algunos jefes aguilaristas. Puede decirse incluso que el ejército felicista se conformó, en buena medida, a partir del aguilarista, pero con un caudillo de más jerarquía. Gracias a la falta de legitimidad, liderazgo auténtico, prestigio y proyecto político, Félix Díaz hizo a Higinio Aguilar lo que no pudo hacer a los caudillos oaxaqueños: usurpar su movimiento.<sup>52</sup>

Otra causa del distanciamiento fueron sus posturas ante el exterior. En efecto, a diferencia de Félix Díaz, que obsesiva y conmovedoramente pretendió el apoyo del gobierno estadounidense, Aguilar fue siempre un abierto yanquífobo y no tuvo reparos en adaptarse a los inescrupulosos comportamientos diplomáticos de esos años. Por ejemplo, fue el escogido por Alemania para proteger la estación de radio que pretendió instalar en Veracruz a finales de 1917. Aunque respondió positivamente, el aparato nunca se instaló. Es muy probable que la aliadofilia de Félix Díaz haya obstruido las negociaciones entre Higinio Aguilar y Alemania; dada su mala relación de entonces, es probable también que Díaz lo haya amenazado con batirlo en caso de que colaborara con Alemania. Otro ejemplo es el secuestro del cónsul estadounidense en Puebla, William Jenkins, en el que Higinio Aguilar estuvo parcialmente involucrado.<sup>53</sup>

Su indisciplina y su yanquifobia fueron también las causas de que fuera rápidamente rechazado por Manuel Peláez. A principios de 1918, éste

<sup>51</sup> El mismo Aguilar paladinamente confiesa que a mediados de 1917 estaba más interesado en atacar ferrocarriles que en tomar poblaciones. Véase AGMC, c. 29, exp. 13, f. 623. Véase también AFD, M, c. I, doc. 101-b; c. II, doc. 1118-a. Además, recuérdese que Panuncio Martínez, compadre y principal lugarteniente de Aguilar, airadamente se opuso a que Félix Díaz interviniera en lo relativo a las exacciones que imponía a los pueblos de su dominio. Véase AGMC, c. 30, exp. 23, f. 412. *Excelsior*, 4 abril 1919.

<sup>52</sup> Liceaga, *op. cit.*, pp. 432-434, 529-533.

<sup>53</sup> Respecto a la estación de radio, véase Friedrich Katz, *The Secret War*, Chicago, Chicago University Press, 1981, pp. 429-430. Para el caso de Jenkins, véase Charles Cumberland, "The Jenkins Case and the Mexican-American Relations", *The Hispanic American Historical Review*, vol. XXI, núm. 4, noviembre 1951, pp. 586-607. Manuel González Ramírez, *La revolución social de México*, 3 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1974, t. 1, p. 663. La postura de Aguilar hacia Estados Unidos, abierta y permanentemente contraria, se constata en casi todos sus documentos públicos.

anuncio que “las atrocidades” de Aguilar, Roberto Cejudo y Panuncio Martínez, entre otros, herían “su sensibilidad moral”. En concreto, Peláez se refería a sus atentados ferrocarrileros, pues fusilaban a los prisioneros y heridos y porque eran verdaderos expertos en la técnica de la “máquina loca”.<sup>54</sup> Expulsado también del territorio pelaequista, Higinio Aguilar tuvo que salir de Veracruz y buscar otro campo de operaciones.

En el fondo, sus diferencias con Félix Díaz y Peláez eran sociales. Aunque porfirista, de ninguna manera Aguilar podía ser considerado un miembro de la oligarquía. Cuando más, era un beneficiario parcial del Ejército Federal, institución de suyo en declive, elevado a miembro de la élite política y de la burguesía rural local en las postrimerías del Porfiriato. Con todo, sus orígenes sociales le daban una ductilidad política imposible en Félix Díaz. Ya antes había sido compañero de Zapata y de exrevolucionarios convertidos en ‘irregulares’ huertistas, como Almazán o Argumedo, y desde finales de 1917 cooperó con otro de ellos, Marcelo Caraveo. Más significativo resulta que a principios de 1918 haya vuelto a operar junto con los zapatistas.<sup>55</sup> La alianza con éstos fue obligada para ambos: no había otra facción en el México centro-oriental en la que Higinio Aguilar pudiera encontrar acomodo,<sup>56</sup> y los morelenses, conscientes de que su particularismo no les garantizaba ventajas al término de la lucha, comenzaban a abandonar su sectarismo. Fue por entonces cuando propusieron la unificación de todos los grupos anticarrancistas, ya sin que Zapata o el Plan de Ayala fueran, obligadamente, caudillo y bandera del movimiento.

Como en 1914 y 1915, la alianza de 1918 supuso, al principio, limitaciones. En efecto, Aguilar comenzó a operar en Puebla. Sólo posteriormente se le permitió permanecer por tiempo limitado en plazas como Jonacate-

<sup>54</sup> AFLB, M, c. 7, doc. 697. AVC, c. 114, docs. 13056 y 13058. La técnica consistía en capturar un tren en la parte alta de alguna montaña, para luego lanzarlo cuesta abajo —confío en que sin pasajeros—, para que se colisionara con el que viniera ascendiendo. Véase Liceaga, *op. cit.*, pp. 432-434; Henderson, *op. cit.*, pp. 139-141.

<sup>55</sup> AFLB, M, c. 8, doc. 869. AJA, M, VIII -2, c. 4, doc. 328. DHRM, t. XVII, doc. 886. Desde que comenzaron sus conflictos con Díaz y se encaminó al territorio pelaequista, a mediados de 1917, Aguilar buscó ganar la simpatía de Zapata, lo que confirma lo complejo de sus maniobras políticas. Véase AGMC, c. 29, exp. 13, f. 623. Asimismo, al enemistarse con Peláez, a principios de 1918, buscó restablecer relaciones con Félix Díaz. Véase *Revista Mexicana*, 21 abril 1918. Liceaga, *op. cit.*, p. 463.

<sup>56</sup> Por aquel entonces Aguilar también pretendió restablecer relaciones con los líderes políticos de la región oaxaqueña donde había operado. Véase García, *op. cit.*, p. 319.

pec y Jantetelco, ya en Morelos, para dar “descanso” a sus fuerzas. La verdad es que permaneció algunos meses en la zona de Jonacatepec, operando con jefes como Gildardo Magaña y Francisco Mendoza, además de con Marcelo Caraveo. Es evidente lo complejo de su actitud durante esos meses: firmaba, indistintamente, con el lema felicista “Paz y Justicia” y en papel membretado del Ejército Reorganizador Nacional, o con el lema zapatista “Reforma, Libertad, Justicia y Ley”, en papel con membrete del Ejército de Oriente. Unificación Revolucionaria. Además, los ascensos y nombramientos que otorgó los fundamentó en las “facultades” que le daba “la Soberana Convención Revolucionaria”.<sup>57</sup>

La estancia de Higinio Aguilar en Morelos no fue prolongada, pues desde agosto dejó de haber colaboración. Es probable que haya influido el descubrir que ni unidos eran un problema militar para Carranza; asimismo, Aguilar tuvo problemas con sus lugartenientes, contrarios a tal alianza; finalmente, acaso haya influido que su compadre Panuncio Martínez cometiera el exceso de proponer al mismo Aguilar como jefe nacional de los rebeldes anticarrancistas unificados. Es evidente que también hubo problemas disciplinarios y tácticos: Higinio Aguilar fusiló a un jefe carrancista desertor que se había incorporado al zapatismo, el mayor Manuel Cervera, decisión que contrariaba al espíritu de unificación prevaleciente en Zapata y que hacía inútiles todos sus esfuerzos por cooptar jefes gubernistas. Aunque probablemente exagerara por su deseo de mostrar divisiones serias dentro de los grupos rebeldes, la prensa carrancista aseguró que las dificultades entre Aguilar y Zapata eran tales que éste estuvo “a punto” de batirlo.<sup>58</sup>

A mediados de 1918 Higinio Aguilar abandonó Morelos y regresó a su zona del Pico de Orizaba, acompañado por 200 o 300 hombres aproximadamente. Combatió entre Veracruz y Puebla por casi dos años más, con resultados poco favorables y acudiendo a prácticas nada recomendables.

<sup>57</sup> Resulta curioso recordar que precisamente en Jonacatepec, y a manos de Francisco Mendoza, Aguilar fue vencido en abril de 1913. Para sus actividades como zapatista en 1918, véase AGMC, c. 27, exp. 15, ff. 218, 299-300, 335; c. 29, exp. 3, f. 204; exp. 4, ff. 308, 311, 338; c. 30, exp. 17, ff. 286-287. AJA, Impresos, xxviii-2, doc. 20; AJA, M, docs. 328, 330, 332-335, 337; VIII-3, AJA, M, c. I, doc. 10.

<sup>58</sup> Para lo concerniente a la unificación, véase AGMC, c. 30, exp. 26, ff. 453-455, 458-463, 465. Sobre el caso Cervera, AGMC, c. 29, exp. 4, f. 384. Véase también AGMC, c. 30, exp. 19, f. 337. AVC, Telegramas Veracruz. *El Demócrata*, 12 abril 1918.

La razón es que tuvo que operar prácticamente solo, pues era rechazado por todas las grandes facciones y porque la mayoría de sus lugartenientes se habían convertido en importantes colaboradores de Félix Díaz; recuérdese que ellos, a diferencia de Aguilar, sí firmaron el Manifiesto de octubre de 1918. Desde sus aventuras pelaecista y zapatista, de finales de 1917 y principios de 1918, había perdido a varios colaboradores, aunque algunos prefirieron compartir sus lealtades, según conviniera política y militarmente. Ante su regreso a la región, y para evitar “prejuicios de trascendencia”, Díaz reorganizó el Cuerpo de Ejército de Oriente, ratificando a los viejos jefes aguilaristas, para ganar su lealtad, o designándolos en otros puestos de importancia. En cambio, a Higinio Aguilar lo depuso solemnemente.<sup>59</sup>

La situación de Aguilar y de sus reducidas fuerzas era peor que débil. Su proceso de envejecimiento había seguido su curso y en un combate a principios de 1920 resultó herido y Gaudencio de la Llave, aprehendido; además, algunos sostienen que Constantino Galán falleció por entonces “de muerte natural”. Comprensiblemente, Higinio Aguilar continuó con sus ataques a los ferrocarriles y con procedimientos propios de un delincuente común —recuérdese el caso Jenkins—. Los jefes aguilaristas acudieron entonces a las falsas rendiciones, con el objeto de descansar temporalmente de la persecución gubernamental y de aprovechar el tiempo para reorganizarse.<sup>60</sup> De una importancia no prevista resultaron los acuerdos a los que llegaron con Álvaro Obregón: Roberto Cejudo, también falsamente rendido al gobierno,<sup>61</sup> influyó en el derrumbe de éste y el

<sup>59</sup> Entre los firmantes destacan Roberto Cejudo, Albino Cerrillo, Pedro Gabay, Constantino Galán y José Lagunes. Véase pp, pp. 223-244. Véase también DHRM, t. XVIII, doc. 924. Liceaga, *op. cit.*, pp. 456, 469, 479, 485-486, 488-489, 525.

<sup>60</sup> AHSDN, fichero Luis Muro, XI/481.5/321/ff. 258-262. AFLB, M, c. 8, doc. 814. AGMC, c. 30, exp. 18, f. 295; exp. 23, f. 411; exp. 34, f. 550. AVC, Telegramas Puebla, c. 5. NAW, RSD, *record group* 59, 812.00/21996. *El Demócrata*, 6 enero, 29 julio 1918. Liceaga, *op. cit.*, pp. 598-599. Otras fuentes consignan a Ponciano Vázquez como el muerto, pero en combate. Soledad García Morales, *La rebelión delahuertista en Veracruz*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1986, p. 74.

<sup>61</sup> Roberto Cejudo había ingresado al Ejército Federal en 1906. Cooperó con Huerta en su campaña contra el orozquismo, como oficial de Órdenes, y se incorporó a las fuerzas de Higinio Aguilar desde diciembre de 1914. Durante su etapa aguilarista alcanzó el grado de general de brigada. Aparentemente rendido al gobierno en marzo de 1920, un par de semanas después se descubrieron sus verdaderas intenciones —tregua y elementos— y sus

inicio de una nueva etapa en la historia contemporánea nacional, la dominada por los sonorenses.

#### AGUA PRIETA:

##### ¿FILIACIÓN POLÍTICA O ADJETIVO CALIFICATIVO?

El año de 1920 fue un parteaguas en la historia de la Revolución mexicana. También lo fue para Aguilar. Otra vez la coyuntura política le fue favorable, como en 1911 y 1913, al pasar de rebelde a gobiernista. En efecto, dado que estaba decidido a desplazar a Carranza del poder, aprovechando la sucesión presidencial prevista para 1920, desde 1919 Obregón comenzó a establecer alianzas con los diferentes alzados, para que permanecieran en armas contra don Venustiano, lo apoyaran cuando él iniciara su lucha y se llegara a acuerdos políticos tan pronto accediera al poder. El arreglo con Higinio Aguilar fue, en un primer momento, muy provechoso para ambos. Las autoridades carrancistas, que a mediados de 1918 confiaban en que la muerte de Aguilar era inminente, pues los muchos años y las igualmente numerosas correrías ya minaban su cuerpo, nunca se imaginaron que participaría en la batalla de Aljibes, en mayo de 1920, que fue la que dictó la suerte del carrancismo.<sup>62</sup>

Por su parte, el astuto Obregón, para evitar heredar problemas serios respecto a rebeldes, realizó sólo acuerdos individuales. El resultado fue el debilitamiento de los grupos de alzados y la asimilación de los cabecillas al nuevo gobierno de manera desintegrada.<sup>63</sup> Sin Constantino Galán, Roberto Cejudo, Pedro Gabay ni Panuncio Martínez, entre otros, Higinio Aguilar y sus fuerzas inmediatas fueron incorporadas al Ejército

relaciones con Obregón. Éste tuvo que interrumpir su campaña electoral al ser llamado a declarar en el proceso, viéndose obligado a escapar de la ciudad de México y a luchar contra Carranza. Véase González Ramírez, *op. cit.*, t. 1, pp. 637-638.

<sup>62</sup> AJA, M, VIII -3, c. 15, doc. 1209. *El Demócrata*, 29 julio 1918.

<sup>63</sup> Las negociaciones, por separado, de Higinio Aguilar, Pedro Gabay y Carballo, entre otros, debilitaron al felicismo en general y al aguilarismo en particular. Véase AFD, M, c. 2, doc. 171-b. Henderson, *op. cit.*, p. 143. Un análisis del proceso completo de las negociaciones para la pacificación de los rebeldes, en Sonia Quiroz, "De guerreros a generales", tesis de licenciatura, México, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982.

Nacional con el nombre de “División Aguilar”, responsabilizándosele del sector de Chalchicomula. Dándose cuenta de la estrategia gubernamental, y aprovechando su familiaridad con la región, en el momento de unirse a los ‘aguaprietistas’ Aguilar improvisó a muchos civiles —“peones de finca, arrieros y zapateros”, entre otros—, incorporándolos a sus menguadas fuerzas, que en ese momento no llegaban ni a cincuenta hombres.<sup>64</sup> El objetivo era dar una mejor imagen y exagerar su ayuda al ‘aguaprietismo’.

¿Cuál fue la conducta de Higinio Aguilar durante los años en los que fue parte de un gobierno “revolucionario”? Es obvio que no entendió que su alianza con el gobierno resultaba muy incómoda para éste, ni que sospechó que sus actos y procedimientos serían vigilados rigurosamente. Pronto entró en conflicto con el superior inmediato y con el jefe de operaciones en el estado, por problemas administrativos, de jerarquía y de ordenanza.<sup>65</sup>

Lo grave fue que creyera que cambiar de adscripción política no lo obligaba a modificar su ideología. Como por primera vez colaboraba con un régimen “revolucionario”, resulta comprensible que permaneciera fiel a los viejos principios políticos del Porfiriato y a la Constitución de 1857, lo que implicaba desconocer la de 1917. Uno de sus primeros actos públicos fue reprimir violentamente a las organizaciones campesinas de su sector, a cuyos líderes acusó de tener “disolventes [...] teorías socialistas y tendencias bolshevikis”. Para ser congruente con su porfirismo, Aguilar resultó un puntual protector de los hacendados del rumbo, llegando incluso a oponerse a una dotación agraria presidencial, lo que le valió seria reprimenda. Congruente también con sus intereses y con los orígenes sociales de sus principales simpatizantes, adquirió algunas tierras —la hacienda Piletas, por ejemplo—, las que defendió hasta con las fuerzas a su mando.<sup>66</sup> Así como Higinio Aguilar adquirió intereses económicos en Puebla, al saberse legalizado desarrolló también aspiraciones políticas. Todo parece indicar que promovió su candidatura a gobernador, buscando proteger así los intereses de los miembros de la oligarquía local y evitar

<sup>64</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 7, ff. 1575, 1595; t. 8, f. 1805. AJA, M, VIII -2, c. 5, doc. 444. Liceaga, *op. cit.*, p. 640.

<sup>65</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 7, ff. 1594-1595, 1616-1617, 1619.

<sup>66</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 7, ff. 1581, 1593, 1599, 1638, 1641, 1689-1690, 1692, 1743; t. 9, ff. 2176-2177.

que llegara al poder el candidato popular y agrarista del Partido Liberal Independiente.<sup>67</sup>

Su oposición a la Constitución de 1917 no se redujo al aspecto agrario. A finales de 1921, siendo jefe de la guarnición en el municipio capitalino de Guadalupe Hidalgo, tuvo lugar un atentado dinamitero en el altar de la Basílica. Un sospechoso fue aprehendido, y Aguilar prometió fusilarlo ese mismo día, sin respetar lo dispuesto en la ley. No logró su intento porque el mismo Obregón se responsabilizó del preso, poniéndolo en libertad a las 72 horas.<sup>68</sup> Más que debido a su explícito desprecio por las disposiciones legales, es probable que Obregón haya quedado molesto por su conservatismo en el aspecto religioso, asunto que tanto preocupaba a los gobernantes sonorenses.

Sin embargo, los principales motivos de conflicto, no percibidos por Higinio Aguilar, fueron la naturaleza de sus hombres y las características de su alianza con los sonorenses. Sorprende que Aguilar y sus fuerzas no hayan cuidado al máximo su conducta, pues evidentemente el acuerdo había sido impuesto por las circunstancias; que sería roto por el gobierno a la primera oportunidad y, sobre todo, porque eran repudiados por numerosos políticos y militares revolucionarios, para quienes no eran sino unos oportunistas. Era tal la desconfianza que a la semana de estar los sonorenses en el poder se dispuso el licenciamiento parcial de los aguilaristas. Aunque aseguró haber disuelto “las dos tercias partes” de sus efectivos, lo cierto es que dicha orden molestó profundamente a Higinio Aguilar, pues había hecho de las armas un atractivo *modus vivendi*. Se rumoró que volvería a rebelarse, y se aseguró de que tal habían hecho ya algunos de sus hombres, a lo que Aguilar contestó que era “hombre de honor, incapaz de faltar a la subordinación y disciplina”.<sup>69</sup>

Indudablemente, Higinio Aguilar y los suyos siguieron haciendo de la carrera militar una generadora de negocios ilícitos. Aguilar fue acusado de dedicarse preferentemente a la política; su tropa fue denunciada como

<sup>67</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 7, ff. 1669, 1687, 1701, 1704, 1715.

<sup>68</sup> AFD, M, c. 3, doc. 278-a.

<sup>69</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 7, ff. 1627, 1630, 1632, 1634. AFD, M, c. 2, doc. 199-a. *El Universal*, 22 julio 1920. Un político de la zona donde operaban las fuerzas aguilaristas afirma que algunas de éstas “se resistían a licenciarse y a abandonar el servicio armado [...] por [...] haber estado en Albiges” y por “temor al castigo a que se habían hecho acreedores por los innumerables actos delictuosos que habían cometido”. Véase García, *op. cit.*, p. 207.

una “constante amenaza para los habitantes de los lugares que guarnecen”, y ambos fueron señalados como nocivos al erario nacional. No sólo se le acusó de “inflar” la nómina; se aseguró también que había hecho negocios con el licenciamiento que se le obligó a realizar, al no pagar la gratificación a varios de sus hombres, a los que pretendió satisfacer con la promesa de la pronta reincorporación.<sup>70</sup> Esto provocó que a finales de 1920 el gobierno comenzara un serio proceso de reorganización de dichas fuerzas, quedando unas refundidas en otros cuerpos y siendo otras simplemente desarmadas. Como consecuencia, la “División Aguilar” se redujo a un regimiento de caballería, el que además fue removido de Puebla al Distrito Federal, sacándolo de su hábitat y permitiendo un mayor control sobre el mismo. Dado que continuaron provocando conflictos, ahora en la populosa municipalidad de Guadalupe Hidalgo, y que continuaron las diferencias entre Higinio Aguilar y el régimen, a finales de 1921 Obregón decidió licenciar las fuerzas que le quedaban, dejando a Aguilar a disposición de la propia presidencia y comisionando en Berlín a Alfonso su hijo y jefe de su Estado Mayor, a pesar de que era notoriamente “inmoral” e “ignorante”.<sup>71</sup>

Así, desde principios de 1922 Higinio Aguilar quedó, práctica y legalmente, sin mando directo de fuerzas. Esto explica que no haya participado en la revuelta felicista de 1922 en Oaxaca, a pesar de las acusaciones de que estaba conspirando en su favor. Como era conocida su inclinación por rebelarse, el gobierno astutamente mantuvo una doble postura frente Aguilar: por un lado, le enajenó todas sus fuerzas armadas; por el otro, se toleraron evidentes pruebas de una mediana pero constante corrupción. No sólo el subsecretario de Guerra le había prometido evitarle “todo lo malo que le pudiera venir”, sino que durante un par de años gozó de varias gentilezas de Obregón y Calles, así como de permanentes beneficios económicos.<sup>72</sup>

A finales de 1923 y principios de 1924 estalló la rebelión delahuertista en gran parte del país. A diferencia de con el alzamiento felicista previo,

<sup>70</sup> AHSDN, C, XI/III/I-1/t. 7, ff. 1669, 1672; t. 8, ff. 1755, 1805; t. 12, f. 2769.

<sup>71</sup> AHSDN, C, XI/III/I-1/ t. 7, ff. 1721, 1723, 1725, 1727; t. 8, ff. 1759, 1764, 1766, 1769, 1856-1857, 1865, 1873, 1931; t. 11, ff. 2757, 2759, 2761; t. 12, f. 2969. AJA, M, VIII-3, c. 15, doc. 1209.

<sup>72</sup> AHSDN, C, XI/III/I-1/t. 7, ff. 1594-1595; t. 8, ff. 1927, 1933, 1940-1941, 1961-1962; t. 9, ff. 2126, 2134; t. 12, f. 2969. Sobre la rebelión felicista de 1922, encabezada por Mario Ferrer, véase Liceaga, *op. cit.*, pp. 723-728.

que no tenía la menor oportunidad de triunfo, Higinio Aguilar sí colaboró con el delahuertismo. Más que su afición incontrollable por las armas, lo motivó a participar el que el delahuertismo en Veracruz implicaba también una lucha social local, que enfrentaba a hacendados, exfelicistas, exaguilaristas y soldados constitucionalistas conservadores, contra el gobernador agrarista Adalberto Tejeda y sus bases campesinas. El delahuertismo veracruzano fue encabezado por excabecillas “contrarrevolucionarios” como Gaudencio de la Llave, Carballo, Roberto Cejudo y los dos Gabay, entre otros, además de Aguilar. Sin embargo, el conflicto sociopolítico<sup>73</sup> no explica que un hombre de casi 90 años dejara la vida apacible que llevaba.

Las autoridades y él desempeñaron, otra vez, sus consabidos “papeles”. Aunque desde finales de 1923 se sabía que Higinio Aguilar conspiraba, el gobierno decidió mantenerle sus prebendas económicas, ya fueran el pago de un local y de forrajes para su Estado Mayor o su comisión como inspector del Departamento del Controlaría en Veracruz, esperando comprar así su lealtad.<sup>74</sup> Por otro lado, por la desconfianza que se le tenía, se le obligó a pasar revista diaria. A principios de 1924 se supo, “extraoficialmente”, que estaba ya en rebelión; a finales de febrero se confirmó la noticia y se le dio de baja del ejército. Su familia y el jefe de su Estado Mayor aseguraron, respectivamente, que no estaba levantado en armas sino incomunicado en Tezonapa, Veracruz —población de reciente pero gran influencia aguilarista—, u oculto en Córdoba, temeroso de Guadalupe Sánchez, él sí en abierta rebelión. Lo cierto es que Aguilar estaba en armas, a las órdenes, precisamente, de Guadalupe Sánchez, su antiguo perseguidor. Como delahuertista, su actividad militar fue menor. A mediados de año se organizó una batida en su contra, debilitándolo y obligándolo a rendirse a finales de agosto, junto con su hijo Alfonso. Congruente con su ideología política, nombró al licenciado Esteban Maqueo Castellanos,

<sup>73</sup> El caudillo mayor del movimiento fue, sin embargo, el exconstitucionalista Guadalupe Sánchez. Por su parte, otro viejo cabecilla aguilarista, Albino Cerrillo, pensó levantarse como delahuertista para luego adoptar la bandera felicista. Véase Liceaga, *op. cit.*, pp. 754, 760-761; Henderson, *op. cit.*, pp. 94, 113, 136. Sobre todo, véase García Morales, *op. cit.*, pp. 99-100, 114, 126. En un conocido trabajo se confirma el antitejedismo y el antiagrarismo de los militares veracruzanos. Véase Hans-Werner Tobler, “Las paradojas del ejército revolucionario”, *Historia Mexicana*, vol. XXI, núm. 1, julio-septiembre 1971, pp. 53-58, 74.

<sup>74</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 9, ff. 2047, 2067, 2214. AJA, Impresos, VIII -2, c. 1, doc. 34.

prestigiado abogado y reconocido político conservador, para que negociara los términos de su rendición.<sup>75</sup>

Es evidente que dicha negociación le resultó provechosa, pues no sufrió represalias por su delahuertismo. Por ejemplo, no sufrió prisión, aunque durante buen tiempo se recluyera en su domicilio “a piedra y mezcla”. Por confesión de uno de sus hijos se sabe que aún en su retiro, y ya pasados los 90 años, anhelaba levantarse en armas otra vez. No se sabe con certeza si luchó una vez más contra el gobierno. A mediados de 1926 se rumoró que preparaba una rebelión para el mes de agosto, y a finales de ese año se aseguró su reaparición como rebelde en Puebla, aunque no se precisó si actuaba como uno de los primeros cristeros, o como felicista, igual que Fernando González, descendiente del colaborador y albacea de don Porfirio, Manuel González, o si era simplemente un personal exabrupto revanchista, la ‘patada de ahogado’ de Higinio Aguilar. En caso de que se haya alzado como cristero o como felicista, habría que aceptar que detrás de esa vida de abigarradas aventuras rebeldes, Aguilar tendría una congruencia profunda, esencial, pues a casi 60 años de su primer alzamiento seguía fiel a ciertos principios: militarista, religioso y misoneísta.<sup>76</sup>

Este último alzamiento no está confirmado; de hecho, sus familiares siempre negaron cualquier participación posterior a 1924. Lo que no está sujeto a discusión es que murió a mediados de octubre de 1927, en su domicilio. Hasta pocas semanas antes gozó de extraordinaria salud, curtido por los sanos vientos fríos provenientes del Pico de Orizaba y rejuvenecido por las aguas medicinales de la zona de Tehuacán. Se aseguró que su salud y su ánimo declinaron al verse recluido en su domicilio de la ciudad de México, paradójico pero comprensible en un hombre lleno de cicatrices y sobreviviente de varias heridas serias y de un “tiro de gracia”.<sup>77</sup>

<sup>75</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 9, ff. 2081-2083, 2086-2087, 2091, 2102-2103, 2105, 2216, 2222, 2224, 2227; t. 12, ff. 2786, 2788, 2790, 2796, 2803-2804. *Excelsior*, 16 octubre 1927. Luego se alegraría que tomó las armas como venganza por las vejaciones infligidas a su familia durante los interrogatorios sobre su paradero. *Excelsior* 17 octubre 1927. Maqueo Castellanos había sido acusado desde 1915 de tener ligas con Aguilar. Véase AVC, c. 47, doc. 5241.

<sup>76</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 9, f. 2115. AFD, M, c. II. doc. III18-a; c. 13, doc. 197-a. Liceaga, *op. cit.*, pp. 802, 844, 846. Recientemente, un destacado colega subrayó el carácter “mocho” y anacrónico de una de las banderas de Aguilar a finales de 1914 y principios de 1915: “religión y fueros”. Véase Alan Knight, *The Mexican Revolution*, 2 vols., Cambridge, Cambridge University Press, t. II, p. 207.

<sup>77</sup> *Excelsior*, 16-17 octubre 1927; *El Universal*, 16 octubre 1927.

## “EL JUICIO FINAL”

Varias cuestiones son fundamentales para la evaluación de Higinio Aguilar. La primera es dilucidar su verdadera naturaleza. Después es imprescindible analizar las condiciones que le permitieron sobrellevar y sobrevivir a la Revolución mexicana, lo que obliga a revisar la naturaleza de su movimiento. También resulta fundamental preguntarse si la personalidad de Aguilar incide en la definición de la Revolución mexicana en su conjunto. Lo mismo puede decirse de la evaluación de su importancia real, de su legado y de las consecuencias históricas de su lucha. No deja de ser interesante cuestionarse cuán singular fue; un último asunto sería justificar su estudio.

Higinio Aguilar fue un típico contrarrevolucionario, explicable y predecible. Militar auxiliar que languideció durante buena parte del Porfiriato, lo pudo sobrevivir gracias a la tolerancia presidencial a su indisciplina y corrupción. Sin embargo, en los últimos años llegó a formar parte de la élite militar, al pasar al Ejército Permanente y al ser promovido al generalato. Asimismo, fue incluido en la élite política regional, al asignarsele puestos en las administraciones de Puebla y Morelos. Estas notables mejoras le permitieron adquirir ciertos intereses, por lo que puede decirse que al final del Porfiriato era, además de miembro de la élite político-militar, miembro de la mediana burguesía rural. Obviamente, fue ambas cosas gracias a Díaz. En cambio, careció de alternativas en el nuevo régimen.

Consecuentemente, su movimiento fue contrarrevolucionario. Durante su larga vida luchó contra los gobiernos de Juárez, Lerdo, Madero, Carranza, Obregón y Calles, y sólo apoyó los de Díaz y Huerta, y temporalmente el de Obregón. Su postura fue, indiscutiblemente, castrense, antiagrarista y políticamente reaccionaria. Su evolución fue típica: primero acudió a la conspiración y al intento del magnicidio, y luego a la rebelión de militares. Una vez desarticulado el ejército del viejo régimen, tuvo que buscar alianzas con diversas facciones participantes en la Revolución. Diluidas dichas alianzas, Aguilar se vio obligado a organizar un movimiento cuyas bases sociales fueran civiles, preferentemente las clases privilegiadas de la región donde operaba. Fueron éstos sus años de felicista en Veracruz y de aguilarista en Puebla. Al fracasar, su lucha tuvo que degenerar en bandidaje, para concluir en una efímera aceptación del nuevo esta-

do de cosas. En sus últimos años pretendió repetir algunas etapas del ciclo, el que siempre tuvo, como característica, el gran peso de los antiguos miembros de los ejércitos porfirista y huertista.<sup>78</sup>

Típico no significa único. Hubo otros movimientos contrarrevolucionarios con los que el de Higinio Aguilar tuvo simpatías y disparidades. A diferencia de Bernardo Reyes, Félix Díaz o Victoriano Huerta, nunca fue miembro de la alta jerarquía del Ejército Federal. A diferencia de Abel Ortiz Argumedo, en Yucatán, o de Alberto Pineda, en Chiapas, Aguilar jamás logró el apoyo incondicional de toda la clase alta local. A diferencia de Manuel Peláez, en la Huasteca petrolera, nunca tuvo apoyos internacionales. Asimismo, a diferencia de los ‘soberanistas’ oaxaqueños, nunca tuvo prestigio político de alcance siquiera estatal. Todo esto explica que su movimiento no tuviera finanzas sanas, lo que forzó su constante indisciplina y limitó sus potenciales éxitos. No fueron éstas las únicas diferencias: Higinio Aguilar nunca tuvo un proyecto nacional de gobierno. De allí que su importancia fuera siempre dependiente de lo adecuado de la alianza en turno o de la situación militar del país.

Por lo que respecta a su constante cambio de filiación, es evidente que requirió mucho más que un atinado sentido político —léase olfato para el “chaquetazo”— y mucho más que simple buena fortuna. Ciertamente es que Aguilar es un magnífico ejemplo de la astucia ladina llevada a su máxima expresión: la constante lucha por el beneficio propio y la supervivencia. Sin embargo, poder pasar periódicamente de una facción a otra exigía significar alguna ventaja para dichas facciones, o tener apoyos sociales no despreciables. Su lucha contra Madero la hizo en su región natal, apoyado por y a favor del Ejército Federal. Su lucha contra Carranza fue mucho más compleja: comenzó operando con los restos del ejército huertista —federales e irregulares— y luego aprovechó las luchas de los pueblos y autoridades de Oaxaca y Morelos contra el constitucionalismo. A partir de mediados de 1916 operó por un año con los elementos que le brindaba el belicismo, y luego lo hizo con sus propias bases en su región natal y en toda su zona de influencia. Sus años de lucha contra los presidentes sonorenses fueron los más difíciles, pues sus fuerzas se

<sup>78</sup> Obviamente, el ciclo no es lineal. Aunque con ciertos visos de falta de autenticidad, un documento de finales de 1915 describe un intento de Aguilar por asesinar a Carranza mediante un anarquista poblano. Véase AVC, c. 57, doc. 6400. Respecto a la permanente presencia de soldados exfederales, véase AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 12, f. 2769. AJA, M, VIII-3, c. 2, doc. 150.

encontraban desintegradas<sup>79</sup> y se le alejó de sus regiones preferidas. Como consecuencia, sus alzamientos fueron más esporádicos y menos exitosos.

Dado que la incorporación de Aguilar a dichas facciones implicaba la aceptación por parte de éstas, permite cuestionar el purismo político de los 'soberanistas' oaxaqueños, el ideológico de los zapatistas y el supuesto parteaguas habido entre el Porfiriato y el huertismo y la Revolución. Así haya forzado militarmente a los primeros; así su colaboración con los segundos haya tenido límites geográficos y políticos explícitos; así la unión con los sonorenses haya sido efímera y estratégica, no deja de ser revelador que las necesidades coyunturales pesaran más que los principios políticos. Afortunadamente, al menos respecto a Aguilar, éste no fue el caso con maderistas y carrancistas.

¿Fue el movimiento aguilarista, simplemente, una de las varias expresiones de lucha contrarrevolucionaria de las élites político-militar y agraria del Porfiriato? Es evidente el peso de la jerarquía y de la ideología castrense en su lucha, a pesar de que fueran disminuyendo con los años. También es evidente, por la disolución del aparato estatal anterior, la participación de viejos burócratas y políticos locales en el movimiento aguilarista. Asimismo, es obvio que el financiamiento civil más importante del movimiento provino no sólo de los hacendados sino también de los comerciantes locales.<sup>80</sup> Sin embargo, es incuestionable que Higinio Aguilar jamás perdió la veta popular de sus orígenes más remotos. Así se explican sus relaciones con sus soldados y con las poblaciones donde operó. Si bien es cierto que acudió a los métodos de reclutamiento forzoso —'la leva'—, bien conocidos por cualquier militar porfirista, y que se nutrió de las constantes defecciones que sufrían casi todas las facciones participantes en la Revolución, también es cierto que tuvo un constante apoyo popular, de gente que veía en las armas la mejor forma de superar la crisis económica que asoló al país entre 1915 y 1920, o de aquella que veía en su ejército la mejor manera de protestar por los males sociales sufridos en la región. Todo esto explica su conducta en cierta medida guerrillera: su buena relación con sus soldados y la condescendencia con cierta dosis de saqueos e indisciplina.<sup>81</sup>

<sup>79</sup> Para colmo, Celso Zepeda, el último leal de sus lugartenientes, fue asesinado a mediados de 1922 por agentes obregonistas. Véase Liceaga, *op. cit.*, pp. 505, 511-512, 592-593, 728, 730.

<sup>80</sup> AVC, c. 24, doc. 2396; c. 32, doc. 3426; c. 53, doc. 5874.

<sup>81</sup> AVC, c. 40, doc. 4358; c. 49, doc. 5421; c. 151, doc. 17262. *Excelsior*, 16-17 octubre 1927; *El Universal*, 16 octubre 1927.

Como experimentado soldado y guerrillero, Aguilar sabía que los excesos contra las poblaciones no podían ser indiscriminados. Dado que casi siempre operó en regiones que le eran familiares, y que dependía en alto grado del apoyo y la simpatía de los vecinos, cuidó al máximo su relación con ciertas poblaciones. Puede decirse que, en general, prefería atacar ferrocarriles —lo móvil— antes que poblaciones: mientras que fue un auténtico azote con los primeros, con algunas de las otras fue hasta generoso. Prueba de su inteligente actitud fue que mientras cometió excesos con poblaciones lejanas, como Oaxaca —donde provocó un grave incendio antes de evacuarla— y Gutiérrez Zamora, a principios de 1920, no lo hizo con las que tenía viejas ligas y cuyo apoyo era clave para su lucha, como Tehuacán, Teotitlán o Tezonapa, por ejemplo. Asimismo, al establecerse en una zona acostumbraba esquilmar varios poblados, de los que se mantenía, y sostener buenas relaciones con otros, en los que habitaba. El ejemplo extremo es San Andrés Chalchicomula, su ciudad natal y la población más importante de la región donde nació, política y religiosamente: su devoción por la virgen de la Concepción impidió que la atacara.<sup>82</sup>

El legado de Higinio Aguilar fue personal e institucional. Se sabe que heredó profesión e ideología a un par de sus hijos: Alfonso y Ricardo, por lo menos. Es evidente que también hubo continuidad genética en cuanto a moral, inteligencia y cultura. Sin embargo, es preciso reconocer algunas diferencias entre ellos. Alfonso, el que fuera jefe de su Estado Mayor, aprovechó la revuelta de Agua Prieta para pasar de rebelde a soldado gubernamental; como su padre, obtuvo prebendas —recuérdese su comisión en Alemania—, a pesar de lo cual se alzó como delahuertista. Heredó también su escasa moralidad: además de corrupto, fue cómplice en el asesinato de un coronel testigo de sus fechorías. Ricardo, en cambio, tuvo siempre manifestaciones de lealtad y congruencia: hizo estudios en el Colegio Militar y llegó a coronel en el Ejército Federal. Fue al exilio luego de luchar como felicista, pero en lugar de amnistiarse con el ‘aguaprietismo’, permaneció en El Paso, Texas, viviendo de empleos humildes. Ricardo era de los pocos que a finales de 1927 seguía creyendo en Félix Díaz “con fe ciega”.<sup>83</sup>

<sup>82</sup> Véase nota 51. También AVC, c. 41, doc. 4453; c. 44, doc. 4855; c. 108, doc. 12446; c. 113, doc. 12957. *Excelsior*, 26 octubre 1927. Sobre San Andrés Chalchicomula, véase “El ‘Coco’ Aguilar cumplió su promesa” en *Mujeres y Deportes*, 11 diciembre 1937. Respecto a la toma de Gutiérrez Zamora, véase Liceaga, *op. cit.*, p. 598.

<sup>83</sup> Se consigna asimismo la existencia de un Higinio Jr. también coronel exfederal y

¿Cuál fue la importancia de Aguilar? ¿Por qué su fama? En parte debe ésta a su singular y conmovedora iconografía y a su “folklórico” oportunismo; en parte, a ser utilizado por la historiografía oficial de manera maniquea, como arquetipo de la contrarrevolución. Sin duda su importancia radicó en haber operado siempre en la estratégica región de las dos vías férreas que comunicaban a la capital del país con el fundamental puerto de Veracruz. Es más, su importancia pudo haber sido capital, pues a mediados de 1915 pudo haber entorpecido la línea de aprovisionamiento de los carrancistas en su lucha contra Villa, entre Veracruz y el centro del país, pero Aguilar no quiso involucrarse en dicho conflicto, o se sabía incapaz de sortear la represalia constitucionalista.<sup>84</sup> Su lucha fue importante también en tanto expresión de grupos militares del antiguo régimen, y de grupos de rancheros y hacendados de la región oriental del país, contrarios a los principios revolucionarios y a la potencial reforma agraria.

Higinio Aguilar es un ejemplo, entre otros, de las herencias del antiguo al nuevo régimen, posible por la ingenuidad y magnanimidad maderista; por la corrupción y la incapacidad carrancistas, y por las transacciones que los sonorenses tuvieron que hacer para triunfar y obtener el ansiado poder. Sin embargo, las secuelas de su incorporación al nuevo gobierno fueron mínimas, pues su ideología y conducta forzaron un rápido aislamiento y un pronto rompimiento. En todo caso, su edad hubiera hecho que la coexistencia fuera breve. Afortunadamente, hubo muy pocos como él, por no decir ninguno. Aguilar era un vestigio del pasado, una supervivencia decimonónica. Su pacífica muerte es reveladora de que su especie estaba en extinción.<sup>85</sup> No obstante, el conocimiento de su novelesca biografía puede ser útil no para desmentir sino para dar contenido a su leyenda. De cualquier modo, y a pesar de los

residente de El Paso, por lo que pudiera tratarse de Ricardo. Supuestamente, Higinio Jr. rechazó una invitación para participar en un movimiento que habría de estallar a finales de 1924 y principios de 1925, encabezado colectivamente por Félix Díaz, Ángel Flores, Pablo González y Adolfo de la Huerta. Véase AHSND, C, XI/III/1-1/t. 7, f. 1588; t. 8, f. 1931; t. II, f. 2769; t. 12, f. 2790. AFD, M, c. 5, doc. 524-b; c. II. docs. 1095-a, 1118-b. Liceaga, *op. cit.*, 1958, pp. 766-767.

<sup>84</sup> AVC, c. 44, doc. 4855.

<sup>85</sup> Así interpretó Julio Jiménez Rueda en un editorial a pocos días de “la muerte del guerrillero”. Véase *Excelsior*, 20 octubre 1927.

servicios que prestó a la patria —dicen que se batió “como un león” contra los franceses—,<sup>86</sup> su ejemplo debe servir como censura al peor militarismo y como advertencia contra los riesgos, en cualquier época, de la corrupción, la ignorancia y el oportunismo.<sup>87</sup>

<sup>86</sup> *Excelsior*, 16 octubre 1927.

<sup>87</sup> La presente investigación pudo realizarse por el apoyo de varios funcionarios de algunos repositorios documentales. En el Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional gocé de la confianza del que entonces fuera su director, el general de Brigada D. de Estado Mayor, Mario Pérez Torres, así como de las gentilezas de la teniente coronel Margarita López Esquivel y del teniente Luis Eduardo López Aguilar. En Condumex, como siempre recibí el apoyo de su entonces director, Juan Luis Mutiozábal, y de Josefina Moguel.

II  
GAUDENCIO DE LA LLAVE:  
DE PORFIRISTA A 'CONTRARREVOLUCIONARIO'\*

*A la memoria de Ignacio Martín Baró.\*\**

PORFIRISTA VIEJO

Todas las revoluciones tienen varios santorales, dependientes de las diferentes posturas políticas: el oficial y el opositor; el nacional y el regional. Las más de las veces quienes pertenecen a dichos santorales son 'mártires' o 'santos'. La existencia de los primeros implica la de sus verdugos, quienes son agrupados en horribles legiones de 'demonios'. Así, a Madero corresponde Huerta; a Zapata, Jesús Guajardo; a Carranza, Rodolfo Herrero. Todas las revoluciones tienen también 'santos' medianos y menores, o 'beatos', con sus correspondientes 'diablillos'; ejemplos de ello son Camerino Mendoza y su victimario, Gaudencio González de la Llave. La tradición historiográfica ha exaltado a unos y deturpado o ignorado a los otros. Por ello es justificable preguntarse ¿quién fue, en verdad, Gaudencio González de la Llave?, ¿corresponde su biografía a su pésima fama?, ¿cuál puede ser, hoy, la perspectiva sobre su persona?, ¿qué utilidad tiene conocerlo?

Dado que nació en Córdoba, Veracruz, en abril de 1852,<sup>1</sup> y murió en Puebla en 1926, puede decirse que su vida adulta correspondió al Porfiria-

\* Texto leído como ponencia en el *Congreso Internacional de Antropología e Historia*, organizado por el Gobierno del estado de Veracruz, del 8 al 12 de septiembre de 1992. Fue publicado en *Estudios*, México, Instituto Tecnológico Autónomo de México, vol. 34, otoño 1993, pp. 7-32, y junto con el anterior ensayo apareció también en *Porfiristas eminentes*, México, Breve Fondo Editorial, 1996, pp. 103-156.

\*\* Inolvidable amigo durante mis años en la Universidad de Chicago; jesuita vallisoletano asesinado en noviembre de 1989, junto con varios compañeros suyos, sólo por promover la justicia en El Salvador, su patria adoptiva. Sus victimarios fueron gente de la calaña de Gaudencio de la Llave.

<sup>1</sup> Archivo Histórico de la Defensa Nacional (en adelante AHDN), XI/III/1-90/t. 3, ff. 575, 597; t. 4, ff. 896, 903, 915.

to y su vejez a la Revolución, dedicando la primera a sostener denodadamente a Díaz, y la segunda a combatir, mediante cualquier procedimiento, a cuanto revolucionario pudo. Ambas posturas rivalizan con las de otros descendientes de héroes de las luchas liberales de mediados del siglo XIX. Si Camilo Arriaga, los Flores Magón, los Carranza y Fernando Iglesias Calderón, entre otros, se opusieron a don Porfirio y vieron en algunos aspectos de la Revolución la recuperación del proyecto liberal, Gaudencio González de la Llave,<sup>2</sup> pariente del patricio veracruzano Ignacio de la Llave, fue de aquellos que vieron en Díaz al hombre capaz de imponer al país el modelo liberal que consideraban adecuado, el del orden por encima de la libertad. En efecto, apoyó las dos rebeliones con las que Díaz buscó la presidencia del país, pues prefería su modelo de gobierno, fuerte y originariamente militarista, al civilista de Juárez y Lerdo. Evidentemente, no era sólo cuestión de ideología: De la Llave veía a don Porfirio más afín a su personalidad y capacidades; más factible de beneficiarlo. Por ello luchó en favor del Plan de la Noria, en 1871 y 1872, y luego por el de Tuxtepec, en 1876 y 1877. En ambas ocasiones operó en su región natal, entre Puebla y Veracruz. Es más, durante el movimiento tuxtepecano participó en el asedio a Orizaba y en “la gloriosa batalla de Tecoaac” —no obstante haber sido herido en un brazo la víspera, en Huamantla— alcanzando el grado de coronel.<sup>3</sup> Como lo tenía previsto, Gaudencio de la Llave habría de aprovechar muy pronto el agradecimiento que Díaz siempre mostró a sus primeros partidarios.

Es evidente que entre Díaz y De la Llave surgió desde entonces una buena relación, la que se demuestra por la rapidez con la que obtuvo su primera comisión. En efecto, a finales de 1878 fue designado jefe de escoltas

<sup>2</sup> Ignacio de la Llave nació en Orizaba en 1818 y peleó contra los norteamericanos, los conservadores y los franceses; murió en 1863 por heridas recibidas en combate. Pedro de la Llave fue un destacadísimo profesor en su natal Tehuacán, Puebla, a finales del siglo XIX y principios del XX. Antes, Pablo de la Llave, nacido en Córdoba en 1773 y muerto en Orizaba en 1833, fue un clérigo ‘ilustrado’ que destacó como botánico y llegó a ser canónigo de la catedral de Morelia.

<sup>3</sup> AHDN, t. 2, ff. 281, 284-286. Tal parece que De la Llave peleó desde 1869 contra el gobierno de Benito Juárez, a las órdenes de Higinio Aguilar. Tal parece, también, que después de la revuelta de La Noria no aceptó la amnistía ofrecida por el gobierno de Sebastián Lerdo de Tejada sino que continuó viviendo como rebelde, al menos relativamente, hasta el triunfo del Plan de Tuxtepec. Véase el expediente de Higinio Aguilar en AHDN, XI/III/1-1/t. 3, f. 509.

del tren de Veracruz, puesto estratégico en la política económica de Díaz, para lo que seguramente influyó su conocimiento del asunto, adquirido cuando anduvo de dinamitero de la misma vía férrea, durante la rebelión tuxtepecana. Por entonces don Porfirio utilizó en su naciente gobierno a gente que había hecho de las armas su *modus vivendi*: soldados, rebeldes y bandidos, todos vieron la posibilidad de beneficiarse colaborando con el nuevo gobierno. Así se explica el nombramiento de Gaudencio de la Llave, quien vino a ser el ejecutor de la ley y el responsable del orden en una región que, semanas antes, aterrorizaba con sus robos, plagios y violencia.<sup>4</sup>

Es probable que su desprestigio en la región haya obligado a que poco después fuera enviado lejos, a Aguascalientes y Jalisco, como jefe de Reemplazos. ¿En qué consistía, realmente, tal encargo?, ¿por qué se le alejaba de su hábitat?, ¿se debió a una gran presión de las autoridades veracruzanas?, ¿fue un premio a su lealtad, por la posibilidad de beneficiarse económicamente con el puesto?, ¿fue un castigo a sus excesos? Por las funciones paralelas que desempeñó, desde entonces se hizo perceptible la naturaleza auténtica de De la Llave: en efecto, aprovechó su estancia en Aguascalientes para obstruir la labor de los partidarios de Trinidad García de la Cadena, caudillo zacatecano muy poderoso en toda esa zona, al grado de que a pesar de haber apoyado las rebeliones de La Noria y Tuxtepec, Díaz le temía como potencial competidor por el poder nacional.<sup>5</sup> No se limitó De la Llave a informarle sobre la conducta de los 'cadenistas', sino que hasta mató al que era jefe de éstos en Río Verde, San Luis Potosí, luego de acusarlo de bandido. Esto no permite afirmar que De la Llave fue un simple asesino por encargo: si bien es cierto que aceptó estar satisfecho por "quitarlo de en medio", también reconoció que era "muy duro matar a un hombre aunque éste sea un bandido". Ilustrativamente, don Porfirio le envió sus más "expresivas felicitaciones", al tiempo que lo trasladó a Jalisco, pues en Aguascalientes quedaba "expuesto", pidiéndole que siguiera informándole "todo cuanto de interés llegue a su conocimiento".<sup>6</sup> En resumen, De la Llave luchó primero por el ascenso de Díaz al poder, y luego colaboró en su consolidación nacional.

<sup>4</sup> AHDN, t. 1, ff. 36-37, 65, 72; t. 2, ff. 284, 293. Colección Porfirio Díaz, Universidad Iberoamericana (en adelante CPD), legajo 2, caja 2, ff. 733, 759.

<sup>5</sup> Pocos años después, a finales de 1886, García de la Cadena fue fusilado por conspirar contra Porfirio Díaz.

<sup>6</sup> AHDN, t. 1, ff. 104, 118-119, 125-126, 128, 132, 180; t. 2, f. 288. CPD, l. 5, c. 1, ff. 215-216.

De la Llave regresó a su región a finales de 1881, radicándose en Orizaba. ¿Cuáles fueron sus actividades a partir de entonces?, ¿se redujo a sus funciones castrenses?, ¿cómo fue su vida de militar en un periodo pacífico tan prolongado?, ¿participó en política nacional o local?, ¿tuvo algún negocio?, ¿cuál fue su relación con el entorno social?, ¿volvió a desempeñar “trabajos sucios” para el régimen? Tal parece que durante unos años, y sin dejar de ser miembro del Ejército Federal, De la Llave disfrutó de varias comisiones para desempeñar puestos políticos locales, al tiempo que incursionó, con amargos resultados, en varios negocios. En efecto, entre 1882 y 1885 detentó puestos políticos medianos en Veracruz, como la jefatura política de Acayucan y la presidencia del ayuntamiento de Nogales. En ambas ocasiones logró, gracias al apoyo de Díaz, cobrar sus honorarios y percibir, además, sus haberes, lo que implicaba una considerable mejoría económica, pues los haberes para los militares de su graduación eran reducidos. Sin embargo, llama la atención que a pesar del apoyo presidencial no haya perdurado en alguno de estos puestos, como hubiera sido lo normal. Es probable que la explicación sea la mala relación habida entre De la Llave y las autoridades civiles de Veracruz, o su inveterada indisciplina: en efecto, De la Llave fue acusado por el gobernador Juan Enríquez de estar de algún modo involucrado en los desórdenes de Alpatlahua de mediados de 1886. También influyó decisivamente el cambio de gobernador, pues tenía buena relación con Apolinar Castillo, pero muy mala con su sucesor, el ya mencionado Juan Enríquez. La oposición de éste fue superior al apoyo que pudo brindarle Díaz, por lo que no pudo llegar al Congreso local. Percibiendo que su futuro allí no era halagüeño, De la Llave decidió trasladarse temporalmente a Puebla.<sup>7</sup>

Es indiscutible que De la Llave fue uno de los primeros porfiristas locales; sin embargo, sufrió las consecuencias de no evolucionar cuando el Porfiriato pasó de ser un régimen de orden a uno de progreso. Ante la imposibilidad de verse ascendido en el escalafón, por la ausencia de ope-

<sup>7</sup> ADHN, t. I, ff. 198, 248, 250; t. 2, ff. 273, 276, 280. CPD, l. 6, c. 4, ff. 1974-1975; l. 10, c. 2, ff. 708-709; l. 11, c. 14, f. 6501; c. 16, f. 7688. En Puebla tenía un pariente político, el administrador del Timbre, quien fue objeto de acusaciones de corrupción por esos años. Véase, *ibid.*, ff. 7827-7828. Por una carta de De la Llave a Manuel González, de mediados de 1883, queda claro que aquél llevaba muy buena relación con el gobernador Apolinar Castillo (agradezco la información a mi colega Georgette José Valenzuela, quien la obtuvo del Archivo de Manuel González).

raciones militares, y luego de su derrota en política, buscó dedicarse a los negocios: primero pretendió denunciar en Veracruz bienes nacionales ocultos; luego intentó que le fueran vendidos unos lotes a un precio menor al de su avalúo. Después de fracasar en ambos intentos, en parte por los obstáculos puestos por las autoridades locales, De la Llave buscó que se le permitiera deslindar tierras en Puebla. Parecería que el propio Díaz fuera incapaz de ayudar a su correligionario y compadre, tanto por el grado de autonomismo y civilismo de las autoridades veracruzanas, desconfiadas de porfiristas militares del tipo de De la Llave, como por la notoria incapacidad de éste. Incluso Díaz prefirió invitarlo a la ciudad de México, a fin de “arreglarle algo” en ella. Sin embargo, De la Llave decidió regresar a Orizaba, su región, para cuidar sus intereses, cualesquiera que fueran éstos.<sup>8</sup>

Cuando volvió a Veracruz, a finales de 1888, su situación política seguía siendo la misma: fiel al Presidente, quien lo apoyaba en cuanto podía,<sup>9</sup> pero rechazado por Teodoro Dehesa. Díaz trató de mediar entre ellos para que Gaudencio de la Llave tuviera responsabilidades políticas en Veracruz y a la vez pudiera realizar algún negocio que le aminorara sus estrecheces económicas. Algo logró, al grado de que a mediados de 1892 De la Llave recibió una comisión en el gobierno local. Por entonces pretendió consolidarse políticamente en la región, ya no sólo como compadre de Díaz o como militar, sino como gestor de los indios de algunas poblaciones cercanas a Orizaba.<sup>10</sup> ¿Cuál era la naturaleza de dicha comisión?, ¿cuánto tiempo duró en el puesto?, ¿por qué fracasó como político con bases propias? Poco se sabe: entre ello, que a finales de la década intentó cometer un fraude en Cholula, Puebla, delito que lo llevó a prisión durante

<sup>8</sup> *Ibid.*, l. 11, c. 6, f. 2693; l. 12, c. 13, ff. 6372-6373; l. 13, c. 14, f. 6820.

<sup>9</sup> La relación entre ellos comenzó durante la estancia de Díaz en Veracruz y se consolidó con la participación de De la Llave en las rebeliones de La Noria y Tuxtepec. Sin embargo, su amistad se estrechó debido a que De la Llave hizo compadre a don Porfirio, al invitarlo a ser el padrino de bautizo de un hijo, al que hábilmente llamaron... Porfirio. Propio de la cultura nacional, es evidente el compromiso que desde entonces asumió Díaz de complacerle en todas sus peticiones. Para recordarle su relación, y como muestra de la rústica naturaleza de su personalidad, De la Llave acostumbraba acompañar sus solicitudes de favores con obsequios, como piñas, pitahayas, capitanejas, aguacates y carne salada. Cfr. *ibid.*, l. 10, c. 21, ff. 10343-10344, 10366; l. 13, c. 14, ff. 6820, 6822; c. 16, f. 7951; l. 14, c. 27, f. 13117.

<sup>10</sup> ADHN, t. 2, ff. 302-303, 307; CPD, l. 13, c. 14, ff. 6820-6821; l. 15, c. 22, ff. 10761-10762, l. 41, c. 16, ff. 400-401.

algunos años: a mediados de 1905 seguía preso en el cuartel de la 7ª Zona Militar, con cabecera en Puebla.<sup>11</sup> Al quedar libre, alternó su residencia entre Orizaba y Puebla, donde su familia se había instalado para estar cerca de él durante su cautiverio y donde él pronto estableció algunos contactos políticos. Su estancia en prisión ayuda a explicar su conducta posterior. Si años antes había asegurado a Díaz que “a la menor indicación suya todo haría” para “serle útil”,<sup>12</sup> ahora se veía obligado a buscar cualquier otra oportunidad de mostrarle su lealtad. Ésta vino a presentársele en 1910 durante la lucha armada maderista. De la Llave había sido necesario durante la etapa pacificadora del Porfiriato, y había sido prescindible durante los años de estabilidad y crecimiento económico; ahora tenía, otra vez, la oportunidad de cierto protagonismo ‘histórico’.

#### ANTIMADERISTA FURIBUNDO

La situación de Gaudencio de la Llave hacia 1910 era incómoda: recibía haberes reducidos, como si todavía estuviera procesado, y permanecía marginado del escalafón del ejército.<sup>13</sup> Sin embargo, esto no fue obstáculo para que encabezara las fuerzas federales que combatieron el alzamiento de Cándido Aguilar y demás involucrados en el Plan de San Ricardo, a mediados de 1910, en los alrededores de Córdoba.<sup>14</sup> Meses después estalló la lucha maderista, y volvió a desempeñar un papel importante en la represión. Por las alianzas que tenía en Puebla, especialmente con el gobernador Mucio Martínez y su grupo, De la Llave participó en el ataque a la casa de Aquiles Serdán, el 18 de noviembre, a título personal. Aunque en un principio se dijo que había muerto en combate, en realidad sólo fue herido por los defensores de la casa de los Serdán, recuperándose pronto. Sin embargo, creyó que su lealtad y disposición le traerían buenas recom-

<sup>11</sup> ADHN, t. 2, ff. 325, 327, 329, 332, 376, 382, 396, 445-446.

<sup>12</sup> CPD, l. 12, c. 13, f. 6372.

<sup>13</sup> AHDN, t. 2, ff. 438, 454; CPD, l. 36, c. 12, f. 5840.

<sup>14</sup> Ricardo Corzo *et al.*, ... *nunca un desleal: Cándido Aguilar*, México, El Colegio de México, 1986, p. 19. Justo Manzur Ocaña, *La revolución permanente. Vida y obra de Cándido Aguilar*, México, B. Costa-Amic Editor, 1972, pp. 40-42. Para el Plan de San Ricardo, véase Leonardo Pasquel, *La Revolución en el Estado de Veracruz*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1972, vol. 1, pp. 159-162.

penas políticas; incluso pensó que sería nombrado jefe político de la agitada capital poblana.<sup>15</sup> Nunca imaginó que el incremento de la rebelión lo obligaría a colaborar en la lucha contra los maderistas que se rebelaron un par de meses después en la zona de Córdoba, Orizaba y Zongolica.

En efecto, a mediados de febrero de 1911, luego de los alzamientos de Rafael Tapia y de otros conocidos opositoristas de la región, Díaz autorizó a De la Llave a que buscara llegar a un acuerdo con ellos para que depusieran las armas, y a que organizara en Córdoba un Cuerpo de Voluntarios Auxiliares. Esto es, o arreglo político o solución militar, para tranquilizar a los vecinos pudientes—agricultores o industriales—. Como la gente que reclutó era “conocedora”, había confianza en que daría “muy buenos resultados”.<sup>16</sup> Sin embargo, los logros obtenidos no fueron los esperados: De la Llave luchó, más en escaramuzas que en grandes combates, contra los grupos de Cándido Aguilar, Gabriel Gavia y Rafael Tapia, que operaban en la sierra de Córdoba, pero no pudo impedir que la rebelión triunfara en la zona: en la primera mitad de mayo cayeron Xico, Teocelo y Huatusco; en la segunda, Córdoba y Orizaba.<sup>17</sup>

¿Cómo puede ser evaluada su actuación?, ¿cómo puede calificarse su conducta? Algunas versiones sostienen que De la Llave evitó los combates riesgosos y entregó plazas sin combatir. Por otra parte, casi todas coinciden en que durante la campaña cometió graves “atropellos” contra las autoridades políticas locales y contra la población civil. Desesperado por no poder vencer a los rebeldes, como se lo había prometido a Díaz con exceso de confianza y falta de comprensión y perspectiva, De la Llave comenzó a culpar de su fracaso a la prensa estatal, por aumentar el espíritu rebelde al publicar artículos “que más o menos embozadamente atacan al gobierno

<sup>15</sup> *El Tiempo*, 21-22, 26 noviembre 1910. Manuel Frías Olvera, *Aquiles de México*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1978, pp. 79-81. De haber sido más grave su herida, hubiera sido la primera víctima de la Revolución, enunciado desgraciadamente condicional. Véase Peter Henderson, *Félix Díaz, the Porfirians and the Mexican Revolution*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1981, p. 186.

<sup>16</sup> AHDN, t. 2, ff. 410, 414, 423; CPD, l. 36, c. 5, f. 2098; c. 6, f. 2566; c. 12, f. 5840; Rafael Tapia, *Mi participación revolucionaria*, México, Editorial Citlaltépetl, 1967, pp. 29, 32-33.

<sup>17</sup> AHDN, t. 2, ff. 416, 418, 420, 422, 424-425. Gabriel Gavia, *Su actuación político-militar revolucionaria*, México, 1933, pp. 36-40. Manzur, *op. cit.*, p. 52. Una buena reconstrucción de esa campaña a partir de *El Dictamen*, en Soledad García Morales, *La Revolución en Veracruz a través de la prensa*, versión mecanoscrita presentada como ponencia en el Congreso Internacional de Antropología e Historia, septiembre 1992, Veracruz, Ver.

[...] del país”, y a las autoridades locales, por su apatía y falta de lealtad a don Porfirio. También culpó a muchos vecinos de ocultar información sobre los alzados, y hasta de protegerlos y aprovisionarlos. Numerosas autoridades locales denunciaron inmediatamente sus excesos, pero las autoridades militares impidieron que se practicaran las averiguaciones del caso, pues los servicios de De la Llave eran considerados “de utilidad en las actuales circunstancias”. El apoyo que se le otorgó, a pesar de sus antecedentes y fracaso, le hizo creer que gozaba de impunidad, por lo que actuó, como bien se señaló, como un “fanfarrón sanguinario”.<sup>18</sup> Sin embargo, más que un problema de falta de ética personal, De la Llave procedía así por ser un militar muy decimonónico, acostumbrado a los privilegios que de facto gozaba el ejército y obsesionado por el orden y la paz.

Gaudencio de la Llave deseaba probar a Díaz que estaba dispuesto a hacer “todo” por su gobierno. Además, pretendía aprovechar la oportunidad para regularizar su situación en el ejército. No pudo beneficiarlo su protector compadre, pues tuvo que renunciar a la presidencia del país; sin embargo, quien sí lo hizo fue Francisco León de la Barra, a poco de llegar a la presidencia provisional. Si bien el grupo de ‘Voluntarios de Córdoba’ fue disuelto, en agosto de 1911 De la Llave volvió a gozar de todos sus derechos como militar, a pesar de que la superioridad opinó que su ‘carrera’ en el ejército había sido “sumamente irregular”. Fue asignado al Depósito de Jefes y Oficiales, pero comisionado en el Cuartel General de la 7ª Zona Militar, aquél en el que había pasado su cautiverio, y donde ahora tenía sus mejores contactos políticos.<sup>19</sup> Así, De la Llave pasaba otra vez aquella imperceptible frontera que ya había cruzado durante partes del Porfiriato, entre delincuente y militar.

La llegada de Madero a la presidencia dio lugar a problemas para De la Llave, quien mostró su furibundo antimaderismo desde poco después del triunfo de los rebeldes, pues junto con otros conocidos porfiristas y federales combatió a un grupo de maderistas victoriosos que se encontraba ‘acuartelado’ en la plaza de toros de Puebla.<sup>20</sup> Es claro que a De la

<sup>18</sup> AHDN, t. 2, ff. 416, 418, 420, 422, 425, 427. CPD, l. 36, c. 6, f. 2566; c. 12, f. 5847. La atinada adjetivación fue de Gabriel Gavira, quien lo acusó de haber colgado de los senos a mujeres sospechosas de haberlos proveído de alimentos. Cfr. Gavira, *op. cit.*, pp. 36-40. Véase también AHDN, t. 2, f. 460.

<sup>19</sup> AHDN, ff. 432, 442, 462-464. CPD, l. 36, c. 12, ff. 5840-5841.

<sup>20</sup> Los sucesos de la plaza de toros de Puebla, a mediados de julio de 1911, son poco claros: según una versión, las fuerzas del Batallón Zaragoza, a cuyo frente estaba De la

Llave no le agradaba tener un gobierno como el de Madero, ni a éste contar con militares con la actitud y conducta de De la Llave. Así, aunque Madero no atacó al Ejército Federal como corporación, sí se lanzó, individual y legalmente, contra algunos de sus peores miembros. Uno de ellos era Gaudencio de la Llave, quien fue acusado de haber hecho fraude con la creación y disolución de las fuerzas que había organizado durante la lucha de 1911. Para colmo, De la Llave formaba parte de un grupo de conspiradores encabezados por el hijo del exgobernador Mucio Martínez y compuesto por políticos poblanos desplazados con la derrota de Díaz.<sup>21</sup> Como consecuencia, fue hecho prisionero a principios de 1912 junto con otros miembros del grupo, incluido un hijo suyo, aunque pronto fue liberado “por desvanecimiento de datos”. A pesar de haber tenido que ponerlo en libertad, el gobierno de Madero siguió siendo severo con De la Llave: se le negó el mando de un regimiento y pronto se le encarceló otra vez, ahora por las violencias que cometió con los pobladores de Calchahualco y Alpatlahua durante la lucha maderista. Aunque liberado luego de un par de meses, pues se alegó que en aquellas fechas se había decretado la suspensión de garantías,<sup>22</sup> De la Llave prefirió levantarse en armas a seguir siendo acosado por el nuevo régimen. Las actitudes y procedimientos de ambos eran inmodificables y previsibles; el enfrentamiento era ineluctable.

Llave, dispararon contra los maderistas, que se encontraban acuartelados en el lugar; según otra, fueron fuerzas de Aureliano Blanquet, del 29º Batallón, las que atacaron a los maderistas; otra versión más sostiene que el origen del conflicto fue el intento de éstos por liberar a Abraham Martínez, quien se encontraba recluso en la penitenciaría, por lo que intervino la fuerza federal para apoyar a guardias y celadores. Como quiera que haya sido, es incuestionable que De la Llave y sus fuerzas participaron en los sucesos, y que seguían en la ‘línea de fuego’ contra el maderismo. Cfr. *El Demócrata Mexicano*, 14 julio 1911; *Diario del Hogar*, 14-15 julio 1911. Aunque las versiones periodísticas no lo consignan, se asegura que De la Llave hizo varios muertos entre gente pacífica, tanto en la Plazuela del Parral como en las calles de Juan Mújica y La Calavera. Cfr. AHDN, t. 4, f. 775.

<sup>21</sup> Se dice que también se hizo compadre del gobernador poblano don Mucio Martínez. Antes, al contraer matrimonio, hizo padrino de la boda al entonces gobernador de Veracruz, Apolinar Castillo (agradezco la información a mi colega Georgette José Valenzuela, quien la obtuvo del archivo de Manuel González).

<sup>22</sup> AHDN, t. 2, ff. 488-489; t. 3, ff. 507, 514, 531, 533, 555, 575. *El Imparcial*, 17, 23 febrero 1912. David La France, *The Mexican Revolution in Puebla*, Delaware, Scholarly Resources Imprint, 1989, p. 180.

En septiembre de 1912 De la Llave se encontraba operando contra el gobierno de Madero por Tehuacán y Orizaba, montañosa región limítrofe entre Puebla, Veracruz y Oaxaca. Junto con él se rebelaron sus hijos Gaudencio Jr. y Porfirio. También estaba en rebelión su viejo jefe y compañero, Higinio Aguilar. Aunque no queda claro si operaron conjunta o paralelamente, es un hecho que entre ambos tenían una fuerza considerable y dominaban una zona respetable de Puebla y Veracruz.<sup>23</sup> Sin embargo, el fracaso de la rebelión de Félix Díaz, en octubre, a quien ambos iban a apoyar, condenó a De la Llave a permanecer en la región, haciendo una lucha guerrillera, la que lo obligó a fortalecer sus alianzas: Gaudencio Jr. fue designado jefe del Estado Mayor de Higinio Aguilar, y el padre firmó con Aguilar un ‘plan’, llamando a todos los miembros del Ejército Federal a rebelarse contra Madero.<sup>24</sup>

A principios de 1913 Gaudencio De la Llave se hacía llamar general y se decía jefe en Veracruz y Puebla del Ejército Regenerador Constitucional, cuyo lema era “Orden, paz y justicia”, lo que refleja la ideología castrense de De la Llave. En febrero ofreció su apoyo a Agustín del Pozo, quien no acató los resultados electorales en Puebla y se autonombró gobernador; más ilustrativo aún, días después respaldó, junto con Higinio Aguilar, al comandante militar en Puebla, quien buscó deponer a las autoridades locales en apoyo del cuartelazo de la ciudad de México. Como el intento fue sofocado, los involucrados, amenazados con ser fusilados “por traidores”, tuvieron que permanecer como rebeldes. Sin embargo, como Victoriano Huerta y Félix Díaz triunfaron días después en la capital, Gaudencio de la Llave decidió reconocerlos inmediatamente y apoyarlos, por las afinidades ideológicas y profesionales y por las obvias posibilidades de beneficio.<sup>25</sup> El triunfo del ‘cuartelazo’ en la capital modificó también otro proyecto de Gaudencio de la Llave, quien semanas antes había planteado la posibilidad de liberar de su prisión a Félix Díaz y llevarlo como

<sup>23</sup> El biógrafo ‘oficial’ de Félix Díaz asegura que entre ambos controlaban “gran parte” de Puebla y Veracruz. Cfr. Luis Liceaga, *Félix Díaz*, México, Jus, 1958, p. 130.

<sup>24</sup> Centro de Estudios de Historia de México Condumex, Fondo Félix Díaz, Manuscritos (en adelante FFD), carpeta 1, documento 68. Henderson, *op. cit.*, p. 57. La France, *op. cit.*, p. 183. El ‘Plan’ en Manuel González Ramírez, *Planes políticos y otros documentos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1954, p. 245-250.

<sup>25</sup> AHDN, t. 3, ff. 578-579. Liceaga, *op. cit.*, p. 227. Henderson, *op. cit.*, p. 87. La France, *op. cit.*, pp. 183, 226-229.

jefe de su movimiento a las montañas entre Puebla y Veracruz.<sup>26</sup> Es incuestionable que dentro de la nueva mancuerna gubernativa —Huerta y Félix Díaz—, Gaudencio de la Llave era abierto partidario del segundo: en esta ocasión, como en tantas otras, las relaciones personales fueron más decisivas que los orígenes sociales.

#### GENERAL HUERTISTA

El cuartelazo de febrero de 1913 permitió a De la Llave volver a pasar de rebelde a autoridad; sin embargo, para ascender debía mostrar su utilidad. La oportunidad se le presentó pronto. Por su concepción conspirativa de los inicios y de la dirección de toda rebelión, Huerta y Félix Díaz creyeron que si impedían a los jefes y caudillos previsibles levantarse en armas, el movimiento opositor moriría abortado. Así se explica la muerte de Abraham González, y podría explicarse la de Camerino Mendoza, entre otros. Sabiéndose que era originario de la región y conociéndose su odio por los maderistas locales y sus nulos escrúpulos, De la Llave fue comisionado por Huerta y Félix Díaz para que se dirigiera a Córdoba y Orizaba e impidiera por cualquier medio el estallido de la oposición. El gobierno usurpador estaba especialmente interesado en que la estratégica zona permaneciera bajo su control, ya que era económicamente rica, implicaba la continuidad del tránsito entre la ciudad de México y Veracruz, y cualquier desorden significaría una amenaza para ciudades como Puebla, Veracruz y Xalapa. Por un tiempo, De la Llave satisfizo tales requerimientos,<sup>27</sup> aunque lo hizo recurriendo a procedimientos inescrupulosos.

Por la experiencia de los últimos años, eran previsibles los alzamientos de Cándido Aguilar, Gabriel Gavira, Camerino Mendoza y Rafael Tapia, al frente de grupos de rancheros y campesinos del rumbo o de obreros de las fábricas de Orizaba y sus alrededores, Río Blanco y Santa Rosa, principalmente. En efecto, desde los primeros días de marzo surgió el rumor de que Camerino Mendoza se alzaría en armas a la primera oportunidad. Según la versión del propio De la Llave, para impedirlo procedió el día 8 a aprehenderlo en Santa Rosa, pero Mendoza se defendió con gran violen-

<sup>26</sup> Liceaga, *op. cit.*, p. 145.

<sup>27</sup> AHDN, t. 3, f. 513. Henderson, *op. cit.*, p. 88.

cia; ante la “imposibilidad absoluta” de ocupar el domicilio de éste, pues desde sus numerosas puertas y ventanas —era, al mismo tiempo, un negocio comercial— les disparaban y lanzaban “gran cantidad” de bombas de dinamita. De la Llave decidió “prenderle fuego”. La refriega no acabó hasta que el local fue quemado. Al ocupar la casa se encontraron los cadáveres de veintiséis hombres y una mujer, así como siete carabinas, dos escopetas, veinte bombas y “gran cantidad de parque de diferente calibre”.<sup>28</sup>

La versión de los vecinos de Santa Rosa es absolutamente distinta. Según ésta, además de los casi treinta muertos en la ocupación del domicilio de los Mendoza, hubo once fusilados en el patio de la fábrica, “sin juicio previo”, sin siquiera haberlos interrogado. ¿Quiénes eran los fusilados? Según una ‘fuente’, unos eran vecinos de la “manzana” donde vivía Mendoza y otros eran sus amigos; según otra versión, todos eran “inquilinos” de Mendoza que se rindieron antes del incendio. Si se repara en que entre los fusilados estaban algunos de los principales miembros del ayuntamiento, como el alcalde Esther López, muy popular entre los trabajadores, y obreros destacados como Esteban Zúñiga, maderista desde 1909, la versión de que eran “amigos” de Camerino y de que fueron “sacados de sus [...] casas” resulta más plausible. En cambio, de haber estado todas estas personas en el interior de la casa, resultaría poco creíble que fueran sus “inquilinos”, con lo que el argumento de que era un grupo de conspiradores ganaría verosimilitud, a pesar de que el número de armas encontradas era mínimo.<sup>29</sup>

¿Cuál fue la naturaleza última del suceso?, ¿quién era Camerino Mendoza?, ¿quedó “sofocado oportunamente” el “levantamiento que se tenía preparado”, como aseguró De la Llave?, ¿fue el complot un simple “pretexto”, como afirmó Gabriel Gavira?, ¿es cierto, como dijo Heriberto Jara, íntimo amigo de Mendoza, que éste se encontraba en Santa Rosa no con objetivos políticos sino para atender sus negocios?, ¿fue motivado el suce-

<sup>28</sup> La versión de Gaudencio De la Llave es un informe dirigido a Félix Díaz, el 9 de marzo, y se encuentra en el Ramo Félix Díaz del Fondo Pablo González, en el Centro de Estudios de Historia de México Condumex. Lo pude consultar gracias al apoyo de Josefina Moguel.

<sup>29</sup> Véase una escalofriante y tétrica descripción de los acontecimientos en la *Crónica de la Revolución Mexicana*, México, Publex, 1966; en el capítulo 13 se dice que De la Llave gritaba, luego de prender fuego a la casa de Mendoza: “¡o salen esos bandidos, o se abrasan vivos!”.

so, como aseguran las madres y esposas de los fusilados, sólo por “la sed de sangre” de De la Llave y por su deseo “de sembrar terror” y de enviar una cruel advertencia a los lugareños?, ¿fue una represalia por conflictos locales y, por ende, no solicitada por el nuevo gobierno nacional?, ¿fue simplemente una imitación de los procedimientos utilizados por los jefes nacionales del cuartelazo contra Madero? El hecho suscita aún más dudas y cuestionamientos: ¿fue un “combate”, como aseguraron las autoridades, contra cincuenta defensores, aproximadamente, que opusieron una “tenaz” y “dura” resistencia?, ¿fue un acto “de infamia”, “un atentado monstruoso”, “escandaloso” y, para colmo, “premeditado”? Si en verdad sólo se pretendía aprehender a Mendoza, ¿por qué hacerlo en plena noche?, ¿por qué utilizar a más de doscientos soldados? Por último, ¿a quién correspondía el cadáver de mujer encontrado en el domicilio?, ¿a su hermana o a su madre?<sup>30</sup> En resumen: ¿no fue una repetición —mismos objetivos y procedimientos— del asalto a la casa de los hermanos Serdán, en el que había participado De la Llave?

Mendoza era originario del Mineral de Monte, estado de Hidalgo, pero la familia se había vecindado en Veracruz desde finales del siglo XIX. Fue empleado en la Fábrica de Hilados y Tejidos de Santa Rosa, junto con Heriberto Jara, pero al poco tiempo estableció un comercio llamado ‘La Constancia’. Militó en el movimiento magonista de la región y luego fue de los primeros en afiliarse al antirreeleccionismo, participando en sus fases electoralista y militar. Debido a los fracasos sufridos por el maderismo durante los inicios de la rebelión tuvo que huir a Cuba, trasladándose después a Estados Unidos, donde miembros de la familia Madero le dieron recursos económicos para que regresara a su región y reactivara la lucha, lo que hizo con gran éxito: en mayo de 1911 Mendoza tomó Tehuacán y Puebla. Sin embargo, pronto se distanció de Madero, pues era contrario al licenciamiento de las fuerzas rebeldes. Incluso llegó a decirse que estaba involucrado en una conspiración contra el nuevo gobierno, lo que le valió efímera prisión. Pese a ello, Mendoza permaneció leal al frente de parte de sus fuerzas, convertidas en el 43° Cuerpo Rural. Les correspondió luchar en febrero de 1913 contra los sublevados de la Ciudadela, pero como Mendoza repudió la traición de Huerta y Blanquet, fue hecho prisionero por

<sup>30</sup> AHDN, t. 3, ff. 592-594, 619-621. Fondo Pablo González, Ramo Félix Díaz, doc. cit. en nota 28.

este último, siendo liberado un par de días después gracias a la presión de los diputados Heriberto Jara y Francisco Arias, amigos y compañeros suyos. A pesar de que se le impuso como condición que permaneciera en la capital, tan pronto se vio libre marchó a Santa Rosa.<sup>31</sup> Con ello Mendoza dio a las nuevas autoridades argumentos en su contra, por desacato y conspiración.

Al mismo tiempo, antes de que terminara febrero, De la Llave había sido enviado a la plaza de Orizaba, pero sucedió que a su paso por Santa Rosa sus fuerzas fueron apedreadas por los vecinos, los que además lanzaron una bomba de dinamita que mató a un soldado e hirió a un par más; algo parecido sucedió en Río Blanco, donde uno de sus soldados fue linchado por la población. Si se recuerdan los excesos de De la Llave en la lucha de 1911 contra los maderistas de la región, podría suponerse que dichos brotes de violencia eran producto de viejos conflictos locales, revividos por el derrocamiento de Madero. Astutamente, De la Llave aprovechó la ocasión para justificar sus represalias, procediendo con “encono” contra las autoridades locales, leales maderistas, y contra los vecinos, mayoritariamente obreros textiles.<sup>32</sup>

Afirmar que la muerte de Mendoza tuvo sobre todo motivos locales puede resultar precipitado. Las agresiones del vecindario contra los soldados no justifican la violencia desatada contra Mendoza. Además, ¿por qué proceder contra un líder que estaba fuera de la región, operando al frente de sus ‘rurales’, desde hacía más de un año? Precisamente sus antecedentes, actitud y condición de jefe de fuerzas ‘rurales’, por lo tanto exmaderistas, hicieron temer a las autoridades de que se levantaría en armas a la primera oportunidad. Otra interpretación posible es de naturaleza sociohistórica: los obreros textiles de la zona de Orizaba tenían un proyecto de desarrollo nacional totalmente opuesto al de los políticos del gobierno usurpador. Aunque De la Llave no participó en la represión de enero de 1907 en Río Blanco, dado que por entonces estaba en prisión, es claro que no simpatizaba con los avances logrados por los obreros desde 1911. Asimismo, los antecedentes de De la Llave y el ejemplo dado por la conducta de Huerta y Félix Díaz al triunfo del cuartelazo explican la actitud del primero: como

<sup>31</sup> La única biografía que conozco de Mendoza es la de Rodolfo Camarillo, *Gral. Camerino Z. Mendoza*, Xalapa, Gobierno de Veracruz, 1979.

<sup>32</sup> Archivo General de la Nación, Fondo Secretaría de Gobernación, Periodo Revolucionario (en adelante FSG, PR), caja 1, expediente 58.

en los viejos tiempos, si el fin era imponer su autoridad, cualquier medio estaba justificado.

Así, a los pocos días de que Mendoza huyera de la capital del país el gobierno aseguró que se había levantado en armas en Puebla, al frente de casi mil hombres, con el objetivo de tomar Tehuacán, Santa Rosa, Río Blanco y Orizaba. La aseveración resulta tan exagerada que permite pensar que lo que el gobierno buscaba era justificar su inminente golpe contra Mendoza, a quien la prensa oficialista llamó “descontentadizo [...] jefe de los sediciosos” y amenaza contra la “tranquilidad” de la región.<sup>33</sup> Cualquiera que haya sido la causa, no faltó quien señalara que la muerte de Mendoza, producto de una venganza política, había sido “injustificable” y “enormemente inhumana”, y que su supuesta resistencia armada resultaba más que “improbable”. El diputado Heriberto Jara, amigo íntimo de Mendoza, se atrevió a acusar a De la Llave y a sus fuerzas ante el Congreso nacional.<sup>34</sup>

Los haya promovido o sólo aprovechado, es indudable que el gobierno usurpador apoyó este tipo de actos y procedimientos con tal de que no cundiera la rebelión: Félix Díaz felicitó a De la Llave y Huerta lo ascendió a general brigadier, menos de un mes después. Ambos apoyos implicaban un certificado de impunidad, condición explícitamente ratificada poco después. En efecto, si bien varios vecinos de Santa Rosa pidieron a las autoridades que De la Llave y sus hombres fueran retirados de la región, en mayo seguía como jefe de las armas en Orizaba. Además, las autoridades militares determinaron formalmente, luego de haber hecho una averiguación sobre los sucesos de marzo, que “no había delito que perseguir”.<sup>35</sup> El mismo De la Llave coincidía, obviamente, con esa concepción sobre la necesidad de la impunidad para las fuerzas del orden. No sólo lo prueban sus actos —contra aquel garciacadenista, contra los Serdán y contra Camerino Mendoza— sino que cuando las autoridades militares huertistas le pidieron que entregara a uno de sus soldados, acusado de cometer un delito común, De la Llave se negó a hacerlo, alegando que en momentos “irregulares” los alzados sólo podían ser sometidos “en forma práctica

<sup>33</sup> *El Imparcial*, 9, 11 marzo 1913. *La Opinión*, 11 marzo 1913. Camarillo, *op. cit.*, pp. 64-65.

<sup>34</sup> *El Independiente*, 9, 11 marzo 1913. *La Opinión*, 11 marzo 1913. Meses después Jara ratificó su acusación contra De la Llave. Cfr. *El Imparcial*, 16 junio 1913.

<sup>35</sup> AHDN, t. 3, ff. 519, 580, 594, 597, 604, 626, 687.

y violenta”, acudiendo, si era necesario, a “todos los medios posibles”.<sup>36</sup> Las autoridades toleraron ese acto de desacato de De la Llave, y con ello legitimaron sus atropellos. ¿Se redujeron sus excesos a los alzados, a los involucrados con ellos y a los sospechosos de serlo?, ¿los sufría la población en su conjunto?, ¿los sufría sólo parte de la sociedad local? Tal parece que De la Llave y sus hombres fueron especialmente severos con los campesinos, y que guardaron una mejor conducta con los hacendados. Fiel a sus costumbres, fueron muchos sus robos y actos de pillaje.<sup>37</sup> Sin embargo, aunque era una molestia para todos, política e ideológicamente De la Llave y sus fuerzas fueron un buen apoyo para los propietarios agrícolas de la región.

Dado que la zona de Orizaba se mantuvo comparativamente tranquila y que los principales cabecillas locales estaban muertos o lejos de la región,<sup>38</sup> a los pocos meses el gobierno pudo satisfacer la solicitud de los vecinos, enviando a De la Llave a combatir en Puebla y Morelos “contra los bandoleros zapatistas”. Aunque como soldado De la Llave fue un eficaz victimario de complotistas, para llamar de alguna forma a Mendoza, como militar en campaña formal fue un mediocre. Su “hoja de servicios” consigna que nunca obtuvo premio alguno y que jamás tuvo una especial manifestación de valor o aptitudes.<sup>39</sup> Para colmo, además de la indisciplina de sus fuerzas, conducta que De la Llave justificaba y hasta propiciaba, éstas sufrieron de indefinición política, producto acaso del traslado a otra región o de las divergencias entre Huerta y Félix Díaz. En efecto, a finales de 1913 desertaron en Morelos casi todas sus fuerzas, mediante una sublevación, lo que dio lugar a que a De la Llave se le retirara el mando de las fuerzas que habían permanecido leales, refundiéndolas en otras corporaciones y siendo puesto él en forzado descanso, “para curarse de algunas heridas recibidas en meses pasados”.<sup>40</sup>

<sup>36</sup> FSG, PR, c. 1, exp. 27.

<sup>37</sup> Alan Knight, *The Mexican Revolution*, 2 vols., Cambridge, Cambridge University Press, 1986, vol. 1, pp. 7, 52.

<sup>38</sup> A finales de 1913 Tapia fue fusilado, estando en prisión, por órdenes de las autoridades huertistas. Cándido Aguilar luchaba entonces en el noreste del país. Gavira, por su parte, se exilió en Cuba y luego se adhirió a las fuerzas constitucionalistas que operaban en el norte del país.

<sup>39</sup> AHDN, t. 3, ff. 628, 656-657, 684; t. 4, f. 903.

<sup>40</sup> AHDN, t. 3, ff. 692-693, 695, 697, 699-702, 704, 707.

De la Llave fue relegado por incapaz y felicista, pero volvió al campo de batalla —en la región de Puebla— debido al irrefrenable avance de las fuerzas carrancistas; sin embargo, ya nunca estuvo al frente de lo que quedaba de su 36° Regimiento Irregular Auxiliar. Fue breve el tiempo que pudo volver a la actividad militar, pues la debacle del gobierno huertista sobrevino a mediados de 1914: las fuerzas que habían sido puestas a su mando se desbandaron y el mismo De la Llave huyó en los momentos finales, para lo cual contó con el apoyo de las autoridades del país, pues fue enviado en comisión “muy urgente” rumbo a su natal Córdoba, junto con sus hijos Gaudencio Jr. y Porfirio, también militares.<sup>41</sup> Para facilitarles la huida se acordó que a los tres se les liquidaran, por adelantado, los haberes del mes siguiente. Con ese dinero salió De la Llave del país,<sup>42</sup> carcomido por el pánico de enfrentar la justicia de los carrancistas. Lo que no pudo evitar fueron los insultos que le dirigieron los trabajadores portuarios de Veracruz al verlo embarcar con rumbo al exterior.<sup>43</sup>

#### REBELDE FELICISTA

A diferencia de algunos excompañeros suyos, como Higinio Aguilar, De la Llave no pudo abjurar de su huertismo y pasarse a una de las facciones revolucionarias, las que hacían gran labor de reclutamiento ante la inmi-

<sup>41</sup> Poco se sabe de las actividades políticas y militares de sus hijos. Gaudencio Jr. operó como rebelde antimaderista de septiembre de 1912 a febrero de 1913, a las órdenes de su padre y de Higinio Aguilar; luego luchó, como huertista, contra los rebeldes de Veracruz, Puebla y Morelos, hasta que fue trasladado al norte, en marzo de 1914, a la División del Nazas; por último, la derrota del huertismo afectó su salud nerviosa, concediéndosele una licencia, a mediados de junio, para que buscara el “reestablecimiento de su salud”. ¿Hasta qué grado dicha crisis fue consecuencia de su pánico a la derrota y a sus consecuencias?, ¿hasta qué grado se debió a su falta de vocación? Recuérdese que uno de sus superiores se quejó de que su “falta de aptitud” era tal que resultaba “inútil” para las armas. Cfr. AHDN, t. 3, ff. 713, 727-728, 740, 742, 744, 749; t. 4, f. 753.

<sup>42</sup> AHDN, t. 4, ff. 758, 767-769, 771. Centro de Estudios de Historia de México Con-dumex, Fondo Venustiano Carranza (en adelante FVC), carpeta 46, documento 5116. Knight, *op. cit.*, t. 1, p. 179. Es un gran mérito de este autor incluir este tipo de personajes en su magnífica obra, a pesar de que en este caso concreto se equivoca y asegura que De la Llave había sido gobernador de Veracruz.

<sup>43</sup> Camarillo, *op. cit.*, p. 67.

nente reanudación de la lucha. Su campaña en Morelos y su participación en el ataque a los Serdán y a los maderistas de la plaza de toros de Puebla le dificultaban su incorporación al zapatismo; asimismo, el odio que se le tenía en Veracruz le impidió todo acuerdo con los carrancistas, para los que dicho estado era absolutamente primordial. Por su ideología y *modus vivendi*, no le quedó otra opción que el felicismo y su trágico destino: el triste exilio primero; la incierta rebelión después. De la Llave vivió en Estados Unidos durante año y medio, aproximadamente, de donde salió para internarse al país y sumarse a la rebelión de Félix Díaz contra Carranza. A finales de 1915 y principios de 1916 De la Llave era de los pocos felicistas leales: decidido partidario del modelo político porfirista, en el que se acentuaba más el autoritarismo que el afán por la modernización, veía en Félix Díaz al hombre adecuado para restaurarlo, por lo que lo apoyó en su aventura rebelde.<sup>44</sup> ¿Cómo y cuándo se internó al país para luchar como felicista?, ¿cuáles fueron sus principales actividades como rebelde anticarrancista entre 1916 y 1920?

El exilio de De la Llave en Estados Unidos tiene buena dosis de misterio. Según unas 'fuentes', estuvo en San Antonio, donde formó parte de la junta revolucionaria local; según otras, también estuvo en Nueva York, donde el Centro Directivo Revolucionario coordinó su entrada al país; por último, de acuerdo con las 'fuentes' más verosímiles, vivió modestamente en Nueva Orleans, en una casa cercana a la de Félix Díaz. Asimismo, aunque según unos penetró al país con destino a Oaxaca y Puebla, tal parece que lo hizo a mediados de 1916, por Guatemala y con otros objetivos. Aunque hubo quien afirmó que De la Llave volvió al país con Félix Díaz, a principios de 1916, parece evidente que, si bien es cierto que durante su estancia en Nueva Orleans fue muy cercano a Díaz, al grado de ser uno de los pocos en conocer parte de sus verdaderos planes, entró al país después, en otra expedición.<sup>45</sup>

En efecto, a principios de 1916 salió de Nueva Orleans rumbo a Belice, de donde siguió a Guatemala. Allí permaneció unos cuatro meses, junto

<sup>44</sup> Henderson, *op. cit.*, p. 121.

<sup>45</sup> AHDN, t. 4, ff. 797, 991-997. Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, libro encuadrado 798, Ramo Revolución (en adelante AHSR, LE, RR), fólder (3), f. 18. Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México, Fondo Juan Barragán, Ramo Presidencia (en adelante FJB, RP), caja I, legajo 6, documento 35. FFD, c. I, doc. 101. Liceaga, *op. cit.*, pp. 359, 406. Henderson, *op. cit.*, pp. 121-122. Knight, *op. cit.*, t. I, p. 378.

con los también exfederales Eugenio Rascón y Luis Medina Barrón. Su objetivo era penetrar al país y promover la lucha anticarrancista en el sureste. De la Llave se internó por Dolores, Chiapas: ahí se entrevistó con Félix Díaz, quien procedía de Oaxaca, donde había sido derrotado. Permaneció temporalmente en Chiapas, luchando a las órdenes de Tirso Castañón, quien era uno de los jefes del movimiento 'mapachista'. Posteriormente se dirigió a Minatitlán, Veracruz, donde luchó como felicista bajo el mando de Cástulo Pérez, aunque sus operaciones se extendieron hasta la sierra de Puebla. Paradójicamente, a pesar de ser felicista íntimo de tiempo atrás, De la Llave no destacó militarmente en el movimiento. Ya fuera por su incapacidad militar, por su desprestigio en la región o por el deseo de Félix Díaz de establecer nuevas alianzas, con jefes y grupos locales y con militares más jóvenes, lo cierto es que De la Llave no llegó a estar al frente de alguna fuerza importante.

Si bien a mediados de 1917 comandaba las Fuerzas Expedicionarias 'Ignacio de la Llave', de atractivo nombre para los veracruzanos partidarios de la Constitución de 1857 y una de sus escasas referencias a su ancestro, un año después era jefe nominal del felicismo en Hidalgo, entidad absolutamente marginal para el movimiento. De otra parte, antiguos subordinados suyos, como Constantino Galán y Ponciano Vázquez, sí llegaron a estar al frente de importantes contingentes anticarrancistas.<sup>46</sup> Al comenzar 1920 De la Llave participó en una campaña colectiva contra Jalacingo, Altotonga y Gutiérrez Zamora, en Veracruz, junto con Galán, Vázquez, Higinio Aguilar, Panuncio Martínez y Celso Cepeda. Para su desgracia, la suerte les fue adversa en un combate en Casitas: la columna rebelde quedó "desbaratada", murieron algunos cabecillas rebeldes, como Ponciano Vázquez, y fue aprehendido el "sanguinario" De la Llave.<sup>47</sup> Inmediatamente se ordenó que fuera procesado "con todas las formalidades de la ley", resultando condenado a muerte por un consejo de guerra extraordinario, a pesar de que De la Llave alegara que, siendo civil, desde la disolución del Ejército Federal, no podía ser juzgado del delito de rebelión por autorida-

<sup>46</sup> AHDN, t. 4, ff. 797, 828, 991-997. AHSRE, LE 801, RR, fo. (24) 47, ff. 1-2; LE 859, RR, fo. (2) 7, ff. 2-3. Liceaga, *op. cit.*, pp. 420, 488, 505.

<sup>47</sup> AHDN, t. 3, ff. 692, 694, 774, 795, 797, 991-997. Liceaga, *op. cit.*, p. 599. Henderson, *op. cit.*, pp. 129, 142. El combate en Casitas fue importante porque murió Ponciano Vázquez —aunque se aseguró que también habían muerto Celso Cepeda y Constantino Galán—, lo que significaba un duro golpe a los rebeldes de la región limítrofe entre Puebla y Veracruz.

des militares, aun habiendo sido aprehendido con las armas en la mano. Como era de esperarse, sus abogados interpusieron amparos, disponiendo la autoridad judicial que el acusado fuera puesto “a su disposición”. Por su parte, el gobierno federal ordenó que fuera conducido a la ciudad de México “con toda clase de seguridades”, para ponerlo a disposición de la Secretaría de Guerra.<sup>48</sup> ¿Qué pretendía hacer con él el gobierno carrancista?, ¿fusilarlo escenográficamente, obtener información o, dada la proximidad de las elecciones, negociar con su vida algún acuerdo con otros rebeldes?

El juicio a De la Llave dio lugar a muy diversos comentarios. Los partidarios de los regímenes porfirista y huertista se mostraron consternados, mientras que los políticos revolucionarios veracruzanos presionaron a Carranza para que no fuera a concederle clemencia alguna, pidiendo, en cambio, que se le aplicara “todo el rigor de las leyes militares”, o sea el fusilamiento, por ser un hombre verdaderamente peligroso para la estabilidad del gobierno y para la pacificación nacional, que “nunca ha estado contento con el triunfo de la revolución y que ha defendido sanguinariamente las dictaduras de Porfirio Díaz y de Victoriano Huerta”. El diputado local Modesto González Galindo aseguró que si le absolvía volvería a rebelarse “contra el Gobierno legítimo”. Es más, algunos vecinos de Orizaba llegaron a pedir que su fusilamiento tuviera lugar en el mismo sitio donde había “inmolado” a Camerino Mendoza. La resolución sobre De la Llave también dio lugar a enfrentamientos entre autoridades militares y civiles, pues las primeras se negaron a acatar la “suspensión” de la sanción.<sup>49</sup> ¿Dio lugar dicha negativa a la orden de que fuera trasladado a la ciudad de México, para evitar la presión de los militares veracruzanos?, ¿se debió a la insistencia de sus defensores?, ¿pretendió Carranza utilizarlo para intentar alguna maniobra política?

Cualquiera que haya sido la razón, De la Llave fue enviado a la ciudad de México entre el 12 y el 13 de febrero, quedando detenido en la prisión de Santiago Tlatelolco. Allí estuvo casi tres meses, pues cuando Carranza y sus colaboradores evacuaron la capital del país rumbo a Veracruz, por la amenaza de los ‘aguaprietistas’, De la Llave fue obligado a ir en el convoy presidencial como prisionero.<sup>50</sup> Dada la sagacidad de Carranza, es de su-

<sup>48</sup> AHDN, t. 4, ff. 779, 783-787, 791, 796, 799, 810-812, 839, 859.

<sup>49</sup> *Ibid.*, ff. 776, 815, 821-822, 848, 856. FFD, c. 2, doc. 158.

<sup>50</sup> AHDN, t. 4, ff. 873, 875-876, 879, 898, 991-997.

ponerse que decidió llevarlo consigo, pues atravesarían zonas donde operaban fuerzas de De la Llave o compañeros suyos, con cualquiera de los cuales podría establecerse una negociación, para que no les impidieran el paso o para que pudieran servirles de protección y guía. Para su desgracia, don Venustiano no tuvo tiempo de negociar la vida de De la Llave con los rebeldes, pues una comisión de hacendados y rancheros del rumbo se presentó antes, al paso de la comitiva por San Marcos, Puebla, para pedir la liberación de De la Llave, asegurando que éste, agradecido, se iría “tranquilamente a su casa y [...] nunca más volvería a empuñar el arma homicida”. Carranza, “ablandado” por su propia derrota o por las dificultades para agilizar la movilidad de su comitiva, accedió a cambio de que dejara de “perturbar ya más al país con sus andanzas”.<sup>51</sup> Así, la fortuna fue otra vez generosa con De la Llave: para resumir su biografía acaso sea más útil la sabiduría popular que la historia: “hierba mala nunca muere” y “a río revuelto, ganancia de pescadores”.

#### ¿RESURRECTO O MUERTO EN VIDA?

Gaudencio De la Llave volvió a nacer cuando fue liberado por Carranza, quien también trataba de aferrarse a la vida. ¿Cómo pasó sus días a partir de entonces?, ¿se redujo a estar tranquilamente en su casa?, ¿dejó de perturbar al país con sus andanzas? De la Llave sólo conocía el oficio de las armas, y como tantos otros rebeldes anticarrancistas, aprovechó la amnistía ofrecida por los ‘aguaprietistas’ a los que deponían las armas y accedían a engrosar las filas del Ejército Nacional. Así otra vez transitó el camino de rebelde a soldado. Sin embargo, dada la naturaleza de las nuevas autoridades, esta vez fue incorporado para tenérselo controlado: los días de importantes encomiendas habían pasado; ahora sólo le quedaba terminar de envejecer.

En efecto, los nuevos gobernantes incorporaron al ejército a la mayoría de los rebeldes anticarrancistas, pero sin permitir que obtuvieran gran poder. En el caso de De la Llave, éste fue enviado a Puebla, aunque por un momento se pensó trasladarlo a Querétaro, pero sus elementos fueron reorganizados en otras fuerzas, concediéndosele conservar sólo un grupo

<sup>51</sup> Francisco L. Urquiza, *Asesinato de Carranza*, México, Populibros La Prensa, 1959, pp. 60-64.

íntimo de colaboradores, en el que figuraban dos de sus hijos, Gaudencio Jr. y Fidel. La incorporación al ejército posrevolucionario le resultó beneficiosa pero poco placentera. Por un lado, alegó que desde el principio fue víctima de “dificultades y preferencias que lastiman”; por el otro, sus acciones fueron legitimadas debido a las urgentes necesidades políticas de los ‘aguaprietistas’, y recibió haberes suficientes: 30 pesos diarios en 1920 y 36 pesos en 1926 para adquirir la hacienda San Diego Apasco,<sup>52</sup> lo que le permitía soñar con una vejez sedentaria y tranquila, algo muy diferente a lo que pudo habersele augurado durante su etapa de rebelde felicista ¡y pensar que había estado ya sentenciado a morir fusilado!

Sus mayores problemas fueron sus irregularidades profesionales y el odio que atraían sus pasadas acciones. Para comenzar, nunca pudo demostrar documentalmente buena parte de su pasado militar: no era aceptable el grado con el que alegaba haber ingresado al ejército; carecían de valor sus grados de general de brigada y de división, pues no habían sido otorgados por la debida institución militar; por último, tampoco era clara la forma como se había adherido al ejército en 1920. La Comisión Revisora de Hojas de Servicio propuso en 1921 que “desde luego” fuera dado de baja del ejército y se le procesara por los delitos antes cometidos, pues “el prestigio, decoro y dignidad del Ejército exigen se arroje de su seno” a individuos de su tipo. Además, Victorio Góngora, secretario de Gobierno de Veracruz, dijo a Obregón que muchas organizaciones obreras del estado se disgustarían en caso de que se permitiera a De la Llave permanecer en el ejército.<sup>53</sup>

¿Cómo se explica que a pesar de estas presiones las autoridades lo hayan apoyado?, ¿alarmaría a los demás rebeldes pacificados e integrados cualquier procedimiento contra él?, ¿cumplía De la Llave alguna función específica? Su permanencia en el ejército se debió a varias razones: tenía “buenos y viejos amigos”, muy probablemente exfederales, en altos puestos administrativos de la Secretaría de Guerra; su expulsión agitaría a muchos exrebeldes pacificados, y cumplía una comisión política importante para el gobierno del centro, consistente en convencer a sus viejos compañeros de que permanecieran tranquilos, sin rebelarse otra vez contra el gobierno.<sup>54</sup>

<sup>52</sup> AHDN, t. 4, ff. 922, 924-928, 930-932, 935, 939, 947, 951-952, 955, 958; t. 5, ff. 1033-1034, 1212, 1214; t. 6, f. 1304.

<sup>53</sup> AHDN, t. 5, ff. 1005-1006, 1009-1010, 1028; t. 6, ff. 1280-1281, 1284-1286, 1293, 1295. En efecto, su grado de general de división lo alcanzó en el movimiento felicista.

<sup>54</sup> AHDN, t. 6, ff. 1025, 1034-1035, 1057-1058, 1079, 1081. FFD, c. 4, doc. 423.

Su actitud ante la rebelión delahuertista fue determinante. Si bien es cierto que De la Llave estaba interesado en la política local de Puebla y Veracruz, y que a mediados de 1923 vendió pertrechos a terratenientes veracruzanos alarmados por la armamentización de los campesinos hecha por Adalberto Tejeda, De la Llave, a diferencia de varios de sus excompañeros —como Higinio Aguilar— no participó en la rebelión delahuertista. En cambio, se mantuvo leal al gobierno de Obregón contra los “infidentes y traidores”, y hasta se ofreció para combatirlos en la zona de Huatusco y Xalapa. Ilustrativamente, sus servicios nunca fueron utilizados,<sup>55</sup> más por desconfianza en él que por excesiva confianza en las fuerzas gubernamentales.

A pesar de que mejoró su legitimidad por haber permanecido leal durante el movimiento delahuertista, De la Llave siguió siendo objeto de duras críticas de políticos y militares. En 1925 la Comisión Revisora de Hojas de Servicios insistió en que debería ser dado de baja del ejército, pues su expediente era breve en hechos de armas y méritos pero voluminoso en cuanto a “las acusaciones y causas que por distintos delitos se le han seguido”, disposición que también buscó aplicarse contra sus hijos.<sup>56</sup> En el momento decisivo la fortuna volvió a favorecerlo: murió a mediados de 1926, a los 74 años de edad, por un “extrangulamiento” intestinal, antes de que el Senado ratificara o rechazara el dictamen de la Secretaría de Guerra, contrario a De la Llave. Por eso pudo ser enterrado “con honores correspondientes” y recibir sus haberes hasta el último día de su vida. No fue posible darlo de baja del ejército por indigno de pertenecer a él; salió del escalafón, simple y asépticamente, “en virtud de haber fallecido”.<sup>57</sup>

#### POST-SCRIPTUM

(CON PRETENSIONES DE MORALEJA)

Hoy, casi setenta años después de la benéfica y desgraciadamente pospuesta muerte de De la Llave, puede cuestionarse la utilidad de conocer su vida. Por un lado, es indiscutible que la historiografía contemporánea

<sup>55</sup> AHDN, t. 5, ff. 1216, 1218, 1228, 1232. Soledad García Morales, *La rebelión delahuertista en Veracruz*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1986, pp. 99-100.

<sup>56</sup> A principios de 1926 Porfirio de la Llave causó baja en el Ejército Nacional “por no reconocérsele personalidad militar”, Cfr. AHDN, Cancelados, XI/III/1-114/t. 4, f. 765.

<sup>57</sup> AHDN, t. 5, ff. 1246-1248; t. 6, ff. 1280, 1284-1286, 1295, 1304, 1315-1316, 1319, 1325.

recomienda el estudio de los llamados 'personajes menores', actores sociales en verdad decisivos en todos los procesos históricos. En efecto, a través de ellos pueden conocerse los engranes y resortes de tales procesos históricos. En el caso de De la Llave, es evidente su importancia en el establecimiento del orden y la paz, luego de los caóticos primeros ochenta años del siglo XIX, y en el fallido intento por contener al movimiento revolucionario. Su estudio también resulta importante para conocer algunas de las características de los inevitables enemigos de la democracia, la modernización y el progreso. Analizar la vida de De la Llave puede desagradar a muchos, pero debe resultar aleccionador para todos, ya que es una prueba más de la 'permeabilidad' y 'porosidad' del sistema mexicano posrevolucionario, en el que, desgraciadamente, los malditos pueden dormir y sonreír.

12  
VASCONCELOS  
Y EL MITO DEL FRAUDE  
EN LA CAMPAÑA ELECTORAL DE 1929\*

*En memoria de Ángeles,  
quien se interesó mucho en este tema,  
a diez años de su fallecimiento.*

LA ELECCIÓN DE 1929 fue extraordinaria en su acepción jurídica, pero también en términos políticos e históricos. Fue organizada por mandato constitucional<sup>1</sup> tras haber sido asesinado —el 17 de julio de 1928, ya como Presidente electo—<sup>2</sup> el ganador de las elecciones presidenciales que habían tenido lugar un par de semanas antes, Álvaro Obregón,<sup>3</sup> caudillo

\* Texto presentado como ponencia en el homenaje *José Vasconcelos a medio siglo de su muerte*, celebrado en la Biblioteca Vasconcelos el 20 de agosto de 2009. Una primera versión se publicó con el título de “La campaña de 1929: el mito del fraude”, en *Relatos e historias en México*, México, Editorial Raíces, año 1, núm. 12, agosto 2009, pp. 41-53. Una versión más amplia apareció en *20/10 Memoria de las revoluciones en México*, México, Reflejo GM Medios, enero-marzo 2011, núm. 10, pp. 9-31. La presente versión también aparecerá en la obra coordinada por mi colega y amiga Georgette José Valenzuela, *Candidatos, campañas y elecciones presidenciales en México. De la República Restaurada al México de la alternancia: 1867-2006*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.

<sup>1</sup> Tras la muerte del Presidente electo, Álvaro Obregón, el Congreso de la Unión, con base en los artículos 84 y 85 constitucionales y en el decreto del 25 de septiembre de 1928, nombró Presidente provisional a Emilio Portes Gil, quien debía convocar a elecciones extraordinarias para elegir un Presidente que continuara y finalizara el periodo por el que había sido electo Obregón, de 1928 a 1934. Véase *Diario Oficial de la Federación*, 26 septiembre 1928.

<sup>2</sup> Según el reconocido historiador sonoreense Ignacio Almada, es cuestionable, en términos constitucionales, llamar “Presidente electo” a Álvaro Obregón. Su argumento es que cuando se instaló la Cámara de Diputados —1 de septiembre— que habría de calificar la elección, en tanto único órgano capacitado para emitir el resultado oficial de los comicios, Obregón tenía ya más de un mes y medio de muerto. Almada recomienda que se utilice el término de “candidato ganador”, atendiendo a los resultados extraoficiales de la jornada electoral.

<sup>3</sup> Álvaro Obregón fue asesinado por José de León Toral, un joven católico fanático, quien se le acercó durante un convivio para celebrar su triunfo, con el pretexto de que le haría un retrato.

indiscutible de las fuerzas militares y políticas exrevolucionarias. La elección de 1929 se dio en un clima político especialmente tenso, porque en las de 1928 se habían enfrentado tres aspirantes, todos ellos provenientes de las fuerzas exrevolucionarias, y quienes incluso eran miembros del mismo grupo, el de 'los sonorenses'. Más grave que la falta de unidad fue que los tres aspirantes murieron violentamente en un lapso de ocho meses: además de Obregón los otros eran los generales Francisco R. Serrano y Arnulfo R. Gómez.<sup>4</sup> Una crisis política de tal magnitud requería de un remedio mayúsculo, y éste consistió en la creación de una institución que agrupara a los políticos y militares exrevolucionarios de todo el país, y que estableciera e hiciera cumplir normas adecuadas en la asignación de los puestos de elección popular. El objetivo era que el grupo de veteranos de la Revolución no se fuera autodestruyendo paulatina y periódicamente en cada proceso electoral,<sup>5</sup> sino que mediante la nueva institución se hicieran los acuerdos y pactos pertinentes para lograr un eficiente acceso, reparto y traspaso del poder político nacional. Tal fue el objetivo con el que se creó el Partido Nacional Revolucionario en marzo de 1929.<sup>6</sup>

<sup>4</sup> Francisco R. Serrano fue aprehendido en Cuernavaca, Morelos, a principios de octubre de 1927. Celebraba su onomástico con algunos amigos, pero fueron acusados de conspirar contra el gobierno y asesinados durante su traslado a la ciudad de México, en la población de Huitzilac. Poco después Arnulfo R. Gómez fue fusilado en Teocelo, Veracruz, acusado de que siendo militar en activo se había rebelado contra el gobierno federal. Ambos se habían opuesto a la reelección de Obregón, su viejo jefe, pues creían que les correspondía heredar el poder dentro de la lógica de la "dinastía sonorenses". Véase Pedro Castro, *A la sombra de un caudillo. Vida y muerte del general Francisco R. Serrano*, México, Plaza y Janés, 2005.

<sup>5</sup> Recuérdese que las elecciones de 1920 y 1924 terminaron en sendas rebeliones: la de Agua Prieta y la delahuertista. Para la primera, consúltense Javier Garciadiego, *La revuelta de Agua Prieta*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, 1974, tesis de licenciatura en ciencia política, y Álvaro Matute, *La carrera del caudillo*, México, El Colegio de México, 1980. Para la segunda, véase Enrique Plasencia, *Personajes y escenarios de la rebelión delahuertista, 1923-1924*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, Miguel Ángel Porrúa, 1998.

<sup>6</sup> Consúltense Alejandra Lajous, *Los orígenes del partido único en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1979; Luis Javier Garrido, *El Partido de la Revolución Institucionalizada (medio siglo de poder político en México). La formación del nuevo Estado en México, 1928-1945*, México, Siglo XXI Editores, 1982, y Miguel González Compeán y Leonardo Lomelí (coords.), *El Partido de la Revolución. Institución y conflicto (1928-1999)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

Así, la elección de 1929 fue políticamente extraordinaria, pues participó en ella, por primera vez en nuestra historia, un partido político moderno, que nacía como sinónimo de maquinaria electoral. Su reto era doble: vencer al contendiente en turno y mantener la unidad del grupo mediante un reparto normado del poder. Sin duda alguna la elección de 1929 también fue extraordinaria por la naturaleza de uno de sus contendientes. En efecto, si el candidato de la naciente institución partidista fue Pascual Ortiz Rubio,<sup>7</sup> su contrincante fue José Vasconcelos, de reconocida militancia revolucionaria y de admirada labor como secretario de Educación Pública, pero quien se había distanciado del Presidente Obregón y de su sucesor Plutarco Elías Calles.<sup>8</sup> Dado que la nueva institución partidista se identificaba totalmente con el grupo en el poder y con el aparato gubernamental, la lucha de José Vasconcelos debe ser considerada como la de un opositorista.

#### LA CAMPAÑA VASCONCELISTA

El movimiento vasconcelista es un hito en la historia mexicana del siglo xx, y el prestigio de que goza tiene orígenes claramente identificables: los intelectuales, que son quienes escriben la historia, lo han hecho casi siempre en su favor. La versión inaugural y decisiva es la del propio Vasconcelos, con su

<sup>7</sup> Nacido en 1877 en Morelia, Michoacán, Pascual Ortiz Rubio había participado en la Revolución desde sus inicios. Ingeniero de profesión, comenzó como opositorista al gobernador porfirista de su estado natal. Luego fue miembro de los partidos Democrático (de tendencia reyista) y Nacional Antirreeleccionista. Luchó contra Porfirio Díaz al frente del Batallón Morelos y luego fue diputado en la célebre xxvi Legislatura. Luchó contra Victoriano Huerta y ocupó importantes puestos en el ejército y en el gobierno constitucionalistas, destacando la gubernatura de su estado natal entre 1917 y 1920. Secretario de Comunicaciones de los gabinetes de Adolfo de la Huerta y Álvaro Obregón, con Plutarco Elías Calles fue embajador de México en Brasil, de donde regresó para iniciar su campaña presidencial de 1929. Cfr. Varios autores, *Así fue la Revolución mexicana*, México, Secretaría de Educación Pública, Senado de la República, 1986, vol. 8 (N-Z), pp. 1664-1665.

<sup>8</sup> Aunque plagada de exageraciones y falsedades, su autobiografía, en cuatro volúmenes, es una lectura fascinante. Sus títulos son *Ulises criollo*, *La tormenta*, *El desastre* y *El proconsulado*. Publicados originariamente por Ediciones Botas en la segunda mitad del decenio de los años treinta, hoy son accesibles en una confiable edición del Fondo de Cultura Económica. Sin embargo, es de lamentarse que a la fecha sólo contemos con una edición anotada del primer volumen: Claude Fell (coord.), *Ulises criollo*, París, ALICAXX, 2000.

prosa más seductora que convincente, que hace de casi cada lector un admirador. También están las versiones de sus colaboradores cercanos, casi todos ellos buenos escritores. Dado que los intelectuales suelen *a priori* conceder la razón a todo miembro del gremio que tenga enfrentamientos o discusiones con cualquier político, las principales versiones sobre las elecciones de 1929 hacen de Vasconcelos un genio burlado y un demócrata esquilmado.<sup>9</sup>

Un análisis riguroso conduce a otras conclusiones: su propia biografía y la de sus colaboradores, el perfil social de sus simpatizantes, las características de su movimiento, la naturaleza del aparato político al que se opuso, la campaña hecha por su adversario y las condiciones sociohistóricas del país obligan a aceptar como auténtica la derrota electoral de Vasconcelos. Para comenzar, no obstante su participación en la Revolución y a pesar de haber sido un notable secretario de Educación Pública, Vasconcelos

<sup>9</sup> La historiografía del movimiento vasconcelista puede dividirse en dos etapas y en tres perspectivas: comenzó con las fuentes ‘directas’, del propio Vasconcelos (*El proconsulado*) y de sus colaboradores, como Juan Bustillo Oro, *Germán de Campo, una vida ejemplar*, México, Publicaciones L. A. S. D., 1930; Mauricio Magdaleno, *Las palabras perdidas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956; Salvador Azuela, *La aventura vasconcelista, 1929*, México, Diana, 1980, y Antonieta Rivas Mercado, *La campaña de Vasconcelos*, Luis Mario Schneider (pról.), México, Editorial Oasis, 1981. También deben considerarse las fuentes ‘directas’ de sus adversarios políticos, como Samuel Vázquez, *Las locuras de Vasconcelos*, Los Ángeles, s. p. i., 1929; Vito Alessio Robles, *Mis andanzas con nuestro Ulises*, México, Ediciones Botas, 1938, y Emilio Portes Gil, *Autobiografía de la Revolución mexicana. Un tratado de interpretación histórica*, México, Instituto Mexicano de Cultura, 1964. Por último están las fuentes ‘secundarias’; esto es, monografías históricas hechas por académicos profesionales, casi todas favorables a Vasconcelos. Acaso los mejores ejemplos sean: Hugo Pineda, *José Vasconcelos. Político mexicano, 1928-1929*, México, Edutex, 1975; José Joaquín Blanco, *Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977; John Skirius, *José Vasconcelos y la cruzada de 1929*, México, Siglo XXI Editores, 1978; Ángeles Ruiz, *La campaña vasconcelista (1928-1929)*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1978, tesis de licenciatura en sociología política; Enrique Krauze, “Pasión y contemplación en Vasconcelos”, en *Vuelta*, México, mayo y junio 1983, vols. 7 y 8, núms. 78 y 79; Martha Robles, *Entre el poder y las letras. Vasconcelos en sus memorias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, y Alejandra Lajous, “La primera campaña del PNR y la oposición vasconcelista”, en Carlos Martínez Assad (coord.), *La sucesión presidencial en México, 1928-1988*, México, Nueva Imagen, 1992, pp. 61-83. Recientemente se publicó una *Iconografía de José Vasconcelos*, con nota introductoria y selección de textos de Rafael Vargas y Xavier Guzmán Urbiola, México, Fondo de Cultura Económica, 2010. Debe advertirse que mientras los testimonios, en favor o en contra de Vasconcelos, se refieren específicamente a la elección, las monografías académicas son casi siempre estudios de toda la vida y obra de Vasconcelos; las excepciones serían Lajous, Pineda, Ruiz y Skirius.

carecía de la experiencia política adecuada para una contienda electoral, inexperiencia más cierta y notoria entre sus colaboradores y militantes. En efecto, Vasconcelos tenía una larga trayectoria opositorista, iniciada como antiporfirista hacia 1909, pues participó —con apreciable protagonismo— en el movimiento maderista, trayectoria que fue continuada durante la lucha contra Victoriano Huerta, en 1913 y 1914, cuando fue agente del constitucionalismo en Europa; asimismo, luego fue opositorista durante las presidencias de Venustiano Carranza y Plutarco Elías Calles, si bien es cierto que la mayor parte de esos años los pasó en el exilio.<sup>10</sup>

Lo primero que debe considerarse es que las actividades opositoristas de Vasconcelos fueron determinadas por su personalidad: siempre actuó con más vehemencia que constancia y disciplina. Así fue su actuación durante la etapa antirreeleccionista, entre 1909 y 1910, cuando llegó incluso a alejarse del movimiento.<sup>11</sup> A su vez, el propio Vasconcelos reconoce que cuando fue ‘agente constitucionalista’ en Europa dividió su tiempo entre sus labores opositoristas contra el gobierno huertista y su asistencia constante a museos y salas de concierto.<sup>12</sup> Su etapa más apreciable abarca de la rectoría de la Universidad Nacional hasta su legendaria gestión como secretario de Educación Pública.<sup>13</sup> Sin embargo, sus diferencias con el Presidente Obregón y con su secretario de Gobernación —Plutarco Elías Calles— por las elecciones de 1924 en Oaxaca, en las que Vasconcelos fue derrotado,<sup>14</sup> así como sus preferencias por Adolfo de la Huerta como su-

<sup>10</sup> Agréguese que participó en la Convención en Aguascalientes y que luego colaboró como secretario de Instrucción Pública en el breve gobierno de Eulalio Gutiérrez.

<sup>11</sup> Javier Garcíadiego, “Tres asedios a Vasconcelos”, en Claude Fell (coord.), *Ulises criollo...*, *op. cit.*, pp. 613-627.

<sup>12</sup> José Vasconcelos, *La tormenta*, México, Ediciones Botas, 1936.

<sup>13</sup> El tomo de sus ‘memorias’ dedicado a tales años es *El desastre*, México, Ediciones Botas, 1938. También consúltense Álvaro Matute (introd. y selec.), *José Vasconcelos y la Universidad*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto Politécnico Nacional, 1987, y Claude Fell, *José Vasconcelos. Los años del águila, 1920-1925: educación, cultura e iberoamericanismo en el México postrevolucionario*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.

<sup>14</sup> Vasconcelos compitió contra el profesor normalista Onofre Jiménez, a quien despreció a todo lo largo de la campaña. Jiménez había sido miembro del movimiento local ‘soberanista’, pero luego reconoció al gobierno de los sonorenses a partir de la revuelta de Agua Prieta. Posteriormente combatió la rebelión delahuertista, por lo que Obregón lo apoyó para que triunfara en la contienda por la gubernatura de ese año, 1924. Obviamente

cesor de Obregón, lo hicieron romper con el grupo en el poder.<sup>15</sup> Sobrevivió en el exilio gracias a su trabajo como periodista y a su labor docente en varias universidades norteamericanas, y sólo conservó presencia y contactos en un sector muy reducido de la sociedad mexicana mediante sus artículos semanarios en *El Universal*.<sup>16</sup> Durante esos años enjuició severamente al gobierno de Calles, avaló casi todos los movimientos opositoristas y rebeldes,<sup>17</sup> especialmente la guerra cristera, y criticó acremente la contienda electoral de 1928, más por la naturaleza militar de los tres aspirantes y por la violencia que caracterizó al proceso que por las aspiraciones reeleccionistas de Obregón,<sup>18</sup> a quien todavía agradecía el apoyo político y financiero que había prestado a su labor educativa durante su presidencia.

Ilustrativa y significativamente, fue varios meses después de la muerte de Obregón cuando Vasconcelos decidió participar en la contienda electoral. Esto es, en realidad Vasconcelos no se opuso a la reelección de Obregón sino a la primera candidatura del ‘maximato’ callista.<sup>19</sup> Comenzó por buscar el apoyo de otros exiliados distinguidos, algunos de ellos viejos compañeros suyos y otros sólo por la situación que compartían, como Enrique y Roque Estrada, Federico González Garza, Eulalio Gutiérrez, Adolfo de la Huerta, José María Maytorena, Jorge Prieto Laurens y Juan Sánchez Azcona, entre otros, pero lo cierto es que ninguno de estos

---

Jiménez conocía mucho mejor la situación política de Oaxaca, estado en el que había nacido Vasconcelos pero al que desconocía casi por completo, pues migró siendo muy niño. Véase Jorge Fernando Iturribarria, *Oaxaca en la historia. (De la época precolombina a los tiempos actuales)*, México, Editorial Stylo, 1955.

<sup>15</sup> Vasconcelos asegura que renunció como protesta contra los ‘acuerdos de Bucareli’ y por el asesinato del senador campechano anticallista, Francisco Field Jurado. Lo cierto es que renunció porque consideró que Obregón y Calles no lo habían apoyado en sus aspiraciones para gobernador de Oaxaca. En efecto, su renuncia data de principios de julio de 1924, varios meses después del asesinato de Field Jurado (23 de enero), y casi un año después de los ‘acuerdos de Bucareli’ (agosto de 1923).

<sup>16</sup> Entre 1925 y 1928 Vasconcelos escribió 177 artículos para *El Universal*; es decir, aproximadamente uno por semana.

<sup>17</sup> Si bien Vasconcelos había sido miembro del gabinete de Obregón durante el tiempo que duró la rebelión delahuertista, lo que le impidió apoyarla, con el tiempo expresó abiertas simpatías por ella.

<sup>18</sup> Véase su artículo “La agonía mexicana”, en *El Universal*, 13 agosto 1928.

<sup>19</sup> Lorenzo Meyer, Rafael Segovia y Alejandra Lajous, *Los inicios de la institucionalización. La política del maximato*, México, El Colegio de México, 1978, y Arnaldo Córdova, *La revolución en crisis. La aventura del maximato*, México, Cal y Arena, 1995.

viejos revolucionarios lo apoyó activamente.<sup>20</sup> De hecho, fue poco antes de finalizar 1928 cuando ingresó al país para participar en la inminente contienda electoral. Su primer recorrido lo llevó a Sonora, Sinaloa y Nayarit. Hizo claras sus pretensiones desde un principio: competiría por la presidencia de la República teniendo como base el Centro Revolucionario de Principios,<sup>21</sup> aunque mostró también sus aspiraciones de obtener la candidatura del viejo Partido Nacional Antirreeleccionista, fundado por Madero entre 1909 y 1910, junto con Vasconcelos y otros colaboradores,<sup>22</sup> y reactivado en 1927 por revolucionarios como Francisco Vázquez Gómez y Vito Alessio Robles para oponerse a Álvaro Obregón.<sup>23</sup>

La actividad política de Vasconcelos durante 1929 puede dividirse en dos etapas y un epílogo. La primera se prolongó hasta el mes de junio y se caracterizó por haber actuado sin candidatura oficial; la segunda se inició a principios de julio, cuando obtuvo el respaldo oficial del Partido Nacional Antirreeleccionista,<sup>24</sup> con cuyo apoyo participó en las elecciones de mediados de noviembre. El desenlace consistió en que el desfavorable resultado lo irritó al grado de convocar a la lucha armada, pero la falta de respuesta popular a su llamado lo llevó a un nuevo exilio, su tercero, no por conocido menos amargo.<sup>25</sup>

<sup>20</sup> Javier Garcíadiego y Victoria Lerner (coords.), *Exiliados de la Revolución Mexicana*, en proceso de edición. Para las biografías de estos personajes véase el *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1990-1994, 8 vols.

<sup>21</sup> El Centro Revolucionario de Principios se “reducía a un docena de maderistas de la más rancia cepa, desplazados todos de la vida pública desde hacía más de una década”. Si bien eran amigos de los principales miembros del Partido Nacional Antirreeleccionista, criticaban duramente la manera como éste se había prestado a ser instrumento de intereses que no obedecían a sus principios, al apoyar y legitimar la candidatura de Arnulfo R. Gómez en 1927. Consúltense Mauricio Magdaleno, *op. cit.*, p. 39, y *El Universal*, 6 octubre 1928.

<sup>22</sup> Considerar fundador del PNA a Vasconcelos exige ciertas precisiones. En realidad participó en el Centro Nacional Antirreeleccionista, del que llegó a dirigir su periódico. Sin embargo, atemorizado por la represión porfirista, abandonó el país a finales de 1909, cuatro meses antes de que formalmente se fundara el Partido Nacional Antirreeleccionista, en abril de 1910, regresando a México cuando éste ya había quedado constituido.

<sup>23</sup> Vito Alessio Robles, *El Anti-reeleccionismo como afán libertario de México*, México, Porrúa, 1993.

<sup>24</sup> Todas las fuentes insisten en que obtuvo la candidatura “por aclamación”. Cfr. Vito Alessio Robles, *Mis andanzas...*, *op. cit.*, p. 259.

<sup>25</sup> Para los exilios de Vasconcelos, y en particular para su estancia en Buenos Aires

Una bitácora detallada de la primera mitad de su campaña resultaría tan tediosa como inútil.<sup>26</sup> Más que la geografía interesa la naturaleza de la gira: la estructura de su organización, el tono y contenido de sus discursos, los perfiles sociales de sus colaboradores y simpatizantes, sus alianzas y desavenencias con otros grupos políticos, así como la respuesta gubernamental a su campaña. Desde un principio fue evidente que tanto su equipo como sus simpatizantes eran jóvenes, previsiblemente inexpertos: el Comité Organizador Pro Vasconcelos, con sede en la ciudad de México, estaba encabezado por Octavio Medellín Ostos, de poco más de treinta años y con experiencia limitada al ámbito universitario.<sup>27</sup> Por su parte, algunos de sus principales colaboradores fueron Salvador Azuela, Juan Bustillo Oro, Germán de Campo, los hermanos Mauricio y Vicente Magdaleno, Antonieta Rivas Mercado y ‘Chano’ Urueta,<sup>28</sup> todos cercanos a los veinticinco años de edad.<sup>29</sup> Lo mismo puede decirse de los grupos locales que colaboraron en la organización de las respectivas giras y visitas de Vasconcelos: en Guadalajara uno de los oradores

---

durante los años de 1933 a 1935, consúltese Pablo Yankelevich, “Perderé la patria, pero no el honor. De Estados Unidos a Argentina: un recorrido por el exilio de Vasconcelos, 1929-1935”, en Javier Garcíadiego y Victoria Lerner (coords.), *Exiliados de la Revolución...*, *op. cit.*

<sup>26</sup> De Tepic pasó a Guadalajara, y luego a León, Celaya, Salvatierra, Acámbaro, Morelia, Uruapan y Toluca; arribó a la ciudad de México en marzo, alegando Vasconcelos que tuvo en ella una entrada “triumfal”, similar a la de Madero en 1911. Alrededor de un mes después reinició su gira: los destinos fueron Puebla, Xalapa, Veracruz, Córdoba, Orizaba y Pachuca. Cfr. Alfonso Taracena, *La verdadera Revolución mexicana. Decimoquinta etapa (1929-1930). La epopeya vasconcelista*, México, Editorial Jus, 1964, p. 33.

<sup>27</sup> Abogado veracruzano, impartió clases en la Escuela Nacional Preparatoria y en Jurisprudencia. Había participado en la política estudiantil durante las presidencias de Venustiano Carranza y Álvaro Obregón.

<sup>28</sup> No debe exagerarse su inexperiencia, pues por ejemplo, Germán de Campo había antes dirigido el Partido Renovador Estudiantil, el que ofreció su candidatura a Vasconcelos desde finales de septiembre de 1928. Datos de Salvador Azuela, en Javier Garcíadiego (selec., introd. y notas), *La Revolución mexicana. Estudios históricos*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1988, pp. xv-xxvii; los casos de Germán de Campo, en Juan Bustillo Oro, *op. cit.*, y de Antonieta Rivas Mercado, en Fabienne Bradu, *Antonieta (1900-1931)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.

<sup>29</sup> Otros jóvenes vasconcelistas fueron Herminio Ahumada, Antonio Armendáriz, Ángel Carvajal, Baltasar Dromundo, Alejandro Gómez Arias, Andrés Henestrosa, Adolfo López Mateos, Raúl Pous y Rubén Salazar Mallén. Una lista extensa en John Skirius, *op. cit.*, p. 205.

fue Alfonso Gutiérrez Hermosillo,<sup>30</sup> poeta que apenas rebasaba los veinte años de edad.

La falta de experiencia política de los ‘cuadros’ vasconcelistas resultó ser un factor determinante en su derrota. En cambio, y a pesar de las escisiones sufridas por el grupo gobernante durante todo ese decenio, lo cierto es que Pascual Ortiz Rubio fue respaldado por amplios equipos de políticos muy experimentados. Para colmo, Vasconcelos mismo impidió todo acercamiento con cualquier miembro de la élite política que pudiera estar resentido por los manejos sucesorios de Calles y Portes Gil, Presidente interino, o por la candidatura de Ortiz Rubio,<sup>31</sup> al asegurar que todos eran, sin excepción ni distinción, miembros de una misma camarilla de corruptos. Además, hizo del antimilitarismo una de sus principales banderas, con lo cual se enajenó el potencial apoyo de los militares inconformes.<sup>32</sup> Asimismo, criticó abiertamente a los líderes obreros y campesinos,<sup>33</sup>

<sup>30</sup> Véase Agustín Yáñez, *Alfonso Gutiérrez Hermosillo y algunos amigos*, México, Ediciones Occidente, 1945. Todos los que participaron o han estudiado la campaña de 1929 destacan la juventud de los ‘cuadros vasconcelistas’; algunos incluso señalan que por ello actuaron más con “espontaneidad” y “entusiasmo” que con capacidad política. Cfr. Alejandra Lajous, “La primera campaña...”, *op. cit.*, pp. 76-77.

<sup>31</sup> Además de los excarrancistas y de los exdelahuertistas, decididos anticallistas pero casi todos exiliados, la creación del PNR y el otorgamiento de la candidatura a Ortiz Rubio generaron algunas inconformidades. Prueba de ello fue el estallido, en marzo de 1929, de la rebelión escobarista, encabezada por los generales José Gonzalo Escobar, Francisco R. Manzo, Roberto Cruz y Fausto Topete, entre otros, y en la que participó Antonio I. Villarreal, viejo amigo de Vasconcelos. Véase Georgette José Valenzuela (introd., selec. y notas), *Memorias del general Antonio I. Villarreal. Sobre su participación en la rebelión escobarista de marzo de 1929 y otros documentos*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2006. Asimismo, varios obregonistas quedaron inconformes pues creían tener mejores credenciales para sustituir a su jefe. El caso más conspicuo fue el de Aarón Sáenz. Consúltense Pedro Salmerón Sanginés, *Aarón Sáenz Garza. Militar, diplomático, político, empresario*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2001.

<sup>32</sup> Era tal su desprecio por el Ejército Nacional y por los militares, que declaró que una vez llegado al poder designaría en la Secretaría de Guerra y Marina “a un amigo... propietario de una botica”. Cfr. Salvador Azuela, *op. cit.*, p. 107. En un tono más serio, en su plataforma electoral proponía que el Ejército Nacional fuera desprofesionalizado y sustituido por “un cuerpo de paz interior”. Consúltense John Skiriús, *op. cit.*, p. 73.

<sup>33</sup> Aunque desprestigiado por el asesinato de Obregón, con el que la clase política obregonista y la opinión pública quisieron involucrarlo, Luis N. Morones era un gran aliado de Calles y su CROM tenía una amplia estructura nacional, cuya fuerza se duplicaba por la disciplina de sus miembros.

y se peleó inútil e inoportunamente con los periodistas, a los que llegó a llamar “viles”;<sup>34</sup> por último debe señalarse que tampoco simpatizaba con Estados Unidos, cuya influencia en el país consideró “nefasta”.<sup>35</sup> Para colmo, Vasconcelos no pudo establecer alianza alguna con los grupos que por entonces se enfrentaban al gobierno: con respecto a los cristeros, aunque se rumoró que al estar de gira por Guadalajara se había entrevistado con unos emisarios del general Enrique Gorostieta, jefe militar de los cristeros, lo cierto es que oficialmente se declaró partidario de la libertad de conciencia pero en reiteradas ocasiones negó ser un clerical o tener cualquier relación con la rebelión;<sup>36</sup> en cuanto a la rebelión escobarista, tan pronto estalló declaró que de ella sólo podía “surgir un nuevo caudillo”, al tiempo que advirtió que dicho alzamiento venía “a interrumpir los trabajos democráticos, que son la única esperanza de resolver el problema presidencial”. Es más, hasta declaró que había que apoyar al Presidente civil Emilio

<sup>34</sup> Vasconcelos peleó contra los periodistas a todo lo largo de su campaña. En cierta ocasión les dijo: “¿Para qué quieren declaraciones? ¿Para que las mutilen?”. En otra ocasión les reclamó que lo denigraban a él “como [antes] denigraron a Madero”. En todo caso, no puede exagerarse el antivascalismo de la prensa, pues su contrincante electoral aseguró que Vasconcelos contaba con el favor de los periódicos *Excelsior* y *El Universal*, en el que colaboraba semanalmente como editorialista desde 1920, y afirmó que ambos diarios “alteraban los hechos o daban tan cortas noticias, que parecía que el único en hacer propaganda era Vasconcelos”. Véase Pascual Ortiz Rubio, *Memorias*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1981, p. 174.

<sup>35</sup> Vasconcelos fue explícito contra Estados Unidos en un mitin en Córdoba, Veracruz. Un reconocido estudioso de la campaña vasconcelista también concluye que ésta tuvo una clara “tendencia antinorteamericana”, pues Vasconcelos criticó “con todo su poderío verbal” los intereses y conductas de Estados Unidos. Cfr. John Skirius, *op. cit.*, pp. 69, 106-107.

<sup>36</sup> Uno de los colaboradores más cercanos a Vasconcelos dijo en forma contundente: “nada teníamos que ver en un conflicto que era para nosotros marginal, y cuya resolución, en todo caso, sería obvia si Vasconcelos llegaba al poder”. Véase Mauricio Magdaleno, *op. cit.*, p. 61. En el Teatro Rubio, de Mazatlán, había declarado al inicio de su campaña que “sólo quienes deliberadamente se ocupan de traicionar la verdad han afirmado que tengo relaciones con el clero”. Cfr. Alfonso Taracena, *La verdadera Revolución mexicana. Decimocuarta etapa (1928-1929)*, México, Impresora Juan Pablos, 1964, pp. 238-239. Luego Vasconcelos insistió en que algunos “le llamaban clerical porque no exigía yo en la Secretaría de Educación que los maestros practicasen el protestantismo”, en clara alusión a Moisés Sáenz, secretario de Educación con Calles. *Ibid.*, p. 254. En otro mitin, en León, Guanajuato, aseguró que “el fanatismo se combate con libros, no con ametralladoras”. Véase Alfonso Taracena, *La verdadera... Decimoquinta etapa... op. cit.*, p. 13.

Portes Gil en su lucha contra la intentona militar.<sup>37</sup> En resumen, su desdén hacia otros opositores políticos, o su incapacidad para establecer alianzas con ellos, condenó al aislamiento y la debilidad a su movimiento. Parecería que Vasconcelos prefería la pureza sobre la victoria.

La obtención de la candidatura del Partido Nacional Antirreeleccionista le trajo el beneficio de la legitimidad, pero también varios problemas. Su único contendiente interno fue Francisco Vázquez Gómez,<sup>38</sup> pues Antonio I. Villarreal y Gilberto Valenzuela, potenciales candidatos, se habían autoeliminado al involucrarse en la rebelión escobarista. Sin embargo, su triunfo le generó el enojo de los antiguos maderistas, único grupo de potenciales colaboradores con prestigio y experiencia política. Así, habría de resultar paradójico que Vasconcelos hiciera una campaña sostenida por jóvenes pero con el membrete de un partido de ancianos.<sup>39</sup> En todo caso, el Partido Nacional Antirreeleccionista conservaba su aura heroica por su origen antiporfirista, a pesar de que en 1927 había tenido como candidato a un militar sin mayor prestigio,<sup>40</sup> pero no era una estructura política real, de amplia presencia geográfica y social, y acababa de ser restablecido luego de quince años de haberse autodisuelto.<sup>41</sup> Para colmo, Vasconcelos estuvo más cerca, a todo lo largo de la campaña, del Comité Orientador que del Partido Nacional Antirreeleccionista, con el que tuvo malas relaciones. Hay quien sostiene que éste llegó a pensar en desconocerlo como su can-

<sup>37</sup> Según Vasconcelos, la rebelión escobarista sólo era “una disputa de militares callistas contra militares obregonistas”. Cfr. *El proconsulado*, México, Ediciones Botas, 1939, p. 152, y Alfonso Taracena, *La verdadera... Decimoquinta etapa...*, op. cit., pp. 31-32.

<sup>38</sup> Vasconcelos había tenido una relación muy estrecha y favorable con Vázquez Gómez durante la lucha antiporfirista, pues fue su subordinado en la oficina maderista en Washington en 1910 y 1911.

<sup>39</sup> Salvador Azuela tenía 27 años; Juan Bustillo Oro, 25; Germán de Campo también contaba con 25 años; Mauricio Magdaleno apenas 23 —su hermano Vicente era menor— y Antonieta Rivas Mercado tenía 29. En cambio, Vito Alessio Robles tenía 50 y Vázquez Gómez, 69. De éste, Vasconcelos dijo que “era ya un veterano” al que “le ofendía que los jóvenes no lo tomaran en cuenta”. Cfr. *El proconsulado...*, op. cit., p. 191. A su vez, Vito Alessio Robles se refería a ellos como “muchachitos”, en *Mis andanzas...*, op. cit., p. 205.

<sup>40</sup> Se trataba del sonoreense Arnulfo R. Gómez, quien había sido un simpatizante de la revuelta de Agua Prieta y cuya campaña en 1927 careció de un plan para gobernar el país.

<sup>41</sup> Creado en 1910, un año después fue disuelto por el propio Madero, hasta que fue restablecido en 1926 por Vito Alessio Robles, Rafael Cepeda, Victorio Góngora y Francisco Vázquez Gómez, entre otros, para oponerse a la reelección de Obregón con la candidatura de Arnulfo R. Gómez.

didato.<sup>42</sup> Fueron tan ásperas las relaciones entre Vasconcelos y los militantes antirreeleccionistas, que hubo varios casos de escisiones y renunciaciones.<sup>43</sup> En efecto, la antipatía era mutua, pero ambos se necesitaban: Vasconcelos pensaba que el Partido Nacional Antirreeleccionista se había “viciado” al apoyar a Arnulfo R. Gómez, y este partido tenía como favorito a Antonio Villareal, quien se encontraba exiliado por haber participado en la rebelión escobarista.<sup>44</sup>

Ya como candidato formal Vasconcelos visitó varias poblaciones,<sup>45</sup> y el día de las elecciones —17 de noviembre— estuvo en Mazatlán. Enterado de las dimensiones de su derrota, se dirigió a Guaymas, pasando luego a Estados Unidos por Nogales. Una de sus primeras declaraciones en suelo norteamericano reflejaba su estado de ánimo y dejaba ver su invariable personalidad: “Es una vergüenza para cada mexicano que yo, como su Presidente, me haya venido al extranjero en vez de ir a Palacio Nacional. Mi tarea no está concluida; no estoy retirado, y... volveré a México tan pronto como haya un grupo de hombres armados capaces de sostener con la fuerza un voto que nos ha sido arrancado por la violencia, el crimen y el fraude”.<sup>46</sup> A pesar de lo asegurado tan enfáticamente por Vasconcelos, lo cierto es que las enormes diferencias entre el número de ciudadanos cautivados por él y el número de gente involucrada de una u otra manera con el régimen de la Revolución hacía innecesario falsear los resultados. Asimismo, el número de ciudadanos anticallistas en 1929 no podía ser muy grande, pues en ese entonces el llamado ‘Jefe Máximo’ obtenía sus mayores triunfos políticos. De otra parte, si bien a lo largo de la campaña se

<sup>42</sup> José Vasconcelos, *El proconsulado...*, *op. cit.*, p. 184, y Vito Alessio Robles, *Mis andanzas...*, *op. cit.*, pp. 216-217.

<sup>43</sup> En un par de ocasiones se aseguró que “muchos” miembros del Partido Nacional Antirreeleccionista se habían pasado al bando contrario. Véase *El Nacional*, 8 y 14 de septiembre de 1929. De otra parte, a mediados de la campaña, en julio, renunció Vito Alessio Robles a la dirección del partido, para contender por la gubernatura de Coahuila, lo que agravó su debilidad.

<sup>44</sup> Alejandra Lajous, “La primera campaña...”, *op. cit.*, pp. 79-80.

<sup>45</sup> Entre otras, Iguala, Querétaro, Aguascalientes, Zacatecas, Torreón, Ciudad Lerdo, Parras, Saltillo, Monterrey, Tampico, Torreón —otra vez— y Ciudad Juárez. Luego de pasar por la ciudad de México se dirigió a Mazatlán.

<sup>46</sup> Vasconcelos declaró ser víctima de un fraude organizado “por una camarilla amparada con el poderío extranjero”. Cfr. Alfonso Taracena, *La verdadera... Decimoquinta etapa...*, *op. cit.*, pp. 293-294.

suscitaron hechos violentos, éstos fueron comparativamente pocos.<sup>47</sup> De ninguna manera se pretende justificar tales conductas, pero es un hecho que el uso de la violencia era todavía consustancial a los procesos electorales. Por último, dado que las autoridades municipales y estatales organizaban las elecciones y cuantificaban sus resultados, seguramente se alteraron las cifras y se ejercieron presiones contra los opositores locales.<sup>48</sup> Lo que sucedió es que se modificó el marcador pero no se alteró el resultado. Con todo, la violencia habida y las modificaciones en las cifras finales han permitido cuestionar moralmente las elecciones de 1929.<sup>49</sup> En síntesis, debe considerárseles unas elecciones inequitativas y sucias, pero no torcidas o fraudulentas, en tanto que el resultado final no fue alterado en esencia.

#### EL FRAUDE, MÁS MITO QUE REALIDAD

¿Fue auténtico el fraude denunciado por Vasconcelos? Su reclamo resulta previsible por sus antecedentes: así lo había hecho en 1910, como colaborador de Madero, y así lo había hecho en 1924, como candidato vencido en Oaxaca.<sup>50</sup> Sin embargo, no parece que su reclamo fuera justificado. Para comenzar, buena parte de su campaña la pudo hacer sin mayores obstrucciones,<sup>51</sup> si bien es innegable que el gobierno de Emilio Portes Gil

<sup>47</sup> Recuérdese que el proceso electoral anterior le había costado la vida a todos —tres— los aspirantes a la presidencia, y que los dos precedentes habían concluido en sendas rebeliones.

<sup>48</sup> La ley electoral federal vigente para elecciones de Presidente, senadores y diputados federales era la de 1918. Según esta ley, quienes levantaban el padrón electoral y organizaban las elecciones eran las autoridades distritales con la ayuda de ciudadanos sorteados. Aparte de los problemas que se suscitaban por el control de las mesas el día de los comicios, cuando el paquete electoral llegaba a la Cámara de Diputados (federal o local), allí se aplicaba otra filtración, pues la Oficialía Mayor decidía qué paquetes serían o no recibidos. Consulte Georgette José Valenzuela, *Legislación electoral mexicana, 1812-1921: cambios y continuidades*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.

<sup>49</sup> A la misma conclusión llega una estudiosa de la fundación del PNR: las cifras fueron falseadas pero el resultado no fue alterado. Cfr. Alejandra Lajous, *Los orígenes...*, *op. cit.*, p. 79.

<sup>50</sup> Jorge Fernando Iturríbarria, *op. cit.*, p. 421, y José Vasconcelos, *El desastre...*, *op. cit.*, pp. 390-396.

<sup>51</sup> Por ejemplo, fue bien recibido en Michoacán, estado natal de Ortiz Rubio. Consulte *El Universal*, 8 y 25 febrero 1929.

y varios gobiernos, instituciones y políticos locales amagaron con violencia represiva a los vasconcelistas como estrategia disuasoria. Existen evidencias documentales de agresiones contra éstos en Guadalajara y Chihuahua en febrero, o en Pachuca en junio.<sup>52</sup> Comprensiblemente, la violencia antivascancelista se incrementó conforme finalizaba la campaña y se acercaban las elecciones: de hecho, a mediados de septiembre hubo en Torreón una “estudiada agresión” de empleados municipales y gendarmes contra el propio Vasconcelos,<sup>53</sup> y a principios de octubre fue asesinado el jefe del Partido Antirreeleccionista en Tampico.<sup>54</sup> Sobre todo, semanas antes de las elecciones tuvo lugar el asesinato del joven estudiante Germán de Campo,<sup>55</sup> y luego una manifestación vasconcelista fue atacada frente al céntrico jardín la Alameda, de la ciudad de México. El día de las

<sup>52</sup> Las agresiones en Pachuca, Chihuahua y Guadalajara son consignadas en *El Universal*, 8 y 15 febrero 1929. También véase Alfonso Taracena, *La verdadera... Decimacuarta etapa...*, *op. cit.*, pp. 250-251, y *Decimoquinta etapa...*, *op. cit.*, pp. 142-144.

<sup>53</sup> Resultó muerto el jefe de la escolta de Vasconcelos, luego de que se dispararon contra el grupo “más de cien balazos”. Cfr. Alfonso Taracena, *La verdadera... Decimoquinta etapa...*, *op. cit.*, pp. 228-229.

<sup>54</sup> *Excelsior*, 10 octubre y 5 noviembre 1929.

<sup>55</sup> Germán de Campo fue asesinado el 20 de septiembre de 1929, al término de un mitin en la Plaza de San Fernando de la ciudad de México. Un compañero suyo aseguró que el crimen no había sido fortuito: se le había asesinado por ser “el agitador vasconcelista más brillante, más decidido”, y había sido muerto por el disparo “de un profesional”. Véase Víctor Díaz Arciniega (introd., comp. y selec.), Alejandro Gómez Arias, *De viva voz. Antología*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992, vol. 1, p. 299. En un informe firmado por el agente número 12 se reporta que en su discurso el joven De Campo “lanzó duros cargos” contra Ortiz Rubio, al que incluso “le mentó la familia”, por lo que “los ánimos se acaloraron hasta culminar en tragedia”, pues el Presidente del comité ortizrubista del 7º distrito, diputado Teodoro Villegas, y sus “acompañantes”, comenzaron a agredir físicamente a los vasconcelistas. Sin embargo, dado que estaban en inferioridad de número, el diputado Villegas pidió urgentemente “refuerzos”. Muy pronto se presentó el también diputado Gonzalo N. Santos con un grupo bastante numeroso de “refuerzos”, “armados unos con garrotos y otros con pistolas”. Sin embargo, el agente número 12 asegura que cuando llegaron “ya el tiroteo se había generalizado y para esos momentos el estudiante del [sic] Campo estaba agonizante”. Más aún, asegura que es difícil precisar quién le dio muerte, pues a quien se acusa —“un individuo de apellido Porras”— se le encontró una pistola calibre 38, siendo que la bala que mató al joven vasconcelista era calibre 45. Consúltese Archivo General de la Nación, Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales, caja 2034-A, expediente 2 (en adelante AGN-DGIPS).

elecciones, 17 de noviembre, además de “las corruptelas previstas” hubo nueve muertos y diecinueve heridos, producto de un “alarde de fuerza brutal”.<sup>56</sup> Sin embargo, todo parece indicar que ese día sólo hubo hechos de sangre en el Distrito Federal, Veracruz y Nogales, Sonora, y que en el resto del país las elecciones fueron pacíficas y hasta nutridas.<sup>57</sup>

Si por un lado es preciso aceptar que también los vasconcelistas acudieron a la violencia, como en Tepic, Orizaba y Santa Engracia, población cercana a Tampico,<sup>58</sup> lo fundamental debería ser responder qué tan numerosos fueron los contingentes electorales vasconcelistas. La respuesta debe abarcar los términos geográficos y sociales. ¿Quiénes y cuántos simpatizaron con la candidatura de Vasconcelos? ¿Quiénes y cuántos participaron en su campaña? Según su propio testimonio y el de sus principales colaboradores cercanos —Salvador Azuela, Juan Bustillo Oro, Mauricio Magdaleno y Antonieta Rivas Mercado, entre otros—, el respaldo al vasconcelismo provino de los jóvenes y las mujeres y de parte de los sectores medios, como profesionistas, pequeños comerciantes y artesanos.<sup>59</sup> Sin embargo, es inne-

<sup>56</sup> Un influyente vasconcelista asegura que el gobierno se asustó, pues diez días antes había habido una concentración de hasta cuarenta mil vasconcelistas en la ciudad de México. Véase Salvador Azuela, *op. cit.*, p. 158. Otro connotado vasconcelista asegura que el día de las elecciones hubo “cientos de muertos”. Cfr. Juan Bustillo Oro, *Vientos de los vientos: cronicón testimonial*, México, Secretaría de Educación Pública, 1973, p. 178.

<sup>57</sup> *El Nacional*, 18 noviembre 1929.

<sup>58</sup> Respecto a Tepic, donde los vasconcelistas fueron culpables de un “zafarrancho” en el que hubo treinta heridos, véase carta de Pascual Ortiz Rubio a Plutarco Elías Calles, 3 noviembre 1929, en Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca, Archivo Plutarco Elías Calles, expediente 51: Ortiz Rubio, Pascual, legajo 1/4, fojas 56 y 57, inventario 4239 (en adelante APEC). Otro ejemplo: se denunció que un grupo de estudiantes vasconcelistas había atacado “cobardemente” al secretario de Organización del Partido Revolucionario de Veracruz, en Orizaba. Véase *El Nacional*, 7 septiembre 1929. A su vez, el general Eulogio Ortiz informó al Presidente Portes Gil que en Tampico Vasconcelos “terminó su peroración excitando a la rebelión”. Consúltese Archivo General de la Nación, Ramo Presidentes, Fondo Emilio Portes Gil, expediente Pascual Ortiz Rubio, núm. 2/73/109, f. 12407 (en adelante AGN-RP-FPG). El gobernador provisional de Durango, Alberto Terrones Benítez, informó a Portes Gil que en un mitin en Torreón, Coahuila, Vasconcelos había incitado a sus partidarios “a cometer actos de sabotaje”. *Ibid.*, f. 13226.

<sup>59</sup> Véanse José Vasconcelos, *El proconsulado...*, *op. cit.*, pp. 225, 227, 228, 229, 236, 237, 239 y 240; Juan Bustillo Oro, *Germán de Campo...*, *op. cit.*, pp. 67-72; Mauricio Magdaleno, *op. cit.*, pp. 42-46, 166-167; Salvador Azuela, *op. cit.*, pp. 97-104, y Antonieta Rivas Mercado, *op. cit.*, pp. 67-71 y 93. Esta descripción sociológica de la campaña vasconcelista es confirmada por sus adversarios como Samuel Vázquez, *op. cit.*, p. 93, y Vito Alessio

gale que los sectores medios eran todavía una parte muy reducida de la estructura social, tanto en términos relativos como absolutos.<sup>60</sup> De otra parte, los estudiantes universitarios de todo el país alcanzaban un número insignificante. Para colmo, los jóvenes sólo podían votar una vez cumplidos los 21 años, normatividad que restringía el voto juvenil que pudo haber atraído Vasconcelos.<sup>61</sup> Una restricción mayor era que las mujeres aún no podían votar. Concediendo que los jóvenes con escolaridad y casi todas las mujeres hayan simpatizado con la candidatura de Vasconcelos, estaban impedidos de refrendar sus sentimientos en las urnas. Acaso esto explique el resultado final, pues las cifras, frías y reveladoras, son muy distintas a los encendidos reclamos vasconcelistas: se dictaminó oficialmente que Pascual Ortiz Rubio había obtenido cerca de dos millones de votos; José Vasconcelos poco más de cien mil, y que Pedro Rodríguez Triana —del Partido Comunista— no había llegado a los veinte mil.<sup>62</sup>

Estos resultados fueron producto directo de la naturaleza de ambas campañas. De la vasconcelista puede decirse que Vasconcelos más bien se comportó como caudillo de un movimiento sociocultural, con objetivos más moralizantes que electorales, de liderazgo personalista y con una estructura dominada por jóvenes sin mayor experiencia política.<sup>63</sup> Lo realmente grave fue que nunca pudieron construir una estructura partidista auténtica, como se lo recomendaba, hasta terminar siendo una molesta insistencia, uno de sus colaboradores, Manuel Gómez Morin.<sup>64</sup> Según

---

Robles, *Mis andanzas...*, *op. cit.*, pp. 205-206. Obviamente, los principales estudiosos del tema han aceptado tal versión. Véase entre otros, a Hugo Pineda, *op. cit.*, pp. 65-71; José Joaquín Blanco, *op. cit.*, pp. 147-150, 152, 161-163; John Skirius, *op. cit.*, pp. 100-105, 123-125; Ángeles Ruiz, *op. cit.*, pp. 31, 37, 39-40, 50-51 y 61, y Martha Robles, *op. cit.*, pp. 84-85 y 92.

<sup>60</sup> Según el censo de 1930, la mayoría de los empadronados era analfabeta, y la población de entonces era mayoritariamente campesina. Consúltese Moisés González Navarro, *Población y sociedad en México (1900-1970)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1974, vol. 1, p. 38.

<sup>61</sup> Podían votar antes, a los 18 años, en caso de estar casados. Véase Georgette José Valenzuela, *Legislación electoral mexicana...*, *op. cit.*

<sup>62</sup> Ortiz Rubio obtuvo 1 825 732 votos; Vasconcelos, 105 655, y Rodríguez Triana, 19 665. Cfr. *Diario de los Debates de la Cámara de Diputados*, 28 noviembre 1929, p. 4.

<sup>63</sup> Ilustrativa y significativamente, hubo quien reconociera que los colaboradores de Vasconcelos eran unos “efebos candorosos”. Cfr. Mauricio Magdaleno, *op. cit.*, p. 166.

<sup>64</sup> Javier Garciadiego, “José Vasconcelos y Manuel Gómez Morin: afinidades y desacuerdos”, en *Universidad de México. Revista de la Universidad Nacional Autónoma de*

reconoce uno de los más lúcidos jóvenes vasconcelistas, Alejandro Gómez Arias, entonces Presidente de la Confederación Nacional de Estudiantes y quien también militaba en el movimiento por la autonomía de la Universidad Nacional, a la campaña vasconcelista le “faltó organización, que es la forma del realismo político”.<sup>65</sup> Además de su falta de organización, el Partido Nacional Antirreeleccionista se quedó sin bandera al no ser el finado Álvaro Obregón su contendiente, pues con Ortiz Rubio ya no se trataba de una campaña reeleccionista, cuyo combate era la única motivación del legendario partido.

Otra de las banderas vasconcelistas era el civilismo,<sup>66</sup> pero lo cierto es que Pascual Ortiz Rubio era más un ingeniero que un militar. Si bien es cierto que Ortiz Rubio luchó en la rebelión antiporfirista de 1910, en la que alcanzó el grado de capitán 1º, y que volvió a tomar las armas en contra de Huerta, ascendiendo hasta coronel, también es cierto que su perfil y naturaleza eran las de un político civil: tenía estudios profesionales de ingeniero topógrafo, durante el gobierno maderista fue diputado en la XXVI Legislatura y al triunfo del movimiento constitucionalista fue director de Bienes Intervenidos, de la Fábrica de Parque y responsable de la emisión de los billetes ‘infalsificables’. Más aún, fue electo diputado al Congreso Constituyente, aunque no asistió a las sesiones, y luego fue gobernador de su estado, Michoacán. Al triunfo del grupo sonoreense fue secretario de Comunicaciones y Obras Públicas en las presidencias de Adolfo de la Huerta y Álvaro Obregón, aunque algunas diferencias con este último lo habían obligado a radicarse en el extranjero. Finalmente, al llegar Calles al poder lo recuperó para el aparato político, adscribiéndolo al sector diplomático, fungiendo como embajador en Alemania y en Brasil, de donde fue llamado para que contendiera por la presidencia. Así,

*México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, enero-febrero 1998, núms. 564-565, pp. 52-59, y Enrique Krauze, “Pasión y contemplación...”, *op. cit.*, pp. 22-23; también en *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI Editores, 1976, pp. 273-278.

<sup>65</sup> “Por donde él pasaba, despertaba el entusiasmo y el pueblo se agitaba, pero al irse... no quedaba una organización que hubiera permitido una acción política eficaz”. Cfr. Víctor Díaz Arciniega, *op. cit.*, pp. 256-257. Un ejemplo concreto: un mitin temprano, en Celaya, fue descrito como “falto de organización”. Véase *El Universal*, 28 febrero 1929.

<sup>66</sup> Al inicio de su campaña creó en su favor el Gran Partido Civil Antirreeleccionista. Consúltese *El Universal*, 20 febrero 1928. Poco después, en Morelia, se constituyó el Club Civil Antirreeleccionista. *Ibid.*, 1 marzo 1929.

para 1929 Ortiz Rubio era un viejo conocido del grupo obregonista, y tenía una deuda política reciente con Calles.<sup>67</sup> En este sentido debe entenderse que su llegada al poder no sólo implicaba un traslado del poder del grupo obregonista al callista, sino que también significaba una pérdida política del sector militar frente al civilista. De hecho, el grupo encabezado por Plutarco Elías Calles y Emilio Portes Gil, creadores del PNR, enfrentó durante el mismo 1929 la rebelión encabezada por el general José Gonzalo Escobar, la que en buena medida luchaba contra el intento de exclusión de los militares de la política,<sup>68</sup> pues así, precisamente, interpretaron éstos la fundación del PNR y la candidatura de Ortiz Rubio. Esto es, el gobierno de Portes Gil no sólo era distinto sino hasta contrario a los grupos castrenses.<sup>69</sup> Considérese también que la reforma militar hecha por Joaquín Amaro en 1927, como secretario de Guerra y Marina de Calles, tenía como uno de sus mayores objetivos disminuir las aspiraciones políticas de los militares.<sup>70</sup>

También influyó en el resultado electoral que la sociedad mexicana rápidamente percibiera que el gobierno de Portes Gil estaba resolviendo adecuadamente los mayores conflictos del país: negoció la paz con los cristeros en el mes de junio de 1929,<sup>71</sup> y antes, en mayo, había desactivado el movimiento universitario al conceder la autonomía a la Universidad de México,<sup>72</sup> lo que explica que incluso algunos universitarios hayan sido

<sup>67</sup> Varios autores, *Así fue la Revolución...*, *op. cit.*, t. 8 (N-Z), pp. 1664-1665.

<sup>68</sup> Georgette José Valenzuela, *Memorias del general...*, *op. cit.*, pp. 23-37.

<sup>69</sup> Véase Emilio Portes Gil, *Quince años de política mexicana*, México, Ediciones Bontas, 1941, pp. 198-199.

<sup>70</sup> Martha Loyo Camacho, *Joaquín Amaro y el proceso de institucionalización del Ejército Mexicano, 1917-1931*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, Fondo de Cultura Económica, 2003.

<sup>71</sup> Jean Meyer, *La cristiada*, México, Siglo XXI Editores, 1973-1974, 3 vols. En particular, para el tema de 'los arreglos', véase el vol. 2, pp. 333-341.

<sup>72</sup> Un experimentado político de aquellos años definió muy bien el proceso: "la concesión de la autonomía universitaria [...] era una habilísima medida política, pues se estaba en año de elecciones presidenciales y era candidato [...] nada menos que Vasconcelos, que habría podido aprovechar, para aspectos de borrasca sangrienta electoral, la enemistad hacia el Gobierno de los estudiantes de la capital". Cfr. José Manuel Puig Casauranc, *Galatea rebelde a varios pigmaliones: de Obregón a Cárdenas; antecedentes del fenómeno mexicano actual*, México, Impresores Unidos, 1938, p. 338.

ortizrubistas.<sup>73</sup> Lo anterior lleva a la siguiente conclusión: más que con la represión y el amedrentamiento, el gobierno de Portes Gil y el PNR de Calles, soportes de la candidatura de Ortiz Rubio, vencieron al vasconcelismo porque lo aislaron, logrando que desde meses antes de las elecciones de noviembre no existieran ya otros conflictos, ni el de los cristeros, el de los militares inconformes en armas, o el de los universitarios desafiantes, con los que Vasconcelos hubiera podido aliarse o fortalecerse. El arreglo con la jerarquía católica fue especialmente importante: un par de semanas antes de las elecciones el delegado apostólico aseguró al Presidente Portes Gil haber hecho del conocimiento de los obispos la disposición papal de que los católicos mexicanos debían abstenerse de participar “en política de partidos”, instrucciones que también había dado a los líderes de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa. Así, le aseguró a Portes Gil que los católicos estaban resueltos “a no secundar ninguna candidatura”.<sup>74</sup> En síntesis: el aislamiento de Vasconcelos fue doble: los logros políticos de la dupla Calles-Portes Gil dieron como resultado que ni los católicos como sociedad, ni los militares como corporación, ni los universitarios como comunidad, tuvieran motivos o alicientes para apoyar a Vasconcelos. Al contrario, la dupla Calles-Portes Gil mejoró su imagen ante toda la opinión pública, pues estaban resultando ser políticos diestros y oportunos, benéficos para el país.

Otro elemento que debe tomarse en consideración es la gravísima crisis económica internacional que estalló en octubre de 1929, el mes previo a las elecciones, pues seguramente afectó el resultado, ya que los electores suelen evitar, en épocas amenazadoras, los cambios políticos que conllevan incertidumbres. Por su personalidad llena de contrastes, la juventud de su equipo, la falta de institucionalidad de su movimiento y, sobre todo, por el gran poder de sus enemigos —los políticos posrevolucionarios, el Ejército Nacional y Estados Unidos—, la candidatura de Vasconcelos suscitaba desconfianzas. De algo se podía estar seguro: de ganar él, su gobierno padecería novatez y sufriría muchos y enormes conflictos, lo que agravaría la muy crítica situación provocada por la crisis económica mundial. Para colmo, su programa político era más el de un

<sup>73</sup> A principios de septiembre se creó, en favor de Ortiz Rubio, la Federación Nacional de Estudiantes Revolucionarios. Véase *El Universal*, 4 septiembre 1929.

<sup>74</sup> Carta del delegado apostólico, arzobispo Leopoldo Ruiz, a Emilio Portes Gil, 26 octubre 1929, en AGN-RP-FPG, exp. 2/73/104.

maestro espiritual, y en ocasiones el de un profeta, que el de un gobernante: las lecciones de ética política y moral pública sobrepasaban a las propuestas concretas para resolver los problemas socioeconómicos del país. Vasconcelos era percibido como un “idealista”, no como un hombre de mando.<sup>75</sup> Todos estos elementos permiten asegurar que resulta impensable que Vasconcelos hubiera podido atraer a un número de votantes mayor que el convocado por Ortiz Rubio.

#### INSTITUCIONALIDAD Y EXPERIENCIA GANADORAS

La campaña de Pascual Ortiz Rubio exige ser analizada con la misma perspectiva que la de Vasconcelos. Si la de éste ha sido sobrestimada por casi toda la historiografía, la de Ortiz Rubio ha sido vista como una campaña victoriosa sólo gracias a procedimientos ilegales y perversos, producto de la imposición y el fraude.<sup>76</sup> Sin embargo, lo cierto es que ninguno de estos dos recursos era necesario, pues la candidatura de Ortiz Rubio contó siempre con una mejor estructura organizativa y atrajo a un mucho mayor número de electores. Para comenzar, Ortiz Rubio obtuvo su candidatura sobreponiéndose a Aarón Sáenz, el otro precandidato importante, pese a lo cual mantuvieron buenas relaciones, lo que ayudó a fortalecer al PNR.<sup>77</sup> La designación de Ortiz Rubio, en lugar de la de Sáenz, fue una operación política decisiva. Si bien al principio se creyó que los delegados a la convención fundacional del PNR eran mayoritariamente partidarios de la candidatura de Aarón Sáenz, y que el nombre de Ortiz Rubio sólo serviría para dar un cariz democrático a la asamblea, lo cierto es que este último padecía menos problemas y contaba con mayores atributos políticos. En efecto, a Sáenz le afectaba negativamente ser de religión protestante, y el propio Calles aceptó que esto “dañaba su popularidad”; sobre todo, Sáenz era visto como conservador, contrario a continuar el programa social callista, compartido por Portes Gil. Es más, se llegó a decir que la candidatura de Sáenz hubiera provocado la oposición de revolucionarios.

<sup>75</sup> *El Día*, 5 febrero 1929, en AGN-DGIPS, c. 2034-A, exp. 135.

<sup>76</sup> José Joaquín Blanco la juzga como un fraude “escandaloso”, *op. cit.*, p. 163, y Enrique Krauze la califica como “el despojo del 29”, en “José Vasconcelos, la grandeza del caudillo”, en *Letras Libres*, México, diciembre 2000, p. 62.

<sup>77</sup> *El Universal*, 4, 21 y 22 febrero 1929.

rios como Joaquín Amaro, Lázaro Cárdenas y Saturnino Cedillo.<sup>78</sup> Es más, el propio Ortiz Rubio señala que la ideología de Sáenz hubiera implicado un “peligro de disolución de la familia revolucionaria”, pero reconoce que se disciplinó a la decisión contraria a él de la convención fundacional del PNR; que no intentó ser candidato independiente u opositor, y que haberlo acompañado a su Monterrey natal durante su gira electoral fue, más que un mensaje de unidad, uno de “concordia”.<sup>79</sup>

A diferencia de la de Sáenz, la candidatura de Ortiz Rubio tenía varias ventajas. Para comenzar, una vez rechazado Sáenz, Ortiz Rubio era el único político de alto nivel, por sus antecedentes, que cumplía con las exigencias constitucionales.<sup>80</sup> En términos biográficos, era revolucionario desde la primera etapa, había sido un ‘aguaprietista’ destacado y se había mantenido leal durante la escisión delahuertista. Políticamente, su alejamiento del país durante los últimos años —alrededor de cinco— le había permitido no involucrarse en los conflictos provocados por la campaña reeleccionista de Obregón. En pocas palabras, resultaba ser un candidato sin compromisos ni enemigos entre los principales miembros de

<sup>78</sup> John Dulles, *Ayer en México. Una crónica de la revolución, 1919-1936*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977, pp. 385-386, 394-400, y Pedro Salmerón Sanginés, *Aarón Sáenz Garza...*, *op. cit.*, p. 166. Una pequeña pero atinada antología documental sobre el tema (“El primer candidato del partido de Estado. La ‘invención’ de Pascual Ortiz Rubio y la lealtad institucional de Aarón Sáenz”) preparada por Pedro Salmerón Sanginés, en *Boletín del Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca*, México, Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca, enero-abril 2008, núm. 57.

<sup>79</sup> Pascual Ortiz Rubio, *op. cit.*, pp. 141, 159 y 206.

<sup>80</sup> El artículo 82 fracción vi de la Constitución prohibía participar a miembros del gabinete —incluidos subsecretarios—, lo que obligaría a Portes Gil a hacer cambios en el gabinete en caso de elegir a otro; por disposición de la fracción v, en caso de designarse a un militar, éste tendría que abandonar el ejército para ser candidato. De otra parte, la fracción III de este artículo obligaba al candidato a residir en el país durante todo un año antes de la elección, lo que explica que Ortiz Rubio haya sido trasladado de Brasil a México desde finales de 1928 y que la campaña electoral de 1929 fuera tan prolongada, fijándose el día de las elecciones para el 17 de noviembre, fecha que permitiría a Ortiz Rubio cumplir con la disposición constitucional. Es de señalarse que cuando Ortiz Rubio llegó a México se rumoró que sería designado como miembro del gabinete de Emilio Portes Gil. La negativa de Ortiz Rubio a participar en dicho gabinete es una clara prueba de que se tenían planes presidenciales para él, y que no querían estropearlos violando la normatividad al respecto.

“las facciones reinantes”. Estas ventajas, y los riesgos que traía la candidatura de Sáenz, hicieron que Calles cambiara de favorito y apoyara al michoacano.<sup>81</sup>

Comprendiblemente, su reciente biografía —léase su alejamiento del país— y su carácter civil le atraían indudables ventajas políticas. Sin embargo, es de reconocerse que su circunstancia política le generaba desventajas electorales. En efecto, Pascual Ortiz Rubio no tenía bases propias de poder social entre obreros o campesinos, ni poder corporativo en el ejército; tampoco era un caudillo entre la clase política, compuesta por varios gobernadores, senadores y hasta diputados más conocidos y poderosos que él,<sup>82</sup> los que o tenían diferencias con Calles o restricciones constitucionales. Su debilidad era una de sus principales virtudes, pues lo hacía dependiente de Calles, razón por la que éste optó por él. A pesar de sus carencias políticas el propio Ortiz Rubio estaba convencido, desde antes de hacer su campaña, de que el triunfo “estaba asegurado”, y de que aquella debía llevarse a cabo tan sólo para darse a conocer entre los habitantes del país y para darle un cariz democrático al proceso. ¿Dónde radicaba la confianza de Ortiz Rubio? La respuesta era simple y obvia: en la capacidad y amplitud del aparato político que lo respaldaba. En efecto, él sabía que los gobernadores, los presidentes municipales y hasta los caciques habrían de movilizar “multitudes”.<sup>83</sup> Ciertamente no era un político carismático, y dicha característica se hacía más evidente al compararlo con Vasconcelos. Sin embargo, resultó la pieza adecuada, en ese momento, para la naciente maquinaria electoral.

El apoyo a Ortiz Rubio de todo el equipo gubernativo y de la clase política de la que emanaba no tuvo recato ni reparos, y se dio a todos los niveles del poder y a lo largo y ancho del país. Para comenzar, el propio Presidente Portes Gil se involucró en la campaña de Ortiz Rubio, desde

<sup>81</sup> Pascual Ortiz Rubio, *op. cit.*, p. 141, y John Dulles, *op. cit.*, pp. 385-386, 394-400. Todo parece indicar que al principio Calles favorecía a Sáenz, con quien incluso tenía ligas familiares, pero precisamente esa continuidad clánica, y el conservadurismo de Sáenz, amenazaban con provocar la “polarización” de muchos revolucionarios, e incluso la “desbandada” de algunos. Cfr. Pedro Salmerón Sanginés, *Aarón Sáenz Garza...*, *op. cit.*, pp. 168-169.

<sup>82</sup> Atinadamente se ha señalado que Ortiz Rubio “ni tenía ni podía tener base alguna de poder propio”. Véase Lorenzo Meyer, Rafael Segovia y Alejandra Lajous, *Los inicios de la institucionalización...*, *op. cit.*, pp. 62-63.

<sup>83</sup> Cfr. Pascual Ortiz Rubio, *op. cit.*, pp. 170 y 174.

comisionando en ella a colaboradores suyos hasta interviniendo en la designación de los oradores.<sup>84</sup> Respecto a los gobernadores, fueron varios<sup>85</sup> los que incluso participaron en las actividades de Ortiz Rubio cuando éste llegó en gira a su estado. El caso extremo fue el de Chihuahua, donde el gobernador —Luis L. León— solicitó permanecer al frente de su entidad dos o tres meses, para dejar su administración “organizada y orientada”, y luego ya poder colaborar físicamente en el resto de la campaña.<sup>86</sup> Tan importante como el apoyo de los gobernadores fue el de muchísimos presidentes municipales, quienes dieron facilidades y respaldo a Ortiz Rubio cuando pasó por sus municipios.<sup>87</sup> El trato a los dos candidatos desde el aparato gubernamental fue radicalmente distinto: mientras a los empleados públicos provasconcelistas se les amenazó con el cese, para con los ortizrubistas hubo absoluta “libertad”, con tolerancia para “abandonar” sus empleos y apoyar la campaña de las preferencias gubernamentales. Incluso lo apoyaron económicamente, pues se impuso un descuento al salario de los burócratas para tal efecto.<sup>88</sup> El colmo fue el de los diputados, quienes expresaron su “inquebrantable adhesión” a Ortiz Rubio, aunque ya se había advertido que eso era ilegal y “antidemocrático” pues ellos tenían la responsabilidad constitucional de calificar la elección.<sup>89</sup>

<sup>84</sup> Carta de Graciano Sánchez a Emilio Portes Gil, 27 octubre 1929, pidiéndole “se digne comisionar a persona de su confianza para que nos arregle tres oradores”, en AGN-RP-FPG, exp. 2/73/104, f. 14432. En concreto, entre otros se solicitó que comisionara para la campaña a Melchor Ortega. Cfr. Carta de Pascual Ortiz Rubio a Plutarco Elías Calles, 14 mayo 1929, en APEC, exp. 51: Ortiz Rubio, Pascual, leg. 1/4, f. 39, inventario 4239.

<sup>85</sup> Se cuenta con pruebas documentales del apoyo directo y personal de los gobernadores de Aguascalientes, Chihuahua, Guanajuato y Tamaulipas, entre otros.

<sup>86</sup> Carta de Luis L. León, gobernador de Chihuahua, a Pascual Ortiz Rubio, 7 mayo 1929, en APEC, exp. 121: León, Luis L., leg. 7/11, ff. 382-388, inventario 3179.

<sup>87</sup> Algunos ejemplos tamaulipecos en AGN-RP-FPG, exp. 2/73/104. Para ejemplos de Guanajuato, véase *El Universal*, 1 junio 1929. Alejandra Lajous también sostiene que la campaña de Ortiz Rubio se basó en maquinarias políticas locales, las que incluían desde gobernadores hasta caciques. Cfr. “La primera campaña...”, *op. cit.*, pp. 63-64.

<sup>88</sup> *Ibid.*, p. 66. También, carta de “X. X. X.” a Joaquín Amaro, secretario de Guerra, 12 noviembre 1929, en Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca, Archivo Joaquín Amaro, serie 0311: Anónimos, legajo 11/1, foja 717, inventario 308 (en adelante AJA).

<sup>89</sup> *Idem.* También consúltese APEC, exp. 85: Diputados, leg. 2/2, f. 57, inventario 1550, y AGN-RP-FPG, exp. 2/73/104, ff. 2075-2076.

Además de contar con el total respaldo de la clase política y de la burocracia gubernamental, Ortiz Rubio dispuso también del apoyo disciplinado e intimidante del Ejército Nacional, corporación con presencia, como la burocracia, en todo el país. Si bien es cierto que al mismo tiempo de obtener Ortiz Rubio la candidatura del PNR estallaba la rebelión escobarista, a diferencia de la lucha delahuertista —de 1923 y 1924— ésta fue minoritaria y focalizada, lo que permitió que fuera vencida en un par de meses, impidiendo así que pudiera darse algún tipo de alianza con los vasconcelistas.<sup>90</sup> Como fue superada sin gran derramamiento de sangre —otra diferencia con la rebelión delahuertista—, su solución sirvió para acrecentar el prestigio del gobierno portesgilista y del Ejército Nacional. A contracorriente, no fueron pocas las críticas y escarnios de Vasconcelos a los militares, quienes a su vez lo consideraban “un civil revoltoso”.<sup>91</sup>

Sobre todo, Ortiz Rubio contó con el apoyo político-electoral de las principales organizaciones sociales del país. En efecto, desde un principio el principal dirigente del PNR, Manuel Pérez Treviño, comprendió la importancia de que su partido contara con el mayor número posible de obreros y campesinos.<sup>92</sup> Respecto al movimiento obrero, a pesar del distanciamiento de Luis N. Morones y de la CROM luego del asesinato de Obregón,<sup>93</sup> y a pesar de que su partido —el Laborista Mexicano— no había sido integrado al PNR, Calles y Portes Gil mantuvieron muy buenos vínculos con la mayor parte del movimiento obrero organizado,<sup>94</sup> lo que sirvió para que éste diera su apoyo a Ortiz Rubio. Los ejemplos son numerosísimos: por ejemplo, la Unión de Sindicalistas de Michoacán; trabajadores del ramo textil en Veracruz o en Atlixco, Puebla; mineros de Tlalpujahua,

<sup>90</sup> Un mal informado agente confidencial del gobernador de Coahuila aseguró que algunos escobaristas luego apoyaron la candidatura de Vasconcelos, y que incluso alardeaban de que habría otra rebelión “para noviembre”. Cfr. AGN-RP-FPG, exp. 2/73/104, f. 14469.

<sup>91</sup> Martha Robles, *op. cit.*, p. 84.

<sup>92</sup> Carta de Manuel Pérez Treviño a Plutarco Elías Calles, 30 agosto 1929, en APEC, exp. 38: Pérez Treviño, Manuel, leg. 1, ff. 1-2, inventario 433.

<sup>93</sup> Un conocido político advirtió sobre los riesgos electorales de una confrontación entre el PNR y la CROM. Véase carta de Luis F. Bustamante a Eduardo Moneda, 2 julio 1929, en APEC, exp. 51: Ortiz Rubio, Pascual, leg. 1/4, f. 52, inventario 4239. Pese a sus fuertes diferencias, Ortiz Rubio mismo presumió de haber contado con el apoyo de la CROM. Cfr. Pascual Ortiz Rubio, *op. cit.*, p. 197.

<sup>94</sup> Un gran estudioso de la contienda electoral de 1929 asegura que “los obreros organizados tendieron a seguir la política de apoyo al PNR”. Consúltese John Skirius, *op. cit.*, p. 104.

y hasta obreros de zonas distantes y poco industrializadas, como Oaxaca y Tabasco.<sup>95</sup> Respecto a los campesinos, como un mensaje de obvio significado Ortiz Rubio inició su campaña —a finales de mayo— con un mitin con campesinos de la Liga de Comunidades Agrarias del estado de Hidalgo, y apenas días después hizo una declaración en favor del ejido, pues estaba convencido de que su creación moderna y legal era “una victoria que debe conservarse”. Puede asegurarse que, en respuesta, los campesinos organizados apoyaron la continuidad del grupo en el poder, porque la promesa del reparto agrario era su mayor aliciente. El respaldo provino de todo el país: campesinos tamaulipecos, poblanos, guerrerenses, oaxaqueños y tabasqueños, así como trabajadores de los ingenios del norte de Sinaloa y hasta trabajadores del campo de Quintana Roo.<sup>96</sup> Una excepción notable fue la de Veracruz, donde algunas Ligas Agrarias controladas por el gobernador Adalberto Tejeda tendieron a apoyar al candidato del Partido Comunista —el general Pedro Rodríguez Triana—, aunque no fueron pocos los campesinos veracruzanos que respaldaron a Ortiz Rubio.<sup>97</sup>

Por si fuera poco contar con el apoyo de casi todos los políticos de la época, a excepción de algunos gobernadores partidarios de Aarón Sáenz, como eran los casos de Sonora, Sinaloa y sobre todo Nayarit;<sup>98</sup> con el de la totalidad de los numerosos militares en activo, y con los campesinos y obreros organizados del país, la candidatura de Pascual Ortiz Rubio, a diferencia de la de Vasconcelos, se montó en una estructura partidista, el naciente PNR, que tenía una presencia territorial que alcanzaba a todo el país. El proceso de construcción del PNR debe ser cabalmente aquilatado para poder entender las elecciones de 1929. En México había muchísimos partidos regionales y agrupaciones políticas locales,<sup>99</sup> cuya mayoría deci-

<sup>95</sup> Véanse AGN-DGIPS, c. 2034-A, exp. 135; *Excelsior*, 8 febrero, 19 junio, 17 y 20 julio y 8 agosto 1929, y *El Universal*, 3 agosto 1929.

<sup>96</sup> Consúltense AGN-RP-FPG, exp. 2/73/104, f. 12898, y AJA, serie 0311: Asociaciones, leg. 55/66, inventario 306. Véanse también *Excelsior*, 26 mayo, 19 junio, 17, 20 y 27 julio y 11 agosto 1929; *El Nacional*, 4 junio 1929, y *El Universal*, 1 junio y 3 agosto 1929.

<sup>97</sup> Carta de Pascual Ortiz Rubio a Plutarco Elías Calles, 3 noviembre 1929, en APEC, exp. 51: Ortiz Rubio, Pascual, leg. 1/4, ff. 56 y 57, inventario 4239.

<sup>98</sup> El gobernador de Nayarit, de cuya “obstrucción sistemática” se quejó Ortiz Rubio, era el viejo revolucionario Esteban Baca Calderón. Ilustrativamente, Baca Calderón fue destituido por el Senado. Consúltense *idem*, y Pascual Ortiz Rubio, *op. cit.*, p. 204.

<sup>99</sup> Un estudio del periodo asegura que su número alcanzaba la cifra de “148 partidos locales”. Cfr. Francisco Alberto Ibarra Palafox, “Estructura del Partido Nacional Revolucionario”,

dió agruparse y redefinirse con la creación del PNR. También había un par de partidos ‘de clase’, el Laborista Mexicano y el Nacional Agrarista, los que no fueron integrados como tales a la nueva institución partidista. La historia reciente del país era evidente: las elecciones presidenciales de 1920, 1924 y 1927 habían terminado con violentos conflictos entre los propios exrevolucionarios. Estos conflictos debían evitarse, o dicho grupo terminaría por autoliquidarse. De allí la necesidad de crear una institución que organizara y normara, en el interior de dicho grupo, la asignación de los puestos de elección popular. De otra parte, por ese entonces no había mayores problemas obreros o agrarios en el país, y por eso el PNR nació con más objetivos políticos que sociales.<sup>100</sup> Así, muchos de estos partidos y agrupaciones locales se redefinieron como filiales del Partido Nacional Revolucionario, adoptando su objetivo unificador y pacificador en el ámbito local y usando el concepto de ‘Revolucionario’ como parte de su nombre: en Michoacán, por ejemplo, los grupos políticos más importantes se fusionaron en la Confederación de Partidos Revolucionarios; en Chiapas se creó la Unión de Partidos Revolucionarios; asimismo, en “todos los puntos importantes” de Nayarit se creó una filial del PNR; asimismo, en Chihuahua el Partido Revolucionario Chihuahuense hizo “labor de atracción” con todos los elementos políticos estatales; por último, en San Luis Potosí se creó el Partido Revolucionario del Centro, y en Jalisco un número “considerable” de agrupaciones quedó adscrito al PNR.<sup>101</sup>

Asimismo, en tanto que el Presidente Portes Gil había sido promotor del Partido Socialista Fronterizo, varios partidos regionales y locales de esta denominación se adscribieron al PNR y apoyaron la candidatura de Ortiz Rubio. Entre otros, algunos ejemplos podrían ser el Partido de Consolidación Socialista Nacional, las confederaciones de los partidos socialistas de Michoacán y de Oaxaca, e incluso el distante Partido Socialista Quintana-

---

en *El proyecto histórico del PNR. Tres ensayos*, México, Instituto de Estudios Políticos, Económicos y Sociales, 1990, p. 142. En cuanto a “agrupaciones políticas”, hay quien asegura que fueron 1 800 las que apoyaron la creación del PNR y la candidatura de Ortiz Rubio. Véase Alejandra Lajous, “La primera campaña...”, *op. cit.*, p. 67.

<sup>100</sup> Entre los principales estudios sobre el nacimiento del PNR véanse Alejandra Lajous, *Los orígenes...*, *op. cit.*; Javier Garrido, *op. cit.*, y Miguel González Compeán y Leonardo Lomelí, *op. cit.*

<sup>101</sup> Consúltense AGN-DGIPS, c. 2034-A, exp. 135; *Excelsior*, 8 febrero, 13, 17, 20, 27 julio y 11 agosto 1929; *El Universal*, 2 agosto 1929, y *El Nacional*, 17 agosto 1929.

roense.<sup>102</sup> Tres conceptos fueron claves en el triunfo de Ortiz Rubio: motivación, unificación y organización. Unificación, como antídoto contra su tradición escisionista; organización, en contraste con el inexperto vasconcelismo. Así, se creó el Centro Unificado de los Partidos del Distrito Federal, y en Chihuahua y Guanajuato se presumía que los partidos políticos estaban “unificados”; más aún, en Chiapas se dijo que la opinión pública estaba en “unificación completa” en favor de Ortiz Rubio, en Puebla la unificación también era “total”, y en Nayarit la unificación era “completa”, pues “todos los grupos de importancia” estaban “en perfecta armonía”.<sup>103</sup> Es especialmente significativo que Oaxaca, estado natal de Vasconcelos y en el que supuestamente le habían esquilado la gubernatura en 1924, se manifestara como una entidad abiertamente favorable a Ortiz Rubio.<sup>104</sup>

En cuanto al tema de la organización, el contraste entre el ortizrubismo y el vasconcelismo fue abismal: la organización de algunas giras y mítines del primero fue considerada en ocasiones como “perfecta”, con concentraciones numerosas y entusiastas, como las de Aguascalientes, Ciudad Victoria y Torreón, entre muchas otras.<sup>105</sup> En cambio, hubo zonas en las que el vasconcelismo no tuvo operadores políticos ni seguidores: en Guerrero, por ejemplo, un delegado vasconcelista tuvo que abandonar el estado “en vista de la indiferencia de los campesinos”, y en Chiapas no había “lugar alguno” donde pudiera encontrarse un grupo vasconcelista.<sup>106</sup> La buena organización de la campaña ortizrubista también se explica por otro factor: la muerte de Obregón. En efecto, la campaña por la reelección de este caudillo había tenido lugar entre la segunda mitad de 1927 y la primera de 1928, por lo que se aprovecharon los aparatos electorales pro obregonistas, prácticamente activos, y simplemente los adaptaron para la campaña en favor de Ortiz Rubio.<sup>107</sup> De otra parte, el tema de la motivación también estuvo ligado a la muerte de Obregón, pues muchos de los partidarios de éste vieron en la campaña de Ortiz Rubio la mejor manera de preservar su triunfo de

<sup>102</sup> *Idem.*

<sup>103</sup> *Ibid.*, c. 2034-A, exp. 135; *El Universal*, 9 febrero, 1 junio y 2 y 3 agosto 1929; *Excelsior*, 20 julio y 3 agosto 1929, y *El Nacional*, 17 agosto y 12 y 13 septiembre 1929.

<sup>104</sup> *El Nacional*, 1 agosto 1929.

<sup>105</sup> AGN-RP-FPG, exp. 2/73/104, ff. 12070, 12898; APEC, exp. 38: Pérez Treviño, Manuel, leg. 1, ff. 1-2, inventario 433, y *El Universal*, 1 junio 1929.

<sup>106</sup> *El Nacional*, 15 y 17 agosto 1929.

<sup>107</sup> AGN-DGIPS, c. 2034-A, exp. 135.

1928, mientras que reclamaron a Vasconcelos que se hubiera dedicado a desvirtuar la vida y legado de Obregón una vez que se distanció de él.<sup>108</sup>

Todavía hubo otros factores que influyeron en el triunfo ortizrubista. Uno fue que además de las autoridades y las instituciones legales también intervinieron en su favor las extralegales. En particular, y de manera sobresaliente, los caciques.<sup>109</sup> De hecho, algunos de éstos, como el potosino Gonzalo N. Santos, estuvieron inmiscuidos en los peores estallidos de violencia de la campaña.<sup>110</sup> Además, los estrategas y operadores de la candidatura ortizrubista también apelaron a los procedimientos tramposos. Por ejemplo, para confundir a los potenciales votantes por Vasconcelos, oficialmente candidato del Partido Nacional Antirreeleccionista, dispusieron la creación del Partido Antirreeleccionista de la Clase Media.<sup>111</sup>

Varias conclusiones parecen incontrovertibles. La primera es que el PNR se constituyó con la suma y la articulación de todas las agrupaciones políticas del país vinculadas a los líderes políticos y militares veteranos de la Revolución. La segunda es que en tanto integradas al aparato gubernamental, se movilizaron en favor de Ortiz Rubio para conservar sus cuotas de poder. El objetivo era claro, y lo habrían de cumplir sobradamente, aunque no de manera limpia y legítima. Sin embargo, más que una contienda ilegal las elecciones de 1929 fueron una “lucha desigual”. En efecto, Vasconcelos fue vencido por la ‘maquinaria’ política,<sup>112</sup> compuesta por la

<sup>108</sup> *Excelsior*, 8 febrero 1929.

<sup>109</sup> El propio Ortiz Rubio reconoció que muchas “manifestaciones populares” en su favor fueron posibles gracias a la “presión cacical”. En forma particular reconoció el apoyo de gente como el gobernador poblano, Leónides Almazán, y del hombre fuerte de Tabasco, Tomás Garrido Canabal. Véase Pascual Ortiz Rubio, *op. cit.*, pp. 174, 198 y 200.

<sup>110</sup> Gonzalo N. Santos, *Memorias*, México, Grijalbo, 1986.

<sup>111</sup> AGN-DGIPS, c. 2034-A, exp. 135, y *El Universal*, 9 febrero 1929. Al tiempo de fundarse, se resolvió que este partido se integraría al inminente PNR.

<sup>112</sup> La idea de “lucha desigual” procede de Lorenzo Meyer, Rafael Segovia y Alejandra Lajous, *Los inicios de la institucionalización...*, *op. cit.*, p. 101. Tres estudios del periodo concuerdan en la decisiva influencia de la ‘maquinaria’. Según Verónica Oikión, gran conocedora de Ortiz Rubio, éste ganó por la “fuerza incontrastable de la maquinaria”. Cfr. “Pascual Ortiz Rubio: ¿un Presidente a la medida del jefe máximo?”, en Will Fowler (coord.), *Gobernantes mexicanos II: 1911-2000*, México, Fondo de Cultura Económica, 2008, p. 167. A su vez, John Skirius, estudioso de la campaña vasconcelista, reconoce que Ortiz Rubio contó con el respaldo de “las instituciones clave” y de “las élites en el poder”, *op. cit.*, p. 174. También, Alejandra Lajous, “La primera campaña...”, *op. cit.*, p. 63.

suma del aparato gubernamental, el PNR y demás agrupaciones políticas vinculadas a veteranos de la Revolución, al Ejército Nacional, sindicatos y organizaciones campesinas. El resultado electoral no tuvo que ser definido por los órganos que hicieron la sumatoria de los votos y calificaron las elecciones. Vasconcelos fue vencido por las restricciones demográficas de la ley electoral entonces vigente, por las limitaciones sociopolíticas de su movimiento y por la fuerza de la ‘maquinaria’ gubernamental. Tampoco le favoreció la geografía, pues en las poblaciones grandes el mayor peso de la burocracia y de los obreros y trabajadores las hacía previsiblemente ortizrubistas, lo mismo que en el campo con las Ligas Agrarias. Así, tan sólo le quedaban “los pueblos chicos” como proveedores de potenciales partidarios, pero era más difícil y costoso organizar las giras a partir de estos núcleos poblacionales. En cambio, Ortiz Rubio visitó más de 200 poblaciones, un promedio de siete por cada estado.<sup>113</sup>

Paradójicamente, si bien el nacimiento del PNR implicaba un considerable avance en el proceso histórico nacional, historiográficamente ha sido mal interpretado: víctima del vicio del ‘presentismo’, se le juzga por sus secuelas y no por su contexto histórico y su naturaleza original. En otras palabras, su creación no ha sido debidamente analizada por la historia, pero la verdad es que después de que el país padeciera un decenio flagelado por recurrentes conflictos preelectorales,<sup>114</sup> conflictos que se dieron dentro del mismo grupo político gobernante y con dosis considerables de violencia, la creación de una institución que acabara con tales problemas fue recibida con beneplácito por los mexicanos de entonces. En efecto, la rebelión escobarista y las muertes de Serrano, Gómez y Obregón indudablemente asustaron a todos los electores. Fueron muchos los que percibieron que la creación del PNR podría acabar con la zozobra que el país sufría en cada proceso electoral. Dado que en realidad el país estaba en campaña electoral desde mediados de 1927, cuando inició la competencia entre el regreso de Obregón y las movilizaciones antirreeleccionistas de Francisco R. Serrano y Arnulfo R. Gómez, y dado que durante esos meses había habido una inaudita dosis de violencia, la que culminó con la muerte por bala de los tres aspirantes a la presidencia, era lógico suponer que el país

<sup>113</sup> *Ibid.*, pp. 66, 75-77. Véase también carta de “Juan” a José Vasconcelos, 30 mayo 1929, en APEC, exp. 33: Vasconcelos, José, ff. 36 y 37, inventario 5801.

<sup>114</sup> Piénsese en la revuelta de Agua Prieta de 1920, en la rebelión delahuertista de 1923 y 1924, en las tres muertes violentas de 1927 y 1928, y hasta en la rebelión escobarista de 1929.

agradecería una campaña civilizada y pacífica. Producto de su astucia y su innegable sensibilidad política, tal fue la propuesta del candidato Ortiz Rubio, del ‘jefe’ Plutarco Elías Calles, del Presidente Emilio Portes Gil y de los políticos y militares agrupados en el PNR. Es incuestionable que el discurso de todos éstos fue moderado, notablemente sereno.<sup>115</sup> En cambio, el discurso de Vasconcelos siempre fue estridente, por lo que su campaña fue más exitosa provocando estruendos que ganando votantes;<sup>116</sup> incluso puede decirse que llegó a hacer vaticinios catastrofistas.<sup>117</sup> Vasconcelos, fiel a su naturaleza, frecuentó la ironía, atizó odios y ahondó divisiones.<sup>118</sup>

Uno de los mayores errores tácticos de Vasconcelos fue que en un contexto tan cargado de tensiones, sobre todo por el asesinato de Obregón y por la guerra cristera, pero en el que finalmente se había alcanzado la paz y se abría la posibilidad de extirpar la violencia electoral, amenazara con que de no reconocerse su triunfo acudiría a las armas,<sup>119</sup> tanto con una

<sup>115</sup> Se llegó a decir que Ortiz Rubio tenía como primer objetivo la “unión entre todas las clases sociales” y la “armonía general” en el país. Véase *El Nacional*, 27 junio 1929. Desde su primer discurso aseguró que no atizaría odios ni ahondaría divisiones “con ciegas intolerancias”, sino que haría una campaña, y luego un gobierno, de “espíritu cordial”. Véase también *Excelsior*, 27 mayo 1929.

<sup>116</sup> Carta de Francisco Huerta, secretario de la Beneficencia Pública del D.F., a Plutarco Elías Calles, 12 noviembre 1929, en APEC, exp. 14: Huerta, Francisco, f. 12, inventario 2843. En la carta le dice que “ante la impotencia de los vasconcelistas para obtener el triunfo”, optaron por tener una conducta escandalosa, como una estrategia para “llamar la atención”.

<sup>117</sup> No sólo Vasconcelos sino también su principal colaborador, Octavio Medellín Ostos, hizo declaraciones alarmistas. Consúltese *Excelsior*, 11 octubre 1929. Existe consenso sobre que sus declaraciones siempre fueron “extremistas”. Cfr. John Skirius, *op. cit.*, p. 199.

<sup>118</sup> Un antivasconcelista lo acusó de que sus discursos tenían un carácter arrogante y de que usaba un lenguaje procaz. Véase Samuel Vázquez, *op. cit.*, p. 87. Otro antivasconcelista señala que Vasconcelos era mal orador, por su débil palabra, su figura desgarbada y sus discursos largos y monótonos, faltos de enjundia. Consúltese Vito Alessio Robles, *Mis andanzas...*, *op. cit.*, pp. 159 y 209. Para Alejandra Lajous, sus discursos eran “complejos”, en “La primera campaña...”, *op. cit.*, p. 75.

<sup>119</sup> Antonieta Rivas Mercado, muy cercana a Vasconcelos durante la campaña, asegura que “desde que empezó el recorrido [Vasconcelos] se puso en contacto con gente de armas”, pues consideraba “que la lucha armada era inevitable”. Cfr. Antonieta Rivas Mercado, *op. cit.*, pp. 128-129. Por otra parte, en un texto muy antivasconcelista se sostiene que Vasconcelos hizo “un franco llamamiento a la rebeldía so pretexto de una imposición que no se ha verificado”. Véase Samuel Vázquez, *op. cit.*, p. 87. Un estudioso reciente alega que Vasconcelos anunció que “retornaría a México para ponerse al frente de la rebelión una vez pasadas las fiestas navideñas”. Cfr. John Skirius, *op. cit.*, pp. 181-183.

revuelta propia como sumándose a los cristeros o involucrándose en una aventura con los militares escobaristas que estaban exiliados en el sur de Texas.<sup>120</sup> Desde un principio Vasconcelos se autoconsideró ganador de la contienda, negando cualquier posibilidad de ser vencido, por lo que el riesgo de que con él resurgiera la violencia fue verosímil para buena parte de la población. Paradójicamente, el maestro civilizador de principios del decenio estaba convertido en una amenaza para la paz. En resumen, este análisis comparativo de las dos campañas obliga a desconfiar de las versiones que aseguran que hubo un fraude mayúsculo en aquellas elecciones. Los resultados oficiales, que asignan casi 94% de los votos a Pascual Ortiz Rubio y sólo poco más de 5% a José Vasconcelos,<sup>121</sup> parecen maquillados, pero verosímiles.

Un análisis regionalizado de los resultados electorales permite conocer mejor la naturaleza del proceso electoral y las más probables expresiones de la corrupción del voto. Para comenzar, queda claro que Vasconcelos no obtuvo voto alguno, o no se le reconocieron, en los estados de Nayarit, Yucatán y México, siendo especialmente sensible esta situación en las dos últimas entidades, pues juntas dieron como 220 000 votos a Ortiz Rubio. Asimismo, en catorce entidades Vasconcelos obtuvo menos de mil votos, destacando Chiapas y Guerrero con menos de trescientos votos en cada entidad, y sobre todo Hidalgo y Quintana Roo con menos de doscientos. En cambio, las entidades donde Vasconcelos obtuvo más votos fueron Coahuila, Chihuahua, Sinaloa, Sonora y Veracruz, regiones que habían sido el escenario del escobarismo, seis meses antes de las elecciones, así como Guanajuato, Jalisco y Michoacán, regiones especialmente cristeras. Si bien estos resultados locales pueden considerarse ‘comprensibles’, llama la atención, por inverosímil, que en el Distrito Federal, donde había el mayor número de sectores clasemedios del país, comenzando por la comunidad universitaria, a Vasconcelos sólo se le acreditaron, oficialmen-

<sup>120</sup> Se acusó a Vasconcelos de buscar aliarse con los escobaristas exiliados en el sur de Texas, lo que era “una empresa de necios”. Véase *El Nacional*, 22 octubre y 9 noviembre 1929. Recuérdese que en un mitin en Guadalajara dijo que si no era por los votos “se impondría por la fuerza”. Consúltese *El Universal*, 17 noviembre 1929.

<sup>121</sup> El coahuilense Pedro Rodríguez Triana, candidato del Partido Comunista —oficialmente del Bloque Obrero y Campesino—, alcanzaría 1%. Triana había sido orozquista, secretario del general Benjamín Argumedo y luego secundó el Plan de Agua Prieta. Entre 1938 y 1942 fue gobernador de su estado natal.

te, 1 517 votos, cantidad inferior a la que se le otorgó en Puebla —1 847—, y sobre todo inferior a la consignada al general Rodríguez Triana, candidato del Partido Comunista, a quien se le reconocieron 2 124 votos en la capital del país. En cambio, en ocho entidades Ortiz Rubio obtuvo más de cien mil votos en cada una de ellas; en otras ocho obtuvo más de cincuenta mil votos, y en catorce obtuvo entre diez y cincuenta mil votos. Sólo en una, Quintana Roo, obtuvo menos de diez mil votos; en cambio, Vasconcelos no alcanzó esta cifra en 25 entidades. Un último dato, muy revelador: en Oaxaca, estado natal de Vasconcelos, éste obtuvo 394 votos oficiales; Ortiz Rubio, 138 319. Como reconoció el órgano que calificó las elecciones, si bien en “algunas” entidades había habido “irregularidades”, debidas a “las deficiencias de nuestra incipiente democracia”, resultaba “inconcusos” que no habían sido “de tal magnitud que puedan corromper la pureza esencial de la elección”.<sup>122</sup>

#### EL LEGADO POLÍTICO VASCONCELISTA

Las secuelas de aquella lejana campaña son varias y disímbolas. Para comenzar, nos heredó un poderoso mito político e historiográfico. Además, hizo posible uno de los más interesantes capítulos de la historia de la literatura mexicana del siglo xx: las obras memorialistas del propio Vasconcelos.<sup>123</sup> Asimismo, como en toda derrota política, hubo numerosas tragedias personales.<sup>124</sup> El epílogo puede resumirse así: al conocerse los resultados oficiales de la elección, Vasconcelos y su equipo se concentraron en Gua-

<sup>122</sup> En cambio, en Michoacán Ortiz Rubio logró 137 025 votos. Cfr. *Diario de los Debates de la Cámara de Diputados*, 28 noviembre 1929, p. 4. Coincidente con la interpretación que sostengo, Alejandra Lajous considera que la campaña vasconcelista estaba “destinada irremisiblemente al fracaso”; es más, la llama “quijotesca” y asegura que “el resultado no pudo ser distinto” y que es “ingenuo” creer en su victoria. Véase “La primera campaña...”, *op. cit.*, pp. 61 y 83.

<sup>123</sup> Emmanuel Carballo, *Ulises criollo cumple sesenta años*, México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998.

<sup>124</sup> Además del fallecimiento del joven Germán de Campo, la derrota vasconcelista debe ser vinculada con el suicidio en París, en 1931, de Antonieta Rivas Mercado, quien al parecer no se redujo a ser mecenas y colaboradora del “maestro”. Véase el estremecedor texto de Andrés Henestrosa, *María Antonieta Rivas Mercado*, México, Miguel Ángel Porrúa, 1999. Obviamente, también consúltese la obra de Fabienne Bradu, *op. cit.*

ymas, Sonora, donde se declaró “Presidente electo” y convocó a una nueva rebelión, prometiendo, a cambio del sacrificio, instaurar la democracia en el país.<sup>125</sup> Comprensiblemente, si la respuesta a su candidatura había sido reducida, su llamado a las armas tuvo un eco mucho menor.<sup>126</sup> ¿Quién, racional y sensatamente, estaba dispuesto a involucrarse en una rebelión armada encabezada por Vasconcelos?<sup>127</sup> Tal parece que en las siguientes semanas se descubrió un complot vasconcelista en Guadalajara, y hubo un par de hechos de armas, uno en Sahuaripa, Sonora, y otro en Matamoros, Tamaulipas.<sup>128</sup> Por su parte, el Partido Nacional Antirreeleccionista, mostrando otra vez sus grandes diferencias con su propio candidato, asumió una postura estrictamente legal: instó a sus miembros a no atender el llamado a las armas y a no llamar “Presidente electo” a Vasconcelos. Su postura fue muy clara, pues solicitó a la Cámara de Diputados la anulación de la elección; cuando esto les fue negado, pidió a sus miembros prepararse para contender, de mejor manera, en las siguientes elecciones federales, que necesariamente serían de diputados y senadores.<sup>129</sup>

<sup>125</sup> Un colaborador cercano de Vasconcelos asegura que el gobierno le ofreció, por medio del embajador norteamericano, hacerlo rector de la Universidad Nacional si a cambio reconocía los resultados electorales. Cfr. Salvador Azuela, *op. cit.*, p. 140.

<sup>126</sup> Vasconcelos señala en el Plan de Guaymas, del 1 de diciembre de 1929: “he comenzado a instar a todos mis partidarios de corazón bien puesto a que recurran al medio supremo que está al alcance de los hombres dignos: la acción armada”. Finaliza el Plan manifestando que “el Presidente Electo se dirige ahora al extranjero; pero volverá al país a hacerse cargo directo del mando tan pronto como haya un grupo de hombres libres armados que estén en condiciones de hacerlo respetar”. Contradictoriamente, por un lado convocaba a la lucha y por el otro anunciaba que se radicaría en el extranjero, a pesar de lo cual también advirtió que “desde luego” procedería “a organizar el gobierno legítimo”. Consúltense *Planes políticos y otros documentos*, Manuel González Ramírez (pról.), México, Fondo de Cultura Económica, 1954, pp. 316-319.

<sup>127</sup> El recuerdo de Andrés Henestrosa, otro joven vasconcelista, sobre los cómicos preparativos de la lucha, en *El trato con escritores*, segunda serie, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1964, pp. 128-129. Los vasconcelistas alegan que la falta de respuesta al llamado a las armas se debió al cansancio del pueblo mexicano, luego de la guerra cristera y de la rebelión escobarista. Véase Alfonso Taracena, *Viajando con Vasconcelos*, México, Ediciones Botas, 1938, pp. 137-138.

<sup>128</sup> Además, el general Carlos Bouquet fue fusilado en Nogales, Sonora, acusado de intentar encabezar un movimiento rebelde en favor de Vasconcelos.

<sup>129</sup> Alfonso Taracena, *La verdadera... Decimoquinta etapa...*, *op. cit.*, pp. 289-290.

Así, derrotado y solo, Vasconcelos tuvo que dirigirse al extranjero y enfrentar su tercer exilio.<sup>130</sup> Se fue totalmente amargado: desilusionado del país y del pueblo mexicano, y asqueado de la política, tanto del aparato gubernamental como de sus propios colaboradores y partidarios, a algunos de los cuales pronto les reclamó su supuesta tibieza.<sup>131</sup> En el exilio tuvo que sobrevivir como intelectual independiente. Durante esos años acostumbró decir que él era “el Presidente legítimo” del país,<sup>132</sup> y llegó a declarar que sólo volvería a México cuando una rebelión le entregara el poder.<sup>133</sup> Fue con esa pesimista actitud como escribió su saga autobiográfica. Obra inigualable,<sup>134</sup> escrita con mucho de razón y con toda su pasión,

<sup>130</sup> En su primer exilio vivió en Estados Unidos entre 1915 y 1920, luego de la derrota de la Convención y hasta el tiempo de la revuelta de Agua Prieta. Su segundo destierro lo provocó su enemistad con Calles, prolongándose de 1924 a finales de 1928, tiempo que pasó de forma itinerante, viajando por Europa principalmente.

<sup>131</sup> Vasconcelos y Teófilo Olea y Leyva, uno de ‘los siete sabios’, entablaron una polémica mediante varias misivas. El primero fue tajante al calificar a su generación como “indecisa, que vive en el limbo, siempre al margen de la acción”. El segundo le contestó: “la pena que me produjo su carta es por la amargura que se revela en ella [...] y por la falta de altura y de grandeza del filósofo para resistir la adversidad política producida, sin duda alguna, por la miopía rayana en ceguera que le impidió a usted ver desde 1929 el marco de las realidades sociales de México”. Cfr. *El amable duelo. Un maestro, una generación y un libro. José Vasconcelos y Teófilo Olea y Leyva*, México, Miguel Ángel Porrúa, 1999, pp. 23, 24 y 28.

<sup>132</sup> Vito Alessio Robles, *Mis andanzas...*, *op. cit.*, pp. 337 y 348. Para las elecciones de 1934 el Partido Nacional Antirreeleccionista pretendió participar con un candidato, lo que fue objetado por Vasconcelos, alegando que lo que ese partido debía hacer era exigir la renuncia de Abelardo L. Rodríguez y su elevación al poder, pues él era “el Presidente legítimamente electo en 1929”. *Ibid.*, pp. 363-371, y Alfonso Taracena (preámb. y notas), *Cartas políticas de José Vasconcelos*, México, Editora Librería, 1959, pp. 48-50 y 132. Proclamarse Presidente fue considerado por sus detractores como una expresión de su locura. Cfr. Samuel Vázquez, *op. cit.*, pp. 83-84. También debe consultarse el folleto firmado “Por un carranclán 100 por 100 [Antonio B. Gama]”, *Breve cuento histórico de Pepe Ulises (a) el Amargao*, México, Impresor A. del Bosque, 1937, pp. 26-28.

<sup>133</sup> Alfonso Taracena, *La verdadera... Decimoquinta etapa...*, *op. cit.*, p. 294.

<sup>134</sup> La publicación de los cuatro volúmenes memorialísticos de Vasconcelos provocó la publicación de muchas autobiografías, en las que otros revolucionarios pretendieron responderle; sobre todo, pretendieron justificar sus acciones y anular las acusaciones que les había dirigido. El caso más notable es el de Alberto J. Pani, *Apuntes autobiográficos exclusivamente para mis hijos*, México, Editorial Stylo, 1945. Otro ejemplo es el de Luis Cabrera, véase Eugenia Meyer (ed.), “Una cacería de gazapos”, en Luis Cabrera, *Obras completas*, México, Ediciones Oasis, 1974, vol. 2, pp. 353-391. Véase también “Por un carranclán 100 por 100 [Antonio B. Gama]”, *Breve cuento...*, *op. cit.*, en el que se dice que el libro de Vas-

con la cabeza y con el hígado, terminó por transmutarlo: de llamarse José Vasconcelos pasó a convertirse en Ulises, aunque a su regreso al país, más de diez años después, no lo esperara su Penélope y México no fuera su reino de Ítaca.<sup>135</sup>

En términos colectivos, grupales y generacionales, la campaña vasconcelista tuvo secuelas importantísimas. Para comenzar, dado que uno de sus objetivos era que los principales puestos políticos fueran ocupados por gente profesionalista, capaz de reconstruir el país, y ya no por veteranos de la Revolución cuyo mayor mérito era haber participado en la destrucción del antiguo aparato estatal, tiene que aceptarse que el vasconcelismo fue un movimiento precursor, mejor diríase prematuro, que obtuvo sus mejores triunfos tres decenios después, cuando varios antiguos vasconcelistas se incorporaron, con notoriedad, al equipo gubernativo del Presidente Adolfo López Mateos, también exvasconcelista.<sup>136</sup>

Otro legado suyo fue la institucionalización de las oposiciones políticas, y también influyó en el perfeccionamiento de nuestro sistema de partidos. Hasta 1929 las oposiciones políticas habían sido caudillistas y violentas. Anunciando tiempos futuros, a todo lo largo de 1929 se dio una premonitoria polémica entre Vasconcelos y uno de sus principales allegados, Manuel Gómez Morin, quien era el encargado de obtener recursos económicos para la campaña. Persistentemente, Gómez Morin le advirtió a su ‘maestro’ la necesidad de que el movimiento, perdiendo o ganando, se convirtiera en una institución partidista permanente y nacional, con un programa público y comprehensivo y con una estructura definida; sobre todo, dicha institución no debía ser personalista. Gómez Morin alegaba que no bastaba que el vasconcelismo fuera un movimiento de gente ética, educada y comprometida; se requería, sobre todo, querer ser gobierno, con propuestas gubernativas concretas, y no sólo satisfacerse siendo una oposición moral. Gómez Morin era contrario a los movimientos políticos

concelos no debió titularse *Ulises criollo* sino “El cinismo de Ulises”, p. 24. La reacción vasconcelista a la respuesta de Pani, en una carta de Alfonso Taracena a José Vasconcelos, 29 febrero 1936, en Alfonso Taracena, *Cartas políticas de José Vasconcelos...*, *op. cit.*, pp. 296-298.

<sup>135</sup> Aunque ingresó al naciente Colegio Nacional en 1943, los últimos años de su vida los pasó en un puesto poco refulgente: dirigiendo la Biblioteca México, en la ‘Ciudadela’.

<sup>136</sup> Consúltese Roderic Ai Camp, “La campaña presidencial de 1929 y el liderazgo político en México”, en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, octubre-diciembre 1977, vol. xxvii, núm. 2, pp. 231-259.

con ‘víctimas propiciatorias’; no sólo quería fines últimos, también buscaba los medios para acercarse a ellos.<sup>137</sup>

La respuesta de Vasconcelos fue acorde con su personalidad: alegó que rechazaba toda postura tibia y cualquier intento burocratizante.<sup>138</sup> Si el vasconcelismo fue prematuro en lo referente a la profesionalización de los cuadros políticos, era anacrónico en tanto que en 1929 la modernidad política la encarnaba el PNR, que era una institución mientras que el vasconcelismo era todavía un movimiento caudillista —así se tratara de un ‘caudillo cultural’—<sup>139</sup> y generacional, al que le faltó tener como primer objetivo, antes que tomar el poder, la creación de una estructura política partidista permanente. A pesar de su elemento anacrónico, otro indiscutible legado del vasconcelismo es su aportación a la reciente democratización del país. Resulta irrefutable que a pesar de haber sido cabalmente vencido en las urnas, en lo que mucho incidió la violencia disuasoria lanzada por el gobierno, para el imaginario popular —nutrido por el propio Vasconcelos, por muchos de sus colaboradores y por numerosos intelectuales y académicos, y fortalecido por el fracaso de la gestión presidencial de Ortiz Rubio y por la posterior conducta e imagen pública del PNR-PRM-PRI— es incuestionable que el vasconcelismo fue un siempre recordado heraldo, con sesenta años de anticipación, de la reanimación de las contiendas electorales presidenciales en México. Si no triunfó electoralmente, sí venció en términos morales, culturales e historiográficos. El vasconcelismo de 1929 es un mito, una hermosa leyenda.

<sup>137</sup> Javier Garcíadiego, “José Vasconcelos y Manuel Gómez Morin...”, *op. cit.*, pp. 52-59. Esta polémica entre Vasconcelos y Gómez Morin fue destacada primero por Enrique Krauze, en *Caudillos culturales...*, *op. cit.*, pp. 273-278.

<sup>138</sup> Véase su polémica con Teófilo Olea y Leyva, en *El amable duelo...*, *op. cit.*

<sup>139</sup> Consúltese el libro clásico de Enrique Krauze, *Caudillos culturales...*, *op. cit.*

*Ensayos de historia sociopolítica de la Revolución mexicana*

se terminó de imprimir en diciembre de 2011  
en los talleres de Editorial Color, S.A. de C.V.,  
Naranja 96 bis, P.B., Col. Santa María la Ribera,  
06400 México, D.F.

Portada: Ezequiel de la Rosa Mosco

Tipografía y formación:

Patricia Zepeda y Socorro Gutiérrez, en Redacta, S.A. de C.V.

Cuidó la edición Ulises Martínez Flores.

La colección Antologías quiere, en el aniversario número setenta de la fundación de El Colegio de México, y con motivo de la celebración del bicentenario de la Independencia y el centenario de la Revolución Mexicana, rendir un homenaje a la notable tradición historiográfica de la institución fundada por Alfonso Reyes en 1940, y que ya para 1941 habría fundado su Centro de Estudios Históricos, cuyo primer director fue Silvio Zavala.

La labor de Daniel Cosío Villegas, segundo presidente de la institución y pilar de sus esfuerzos por documentar y analizar desde diversas disciplinas y ópticas metodológicas el devenir de nuestro país, ha tenido una enorme influencia tanto al interior de El Colegio de México –un buen ejemplo es la continuidad en el trabajo colectivo y multidisciplinario que testifican proyectos como la *Historia Moderna de México*, la *Historia Contemporánea de México* [aludo a la de Meyer y Bisberg]–, como al exterior, pues muchos de los egresados del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México han continuado su labor en otros centros de estudios en México y en el extranjero.

Esta serie de Antologías busca ofrecer una muestra reducida pero representativa de los principales trabajos de algunos de los colegas de El Colegio dedicados, preferentemente, a los estudios sobre la Independencia o la Revolución. Los trabajos reimpressos en estas antologías en ocasiones fueron seleccionados por otros especialistas y en otras por ellos mismos. A los setenta años de su fundación El Colegio de México se siente orgulloso de su tradición y renueva su compromiso con el desarrollo de la historiografía mexicana.

ISBN: 978-607-462-340-6



 EL COLEGIO  
DE MÉXICO